AUTHOR:

ARISTOPHANES

TITLE:

COMEDIAS DE ARISTOFANES...

PLACE:

MADRID

DATE:

1880-81

Master Negative #

93-81440-2

COLUMBIA UNIVERSITY LIBRARIES
PRESERVATION DEPARTMENT

BIBLIOGRAPHIC MICROFORM TARGET

Original Material as Filmed - Existing Bibliographic Record

Works Spanish ~~Bar. y Zumarrag.~~

Aristophanes.

...Comedias de Aristófanes, traducidas directamente del griego por D. Federico Baráibar y Zumárraga ... Madrid, Imprenta central á cargo de Victor Saiz, 1880-81.

3 v. 17½ cm. (Biblioteca clasica, t. 27, 34, 42)

15156

Restrictions on Use:

TECHNICAL MICROFORM DATA

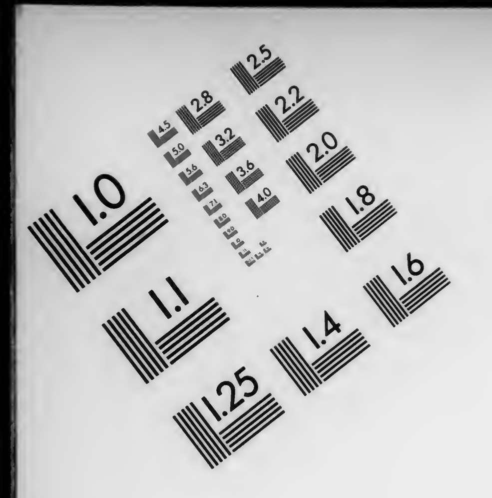
FILM SIZE: 35mm REDUCTION RATIO: 11x

IMAGE PLACEMENT: IA (IIA) IB IIB

DATE FILMED: 5/26/93 INITIALS BAP

FILMED BY: RESEARCH PUBLICATIONS, INC WOODBRIDGE, CT

VOLUME 1



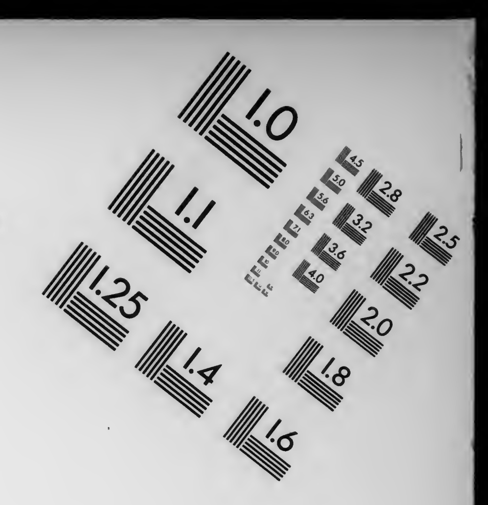


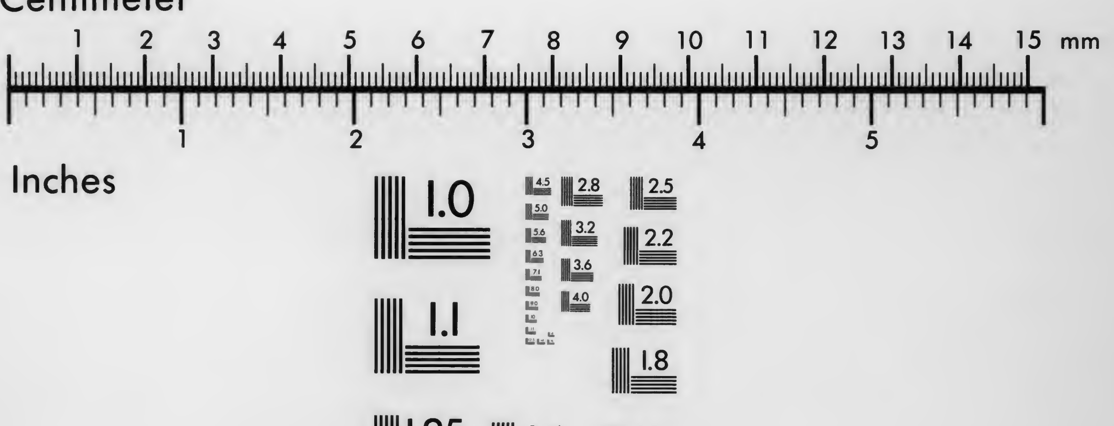
AIIM

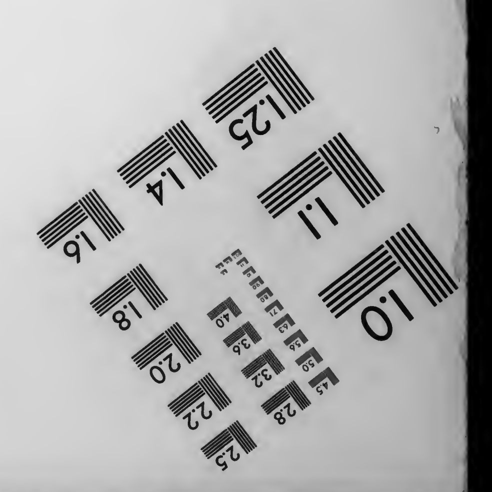
Association for Information and Image Management

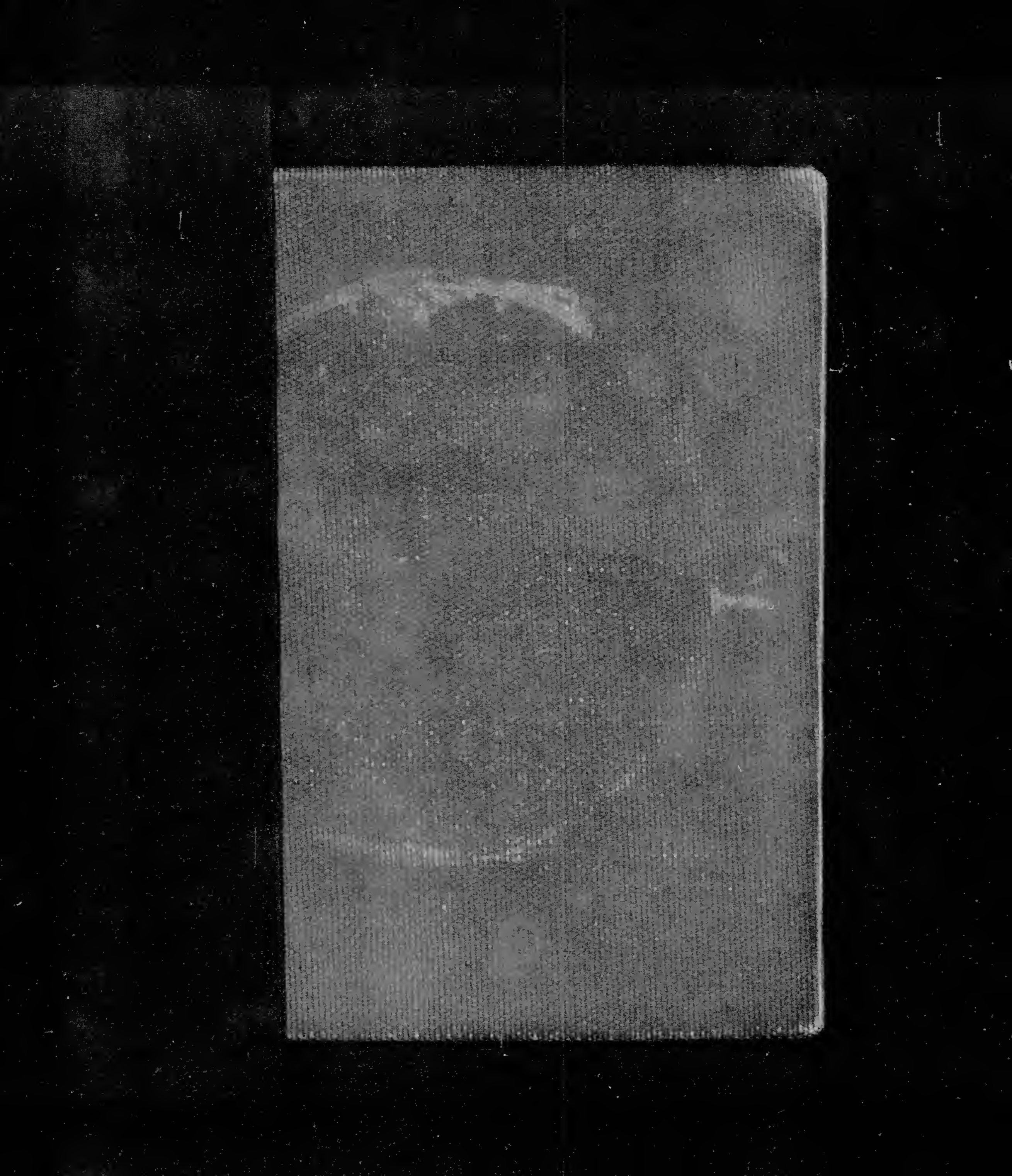
1100 Wayne Avenue, Suite 1100
Silver Spring, Maryland 20910

301/587-8202









BIBLIOTECA CLASICA
TOMO XXVII

COMEDIAS

DE

ARISTÓFANES

TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL GRIEGO

POR

D. FEDERICO BARÁIBAR Y ZUMÁRRAGA



TOMO I.

MADRID
IMPRENTA CENTRAL Á CARGO DE VÍCTOR SAIZ
CALLE DE LA COLEGIATA, NÚM. 6

1880

INTRODUCCION.

¡Coros de nubes, y graznar de ranas,
Chistes inmundos, mágico lirismo,
Comedia aristofánica, que adunas
Fango y grandeza, y buscas en las heces
De lo real lo ideal! La suelta danza
De tus alados hijos me circunde,
Que nunca el ritmo ni la gracia olvidan
Aun en sus locos, descompuestos saltos.

(MENÉNDEZ PELAYO. *Carta á mis amigos de Santander con motivo de haberme regalado la* BIBLIOTHECA GRAECA *de Fermin Didot.*)

«La gloria escénica de Aristófanes, dice un discreto traductor (1), su influencia sobre el pueblo ateniense, las numerosas coronas conquistadas en las fiestas de Baco, hé aquí toda su biografía.» Tal carencia de noticias tratándose de tan ilustre poeta, débese, sin duda, á su misma celebridad, que dispensó á los escritores contemporáneos de consignar lo que de todos era sabido, no ménos que á la

(1) POYARD. *Aristophane*, trad. nouvelle, 6.e éd. Paris, 1878, pág. 11.

INTRODUCCION.

¡Coros de nubes, y graznar de ranas,
Chistes inmundos, mágico lirismo,
Comedia aristofánica, que adunas
Fango y grandeza, y buscas en las heces
De lo real lo ideal! La suelta danza
De tus alados hijos me circunde,
Que nunca el ritmo ni la gracia olvidan
Aun en sus locos, descompuestos saltos.

(Menéndez Pelayo. *Carta á mis amigos de Santander con motivo de haberme regalado la* Bibliotheca Graeca *de Fermin Didot.)*

«La gloria escénica de Aristófanes, dice un discreto traductor (1), su influencia sobre el pueblo ateniense, las numerosas coronas conquistadas en las fiestas de Baco, hé aquí toda su biografía.» Tal carencia de noticias tratándose de tan ilustre poeta, débese, sin duda, á su misma celebridad, que dispensó á los escritores contemporáneos de consignar lo que de todos era sabido, no ménos que á la

(1) Poyard. *Aristophane*, trad. nouvelle, 6.e éd. Paris, 1878, pág. 11.

pérdida de las comedias de sus rivales (1), de las cuales, á vueltas de la exageracion natural en el ataque, pudieran haberse recogido muy interesantes datos.

La escasez de estos llega al extremo de no saberse á punto fijo la fecha ni el lugar del nacimiento de Aristófanes. Conjetúrase que debió ser hácia la Olimpiada 82 (452 años ántes de Cristo), (2) y en Cidatene, demo del Atica, perteneciente á la tribu de Pandion. Así lo afirman la mayoría de sus biógrafos, por más que algunos le creyeran natural de Egina, de Camira, de Lindo en Rodas y áun de Naucratita en Egipto (3). Igualmente desconocidos son los detalles de su vida de familia, sabiéndose en junto que su padre se llamaba Filipo, y que tres de sus hijos, Araros, Filetero y

(1) Los principales fueron Cratino, Eupolis, Ferécrates, Hermipo, Amípsias, Telecléides, Crátes y Platon, de cuyas comedias sólo se conservan fragmentos. (V. *Poetarum comicorum græcorum fragmenta post Augustum Meinecke recognovit et latine transtulit F. H. Bothe*, Parisiis. Ed. A. F. Didot, 1855, y Otfried Müller, *Histoire de la littérature grecque*, trad. par K. Hillebrand, Paris, 1866. Tomo II, págs. 433 y siguientes.

(2) El Escoliasta de *Las Ranas*, v. 501, dice, con evidente exageracion, que era un adolescente cuando concurrió al primer certámen dramático en el año 427. Lo probable es que entónces tuviera 25 años por lo ménos. El mismo poeta se pinta en sus comedias como de más avanzada edad, y en *Las Nubes* alude ya graciosamente á su calvicie, que no hay razon para suponer prematura.

(3) V. *Scholia græca in Aristophanem cum prolegomenis grammaticorum*. Parisiis, ed. F. Didot, 1855, p. XVII et sqq. —Suidas: Ἀριστοφάνης.—*Heliodorus atheniensis in libris περὶ ἀκροπόλεως, apud Atheneum*, VI, pág. 299, c.

Nicóstrato, se dedicaron tambien al cultivo de la Musa cómica. El florecimiento de Aristófanes coincidió con la guerra del Peloponeso (431-404 ántes de la era cristiana), en cuyo azaroso período se representaron diez de las once comedias que de él se conservan. Afilióse al partido aristocrático, y atacó constantemente á los demagogos, en cuyas manos estaba en su tiempo la direccion de la república. Con este motivo se atrajo las iras de varios de ellos, pero muy especialmente de Cleon, que fué su más constante y encarnizado enemigo.

Tampoco se sabe si ejerció cargos públicos, por más que es de suponer que, dada su gran significacion, no dejarian de enconmendársele algunos. Se tiene sólo noticia de que en 430 pasó en calidad de cleruco con otros conciudadanos á la isla de Egina, recobrada por los Atenienses, con objeto de hacerse cargo de los extensos dominios que en ella poseia (1).

O por timidez, ó porque la ley ó la costumbre exigiesen una edad determinada para presentar comedias, Aristófanes, como él mismo lo indica (2), puso en escena las tres primeras que compuso bajo los nombres de sus dos actores Fidónides y Calístrato, aunque el público no dejara de comprender

(1) Müller (obra citada, pág. 385) apoya esta noticia en el testimonio de Aristófanes, *Los Acarnienses*, v. 652, y de Küster, *Aristoph.*, pág. 14, y Teágenes en los escolios á la *Apología* de Platon, pág. 93, 8 (311, Becker).

(2) En *Los Caballeros*, v. 512, y en la *Parábasis* de *Las Nubes*.

á quién pertenecian. Fueron estas *Los Detalenses* y *Los Babilonios* (1), de las cuales sólo se conservan fragmentos, y *Los Acarnienses*, que poseemos completa. En la primera atacaba Aristófanes la defectuosa educacion que se daba á los jóvenes de su tiempo, presentando ante el coro, compuesto de una sociedad de gastrónomos, un debate entre un jóven modesto y virtuoso (σώφρων) y otro corrompido (καταπύγων), análogo al que el *Justo* y el *Injusto* sostienen en *Las Nubes*, cuyo objeto es, aunque ampliado y mejorado, el mismo de *Los Detalenses*.

En la segunda, ó sea *Los Babilonios*, representada en 426 por Calistrato, el poeta echa por otro camino, y principia ya la audaz empresa en que no cejó un punto de hacer del pueblo mismo, de la constitucion ateniense y de las resoluciones de los tribunales y la agora, el objeto de sus comedias. En esta atacó ruda y valientemente, ante el inmenso público que concurria al teatro en las brillantes fiestas Dionisiacas, á muchos magistrados, y especialmente al arrogante Cleon. El demagogo sintió en el alma la ofensa y trató de vengarla citando ante el Senado á Calistrato, que era, por decirlo así, el editor responsable, y acumuló sobre él tales insultos, calumnias y amenazas que le pusieron á dos dedos de su ruina (2). Contra Aristófanes

(1) De *Los Detalenses* se conservan 41 fragmentos y 23 de *Los Babilonios*, reunidos en la edicion greco-latina de Aristófanes, dada á luz por F. Didot en Paris, 1877.

(2) V. *Los Caballeros*, 377. Algunos creen que la primera acusacion fué tambien contra Aristófanes, pero el

valióse para inutilizarle de medios indirectos, presentando la grave acusacion de usurpacion de los derechos de ciudadano, γραφὴ ξενίας, de que el poeta consiguió ser absuelto. La animosidad que entre ambos existia adquirió con esto las proporciones de un odio mortal, que estalló con una violencia sin ejemplo en la célebre comedia *Los Caballeros*, cuarta de las compuestas por Aristófanes y primera de las presentadas con su nombre. Siguieron á esta otras, hasta cuarenta y cuatro, de las cuales sólo se han conservado once, que son, además de *Los Acarnienses* (᾿Αχαρνῆς) y *Los Caballeros* (᾿Ιππῆς) ya citados, *Las Nubes* (Νέφελαι), *Las Avispas* (Σφῆκεσ), *La Paz* (Εἰρήνη), *Las Aves* (῎Ορνιθες), la *Lisistrata* (Λυσιστράτη), *Las Fiestas de Céres* (Θεσμοφοριάζουσαι), *Las Ranas* (Βάτραχοι), *Las Junteras* (Εκκλησιάζουσαι) y el *Pluto* (Πλοῦτος) (1).

público no podia ménos de aplicar las palabras de Diceopolis:

> Αὐτός τ᾿ ἐμαύτον, ὑπὸ Κλέωνος, ἄπαθον
> ᾿Επίσταμαι, etc.

al actor que las declamaba, que era Calistrato, encargado de desempeñar el papel de protagonista en las comedias de carácter político.

(1) Los títulos de las restantes son: Δαιταλῆς, Βαβυλώνιοι, Προαγών, ᾿Αμφιάρεως, Αἰολοσίκων, Κώκαλος, ᾿Ανάγυρος, Γεωργοί, Γῆρας, Γηρυτάδης, Δαίδαλος, Δαναΐδες, Δράματα ἢ Κένταυρος, Δράματα ἢ Νίοβος, ῞Ηρωες, Λήμνιαν, Ναυαγός, Νῆσοι, ᾿Ολκάδες, Πελαργοί, Ποίησις, Πολύϊδος, Σκηνὰς καταλαμβάνουσαι, Ταγηνισταί, Τελμησῆς, Τριφάλης, Φοίνισσαι ῟Ωραι. Estas veintiocho comedias con las once del texto hacen sólo treinta y nueve, pero es de advertir que de *Las*

Ignóranse, por último, la época y las circunstancias de la muerte de Aristófanes, conjeturándose únicamente que debió ocurrir siendo de edad bastante avanzada, pues su *Pluto* reformado se representó en el año 390, cuando el poeta debia estar ya en los 62 de su edad, y aún compuso despues el *Cócalo* y el *Eolosicon*, bien que estos se pusieron en escena por su hijo Araros.

Hechas estas indicaciones biográficas, pasemos ya á ocuparnos del teatro de Aristófanes, diciendo ántes, para juzgarle con el debido acierto, algo sobre el orígen y carácter de la antigua comedia ateniense, de que fué principal cultivador y es genuino y único representante (1).

La comedia y la tragedia sabido es que nacieron en las fiestas de Baco, cuyo culto, vário sobre manera, contenia una multitud de elementos dramáticos (2). Pero así como la segunda, inspirada en las fiestas Leneas, tuvo un carácter triste y serio, conforme á los sufrimientos aparentes del dios en aquella solemnidad conmemorados, la primera, na-

Nubes, La Paz, Las Fiestas de Céres, el *Pluto* y el *Eolosicon,* se hicieron dos ediciones. Para más detalles, véanse *De Aristophanis fabularum numero et nominibus*, en la edicion Dindorf-Didot, pág. 445 y siguientes, y las *noticias* que preceden á nuestra traduccion de cada una de las conservadas.

(1) En la coleccion de los poetas cómicos de Meinecke, ántes citada, puede verse el inmenso tesoro de comedias que se ha perdido. El índice de poetas comprende 151 nombres y se conservan los títulos de 1.414 obras.

(2) Vid. Müller, t. II, pág. 156.

cida en las Dionisiacas campestres, fiestas de vendimia en que el placer de ver terminadas las faenas agrícolas y llenos trojes y lagares se manifestaba con todo género de locuras, lleva hasta en sus menores detalles impreso el sello de la más descompuesta alegría. Parte muy principal de estas fiestas era el *comos* (κῶμος), festin animado y bullicioso sazonado con picarescos chistes y canciones de sobremesa, al fin de las cuales los convidados, perdiendo su gravedad, se entregaban medio beodos á danzas irregulares y desenvueltas y entonaban á coro un entusiasta himno á Baco en que al dios del vino se asociaban Falo y Fáles, representantes de la fuerza generatriz de la naturaleza. A esta cancion báquica se la llamaba la *Comedia*, es decir, el canto del banquete, segun la fuerza etimológica de la palabra (1), y solia repetirse en una procesion que á continuacion del festin se organizaba. Los comensales, disfrazados con abigarrados vestidos, grotescas máscaras, enormes coronas de hojas y flores, y tiznados de heces de vino y otras sustancias colorantes, recorrian encaramados en carros de labranza el demo ó villa en que la fiesta tenía lugar.

Una vez celebrado el dios causa de su alegría, esta especie de ebria mascarada buscaba como blanco de sus burlas al primero que se ofrecia ante su vista, y lanzaba contra él desde la carreta, em-

(1) Otros creen que viene de κώμη, en cuyo caso *Comedia* significaria *canto de aldea*.

brion del futuro tablado escénico, un verdadero diluvio de irrespetuosos chistes, sacando á pública vergüenza todos los defectos, y saltando las barreras del pudor entre las carcajadas y aplausos de la multitud que los rodeaba é iba engrosando á cada instante. En *Las Ranas* de Aristófanes encontramos vestigios de la costumbre que estamos indicando, pues en ella el coro de Iniciados, despues de haber dirigido sublimes himnos á Dionisio-Iaco, los interrumpe sin transicion alguna, para exclamar: «¿Quereis que nos burlemos juntos de Arquedemo?» Circunstancia que con otras sirve de base al insigne Müller para considerar las improvisadas burlas de los falóforos como parte esencial del canto báquico.

El cómo y cuándo este rudimento de comedia se perfeccionó y tomó carta de naturaleza en Atenas, convirtiéndose las farsas de la aldea en espectáculo artístico digno de ser saboreado por los ciudadanos más cultos, es cosa que no está bien averiguada. Dejemos á un lado la historia de su oscura gestacion, desconocida para los mismos Griegos, y hagamos notar tan sólo que este género dramático, áun despues de su perfeccionamiento, conservó en el fondo todos los caracteres de su orígen, siendo, por tanto, la antigua comedia ateniense una composicion enteramente distinta de las que con igual título cultivaron Menandro y Filemon, imitaron Plauto y Terencio y se representan en nuestro moderno teatro. Así, al aquilatar su mérito evitaremos el grave error en que escritores de nota han incur-

rido, porque como dice Schlegel (1), «para juzgar »acertadamente al antiguo teatro cómico, es necesario prescindir por completo de la idea de lo que »en la actualidad se llama comedia y los Griegos »designaron tambien con el mismo nombre. La comedia antigua y la nueva no se distinguen sólo por »diferencias accidentales, sino que son absoluta y »esencialmente diversas. Jamás podrá considerarse »la antigua como el principio grosero de un arte »perfeccionado despues; al contrario, constituye el »género original y verdaderamente poético, miéntras la nueva únicamente presenta una modificacion más cercana á la prosa y á la realidad.»

Nacida la comedia en las regocijadas fiestas Dionisiacas, conservó siempre como carácter distintivo y esencial la alegría franca y desenvuelta que en el canto del *cómos* y los subsiguientes himnos falofóricos é itifálicos dominaban. Buscando los poetas la fuente de lo cómico, y huyendo en sus composiciones de cuanto pudiera ser grave y serio, presentaron los errores, inconsecuencias y debilidades de los hombres como resultado natural del imperio de sus apetitos y de casuales accidentes sin desastrosas consecuencias. Comprendiendo que la alegría rehuye todo fin determinado, y que así como cuando llega á apoderarse de un individuo se manifiesta por saltos desordenados, gritos, carcajadas sin motivo, atrevidas burlas, hasta llegar á

(1) *Cours de littérature dramatique, trad. de l'allem.* Paris, 1814, tomo I, págs. 293-295.

una especie de delirio, prescindieron por completo en sus piezas de todo plan y presentaron la Musa cómica á modo de bacante ebria que ya se eleva á regiones ideales, revelando en medio de su beodez la pura esencia de su naturaleza divina, ya desciende al fango de la realidad más repugnante; que enlaza en medio de un caos sin objeto aparente sublimes himnos y obscenas groserías, sabios consejos y virulentas sátiras; y que aspirando á la virtud y á la justicia, propone su ideal á los espectadores entre el bullicio del licencioso *cordax* y las torpes imágenes del falo. Recordando las improvisaciones carnavalescas y las ocurrencias imprevistas de los falóforos, presentaron sus obras en el tablado escénico como una inmensa chanza, como una especie de bromazo universal, si se nos permite la frase, en que no escapan impunes ni filósofos, ni generales, ni estadistas, ni poetas, ni oradores; en que se revelan los misterios más recónditos de la vida de familia; en que se cruza el rostro con el látigo de procaz ironía al pueblo que presencia, paga y juzga el espectáculo y á los mismos dioses, en cuyo honor se celebra.

De esta suerte la comedia, embriagada, por decirlo así, con su propia alegría y levantada en alas de la imaginacion, pasó pronto de la censura del ciudadano particular á mostrar bajo su aspecto cómico, dice un escritor ya citado (1), «toda la »constitucion social, el pueblo, el gobierno, la raza »de los hombres y la de los dioses, dándoles la fan»tasía con los brillantes toques de su pincel los co»lores más vivos y originales.»

(1) Schlegel.

Atenta únicamente la comedia antigua á rendir culto al dios de la alegría, y apegada siempre á sus tradiciones, no trató en sus censuras de evitar las personalidades (1); todo lo contrario, designaba al vicioso por su nombre, le presentaba con su propia fisonomía, y si acudia al teatro, lo señalaba con el dedo. De otro modo hubieran parecido insípidas sus sales á los espectadores, ávidos de hallar en ella pasto á su natural malignidad, pues es de advertir que el público que acudia á las representaciones escénicas no era, como en los teatros modernos, en escaso número y formado de las clases más ilustradas, sino el pueblo en masa, que buscaba en aquel espectáculo una distraccion análoga á su gusto. Por consiguiente, los poetas quizá hubieran sido silbados implacablemente si, prescindiendo de personalidades, única parte de la comedia inteligible para la mayoría de su auditorio, se hubiesen concretado á presentar obras de pura imaginacion como las modernas.

De aquí el carácter predominantemente político que, conformándose á la aficion á intervenir en el

(1) *Eupolis atque Cratinus Aristophanesque poetæ*
Atque alii, quorum comœdia prisca virorum est,
Si quis erat dignus describi, quod malus aut fur,
Quod mœchus foret, aut sicarius, aut alioqui
Famosus, multa cum libertate notabant.

(Horacio, *Sat.* iv, lib. i.)

gobierno y á la constitucion democrática de Atenas, llegó á revestir la comedia antigua, convirtiendo la escena en una segunda tribuna y juzgando con una audacia sólo posible dado el buen sentido de los Atenienses, las decisiones que el pueblo adoptaba en la Agora y proponiendo además reformas y medidas que le han dado cierta semejanza con la prensa periódica moderna. Así es que, no contenta todavía con las alusiones más ó ménos directas que en el decurso del diálogo van como bordando el velo alegórico que constituye generalmente la trama de las mismas, habia un punto en que toda ficcion se suspendia, en que se cortaba la accion, y el poeta se presentaba frente á frente á los espectadores, para decirles paladinamente en la *Parábasis* cuanto creia oportuno sobre los más graves negocios del Estado ó sus asuntos particulares. En ella el corifeo, quitándose la máscara, no es ya un simple actor que se dirige á los concurrentes á un espectáculo, sino el orador que arenga á una asamblea. De este modo, como afirma Platon con una ironía que manifiesta el extremo á que la influencia de los cómicos alcanzaba, la república ateniense llegó á ser una *Teatrocracia* verdadera (1).

En esta forma determinada llegó la comedia á Aristófanes, quien no introdujo en ella más modificaciones que las que un ingenio superior da inevitablemente á cuanto toca con sus manos. ¿Habrá, pues, derecho á exigirle en sus obras méritos y

(1) *Las Leyes*, lib. III.

perfecciones impropios de las mismas, dada la diferencia esencial que hemos señalado entre la antigua comedia y la moderna? ¿No podria el poeta favorito de las Gracias, rechazar como impertinente el interrogatorio á que el Abate Andrés le sujeta al hacerle comparecer ante la autoridad de su crítica? (1) ¿No tendria derecho cuando el erudito Aristarco le exige un plan bien ideado y regular, una accion ligada, bien seguida y acabada, pinturas justas y fieles, caracteres bien expresados y distintos, y afectos bien manejados, á contestarle: todo eso que echas de ménos en mis dramas es grave y serio, y en su composicion yo no he tenido más objeto aparente que la alegría; y la alegría sólo existe cuando se rechaza todo plan y toda traba; cuando se desarrollan de un modo inesperado todas las facultades de nuestra alma; cuando el pensamiento abandona sus trilladas sendas y vuela por la region de lo imprevisto; cuando se reune lo extraordinario, lo inverosímil, lo maravilloso y lo imposible con las localidades más conocidas y los usos más familiares; cuando se inventa una fábula atrevida y fantástica, con tal que sea propia para sacar á luz caracteres extravagantes y situaciones ridículas; cuando con la rapidez del rayo se arranca su máscara al vicio y se disimula la indignacion bajo una estrepitosa carcajada; cuando, en una palabra, se toman como á juego

(1) *Orígen, progresos y estado actual de toda la literatura*, ed. Madrid, 1787, tomo IV, p. 68.

las cosas más graves y se presentan bajo el disfraz de divertida chanza? (1)

Para convencerse de que Aristófanes fué, en efecto, digno intérprete de Talía, y de que poseyó, como nadie, ese talento especial y precioso de regocijar los ánimos, al que se ha dado el expresivo nombre de *vis comica*, no hay más que leer sin preocupaciones sistemáticas ni espíritu de escuela cualquiera de sus obras, y no se podrá ménos de confesar que la serie de escenas que las constituyen revelan tal ingenio, tal profusion de sales y de gracias, que si el aparato escénico, los trajes, las danzas y la música eran dignas de las concepciones del poeta, debieron producir en los espectadores, dice Müller, una verdadera embriaguez cómica.

No se crea, sin embargo, que la comedia es en manos de Aristófanes un simple juego de la fantasía, propio sólo para divertir á los niños y á la plebe más rústica y soez. Todo lo contrario. Parecida á aquellas grotescas imágenes de sátiros que contenian en su interior la estatua de una divinidad, oculta siempre bajo el revuelto vaiven de sus locuras, liviandades y chocarrerías, el oro de un profundo pensamiento moral y la constante aspiracion á un ideal más perfecto, *buscado entre las heces de la realidad*.

Perfectamente persuadido Aristófanes de la altísima mision de los poetas, lleno de ardiente patrio-

(1) V. Schöel y Müller, obras citadas.

tismo, y amante de la justicia y la virtud, ataca, como Cervantes, con aquellas *terribles gracias*, φοβερὰς χάριτας (1), de que poseia inagotable caudal, todos los vicios y abusos que minaban en su tiempo la existencia de la república ateniense ó contribuian á extraviar el buen sentido en el órden religioso, literario y moral.

Así es que de las once comedias que de él se han conservado, unas son predominantemente políticas, como *Los Acarnienses*, *Los Caballeros*, la *Lisistrata* y *La Paz*, y se refieren á la guerra del Peloponeso, aconsejan su terminacion y atacan rudamente á los ambiciosos demagogos que conseguian captarse el aura popular; otras, como *Las Avispas*, *Las Junteras* y el *Pluto*, van dirigidas con especialidad contra abusos introducidos en la interna administracion de la República por la viciosa organizacion de los tribunales y las discusiones de la Agora, y tratan de atajar el mal que la predicacion de ciertas utopías filosóficas podian llegar á producir; otras, como *Las Fiestas de Céres* y *Las Ranas*, son verdaderas sátiras literarias en las cuales el poeta trata de contener la decadencia del arte trágico, iniciada en Eurípides y Agaton; otras, en fin, como *Las Nubes* y *Las Aves*, atacan la viciosa educacion que á la juventud daban los sofistas, ó presentan, en el cuadro más animado y pintoresco que ha podido crear la humana fanta-

(1) Vid. en la *Antología palatina*, IX, 186, el epigrama de Antípatro de Tesalónica.

sía, una especie de resúmen de cuantos vicios, abusos y ridiculeces son objeto de especial censura en las demas.

Mas para salir victorioso en esta gigantesca lucha contra la injusticia, las preocupaciones y el error, el poeta hubo de acudir á todos los resortes de su ingenio, y doblegarse á la dura necesidad de dar gusto lo mismo á la parte más sensata de su auditorio, que era naturalmente la menor, que á la multitud ignorante, grosera y afiliada por añadidura á un partido contrario al que Aristófanes se creia obligado á defender. Por eso, sin duda, y teniendo además presente la derrota de Cratino, expulsado del teatro por no haber sazonado su comedia con los inmundos chistes que eran de rigor, nuestro poeta mancha con excesiva frecuencia el espléndido ropaje de su Musa con impúdicas sales, licenciosos cuadros, frases malsonantes, equívocos bajos y pueriles, y recursos escénicos de pésimo gusto y mala ley. Al decir esto, no pretendemos defenderle á fuer de ciegos apologistas; pero sí creemos oportuno advertir, como circunstancia que atenúa notablemente la gravedad de esas faltas, que más que del poeta son de la corrompida sociedad y de la época en que vivió, á la cual, si le indignase el verse pintada tan al vivo y con tan repugnantes colores, pudiera decirse con Quevedo:

Arrojar la cara importa,
Que el espejo no hay por qué.

Pues es de notar que entre los méritos que,

aparte de los literarios, hacen sobremanera interesante el teatro de Aristófanes, figura en primera línea el de ser un verdadero retrato de la República ateniense en el interesante período de la guerra del Peloponeso, así como el más completo monumento que de las costumbres griegas nos ha legado la antigüedad. Y tan exacto es esto, que se cuenta que deseando Dionisio el Jóven conocer á fondo la situacion de Atenas, el divino Platon le envió como el libro más adecuado las comedias de Aristófanes; y en nuestros dias, para citar un solo testimonio entre mil, el docto Macaulay (1) las prefiere para igual objeto á las admirables historias de Tucídides y Jenofonte.

Entiéndase, por supuesto, que al utilizar los dramas de Aristófanes como documentos históricos, hay que proceder con la necesaria discrecion para prescindir de todas aquellas exageraciones, errores y áun calumnias en que el espíritu de partido, la enemistad personal, el amor propio lastimado y otras debilidades humanas hicieron incurrir al poeta, especialmente al ocuparse de Lámaco, Cleon, Eurípides y Sócrates.

Pues aunque Aristófanes, segun él mismo dice y manifiesta, creia obrar siempre á impulsos de un pensamiento generoso, como no era ni un sabio ni un santo, no pudo librarse en todas sus censuras del ofuscamiento de las pasiones y el error. Por eso

(1) *Estudios literarios.* Tr. de M. Juderías Bender, Madrid, 1879, pág. 384.

confundió lastimosamente á Sócrates con aquella muchedumbre de sofistas, corruptores del arte y de la moral y peligrosos maestros de la juventud, y envolviéndole quizá en el profundo aborrecimiento que sentia contra Eurípides, de quien el ilustre filósofo fué amigo, le escarneció en *Las Nubes*, sembrando las calumnias que veinticuatro años más tarde sirvieron de base á su condenacion. Fué esta una falta de que no habremos de disculparle, por más que ni seríamos los primeros, ni faltarian razones sólidas que alegar; pero creemos sumamente injusto el que algunos críticos, haciendo solidarios los errores del hombre con los del literato, se ensañen por este motivo contra Aristófanes hasta el punto de negarle, por decirlo así, el pan y la sal, y tratar de expulsarle ignominiosamente del Estado de las letras, sin darle siquiera aquella honorífica corona que Platon concedia á los vates al desterrarlos de su República ideal.

Al hacer esta indicacion, bien se comprenderá que nos referimos especialmente á Plutarco (1), que en su violenta diatriba contra Aristófanes en parangon con Menandro, punto de partida de muchas críticas posteriores, aparte de comparar la poesía aristofánica á una vieja é hipócrita ramera, tan insoportable á las personas sensatas como á la más abyecta multitud, llega hasta motejar su

(1) Ricard (*Œuvres morales de Plutarque, trad. en français,* Paris, 1789, t. XI, p. 264) atribuye el injusto juicio de Plutarco á haber atacado Aristófanes á Sócrates en *Las Nubes.*

estilo, desconociendo aquel aticismo seductor, encanto de San Juan Crisóstomo, y en cuyo honor compuso Platon, autoridad nada sospechosa en la materia, el sabido dístico en que se hace del alma de Aristófanes el indestructible santuario de las Gracias.

Se necesita, en efecto, todo el apasionamiento y ceguedad del autor de un tratado sobre la *Malignidad de Herodoto* para negar al lenguaje de Aristófanes esa magia indescriptible, ese perfume delicioso que se percibe todavía á pesar del trascurso de tantos siglos, raro conjunto de elocucion sublime y familiar, de elegancia y rudeza, de giros graciosísimos mezclados á palabras de incomensurables dimensiones, siempre exacto, puro, flexible, conciso y espontáneo, y siempre encajado por decirlo así, en la pauta de una versificacion rica, variada, armoniosa é irreprochable.

Mucho pudiéramos decir todavía sobre el Teatro de Aristófanes y los encontrados juicios á que ha dado lugar, pero creemos que las observaciones apuntadas bastan para preparar el ánimo del que emprenda la lectura de sus comedias con la imparcialidad debida. Sólo nos resta, pues, reclamar mucha indulgencia para nuestra traduccion, que por ser nuestra y la primera que aparece en lengua castellana, necesariamente debe adolecer de infinitos defectos. Al hacerla hemos seguido el texto de Aristófanes, corregido por Dindorf y publicado en 1867 por Fermin Didot en su *Bibliotheca græca*, habiendo tenido tambien á la vista, entre

otros trabajos, las ediciones de Brunck (Lóndres, 1823), Boissonade (Paris, 1826) y Bergck (Leipzig, 1867). Para las notas, que necesariamente han de abundar en un autor todo alusiones, parodias y alegorías, hemos acudido principalmente á los escolios griegos, procurando apartarnos en ellas de todo cuanto pudiera parecer de mera erudicion. Y finalmente, en la version hemos procurado ceñirnos todo lo posible á la letra, adecentando á menudo con el velo de la perífrasis sus obscenas desnudeces, y poniendo al pié la interpretacion latina de Brunck, excepto en aquellos pasajes, poco frecuentes por fortuna dadas las costumbres griegas, en que lo nefando del vicio nos ha obligado á suprimirlos ó á dejarlos en el idioma original.

LOS ACARNIENSES.

NOTICIA PRELIMINAR.

Cuando se representaron *Los Acarnienses*, hacía ya seis años que la guerra llamada del Peloponeso tenía en conflagracion toda la Grecia, y, sembrando por do quiera la discordia, la desolacion y la muerte, anulaba el resultado de los épicos combates de Maraton, Salamina y las Termópilas, y preparaba sensiblemente la ruina de la nacionalidad helena. No siendo preciso á nuestro propósito el entrar en minuciosos detalles sobre el particular, remitimos á los que deseen conocerlos á las obras de Tucídides, Diodoro Sículo, Plutarco y otros (1), donde podrán satisfacer su curiosidad cumplidamente, y nos limitaremos á espigar en el vasto campo de sus escritos las noticias más necesarias para la ilustracion de *Los Acarnienses*.

---

(1) *Historia de la Guerra del Peloponeso;* DIODORO SÍCULO, *Bibliotheca historica*, Lib. XII; PLUTARCO, *Vitæ Parallelæ*. Pericles; DODWELL (Henr.) *Annales Thucydidei et Xenophontei* ad calcem operis ejusdem de cyclis. Oxonii, 1710.

Algunos jóvenes de Atenas, despues de haberse embriagado jugando al Cótabo, se dirigieron á Megara y robaron á la cortesana Simeta. Los Megarenses, en revancha, arrebataron á Aspasia dos de sus más íntimas amigas (1). Entónces Perícles, cediendo á las instigaciones de la hermosa y discreta *hetaira*, y más que todo, á la necesidad de sostenerse en el poder por medio de una guerra que le hiciese indispensable y distrajera á los Atenienses, hizo aprobar el célebre decreto que castigaba con la pena capital á todo ciudadano de Megara que fuese cogido dentro del territorio del Atica. Los Megarenses solicitaron, pero inútilmente, la derogacion de este decreto, y vanas fueron tambien las reclamaciones hechas por los Lacedemonios. Perícles se opuso con toda su influencia, y el decreto no se derogó. Tal fué el pretexto de aquella guerra funesta; pretexto decimos, porque la verdadera causa que la hizo completamente inevitable fué, como apunta el perspicaz Tucídides (2), el recelo y justificado temor que á los Lacedemonios inspiraba el siempre creciente poderío de Atenas. No dejaba de haber, sin embargo, entre ambas repúblicas otros poderosos motivos de resentimiento; pero Plutarco (3) da por seguro que los Espartanos jamás se hubieran puesto á la cabeza de la liga, si el decreto contra Megara hu-

(1) Aristófanes, *Los Acarnienses*, v. 524 y sig.
(2) *Historia de la Guerra del Peloponeso*, I, 23.
(3) *Vida de Perícles.*

biera sido revocado, estando acorde en este punto con lo que Aristófanes dice en su comedia.

La mayoría de los Atenienses, acostumbrados á vivir hasta entónces en el campo con esa independencia, abundancia y libertad que hacen la vida rústica tan agradable, viéronse obligados á buscar un refugio en la capital con sus mujeres é hijos, enviando sus ganados á la Eubea, y abandonando sus hogares y tierras cuando apénas habian concluido de repararse los estragos causados por las recientes guerras médicas. «Desamparaban llenos de dolor, dice Tucídides (1), las habitaciones y los templos á los cuales una larga posesion parecia ligarles; y al renunciar á su modo de vivir, creian dar un adios eterno á su pueblo nativo.» La pena que naturalmente les hizo experimentar la concentracion, se exacerbaba cada dia por lo incómodo de los alojamientos que en Atenas pudieron proporcionarse. «Muy pocos, dice el historiador citado (2), hallaron acogida en las casas de sus amigos y parientes; los más se establecieron en los sitios deshabitados de la ciudad, en los lugares consagrados á los dioses y á los héroes, en todas partes, en fin, excepto en la Acrópolis, el Eleusinion (3), y otros recintos sólidamente cerrados. El mismo Pelásgicon (4), á pesar del oráculo

(1) *Historia de la Guerra del Peloponeso,* II, 16.
(2) *Hist.*, II, 17.
(3) Templo de Céres Eleusinia, situado al Norte de la Acrópolis, cerca de la Agora.
(4) Espacio situado á lo largo del muro septentrional

que á su ocupacion se oponia, fué tambien invadido, é igualmente las torres de las murallas.» Todo esto no era suficiente, sin embargo, para la inmensa afluencia de refugiados, y la mayor parte vivian mezquina y desastrosamente faltos de aire y de luz, sujetos á todo género de privaciones y miserias (1), y expuestos más tarde al furor de la espantosa peste que repetidas veces desoló á Atenas durante el decurso de la guerra. La influencia de ésta, como no podia ménos, dejóse muy pronto sentir, introduciendo perturbaciones en el órden político y social. La discordia tiranizaba las ciudades; todo eran disensiones y atroces venganzas; las ambiciones más bajas y viles tenian espacio abierto donde tender las alas; la codicia era causa y ocasion de enriquecerse en los frecuentes tumultos; la calumnia estaba segura de ser oida y aceptada, no ménos que la audacia irreflexiva ó criminal de conseguir el favor de la desenfrenada muchedumbre; y á tal extremo llegaron el desórden y la perversion, que se cambió arbitrariamente la acepcion de las cosas y palabras. «La inconsiderada temeridad »se tuvo por valor á toda prueba; la calma prudente »por hipócrita cobardía; la moderacion por pretexto »de timidez; y una inteligencia poco comun por »una grande inercia. El ciego arrojo fué el distin»tivo del valiente; la circunspeccion un especioso

de la Acrópolis, construido por los Pelasgos (Herodoto, *Historia,* VI, 137). A semejanza del *pomœrium* romano, debia permanecer deshabitado y vacío.

(1) Aristófanes. *Los Caballeros,* v. 780.

»subterfugio. Al hombre violento se le consideraba »como el más seguro; y al que se le oponia, como »sospechoso. El colmo de la habilidad era tender »asechanzas á sus enemigos, y sobre todo el eludir»las, y en cambio, al que rehuia tan bajos medios »se le acusaba de traidor y pusilánime. Los vínculos »de la sangre eran más débiles que el espíritu de »partido; éste, en efecto, ligaba más fuertemente á »los hombres, por lo mismo que sus asociaciones no »se pactaban bajo el amparo de la ley sino con mi»ras culpables, y en vez de estar sancionadas por »el santo temor de los dioses, tenian su sola salva»guardia en la participacion del crímen. Se esti»maba en más el vengar una ofensa que el no ha»berla recibido. Los juramentos de paz solo tenian »una fuerza transitoria que duraba lo que la nece»sidad que los habia arrancado; en cuanto se ofre»cia ocasion no habia reparo en atacar al enemigo »indefenso, prefiriéndose la vil traicion al noble y »descubierto combate. Manantial de todos estos »males fué el afan de dominar instigado por la co»dicia y la ambicion, envenenado despues por las »pasiones, despertadas al grito de la rivalidad. Los »jefes de partido ostentaban en sus banderas, unos »la igualdad de derechos, otros una aristocracia »moderada; pero, bajo la máscara del bien gene»ral, sólo trataban de suplantarse mútuamente. »Daban rienda suelta á sus deseos y rencores, y »sin más ley que el propio arbitrio, menosprecia»ban la justicia y el bien comun. Llegados al po»der, satisfacian sus odios personales á fuerza de

»sentencias inicuas y descaradas violencias. Nin»guno respetaba la buena fe: el dios éxito era el »único en cuyos altares se sacrificaba; y el perpe»trador de algun negro delito, como supiera encu»brirlo con apariencias de honradez, podia estar »seguro de la pública estimacion. En cambio, los »ciudadanos que se mantenian apartados de la po»lítica, sucumbian al furor de ambos partidos, ya »por negarse á tomar parte en la lucha, ya por »envidia á su tranquilidad (1).»

Tan aflictiva situacion veíase además sobremanera agravada, de un lado por la escasez y carestía que se dejaba sentir como era natural despues de la devastacion del territorio del Atica y el consiguiente abandono de las tareas agrícolas, y de otro por una segunda invasion de la peste que debilitó extraordinariamente á Atenas, arrebatándole cuatro mil cuatrocientos hoplitas, trescientos caballeros, é incalculable número de los demas habitantes (2). Además, las esperanzas fundadas en alianzas con reyes extranjeros habian menguado mucho, y áun no pocas se habian desvanecido por completo, visto el ningun resultado práctico de las negociaciones entabladas con Sitálces, rey de Tracia, casado con una hermana de Ninfodoro de Abdera, y con los monarcas de Persia y Macedonia. Y para colmo de males, la sábia y moderada influencia de Perícles, víctima de la peste á los dos años y medio de la

(1) *Historia de la Guerra del Peloponeso*, lib. III.
(2) Tucídides, III, 87.

guerra, se veia sustituida por la del demagogo Cleon, hombre de baja estofa, orador violento y audaz, ídolo entónces del populacho ateniense, cuyos bélicos instintos halagaba incesantemente, excitándole además contra todos aquellos ciudadanos que podian oponerse legítimamente á su poder.

En tal estado de cosas, las gentes honradas y pudientes, hartas de ser juguete de ambiciosos é intrigantes, compadecidas de la miseria pública, previendo el desastroso efecto de la guerra, cualquiera que fuese el vencedor, desconfiando del envío de auxilios extranjeros, anhelando la tranquilidad y el sosiego, se pronunciaron abiertamente por la paz. Aristófanes, haciéndose eco de tales sentimientos, compuso entónces *Los Acarnienses*, comedia cuyo objeto es demostrar las ventajas de la paz, y la conveniencia de reconciliarse con Lacedemonia.

El título de esta pieza Ἀχαρνῆς viene de *Acarna* (Ἀχάρνα), demo del Atica, cuyos moradores, toscos y robustos, ejercian en su mayor parte el oficio de carboneros. No sin razon escogió Aristófanes el coro entre los ancianos de aquella comarca, pues además de estar dotados del belicoso humor que le convenia para el contraste, el territorio de Acarna fué de los primeros invadidos, hasta el punto que Arquidamo, rey de Lacedemonia, contaba con la exasperacion de sus habitantes para obligar á los Atenienses á una decisiva batalla en los principios de la guerra del Peloponeso. «Creia, en efecto, al

»tomar posiciones junto á Acarna, que suministran»do sus moradores al Estado hasta tres mil hoplitas, »no dejarian asolar impunemente su territorio y »arrastrarian á todos al combate, ó que una vez »tolerada la devastacion no pondrian igual empeño »en defender las haciendas ajenas despues de la »ruina de las propias (1).» El plan de Arquidamo era acertadísimo. Sólo el tacto exquisito de Perícles pudo contener á los Acarnienses y evitar el que en una sola partida se decidiese la suerte de Aténas.

Los Acarnienses, pues, habian sido los más castigados por la guerra: seis años hacía que habian abandonado sus fértiles campos cubiertos de viñedos y los frondosos bosques donde ejercian la industria carbonera. No fué sin motivo, por consiguiente, el elegirlos para formar el coro en una comedia cuyo fin era aconsejar la paz, y el sacar de entre ellos el protagonista.

Diceópolis, identificado, como indica su nombre (δίκαιος, *justo*, πόλις, *ciudad)*, con la idea de lo que debe ser una república bien administrada, acude al lugar de la Asamblea decidido á promover una discusion sobre la conveniencia de la paz. A pesar de lo grave de la situacion de Atenas, encuentra el Pnix desierto, y distingue á los ciudadanos y á los Pritáneos muy distraidos en la Agora con pláticas insustanciales. El buen viejo recuerda con amargura su vida pasada y su situacion presente, y se confirma más y más en sus proyectos pacíficos.

(1) Tucídides, II, 20.

Abrese al fin la sesion, y Anfiteo, que usa el primero la palabra, en cuanto propone la paz con Lacedemonia es arrojado de la Asamblea. Preséntanse despues los embajadores de Aténas al rey de Persia, acompañados de Pseudartábas, el *Ojo del Rey*, y luego Teoro, enviado á la corte de Sitálces, rey de Tracia. Díceópolis descubre sus farsas y mentiras, y exasperado por el robo de su frugal desayuno y la ineficacia de sus esfuerzos, hace levantar la sesion y encarga á Anfiteo que pacte para él y su familia una tregua particular con los Lacedemonios.

A su vuelta de Esparta, Anfiteo es sorprendido y perseguido por un grupo de ancianos acarnienses, y sin tiempo más que para entregar á Dicéopolis su tratado, huye precipitadamente. El furioso tropel encuentra á Diceópolis cuando se disponia á solemnizar con un sacrificio su regreso al campo. La bílis acarniense, *inflamable como una encina seca*, se desata contra él y tratan de matarle á pedradas; pero el astuto viejo les contiene amenazando hundir su puñal en el seno de un inocente saco de carbon. Los Acarnienses, enternecidos por la desgracia que amenaza á un compañero querido, admiten parlamento. Diceópolis, comprendiendo lo apurado del trance, acude á Eurípides en busca de un traje á propósito para producir el patético. El poeta trágico accede benévolo á las súplicas del viejo socarron, y le da á elegir los andrajos de Eneo, Fénix, Filoctétes y Belerofonte. Diceópolis escoge por último los de Telefo, que en el guarda-

ropa de Eurípides se hallaban entre los de Ino y Tiéstes. Con su disfraz de mendigo heroico, arenga al coro Diceópolis y logra convencer á varios de sus compatriotas de que no todas las injusticias han sido cometidas por los Lacedemonios. El resto del coro, indignado, llama en su auxilio á Lámaco, general ateniense, que es tambien blanco de las burlas de Diceópolis. Este acaba por abrir su mercado á Megarenses y Beocios, con los cuales estaba entónces prohibida toda relacion mercantil. Llega un Megarense y da á conocer la espantosa miseria á que su país estaba reducido. Obligado por el hambre, se propone vender sus dos hijas disfrazándolas al efecto de puercos, lo cual da lugar á una multitud de equívocos maliciosos. Un sicofanta ó delator sobreviene durante la corta ausencia del protagonista, que al fin le obliga á callarse. Acude luego un Beocio, inundando el mercado de todo género de comestibles, legumbres, caza, aves, anguilas y otros deliciosos manjares de que hacía tiempo estaba privada Aténas. La venta es interrumpida por Nicarco, otro delator, que acaba por ser empaquetado como una vasija en castigo de su insolencia. Diceópolis, hechas sus provisiones, se prepara á celebrar alegremente la fiesta de las Copas. Un sirviente de Lámaco, que se presenta á comprar para su dueño algunos tordos y anguilas, es rechazado entre graciosas burlas; pero la peticion de una recien casada es benévolamente acogida. El coro pondera las ventajas de la paz y la felicidad de Diceópolis, y un afligido labrador contri-

buye á ponerlas de relieve con la relacion de sus miserias. En esto, una repentina invasion obliga á Lámaco á partir, no obstante lo crudo del temporal. Con tal motivo hay una graciosísima escena abundante en contrastes cómicos entre los preparativos guerreros de Lámaco y los aprestos culinarios de Diceópolis. Parten por fin ambos y vuelven á poco, el primero herido y magullado, arrojando lastimeros gritos, y el segundo sostenido por dos lindas muchachas, bien comido y bien bebido. Por último, las lamentaciones del asendereado general son ahogadas por las aclamaciones del coro en honra de Diceópolis, dichoso vencedor en la fiesta de las Copas.

Esta comedia es una de las más notables de Aristófanes y la tercera que compuso, segun la más acreditada opinion que la coloca despues de *Los Detalenses* y *Los Babilonios* (1). En toda ella se observa una alegría siempre creciente, y verdadera plétora de aquellas sales áticas que tan sabrosa hacen la poesía aristofánica. Las escenas entre Eurípides y Diceópolis y éste y Lámaco son de mano maestra en su género, como el lector podrá juzgar por sí mismo, á pesar de lo mucho que con la traduccion se desfigura. La pintura viva y animada de las ventajas de la paz debió sin duda hacerla apetecible á los más belicosos. Pero el carácter inconstante y voluble, que Aristófanes echa en cara

(1) *V. Aristoph. comœdiæ, ed. Firmin Didot*, p. 445.—*Schol. Nub.*, 529.

á los Atenienses, hizo sin duda ineficaces sus saludables consejos. ¡Tanta influencia ejercia entónces hasta sobre ciudadanos víctimas de los horrores de la guerra la audaz y arrebatada oratoria de los demagogos!

Esta Comedia se representó el año 425 ántes de Jesucristo, como lo indican varios pasajes de la misma (1). Calístrato estuvo encargado del papel de Diceópolis, y la representacion tuvo lugar en las fiestas Leneas, que se celebraban en el mes Gamelion (Enero-Febrero) y ofrecian la particularidad de no admitirse extranjeros á sus espectáculos.

(1) Versos 266, 890; 504-508.

PERSONAJES.

Diceópolis.
Un Heraldo.
Anfiteo.
Un Pritáneo.
Embajadores de Aténas, de regreso de Persia.
Pseudartábas.
Teoro.
Coro de Acarnienses.
Una Mujer, esposa de Diceópolis.
Una Jóven, hija de Diceópolis.
Un Criado de Eurípides.
Eurípides.
Lámaco.
Un Megarense.
Muchachas, hijas del Megarense.
Un Delator.
Un Beocio.
Nicarco.
Un Criado de Lámaco.
Un Labrador.
Un Paraninfo.
Mensajeros (1).

(1) La edicion de Dindorf, publicada por Fermin Didot, que es la que seguimos, no incluye entre los personajes de esta comedia á los *Mensajeros*, sin razon para ello, pues intervienen en la accion y hablan tanto como cualquiera de los otros secundarios. En la lista no se ponen los personajes mudos, que son: *Jántias*, esclavo de Diceópolis, y la *Madrina* de las bodas que aparece en una de las últimas escenas.

LOS ACARNIENSES.

DICEÓPOLIS (1).

¡Cuántos pesares me han roido el corazon! ¡qué pocas, poquísimas veces, cuatro á lo más, he sentido placer! Pero mis penas son innumerables como las arenas del mar; veamos, si no, qué cosas me han causado verdadero júbilo. Nunca recuerdo haber gozado tanto como cuando Cleon (2) vomitó aquellos cinco talentos. ¡Qué alegria! desde entónces amo á los caballeros, autores de esta accion,

(1) El nombre de *Diceópolis* se compone de dos palabras, δίκαιος y πόλις, que significan *ciudadano justo*, ó *ciudad justa*. Píndaro da este epíteto á la isla de Egina.

(2) Demagogo ateniense, enemigo encarnizado de Aristófanes, contra el cual lanza éste en sus comedias todo género de acusaciones. Es uno de los personajes principales de *Los Caballeros*. Habiendo recibido en una ocasion cinco talentos de las islas tributarias de Aténas, para conseguir rebaja en la contribucion que debian de pagar, los caballeros le obligaron á devolverlos. Y este es el hecho que causó tanta alegría á Diceópolis.

digna de Grecia (1). En cambio, experimenté un dolor verdaderamente trágico, cuando despues de esperar con tanta boca abierta la aparicion de Esquilo (2), oí gritar al Heraldo: «Teógnis (3), introduce tu coro.» ¡Golpe mortal para mi corazon! Otra vez gocé mucho cuando á seguida de Mosco (4), ejecutó Doxíteo (5) un aire beocio; pero este año pensé morir víctima del más cruel martirio, viendo á Quéris (6) disponerse á cantar al modo Ortio (7).

Mas nunca, desde que me es permitido lavarme

(1) Hemistiquio del *Telefo* de Eurípides, al decir del Escoliasta.

(2) Esquilo murió el 456 á. d. C., es decir, 30 años ántes de la representacion de *Los Acarnienses*. Mas en consideracion á su mérito, los Atenienses permitieron á los poetas modernos concurrir á los certámenes trágicos con sus tragedias corregidas y arregladas. Suidas dice que Euformion, hijo de Esquilo, ganó cuatro premios con tragedias de su padre, que áun no habian sido representadas.

(3) Poeta trágico, de cuya frialdad se burla más adelante Aristófanes, suponiendo que al representarse sus dramas se helaron todos los rios de Tracia (v. 140). Los Atenienses le llamaron por lo mismo χίων la *Nieve*. Llegó á ser uno de los treinta tiranos.

(4) Músico detestable.

(5) Excelente citarista, vencedor en los juegos Píticos.

(6) Flautista y citarista, sin mérito alguno. Aristófanes se burla tambien de él en otros pasajes de sus comedias (*Las Aves*, 858; *La Paz*, 951). Entre otros defectos, le echa en cara el de hallarse siempre donde sus amigos se reunian á comer.

(7) Era un modo vivo y guerrero y que, segun indica su nombre, se cantaba en los tonos más elevados. Arion (Herod., *Clio*, XXIV), ántes de arrojarse al mar, cantó un *nomo Ortio*, cuya deliciosa melodía le valió el ser salvado por un delfin.

en los públicos baños (1), me ha picado tanto el polvo en los ojos como hoy, dia de la asamblea ordinaria (2), en este Pnix (3), todavia desierto. Allí se están charlando mis conciudadanos en la plaza, corriendo arriba y abajo para evitar la cuerda teñida de rojo (4). Ni áun los Pritáneos (5) vienen; eso sí, en cuanto lleguen, aunque tarde, los veremos empujarse sin consideracion, disputarse los primeros bancos de madera (6) y tomarlos como por asalto. De los medios de conseguir la paz, no hay temor de que se ocupen ¡Ah, ciudadanos, ciudadanos! Yo soy el primero que acudo á

(1) Es decir, *desde la pubertad*, porque ántes de esa edad no se permitia la entrada en los baños públicos.

(2) Las asambleas ordinarias (κύριαι) tenian lugar los dias once, veinte y treinta de cada mes. A las extraordinarias (συγκλήτοι) se convocaba cuando habia asuntos urgentes é interesantes.

(3) Plaza próxima á la Ciudadela, donde tenian lugar las asambleas del pueblo. La palabra Pnix se deriva de πυκνῶσθαι, *apretarse*, habiéndosele dado este nombre, tal vez, por la multitud que en él se aglomeraba en algunos dias de sesion.

(4) Para obligar á los ciudadanos á entrar en el Pnix, se teñia de rojo una cuerda, que se llevaba á lo ancho de la *agora* ó mercado. La cuerda manchaba el vestido de los morosos, pudiendo así ser reconocidos y obligados á pagar la multa de un triobolo (medio dracma), en que consistia el sueldo de los asistentes á la asamblea.

(5) Magistrados entre cuyas atribuciones estaba la de convocar y presidir las asambleas populares y levantar sus sesiones.

(6) Los asientos del Pnix eran de piedra (V. *Los Caballeros*, 754); pero debia de haber algunos de madera, cuya posesion se disputaban los Pritáneos por ser sin duda más distinguidos y cómodos.

la asamblea y tomo en ella asiento; y al verme solo, suspiro, bostezo, me desperezo y desahogo á mi gusto (1); no sabiendo qué hacer, me entretengo en escribir con el baston en la arena, en arrancarme pelillos, en hacer cálculos; y, mirando al campo, amante de la paz y aborrecedor de la ciudad, echo de ménos mi aldea, que nunca me decia: «compra carbon, compra vinagre, compra aceite;» esta palabra «compra» le era desconocida; ella misma lo producia todo, sin este eterno «compra» (2) que me sierra las entrañas. Así es que vengo completamente decidido á gritar, á interrumpir, á insultar á los oradores si hablan de otra cosa que de la paz. Pero ya llegan, aunque al mediodía, los Pritáneos. ¿No lo decia yo? como me figuraba, todos se precipitan sobre los primeros bancos.

UN HERALDO.

Más adelante, más adelante, para que esteis dentro del recinto purificado (3).

ANFITEO (4).

¿Ha hablado ya alguno?

---

(1) Πέρδομαι, *pedo*.

(2) Hay en el texto un juego de palabras intraducible, basado en la semejanza de las palabras πρίων, *sierra*, y πρίω, *comprar*.

(3) Poco ántes de reunirse la asamblea se purificaba el local, vertiendo sobre los bancos de los Pritáneos algunas gotas de sangre de cerdo. Este sacrificio se ofrecia á Céres.

(4) La palabra θεός, *dios*, entra en la composicion de este nombre.

EL HERALDO.

¿Quién pide la palabra?

ANFITEO.

Yo.

EL HERALDO.

¿Quién eres?

ANFITEO.

Anfiteo.

EL PRITÁNEO.

¿No eres hombre?

ANFITEO.

No; soy un inmortal. Anfiteo fué hijo de Céres y Triptólemo; de él nació Celeo; Celeo se casó con Fenáreta (1), mi abuela, de esta nació Licino, que me engendró inmortal. Unicamente á mí permitieron los dioses que pactase una tregua con los Lacedemonios. Pero yo, Ciudadanos, á pesar de mi inmortalidad, carezco de los víveres necesarios para el viaje; porque no me los dan los Pritáneos (2).

EL PRITÁNEO.

¡Hola, Arqueros!

---

(1) Aristófanes parodia los prólogos de Eurípides, en los cuales uno de los personajes principales solia exponer friamente toda su genealogía. Ifigenia, por ejemplo, presentándose sola en escena decia, *(Vid.* EURIP. *Ifig. in Tauride)*: «Pelope hijo de Tántalo, cuando vino de Nisa se casó con la hija de Enomao, de la cual nació Atreo; de Atreo nacieron Menelao y Agamenon; éste se casó con la hija de Tíndaro; y yo, Ifigenia, fuí el fruto de este himeneo.»

(2) Los Pritáneos estaban encargados de proveer á las necesidades de los ciudadanos pobres que habian servido á la república.

ANFITEO.

¡Oh Triptólemo! ¡oh Celeo! ¿lo consentireis?

DICEÓPOLIS.

Pritáneos, inferís una injuria á la Asamblea mandando expulsar á un hombre que trata de proporcionaros una tregua y el placer de colgar nuestros escudos.

EL PRITÁNEO.

Siéntate y calla.

DICEÓPOLIS.

No, por Apolo; no callaré hasta que propongais que se trate de la paz.

EL HERALDO.

Los embajadores enviados al Rey...

DICEÓPOLIS.

¿A qué rey? ya estoy harto de embajadores, y pavos reales (1) y fanfarronerías.

EL HERALDO.

¡Silencio!

DICEÓPOLIS.

¡Ah! ¡Ah! ¡Oh Ecbatana (2), qué traje!

(1) Los pavos reales eran muy raros entónces en Aténas y se exponian todos los meses á la curiosidad pública. Tal vez los embajadores se presentarian en escena con plumas de pavo real, lo cual explica la exclamacion de Diceópolis.

(2) Residencia de invierno del gran Rey; en el verano la corte residia en Susa. En Ecbatana se hacía la especie de vestido llamado ***pérsida***, que sin duda traian los embajadores atenienses.

UN EMBAJADOR.

Siendo arconte Eutímenes (1), nos enviasteis al gran Rey con un sueldo de dos dracmas diarios.

DICEÓPOLIS.

¡Cuántos dracmas, gran Júpiter!

EL EMBAJADOR.

Hemos padecido muchísimo vagando por las orillas del Caistro (2), viviendo bajo nuestras tiendas blandamente acostados en los carros; ¡muertos de fatiga!

DICEÓPOLIS.

¿Y yo? ¿lo pasaba muy bien durmiendo sobre paja para guardar las murallas?

EL EMBAJADOR.

Adonde quiera que llegábamos nos obligaban á beber en copas de oro y cristal un vino dulce y exquisito.

DICEÓPOLIS.

¿No conoces, ciudad de Cranao (3), que se burlan de tí tus embajadores?

EL EMBAJADOR.

Aquellos bárbaros sólo tienen por hombres á los grandes glotones y borrachos.

DICEÓPOLIS.

Y nosotros á los libertinos é infames.

(1) Eutímenes fué arconte el 423 á. d. C., de modo que la embajada habia durado trece años.

(2) Rio de Lidia, que desemboca en el Egeo, junto á Efeso.

(3) Antiguo rey de Atenas, sucedió á Cécrope en 1506.

EL EMBAJADOR.

A los cuatro años llegamos al palacio; pero el rey, á la cabeza del ejército, habia marchado á hacer sus necesidades, y semejante operacion le entretuvo ocho eternos meses en las montañas de Oro (1).

DICEÓPOLIS.

¿Y cuánto tardó en terminarla definitivamente?

EL EMBAJADOR.

Todo el plenilunio; despues regresó á su alcázar y nos recibió admirablemente, obsequiándonos con bueyes enteros asados en horno.

DICEÓPOLIS.

¿Se han visto nunca bueyes asados en horno? (2) ¡Qué exageracion!

EL EMBAJADOR.

Tambien, os lo juro, hizo que nos sirviesen un ave tres veces mayor que Cleónimo (3); se llamaba el Engañador.

---

(1) Censura de la ostentacion de la corte de Persia. LUCIANO *(Hermótimo,* al fin) habla de las montañas de Oro como de un país imaginario.

(2) Los Griegos sólo conocian los panes ***cocidos en el horno.*** HERODOTO (I, 133) hablando de los Persas dice: «El aniversario de su nacimiento es de todos los dias el que celebran con preferencia, debiendo dar en él un convite, en el cual la gente más rica y principal suele sacar á la mesa bueyes enteros, caballos, camellos y asnos asados en el horno.» *(Tr. de Pou).*

(3) General ateniense, de elevada estatura y muy vil y cobarde. Aristófanes lanza contra él sus invectivas en casi todas sus comedias. El hecho más escandaloso de su vida pública fué el haber huido arrojando el escudo. (V. *Las Nubes,* 673; *Los Caballeros,* 958; *Las Aves,* 1473 y 1480; *Las Fiestas de Céres,* 829, etc.)

DICEÓPOLIS.

Por eso nos engañas tú cobrando los dos dracmas.

EL EMBAJADOR.

Y ahora os traemos á Pseudartábas (1), el Ojo del Rey.

DICEÓPOLIS *(á Pseudartábas).*

¡Hércules poderoso! ¿Qué te pasa, buen hombre? ¿Ves una línea de navíos dispuestos al ataque, ó costeas un accidentado promontorio? Tu ojo está guarnecido de cuero como los agujeros de los remos en las naves (2).

EL EMBAJADOR.

Manifiesta ahora, Pseudartábas, lo que el Rey te encargó que anunciases á los Atenienses.

PSEUDARTÁBAS.

Iartaman exarx anapissonai satra (3).

---

(1) La palabra Ψεῦδος, ***mentira***, entra en la composicion de este nombre. Recibian el título de ***Ojo del Rey*** ciertos ministros de la confianza particular del Monarca persa. Eran, como si dijéramos, ***su brazo derecho.***

(2) Este agujero se llamaba ὀφθαλμός, *ojo.* El actor que desempeñada el papel de Pseudartábas tenía una máscara con un solo ojo enormemente grande, de donde la comparacion de Diceópolis.

(3) Jerga incomprensible que probablemente no tiene significado en lengua alguna. Algunos sabios orientalistas han creido encontrar en ella ciertos vestigios de la lengua persa, pero sumamente alterados é ininteligibles. (Anquetil-Duperron y Sacy). Hotibius supone que es una frase griega, ligeramente alterada y que pudiera reconstruirse así

ἐγὼ ἄρτι μὴν ἔξηρξ' ἀναπιττοῦν αὖ σαθρά

y traducirse: «Yo hace poco he comenzado á calafatear

EL EMBAJADOR.

¿Has entendido lo que ha dicho?

DICEÓPOLIS.

No, por mi vida.

EL EMBAJADOR.

Dice que el Rey os enviará oro.

PSEUDARTÁBAS.

No se te dará oro, Jonio infame (1).

DICEÓPOLIS.

¡Desdichado de mí! ¡eso sí que lo ha dicho claro!

EL EMBAJADOR.

¿Pues qué ha dicho?

DICEÓPOLIS.

Nada: que son unos asnos los Atenienses si cuentan con el oro de los Persas.

EL EMBAJADOR.

No hay tal: habla de darnos el oro por fanegas.

DICEÓPOLIS.

¡Por fanegas! Eres el fanfarron más grande que se ha visto. Pero véte, les preguntaré yo solo. *(A Pseudartábas.)* Ea, respóndeme con claridad, si no quieres que te tiña en púrpura de Sardes (2). ¿Nos enviará dinero el gran Rey? *(Pseudartábas hace señas negativas).* ¿Por consiguiente nos engañan los

de nuevo mis estropeadas naves.»—Tal vez haya en todas estas ingeniosas explicaciones mucho de los sueños de los sabios de Campoamor, al interpretar el *Tururú y Tarará.*

(1) *Hianti podice.*

(2) Es decir, «que te apalee hasta dejarte bañado en sangre.»

embajadores? *(Pseudartábas hace señas afirmativas).* Pero estos hombres hacen para contestar las mismas señas que los Griegos: me parece imposible que no lo sean. ¡Justamente! ya he conocido á uno de estos eunucos; es Clístenes (1), el hijo de Sibirtio. ¡Qué invencion la del infame! ¿Cómo, teniendo barba, quieres pasar por eunuco, mico desvergonzado? Y ese otro, ¿quién es? ¿Acaso Estraton?

EL HERALDO.

Calla y siéntate. El Senado invita á Ojo del Rey á pasar al Pritáneo (2).

DICEÓPOLIS.

¡Hay para ahorcarse! ¿Qué hago aquí ya? Las puertas del Pritáneo siempre están abiertas para tales huéspedes. Mas voy á llevar á cabo un proyecto grande y asombroso. ¿Dónde está Anfiteo?

ANFITEO.

Héme aquí.

DICEÓPOLIS.

Toma estos ocho dracmas, y páctame con los Lacedemonios una tregua para mí solo, mi mujer y mis hijos. Vosotros, papanatas, continuad enviando embajadores.

(1) Hombre de relajadas costumbres citado muchas veces en las comedias de Aristófanes (V. *Las Aves,* 831; *Los Caballeros,* 1374; *Las Nubes,* 355; *Las Ranas,* 48; *Lisístrata,* 1092, etc.) Cratino tambien se ocupó de él en la *Botella de Mimbres.*

(2) Los embajadores se alojaban en el Pritáneo, donde eran mantenidos por cuenta del Estado.

EL HERALDO.

Presentése Teoro (1), embajador en la corte de Sitálces.

TEORO.

Aquí estoy.

DICEÓPOLIS.

Ya sale otro charlatan á la palestra.

TEORO.

No hubiéramos permanecido tanto tiempo en Tracia...

DICEÓPOLIS.

Es verdad, si no hubieras percibido tan crecido sueldo.

TEORO.

Si toda la Tracia no hubiera estado cubierta de nieve y helados sus rios, precisamente cuando Teógnis (2) hacía representar aquí sus tragedias. Miéntras tanto, pasé el tiempo en beber con Sitálces (3), que es aficionadísimo á los Atenienses y nos quiere de véras; á tal punto llega su afecto que ha escrito en la muralla: «Hermosos Atenienses.»

(1) Embajador, que es preciso no confundir con otro Teoro, poeta de mala reputacion, que vivia en Corinto para satisfacer sus crapulosas aficiones. Aristófanes le acusa de adulador, impío, adúltero y ladron (*Las Avisp.* 42, 43; *Las Nubes,* 309).

(2) Alusion á la frialdad de sus dramas.

(3) Rey de Tracia, aliado de Atenas y muy poderoso. Murió algunos años despues de la representacion de *Los Acarnienses* en una expedicion contra los Tríbalos. (Véase Tucid., II, 368, 369; IV, 101.)

Su hijo (1), á quien nombramos ciudadano, deseaba comer salchichas en las Apaturias (2), y rogaba á su padre que os auxiliase; éste, atendiendo su súplica, ha jurado en un sacrificio, que habia de venir á socorrernos con tan numeroso ejército, que los Atenienses exclamarian al verlo: «¡Qué nube de langostas!»

DICEÓPOLIS.

¡Que muera desastrosamente si creo una sola palabra de cuanto has dicho, excepto lo de las langostas!

TEORO.

Por de pronto os envia el pueblo más belicoso de la Tracia.

DICEÓPOLIS.

Ya empieza á verse claro.

EL HERALDO.

Presentaos, Tracios de Teoro.

DICEÓPOLIS.

¿Qué plaga es esta?

TEORO.

El ejército de los Odomantas (3).

(1) Téres ó Sitálces, llamado Sadoco por Tucídides (IV, 101.)

(2) Fiestas que duraban tres dias y se celebraban en el mes Pianepsion (Noviembre). Fueron establecidas en conmemoracion de un combate entre Atenienses y Tebanos, en el cual cada pueblo estuvo representado por dos campeones. El Ateniense derribó á su adversario por medio de un ardid, y salvó á su patria. La palabra *apaturia* encierra la idea de engaño (ἀπάτη), y por eso sin duda el hijo de Sitálces preferia estas fiestas á otras más solemnes.

(3) Pueblo de Tracia que habitaba en la orilla del Es-

EL HERALDO.

Preséntese Teoro (1), embajador en la corte de Sitálces.

TEORO.

Aquí estoy.

DICEÓPOLIS.

Ya sale otro charlatan á la palestra.

TEORO.

No hubiéramos permanecido tanto tiempo en Tracia...

DICEÓPOLIS.

Es verdad, si no hubieras percibido tan crecido sueldo.

TEORO.

Si toda la Tracia no hubiera estado cubierta de nieve y helados sus rios, precisamente cuando Teógnis (2) hacía representar aquí sus tragedias. Miéntras tanto, pasé el tiempo en beber con Sitálces (3), que es aficionadísimo á los Atenienses y nos quiere de véras; á tal punto llega su afecto que ha escrito en la muralla: «Hermosos Atenienses.»

(1) Embajador, que es preciso no confundir con otro Teoro, poeta de mala reputacion, que vivia en Corinto para satisfacer sus crapulosas aficiones. Aristófanes le acusa de adulador, impío, adúltero y ladron (*Las Avisp.* 42, 43; *Las Nubes*, 309).
(2) Alusion á la frialdad de sus dramas.
(3) Rey de Tracia, aliado de Atenas y muy poderoso. Murió algunos años despues de la representacion de *Los Acarnienses* en una expedicion contra los Tríbalos. (Véase Tucid., II, 368, 369; IV, 101.)

Su hijo (1), á quien nombramos ciudadano, deseaba comer salchichas en las Apaturias (2), y rogaba á su padre que os auxiliase; éste, atendiendo su súplica, ha jurado en un sacrificio, que habia de venir á socorrernos con tan numeroso ejército, que los Atenienses exclamarian al verlo: «¡Qué nube de langostas!»

DICEÓPOLIS.

¡Que muera desastrosamente si creo una sola palabra de cuanto has dicho, excepto lo de las langostas!

TEORO.

Por de pronto os envia el pueblo más belicoso de la Tracia.

DICEÓPOLIS.

Ya empieza á verse claro.

EL HERALDO.

Presentaos, Tracios de Teoro.

DICEÓPOLIS.

¿Qué plaga es esta?

TEORO.

El ejército de los Odomantas (3).

(1) Téres ó Sitálces, llamado Sadoco por Tucídides (IV, 101.)
(2) Fiestas que duraban tres dias y se celebraban en el mes Pianepsion (Noviembre). Fueron establecidas en conmemoracion de un combate entre Atenienses y Tebanos, en el cual cada pueblo estuvo representado por dos campeones. El Ateniense derribó á su adversario por medio de un ardid, y salvó á su patria. La palabra *apaturia* encierra la idea de engaño (ἀπάτη), y por eso sin duda el hijo de Sitálces preferia estas fiestas á otras más solemnes.
(3) Pueblo de Tracia que habitaba en la orilla del Es-

DICEÓPOLIS.

¿Qué Odomantas? Dime, ¿qué es esto? ¿quién los ha circuncidado? (1).

TEORO.

Si les dais dos dracmas de sueldo, asolarán toda la Beocia. (2).

DICEÓPOLIS.

¡Dos dracmas á esos hombres incompletos! Con razon se quejarian todos nuestros marinos, bravos defensores de la ciudad. ...¡Ah! qué desgracia... los Odomantas me han robado los ajos (3); devolvédmelos pronto.

TEORO.

¡Desdichado! guárdate de acercarte á unos hombres que han comido ajos (4).

DICEÓPOLIS.

¿Consentís, oh Pritáneos, que en mi propio país me traten los extranjeros de esta manera? Me opongo á que la Asamblea delibere sobre el sueldo de los Tracios: os aseguro que acaba de manifestarse un augurio: me ha caido una gota de agua (5).

---

trimon. Practicaban la circuncision, por lo cual se les creyó judíos.

(1) *Quisnam ei mutilavit penem?*

(2) Entónces en guerra con los Atenienses.

(3) Diceópolis habia traido á la Asamblea su frugal desayuno. En *Las Junteras*, v. 306, se hace referencia á la misma costumbre.

(4) Los ajos les hacian más terribles en el combate, como á los gallos, á quienes se obligaba á comerlos ántes de entrar en riña.

(5) La Asamblea se disolvia cuando se manifestaba algun augurio desfavorable.

EL HERALDO.

Retírense los Tracios y comparezcan dentro de tres dias; pues los Pritáneos disuelven la Asamblea.

DICEÓPOLIS.

¡Pobre de mí! he perdido casi todo el almuerzo. ¡Hola! aquí está Anfiteo de vuelta de Lacedemonia. Salud, amigo.

ANFITEO.

Déjame, déjame correr y huir de los Acarnienses que me persiguen.

DICEÓPOLIS.

¿Qué sucede?

ANFITEO.

Venía apresuradamente con tu tratado de paz: pero lo olieron (1) unos de esos viejos Acarnienses, duros como el roble, intratables, feroces, veteranos de Maraton, y gritaron unánimes: «Infame, ¿traes la paz, y el enemigo ha talado nuestras viñas?» y al mismo tiempo recogian piedras en los mantos: yo eché á correr, y ellos me persiguen vociferando.

DICEÓPOLIS.

Que griten cuanto quieran; ¿traes el tratado de paz?

---

(1) Para la inteligencia de esta frase y las siguientes es preciso tener en cuenta que la palabra griega σπονδαί, *treguas*, significa tambien *libaciones*.

ANFITEO.

Los traigo de tres clases: á eleccion. Este es por cinco años. Toma y gústale.

DICEÓPOLIS.

¡Puf!

ANFITEO.

¿Qué?

DICEÓPOLIS.

No me gusta: huele á brea y á equipo de naves (1).

ANFITEO.

Toma este de diez años, y prueba á ver.

DICEÓPOLIS.

Tampoco; este huele á los embajadores enviados á las ciudades para quejarse de la morosidad de los aliados.

ANFITEO.

En este se pacta por treinta años una tregua en mar y tierra.

DICEÓPOLIS.

¡Oh placer! este sí que huele á ambrosía y á néctar: este no me manda aprovisionarme para tres dias (2), sino que me dice bien claro: «Vé á donde quieras.» Por eso lo acepto y ratifico con entusiasmo, deseando mil felicidades á los Acarnienses.

---

(1) Alusion á los aprestos marítimos que entónces se hacian.

(2) Los soldados al partir á una expedicion militar debian llevar víveres para tres dias. (V. *La Paz*, 312; *Las Avispas*, 243.)

Libre de la guerra y de sus males, iré al campo á celebrar las fiestas de Baco (1).

ANFITEO.

Yo huyo de los Acarnienses (2).

CORO.

Por aquí todos, seguidle, perseguidle, preguntad á los transeuntes por él: la captura de ese hombre interesa á la república. El que sepa á dónde ha huido ese porta-tratados, dígamelo.

¡Ha escapado, ha desaparecido! ¡Triste peso de los años! ¡En mis buenos tiempos, cuando cargado de carbon seguia sin dificultad á Failo (3) el andarin, no se me hubiera escurrido ese negociante de treguas, á pesar de toda su agilidad!

Las rodillas del viejo Lacrátides (4) se han endu-

---

(1) Habia en Aténas cuatro fiestas de Baco: 1.ª, las *Dionisiacas*, llamadas de los campos, se celebran en todo el Atica en el mes Posidéon (Diciembre-Enero); 2.ª, las *Leneas* (fiesta de los lagares) peculiares á Aténas, en el mes Gamélion (Enero-Febrero); 3.ª, las *Antesterias* (Febrero-Marzo); 4.ª, las Grandes *Dionisiacas* en el 12 de Elafebólion (Marzo-Abril). Las fiestas á que se refiere Diceópolis, son las segundas. En ellas fueron representadas *Los Acarnienses* y *Los Caballeros*.

(2) Al terminar esta escena debia de haber necesariamente un cambio de decoracion.

(3) Célebre andarin, natural de Crotona, que obtuvo tres veces el primer premio en los juegos Pitios. (Herod., VIII, 47).

(4) Arconte de Aténas en tiempo de Darío. Durante su mando nevó tanto y se sintieron tan intensos frios, que

recido: los años pesan sobre sus piernas; por eso se escapó el bribon. Persigámosle: que jamás pueda burlarse de nosotros, aunque viejos, gloriándose de haberse librado de los Acarnienses, él, ¡oh Júpiter y dioses soberanos! él que se ha atrevido á pactar treguas con mis enemigos, contra los cuales mis campos devastados me obligaran á combatir cada dia más encarnizadamente. ¡Oh! no cesaré de perseguirlos hasta clavarme en su costado como acerado junco; ni dejaré de hostigarlos para que nunca vuelvan á talar mis viñas.

Pero busquemos á ese hombre: dirijámonos hácia Balena (1), y persigámosle de lugar en lugar: jamás me cansaré de apedrearle.

DICEÓPOLIS.

Guardad, guardad el silencio religioso (2).

CORO.

Callad. ¿Habeis oido? Se nos pide que guardemos el silencio religioso. Es el mismo á quien buscamos. Venid todos aquí. Separaos: parece que va á ofrecer un sacrificio.

DICEÓPOLIS.

Silencio, silencio. — Adelántate un poco, jó-

---

las gentes viéronse obligadas á encerrarse en sus casas. De ahí que su nombre se hubiese hecho proverbial para designar toda cosa fria en sentido propio ó figurado.

(1) Juego de palabras intraducible. *Palena* era un demo del Atica donde los Atenienses lucharon contra Pisístrato cuando quiso apoderarse de la Tracia. Cambiando la P en B, resulta *Balena*, palabra que significa *lapidacion*.

(2) Εὐφημεῖτε *(ore favete)*, fórmula sacramental que pronunciaba el sacerdote ántes de ofrecer el sacrificio.

ven Canéfora (1).—Jántias, ten el falo (2) derecho.

LA MUJER.

Deja la cesta, hija mia, para que principiemos el sacrificio.

LA HIJA.

Madre, dame la cuchara, y verteré la salsa sobre esta torta.

DICEÓPOLIS.

Todo está bien preparado.—¡Baco poderoso, ya que lleno de gratitud te dedico con mi familia esta fiesta y solemne sacrificio, concédeme que, libre de las faenas militares, celebre con alegría las Dionisiacas campestres, y que me sean para bien estos treinta años de tregua!

LA MUJER.

Vamos, hija mia, procura llevar con gracia el canastillo; vé séria y con el avinagrado gesto del que mastica ajedrea. Feliz quien se case contigo

---

(1) Llamábase así la jóven que llevaba la cesta mística en las ceremonias religiosas. Solian ser de las más distinguidas familias.

(2) El Falo figuraba en las procesiones de las fiestas de Baco, en memoria de una enfermedad de los órganos de la generacion que Baco, irritado por la mala acogida hecha á su imágen importada por Pegaso, envió contra los Atenienses. La enfermedad sólo cesó por la institucion de las Dionisiacas, en las cuales figuró en primera línea una representacion de las partes atacadas por la epidemia. El Falo se imitaba con un pedazo de cuero pendiente de la punta de un báculo ó cayado. Los poetas cómicos abusaron de las imágenes del Falo para hacer reir á la parte más grosera del público, como censura Aristófanes en *Las Nubes*, v. 542, por más que despues, con notable inconsecuencia, lo empleó él mismo en la *Lisístrata*.

y fecunde tu seno al salir el sol (1). Anda y cuida de que entre la multitud no te roben las alhajas de oro (2).

DICEÓPOLIS.

Jántias, lleva el falo derecho detras de la Canéfora: yo te seguiré cantando el himno fálico.—Tú, esposa mia, puedes mirarnos desde el terrado de casa (3).—Adelante.

¡Oh Falo (4), amigo y compañero de Baco, nocturno rondador, adúltero y pederasta, al cabo de seis años (5) te saludo al fin, volviendo regocijado á mi aldea, libre de miserias, combates y Lámacos (6), despues de haber pactado una tregua para mí solo y mi familia! ¡Cuánto más delicioso es, amable Fáles, encontrarse una linda leñadora como Trata, la esclava de Estrimodoro, robando troncos en el monte Feleo (7), y estrechar su talle gentil, y gozar allí mismo de sus encantos! ¡Oh Fáles, amable Fáles, si hoy bebieres con nosotros, trastornado aún por el vino de la víspera, devorarás mañana

(1) *Tempus* 'αφρωδισίον, dice el Escoliasta.
(2) Sin duda se corria en escena peligro de ser robado. (V. *La Paz*, 734.)
(3) Las mujeres no formaban parte de las procesiones.
(4) Dios de la generacion, adorado bajo el emblema del falo.
(5) Este pasaje no deja duda sobre la fecha en que se representaron *Los Acarnienses*.
(6) General ateniense, contemporáneo de Nícias y Alcibíades.
(7) Monte del Atica donde crecia en abundancia la planta acuática llamada *Fleos*.

el plato de la paz, y yo colgaré mi escudo al humo!

CORO.

Ese es, ese mismo. Tirad, tirad. Apedreemos todos á ese infame. ¿Por qué no tirais? ¿Por qué no tirais?

DICEÓPOLIS.

¡Por Hércules! ¿Qué es esto? Me vais á romper la olla (1).

CORO.

Tu cabeza, traidor, es lo que vamos á romper á pedradas.

DICEÓPOLIS.

¿Qué motivo hay, venerables Acarnienses?

CORO.

¿Y lo preguntas, bribon desvergonzado, traidor á tu patria? ¿Y aún te atreves á mirarme á la cara despues de haber pactado treguas con los enemigos?

DICEÓPOLIS.

Ignorais por qué he hecho ese tratado. Escuchad.

CORO.

¡Escucharte! Matémosle á pedradas.

DICEÓPOLIS.

Nunca ántes de oirme. Calmaos, mis buenos amigos.

(1) En las Dionisiacas rurales se llevaba una olla llena de legumbres. Por lo mismo uno de los tres dias de las *Antesterias* se llamaba la fiesta de las *ollas*.

CORO.

Ni yo me calmaré, ni tú hablarás otra palabra. Porque te aborrezco más que á Cleon, á quien pienso desollar para hacer con su piel sandalias á los caballeros (1). Amigo de los Lacedemonios, no pienses que yo escuche tus largos discursos. Vas á llevar tu merecido.

DICEÓPOLIS.

Mis buenos convecinos, dejad en paz á los Lacedemonios. Oid las razones que he tenido para pactar esta tregua.

CORO.

¿Qué razones puede haber para pactar con esos hombres sin fe, sin religion, sin juramento?

DICEÓPOLIS.

Es que creo tambien que los Lacedemonios, á quienes tanto aborrecemos, no son la causa de todos nuestros males.

CORO.

¿Que no son la causa de todos nuestros males, grandísimo bribon? ¿Y te atreves á decirlo delante de nosotros? ¿Y áun pretenderás que te perdone?

DICEÓPOLIS.

No de todos, no de todos. Yo mismo podria demostraros que ellos han sido víctimas de más de una injusticia.

CORO.

Sólo faltaba que te atrevieses á defender delante

(1) Cleon habia sido curtidor. Los caballeros eran sus más acérrimos enemigos.

de nosotros á nuestros enemigos: tus palabras me irritan y exasperan.

DICEÓPOLIS.

Si lo que digo no es justo, y si el pueblo no lo reconoce por tal, me comprometo á hablar con la cabeza sobre un tajo.

CORO.

Ea, compañeros, ¿por qué no le apedreamos? ¿por qué no le cardamos como á la lana que va á teñirse de púrpura?

DICEÓPOLIS.

¿Qué negro tizon enciende de nuevo vuestra ira? ¿No me escuchareis, Acarnienses? ¿No me escuchareis?

CORO.

No te escucharemos.

DICEÓPOLIS.

¿Y me tratareis tan indignamente?

CORO.

¡Que me muera si te escucho!

DICEÓPOLIS.

De ningun modo, Acarnienses.

CORO.

Sabe que vas á morir ahora.

DICEÓPOLIS.

Tambien yo os daré que sentir; tambien yo mataré á vuestros más queridos amigos; porque tengo rehenes vuestros y los degollaré sin piedad.

CORO.

Decidme, conciudadanos, ¿qué amenaza contra los Acarnienses envuelven sus palabras? ¿Tendrá

acaso encerrado á alguno de nuestros hijos? ¿Cómo está tan atrevido?

DICEÓPOLIS.

Tirad, tirad si quereis; yo destrozaré á éste: así sabré pronto el cariño que teneis á los carbones (1).

CORO.

¡Perdidos somos! Ese cesto es conciudadano mio. No realices, ¡ah! no realices tu intento.

DICEÓPOLIS.

Lo mataré, gritad cuanto querais; yo no os escucharé.

CORO.

¿Será posible qué mates á ese pobre carbonero, nuestro amigo é igual?

DICEÓPOLIS.

¿Atendiais vosotros hace un instante á lo que os decia?

CORO.

Di, pues, lo que quieras de esos Lacedemonios que te son tan queridos. Jamás abandonaré á ese pobre cestillo.

DICEÓPOLIS.

Dejad primero las piedras.

CORO.

Ya están en el suelo; deja tú tambien la espada.

DICEÓPOLIS.

Cuidado con esconder piedras en los mantos.

(1) Parodia de la escena en que *Telefo* se apodera de Orestes, niño todavía, y amenaza matarle si Agamenon no le da audiencia.

CORO.

Las hemos tirado todas. Mira cómo sacudimos los mantos; pero no pongas pretexto, deja la espada; ya ves cómo sacudo mi manto al pasar de un lado á otro.

DICEÓPOLIS.

Debiais de gritar todos á porfía. Si continuais un poco más, hubierais visto perecer los carbones del Parneto (1) por la imprudencia de sus conciudadanos. Á fe que este cesto ha tenido un miedo terrible; pues me ha manchado de negro, como el calamar al verse perseguido. Ya veis cuán dañoso es ese vuestro carácter intratable, que os arrastra en seguida á dar golpes y gritos, y no os deja escuchar las equitativas proposiciones que sobre los Lacedemonios pensaba haceros con la cabeza sobre un tajo: y cuenta que estimo la vida como el que más.

CORO.

¿Por qué no traes, hombre audaz, tu decantado tajo, y dices sobre él esas cosas de tanta importancia? Tengo vivos deseos de saber lo que piensas. Pero ya que tú mismo te has comprometido, venga el tajo, y habla en seguida.

DICEÓPOLIS.

Está bien, mirad. Este es el tajo, el orador este, es decir, yo, así, pequeñito. No me cubriré con un escudo; pero diré de los Lacedemonios lo que me parezca conveniente. Y no es que no tenga por que

(1) Monte del Atica, en el demo de Acarna.

temer: conozco perfectamente el flaco de los labradores, y sé que, con tal que un charlatan colme de elogios justos ó injustos á ellos y á su ciudad, ya no caben en sí de gozo, ni ven que les está vendiendo. Tambien conozco el carácter de los viejos: sólo piensan en fulminar sentencias condenatorias. Y sé por experiencia propia lo que me hizo sufrir Cleon (1) por mi comedia del año pasado, haciéndome comparecer ante el Senado, calumniándome, acumulándome supuestos crímenes, tratando de confundirme con sus ultrajes y declamaciones, y poniéndome á pique de morir, manchado por sus infames calumnias. Pero ántes de principiar mi discurso, permitidme que me vista los andrajos de un hombre miserable.

CORO.

¿Qué engaños estás fraguando? ¿A qué tales dilaciones? Por mí, si quieres, ya puedes pedir á Hierónimo (2) el casco tenebroso y erizado de

---

(1) Alusion á *Los Babilonios*. Cleon, que era muy mal tratado en esta comedia, acusó á Calístrato de haber injuriado en ella á los principales magistrados de Aténas, con la circunstancia agravante de haberlo hecho en presencia de los muchos extranjeros que, por haberse puesto en escena durante las Dionisiacas, asistieron á la representacion.

(2) Poeta lírico y trágico que escogia para sus dramas los asuntos más terribles, sin saber sacar partido de ellos; el éxito de sus piezas lo fiaba mucho en las extrañas máscaras que daba á sus personajes. Tal vez el erizado casco de Pluton, de que habla Aristófanes, es una alusion á la crespa y abundante cabellera que cubria el ardiente cráneo del melenudo poeta, ó quizá á alguna de las piezas

Pluton, y emplear despues todas las astucias de Sísifo (1); pero el negocio no admite demora.

DICEÓPOLIS.

Ya es tiempo de adoptar una resolucion enérgica; no tengo más remedio que dirigirme á Eurípides. *(Llamando á la puerta de Eurípides)* ¡Esclavo! ¡esclavo!

EL CRIADO DE EURÍPIDES (2).

¿Quién?

DICEÓPOLIS.

¿Está en casa Eurípides?

EL CRIADO.

Está y no está, ¿lo entiendes?

DICEÓPOLIS.

¿Cómo puede estar y no estar al mismo tiempo?

EL CRIADO.

Muy fácilmente, anciano. Su espíritu, que anda por fuera recogiendo versitos, no está en casa; pero él está en casa, colgado del techo, y componiendo una tragedia (3).

DICEÓPOLIS.

¡Oh bienaventurado Eurípides! ¡Qué felicidad

---

del mismo, en que Perseo se presentaba cubierto del *casco infernal*, para cortar la cabeza de Medusa. (V. SUIDAS, Ἄϊδος κυνῆ.)

(1) Se dió maña hasta para escaparse del Infierno.

(2) Otras ediciones sustituyen el nombre apelativo por el propio Cefisofon, criado de quien habrá ocasion de hablar más adelante.

(3) Crítica de las sutilezas que abundan en las tragedias de Eurípides.

tener un criado que responda con tanta discrecion! (1)—Llámale.

EL CRIADO.

Es imposible.

DICEÓPOLIS.

Sin embargo... yo no puedo marcharme. Llamaré á su puerta. ¡Eurípides, mi querido Eurípides! Escúchame, si alguna vez has escuchado á álguien. Te llamo yo, Diceópolis el de Cólides (2).

EURÍPIDES.

No tengo tiempo.

DICEÓPOLIS.

Haz que te traigan aquí.

EURÍPIDES.

Es imposible.

DICEÓPOLIS.

Sin embargo...

EURÍPIDES.

Sea, haré que me lleven (3); pero no tengo tiempo de bajar.

DICEÓPOLIS.

¡Eurípides!

---

(1) Estas palabras envuelven quizá una censura á Eurípides por haber dado gran importancia en sus tragedias á los papeles de esclavo, lo cual debió escandalizar á los clasicistas de su tiempo.

(2) Demo del Atica.

(3) Como los dioses y los héroes, que aparecian en escena por medio de la máquina llamada *ekciclema*, de donde vino el haberse hecho proverbial el *Deus ex machina*. En las fiestas de Céres, Agaton se presenta con igual aparato.

EURÍPIDES.

¿Por qué gritas?

DICEÓPOLIS.

¡Ah, compones tus tragedias suspendido en el aire, pudiéndolas hacer en tierra! ya no me asombra que sean cojos tus personajes (1). ¿Qué miserables andrajos guardas ahí? ya no me extraña que tus héroes sean mendigos (2). De rodillas te lo pido, Eurípides; dáme los harapos de algun drama antiguo. Tengo que pronunciar ante el coro un largo discurso; y, si lo declamo mal, me va en ello la vida.

EURÍPIDES.

¿Qué vestidos te daré? ¿los que llevaba Eneo (3), anciano infeliz, al presentarse á la lucha?

DICEÓPOLIS.

Los de Eneo, nó; otros más derrotados.

---

(1) Porque se rompen las piernas al caer de la máquina donde está colgado. Alusion á varios personajes de las tragedias de Eurípides que eran cojos, como Telefo, Filoctétes, Belerofonte. En *Las Ranas*, Esquilo le llama graciosamente χωλοποιόν (Lit.: *factor de cojos)*.

(2) Eurípides se complacia en presentar á sus héroes cubiertos de andrajos y en la última miseria, acudiendo á este medio, un poco de mala ley, para producir efecto.

(3) Héroe de una tragedia perdida. Despues de la muerte de Tideo, miéntras Diomédes hacia una expedicion contra los Tebanos, Eneo, ya anciano, fué destronado por los hijos de Agrio, y reducido á andar errante en la mayor miseria. Diomédes, á su regreso, arrojó al usurpador y volvió á colocar en el trono á Eneo. En *Las Ranas*, v. 1.238, cita Eurípides dos versos de la tragedia aquí aludida.

EURÍPIDES.

¿Los de el ciego Fénix? (1)

DICEÓPOLIS.

Los de Fénix, no: otros más miserables todavía.

EURÍPIDES.

¿Qué andrajos serán los que pide este hombre? ¿Quieres los del mendigo Filoctétes? (2)

DICEÓPOLIS.

No, no: los de otro héroe muchísimo más miserable.

EURÍPIDES.

¿Quieres aquel manto sucio que sacó el cojo Belerofonte? (3)

DICEÓPOLIS.

No quiero el de Belerofonte, sino el de aquel que era cojo, mendigo, charlatan é infatigable hablador.

EURÍPIDES.

Ya sé quién dices; Telefo de Misia (4).

---

(1) Protagonista de otro drama de Eurípides, tambien perdido. Atendiendo á las calumnias de una concubina, su padre Amíntor le condenó á perder la vista; pero el centauro Quiron se la devolvió al encomendarle la educacion de Aquiles.

(2) Eurípides lo presentó mendigando en la isla de Lémnos, donde le abandonaron los Griegos á causa de la fetidez de su herida.

(3) Belerofonte quedó cojo á consecuencia de una caida del caballo Pegaso, sobre el cual tenía la pretension de subir al cielo.

(4) Cuando los Griegos se dirigieron contra Troya, creyendo al llegar á Misia encontrarse ya en país enemigo, la devastaron por completo. Telefo, rey de aquel país, que quiso oponerse, fué herido por Aquíles, y no consiguió

DICEÓPOLIS.

El mismo; por favor, préstame su vestido.

EURÍPIDES.

Esclavo, dále los harapos de Telefo; están encima de los de Tiéstes y entre los de Ino (1).

EL CRIADO.

Tómalos.

DICEÓPOLIS.

¡Oh Júpiter, que todo lo ves con perspicaz mirada, permíteme cubrirme hoy con el vestido de la miseria! (2)—Eurípides, ya que me has concedido este favor, no me niegues los accesorios correspondientes á estos girones; dáme el gorrillo misio para la cabeza. «Pues hoy me conviene, para fingirme mendigo, ser quien soy y no parecerlo (3).» Es preciso que los espectadores sepan quién soy, y que yo burle al coro estúpido con mi palabrería.

EURÍPIDES.

Te lo daré: á tu sutil ingenio nada puede negarse.

DICEÓPOLIS.

«La bendicion de los inmortales descienda sobre tí y tu Telefo (4).» ¡Magnífico! Me siento henchido

---

curarse hasta hacer un viaje á Tesalia. Telefo fué en tarde muy infeliz, llegando hasta mendigar el sustento, más cuya situacion lo presentó Eurípides en una tragedia perdida.

(1) Tragedias perdidas.

(2) Versos tomados del *Telefo* de Eurípides.

(3) Nueva parodia.

(4) Este verso es probablemente parodia de otro de Eurípides.

de bellas frases. Pero necesito tambien un baston de mendigo.

EURÍPIDES.

Toma, y «retírate de estos pórticos de piedra.»

DICEÓPOLIS.

¿Ves, alma mia, cómo me despide, cuando áun me faltan tantas cosas para completar mi atavío? No hay que desistir; pidamos, supliquemos, porfiemos. Eurípides, dáme un farolillo de mimbres ya medio quemado (1).

EURÍPIDES.

Pero, desdichado, ¿para qué lo quieres?

DICEÓPOLIS.

Para nada; pero quiero tenerlo.

EURÍPIDES.

Eres excesivamente fastidioso. Véte.

DICEÓPOLIS.

¡Ah! los dioses te bendigan como ya bendijeron á tu madre.

EURÍPIDES.

¡Ea, véte!

DICEÓPOLIS.

Aún no; dáme tambien un jarrillo desportillado.

EURÍPIDES.

Toma y márchate; ya estás demas aquí.

DICEÓPOLIS.

No sabes, por Júpiter, todo el mal que me causas. Ea, dulcísimo Eurípides, otra cosa tan sólo; dáme

(1) Los faroles se llevaban en cestitas de mimbres para preservarlos del viento.

un puchero cuyo fondo esté cerrado por una esponja (1).

EURÍPIDES.

Hombre, te me llevas una tragedia entera. Toma y lárgate.

DICEÓPOLIS.

Me marcho; ¿mas qué hago? Aun me falta una cosa, de cuya adquisicion pende mi vida. Oye, dulcísimo Eurípides; si me das lo que te voy á pedir, me marcho para no volver: por favor, unas hojitas de verdura para la cesta.

EURÍPIDES.

¡Me asesinas! Ahí las tienes. Mis tragedias quedan reducidas á nada.

DICEÓPOLIS.

Basta; me retiro: soy demasiado molesto «sin mirar que me hago odioso á los reyes.» ¡Infeliz de mí, soy perdido; he olvidado lo principal! Dulcísimo, queridísimo Eurípides, permita Júpiter que muera desastrosamente, si te pido otra cosa fuera de esta sola, de esta sola; dáme un poco de aquel perifollo que vende tu madre (2).

(1) O para servirse de ella á modo de casco, cuyo fondo solia rellenarse de esponjas ó lana con objeto de amortiguar los golpes; ó para excitar la compasion mostrando el mal estado de su batería de cocina. Crítica mordaz de los recursos dramáticos de Eurípides para producir el patético.

(2) La madre de Eurípides habia sido verdulera. Aristófanes no se contenta con echar en cara á su enemigo lo humilde de su nacimiento, sino que parece acusar á su madre de no vender legítima hortaliza, sino perifollo ó *scandix*. (Vid. PLIN. *Hist. nat.*, XXII.)

EURÍPIDES.

Ese hombre me insulta. Cierra la puerta.

DICEÓPOLIS.

No tengo más remedio que presentarme sin el perifollo. *(A sí mismo.)* ¿Sabes la lucha que vas á emprender atreviéndote á hablar en favor de los Lacedemonios? Adelante, corazon mio: hé aquí la línea enemiga. ¿Te detienes? ¿No estás empapado en el espíritu de Eurípides? ¡Valor! adelante, corazon angustiado; presenta sin miedo tu cabeza, y dí cuanto te agrade. Atrévete, anda, acércate. Mi denuedo me regocija.

CORO.

¿Qué hará? ¿Qué dirá? Sólo un hombre impudente y de férreo corazon se atreveria á exponer su cabeza contra toda la ciudad, y á ponerse en contradiccion con ella. Ya se presenta ese hombre intrépido. Ea, habla, pues tal es tu deseo.

DICEÓPOLIS.

No os ofendais (1), espectadores, de que siendo un mendigo, me atreva á hablar de política en una comedia; pues tambien la comedia conoce lo que es justo. Yo os diré palabras amargas, pero verdaderas. No me acusará hoy Cleon de que hablo mal de la ciudad en presencia de los extranjeros; estamos solos; las fiestas se celebran en el Leneo (2); no hay extranjeros, ni han venido de las

(1) Parodia del *Telefo*.
(2) Véase la nota al verso 378.

ciudades los pagadores de tributos, ni los aliados; estamos solos y limpios de toda paja: porque yo llamo paja de la ciudad á los Metecos (1).

Yo aborrezco como el que más á los Lacedemonios; ojalá el mismo Neptuno, dios del Ténaro (2), reduzca á escombros su ciudad (3): pues tambien talaron mis viñas. Sin embargo, y esto lo digo porque sois amigos mios los que escuchais, ¿á qué creerles la causa de todos nuestros males? Algunos conciudadanos nuestros, no digo toda la república, notadlo bien, no digo toda la república; sino algunos hombres perdidos, falsos, sin honra, ni pudor, y extraños á la ciudad, acusaron de contrabando á los Megarenses. En cuanto veian un melon, ó un lebratillo, ó un cochinillo de leche, ó un ajo, ó un grano de sal, decian que eran de Megara, y los arrebataban y vendian inmediatamente. Todo esto no tenía grande importancia, ni trascendia fuera de la ciudad; pero algunos mozuelos, que se habian embriagado jugando al cótabo, fueron á

(1) Los Metecos eran los extranjeros domiciliados en Atenas.
(2) Ciudad de Laconia, junto al cabo del mismo nombre (hoy de Matapan). Neptuno tenía en ella un magnífico templo.
(3) Alusion á un terremoto que se sintió en Esparta (468), despues de haber quebrantado los Lacedemonios el derecho de asilo de que gozaba el templo de Neptuno, para apoderarse de los Hilotas refugiados al pié de sus altares. En el invierno anterior y en el verano siguiente se observaron otros temblores de tierra en toda Grecia. (TUC. III, 87, 89.)

Megara y robaron á la cortesana Simeta (1); los Megarenses, irritados, se apoderaron en revancha de dos hetairas amigas de Aspasia (2), y por esto, por tres meretrices, la guerra se encendió en todos los pueblos griegos. Por esto Perícles el Olímpico (3) tronó y relampagueó, conturbó toda la Grecia con sus discursos, é hizo aprobar una ley en la cual, como dice la cancion (4), se prohibia á los Megarenses permanecer en el territorio del Atica, en el mercado, en el mar y en el continente. Pronto éstos, al verse acosados por el hambre, rogaron á los Lacedemonios que intepusieran su influencia para que revocásemos el decreto, moti-

(1) El Escoliasta se hace eco de la especie de que Alcibíades, enamorado de Simeta, indujo á unos marineros atenienses á que la robaran. *(Acar.,* 524.)

(2) Célebre cortesana, amiga y consejera de Sócrates, amante, y más tarde esposa de Perícles, y rival de los más elocuentes oradores. Segun Platon, la oracion fúnebre de los Atenienses muertos por la patria, que Tucídides nos ha conservado, es obra de Aspasia. Su influencia era extraordinaria. (Vid. PHILARÉTE CHASLES, *Etudes sur l' Antiquité,* p. 320 y siguientes. Paris, 1847.)

(3) Acerca de este sobrenombre de Perícles dice Plutarco en su biografía: «El nombre de Olímpico creen unos que se le dió por los soberbios monumentos con que embelleció la ciudad, y otros por su acierto en el gobierno de la república y el mando de los ejércitos; nada impide, sin embargo, que várias causas hayan contribuido á su gloria. Los poetas cómicos de su tiempo, al asestar contra él los dardos de la sátira, dan á entender que su elocuencia le valió ese sobrenombre, pues dice que tronaba y relampagueaba desde la tribuna.»

(4) Una cancion de Timocreonte de Rodas, entónces muy popular, principiaba con las mismas palabras que el decreto contra los Megarenses.

vado por las cortesanas. Nosotros desatendimos sus repetidas súplicas. Empezaba ya á oirse el entrechocar de los escudos. «Alguno dirá: no convenia; decid, pues, ¿qué convenia?» (1). Si contra un Lacedemonio se hubiera presentado la acusacion de haber ido embarcado á Serífos (2), y robado allí un perrillo, ¿hubiérais permanecido tranquilos en vuestras moradas? Me parece que nó: en seguida hubierais puesto á flote vuestras trescientas naves, y nos hubieran ensordecido el rumor de los soldados, las voces de los electores de trierarcas (3), y los gritos de los que venian á cobrar su paga: se hubieran dorado las estatuas de Pálas (4); la multitud hubiera invadido los pórticos donde se distribuye el trigo; y la ciudad se hubiera llenado de odres, de correas para remos, de compradores de toneles, de ristras de ajos, de aceitunas, de horcas de cebollas, de coronas, de sardinas, de tañedoras de flauta, y de contusiones: el arsenal tambien se hu-

(1) Verso del *Telefo* de Eurípides.

(2) Isla pequeña, próxima á la costa de Tracia perteneciente al grupo de las Cícladas. Estaba bajo la dependencia de Aténas.

(3) El nombramiento de Trierarca, traia consigo cuantiosos gastos, pues estaba obligado el electo á mantener por su cuenta la tripulacion de una galera, y á tenerla siempre en disposicion de darse á la vela en servicio del Estado. Este cargo durante las revueltas políticas era conferido á ciertos ciudadanos con ánimo de arruinarles. Así es que muchos se fingian pobres para excusarse de aceptarlo.

(4) Las galeras atenienses llevaban en la proa una imágen dorada de Minerva, que se restauraba á cada nueva expedicion.

biera visto atestado de maderas para remos, y atronado por el ruido de las clavijas que se ajustan y por el de los remos sujetos á las clavijas, por los gritos de los marineros, y por los silbidos de las flautas y pitos, que los animan al trabajo. «Sé que hubierais hecho esto;» pero, ¿no pensamos en Telefo? «Nos falta el sentido comun.» (1).

SEMICORO.

¡Perdido, infame, mendigo harapiento! ¿cómo te atreves á decirnos eso, y á echarnos en rostro que hemos sido delatores?

SEMICORO.

Tiene razon. Por Neptuno, cuanto ha dicho es la pura verdad.

SEMICORO.

¿Y aunque sea verdad, es necesario decirlo? Pero ya le costará caro su atrevimiento.

SEMICORO.

¡Eh, tú! ¿á dónde vas? Detente. Si tocas á ese hombre, yo me encargaré de tí.

SEMICORO.

¡Oh Lámaco de fulminante mirada, socórrenos: preséntate, amigo Lámaco, ciudadano de mi tribu; preséntate y atérralos con tu terrible penacho! (2)

(1) Versos del *Telefo*.

(2) La eleccion de Lámaco, como representante del partido que deseaba la guerra, es acertada, no sólo por el humor belicoso que caracterizaba á aquel general, sino hasta por su nombre, perfectamente adecuado á las circunstancias: la etimología de Λάμαχος es, en efecto, λῶ, *quiero*, μάχη, *guerra*.

Generales y capitanes, acudid todos en mi auxilio. Me tienen agarrado por medio del cuerpo.

LÁMACO.

¿De dónde salen esos gritos de guerra? ¿A dónde es menester prestar mi auxilio y armar alborotos? ¿Quién me obliga á sacar de su caja mi terrible Gorgona? (1)

DICEÓPOLIS.

¡Oh Lámaco, héroe sin rival en penachos y batallones!

CORO.

¡Oh Lámaco, este hombre hace tiempo que está ultrajando á toda la ciudad!

LÁMACO.

¿Tú, vil mendigo, te atreves á tanto?

DICEÓPOLIS.

Heroico Lámaco, perdona que un mendigo, al empeñarse en hablar, haya dicho algunas necedades.

LÁMACO.

¿Qué has dicho contra nosotros? Habla.

DICEÓPOLIS.

No me acuerdo ya; el miedo á tu armadura me marea; por piedad, aparta de mi vista ese espantajo de tu escudo.

LÁMACO.

Sea.

(1) Era bastante frecuente esculpir en los escudos una cabeza de Gorgona.

DICEÓPOLIS.

Déjalo ahora en el suelo.

LÁMACO.

Ya está.

DICEÓPOLIS.

Ahora dáme una pluma de tu casco.

LÁMACO.

Toma la pluma.

DICEÓPOLIS.

Ahora sostenme la cabeza para que vomite: tu penacho me da náuseas.

LÁMACO.

¿Qué intentas? ¿quieres provocar el vómito con esa pluma?

DICEÓPOLIS.

¡Ah! ¿es una pluma? Y dime, ¿de qué pajáro? ¿Acaso del Fanfarron? (1)

LÁMACO.

¡Me las vas á pagar!

DICEÓPOLIS.

De ningun modo, Lámaco; esto no se decide por la fuerza; ya que tanta fuerza tienes, ¿por qué no me circuncidas? Armas no te faltan.

LÁMACO.

¿Así te insolentas con todo un general, vil mendigo?

DICEÓPOLIS.

¡Yo mendigo!

(1) Nombre de pájaro, fingido por Aristófanes para pintar el carácter de Lámaco.

LÁMACO.

¿Pues quién eres?

DICEÓPOLIS.

¿Quién soy? Un buen ciudadano, exento de ambicion; y, desde que hay guerra, un soldado voluntario; y tú, desde que hay guerra, un soldado mercenario.

LÁMACO.

Fuí elegido por los votos de...

DICEÓPOLIS.

Tres petates (1). Eso es lo que me ha indignado y movido á pactar esta tregua, no ménos que el ver en las filas á hombres encanecidos, miéntras otros jóvenes como tú, escurriendo el bulto, se iban con embajadas, unos á Tracia, ganándose tres dracmas, como los Tisámenes (2), los Fenipos y los Hipárquidas, todos á cual peores; otros, con Cáres (3), á la Caonia (4), como los Géres y Teodoros, y los Diomeos, tan pagados de sí mismos; otros á Camarina, Gela y *Catágela* (5).

(1) Lit.: *de tres cucos*. Alude quizá á alguna eleccion hecha por sorpresa.

(2) Atenienses de mala reputacion.

(3) El escoliasta de Aristófanes, en *Los Caballeros*, habla de un «Cáres general que tomó á Mitilene», sin duda confundiéndole con Páques. (Tuc., III, 18, 28, 34 y sigs.).

(4) País de Tracia. Este nombre tiene en su acepcion etimológica un significado obsceno, por lo cual lo emplea Aristófanes para indicar la depravacion de costumbres de Géres y Teodoro.

(5) *Camarina* y *Gela*, ciudades de Sicilia. *Catágela*, nombre imaginario que significa cosa *ridícula*. El poeta parece aludir á Láques, que habia mandado por entónces la escuadra enviada contra Sicilia.

LÁMACO.

Fueron elegidos por el sufragio popular.

DICEÓPOLIS.

¿Entonces por qué todas las recompensas son para vosotros y para estos ninguna? (1) Di, Marílades, tú que tienes la cabeza encanecida por la edad, ¿has ido alguna vez en embajada? Dice que no, y sin embargo es prudente y laborioso. Y vosotros, Dracilo, Eufórides y Prínides (2), ¿conoceis á Ecbatana ó la Caonia? Tampoco. Sin embargo, las han visitado el hijo de Cesira (3) y Lámaco, de quienes, por no poder pagar su escote, ni sus deudas, decian hace poco sus amigos: «¡Agua va!» como los que al anochecer vierten por las ventanas el líquido con que se han lavado los piés.

LÁMACO.

¡Pueblo insolente! ¿Habrá que tolerar tales insultos?

DICEÓPOLIS.

No; si Lámaco no cobrase sueldo.

LÁMACO.

Pues yo haré siempre la guerra á todos los Peloponesios; los hostilizaré cuanto pueda, y los perseguiré con todas mis fuerzas terrestres y marítimas.

(1) Señalando al Coro.
(2) *Marílades, Prínides, Eufórides*, nombres perfectamente adecuados á unos carboneros; vienen, en efecto, de μαρίλη, *brasa;* πρίνος, *encina*; εὖ φέρω, *que lleva con facilidad su carga.*
(3) Jóven orador desconocido. Algunos suponen que es una alusion á Alcibíades.

DICEÓPOLIS.

Pues yo anuncio á todos los Peloponesios, Megarenses y Beocios, que pueden acudir á comprar y vender en mi mercado; sólo exceptúo á Lámaco. *(Queda solo el* CORO.)

CORO.

Este hombre aduce argumentos convincentes y va á cambiar la opinion del pueblo, inclinándole á la paz. Pero dispongámonos á recitar los anapectos (1).

Desde que nuestro poeta dirige los coros cómicos nunca se ha presentado á hacer su propio panegírico (2); pero hoy que ante los Atenienses, tan precipitados en sus decisiones, sus enemigos le acusan falsamente de que se burla de la república é insulta al pueblo, preciso le es justificarse con

(1) Metro empleado en las *Parábasis*. La *Parábasis* (de παραβαινῶ, *mudar de sitio)* era la parte más principal del coro en la comedia antigua ateniense. En ella, reunido aquel frente á los espectadores, les dirigia la palabra, en el primer entreacto, como diríamos nosotros, pues la *Parábasis* se declamaba cuando los actores abandonaban por primera vez la escena. Los poetas aprovechaban esta oportunidad para dirigir la palabra al pueblo, dando explicaciones sobre sus actos y obras, ó discurriendo sobre los negocios públicos, como se observa en esta de *Los Acarnienses*. La *Parábasis*, á lo ménos con el carácter político que aquí tiene, desapareció en la comedia media y moderna. *El Pluto,* última de las piezas de Aristófanes que se han conservado, no tiene *Parábasis*.
(2) Aristófanes habia presentado sus dos primeras comedias con los nombres de Calístrato y Filónides, actores encargados de la representacion de sus fábulas dramáticas.

sus volubles conciudadanos. El poeta pretende haberos hecho mucho bien, impidiendo que os dejeis sorprender por las palabras de los extranjeros y que os hechicen los aduladores y seais unos chorlitos. Antes los diputados de las ciudades, cuando os querian engañar, principiaban por llamaros: «Coronados de violetas» (1), y al oir la pabra *coronas*, era de ver cómo no cabiais ya en vuestros asientos (2). Si otro adulándoos decia: «La espléndida Atenas» (3), conseguia al punto cuanto deseaba, por haberos untado los labios con el elogio, como si fueseis anchoas. Desengañándoos, pues, os ha prestado el poeta eminentes servicios, y ha difundido por las ciudades aliadas el régimen democrático. Por eso los pagadores de tributos de esas mismas ciudades acudirán deseosos de conocer al excelente poeta que no ha temido decir la verdad á los Atenienses. La fama de su atrevimiento ha llegado tan léjos, que el gran Rey, in-

(1) Los Atenienses hacian un gran consumo de coronas, especialmente de violetas. En *El Banquete* de Platon, Alcibiades se presenta con varias coronas de aquella deliciosa flor.

(2) La frase griega es mucho más gráfica: *in primoribus natibus sedebatis*.

(3) Lit.: *grasienta* y *lustrosa*, como lo que se unta de aceite; por eso viene despues la comparacion de las anchoas. El Escoliasta cita con este motivo el siguiente verso de una oda de Píndaro:

Αἱ λιπαραὶ καὶ ἰοστέφανοι Ἀθῆναι
Brillante y coronada
De violetas Atenas.

terrogando á la embajada de los Lacedemonios, preguntó primero cuál era la armada más poderosa, y despues cuáles eran los más atacados por nuestro vate, y les aseguró que sería más feliz y conseguiria señaladísimas victorias la república que siguiese sus consejos. Por eso los Lacedemonios os brindan con la paz, y reclaman á Egina (1); no porque den gran importancia á aquella isla, sino por despojar de sus bienes al poeta; pero vosotros no le abandoneis jamás; en sus comedias brillará siempre la justicia, y abogará siempre por vuestra felicidad, no con adulaciones ni vanas promesas, fraudes, bajezas ni intrigas, sino dándoos buenos consejos y proponiéndoos lo que sea mejor.

Despues de esto, ya puede Cleon urdir y maquinar contra mí cuanto se le antoje. La honradez y la justicia estarán de mi lado, y nunca la República verá en mí, como en él, un cobarde é inmundo bardaje.

¡Ven, infatigable Musa acarniense, brillante y devoradora como el fuego! Semejante á la chispa que, sostenida por un suave viento, salta de los tizones de encina miéntras unos asan sobre ellos sabrosos pececillos, y otros preparan la salmuera fresca de Tasos ó amasan la blanca harina, ven,

(1) Isla dependiente de Atenas. De este pasaje han deducido algunos que Aristófanes tenía propiedades en Egina; otros creen que no se trata del poeta, sino del actor Calístrato. De todos modos, la toma de Egina fué una de las principales causas de la guerra (V. Tuc., I, 139).

Musa impetuosa, intencionada y agreste, y presta inspiracion á tu conciudadano!

Nosotros, decrépitos ancianos, acusamos á la ciudad. Vemos desamparada nuestra vejez, sin que se nos alimente en recompensa digna de los méritos que en las batallas navales contraimos; en cambio, sufrimos mil vejámenes; nos enredais en litigiosas contiendas, y luégo permitís que sirvamos de juguete á oradores jovenzuelos: ya nada somos; mudos é inservibles, como flautas rajadas, un baston es nuestro único apoyo, ó nuestro Neptuno, por decirlo así. En pié ante el tribunal, balbuceando algunas palabras inconexas, solo vemos de la justicia la bruma que la rodea, miéntras el abogado contrario, deseando captarse las simpatías de la juventud, lanza sobre el demandado un diluvio de palabras precisas y seguras; y luego de haberlo rendido, le interroga, le dirige preguntas insidiosas, y le turba, le aflige y despedaza, como le sucedió al anciano Titon.

El pobre calla; se retira castigado con una pena pecuniaria; llora y solloza, y dice á sus amigos: «El dinero con que pensaba comprar mi ataud, tengo que darlo para pagar esta multa.»

¿Es justo arruinar de ese modo á un anciano, á un hombre encanecido, que sobrellevó con sus compañeros tantas fatigas, que vertió por la República sudores ardientes, varoniles y copiosos, y que en Maraton peleó como un héroe? Nosotros, que de jóvenes perseguimos en Maraton á los enemigos, somos ahora perseguidos por hombres malvados, y

condenados al fin. ¿Que responderá á esto Marpsias? (1) ¿Es justo que un hombre encorvado por la edad, como Tucídides (2), cual si se hubiera perdido en los desiertos de Escitia, sucumba en sus litigios con Cefisodemo (3), abogado locuaz? Os aseguro que sentí la más viva compasion y hasta lloré, viendo maltratado por un arquero á ese anciano, á Tucídides digo, que, por Céres, cuando estaba en la plenitud de sus fuerzas no hubiera tolerado fácilmente que se le atreviese nadie, ni áun la misma Céres, pues primero hubiera derribado á diez Evatlos (4), y luego aterrado con sus gritos á los tres mil arqueros, y matado con sus flechas á toda la parentela de ese mercenario. Mas, ya que no quereis dejar descansar á los viejos, decretad, á lo ménos, la division de las causas: que el viejo desdentado litigue contra los viejos; el bardaje contra los jóvenes, y el charlatan contra el hijo de Clínias (5). Es necesario, no lo niego,

(1) Orador sumamente verboso y siempre pronto á disputar.

(2) Uno de los adversarios políticos de Perícles. Acusado de traicion, no pudo pronunciar una sola palabra, á pesar de ser un orador distinguido, y fué condenado, segun unos, al ostracismo por diez años, y, segun otros, á destierro perpétuo y confiscacion de bienes.

(3) Mal orador y gran pleitista. Su abuela era natural de Escitia, lo cual le echa en cara Aristófanes. Para comprender lo que sigue conviene tener presente que la mayor parte de los arqueros, que constituian la guardia municipal de Atenas, procedian de Escitia.

(4) Orador de mala reputacion. Era hijo de un arquero ó de otra persona de baja extraccion.

(5) Alcibiades.

perseguir á los malvados; pero en todos los procesos sea el anciano quien condene al anciano, y el jóven al jóven.

DICEÓPOLIS.

Estos son los límites de mi mercado. Todos los Peloponesios, Megarenses y Beocios pueden concurrir á él, con la condicion de que me vendan á mí sus mercancías y no á Lámaco. Nombro agoránomos (1) de mi mercado, elegidos á suerte, estos tres zurriagos del Lepreo (2). Que no entre aquí ningun delator, ni ningun habitante de Fásos (3). Voy á traer la columna (4) sobre la cual está escrito el tratado, para colocarla á la vista de todos.

(Entra un Megarense con dos muchachas.)

EL MEGARENSE (5).

¡Salud, mercado de Atenas, grato á los Megarenses! Juro por Júpiter, protector de la amistad, que deseaba verte como el hijo á su madre. Hijas desdichadas de un padre infortunado, mirad si encontrais alguna torta. Escuchadme, por favor, y hagan eco mis palabras en vuestro famélico vientre. ¿Qué quereis? ¿Ser vendidas ó moriros de hambre?

(1) Magistrados que, como su nombre indica, tenian á su cargo la inspeccion de los mercados. Iban armados de azotes formados de correas.

(2) *Lepros* era un sitio extramuros de Atenas, donde estaba el mercado de cueros.

(3) Es decir, todo delator, porque *fasos* en griego tiene la misma raíz que *sicofanta* ó delator. Fasos es el nombre de una ciudad y de un rio de Escitia.

(4) Era costumbre grabar en una columna de piedra ó de madera las leyes y decretos para darlos á conocer.

(5) El Megarense se expresa en dialecto dórico.

LAS MUCHACHAS.

¡Ser vendidas! ¡ser vendidas!

EL MEGARENSE.

Tambien me parece lo mejor. ¿Mas habrá algun tonto que os compre siendo una carga manifiesta? Pero se me ocurre un ardid digno de Megara. Os voy á disfrazar de cerdos, y diré que os traigo al mercado. Poneos estas pezuñas y procurad parecer de buena casta, pues si volveis á casa, ya sabeis, por el tonante Júpiter, que sufrireis los horrores del hambre. Ea, colocaos estos hocicos de puerco y meteos en este saco. Procurad gruñir bien y hacer *coi*, gritando como los cerdos que van á ser sacrificados á Céres (1). Yo voy á llamar á Diceópolis: ¡Diceópolis! ¿Quieres comprar cerdos?

DICEÓPOLIS.

¿Qué es ello? ¡Un Megarense!

EL MEGARENSE.

Venimos al mercado.

DICEÓPOLIS.

¿Cómo lo pasais?

(1) Cada iniciado ofrecia á Céres el sacrificio de un cerdo.

EL MEGARENSE.

Sentados siempre junto al fuego y muertos de hambre.

DICEÓPOLIS.

Por Júpiter, eso es muy agradable, teniendo al lado un flautista. (1) ¿Y qué más haceis los Megarenses?

EL MEGARENSE.

¿Y lo preguntas? Cuando yo salí para venir al mercado, nuestras autoridades dictaban las medidas oportunas para que la ciudad se arruine lo más pronto y desastrosamente posible.

DICEÓPOLIS.

Entónces no tardareis en veros libres de apuros.

EL MEGARENSE.

¿Por qué no?

DICEÓPOLIS.

¿Qué más ocurre en Megara? ¿Qué precio tiene el trigo?

EL MEGARENSE.

Tiene tanta estimacion y precio como los dioses.

DICEÓPOLIS.

¿Traes sal?

EL MEGARENSE.

¿Cómo, si os habeis apoderado de nuestras salinas?

(1) Juego de palabras. El Megarense dice πεινῶμεν, *tenemos hambre*, y Diceópolis entiende πίνωμεν, *bebemos*, por la semejanza de ambos vocablos, que en la pronunciacion casi debian confundirse.

DICEÓPOLIS.

¿Y ajos? (1)

EL MEGARENSE.

¿Qué ajos? Si siempre que invadís nuestras tierras arrancais todas las plantas como si fueseis ratones de campo.

DICEÓPOLIS.

¿Pues qué traes?

EL MEGARENSE.

Puercas para los sacrificios.

DICEÓPOLIS.

¡Que me place! A verlas.

EL MEGARENSE.

¡Mira qué hermosas! Tómalas á peso si quieres. ¿Qué gorda y qué hermosa está esta?

DICEÓPOLIS.

¿Pero qué es esto?

EL MEGARENSE.

Una cerda, por vida mia.

DICEÓPOLIS.

¿Qué dices? ¿De dónde es?

EL MEGARENSE.

De Megara. ¿No es puerca ó qué?

DICEÓPOLIS.

A mí no me lo parece.

(1) El ajo puede decirse que constituia la base de la alimentacion de los campesinos y del pueblo bajo. En Megara se recogia mucho.

Testylis et rapido fessis messoribus æstu
Allia serpyllumque herbas contundit olentes.

(VIRG. *Eg.* II, 10-11.)

EL MEGARENSE.

¡Que no! ¡Tu incredulidad es asombrosa! ¡Decir que no es una puerca! Apostemos, si quieres, un celemin de sal mezclada con tomillo á que entre los Griegos pasa esta por puerca.

DICEÓPOLIS.

Sí, que es puerca (1); pero de hombre.

EL MEGARENSE.

Sí, por Diócles, (2) y mia, ¿qué crees tú que son? ¿Quieres oirlas gruñir?

DICEÓPOLIS.

Bueno; no hay inconveniente.

EL MEGARENSE.

Gruñe pronto, puerquecilla. ¿A qué te callas, desdichada? Te volveré á casa, por Mercurio.

UNA MUCHACHA.

¡Coi! ¡Coi!

EL MEGARENSE.

¿Es ó no puerca?

DICEÓPOLIS.

Ahora lo parece; pero bien alimentada será otra cosa (3).

EL MEGARENSE.

Dentro de cinco años, te lo aseguro, será como su madre.

(1) La palabra χοῖρος significa *porcus* y *cunnus;* de aquí una infinidad de equívocos que no hacemos más que dejar traslucir.
(2) *Diócles* era un héroe por el cual juraban los Megarense como en otros pueblos por Hércules ó los Dioscuros. En su honor se celebraban juegos llamados *Diocleenses.*
(3) *Cunnus fiet.*

DICEÓPOLIS.

Pero no sirve para el sacrificio.

EL MEGARENSE.

¿Por qué razon?

DICEÓPOLIS.

Porque no tiene cola (1).

EL MEGARENSE.

Aun es muy jóven; cuando crezca tendrá una cola grande, gorda y colorada. Si quieres alimentarla, será una puerca magnífica.

DICEÓPOLIS.

¡Qué parecida es á esta otra! (2).

EL MEGARENSE.

Las dos son hijas del mismo padre y de la misma madre. Cuando se engorde y se cubra de pelos será la mejor víctima que pueda ofrecerse á Vénus.

DICEÓPOLIS.

A Vénus no se le sacrifican puercas.

EL MEGARENSE.

¿Que no se sacrifican puercas á Vénus? Precisamente es la única deidad á quien le agradan. La carne de estos animales es riquísima, sobre todo cuando se la clava en el asador.

DICEÓPOLIS.

¿Comen ya solas, sin necesitar de su madre?

EL MEGARENSE.

Ni de su padre, por Neptuno.

(1) Sólo se sacrificaban víctimas perfectas.
(2) *Quam germanus est hujus cunni alteri!*

DICEÓPOLIS.

¿Qué comida les gusta más?

EL MEGARENSE.

La que les des. Pregúntaselo á ellas

DICEÓPOLIS.

¡Gorrin! ¡Gorrin!

LAS MUCHACHAS.

¡Coi!! ¡Coi!!

DICEÓPOLIS.

¿Comerás nabos? (1).

LAS MUCHACHAS.

¡Coi! ¡Coi! ¡Coi!

DICEÓPOLIS.

¿Comerás higos?

LAS MUCHACHAS.

¡Coi! ¡Coi!

DICEÓPOLIS.

¡Con qué furia han pedido los higos! Traedles algunos á estas puerquecillas. ¿Los comerán?—¡Sopla! ¡Con qué afan los devoran, Hércules venerando! Parece que son de *Tragacia* (2). Pero es imposible que se hayan comido todos los higos.

EL MEGARENSE.

Todos, ménos uno que he cogido yo.

DICEÓPOLIS.

Son hermosos animales, á fe mia. ¿Por cuánto me los vendes?

---

(1) Lit.: *garbanzos. Vox græca penem etiam significat.*
(2) Ciudad imaginaria, cuyo nombre se deriva de τραγεῖν, *tragar ó devorar.*

EL MEGARENSE.

Este, por una ristra de ajos, y el otro, si te gusta, por un quénice (1) de sal.

DICEÓPOLIS.

Trato hecho. Espérame aquí.

EL MEGARENSE.

¡Bueno va! ¡Mercurio protector del comercio, concédeme que pueda vender lo mismo á mi mujer y á mi madre! (2).

UN DELATOR.

¡Buen hombre! ¿De dónde eres?

EL MEGARENSE.

Soy un Megarense, vendedor de cerdos.

EL DELATOR.

Pues yo denuncio como enemigos á tus lechoncillos y á tí.

EL MEGARENSE.

¡Otra vez! Este renueva la fuente de todos nuestros males.

EL DELATOR.

Ya te arrepentirás de tu venida. Deja pronto ese saco.

EL MEGARENSE.

¡Diceópolis! ¡Diceópolis! Me denuncia un no sé quién.

---

(1) Medida de capacidad equivalente á un litro, ocho centílitros.
(2) Esta súplica indica el extremo á que habia llegado en Megara la miseria.

DICEÓPOLIS.

¿Quién te denuncia? Agoránomos, ¿por qué no arrojais del mercado á los delatores?—¿Cómo quieres alumbrarnos sin linterna? (1).

EL DELATOR.

¿No puedo denunciar á los enemigos?

DICEÓPOLIS.

A costa de tu pellejo, si no te largas á otro sitio con tus delaciones.

EL MEGARENSE.

¡Qué peste para Atenas!

DICEÓPOLIS.

Animo, Megarense; aquí tienes el precio de tus lechoncillos; toma los ajos y la sal. Y pásalo bien.

EL MEGARENSE.

Ya no es costumbre entre nosotros.

DICEÓPOLIS.

Cierto, he dicho una tontería. ¡Caiga la culpa sobre mí!

EL MEGARENSE.

Id, lechoncillos mios, y, lejos de vuestro padre, ved si hay quien os dé de comer tortas con sal.

(Vanse los dos.)

CORO.

Este hombre (2) es muy feliz. ¿No has oido cuán provechosa le ha sido su determinacion? Se gana

(1) La voz griega significa *alumbrar* y *delatar*.
(2) Diceópolis.

la vida sentado tranquilamente en la plaza; y si se presenta Ctesias ó algun otro delator, les obligará á tomar asiento doloridos. Nadie te engañará en la compra de comestibles; Prépis (1) no te manchará con su inmundo contacto; Cleónimo no te dará empellones; cruzarás por entre la multitud vestido de fiesta sin temor de que te salga al encuentro el pleitista Hipérbolo, ni de que, al pasear por el mercado, se te acerque Cratino (2), pelado á la manera de los libertinos, ó aquel perversísimo Artemon (3), en cuyas axilas se esconden chivos apestados (4). Tampoco se burlarán de tí en la plaza ni el perdido Pauson (5) ni Lisístrato (6), oprobio de los Colargienses; ese que impregnado de todos los vicios, como el paño en la púrpura que le tiñe, padece hambre y frio más de treinta dias al mes.

(1) Alusion á sus prácticas infames.
(2) El Escoliasta dice que este Cratino, poeta lírico de costumbres depravadas, no debe confundirse con el poeta cómico de igual nombre, atacado tambien por Aristófanes en várias de sus comedias.
(3) Anacreonte, en un fragmento conservado por Ateneo (XII. 434. e. f.), habla de un Artemon, al cual llama περιφόρητος *(circunvectitius)*, adjetivo cambiado por Aristófanes en περιπόνηρος (como si dijeramos *archibribon*). Plutarco *(Vida de Perides*, 27) habla de otro Artemon, hábil mecánico, que ayudó Perícles en el sitio de Sámos, empleando máquinas de guerra.
(4) Los poetas latinos usan tambien esta perífrasis para indicar el mal olor vulgarmente llamado á sobaquina.
(5) Pintor extremadamente pobre y desvergonzado.
(6) Parásito, natural del demo de Colárges; su pobreza y descaro eran extraordinarios. (Vid. *Los Caballeros,* 1.265; *Las Avispas,* 787, y el frag. 1 de *Los Detalenses.)*

UN BEOCIO.

¡Por Hércules! ¡Cómo me duele el hombro.—Isménico, descarga con cuidado el poleo (1); y vosotros, flautistas tebanos, soplad con vuestras flautas de hueso por el agujero mayor de esta piel de perro (2).

DICEÓPOLIS.

¡Callad, malditos! ¿Si habrán echado raíces en mi puerta semejantes moscones? ¿De dónde vendrán esos discordantes flautistas, dignos discípulos de Quéris? (3).

EL BEOCIO.

Por Iolao (4), ¡con qué placer les veria irse al infierno! Desde Tébas vienen soplando detras de mí, y me han arrancado todas las flores del póleo. Extranjero, ¿quieres comprarme pollos ó langostas?

DICEÓPOLIS.

Salud, amigo Beocio, gran comedor de panecillos. ¿Qué traes?

UN BEOCIO.

Cuanto de bueno hay en Beocia: orégano, poleo, esterillas, mechas para lámparas, ánades, grajos, francolines, pollas de agua, reyezuelos, mergos...

(1) Hierba tónica y astringente, muy abundante en Beocia.

(2) *Osseis tibiis inflate canis culum.* Las flautas á que alude eran parecidas á nuestras gaitas gallegas.

(3) Mal flautista, ya citado.

(4) Héroe muy respetado en Beocia. Ayudó á Hércules en su combate con la hidra de Lerna. (V. *Pausanias*, l. IX, 23.)

DICEÓPOLIS.

De modo que entras en el mercado á manera de huracan que abate las aves contra el suelo.

EL BEOCIO.

Tambien traigo gansos, liebres, zorras, topos, erizos, gatos, píctidas, nutrias, anguilas del Cópais... (1)

DICEÓPOLIS.

¡Oh qué deliciosísimo bocado acabas de nombrar! Sí traes anguilas, déjame que las salude.

EL BEOCIO.

Sal, tú, la mayor de las cincuenta vírgenes Copaidas, á regocijar con tu presencia á este extranjero (2).

DICEÓPOLIS.

¡Querida mia, por tanto tiempo deseada, al fin has venido á satisfacer los deseos de los coros cómicos, y los del mismo Moricos! (3).—Esclavos, traedme el fuego y el aventador. Mirad, muchachos, esta hermosa anguila, que al fin viene á visitarnos despues de seis años de espera (4). Saludadla, hijos mios. Llevadla adentro.—Ni áun la

(1) Lago de Beocia, cuyas anguilas eran muy grandes y apreciadas.

(2) Parodia de Esquilo y Eurípides.

(3) Poeta trágico, fué embajador en la corte de Persia, y gastrónomo famoso, una especie de Lúculo ateniense.

(4) Porque durante la guerra del Peloponeso estuvieron interrumpidas las relaciones mercantiles con Beocia, y no podian presentarse en el mercado ateniense sus renombradas anguilas.

muerte podrá separarme de tí (1), como te cuezan con acelgas.

EL BEOCIO.

¿Y cuánto me vas á pagar por ella?

DICEÓPOLIS.

Esta me la darás por derechos de entrada. ¿Quiéres vender alguna otra cosa?

EL BEOCIO.

Sí, por cierto; todo.

DICEÓPOLIS.

Vamos á ver, ¿cuánto pides? ¿O prefieres cambiar por otras tus mercancías?

EL BEOCIO.

Bien, me llevaré de Atenas lo que no hay en Beocia.

DICEÓPOLIS.

Entónces querrás anchoas del Falero (2) y cacharros.

EL BEOCIO.

¡Anchoas! ¡Cacharros! De sobra los tenemos. Sólo quiero llevarme cosas que no hay allí, y aquí se encuentran en abundancia.

DICEÓPOLIS.

Ahora caigo en la cuenta: llévate un delator perfectamente empaquetado como si fuese una vasija.

---

(1) Verso 367 de la *Alcéstes* de Eurípides.
(2) Puerto de Atenas. Barthelemy, apoyado en AA. antiguos, dice que las sardinas que en sus inmediaciones se pescaban merecian presentarse en la mesa de los dioses. (V. *Voyage du jeune Anacharis*, t. II, cap. 25).

EL BEOCIO.

¡Por los Dioscuros! (1) Ese sí que sería un negocio redondo: cargar con un mico lleno de malicias.

DICEÓPOLIS.

Muy oportunamente llega Nicarco á delatar á alguno.

EL BEOCIO.

¡Qué pequeño es!

DICEÓPOLIS.

Pero todo veneno.

NICARCO.

¿De quién son estas mercancías?

EL BEOCIO.

Mias; traidas de Beocia: por Júpiter lo juro.

NICARCO.

Pues yo las denuncio por enemigas.

EL BEOCIO.

¿Qué furia te mueve á declarar la guerra á las aves?

NICARCO.

Tambien á tí te denunciaré.

EL BEOCIO.

¿Qué daño te he hecho yo?

NICARCO.

Te lo diré en obsequio de los presentes: tú traes mechas del país enemigo.

---

(1) Juramento muy usado por los Espartanos, entre los cuales Cástor y Pólux recibian culto especial. (V. *La Paz*, 214, 285; *Lisist.*, 81, 86.)

EL BEOCIO.

¿Eres por tanto un denunciador de mechas?

NICARCO.

Una sola puede incendiar la flota.

EL BEOCIO.

¡Una mecha incendiar la flota! ¿Cómo? ¡Soberano Júpiter!

NICARCO.

Cualquier Beocio enciende una mecha, la ata á un insecto alado, y, aprovechando un momento en que el Bóreas sople con más violencia, la lanza sobre la flota por medio de un tubo; si el fuego prende en cualquier navío, es seguro que se abrasará en seguida toda la flota.

DICEÓPOLIS.

¡Canalla sin vergüenza! ¿De modo que para reducir á cenizas la escuadra, bastan una mecha y un insecto? *(Le pega).*

NICARCO.

¡Sed testigos! ¡Favor!

DICEÓPOLIS.

Tápale la boca: dáme bálago y mimbres para envolverle y podérmelo llevar como una vasija sin que se rompa.

CORO.

Buen hombre, ata bien tan delicada mercancía, no se te quiebre en el camino.

DICEÓPOLIS.

Eso á mi cargo queda; aunque deja oir un crujido como si se hubiera rajado en el horno. ¡Crujido odioso á los inmortales!

CORO.

¿Qué hará con él?

DICEÓPOLIS.

Me servirá para todo: de recipiente de los males; de mortero para majar pleitos; de linterna para espiar á los recaudadores, y de barreño donde se enturbien todas las cosas.

CORO.

¿Pero quién se atreverá á usar un vaso cuyos crujidos resuenan incesantemente en la casa?

DICEÓPOLIS.

Es sólido, amigo mio, y no se quebrará fácilmente si se le cuelga de los piés, cabeza abajo.

CORO.

Ya está bien embalado.

EL BEOCIO.

Voy á segar mi cosecha.

CORO.

Excelente forastero, carga con ese paquete, llévate á ese delator, bueno para cualquier cosa, y arrójalo donde te agrade.

DICEÓPOLIS.

Trabajo me ha costado el empaquetar á ese perdido. Ea, amigo, toma tu vasija y llévatela.

EL BEOCIO.

Isménico, cárgatela sobre tus duros hombros.

DICEÓPOLIS.

Procura llevarla con cuidado. Aunque no llevas nada de bueno, sin embargo, es fácil que salgas ganancioso con tu carga: serás feliz por gracia de los delatores. *(Váse el Beocio.)*

UN CRIADO DE LÁMACO.

¡Diceópolis!

DICEÓPOLIS.

¿Quién va? ¿Qué me quieres?

EL CRIADO.

Lámaco te suplica que le des, mediante este dracma, algunos tordos, para celebrar la fiesta de las *Copas* (1); y que por otros tres le vendas una anguila del Cópais.

DICEÓPOLIS.

¿Quién es ese Lámaco que desea la anguila?

EL CRIADO.

Aquel terrible sufridor de trabajos, que lleva una Gorgona en el escudo, y sobre cuyo casco se agita un penacho triple.

---

(1) Fiesta que se celebraba el segundo dia de las ***Antesterias***. Hé aquí su orígen, segun el Escoliasta: cuando Oréstes vino á Atenas, despues de haber vengado el asesinato de su padre Agamenon con el de su madre Clitemnestra, Pandion, rey entónces del Atica, hallábase presidiendo un banquete en honor de Baco. No queriendo ni excluir á Oréstes ni que sus convidados se contaminasen bebiendo en el mismo vaso que el parricida, distribuyó á cada uno una copa, de modo que al hacer las libaciones no hubiese necesidad de pasarla de mano, como era costumbre.

La tradicion de este piadoso procedimiento conservóse en las fiestas de Baco. Lo característico de la de las *copas* era la lucha de bebedores, en la cual para ser declarado vencedor era preciso apurar una copa (χοῦς) cuyo contenido era de más de tres litros. El que primero la vaciaba recibia en recompensa una corona y un pellejo de vino.

Al fin de la comedia veremos á Diceópolis triunfante en este certámen báquico.

DICEÓPOLIS.

No le venderé nada, por Júpiter, aunque me dé su escudo: en vez de comer pescado, entreténgase en agitar su penachos. Si se alborota, llamaré á los Agoránomos. Ahora, recogiendo mis compras, entraré en mi casa «sobre las alas de los mirlos y los tordos.» (1)

CORO.

¿No veis, ciudadanos, no veis la extremada prudencia y discrecion de ese hombre, que, despues de haber pactado sus treguas, puede comprar cuantas cosas suelen traer los mercaderes, útiles unas á la casa, y gratísimas otras al paladar?

Todos los bienes penetran por sí mismos en su morada.

Nunca admitiré en mi casa al belicoso Marte; jamás cantará en mi mesa el himno de Harmodio (2), porque es un sér cuya embriaguez es temible. Arrojándose sobre nuestros bienes, descargó sobre nosotros todos los males, la ruina, la destruccion y la muerte; en vano le decíamos amable-

---

(1) Parodia de alguna cancion popular.

(2) En honor de *Harmodio*, que, unido á Aristogiton, mató al tirano Hiparco, se compuso un *Escolio* ó canto de sobremesa, conservado por Ateneo (lib. 15, c. 15). *Cantar el Harmodio* con alguno, significaba lo mismo que comer en su compañía. La cancion aludida principiaba:

«Llevaré mi espada cubierta con hojas de mirto, como Harmodio y Aristogiton, cuando mataron al tirano y restablecieron en Atenas la igualdad de las leyes.»

mente: «Bebe, acompáñanos en la mesa, acepta esta copa de amistad,» porque entónces atizaba con más violencia el incendio de nuestros rodrigones, y derramaba el vino de nuestras cepas.

Abundante mesa es la de Diceópolis; envanecido con su suerte, arroja en los umbrales de su casa esas plumas, indicio de su regalada vida.

¡Oh Paz, compañera de la hermosa Vénus y de sus amigas las Gracias! ¿Cómo he podido desconocer tanto tiempo tu sin par belleza?

¡Ojalá me despose contigo un Amor coronado de rosas como el que está allí pintado! (1) ¿Me crees acaso demasiado viejo? Pues si me enlazo á tí podré, aunque anciano, hacer tres cosas en obsequio tuyo: abrir en primer lugar un largo surco para la vid (2); poner despues junto á él tiernos retoños de higuera, y plantar luégo el vigoroso sarmiento; cercando, por fin, todo mi campo de olivos, con cuyo aceite podamos mútuamente ungirnos en las Neomenias.

UN HERALDO.

Pueblos, escuchad: conforme á la costumbre patria, bebed en vuestras copas, al són de las trom-

(1) Se cree que Aristófanes alude á un Amor coronado de rosas y radiante de hermosura que Zéuxis habia pintado en el templo de Vénus, en Atenas.
(2) *In his turpiuscula latent* (BOISSONADE.).

petas; el que primero haya apurado su vaso recibirá en premio un odre de Ctesifon (1).

DICEÓPOLIS.

Muchachos, mujeres, ¿no habeis oido? ¿Qué haceis? ¿No habeis oido el pregon? Coced las viandas, asadlas; retirad pronto las liebres de los asadores; tejed las coronas; dadme asadorcillos para los tordos (2).

CORO.

Celebro tu suerte, amigo mio, y más que todo esa tu discrecion admirable por la cual gozas de tan delicioso banquete.

DICEÓPOLIS.

¿Pues qué direis cuando veais cómo se asan mis tordos?

CORO.

Tambien creo que tienes razon en eso.

DICEÓPOLIS.

Atizad el fuego.

CORO.

¿Veis cómo dispone su comida, á modo de un cocinero hábil y experimentado?

UN LABRADOR.

¡Infeliz de mí!

DICEÓPOLIS.

Por Hércules, ¿quién es este?

(1) Epigrama contra Ctesifon, que era muy grueso y panzudo.
(2) Los tordos eran muy estimados en Atenas, como lo prueban varios pasajes del mismo Aristófanes.

EL LABRADOR.

Un hombre desgraciado.

DICEÓPOLIS.

Pues sigue tu camino.

EL LABRADOR.

Queridísimo amigo, ya que las treguas se han pactado sólo para tí, cédeme un poco de tu paz, aunque no sea más que por cinco años.

DICEÓPOLIS.

¿Qué te aflige?

EL LABRADOR.

Estoy arruinado; he perdido una pareja de bueyes.

DICEÓPOLIS.

¿Cómo?

EL LABRADOR.

Los Beocios me los quitaron en la toma de Fila (1).

DICEÓPOLIS.

¡Oh tres veces mísero! ¿y áun vas vestido de blanco?

EL LABRADOR.

Ellos, ¡oh poderoso Júpiter! me mantenian en la más deliciosa abundancia (2).

DICEÓPOLIS.

¿Qué necesitas ahora?

EL LABRADOR.

Me he estropeado los ojos llorando aquellos bue-

(1) Demo del Atica.
(2) Lit.: *alebant me fume bovino;* para significar que los abonos constituyen una parte muy principal de la riqueza agrícola.

yes. Si algun interes te merece Dercéles de Fila, frótame pronto los ojos con el bálsamo de la paz.

DICEÓPOLIS.

Pero, desdichado, yo no soy médico público (1).

EL LABRADOR.

Por piedad, hazlo, para ver si puedo recobrar mis bueyes.

DICEÓPOLIS.

Me es imposible; véte con tus lágrimas á los discípulos de Pítalo (2).

EL LABRADOR.

Pónme siquiera una gota de paz en esta cañita.

DICEÓPOLIS.

Ni el átomo más imperceptible. Véte á llorar donde quieras.

EL LABRADOR.

¡Desdichado de mí! ¡Sin bueyes para la labranza!

CORO.

Este hombre ha conseguido con su tratado muchas ventajas, de las cuales, al parecer, no quiere hacer partícipe á nadie.

DICEÓPOLIS.

Pon esos callos con miel: asa los calamares.

CORO.

¿Oís cómo levanta la voz?

DICEÓPOLIS.

Asad las anguilas.

(1) Habia en Aténas médicos encargados de prestar gratuitamente sus servicios á los pobres.
(2) Médico de Aténas.

CORO.

Nos vas á matar de hambre; y á tus vecinos con el humo y las voces.

DICEÓPOLIS.

Asad esa con cuidado; que quede doradita.

UN PARANINFO (1).

¡Diceópolis! ¡Diceópolis!

DICEÓPOLIS.

¿Quién llama?

EL PARANINFO.

Un recien casado te envia esta parte de su convite de boda.

DICEÓPOLIS.

Es muy amable, sea quien quiera.

EL PARANINFO.

Te suplica que en cambio de estas viandas, le eches en este vaso de alabastro una copita de paz, para que pueda eximirse de la milicia y quedarse en casa disfrutando de los placeres del amor.

DICEÓPOLIS.

Llévate, llévate tus viandas, y nada me des, pues no le cederia una gota por mil dracmas.—¿Pero quién es esa mujer?

EL PARANINFO.

Es la madrina de la boda. Quiere hablarte á tí solo, de parte de la novia.

(1) Dábase este nombre al mozo que acompañaba al recien casado cuando se dirigia á su casa con su esposa.

DICEÓPOLIS.

Vamos, ¿qué tienes que decirme?...—¡Dioses inmortales! Qué ridícula es la pretension de la novia... Me pide que haga de modo que permanezca en la casa una parte del cuerpo de su esposo (1). Ea, venga aquí el tratado; á ella sola le daré parte, en consideracion á que siendo mujer no debe sufrir las molestias de la guerra. Tú *(A la madrina)*, buena mujer, acerca el frasco... ¿Sabes cómo se ha de usar? Dile á la desposada que cuando se haga la leva de los soldados, unte con esto esa parte del cuerpo de su marido que desea conservar. Llévate el tratado. Traed el cacillo para que llene de vino las copas.

CORO.

Ahí se acerca uno con el entrecejo fruncido, como si nos fuera á anunciar alguna desgracia.

MENSAJERO 1.°

¡Oh trabajos y combates! ¡Oh Lámacos! (2)

LÁMACO.

¿Quién mueve tanto estrépito en torno de esta casa hermoseada por ornamentos de bronce? (3).

MENSAJERO 1.°

Los Estrátegas ordenan que, reuniendo á toda prisa tus batallones y penachos, partas hoy mismo, á pesar de la nieve, á custodiar la frontera. Han

(1) Τὸ πέος.
(2) Juego de palabras sobre μάχαι y Λάμαχοι.
(3) Parodia del estilo trágico.

sabido que los bandidos Beocios pensaban invadir nuestro territorio, en ocasion de estarse celebrando la fiesta de las copas y las ollas (1).

LÁMACO.

¡Oh Estrátegas, cuantos más sois peores! ¿No es terrible el no poder ni siquiera celebrar esta fiesta?

DICEÓPOLIS.

¡Oh ejército bélico-lamacaico! (2).

LÁMACO.

¡Oh desgracia! ¿Ya te burlas de mí?

DICEÓPOLIS.

¿Quieres luchar con este Gerion de cuádruple penacho? (3).

LÁMACO.

¡Ay! ¡Ay! ¡qué noticia tan triste me ha traido este mensajero!

DICEÓPOLIS.

¡Oh! ¡Oh! ¡qué agradable es la que me trae este otro!

MENSAJERO 2.°

¡Diceópolis!

DICEÓPOLIS.

¿Qué hay?

(1) El tercer dia de las Antesterias se llamaba la fiesta de las *ollas*.
(2) Expresion burlesca.
(3) El Escoliasta supone que el nombre de *Gerion* se lo da burlescamente Diceópolis á un insecto de *cuatro alas* que revolotea sobre la cabeza de Lámaco.

MENSAJERO 2.°

Corre al festin y lleva una cesta y una copa, pues te invita el sacerdote de Baco (1): pero apresúrate: los convidados te esperan. Ya está todo preparado, los triclinios, los cojines, los tapetes, las coronas, los perfumes y los postres: hay allí cortesanas, y galletas, pasteles, tortas de sésamo, rosquillas, y hermosas bailarinas, delicias de Harmodio (2); pero corre, corre cuanto puedas.

LÁMACO.

¡Infeliz de mí!

DICEÓPOLIS.

¡Infeliz tú, cuando te pavoneas con la gran Gorgona de tu escudo! Cerrad la puerta y preparad la comida.

LÁMACO.

¡Esclavo! ¡esclavo! Tráeme la maleta.

DICEÓPOLIS.

¡Esclavo! ¡esclavo! Tráeme la cesta.

LÁMACO.

Trae sal mezclada con tomillo, y cebollas.

DICEÓPOLIS.

Y á mí peces; me cansan las cebollas.

LÁMACO.

Tráeme aquel rancio guiso envuelto en su hoja de higuera.

(1) Que solia dar un gran festin para celebrar la fiesta del dios.
(2) Es decir del banquete.

DICEÓPOLIS.

Y á mí aquel recien hecho (1): ya lo coceré yo.

LÁMACO.

Tráeme las plumas de mi casco.

DICEÓPOLIS.

Tráeme pichones y tordos.

LÁMACO.

¡Qué hermosa y qué blanca es esta pluma de avestruz!

DICEÓPOLIS.

¡Qué hermosa y qué dorada está la carne de este pichon!

LÁMACO.

Amigo, deja de burlarte de mi armadura.

DICEÓPOLIS.

Amigo, deja, si puedes, de mirar mis tordos.

LÁMACO.

Dáme la caja de mi triple cimera.

DICEÓPOLIS.

Dáme ese embutido de carne de liebre.

---

(1) Este guiso recibia el nombre de Θριὸν, *hoja de higuera*. Los habia de muchas clases; vayan por muestra dos recetas para confeccionar este sabroso plato. Se mezclaba manteca de cerdo derretida con leche, hasta formar una masa espesa; añadiase queso fresco, yemas de huevos, y sesos; envolvíase la pasta en una hoja de higuera, y se ponia á cocer en un caldo de aves ó de cabrito. Despues se retiraba del fuego, se separaba la hoja y se sumergia en una cazuela llena de miel hirviendo. El manjar se servia despues de cuajada la mezcla. Otra ménos complicada: se mezclaban un trozo de tocino, harina de trigo comun, leche, y una yema de huevo, y se envolvia la pasta en hojas de higuera.

LÁMACO.

¡Cómo han devorado las polillas mis penachos!

DICEÓPOLIS.

¡Cómo voy á devorar embutidos de liebre ántes del banquete!

LÁMACO.

Amigo, ¿no puedes dejar de hablarme?

DICEÓPOLIS.

No te hablo; disputo hace tiempo con mi esclavo. —¿Quiéres apostar (Lámaco decidirá la cuestion) si son más sabrosos los tordos que las langostas?

LÁMACO.

Estás muy insolente.

DICEÓPOLIS.

Dice que son más sabrosas las langostas.

LÁMACO.

Esclavo, esclavo, saca la lanza y tráemela.

DICEÓPOLIS.

Esclavo, esclavo, saca aquella morcilla del fuego y tráemela.

LÁMACO.

Ea, sujeta bien la lanza miéntras yo tiro de la vaina.

DICEÓPOLIS.

Ten tú tambien firme y no lo sueltes (1).

LÁMACO.

Saca las abrazaderas de mi escudo.

---

(1) Se supone que para sacar las carnes del asador.

DICEÓ POLIS.

Saca del horno los panes, abrazaderas de mi estómago.

LÁMACO.

Tráeme el disco del escudo que tiene una Gorgona.

DICEÓPOLIS.

Tráeme el disco de aquel pastel que tiene un queso.

LÁMACO.

¿No es éste un burlon sin gracia?

DICEÓPOLIS.

¿No es éste un pastel delicioso?

LÁMACO.

Echa aceite en el escudo. Veo en él la imágen de un viejo que será acusado de cobardía (1).

DICEÓPOLIS.

Echa miel al pastel. Veo en él la imágen de un viejo que hace rabiar al penachudo Lámaco.

LÁMACO.

Esclavo, tráeme la coraza de batalla.

DICEÓPOLIS.

Esclavo, tráeme mi coraza, es decir, mi copa.

LÁMACO.

Con esto defenderé mi pecho contra los enemigos.

DICEÓPOLIS.

Con esto defenderé mi pecho contra los bebedores (2).

(1) Era una de las acusaciones públicas, lo mismo que la desercion.

(2) El verbo θωρήσσω significa: *ponerse una coraza*, y *embriagarse*.

LÁMACO.

Sujeta esas correas á mi escudo.

DICEÓPOLIS.

Sujeta los platos á la cesta.

LÁMACO.

Cogeré esta maleta y la llevaré yo mismo.

DICEÓPOLIS.

Yo cogeré este vestido y me marcharé.

LÁMACO.

Toma el escudo y anda.—¡Oh Júpiter! ¡Está nevando! Tengo que hacer una campaña de invierno.

DICEÓPOLIS.

Recoge las viandas. Tengo que cenar. *(Salen ambos.)*

CORO.

Id alegremente á la guerra. ¡Qué caminos tan diversos seguís! Aquel beberá, coronado de flores; tú harás centinela medio helado; aquél dormirá con una hermosísima jóven... Lo digo de véras: ¡ojalá Júpiter confunda al hijo de Psácas, á Antímaco, poetastro infeliz, que, siendo Corega (1) en las fiestas Leneas, me mandó á mi casa sin cenar! ¡Ojalá le vea yo algun dia deseoso de comer un calamar, y cuando esté ya frito, chirriando en la sarten, servido en la mesa, y aderezado con sal, en el mo-

(1) El Corega tenía á su cargo ordenar por su cuenta los gastos teatrales. Parece que Antímaco trató mezquinamente á los artistas. Además hizo aprobar un decreto en que se prohibia á los poetas cómicos poner en escena con su propio nombre á los ciudadanos atenienses; por lo cual hubieron de retirarse muchas comedias, y quedaron reducidos á la mendicidad gran parte de los coristas.

DICEÓPOLIS.

Saca del horno los panes, abrazaderas de mi estómago.

LÁMACO.

Tráeme el disco del escudo que tiene una Gorgona.

DICEÓPOLIS.

Tráeme el disco de aquel pastel que tiene un queso.

LÁMACO.

¿No es éste un burlon sin gracia?

DICEÓPOLIS.

¿No es éste un pastel delicioso?

LÁMACO.

Echa aceite en el escudo. Veo en él la imágen de un viejo que será acusado de cobardía (1).

DICEÓPOLIS.

Echa miel al pastel. Veo en él la imágen de un viejo que hace rabiar al penachudo Lámaco.

LÁMACO.

Esclavo, tráeme la coraza de batalla.

DICEÓPOLIS.

Esclavo, tráeme mi coraza, es decir, mi copa.

LÁMACO.

Con esto defenderé mi pecho contra los enemigos.

DICEÓPOLIS.

Con esto defenderé mi pecho contra los bebedores (2).

(1) Era una de las acusaciones públicas, lo mismo que la desercion.

(2) El verbo θωρήσσω significa: *ponerse una coraza*, y *embriagarse*.

LÁMACO.

Sujeta esas correas á mi escudo.

DICEÓPOLIS.

Sujeta los platos á la cesta.

LÁMACO.

Cogeré esta maleta y la llevaré yo mismo.

DICEÓPOLIS.

Yo cogeré este vestido y me marcharé.

LÁMACO.

Toma el escudo y anda.—¡Oh Júpiter! ¡Está nevando! Tengo que hacer una campaña de invierno.

DICEÓPOLIS.

Recoge las viandas. Tengo que cenar. *(Salen ambos.)*

CORO.

Id alegremente á la guerra. ¡Qué caminos tan diversos seguís! Aquel beberá, coronado de flores; tú harás centinela medio helado; aquél dormirá con una hermosísima jóven... Lo digo de véras: ¡ojalá Júpiter confunda al hijo de Psácas, á Antímaco, poetastro infeliz, que, siendo Corega (1) en las fiestas Leneas, me mandó á mi casa sin cenar! ¡Ojalá le vea yo algun dia deseoso de comer un calamar, y cuando esté ya frito, chirriando en la sarten, servido en la mesa, y aderezado con sal, en el mo-

(1) El Corega tenía á su cargo ordenar por su cuenta los gastos teatrales. Parece que Antímaco trató mezquinamente á los artistas. Además hizo aprobar un decreto en que se prohibia á los poetas cómicos poner en escena con su propio nombre á los ciudadanos atenienses; por lo cual hubieron de retirarse muchas comedias, y quedaron reducidos á la mendicidad gran parte de los coristas.

mento de llevarlo á la boca, un perro se lo arrebate y escape con él!

Además de ese mal, le deseo otra aventura nocturna. ¡Ojalá al volver febril á su casa, despues de la equitacion, se tropiece con Oréstes (1) borracho, y éste enfurecido le rompa la cabeza; y que pensando tirarle una piedra, coja en la oscuridad un excremento reciente, y al lanzarlo con ímpetu como si fuera un guijarro, yerre el golpe y le pegue á Cratino! (2).

UN CRIADO DE LÁMACO.

¡Esclavos de Lámaco, pronto, pronto, calentad agua en un pucherillo! Preparad trapos, ungüento, lana vírgen y vendas, para atarle el tobillo. Al saltar una zanja se ha herido con una estaca, se ha dislocado un pié y se ha roto la cabeza contra una peña; la Gorgona saltó del escudo, y al ver el héroe su formidable penacho caido entre las piedras, entonó estos versos terribles:

Por la postrera vez, astro brillante,
Te ven mis ojos; desfallezco y muero (3)

Dicho esto, cae en una zanja, levántase, se arroja sobre los fugitivos, persigue á los bandoleros, los hostiliza con su lanza. Pero hélo aquí; abrid pronto la puerta.

(1) Ladron de vestidos.
(2) Este Cratino es el mismo del verso 849, y no el poeta cómico.
(3) Parodia de algun poeta trágico.

LÁMACO.

¡Ay, ay, ay! ¡qué agudos dolores! ¡qué frio! ¡Yo muero, triste de mí, herido por una lanza enemiga! Pero áun será mas terrible mi desgracia si Diceópolis viéndome en este estado, se burla de mi infortunio.

DICEÓPOLIS *(con dos cortesanas del brazo)*.

¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡Vuestro turgente seno tiene la dureza del membrillo! Dadme un beso, tesoro mio, un beso dulce y voluptuoso. Pues yo he sido el que he bebido la primera copa.

LÁMACO.

¡Oh suerte funesta! ¡Oh dolorosísimas heridas!

DICEÓPOLIS.

¡Ah! ¡ah! salud, caballero Lámaco.

LÁMACO.

¡Infeliz de mí!

DICEÓPOLIS.

¡Qué desdichado soy!

LÁMACO.

¿Por qué me besas?

DICEÓPOLIS.

¿Por qué me muerdes?

LÁMACO.

¡Infortunado! ¡Qué duro escote he pagado en el combate!

DICEÓPOLIS.

¿Pues qué se paga escote en la fiesta de las copas? (1)

(1) Los invitados á las fiestas solemnes no pagaban escote.

LÁMACO.

¡Oh Pean! ¡Pean! (1)

DICEÓPOLIS.

Hoy no se celebran las fiestas de Pean.

LÁMACO.

Levantadme, levantadme esta pierna. ¡Ay, amigos mios, sostenedme!

DICEÓPOLIS.

Vosotras, amigas mias, sostenedme tambien (2).

LÁMACO.

La herida de la cabeza me da vértigos y me turba la vista.

DICEÓPOLIS.

Yo quiero acostarme; no puedo más: necesito descanso (3).

LÁMACO.

Llevadme á casa de Pítalo, cuyas manos son émulas de las de Peon (4).

DICEÓPOLIS.

Llevadme ante los jueces. ¿Dónde está el Rey? Dadme el odre señalado como premio.

LÁMACO.

Una lanza terrible se ha clavado en mis huesos.

DICEÓPOLIS.

Mirad esta copa vacía. ¡Victoria! ¡Victoria!

---

(1) Sobrenombre de Apolo, honrado como dios de la medicina.
(2) *Meum penem ambæ medium prehendite.*
(3) *Tentigine rumpor, et in tenebris futuere gestio.*
(4) Dios de la medicina.

CORO.

¡Victoria! Anciano, pues así lo deseas, clamemos ¡victoria!

DICEÓPOLIS.

He llenado mi copa de vino y la he apurado sin respirar.

CORO.

¡Victoria! recoge tu odre, ilustre vencedor.

DICEÓPOLIS.

Seguidme cantando: ¡Victoria! ¡Victoria!

CORO.

Te seguiremos cantando ¡victoria! ¡victoria! á tí y á tu odre.

FIN DE LOS ACARNIENSES.

LOS CABALLEROS.

NOTICIA PRELIMINAR.

Al establecer Solon el principio de la soberanía nacional, dando al pueblo reunido en asamblea ámplias facultades legisladoras y administrativas. no dejó de comprender el grave peligro que la nave del Estado correria si de su direccion se encargaba una multitud ligera, frívola, olvidadiza, fácilmente impresionable, apasionada en sus decisiones, ignorante y perpétuamente inexperta como la ateniense. Entre los infinitos escollos que el sabio legislador debió prever, presentábasele indudablemente como uno de los más formidables el de los nombramientos para las altas magistraturas encargadas de importantísimas funciones. Pues si privaba á la asamblea del derecho electoral, exponíase á hacer ilusorios todos los otros, dejándola á merced de sus enemigos declarados; y si no limitaba de algun modo el ejercicio de esta prerogativa, ¿cómo impedir que, captándose el aura popular mediante halagos y promesas, escalasen los más

altos puestos hombres sin ilustracion ni patriotismo, ávidos, rapaces y predispuestos al soborno y la venalidad? Sabido es que Solon resolvió el conflicto dejando á la asamblea general la facultad de nombrar los magistrados y de exigirles cuenta de su administracion, mas prescribiendo que la designacion para altos cargos únicamente pudiera recaer sobre los ricos. Al efecto, adoptando como base la riqueza y prescindiendo de la aristocracia de la sangre, dividió á los Atenienses en cuatro clases, á saber: *Pentacosiomedimnos*, que tenian una renta anual de 500 medimnas; *Caballeros*, cuya cosecha era de 300 á 500; *Zeugitas*, que recogian de 200 á 300; y *Tetas* (Θῆτες), todos los demas. Estos últimos, con arreglo á la constitucion de Solon, no tenian más derechos políticos que el de emitir su voto en la Asamblea y formar parte de los tribunales de justicia, miéntras las tres clases primeras constituian, por decirlo así, el cuerpo de electores-elegibles.

Pero las guerras médicas ántes, y la del Peloponeso despues, dieron al traste con tan sábias precauciones, siendo causa del desastroso estado en que la administracion de Aténas se encontraba cuando Aristófanes escribió *Los Caballeros*. Arístides fué quien dió el primer paso en tan funesto camino, haciendo aprobar despues de la batalla de Platea un decreto por el cual los ciudadanos de la última clase podian aspirar, en concurrencia con los de las otras, á las altas magistraturas: agravóse más tarde el mal cuando el gobierno consignó un

salario para los asistentes á las públicas deliberaciones y empezaron á hacerse distribuciones de trigo: la clase pobre rehuyó entónces el trabajo; el aliciente del trióbolo la arrastró en masa al Pnix; la holgazanería fomentó su humor inquieto y novelero; la miseria la hizo esclava del que prometia más; y rechazando el blando freno de la ley y la prudencia con que los buenos ciudadanos intentaban sujetarla, los alejó furiosa del gobierno, y se echó ciegamente en brazos de los ambiciosos demagogos. Figuraba como el principal de éstos Cleon, heredero de la influencia de Perícles y acérrimo partidario de la guerra: Tucídides nos le pinta audaz, arrebatado y violento (1), idolatrado por el pueblo ateniense, cuyo apoyo se procuraba mediante larguezas esquilmadoras del tesoro y lisonjeros discursos en que trataba de inspirarle un soberano desprecio á las fuerzas de Lacedemonia (2). Cuéntase que, deseando dar uno de esos golpes de efecto que seducen á la muchedumbre, reunió un dia á todos sus amigos y les manifestó que, hallándose á punto de administrar la república, veíase obligado á renunciar á todo género de afecciones para ajustar sus actos sólo al más puro criterio de justicia. Los hechos desmintieron bien pronto estas palabras; pero la multitud, obstinada y ciega, continuó favoreciéndole hasta el punto de tolerar sus burlas é insolencias, y áun de

(1) *Hist.*, III, 36.
(2) *Id.*, IV, 28.

aplaudirlas, como las de un niño mimado (1). Sin embargo, como el pueblo ateniense era voluble y tornadizo si los hubo, empezaba ya á eclipsarse y palidecer la estrella de Cleon, cuando un acontecimiento singular, reciente al ponerse en escena *Los Caballeros*, vino á prestarle nuevos y más vivos resplandores. Refiriéndose constantemente la comedia de Aristófanes á este suceso, preciso es que sobre el mismo digamos algo.

Corria el año sétimo de la guerra del Peloponeso (425 ántes de J. C.). Demóstenes, general ateniense, en una expedicion á la Laconia, ocupó á Pílos, pequeña ciudad marítima, situada en la antigua Mesenia, á 400 estadios de Esparta, y la hizo amurallar en la espectativa de un ataque de los Lacedemonios. Dieron éstos al principio muy poca importancia á la dicha ocupacion, considerando cosa fácil el recobrar una plaza fortificada á la ligera, defendida sólo por un puñado de hombres y mal aprovisionada por añadidura. En esta confianza marcharon contra Pílos; pero no creyendo inútiles ciertas precauciones, situaron sus hoplitas en la isla Esfacteria, que extendiéndose delante de aquel puerto sólo permite llegar á él por dos estrechos

(1) Plutarco, en la *Vida de Nicias*, refiere que en una ocasion, esperando la Asamblea á Cleon con impaciencia para tratar de un asunto interesante, el insolente demagogo presentóse al fin, suplicando á los concurrentes que dejasen la discusion para otro dia, porque teniendo convidados á unos extranjeros, no tenía entónces tiempo para dedicarse á los negocios del Estado. El pueblo se levantó, aplaudió á Cleon y continuó favoreciéndole.

pasos, cuya angostura dificulta sobremanera toda maniobra naval. Pensaban, pues, sin combate marítimo y sin grave riesgo, apoderarse de una plaza casi desguarnecida. Sin embargo, de tal modo se arreglaron las cosas que, contra lo que esperaban, fueron vencidos los Lacedemonios en un combate, y viéronse obligados á abandonar en Esfacteria 420 soldados de las más distinguidas familias espartanas. Con objeto de librarlos, enviaron á los Atenienses una embajada; pero Cleon, cuyo ascendiente sobre el pueblo no tenía entónces límites, imposibilitó todas las negociaciones con exigencias irritantes, y la guerra continuó alrededor de Pílos con más encarnizamiento que nunca.

Prolongábase el bloqueo indefinidamente; los Atenienses carecian de víveres y sufrian toda clase de privaciones, miéntras los Lacedemonios conseguian, aunque á duras penas, introducir vituallas en la isla. El pueblo de Aténas irritóse con estas dilaciones y empezó á murmurar de Cleon á quien cabia grave responsabilidad en el asunto. El audaz demagogo culpó de lo que ocurria á la ineptitud y morosidad de los generales Nícias y Demóstenes, dejándose decir públicamente que si se le confiaba el mando del ejército, se apoderaria de Esfacteria en ménos de veinte dias. Cogióle la palabra Nícias y le puso en grave aprieto dimitiendo su cargo: el pueblo, viendo defenderse á Cleon con evasivas, le obligó á partir por uno de esos movimientos familiares á la multitud ateniense.

Demóstenes en tanto habia puesto fuego á un

montecillo de la isla, desde el cual su gente era muy hostilizada. Quemado el monte era fácil apoderarse de Esfacteria sin necesidad de refuerzos. Llegó á poco Cleon, y acompañado de Demóstenes obligó á rendirse á la guarnicion lacedemonia, y volvió triunfante á Aténas con los trescientos prisioneros hechos en la isla, atribuyéndose toda la gloria de aquella hazaña. No es decible cuánto aumentó su crédito con esto; las turbas llegaron á adorar en él, con lo cual el insolente demagogo dió rienda suelta á su audacia y vejó más que nunca á todos sus enemigos (1).

A raíz de estos sucesos compuso Aristófanes su comedia intitulada *Los Caballeros* (Ἱππῆς) que es una violentísima sátira contra Cleon y sus secuaces. El poeta le azota sin piedad; saca á público espectáculo sus violencias y sus crímenes; acumula sobre su cabeza cuantas acusaciones pueden hacer á un hombre odioso y despreciable, y se ensaña con una virulencia de que no hay otro ejemplo en los anales literarios. Como si no le bastase haber apurado todo el diccionario de los ultrajes y dicterios, llega hasta inventar palabras nuevas para denigrarlo: Cleon en *Los Caballeros* es insolente, adulador, sicofanta, concusionario, venal, impudente, cobarde, calumniador, canalla, bribon, infame, recaudador sin conciencia, mina de latrocinios y abismo de perversidad: las prendas corporales marchan en armonía con las del espíritu; su continente es tosco y soez, su voz atronadora y desentonada, su faz ceñuda, sus ojos aviesos y feroces, y todo su cuerpo, en fin, sucio y pestilente. Para apreciar en su justo valor la verdad de todo este negrísimo retrato, téngase en cuenta que en Aristófanes hablaban á un tiempo el odio de partido y los resentimientos personales. Tucídides, no obstante estar afiliado tambien á la aristocracia, trata á Cleon con mucho ménos encono; pero ya vimos en *Los Acarnienses* que luégo de representados *Los Babilonios*, Cleon habia acusado á Aristófanes en la persona de Calistrato de haber entregado el pueblo al ludibrio de los extranjeros y luego habia tratado de disputarle su condicion de ciudadano.

(1) Tucídides, IV, 3, 41.

El poeta despues de estos ataques creyóse autorizado á todo, y desafiando, como nos dice el mismo, *el huracan* y *las tempestades* (1), lanzó contra el hombre más poderoso de su tiempo los dardos de su burla inextinguible. Pero en medio de las personalidades que afean *Los Caballeros*, no puede ménos de aplaudirse el ardiente patriotismo de Aristófanes, que con valor rayano en temerario le anima á decir á sus conciudadanos las más amargas verdades: en esta comedia ataca, en efecto, vigorosamente todos los vicios que iban minando la constitucion de Aténas y acelerando el dia de su perdicion cuales eran: la debilidad del Senado, la impudencia de los oradores, la frivolidad y presuncion

(1) *Los Cab.*, v. 511.

del pueblo, las concusiones de los funcionarios públicos, las calumnias de los sicofantas, el desórden de la administracion, la manía de los procesos, la creciente inmoralidad de las costumbres y la funesta oposicion á la paz.

El pueblo ateniense está en *Los Caballeros* personificado en Δῆμος viejo chocho y gruñon, de áspero é irascible carácter. Dos de sus esclavos, Nícias y Demóstenes, los generales de que acabamos de hablar, se quejan amargamente de que uno de sus camaradas, como perro zalamero, á fuerza de adulaciones y servilismo ha logrado sorber el sexo al buen anciano, y gobernar á su antojo toda la casa. Este tal es Cleon, al cual nunca llaman por su propio nombre, sino con los apodos de Paflagonio ó curtidor. Buscando un modo de librarse de tan odiosa tiranía, consiguen apoderarse de un oráculo, en el cual se predice que debe ser suplantado por un choricero. Apénas han concluido de enterarse de la preciosa profecía, aparece uno de aquel oficio en la plaza pública: Nicias y Demóstenes se apresuran á anunciarle su futura gloria, y logran vencer sus escrúpulos y resistencia. «¿Pero cómo yo, simple choricero, les dice, puedo llegar á ser un gran personaje?—Por eso mismo, porque eres un canalla, audaz y salido de la hez del pueblo.—Si no he recibido la menor instruccion; si sólo sé leer, y eso mal...» alega batiéndose ya en retirada. A lo lo cual replican: «Precisamente lo único que te perjudica es saber leer, aunque mal, porque has de tener presente que el gobierno popular no pertenece á los hombres ilustrados y de intachable conducta, sino á los ignorantes y perdidos.» Con tan sangrienta ironía ataca Aristófanes á la democracia.

Cleon aparece entónces vomitando calumnias, y á su vista el Choricero huye despavorido: el coro, formado de *Caballeros*, acude á socorrerle, y lanza una granizada de denuestos sobre el Paflagonio; el choricero se anima poco á poco; entáblase entre ambos contendientes un certámen sobre cuál es más bribon, desvergonzado y canalla, y el Choricero vence. Cleon acude al Senado y al Pueblo, y su rival consigue nuevos triunfos, hasta que al fin se presenta con el anciano Demo, completamente remozado y embellecido, y con firmes propósitos de enmendarse. Para probar su arrepentimiento el Pueblo arroja al Paflagonio de su presencia, y celebra las *dulzuras de la paz*.

Respecto á la dificultad de apreciar el mérito literario de *Los Caballeros*, dice el Sr. Camus: «Dos circunstancias de gran bulto hacen que no podamos recrearnos con esta pieza tanto como se recrearon los espectadores atenienses: es la primera el ningun interes que para nosotros tiene el personaje satirizado por el poeta, y por tanto, no tienen ya el efecto cómico que hubieron de tener entónces las mordaces alusiones á sus rasgos personales; y la segunda, que por estar erizado su estilo de enigmas y anécdotas de aquel tiempo, por grande que sea nuestra erudicion, por grande que sea nuestro conocimiento de las cosas de aquella época por

siempre memorable, nunca llegaremos á comprenderlas todas lo bastante para poder disfrutar de toda la gracia que contienen, quedando siempre algo ininteligible y oscuro (1).» Mas á pesar de todo, se nota en esta comedia que el vigor del ataque, la séria indignacion que hervia en el alma del poeta, y tal vez el convencimiento de los peligros á que le dejaba expuesto su filípica teatral, hacen sin duda que en ella no se encuentren con la ordinaria abundancia la inagotable inventiva, la vis cómica, las sabrosas sales, las ingeniosas alegorías, las chispeantes burlas, la ática ironía características del teatro aristofánico. La realidad se ve demasiado clara, y la verdad se muestra demasiado al desnudo, sin que el velo de la ficcion, tan necesario en todo poema dramático, suavice la dureza de sus contornos y dulcifique la acritud de su colorido; «sólo al fin, dice un traductor de Aristófanes (2), cuando el poeta ha desahogado ya su bílis contra Cleon su enemigo, vuelve á aparecer la inextinguible vena de sus chistes en la lucha de adulaciones y zalamerías que el Choricero y el Curtidor entablan para granjearse el afecto del Pueblo.» Es tambien de admirar en *Los Caballeros* la pericia de consumado general con que Aristófanes previene los peligros y consecuencias de su

(1) *Estudios de lit. griega*, publicados en la *Revista de la Universidad de Madrid*.—Segunda época, tomo I, página 645.

(2) Poyard: *Aristophane, trad. nouvelle*. Paris, 1878, pág. 44.

agresion, ligando á su propia causa la de los acaudalados propietarios, de entre los cuales formó el coro, no designando nunca por su nombre á Cleon, por más que se le vea, dice Brumoy (1), detras de una alegoría de gasa; y por último, lisonjeando los instintos de la multitud, abofeteada en la persona de Pueblo, con su regeneracion y embellecimiento final.

El hecho de no haber querido ningun actor encargarse del papel de Paflagonio ni haberse encontrado en Aténas artista alguno que quisiera hacer su máscara, demuestra elocuentemente la necesidad de estas precauciones: el mismo Aristófanes con la cara embadurnada tuvo que representar al peligroso personaje.

Los Caballeros se pusieron en escena en las fiestas *Leneas*, á raíz de los acontecimientos de Pílos, el 425 ántes de Jesucristo, habiendo obtenido el primer premio.

(1) *Le Théâtre des Grecs*. Paris. 1749. Tom. VI, p. 295.

PERSONAJES.

DEMÓSTENES.
NÍCIAS.
UN CHORICERO llamado AGORÁCRITO.
CLEON.
CORO DE CABALLEROS.
PUEBLO, personificado en un anciano.

La escena pasa delante de la casa del anciano Pueblo.

LOS CABALLEROS.

DEMÓSTENES.

¡Oh qué calamidad! ¡Ojalá confundan los dioses á ese recien venido Paflagonio (1) y á sus malditos consejos! Desde que, en mal hora, se introdujo en esta casa (2), no cesa de apalear á los esclavos.

NÍCIAS.

¡Ojalá perezca desastradamente con sus infames calumnias!

DEMÓSTENES.

¿Cómo lo pasas, desdichado?

NÍCIAS.

Muy mal, lo mismo que tú.

(1) Cleon. Le llama *Paflagonio,* no por que fuese de Paflagonia, region del Asia menor, sino para indicar su pronunciacion defectuosa y sus desentonados gritos. Pues dicho apodo se deriva del verbo παφλάζω, designativo del rumor que produce el agua al hervir, y que en otra acepcion significa tambien *tartajear* ó *tartamudear*.

(2) Es decir, se mezcló en la administracion de la República.

DEMÓSTENES.

Ven acá: mezclemos nuestros gemidos, imitando los cantos plañideros de Olimpo (1).

DEMÓSTENES Y NÍCIAS.

Mumu, mumu, mumu, mumu, mumu, mumu.

DEMÓSTENES.

¿A qué lamentos inútiles? ¿No convendria más buscar otro medio de mejorar nuestra suerte, y dejarnos de llantos?

NÍCIAS.

¿Cuál podrá ser ese medio? Dímelo.

DEMÓSTENES.

Dímelo tú; no quiero disputar contigo.

NÍCIAS.

No, ¡por Apolo! no he de ser yo el primero; habla sin temor; despues hablaré yo.

DEMÓSTENES.

«¡Ojalá me dijeses lo que debo decir!» (2)

NÍCIAS.

No me atrevo. ¿Cómo haré para decir eso discretamente, á la manera de Eurípides?

DEMÓSTENES.

¡Aparta, aparta, no me llenes de verdolagas! (3) Más vale que inventes un canto de libertad (4).

(1) Músico, discípulo de Márpsias, que compuso melodías, con acompañamiento de flauta, que expresaban perfectamente el dolor.
(2) Verso 345 del *Hipólito* de Eurípides.
(3) Alusion al oficio de la madre de Eurípides. El verbo διασκανδικίζω es invencion de Aristófanes.
(4) Lit.: *un canto de fuga de la casa de nuestro amo.*

NÍCIAS.

Di, pues, de una vez: *pasemos* (1).

DEMÓSTENES.

Sea; ya digo *pasemos.*

NÍCIAS.

Añade *á él* á *pasemos.*

DEMÓSTENES.

A él.

NÍCIAS.

Perfectamente. Ahora, como si te arrascases, di primero despacito: *Pasemos*, y repítelo despues, aprisa, añadiendo *á él.*

DEMÓSTENES.

Pasemos, *pasemos á él*, *pasemos á él.*

NÍCIAS.

¡Eh! ¿No es delicioso?

DEMÓSTENES.

Sin duda; pero temo que este oráculo sea funesto á nuestra piel.

NÍCIAS.

¿Por qué motivo?

DEMÓSTENES.

Porque arrascándose suele arañarse la piel (2).

(1) La palabra griega μόλωμεν se decia con particularidad de los esclavos y desertores. Quiza Aristófanes supone en Nícias y Demóstenes intencion de pasarse al enemigo.
(2) Sobre la interpretacion de este pasaje, dice discretamente el Sr. *Camus:*
«Brunck en su traduccion latina *(Argentorati, apud Socios Bibliop.* Bauer *et* Treuttel, 1781) y todos los que le siguen, como Artaud, Poyard y otros en lenguas vulgares, creen hallar aquí una obscenidad repugnante; pero hartas suciedades tiene el original para que los eruditos se tomen el

NÍCIAS.

En el actual estado de las cosas, creo que lo mejor será acercarnos suplicantes á la estatua de cualquier dios.

DEMÓSTENES.

¿A qué estatua? ¿Acaso crees que hay dioses?

NÍCIAS.

Yo sí.

DEMÓSTENES.

¿En qué te fundas?

NÍCIAS.

En que soy aborrecido por ellos. ¿No tengo razon?

DEMÓSTENES.

Me has convencido.

NÍCIAS.

Pero hablemos de otra cosa.

DEMÓSTENES.

¿Quieres que manifieste todo el asunto á los espectadores?

NÍCIAS.

No será malo: pero ántes roguémosles que con la expresion de su fisonomía muestren si les son gratos nuestros argumentos y palabras (1).

---

trabajo excusado de acrecentar su número, á todas luces lamentable; lo que no es necesario á fé para demostrar la travesura sin freno del ingenio del poeta. El verbo δέφω en su acepcion recta significa *rascar*, y tambien *amasar*, como se prueba en la *Odyss.*, lib. XII, v. 48: Κηρὸν δεφήσας μελιηδέα, *cera malassata dulci (Estudios de literatura griega. Comedia,* publicados en la *Revista de la Universidad de Madrid*. Segunda época. Tom. II, pág, 648).»

(1) Probablemente el público manifestaria su aprobacion por medio de aplausos.

DEMÓSTENES.

Principio ya. Tenemos un amo, selvático, voraz por las habas (1), irascible, tardon y algo sordo; se llama Pueblo Pniciense. El mes último compró un esclavo, zurrador paflagonio, lo más intrigante y calumniador que puede imaginarse. El tal Paflagonio, conociendo el carácter del viejo, empezó, como perro zalamero, á hacerle la rosca, á adularle, á acariciarle y á sujetarle con sus correillas (2), diciéndole: «¡Dueño mio! véte al baño, que ya es bastante trabajo el sentenciar un pleito; toma un bocadillo, echa un trago, come, cobra los tres óbolos (3). ¿Quieres que te sirva la comida?» Y arrebatando despues lo que cada uno de nosotros habia dispuesto para sí, se lo ofrecia generosamente al viejo. Últimamente le habia yo preparado en Pílos (4) un pastel lacedemonio; pues bien, no sé de

---

(1) Las habas se empleaban para votar en las asambleas; además, los jueces, para no dormirse en el tribunal, solian entretenerse en mascullarlas. De modo que el epíteto de Aristófanes es intencionadísimo, pues satiriza á un tiempo las dos manías capitales de los Atenienses: la aficion á la política y á los pleitos. Por esto mismo la abstencion de comer habas, que prescribia Pitágoras á sus discípulos, significaba su retraimiento de los negocios.

(2) Cleon era hijo de un curtidor y habia ejercido el oficio de su padre.

(3) Salario de los jueces. Perícles fué quien introdujo la costumbre de pagar un óbolo á los ciudadanos que concurrian á la asamblea ó formaban parte de los tribunales. Cleon, para hacerse popular, elevó su sueldo á tres.

(4) Alusion á la victoria de Pílos, que se atribuyó á Cleon, aunque Demóstenes lo hizo todo. (Véase la *Noticia preliminar* y TUCÍDIDES, lib. IV, páginas 28 y siguientes).

qué manera se las arregló ese bribon; pero el caso es que me lo escamoteó y se lo ofreció al amo como cosa suya. Nos aparta cuidadosamente del anciano Pueblo y no nos permite servirle. Armado de su mosquero de correas (1), se coloca junto á su señor cuando cena, y espanta á los oradores y pronuncia oráculos, y le ha llenado al viejo la cabeza de profecías. Cuando le ve ya chocho, pone manos á la obra. Acusa y calumnia á todos los de la casa y nos muelen á golpes. El mismo Paflagonio corre alrededor de los criados, les pide, les acosa, les arranca regalos, diciéndoles: «¿Veis cómo por mí causa le sacuden á Hílas? ¡Si no haceis lo que quiero, morireis hoy mismo!» Y nosotros le damos cuanto pide, pues sino, pateados por el viejo, aflojaríanos ocho veces más (2). Tratemos, pues, cuanto ántes, amigo mio, del camino que debemos seguir y á dónde debemos ir á parar.

NÍCIAS.

Lo mejor será lo que ántes hemos dicho; huir.

DEMÓSTENES.

Pero si nada puede hacerse sin que lo vea ese maldito Paflagonio: él mismo lo inspecciona todo. Tiene un pié en Pílos y el otro en la asamblea. Esta inmensa separacion de sus piernas hace que sus nalgas caigan sobre Caonia, miéntras sus dos ma-

(1) Cambiando μυρσίνην en βυρσίνην, el poeta sustituye la rama de mirto que los esclavos usaban para espantar las moscas por unas disciplinas de cuero, alusivas al oficio de Cleon.

(2) *Octuplum cacamus.*

nos están pidiendo en Etolia y su imaginacion robando en Clopidia (1).

NÍCIAS.

Lo mejor será morir. Mas procura que muramos como valientes.

DEMÓSTENES.

¿Cómo nos arreglaremos para morir como valientes?

NÍCIAS.

Lo mejor será beber sangre de toro. ¿Hay muerte más apetecible que la de Temístocles? (2).

DEMÓSTENES.

Sangre no, por mi vida; mejor será vino del Buen Genio. Quizá se nos ocurra alguna idea excelente.

NÍCIAS.

¡Ah! ¡vino! Luego se trata de beber. ¿Pero qué idea buena puede ocurrírsele á un hombre ebrio?

DEMÓSTENES.

Pues ya lo creo; bebes tanta agua que sólo aciertas á decir necedades. ¿Te atreves á acusar al vino

(1) Lit. *Culus est Chaoniæ, manus utraque Ætoliæ, mens vero in tribu Clopidum.*

Alusion á las infamias y rapacidad de Cleon, *Chaonia quia podex ejus hiat; Ætolia*, de αἰτέω, *pedir; Clopidia* (κλέπτω, *robar)*, region imaginaria, sinónima de *país de los ladrones*. «Los espectadores esperaban oir en vez de este último nombre el de *Crópides*, demo de la tribu Leóntida.» (Esc. *Cab.*, 79.)

(2) Tucídides (lib. I, 138) no menciona esta particularidad de la muerte de Temístocles, y asegura que murió de enfermedad, aunque apunta el rumor de que se suicidó; pero Ciceron *(De claris Orat.*, II*)* y Plutarco *(Vida de Temístocles)* dicen lo mismo que Aristófanes.

de que turba la razon? ¿Acaso hay nada de más eficaces resultados? Escucha: los hombres cuando beben son ricos, afortunados en sus negocios, ganan los pleitos y son felices y útiles á sus amigos. Ea, tráeme pronto una copa de vino para que riegue mi espíritu y diga alguna gracia.

NÍCIAS.

¡Ay de mí! ¿Qué vamos á sacar de que tú bebas?

DEMÓSTENES.

Mil ventajas; pero trae la copa: voy á recostarme aquí. Si llega á alegrarme el vino, ya verás cómo inundo estos contornos de conceptitos, sentencitas y argumentillos.

(Entra un momento en la casa y vuelve con el vino.)

NÍCIAS.

¡Qué suerte! nadie me ha sorprendido.

DEMÓSTENES.

¡Dí! ¿Qué hace el Paflagonio?

NÍCIAS.

Harto de vino y panes denunciados, el muy bribon ronca tendido sobre sus cueros.

DEMÓSTENES.

Entónces escánciame vino con mano pródiga, como si fuera para una libacion.

NÍCIAS.

Toma y haz una libacion en honor del Buen Genio (1); bebe, bebe el vino del genio de Pramnio (2).

(1) Se cree que era la copa que se bebia al fin de la comida. Otros suponen que era la primera.
(2) Comarca del Asia menor, junto á Esmirna, célebre por sus vinos.

DEMÓSTENES.

¡Oh Buen Genio! esta idea no es mia, sino tuya.

NÍCIAS.

¡Cómo! ¡habla pronto! ¿qué se te ha ocurrido?

DEMÓSTENES.

Entra en la casa miéntras duerme, y escamotéale sus oráculos al Paflagonio.

NÍCIAS.

Lo haré. Mas temo que esa idea te la haya inspirado un mal Genio.

DEMÓSTENES.

Anda. En tanto llenaré yo mismo la copa. Tal vez este riego haga germinar en mi cerebro alguna buena idea.

(Entra en la casa Nícias y vuelve en seguida.)

NÍCIAS.

¡Con qué furia ronca y se desahoga el Paflagonio! Así es que le he sustraido sin dificultad aquel sagrado oráculo que guardaba cuidadosamente.

DEMÓSTENES.

¡Tu destreza no tiene rival! dámelo para que lo lea. En tanto échame vino á toda prisa.—Veamos lo que dice. ¡Oh, qué precioso hallazgo! Dáme, dáme pronto la copa.

NÍCIAS.

Toma. ¿Qué dice el oráculo?

DEMÓSTENES.

Lléname otra.

NÍCIAS.

¡Cómo! ¿El oráculo dice: «lléname otra?»

DEMÓSTENES.

¡Oh Bácis! (1).

NÍCIAS.

¿Pero qué es ello?

DEMÓSTENES.

Dáme pronto la copa.

NÍCIAS.

Sin duda Bácis menudeaba los tragos.

DEMÓSTENES.

¡Maldito Paflagonio! ¡Por eso guardabas hace tanto tiempo este oráculo que se refiere á tí!

NÍCIAS.

¿Cómo?

DEMÓSTENES.

Aquí se dice cómo ha de perecer.

NÍCIAS.

Pero ¿cómo?

DEMÓSTENES.

¿Cómo? El oráculo dice terminantemente que primero habrá un vendedor (2) de estopas que gobernará la república.

NÍCIAS.

Ya hemos tenido el vendedor. ¿Y despues?

(1) Antiguo y famoso adivino griego, natural de Beocia. El Escoliasta menciona dos más del mismo nombre, uno Ateniense y otro Arcade.
(2) *Eucrátes* (álias *Estopa*), demagogo influyente en Aténas ántes de Cleon. Vióse obligado á esconderse bajo un monton de salvado para librarse de sus enemigos. Parece que además de comerciante en estopas lo era tambien en trigo y harinas.

DEMÓSTENES.

Será el segundo un tratante en ganado (1).

NÍCIAS.

Ya van dos comerciantes. Y á ése ¿qué le sucederá?

DEMÓSTENES.

Mandará hasta que aparezca otro hombre más perverso que él. Caerá entónces, reemplazándole un Paflagonio, comerciante en pieles, ladron, alborotador y de voz ensordecedora como la del torrente Ciclóboro (2).

NÍCIAS.

¿El tratante en ganado debia, pues, ser derribado por el comerciante en pieles?

DEMÓSTENES.

Sí, por cierto.

NÍCIAS.

¡Infeliz de mí! ¿Dónde podremos encontrar otro comerciante?

DEMÓSTENES.

Aun hay otro de astucia extraordinaria.

NÍCIAS.

¿Quién? Por favor, ¿quién es?

DEMÓSTENES.

¿Lo diré?

NÍCIAS.

Sí, por Júpiter.

(1) *Lisicles*, demagogo como el anterior.
(2) Torrente del Atica.

DEMÓSTENES.

Un choricero será quien le derribe.

NÍCIAS.

¡Un choricero! (1) ¡Nobilísimo oficio, por Neptuno! ¿Pero dónde hallaremos á ese hombre?

DEMÓSTENES.

Busquémosle.

NÍCIAS.

Ahora entra uno en el mercado; los dioses nos le envian.

(Entra el CHORICERO *con una tabla llena de embutidos.)*

DEMÓSTENES.

¡Ven, ven, choricero dichoso! ¡adelante, hombre querido, á quien está reservada nuestra salvacion y la de la republica!

EL CHORICERO.

¿Qué es esto? ¿Por qué me llamais?

DEMÓSTENES.

Ven acá, y escucha tu feliz y afortunado destino.

NÍCIAS.

Ea, cógele el tablero y entérale del oráculo del dios y de su contenido. Yo voy á ver lo que hace el Paflagonio.

DEMÓSTENES.

Vamos, deja primero en el suelo tus mercancías, y adora despues á la tierra y á los dioses.

(1) El choricero se cree que es Hipérbolo.

EL CHORICERO.

Héme aquí. ¿Qué es ello?

DEMÓSTENES.

¡Mortal bienaventurado! ¡mortal opulento, que hoy no eres nada, y mañana lo serás todo! ¡Oh jefe de la afortunada Aténas!

EL CHORICERO.

¿Por qué, buen hombre, te burlas de mí y no me dejas lavar estas tripas ni vender estos chorizos?

DEMÓSTENES.

¿Qué tripas? ¡Insensato! mira allí. ¿Ves esas filas de ciudadanos? (1).

EL CHORICERO.

Las veo.

DEMÓSTENES.

Pues bien, tú serás su jefe, y el jefe del mercado, y de los puertos y de la Asamblea; pisotearás al Senado; destituirás á los generales, les cargarás de cadenas, los reducirás á prision y establecerás tu mancebía en el Pritáneo.

EL CHORICERO.

¿Yo?

DEMÓSTENES.

Sí, tú; y áun no lo ves todo. Súbete sobre ese tablero y mira todas las islas del rededor (2).

EL CHORICERO.

Las veo.

DEMÓSTENES.

Bueno; ¿y los mercados y las naves de carga?

(1) Señala á los espectadores.
(2) Ἐν κύκλῳ, *en círculo.* Se refiere á las Cícladas.

EL CHORICERO.

Tambien.

DEMÓSTENES.

¿Puede haber fortuna mayor? Dirige ahora el ojo derecho á Caria y el otro á Calcedonia (1).

EL CHORICERO.

¿De modo que mi gran fortuna va á ser quedarme bizco?

DEMÓSTENES.

No; tú *venderás* (2) todo eso. Porque llegarás á ser, como el oráculo lo dice, un gran personaje.

EL CHORICERO.

¿Pero cómo yo, que soy un choricero, llegaré á ser un personaje?

DEMÓSTENES.

Por eso mismo llegarás á ser un grande hombre; porque eres un canalla audaz, salido de la hez del pueblo.

EL CHORICERO.

Me creo indigno de ser grande.

DEMÓSTENES.

¡Pobre de mí! ¿De qué te crees indigno? parece que áun abrigas algun buen sentimiento. ¿Acaso perteneces á una clase honrada?

EL CHORICERO.

No, por los dioses; pertenezco á la canalla.

(1) La *Caria* estaba al Sur del Asia Menor, y la *Calcedonia* al Norte; de ahí los temores de estrabismo que asaltan á Agorácrito.

(2) *Venderás*, por *gobernarás*; alusion á la mala administracion de Aténas.

DEMÓSTENES.

¡Oh mortal afortunado! ¡de qué felices dotes de gobierno te ha colmado la naturaleza!

EL CHORICERO.

Pero, buen amigo, si no he recibido la menor instruccion; si sólo sé leer, y eso mal.

DEMÓSTENES.

Precisamente lo único que te perjudica es saber leer, aunque sea mal. Porque el gobierno popular no pertenece á los hombres instruidos y de intachable conducta, sino á los ignorantes y perdidos. No desprecies lo que los dioses te prometen en sus predicciones.

EL CHORICERO.

Veamos; ¿qué dice ese oráculo?

DEMÓSTENES.

Se expresa muy bien, por los dioses, y con una alegoría elegante y no muy oscura. «Pero cuando el águila pelambrera, de ganchudas uñas, por la cabeza sujete al estúpido dragon bebedor de sangre, entónces la salmuera con ajos de los Paflagonios perecerá, y el Númen á los tripicalleros concederá insigne gloria; á no ser que prefieran continuar vendiendo embutidos» (1).

EL CHORICERO.

¿Qué tiene eso que ver conmigo? Explícamelo.

DEMÓSTENES.

El águila pelambrera es nuestro Paflagonio.

(1) Parodia del estilo ampuloso é intrincado de los oráculos.

EL CHORICERO.

¿Qué significa eso «de ganchudas uñas?»

DEMÓSTENES.

Eso quiere decir que con sus manos todo lo arrebata y se lo lleva.

EL CHORICERO.

¿Y lo del dragon?

DEMÓSTENES.

Eso está clarísimo. El dragon es largo y el chorizo tambien. Y el chorizo y el dragon se llenan de sangre. Así es que el dragon, dice el oráculo, podrá vencer al águila pelambrera si no se deja engañar por palabras.

EL CHORICERO.

Me lisonjean, por vida mia, sus vaticinios; mas no acierto á comprender cómo puedo ser apto para los negocios políticos.

DEMÓSTENES.

Muy fácilmente. Haz lo mismo que ahora: embrolla y revuelve los negocios como acostumbras á hacer con los intestinos, y conquista el cariño del pueblo engolosinándole con proposiciones culinarias. Tus cualidades son las únicas para ser un demagogo á pedir de boca: voz terrible; natural perverso; impudencia de plazuela; en fin, cuanto se necesita para gobernar la república. Los oráculos y el mismo Apolo Pitio te designan para ello. Ea, ponte una corona, hàz una libacion á la *Necedad* (1) y ataca á tu rival denodadamente.

(1) Como pudiera decir á Júpiter ó á las Musas.

EL CHORICERO.

¿Y quién me ayudará? Los ricos le temen; la pobre plebe tiembla en su presencia.

DEMÓSTENES.

Pero hay mil honrados caballeros (1) que le detestan y que te defenderán; en tu auxilio vendrán todos los ciudadanos buenos y probos, todos los espectadores sensatos y yo con ellos, y hasta los mismos dioses. No temas; ni siquiera verás su rostro, pues ningun artista se ha atrevido á esculpir su máscara. Sin embargo, ya se le conocerá; los espectadores no son lerdos.

(Sale Cleon.)

EL CHORICERO.

¡Desdichado de mí! Ya sale el Paflagonio.

CLEON.

No quedará impune, lo juro por los doce grandes dioses, la conspiracion que estais tramando contra el pueblo hace tanto tiempo. ¿Qué hace aquí esta copa de Cálcis? (2) No cabe duda de que tratabais de sublevar á los Calcidenses. Pereceréis, moriréis sin remedio, pareja de malvados.

(1) Segunda clase del Estado. (V. *Noticia preliminar.*)
(2) Ciudad de Tracia, sometida entónces á Aténas y que trataba de sacudir el yugo de la metrópoli. Cleon al ver una copa de Cálcis en manos de Demóstenes sospecha que es un regalo enviado para sobornarlo. Otros creen que se trata de Cálcis de Eubea, emancipada del protectorado de Aténas pocos años despues (Tuc. VIII, 5), y muy conocida por sus obras de Cerámica.

DEMÓSTENES.

¡Eh, tú! ¿Por qué huyes? Quédate, ilustre choricero. No abandones la empresa. Acudid, Caballeros: llegó la hora. Simon, Panecio, colocaos en el ala derecha. Ya se acercan. Persiste tú tambien y dále cara de nuevo. El polvo que levantan te anuncia que ya llegan; resístele, acométele, hazle que huya.

CORO DE CABALLEROS.

Hiere, hiere á ese canalla enemigo de los Caballeros, recaudador sin conciencia, abismo de perversidad, mina de latrocinios, y canalla y cien veces canalla; y siempre canalla, nunca me cansaré de decírselo, pues lo es más cada dia. Pero sacúdele, síguele, zarandéale, expulsa á ese bribon; maldícele como nosotros y persíguele gritando. Cuidado no se te escabulla; mira que sabe los caminos por donde Eucrátes se escapó al salvado (1).

CLEON.

Ancianos Heliastas (2), cofrades del trióbolo, á quienes yo alimento con mis justas é injustas denuncias, socorredme: estos hombres se han conjurado para sacudirme.

(1) Véase la nota sobre Eucrátes.

(2) Llamábanse así los jueces del Ἡλιαστικὸν, tribunal de Aténas, situado al Mediodía y al aire libre. Cleon cuenta con la ayuda de los Heliastas, que eran 500, por el sueldo de tres óbolos que por iniciativa suya se les habia asignado.

CORO.

Y nos sobra razon, porque tú te apoderas de los bienes de todos y los consumes ántes de que sean distribuidos; y despues tanteas y oprimes á los que han de dar las cuentas, como se tantea un higo para ver si está verde ó maduro; y cuando ves alguno de carácter débil y pacífico, le haces venir del Quersoneso (1), le agarras por la cintura, le echas los brazos al cuello, le armas la zancadilla, y despues de arrojarlo al suelo te lo tragas de un sólo bocado (2). Tú siempre estás acechando á los ciudadanos sencillos y mansos como ovejas, honrados y enemigos de pleitos.

CLEON.

¿Todos os sublevais contra mí? Y sin embargo, ciudadanos, por vuestra causa soy apaleado, pues iba á proponer en el Senado que se construyese en la ciudad un monumento conmemorativo de vuestro valor.

CORO.

¡Qué hablador y qué astuto! Mira como se arrastra á nuestro alderedor y trata de engañarnos como si fuerámos unos viejos chochos. Mas si vence por estos medios, con ellos será castigado; si se inclina hácia aquí, le plantaré un puntapié.

(1) El Quersoneso de Tracia, tributario entónces de Aténas y muy maltratado por Cleon.

(2) Aristófanes despues de una serie de metáforas tomadas de los combates cuerpo á cuerpo, vuelve á su primera comparacion de los higos. La idea es que Cleon arruina con sus calumniosas delaciones á los débiles ó tímidos.

CLEON *(apaleado)*.

¡Oh pueblo! ¡Oh ciudadanos! ¡Qué fieras me patean el vientre!

CORO.

¿Tambien tú gritas, destructor de la república?

EL CHORICERO.

Yo me comprometo á ahuyentarle al punto con mis gritos.

CORO.

Si tus gritos son mayores, te proclamaremos vencedor; si le sobrepujas en desvergüenza, nuestra será la victoria.

CLEON.

Yo delato á ese hombre, y sostengo que ha llevado la salsa de sus mercancías á las naves peloponesias (1).

EL CHORICERO.

Y yo, voto á brios, acuso á este de haber ido al Pritáneo con el estómago vacío, y haber vuelto de él con el vientre lleno (2).

DEMÓSTENES.

Y además, saca de allí cosas prohibidas, carne, pan y pescado, lo cual nunca consiguió ni el mismo Perícles.

CLEON.

Los dos vais á morir.

EL CHORICERO.

Gritaré tres veces más que tú.

(1) Con quienes Aténas estaba en guerra entónces.
(2) Alusion al súbito enriquecimiento de Cleon.

CLEON.

Te aturdiré con mis voces.

EL CHORICERO.

Te ensordeceré con mis gritos.

CLEON.

Te acusaré cuando seas general.

EL CHORICERO.

Te deslomaré como á un perro.

CLEON.

Ya te cortaré los vuelos.

EL CHORICERO.

Ya te atajaré el camino.

CLEON.

Mírame de frente.

EL CHORICERO.

Tambien yo me he criado en la plaza.

CLEON.

Si resuellas, te hago trizas.

EL CHORICERO.

Si hablas, te cubro de estiércol.

CLEON.

Yo confieso que soy un ladron: tú lo niegas.

EL CHORICERO.

Por Mercurio, dios del mercado, lo negaré con juramento aunque me cojan infraganti.

CLEON.

Quieres adornarte con méritos ajenos. Te acusaré ante los Pritáneos (1) de que tienes vientres

(1) Los Pritáneos eran cincuenta individuos del Senado ó Consejo de los quinientos, encargados de la vigilancia y presidencia de las asambleas durante treinta y cinco dias.

de víctimas que no han pagado su diezmo á los dioses.

CORO.

¡Infame, bribon, bocaza; tu audacia llena toda la tierra, toda la asamblea, las oficinas de recaudacion, los procesos, los tribunales! ¡Removedor de fango, tú has enturbiado la limpieza de la república, y ensordecido á Aténas con tus estentóreos clamores: tú desde lo alto del poder acechas las rentas públicas, como desde un peñasco acecha el pescador los atunes!

CLEON.

Ya sé yo donde se ha adobado (1) esta conspiracion.

EL CHORICERO.

Si tú no supieses adobar pieles, yo no sabria hacer embutidos; tú que vendias á los labradores la piel de un buey enfermo, curtida de suerte que parecia más gruesa, y apénas la habian llevado un dia se estiraba dos palmos.

DEMÓSTENES.

¡A mí me jugó la misma mala pasada! ¡Cuánto se burlaron mis compañeros y vecinos! Antes de llegar á Pergaso (2) ya nadaba en mis zapatos.

CORO.

¿No has hecho desde el principio ostentacion de desvergüenza, arma única de los oradores? Tú, que eres el jefe de esa impudente gavilla, sonsacas á

(1) Término tomado de su oficio de pelambrero.
(2) Demo de Aténas.

los extranjeros opulentos; por eso el hijo de Hipodamo (1) llora cuando te mira; pero ha aparecido, ¡cuánto me alegro! otro hombre más bribon que tú, que te arrojará del puesto, y, á lo que parece, te vencerá en audacia, intrigas y maquinaciones. *(Al Choricero.)* Tú, que te has criado aquí (2), de donde salen los hombres que valen algo, demuéstranos cuán inútil es una educacion honrada.

EL CHORICERO.

Escuchad, pues, quién es este ciudadano.

CLEON.

¿No me dejarás hablar?

EL CHORICERO.

No por cierto; tambien yo soy un canalla.

CORO.

Si eso no le convence, dile que tambien fueron canallas tu padre y tu madre.

CLEON.

¿No me dejarás hablar?

EL CHORICERO.

No.

CLEON.

Sí.

(1) Hipodamo de Mileto fué un arquitecto célebre; contribuyó mucho al embellecimiento de Aténas, dividiéndola en calles, plazas y barrios. Cedió al Estado una casa de su propiedad en el Pireo. Su hijo Arqueptolemo, afiliado á la aristocracia y enemigo de Cleon, y partidario de la paz, despues de la caida de los *cuatrocientos* y del restablecimiento de la democracia, fué acusado de traicion y condenado á muerte.
(2) Es decir, en el mercado, escuela de desvergüenza y malas artes.

EL CHORICERO.

No, por Neptuno. Discutamos ántes para ver á quién le corresponde hablar el primero.

CLEON.

¡Oh, voy á estallar!

EL CHORICERO.

No te dejaré.

CORO.

Déjale, por los dioses te lo pido; déjale que estalle.

CLEON.

¿En qué confias para creerte digno de contradecirme?

EL CHORICERO.

En que sé hablar y hacer chorizos.

CLEON.

¡Hablar! Será bueno, si se te presenta algun asunto, ver cómo lo haces picadillo y lo embutes sin dificultad. ¿A que sé lo que te ha pasado? Lo mismo que á otros muchos. Sin duda has ganado un pleito contra algun infeliz extranjero domiciliado (1) á fuerza de soñar con tu defensa toda la noche, de hablar á solas en las calles, de beber agua, y ensayarte cien veces con gran molestia de tus amigos; y sin más te crees ya un elocuente orador. ¡Qué estupidez!

(1) Los *metecos* ó extranjeros domiciliados no gozaban de los derechos políticos; estaban sujetos á tributos especiales y á multitud de vejaciones: su condicion era, pues, muy inferior á la de los ciudadanos.

EL CHORICERO.

¿Y tú qué licor has bebido para hacer callar con tu charlatanería á toda la ciudad?

CLEON.

¿Y habrá quien se atreva á oponérseme? A mí, que despues de comer una caliente tajada de atun, y de beber una copa de buen vino, soy capaz de hacer un corte de mangas á todos los generales de Pilos.

EL CHORICERO.

Yo, que despues de tragarme todos los tripacallos de un buey y el vientre de un cerdo, y de beberme encima la salsa, soy capaz de estrangular á todos los oradores y de volver turulato al mismo Nícias.

CORO.

Me parece bien cuanto has dicho; sólo me desagrada el que pienses beberte toda la salsa.

CLEON.

¿A que no te atreves con los Milesios (1), sólo por comer percas de mar?

EL CHORICERO.

¿A que si me cómo un lomo de buey recobro las minas? (2).

(1) Las costas de Mileto abundaban en rica pesca, especialmente en el pez llamado λάϐραξ, especie de perca, gobío ó locha á que los romanos dieron el nombre de *lupus*.

(2) Se refiere á las minas de oro y plata de Laurium, montaña próxima á Aténas: el impuesto sobre sus rendimientos proporcionaba al Estado una pingüe renta. Pertenecian á particulares ricos.

CLEON.

¿A que si me arrojo sobre el Senado lo trastorno todo?

EL CHORICERO.

¿A que hago una morcilla con tu intestino recto?

CLEON.

¿A que te aplico un puntapié, y sales de cabeza?

EL CORO.

¡Eh! por Neptuno, para que ese salga tienes que echarme á mí ántes.

CLEON.

¡En qué cepo de madera (1) te voy á meter!

EL CHORICERO.

Te acusaré de cobardía.

CLEON.

Cubriré sillas con tu piel.

EL CHORICERO.

Te desollaré para hacer un zurron de bandidos.

CLEON.

Te clavaré en el suelo.

EL CHORICERO.

Te haré picadillo.

CLEON.

Te arrancaré los párpados.

EL CHORICERO.

Te reventaré el buche.

DEMÓSTENES.

¡Por Júpiter! Metámosle un palo en la cabeza

(1) A los criminales se les sujetaba con cepos de madera.

como hacen los cocineros, arranquémosle la lengua, y mirando á placer por el agujero del ano, veamos si tiene lamparones (1).

CORO.

Hay, pues, otras cosas más ardientes que el fuego, y en la ciudad palabras más desvergonzadas que la desvergüenza misma. No hay que despreciar este asunto. Empújale, derríbale, nada hagas á medias: en cuanto consigas que flaquee en el primer encuentro, verás que es un cobarde. Nosotros le conocemos bien.

EL CHORICERO.

Siempre lo ha sido, y sin embargo, ha pasado por valiente, sin más que por haberse dado maña á recoger la cosecha ajena. Ahora deja que se sequen en las prisiones aquellas espigas y pretende venderlas (2).

CLEON.

No os temo miéntras exista el Senado, y el Pueblo continúe siendo estúpido.

CORO.

¡Qué desvergonzado es en todo! ¡Ni siquiera se le muda el color! Si no te aborrezco, permita Júpiter que sirva á Cratino de colchon (3) y que tenga

(1) Operaciones que se practicaban con los cerdos para certificarse de su buen estado.

(2) Alusion á la victoria de Pilos, conseguida en realidad por Demóstenes, y cuya gloria se apropió Cleon; y despues á los prisioneros de Esfacteria, por los cuales se exigia á los Lacedemonios un crecido rescate, y que al fin murieron de miseria en las prisiones de Aténas.

(3) Célebre poeta cómico. Su aficion al vino, que Aris-

que aprender á cantar toda una tragedia de Morsimo (1).

¡Y tú, que como la abeja que vaga de flor en flor andas pidiendo regalos á todos en todas partes, ojalá los devuelvas con la misma facilidad que los adquieres! Entónces podremos cantar: «Brinda, brinda á la buena fortuna» (2). Entónces hasta el hijo de Julio (3), ese viejo acaparador de trigo, cantará alegremente al dios Pean y á Baco.

CLEON.

¡Os juro por Neptuno que no me excedereis en desvergüenza! de otra suerte, permita el cielo que no asista á los sacrificios de Júpiter, protector del mercado (4).

EL CHORICERO.

Y yo juro por los infinitos puñetazos que por mil tunantadas diversas me han sacudido desde la niñez, y por mis cien cuchilladas, que espero vencerte en esta contienda, ó si no, me será inútil esta corpulencia adquirida á fuerza de comer mi-

tófanes le echa en cara varias veces, le hizo contraer una incontinencia de orina.

(1) Trágico detestable. Su padre Filócles y su hijo Astidámas eran tambien muy malos poetas. Aristófanes le cita á menudo. (V. *Paz*, 803; *Ranas*, 151.)

(2) Así empezaba una cancion de Simónides.

(3) Sobre el epíteto πυροπίνην, *acaparador de trigo*, dado al hijo de Julio, véase FEUILLEMORTE, *Comédies d'Aristophane*, tomo I, pág. 290, nota. Paris, 1864.

(4) Lit. *Júpiter forense* ἀγοραῖος, sin duda por la estatua que tenía en la Agora ó mercado.

gajones destinados á limpiarse la grasa de los dedos (1).

CLEON.

¡Migajones, como un perro! ¿y tú, miserable, que te has alimentado como un perro, quieres reñir con un cinocéfalo? (2).

EL CHORICERO.

¡Eh, por Júpiter! tambien yo cometia mis fraudes cuando chico. Engañaba á los cocineros diciéndoles: «Mirad, muchachos, ¿no veis? ya viene la primavera, la golondrina (3).» Ellos miraban, y miéntras tanto yo les atrapaba muy buenas tajadas.

CORO.

¡Astucia admirable! ¡Inteligencia precoz! Como los aficionados á comer ortigas (4), hacias tu cosecha ántes de volver las golondrinas.

EL CHORICERO.

La mayor parte de las veces no me veian; pero si alguno lo notaba, escondia la carne entre los muslos, y juraba por todos los dioses que nada te-

(1) En vez de servilletas se usaban rebanadas de pan para limpiarse los dedos.

(2) Especie de mono. *Cinocéfalo* quiere decir *Cabeza de perro*, esto es, desvergonzado, ó conservando la etimología, *cínico*.

(3) La aparicion de las golondrinas era en Grecia señal de la vuelta de la primavera. Se celebraba mucho su venida. Ateneo nos ha conservado una cancion de los niños de Rodas, titulada *Quelidonismo*, cuya traduccion incluí en mi artículo sobre los *cantos populares griegos*, publicados en *El Ateneo de Vitoria*.

(4) Se cogian al aproximarse el buen tiempo.

nía. Por lo cual dijo un orador que me vió: «Es imposible que ese muchacho no llegue á gobernar la república.»

CORO.

Acertó en su pronóstico. Claro está en qué se fundaba: en que negabas descaradamente el hurto, miéntras lo escondias entre las nalgas.

CLEON.

Yo reprimiré tu audacia, ó más bien, la de los dos. Me arrojaré sobre tí con ímpetu horrendo, y, á modo de violento torbellino, revolveré los mares y la tierra.

EL CHORICERO.

Pero yo formaré con mis chorizos una balsa, y encomendándome sobre ella á las olas propicias, te daré que sentir.

DEMÓSTENES.

Y yo vigilaré en la sentina, por si acaso se raja.

CLEON.

No, por Céres lo juro; no has de disfrutar impunemente de los talentos que has robado á Aténas.

CORO.

Cuidado, amaina un poco las velas; empieza á soplar un viento de calumnias y delaciones.

EL CHORICERO.

Me consta que has sacado diez talentos de Potidea (1).

(1) Ciudad tributaria de Aténas: al principio de la guerra del Peloponeso se declaró independiente, y fué reducida á la obediencia despues de un largo asedio (V. Tuc., I, 59, 64; II, 58, 70).

CLEON.

¿Quién? ¡Yo! ¿Quieres uno por callar?

CORO.

Con gusto lo tomaria. Pero tú ya desamarras.

EL CHORICERO.

El viento cede.

CLEON.

Voy á hacer que te formen cuatro causas de cien talentos cada una (1).

EL CHORICERO.

Y yo á tí veinte por desercion, y más de mil por robo.

CLEON.

Yo digo que desciendes de los profanadores de la Diosa (2).

EL CHORICERO.

Y yo, que tu abuelo fué uno de los satélites...

CLEON.

¿De quién? Dí.

EL CHORICERO.

De Birsina, esposa de Hípias (3).

CLEON.

Eres un impostor.

(1) El acusador debia fijar la multa á que habia de ser condenado el reo, caso de probarse el delito.

(2) Alusion á un antiguo sacrilegio cometido en el templo de Minerva.

(3) La mujer de Hípias, tirano de Aténas é hijo de Pisístrato, se llamaba *Mirrina* ó *Mirsina;* pero Aristófanes la da el nombre de *Birsina*, aludiendo al primer oficio de Cleon: *Birsa*, significa *cuero.*

EL CHORICERO.

Y tú un bandido.

CORO.

¡Dále duro!

CLEON.

¡Ay, ay! Los conspiradores me matan á palos.

CORO.

Dále, dále duro; azótale el vientre con manojos de intestinos; castígale sin piedad.

¡Oh admirable corpulencia! ¡Oh esforzado corazon, salvador de la república y de los ciudadanos! ¡Con qué hábil oratoria has sabido vencerle! ¡Ojalá pudiéramos alabarte como deseamos!

CLEON.

No se me ocultaba, por Céres, esta fábrica de intrigas: bien sabía yo que aquí se encolaban todas (1).

CORO.

¿Y tú no le dirás algun término de constructor de carretas?

EL CHORICERO.

Tampoco se me oculta lo que está fraguando en Argos. Finge que trata de conciliarnos su alianza, y celebra en tanto conferencias secretas con los Lacedemonios. Sé para qué se atiza este fuego; para forjar las cadenas de los cautivos.

CORO.

¡Bravo, bravo! forja tú miéntras él encola.

(1) Parodia de las metáforas bajas y vulgares que algunos oradores empleaban para hacer efecto en el populacho.

EL CHORICERO.

Allí tienes hombres que te ayudan en la obra (1); mas nunca, aunque me des todo el oro y plata del mundo y me envies á todos mis amigos para que me calle, nunca conseguirás que yo oculte la verdad á los Atenienses.

CLEON.

Iré al punto al Senado y delataré á todos vuestra conjuracion, vuestras reuniones nocturnas contra la república, vuestra connivencia con el rey persa, y ese negocio con los de Beocia que tratais de que cuaje.

EL CHORICERO.

¿Pues qué precio tiene el queso de Beocia? (2)

CLEON.

¡Por Hércules, te voy á desollar vivo!

CORO.

Ea, demuéstranos ahora ingenio y valor; tú, que, como acabas de confesarlo, escondias en otro tiempo la carne entre los muslos. Corre al Senado sin perder un instante, pues ese va á calumniarnos á todos, vociferando como acostumbra.

EL CHORICERO.

Voy allá; pero ántes permitidme que deje aquí estas tripas y cuchillos.

(1) Quizá estas palabras se dirigieran á cierta clase de espectadores.

(2) La pregunta del Choricero, está motivada por la metáfora de Cleon. DEMÓSTENES *(Discurso sobre la Embajada mal desempeñada)* empleó una frase análoga, τυρεύειν κατάσκευας.

CORO.

Lleva sólo esa enjundia para untarte el cuello y poder escurrirte si la calumnia te agarra (1).

EL CHORICERO.

Buen consejo; así se acostumbra en la palestra.

CORO.

Toma, y cómete tambien esos ajos (2).

EL CHORICERO.

¿Para qué?

CORO.

Para que al combatir harto de ajos, tengas más fuerza, amigo mio. Pero anda pronto.

EL CHORICERO.

Ya voy.

CORO.

Procura morderle y derribarlo; arráncale la cresta, y no vuelvas sin haberte comido su papada (3). Parte alegre y triunfa como es mi deseo. ¡Que el Júpiter del mercado te guarde, y vuelvas vencedor y cubierto de coronas!

(EL CHORICERO *sale;* EL CORO *queda solo por primera vez en la escena y se vuelve á los espectadores para principiar la parábasis.)*

Pero vosotros, que estais acostumbrados á todo

(1) A imitacion de los atletas, que se untaban el cuerpo de aceite para escurrirse con más facilidad entre las manos de su adversario.
(2) Véase la nota al verso 166 de *Los Acarnienses.*
(3) Alusion á las riñas de gallos.

género de poesías, escuchad nuestros anapestos (1).

Si alguno de vuestros antiguos poetas cómicos nos hubiese pedido que recitáramos sus versos en el teatro, le hubiera sido difícil conseguirlo; pero el autor de esta comedia es digno de que lo hagamos en su obsequio. Ya porque odia á los mismos que nosotros aborrecemos, ya porque desafiando intrépido al huracan y las tempestades, no le atemoriza el decir lo que es justo. Como muchos se le han acercado admirándose de que desde hace tiempo no haya solicitado un coro, y preguntádole la causa de ello, el poeta nos manda que os manifestemos el motivo. No ha sido sin razon, dice, el haber tardado tanto, sino por conocer que el arte de hacer comedias es el más difícil de todos, hasta el punto de que de los muchos que lo solicitan, pocos logran dominarlo. Sabe además desde hace tiempo cuán inconstante es vuestro carácter, y con qué facilidad abandonais, apénas envejecen, á los poetas antiguos. No ignora, en primer lugar, la suerte que cupo á Mágnes (2) cuando le empezaron á blanquear los cabellos. Aunque habia conseguido muchas victorias en los certámenes cómicos; aunque recorrió todos los tonos y presentó en escena citaristas, aves, Lidios y cínifes; aunque se pintó el

(1) Metro usado en la parábasis.
(2) Poeta cómico, al principio muy del gusto de los Atenienses, que premiaron sus piezas once veces. Aristófanes enumera algunas de sus comedias. ATENEO (XV, 690, c.) cita *Los Citaristas*, *Los Cínifes* y *Los Lidios*.

rostro del color de las ranas, no pudo sostenerse, sino que en la edad madura y no en la juventud le abandonasteis, porque con los años habia perdido aquella gracia que os hacia reir. Tambien se acuerda de Cratino, que en sus buenos tiempos, en el apogeo de su gloria, corria impetuosamente por los llanos, y desarraigando plátanos y encinas, los arrastraba con sus adversarios vencidos; entónces no se podia cantar en los banquetes otra cosa que: *Doro, la de las sandalias de higuera* (1), y *Autores de himnos elegantes* (2); ¡tan floreciente estaba! Pero ahora cuando le veis chochear no os compadeceis de él: desde que á su lira se le caen las clavijas, se le saltan las cuerdas y se le pierden las armonías, el pobre anciano vaga lo mismo que Connas (3), ceñida la frente de una seca corona y muerto de sed, él que por sus primeros triunfos merecia beber (4) en el Pritáneo, y en vez de delirar

(1) Principio de un canto de Cratino, que era una sátira contra la venalidad y la delacion.

(2) Principio de otro canto de Cratino.

(3) Músico que tenía el vicio de embriagarse; su pobreza era extremada, pues las coronas de olivo con que le premiaron en los juegos olímpicos eran toda su hacienda. Solia decir: «que estaba bien coronado, pero mal bebido.»

(4) Cratino era extremadamente aficionado á la bebida. Horacio hace mérito de este vicio (*Epist.* I, 19):

Prisco, si credis, Mæcenas docte, Cratino
Nulla placere diu, nec vivere carmina possunt,
Quæ scribuntur aquæ potoribus.....

Dícese que, sin duda mortificado por la alusion de Aristófanes, Cratino compuso á los noventa y siete años de edad, y al siguiente de la representacion de *Los Caballeros*, una comedia titulada *La botella de mimbres*, que ganó el primer premio: alarde de vigor intelectual, que no es único en el teatro ateniense, pues tambien *Sófocles* compuso su *Edipo en Colona* á los ochenta y tantos años.

en la escena, presenciar perfumado el espectáculo, sentado junto á la estatua de Baco (1). ¿Y Crátes (2), cuántos insultos y ultrajes vuestros no sufrió á pesar de que os alimentaba, á tan poca costa, masticando en su boca delicada los más ingeniosos pensamientos? Y, sin embargo, este fué el único que se sostuvo, ya cayéndose, ya levantándose.

Temeroso de esto nuestro autor, se ha contenido repitiéndose á menudo: «es preciso ser remero ántes de ser piloto, y guardar la proa y observar los vientos ántes de dirigir por sí mismo la nave.» En gracia de esta modestia, que le ha impedido deciros necedades, tributadle un aplauso que iguale al estruendo de las olas, honradle en estas fiestas Leneas (3) con jubilosas aclamaciones, para que, satisfecho de su triunfo, se retire con la frente radiante de alegría (4).

Neptuno ecuestre (5), que te complaces oyendo el relincho de tus corceles y el resonar de sus ferrados cascos; potente númen á quien agrada ver las

(1) Habia asientos de honor en el teatro.

(2) Poeta cómico. Principió por ser actor y representar las obras de Cratino. El Escoliasta asegura que compraba los votos de los espectadores.

(3) Véanse *Los Acarnienses*.

(4) Aristófanes parece aludir á su espaciosa calva.

(5) En su disputa con Minerva sobre quién habia de dar su nombre á la ciudad de Aténas, Neptuno produjo el caballo, de donde el epíteto que se lee en el texto.

triremes (1) mercenarias hender rápidas los mares con azulada proa, y á los jóvenes, enardecidos por esa pasion que les arruina, dirigir sus carros en el reñido certámen, asiste á este coro, deidad de áureo tridente, rey de los delfines, adorado en Sunio (2) y en Geresta (3), hijo de Saturno, protector de Formion (4), y ahora, para Aténas, el más propicio de los dioses.

Queremos elogiar á nuestros padres, héroes dignos de su patria y de los honores del peplo (5), que, vencedores siempre y en todas partes en combates terrestres y marítimos, cubrieron de gloria á la república; que nunca al encontrar los enemigos se ocuparon en contarlos, pues su corazon estaba

(1) Las *triremes* (τριήρης) eran naves de tres filas de remeros.

(2) Promontorio del Atica consagrado á Neptuno.

(3) Promontorio de Eubea, junto al cual habia un templo de Neptuno.

(4) General ateniense, jefe de la escuadra, y famoso por sus recientes victorias navales. Era de costumbres muy austeras. No habiendo podido pagar á causa de su honrada pobreza la cantidad de cien minas, por la que estaba en descubierto con el tesoro público, «fué condenado como insolvente y se retiró al campo.» Más tarde le rehabilitó el pueblo ateniense. (V. *La Paz,* 347; Tuc. II, 68, 85, 92.)

(5) El peplo (πέπλος) era una especie de manto cortado en redondo, de una tela muy fina, consagrado con especialidad á Minerva en concepto de patrona de Aténas; en él se hallaba representado el gigante Encélado, muerto por la diosa. Cada cinco años, en las *grandes Panateneas*, se le ofrecia un peplo en el cual figuraban las acciones y los nombres de los ciudadanos dignos de recordarse. (V. Winckelmann, *Hist. de l'Art chez les Anciens*; tom. I, pág. 517. Paris, 1802; Escoliasta, *Los Cab.*, 566.)

siempre dispuesto al ataque. Si alguno llegaba á caerse por casualidad en la batalla, limpiábase el polvo, y negando su caida, volvia á la carga con más ardor. Jamás los generales de entónces hubieran pedido á Cleéneto (1) que se les alimentase á costa del Estado; pero ahora, si no tienen esta prerogativa y la de asiento distinguido (2), se niegan á combatir. Nosotros deseamos pelear valientemente y sin sueldo por la patria y nuestros dioses: nada pedimos en pago, sino que cuando se haga la paz y cesen las fatigas de la guerra nos permitais llevar largo el cabello (3) y cuidar de nuestro cútis.

Veneranda Pálas, diosa tutelar de Aténas que reinas sobre la tierra más religiosa y fecunda en poetas y guerreros, ven y trae contigo á la victoria, nuestra compañera en los ejércitos y batallas, esa fiel amiga del Coro, que combate á nuestro lado contra nuestros enemigos. Preséntate ahora: hoy más que nunca, sea como quiera, es preciso que nos otorgues el triunfo. Queremos tambien publicar lo bueno que sabemos de nuestros caballos (4): dignos son de alabanza. Muchas veces nos ayuda-

(1) Autor de un decreto sobre el derecho de los generales á obtener de la República una subvencion. El padre del demagogo Cleon se llama Cleéneto, pero no está bien averiguado si es el mismo á quien cita Aristófanes.

(2) Uno de los honores más apreciados era el tener asiento de distincion en el teatro y otros lugares públicos.

(3) Los caballeros llevaban el cabello largo.

(4) El Coro tributa á sus caballos los elogios que no quiere dirigirse á sí mismo.

ron en las excursiones y combates; mas nunca nos admiraron tanto con lo que en tierra hicieron, como cuando se lanzaron intrépidamente á las naves (1) con toda su carga de vasos de campaña, ajos y cebollas; y apoderándose de los remos, como si fueran hombres, gritaban: «¡Hippapai! (2) ¿Quién remará con más brío? ¿Qué hacemos? ¿No remarás tú, oh Sánfora? (3)» Tambien bajaron á Corinto: los más jóvenes se hicieron allí un lecho con sus cascos é iban en busca de cobertores, y en vez de forraje de la Media, comian los cangrejos que se descuidaban en salir á la playa, y áun los buscaban en lo profundo del mar. Por eso Teoro dijo que un cangrejo habia hablado así: «Terrible es, oh Neptuno, no poder, ni en el fondo del abismo, ni en la tierra, ni en el mar, escapar de los Caballeros» (4).

(*Vuelve* EL CHORICERO.)

CORO.

¡Oh, el más querido y valiente de los hombres, cuán inquieto nos ha tenido tu ausencia! Ya que vuelves sano y salvo, cuéntanos cómo te las has arreglado.

(1) Los Atenienses enviaron una expedicion contra Corinto despues de la victoria de Pílos, tantas veces aludida en esta comedia. (V. Tuc., IV, 42, 43.)
(2) Grito de los marineros.
(3) Nombre de un caballo.
(4) Pasaje lleno de alusiones oscuras para nosotros. Sobre Teoro, véanse *Los Arcanienses*.

EL CHORICERO.

¿Qué he de deciros, sino que he conseguido la victoria en el Senado?

CORO.

¡Ahora es ocasion de prorumpir todos en exclamaciones de júbilo! Tú, que hablas tan bien, pero que superas á las palabras con las obras, cuéntanoslo todo circunstanciadamente; con gusto emprenderíamos un largo viaje sólo por oirte. Por tanto, hombre excelente, habla sin miedo; todos nos alegramos de tu triunfo.

EL CHORICERO.

Escuchad, pues la cosa merece la pena. En cuanto salió de aquí, le seguí pisándole los talones; apénas entró en el Senado, empezó con su voz estentórea á tronar contra los Caballeros, acumulándoles calumnias portentosas, acusándoles de conspiradores y amontonando palabras sobre palabras, que empezaban á ser creidas. El Senado le escuchaba y tan fácilmente se apacentó de aquellas falsedades, que crecian prodigiosamente como la mala hierba, que ya lanzaba miradas severas y fruncia el entrecejo. Pero yo, cuando comprendí que sus palabras producian efecto y que conseguia engañar á su auditorio, exclamé: «Oh dioses protectores de la lujuria y del fraude, de las chocarrerías y desvergüenzas (1); y tú, Mercado, en donde

(1) Todas las divinidades invocadas por el Choricero son inventadas por Aristófanes: Σκίταλοι, *demonios de la lujuria*; Φένακες, *del fraude* (de φέναξ, *engañador*); Βερεσχεθοί,

se educó mi niñez, dadme audacia, lengua expedita é impudente voz.» Cuando pensaba en esto, un bardaje se desahogó (1) á mi derecha, y yo me prosterné en actitud de adoracion; despues, empujando la barrera con la espalda, grité abriendo una boca enorme: «Senadores, soy portador de buenas noticias, y quiero ser el primero en anunciároslas desde que estalló la guerra, nunca han estado más baratas las anchoas.» Al punto la serenidad brilló en todos los semblantes, y en seguida me decretaron una corona por la fausta nueva. Yo en cambio les enseñé en pocas palabras un secreto para comprar muchas anchoas por un óbolo: que era el recoger todos los platos á los fabricantes. Todos aplaudieron y me miraban con la boca abierta. Advirtiendo esto el Paflagonio, que conoce muy bien el modo de engatusar al Senado, dijo: «Ciudadanos, propongo, ya que tan buenas nuevas acaban de anunciarnos, que para celebrarlas inmolemos cien bueyes á Minerva.» Y el Senado se puso otra vez de su parte: yo, viéndome entónces humillado y vencido, le cogí la vuelta, proponiendo que se sacrificasen hasta doscientos, y además mil cabras á Diana, si al dia siguiente se vendian las sardinas á un óbolo el ciento; con esto el Senado se inclinó de nuevo á mi favor; y el Paflagonio, aturdido, empezó á decir necedades: los arqueros y Pritáneos le sacaron fuera y se formaron grupos en que se tra-

de la estupidez; Κοβάλοι, *de la chocarrería*; Μόθων, *exclavo insolente.*

(1) *Pepedit.*

taba de las anchoas. Él les suplicaba que esperasen un momento: «Escuchad, exclamaba, lo que va á decir el enviado de Lacedemonia: viene á tratar de la paz.» Entónces gritaron todos á una: «¿Ahora de la paz? ¡Estúpido! ¿Despues que han sabido lo baratas que tenemos las anchoas? No necesitamos paz, siga la guerra.» Y mandaron á los Pritáneos que levantasen la sesion. En seguida saltaron las verjas por todas partes. Yo me escapé y corrí á comprar cuanto cilantro y puerros habia en el mercado, y los distribuí luégo grátis á todos los que lo necesitaban para sazonar las anchoas. Ellos no hallaban palabras con que elogiarme y me colmaban de caricias, hasta el punto de que por un solo óbolo de cilantro me he hecho dueño del Senado.

CORO.

Has conseguido cuanto te proponias como hombre favorecido por la fortuna. Aquel bribon ha tropezado con otro que le da quince y raya en tunantadas, astucia y zalamerías. Procura terminar el combate con igual felicidad: ya sabes hace tiempo que somos tus benévolos auxiliares.

EL CHORICERO.

Ahí viene el Paflagonio turbando y arremolinando las olas delante de sí, como si tratara de tragarme. ¡Dioses! ¡qué audacia!

CLEON.

¡Que me muera si no te hago añicos, por pocas de mis antiguas mentiras que me resten!

EL CHORICERO.

Me gusta oir tus amenazas y reirme de tus humos; de miedo que me das, bailo y grito ¡quíquiriquí!

CLEON.

¡Por Céres, perezca ahora mismo si no te devoro!

EL CHORICERO.

¿Si no me devoras? ¡Así me muera si no te sorbo de un solo trago y reviento despues de haberte sorbido!

CLEON.

Te mataré, lo juro por el asiento de honor que gané con lo de Pílos.

EL CHORICERO.

¡Ya salió el asiento distinguido! ¡Bah! pronto pienso verte relegado de aquel primer asiento á los últimos bancos del teatro.

CLEON.

Juro por cuanto hay que jurar, aplicarte el tormento.

EL CHORICERO.

¡Qué furioso estás! Vamos, ¿qué te daré de comer? ¿Qué es lo que más te gusta? ¿Una bolsa?

CLEON.

Te voy á arrancar las tripas con las uñas.

EL CHORICERO.

Ya te cortaré yo esas uñitas con que atrapas los víveres del Pritáneo.

CLEON.

Te arrastraré ante el pueblo para que me haga justicia.

EL CHORICERO.

Tambien yo te arrastraré y te acusaré de mil crímenes.

CLEON.

¡Miserable! á tí no te cree, y yo me burlo de él cuando quiero.

EL CHORICERO.

¡Qué seguro estás de dominar al pueblo!

CLEON.

Es que sé con qué guisos se le ceba.

EL CHORICERO.

Y le alimentas mal como las nodrizas; pues con el pretexto de masticar ántes la comida te tragas tres veces más de lo que á él le presentas (1).

CLEON.

¡Por Júpiter, con mi destreza yo puedo ensanchar ó estrechar el pueblo á mi gusto (2).

EL CHORICERO.

¡Vaya un lance! tambien lo sé yo.

CLEON.

Pobre hombre, no pienses que me has de jugar otra pasada como la del Senado: acudamos al pueblo.

EL CHORICERO.

Nada nos lo impide: adelante, no haya tardanza.

CLEON.

¡Oh pueblo! ¡sál aquí!

---

(1) ARISTÓTELES (*Ret.*, I, 4) hace la misma comparacion.
(2) Es decir, darle mucho ó poco á su arbitrio.

EL CHORICERO.

¡Sí, por Júpiter; sál aquí, padre mio!

CLEON.

¡Pueblecillo mio querido, sál para que veas cuán indignamente me tratan!

PUEBLO.

¿Quiénes son estos alborotadores? ¡fuera pronto de esta puerta! Me habeis tirado el ramo de olivo (1). ¿Quién te maltrata, Paflagonio?

CLEON.

Este, y esos jóvenes que me apalean por tu causa.

PUEBLO.

¿Por qué?

CLEON.

Porque te quiero, oh Pueblo, y estoy enamorado de tí.

PUEBLO.

Y tú, ¿quién eres?

EL CHORICERO.

Yo soy su rival; te amo ya hace tiempo, y con otros muchos buenos y honrados ciudadanos sólo anhelo serte útil. Pero éste nos lo impide. Pues tú te pareces á esos jóvenes rodeados de amantes; no quieres á los buenos y honrados, y te entregas á los vendedores de lámparas (2), y á los zapateros, guarnicioneros y curtidores.

(1) Era una costumbre piadosa el colgar ramas de árboles á las puertas de la casa.
(2) Alusion á Hipérbolo.

CLEON.

Hace bien; porque yo sirvo al pueblo.

EL CHORICERO.

¿En qué? ¿díme?

CLEON.

Fuí á Pílos, suplanté á los generales cuando á ella se dirigian, y me traje á los prisioneros lacedemonios.

EL CHORICERO.

Tambien yo, estando paseando, robé de una tienda la olla con la comida que otro habia puesto á cocer.

CLEON.

Pueblo mio, convoca cuanto ántes una asamblea para que sepas quién de los dos te quiere más, y decidas quién merece tu amor.

EL CHORICERO.

Bueno, bueno, decide entre los dos, con tal que no sea en el Pnix (1).

PUEBLO.

No puedo sentarme en otro sitio; pero ántes es necesario reunir en él los ciudadanos.

EL CHORICERO.

¡Infeliz de mí! ¡Soy perdido! Porque este viejo, que en su casa es el más discreto de los hombres, en cuanto se sienta en esos bancos de piedra se está con la boca abierta, como el que al colgar higos se le quedan los cabos en la mano (2).

---

(1) Lugar donde se reunia la asamblea popular.
(2) Al ponerlos á secar al sol.

CORO (1).

Ahora es necesario que despliegues todas las velas y desamarres todos los cables; ármate de valor y de astucia y de capciosos discursos para vencerle. El enemigo es flexible y hábil en presentar toda clase de obstáculos. Procura, pues, arrojarte sobre él con todas tus fuerzas; mucho cuidado; ántes de que él te ataque levanta los pesos que has de arrojarle y adelanta tu nave (2).

CLEON.

¡Oh poderosa Minerva, protectora de la ciudad! si despues de Lisícles (3), Cinna y Salabaca (4) soy yo el que más amo al pueblo ateniense, concédeme que, como hasta ahora, sea, por no hacer nada, alimentado á costa del Estado. Mas si te aborrezco y no combato por tí, aunque me vea aislado, que muera y me sierren vivo, y corten en correas mi pellejo.

EL CHORICERO.

¡Y yo, Pueblo mio, si no es cierto que te amo y estimo, permita Júpiter que sea cocido y hecho menudísimas tajadas! Si no crees mis palabras, consiento en ser rallado sobre este tablero, mezclado con queso para hacer un almodrote y arrastrado con un gancho al Cerámico (5).

(1) Cambio de decoracion. La escena debia de representar el Pnix.
(2) Metáforas tomadas de la navegacion.
(3) Lisícles, ya citado en el verso 132.
(4) *Cinna* y *Salabaca*, cortesanas de Aténas. Como se ve, el patriotismo de Cleon no era excesivo.
(5) Demo de Aténas en que eran sepultados los guerreros muertos en el combate. En el recinto de la ciudad habia un lugar del mismo nombre habitado por las cortesanas. Para dar más fuerza á su imprecacion, Agorácrito dice por dónde ha de ser enganchado: τῶν ὀρχιπέδων, *correptis testiculis*.

CLEON.

¡Oh Pueblo! ¿Cómo puede haber un ciudadano que te ame más que yo? Desde que soy tu consejero, he enriquecido tu tesoro atormentando á éstos, apurando á aquellos y pidiendo á otros, sin atender á ningun particular con tal de serte grato.

EL CHORICERO.

Todo eso, oh Pueblo, nada tiene de extraordinario; yo haré lo mismo, pues robaré panes á otros para servírtelos. No creas que ese te ama y procura tu bien en consideracion á tu persona, sino por calentarse á tu fuego. De otra suerte, ¿cómo no ve que tú, que en defensa de esta tierra desenvainaste en Maraton la espada contra los Persas y alcanzaste de ellos aquella insigne victoria tantas y tantas veces ponderada, te sientas siempre sobre esas duras piedras? Nunca se le ha ocurrido como á mí ofrecerte un cojin, como este que te traigo cosido con mis propias manos. Ea, levántate y siéntate sobre él cómodamente; así no estarán mortificados esos miembros que trabajaron tanto en Salamina (1).

PUEBLO.

¿Quién eres, amigo mio? ¿Eres acaso de la raza de Harmodio? Tu obsequio es en verdad muy popular y delicado.

(1) *Nates eorum qui remum agebant.*

CLEON.

Eso es muy poco para que ya te muestres benévolo con él.

EL CHORICERO.

A fe que tú le has engañado con mucho ménos cebo.

CLEON.

Apuesto la cabeza á que no habido nunca uno que combata más que yo por tí, ¡oh Pueblo! ni que más te ame.

EL CHORICERO.

¿Cómo puedes amarle cuando le ves hace ocho años vivir en cuevas y miserables chozas, y léjos de compadecerte de él lo dejas que se muera ahumado (1), y cuando Arqueptólemo vino á proponernos la paz, la rechazaste y arrojaste de la ciudad á puntapiés á los embajadores encargados de pactar las treguas? (2).

CLEON.

Es para que gobierne á todos los Griegos. Porque en los oráculos se dice que si tiene paciencia llegará á cobrar en la Arcadia cinco óbolos por administrar justicia. Así es que yo le alimentaré y cuidaré, y suceda lo que suceda siempre le pagaré los tres óbolos (3).

(1) Vid. la Noticia preliminar de *Los Acarnienses*.

(2) Los Lacedemonios, ántes de la toma de Pilos, enviaron á Aténas una embajada solicitando la paz. Arqueptólemo, ciudadano ateniense, fué el encargado de presentarla; pero Cleon hizo infructuosas sus gestiones. (Vid. Tuc. IV, 17, 22.)

(3) Salario de los jueces. Ya hemos visto que era uno

EL CHORICERO.

No te afanas porque éste mande en Arcadia, sino por robar más, y obtener muchos regalos de las ciudades tributarias: quieres que entre el remolino de la guerra el Pueblo no vea tus tunantadas, y que la necesidad, la miseria y el aliciente del estipendio le obligue á considerarte como su única esperanza. Pero si alguna vez, volviendo al campo, logra vivir en paz, y reponer sus fuerzas con el trigo nuevo y las sabrosas olivas, conocerá los bienes de que le priva tu estipendio; entónces, irritado y feroz, te acusará ante los tribunales. Tú lo sabes, y por eso le engañas con esperanzas quiméricas.

CLEON.

¿No es intolerable que tú digas eso de mí y me calumnies ante los Atenienses y el Pueblo, cuando, por la venerable Céres lo juro, he prestado á la República más servicios que Temístocles?

EL CHORICERO.

«¡Ciudad de Argos! ¿escuchas lo que dice? (1)» ¿Tú igual á Temístocles? Nuestra ciudad estaba ya henchida de riquezas, y él añadió tantas que se desbordaron como el agua de un vaso lleno hasta la boca; á los manjares de su espléndida mesa, él añadió el Pireo (2), y, sin quitarnos los antiguos peces, nos

de los medios empleados por Cleon para sostener su influencia.

(1) Verso de Eurípides.

(2) Puerto de Aténas que se hizo por consejo de Temístocles, quien lo unió á la ciudad por medio de una muralla de 35 estadios. (Plutarco, *Vida de Temístocles;* Cornelio Nepote, *id.*, cap. 6.)

procuró otros nuevos! ¡Tú igual á Temístocles, cuando no has hecho más que estrechar la ciudad, dividirla con murallas é inventar oráculos! El, sin embargo, fué desterrado, y tú te regalas el cuerpo á nuestra costa (1).

CLEON.

¿No es insufrible, oh Pueblo, tener que oir estos dicterios sólo porque te amo?

PUEBLO.

Cállate, basta de injurias. Harto tiempo me has engañado.

EL CHORICERO.

¡Es un malvado, Pueblecillo mio! Ha cometido mil iniquidades miéntras te ha tenido sorbido el seso. Se ha hecho pagar á peso de oro la impunidad de los concusionarios, y metiendo el brazo hasta el codo en el tesoro de la República, ha robado cuanto ha podido.

CLEON.

¡No te has de alegrar! Yo probaré que has robado tres mil dracmas.

EL CHORICERO.

¿Por qué te revuelves? ¿Por qué te alborotas siendo el hombre peor que existe para el pueblo ateniense? Tambien yo probaré, ó si nó que me muera, que recibiste de Mitilene (2) más de cuarenta minas.

(1) Lit. «Comes las tortas de Aquiles,» frase proverbial para indicar una alimentacion exquisita.

(2) No se sabe de cierto por qué motivo. El Escoliasta recuerda lo que sobre la sublevacion de los Mitilenenses dice Tucídides (III, 18, 36, 50). Pero el haber pedido Cleon que fuesen pasados á cuchillo todos los hombres de la ciudad rebelde y reducidos á la esclavitud los niños y las mujeres, no permite suponer que hubiera sido comprado en esta ocasion. El pueblo ateniense, compadecido de la mísera suerte de tantos infelices, revocó su cruel decreto, y sólo fueron castigados los principales culpables.

CORO.

Te felicito por tu elocuencia, oh mortal que apareces como el bienhechor de todos los hombres (1). Si así continúas, serás el más grande de los Griegos, y único dueño de la República: armado del simbólico tridente, mandarás á los aliados, y reunirás inmensas riquezas trastornando y confundiéndolo todo. Pero no sueltes á ese hombre, ya que se ha dejado coger; fácil te será vencerle con semejantes pulmones.

CLEON.

Aun no, buena gente, áun no han llegado las cosas á ese extremo; me queda todavía por decir una hazaña tan ilustre que puedo tapar con ella la boca á todos mis adversarios, miéntras se conserve un resto de los escudos cogidos en Pílos (2).

EL CHORICERO.

Párate en los escudos; ya me has dado un asidero (3). Pues por precaucion no debias, ya que

(1) Parodia del verso 614 del *Prometeo* de Esquilo.

(2) Los escudos cogidos al enemigo se colgaban en los templos como en accion de gracias á los dioses; pero tomando la precaucion de quitarles las correas ó abrazaderas para evitar el que pudieran utilizarse en alguna sedicion. A esta falta de precaucion alude en su respuesta el Choricero.

(3) Juego de palabras sobre λαβήν, que designa tambien la *abrazadera* ó *asa* del escudo.

tanto amas al pueblo, permitir que fueran suspendidos en el templo con sus abrazaderas. Pero lo que hay aquí, Pueblo mio, es una maquinacion para que no puedas castigarle, si alguna vez lo intentas. ¿Ves esa turba de jóvenes curtidores que le escolta, acompañada por esa otra de vendedores de miel y de quesos? Pues todos conspiran al mismo fin. Por tanto, si te encolerizas y le amenazas con el ostracismo (1), se apoderarán una noche de esos escudos y correrán á apropiarse de nuestros graneros.

PUEBLO.

¡Infeliz de mí! ¿Conque áun tienen las abrazaderas? ¡Infame, cuánto tiempo me has tenido engañado!

CLEON.

Querido mio: no seas tan crédulo; no pienses que has de encontrar un amigo mejor que yo: yo solo he sofocado todas las conspiraciones; en cuanto existe la menor conspiracion, yo te la denuncio á gritos.

EL CHORICERO.

Haces lo que los pescadores de anguilas. Si el lago está tranquilo, no cogen nada; pero cuando revuelven el cieno arriba y abajo, hallan buena pesca. Tú tambien pescas cuando revuelves la ciudad (2). Pero dime una sola cosa: tú que vendes

(1) Destierro por algunos años que se solia decretar contra los ciudadanos cuyo poder é influencia inspiraba temor á la recelosa democracia ateniense.

(2) Nótese la semejanza de esta comparacion con nuestro refran: «A rio revuelto ganancia de pescadores.»

tantos cueros, y te jactas de amar tanto al pueblo, ¿le has dado nunca una suela para sus zapatos?

PUEBLO.

¡No, por Apolo!

EL CHORICERO.

Y bien, ¿vas conociendo á ese hombre? Yo te he comprado este par de zapatos y te los doy para que los gastes.

PUEBLO.

Ningun hombre, que yo sepa, ha sido mejor que tú para el pueblo; ni más celoso por el bien de la República y de los dedos de mis piés.

CLEON.

¿No es doloroso que des tanta importancia á un par de zapatos y te olvides de todo lo que he hecho en tu favor? Yo corregí á los lujuriosos, borrando á Grito (1) de la lista de los ciudadanos.

EL CHORICERO.

¿No es doloroso tambien que te metas á investigaciones de cierto género (2), y á corregir los lujuriosos? Aunque sólo lo hiciste por miedo de que se convirtiesen en oradores (3). En tanto, ves á este

(1) Uno de los Escoliastas dice que este *Grito* era un constante parroquiano de los lupanares y burdeles, condenado á muerte por Cleon. Sin embargo, lo probable es que no sea un personaje real. Quizá es un nombre imaginario, formado de γρῦ, *porquería de las uñas*, inventado por Aristófanes para hacer ridícula la importancia de la pretendida correccion de costumbres que pondera Cleon.

(2) *Te culos quidem inspectare.*

(3) Aristófanes alude muchas veces á la disolucion de los oradores.

pobre anciano sin túnica, en el rigor del invierno, y no has sido capaz de darle una con dos mangas (1), como esta que yo le regalo.

PUEBLO.

Hé aquí una idea que nunca se le ocurrió á Temístocles. No cabe duda de que las fortificaciones del Pireo son una gran cosa, pero á mí me parece mejor la ocurrencia de darme esta túnica.

CLEON.

¡Ay de mí! ¡con qué zalamerías me suplantas!

EL CHORICERO.

Nada de eso: hago lo que los convidados cuando se ven apretados por una necesidad; así como ellos cogen los zapatos ajenos (2), yo me valgo de tus añagazas.

CLEON.

Pues á zalamero no me has de ganar. Voy á cubrirle con este manto. Tú, bribon, rabia ahora.

PUEBLO.

¡Puf! ¡quita allá! apestas á cuero.

EL CHORICERO.

Por eso te ha puesto el manto, con objeto de asfixiarte. Tambien ántes lo intentó: ¿te acuerdas de aquella corteza de laserpicio (3) que vendia tan barata?

(1) Las túnicas con mangas sólo las usaban los *cinædi* y *pueri meritorii*, y los actores: ¿habrá en la promesa de Cleon alguna alusion satírica al pueblo ateniense? (Vid. WINCKELMANN, *obra citada*, tom. I, pág. 546.)

(2) Los antiguos se descalzaban para recostarse en los triclinios, ó camas, sobre las cuales comian.

(3) El σίλφιον me parece que debe traducirse laserpicio, por más que haya escritores que entiendan que es el *benjuí*. Era una hierba notable por sus cualidades medicinales, y sumamente ventosa y laxante. Su olor no era agradable para todos. Se cosechaba mucho en la Cirenaica.

PUEBLO.

Sí que me acuerdo.

EL CHORICERO.

Procuró que se vendiese tan barata para que la compraseis y comieseis, y despues en el tribunal os mataseis los jueces unos á otros con vuestras ventosidades.

PUEBLO.

¡Por Neptuno, un *femater*o (1) me dijo lo mismo.

EL CHORICERO.

¿Y no os poniais rojos de tanto mal olor?

PUEBLO.

Fué en verdad una idea digna de Pirrandro (2).

CLEON.

¡Canalla! ¡con qué chocarrerías intentas perderme!

EL CHORICERO.

La diosa me mandó que te sobrepujase en palabrería.

CLEON.

Pues no me vencerás. Yo prometo, oh Pueblo,

(1) Permítasenos la importacion de esta palabra del catalan, en gracia á que traduce exactamente el κόπρειος del original, y puede además derivarse de la castellana *fiemo* ó *cieno*.

(2) *Pirrandro* quiere decir *hombre rojo*, aludiendo al enrojecimiento anterior. Segun el Escoliasta, el sujeto citado fué un delator ó sicofanta.

darte un buen plato: tu salario de juez sin trabajar nada.

EE CHORICERO.

Y yo te doy esta cajita con ungüento para que te cures las úlceras de las piernas.

CLEON.

Yo te rejuveneceré, quitándote los cabellos blancos.

EL CHORICERO.

Toma esta cola de liebre para que te enjugues los ojillos.

CLEON.

Cuando te suenes, Pueblo mio, límpiate los dedos en mi cabeza.

EL CHORICERO.

En la mia.

CLEON.

En la mia. Haré que te nombren Trierarca (1) para que te veas obligado á equipar una nave á tu costa; ya procuraré darte la más vieja, y de ese modo no tendrán fin tus gastos y reparaciones. Las velas han de ser podridas.

EL CORO.

El hombre entra en ebullicion (2); basta, basta.

---

(1) El cargo de Trierarca era sumamente oneroso. La República sólo proporcionaba el casco de la nave, y el Trierarca tenía que equiparla á su costa. Era uno de los medios de que se valian los demagogos para vejar á sus enemigos.

(2) Παφλάζει, de donde el apodo de *Paflagonio* dado á Cleon.

Mira que hierve demasiado; quita un poco de fuego para disminuir sus espumarajos de rabia.

CLEON.

Ya me las pagarás todas juntas; voy á hundirte á contribuciones, y á hacer que te inscriban en el padron de los ricos.

EL CHORICERO.

Yo no gastaré el tiempo en amenazas; sólo esto te deseo: que cuando la sarten llena de calamares esté chirriando en el fuego, y tú disponiéndote á hablar por los Milesios para ganar un talento si consigues que su proposicion sea aprobada, al tratar de engullirte á toda prisa la fritada, ántes de acudir á la asamblea, se presente cualquiera importuno, y tú por no perder el talento, te ahogues al tragar el almuerzo.

CORO.

¡Muy bien, por Júpiter, Céres y Apolo!

PUEBLO.

A mí tambien me parece fuera de duda que es un buen ciudadano, y de esos que en estos tiempos no se venden por un óbolo. Tú, Paflagonio, que tanto alardeas de quererme, me has irritado, y por tanto devuélveme mi anillo (1), pues desde este instante dejas de ser mi tesorero.

CLEON.

Tómalo. Sin embargo, bueno es que sepas que si no me dejas gobernar la república, mi sucesor será peor que yo.

---

(1) Signo de mando.

PUEBLO.

No es posible que este sea mi anillo; me parece, si no me engaña la vista, que el sello es diferente.

EL CHORICERO.

Veamos, ¿cuál era tú sello?

PUEBLO.

Una hoja de higuera untada de grasa (1).

EL CHORICERO.

No es ese.

PUEBLO.

¿No es la hoja de higuera? ¿pues qué tiene?

EL CHORICERO.

Un cuervo marino (2), con el pico abierto, arengando desde una piedra (3).

PUEBLO.

¡Desdichado de mí!

EL CHORICERO.

¿Qué te pasa?

PUEBLO.

Tíralo léjos; no es el mio, es el de Cleónimo (4). Toma este y sé mi tesorero.

CLEON.

A lo ménos, dueño mio, escucha ántes mis oráculos.

(1) Vuelve á mencionarse el Θρῖον, de cuya confeccion hablamos en la nota al verso 1102 de *Los Acarnienses*. Hay además en el original un equívoco intraducible, basado en la casi completa semejanza de los vocablos δῆμος, *pueblo*, y δημός, *grasa*.
(2) Ave voraz, símbolo de la codicia de Cleon.
(3) La tribuna desde la cual hablaban los oradores.
(4) Alusion á su rapacidad.

EL CHORICERO.

Y los mios.

CLEON.

Si le crees, tendrás que prestarte á sus rapiñas.

EL CHORICERO.

Si le crees, tendrás que prestarte á sus infamias (1).

CLEON.

Mis oráculos dicen que reinarás en todo el mundo coronado de rosas.

EL CHORICERO.

Los mios, que vestido de una túnica de púrpura bordada á aguja, y ceñida la frente con una corona, perseguirás en un carro de oro á Esmicites (2) y á su marido.

PUEBLO.

Vé y trae los oráculos para que éste los oiga.

EL CHORICERO.

Con gusto.

PUEBLO.

Trae tú tambien los tuyos.

CLEON.

Voy.

EL CHORICERO.

Vamos, pues: nada nos lo impide.

(1) *Verpum te fieri necesse est usque ad pectinem.*
(2) Rey de Tracia, aliado de los Persas. Aristófanes lo convierte en mujer, y al decir que el pueblo *perseguirá* á Esmicites, en vez de añadir y á *su ejército*, dice y á *su marido*, como si se tratase de perseguir en justicia á una *mujer*, la cual sólo podia ser demandada en union de su esposo.

CORO.

Felicísimo será este dia para los presentes y los que han de llegar (1), si en él acaece la pérdida de Cleon; aunque he oido en el bazar de los pleitos sostener á ciertos viejos tardones, que si este hombre no hubiera alcanzado tanto poder, nos faltarian en la República dos utilísimos enseres: el mortero y la espumadera (2).

Admiro tambien su grosera educacion; los muchachos que con él asistian á la escuela, dicen que nunca pudo templar su lira más que al modo dórico, sin querer aprender ningun otro; por lo cual irritado el maestro de música le despidió, diciendo: «ese mozuelo es incapaz de aprender otros tonos que aquellos cuyo nombre signifique regalar» (3).

CLEON.

Aquí tienes, mira; áun no los traigo todos.

EL CHORICERO.

¡Ah, no puedo resistir más! (4) y áun no los traigo todos.

(1) Los habitantes de las ciudades aliadas.

(2) Quiere decir que Cleon desempeñaba el mismo papel en la administracion del Estado que el mortero y la espumadera en la cocina; aplastando á sus enemigos y revolviéndolo todo.

(3) Alusion á los regalos que Cleon admitia. Hay en el original un juego de palabras basado en la semejanza de *dórico* y δῶρον, *regalo*.

(4) *Quam valde cacaturio.*

PUEBLO.

¿Qué es eso?

CLEON.

Oráculos.

PUEBLO.

¿Todos?

CLEON.

¿Te admiras? pues áun tengo un arca llena.

EL CHORICERO.

Y yo el desvan de mi casa y otros dos contiguos.

PUEBLO.

Veamos, ¿de quién son esos oráculos?

CLEON.

Los mios de Bácis.

PUEBLO.

¿Y los tuyos?

EL CHORICERO.

De Glánis (1), hermano mayor de Bácis.

PUEBLO.

¿De qué hablan?

CLEON.

De Aténas, de Pílos, de tí, de mí, de todas las cosas.

PUEBLO.

Y los tuyos ¿de qué?

EL CHORICERO.

De Aténas, de lentejas, de Lacedemonia, de ala-

(1) *Glánis* es un adivino inventado por Agorácrito. Llamábase así un pez que tenía la particularidad de comerse el cebo sin tragarse el anzuelo.

chas frescas, de los que venden en la plaza mal el grano, de tí, de mí. ¡Chúpate esa, Paflagonio! (1).

PUEBLO.

Leédmelos, leédmelos, y sobre todo aquel que tanto me agrada porque vaticina que seré un águila cerniéndome en las nubes.

CLEON.

Escucha, y fíjate bien: «Medita, hijo de Erecteo, sobre el sentido de este oráculo, que Apolo pronunció desde su santuario impenetrable, por medio de los trípodes venerandos. Te manda guardar al sagrado can de agudísimos dientes, que ladrando y desgañitándose por tí, defiende tu salario; si así no lo hicieres, morirá. Mil grajos envidiosos graznan contra él.»

PUEBLO.

Por Céres, no he entendido una palabra de toda esa jerigonza ¿Qué tiene que ver Erecteo con los perros y los grajos?

CLEON.

Yo soy aquel perro, que ladro por tí, y Apolo te dice que me guardes.

EL CHORICERO.

No dice semejante cosa; pero ese perro roe los oráculos lo mismo que tu puerta: yo tengo uno que canta claro respecto á ese sagrado can.

PUEBLO.

Dilo: ántes voy á coger una piedra, no se le antoje morderme á ese oráculo que habla del perro.

(1) *Penem iste sibi mordeat.*

EL CHORICERO.

«Desconfia, hijo de Erecteo, del Cancerbero traficante en hombres, que mueve la cola y te mira cuando cenas, dispuesto á arrebatarte la comida si vuelves la cabeza para bostezar. A la noche penetrará cautelosamente en la cocina, y con perruna voracidad te lamerá los platos y las ollas.»

PUEBLO.

Oh Glánis, tus oráculos son mucho mejores.

CLEON.

Escucha, amigo mio, y juzga despues: «hay una mujer que parirá en la sagrada Atenas un leon, que, como si defendiese sus cachorros, peleará por el pueblo, contra una multitud de mosquitos; guárdalo y construye murallas de madera y ferradas torres.»

¿Comprendes lo que esto significa?

PUEBLO.

Ni una sola palabra.

CLEON.

El dios te ordena bien claro que me conserves; yo soy para tí lo que el leon.

PUEBLO.

¿Cómo te has convertido en leon sin yo saberlo?

EL CHORICERO.

Te oculta de intento una parte esencial del vaticinio: el fatídico Lóxias (1) ordena en efecto que lo guardes, pero ha de ser encerrado en los muros de madera y ferradas torres.

(1) Sobrenombre de Apolo, cuando profetizaba.

PUEBLO.

¡Cómo! ¿El dios dice eso?

EL CHORICERO.

Te manda sujetarlo en un cepo de cinco agujeros.

PUEBLO.

Me parece que el oráculo se empieza á cumplir.

CLEON.

No lo creas; es el graznido de las envidiosas cornejas. Ama siempre al azor; no olvides que te ha traido los cuervos de Lacedemonia (1).

EL CHORICERO.

Ese peligro lo afrontó el Paflagonio en un momento de embriaguez: ¿y lo tendrás por una hazaña insigne, atolondrado Cecrópida? (2) Una mujer llevará fácilmente un fardo si le ayuda á cargársele un hombre; pero no combatirá en la guerra, por que si combate, apestará (3).

CLEON.

Pero fíjate bien en lo que dice de Pílos; escucha: «Pilos está delante de Pilos...»

PUEBLO.

¿Qué significa lo de «delante de Pílos?»

EL CHORICERO.

Da á entender que ocupará todas las *pilas* de los baños (4).

---

(1) Una clase de peces.
(2) *Cécrope* fué el primer rey de Aténas.
(3) *Cacaverit*. Hay en el original un juego de palabras, sobre μαχέσαιτο y χέσαιτο.
(4) Juego de palabras que hemos podido reproducir.

PUEBLO.

De modo que hoy no podré lavarme, puesto que nos roba todas las pilas.

EL CHORICERO.

Este oráculo mio dice de la escuadra una cosa en la que te conviene fijar mucho la atencion.

PUEBLO.

Ya atiendo; lee, pero ántes dime cómo me he de arreglar para pagar el sueldo á los marineros.

EL CHORICERO.

«Hijo de Egeo, cuidado no te engañe el perro-zorro (1); mira que muerde á traicion, y es falaz, astuto y malicioso.»

¿Sabes quién es este?

PUEBLO.

Filóstrato es el perro-zorro (2).

EL CHORICERO.

No es eso; Cleon te pide naves ligeras, para cobrar los tributos insulares; Apolo te prohibe dárselas.

PUEBLO.

¿Pero en qué se parece una trireme al perro-zorro?

EL CHORICERO.

¿En qué se parece? La trireme y el perro son muy veloces.

PUEBLO.

Y ¿por qué al perro se añade el zorro?

---

(1) *Cinalopex*, especie de pero de caza. (V. JENOFONTE, *Cinegética*.)
(2) Rufian conocido por el apodo que le da el texto.

EL CHORICERO.

Porque el zorro se asemeja á los soldados en que roba las uvas de las viñas.

PUEBLO.

Sea; ¿mas dónde está el sueldo para esos raposillos? (1).

EL CHORICERO.

Yo lo proporcionaré en el término de tres dias. Escucha tambien este oráculo en que el hijo de Latona te manda evitar á Cilene y sus engaños.

PUEBLO.

¿Qué Cilene?

EL CHORICERO.

Da á entender la mano de Cleon, porque está diciendo siempre «Echa en Cile» (2).

---

(1) El sueldo era la preocupacion constante de los Atenienses.

(2) Es decir, «en el hueco de la mano.» FEUILLEMORTE *(Comédies d'Aristophane*, tom. I, pág. 342) comenta así este verso: «Cilene (que es necesario no confundir con la montaña del mismo nombre situada al Sur de la Acaya, al Norte de la Arcadia, tenida por los antiguos como morada de los *mirlos blancos)* era el principal puerto de la Elida en el mar de Sicilia. Quizá su nombre es denigrado por el oráculo, que la personifica como un agente de fraudes y tunanterías, no sólo á causa de la analogía de su nombre con el que en griego significa *hueco de la mano*, ó *garra*, de que va á hablar luégo, sino porque en aquella ciudad habia nacido Mercurio, dios de los ladrones *(Pomponio Mela*, II, 2, 3). Esta explicacion es aplicable tambien á la Cilene de Arcadia, pues Virgilio *(Eneida*, VIII, 138) coloca en esta montaña la cuna de Mercurio, y Pausanias *(Arcad.)* dice que en ella habia un antiguo templo consagrado á aquel dios.»

CLEON.

Te equivocas. Febo al hablar de Cilene (1) se refiere á la mano de Diópito (2). Pero áun tengo un oráculo alado, que se refiere á tí. «Serás un águila y reinarás en toda la tierra.»

EL CHORICERO.

Yo tengo otro: «administrarás justicia en la tierra, en el mar Eritreo y en Ecbatana, y comerás manjares deliciosos» (3).

CLEON.

Yo he tenido un sueño, y en él me ha parecido ver á la misma diosa derramando sobre el pueblo la salud y la riqueza.

EL CHORICERO.

Y yo tambien, por Júpiter, y en él me ha parecido ver á la misma diosa bajar de la ciudadela con una lechuza (4) sobre sus cabellos, y derramar de un ancho vaso sobre tu cabeza, ¡oh Pueblo! la ambrosía, y sobre la de ese (5) salmuera con ajos.

PUEBLO.

¡Oh! ¡oh! nadie aventaja á Glánis en sabiduría. Me encomiendo á tí para que seas el báculo de mi vejez, y me eduques como á un niño (6).

---

(1) Ciudad de Mesenia.

(2) Adivino, amigo de Nícias, orador fogoso y arrebatado, acusado de ladron. Frínico, Eupolis, Amipsias y Teléclides le atacaron tambien. Aristófanes vuelve á ocuparse de él en *Las Aves*, 988, y en *Las Avispas*, 380.

(3) Alusion á la manía de juzgar de los Atenienses.

(4) La lechuza estaba consagrada á Minerva, patrona de Aténas.

(5) Cleon.

(6) Parodia del *Peleo* de Sófocles.

CLEON.

Aun no; por favor, espera un instante; yo te daré todos los dias trigo y alimentos.

PUEBLO.

No quiero oir hablar de granos; tú y Teófano (1) me habeis engañado ya muchas veces.

EL CHORICERO.

Yo te daré la harina preparada.

CLEON.

Yo tortitas muy bien cocidas y peces asados; no tendrás más que comerlos.

PUEBLO.

Apresuraos á cumplir lo que prometeis. Entregaré las riendas del Pnix al que me trate mejor.

CLEON.

Yo seré el primero.

EL CHORICERO.

¡Cá! el primero seré yo.

(Vánse corriendo.)

CORO.

¡Oh Pueblo! tu poder es muy grande; todos los hombres te temen como á un tirano; pero eres inconstante y te agrada ser adulado y engañado (2): en cuanto habla un orador te quedas con la boca abierta, y pierdes hasta el sentido comun.

(1) *Teófano* debia ser algun demagogo que prometia al pueblo repartos de trigo.

(2) Sobre la facilidad con que el pueblo ateniense era engañado por los oradores, véase en Tucídides el discurso de Cleon (lib. III, 38).

PUEBLO.

No habrá un átomo de sentido comun bajo vuestros cabellos si creis que obro sin juicio: me hago el loco porque me conviene. A mí me gusta estar bebiendo todo el dia, alimentar á un dueño ladron, y matarlo cuando está bien gordo.

CORO.

Discretamente obras, si segun aseguras haces las cosas con esa intencion; si los engordas en el Pnix como públicas víctimas, y luégo, cuando hay falta de provisiones, eliges el más gordo, lo matas y te lo comes.

PUEBLO.

Considerad, pues, si veré claros los manejos de esos que se tienen por muy listos y creen engañarme. Yo los observo cuando roban, y finjo no ver nada, despues les obligo á vomitar todo cuanto me han robado, echando por su garganta á guisa de anzuelo una acusacion pública.

CLEON.

¡Afuera, en hora mala!

EL CHORICERO.

¡Véte tú, so bribon!

CLEON.

¡Oh Pueblo! hace ya mucho tiempo que estoy aquí dispuesto á servirte.

EL CHORICERO.

Y yo hace diez veces más tiempo, y doce veces más tiempo, y mil veces más tiempo, y mucho más tiempo, mucho más tiempo, mucho más tiempo.

PUEBLO.

Y yo hace treinta mil veces más tiempo que os espero, y os maldigo, y muchísimo tiempo, muchísimo tiempo más.

EL CHORICERO.

¿Sabes lo que has de hacer?

PUEBLO.

Si no lo sé, tú me lo dirás.

EL CHORICERO.

Mándanos que disputemos á quién te sirve mejor.

PUEBLO.

Que me place. Alejaos.

CLEON.

Ya estamos.

PUEBLO.

Corred.

EL CHORICERO.

No me adelantarás.

PUEBLO.

Gracias á estos dos adoradores, voy á ser hoy el más feliz de los mortales, á no ser que me las eche de interesante.

CLEON.

¿Ves? yo soy el primero que te traigo una silla.

EL CHORICERO.

Pero no una mesa; y yo la he traido muchísimo ántes.

CLEON.

Mira; aquí tienes esta tortita hecha con aquella harina que traje de Pilos.

EL CHORICERO.

Toma estos panecillos que la misma diosa ha socavado con su mano de marfil (1)

PUEBLO.

¡Qué dedos tan largos tienes, Minerva veneranda!

CLEON.

Toma estos puches de guisantes, cuyo hermoso color y buen gusto abre el apetito: los ha colado la misma Pálas, mi protectora en Pilos.

EL CHORICERO.

¡Oh Pueblo! no hay duda que la diosa te protege; ahora extiende sobre tu cabeza esta olla llena de salsa.

PUEBLO.

¿Crees tú que hubiera podido vivir tanto tiempo en esta ciudad si la diosa no hubiese tenido realmente la olla extendida sobre nosotros? (2)

CLEON.

Este plato de peces te lo regala la diosa, terror de los ejércitos.

EL CHORICERO.

La hija del poderoso Júpiter te envia esta carne cocida en salsa, y este plato de tripa-callos é intestinos.

PUEBLO.

Bueno es que se acuerde del peplo (3) que la regalo.

(1) Era costumbre quitar al pan la miga y echar en el hueco salsa ó legumbres. La mano de marfil alude á la magnífica estatua de Minerva hecha por Fidias, y colocada en la Ciudadela.

(2) En vez de su mano protectora.

(3) Vid. la nota al verso 566.

CLEON.

La diosa temible por la Gorgona de su casco, te manda comer esta torta prolongada, para que puedas alargar más fácilmente los remos.

EL CHORICERO.

Toma tambien esto.

PUEBLO.

¿Y qué haré de estos intestinos?

EL CHORICERO.

La diosa te los envia de intento, para componer las tripas de las naves: no pierde de vista nuestra escuadra. Bebe tambien este vaso con dos partes de vino y tres de agua.

PUEBLO.

¡Oh Júpiter! ¡Qué vino tan grato! ¡Qué buen gusto le dan las tres partes de agua (1).

EL CHORICERO.

La misma Tritonia (2) ha hecho la mezcla.

CLEON.

Acepta este pedazo de torta untado con manteca.

EL CHORICERO.

Toma esta torta entera.

CLEON.

Pero tú no tienes liebre para darle, y yo sí.

---

(1) Los Griegos no solian beber el vino puro, sino mezclado con agua.

(2) En el original hay un juego de palabras intraducibles que versa sobre la semejanza de sonido entre el ordinal τρίτος *(tercero)* que ocurre al hablar de las tres partes de agua mezcladas á dos de vino, y Τριτογενής, sobrenombre de Minerva, por haber nacido de la cabeza de Júpiter á los tres dias de concebida, ó á la márgen del lago Triton.

EL CHORICERO.

¡Ay! es verdad. ¿En donde encontraré liebre ahora? Ingenio mio, discurre alguna estratagema.

CLEON.

¿Ves esta liebre, pobre hombre?

EL CHORICERO.

Nada se me importa. ¡Calla! aquellos se dirigen á mí.

CLEON.

¿Quiénes son?

EL CHORICERO.

Unos embajadores con bolsas repletas de dinero.

CLEON.

¿Dónde? ¿dónde?

EL CHORICERO.

¿Qué se te importa? ¿no has de dejar en paz á los extranjeros? *(Al volver la cabeza Cleon, le quita la liebre y se la ofrece á* PUEBLO.*)* Pueblecillo mio, ¿ves la liebre que te traigo?

CLEON.

¡Ay desdichado! me la has robado á traicion.

EL CHORICERO.

Por Neptuno, tú hiciste lo mismo en Pilos.

PUEBLO.

Dime, dime: ¿de qué estratagema te has valido para robársela?

EL CHORICERO.

La estratagema es de la diosa; el hurto mio.

CLEON.

Me ha costado mucho trabajo el cazarla.

EL CHORICERO.

Y á mí el asarla.

PUEBLO.

Véte; yo sólo sé quién me la ha servido.

CLEON.

¡Infeliz de mí! ¡Me vence en desvergüenza!

EL CHORICERO.

¿Por qué no decides, oh Pueblo, quién de los dos ha servido mejor á tí y á tu vientre?

PUEBLO.

¿De qué medio me valdré para demostrar á los espectadores la justicia de mi eleccion?

EL CHORICERO.

Voy á decírtelo. Anda, registra en silencio mi cesta y la del Paflagonio; mira lo que contienen, y despues podrás juzgar con acierto.

PUEBLO.

Corriente, voy á examinar la tuya.

EL CHORICERO.

¿No ves, padrecito mio, que está vacía? Todo te lo traje.

PUEBLO.

Es una cesta verdaderamente popular.

EL CHORICERO.

Aproxímate á la del Paflagonio. ¿La ves?

PUEBLO.

¡Hola! ¡qué repleta está! ¡qué torta tan grande se ha guardado! ¡y á mí me dió un pedacillo!

EL CHORICERO.

Siempre ha hecho lo mismo; te daba un trocito de lo que cogia, y él se guardaba la mejor parte.

PUEBLO.

¡Ah, infame! ¿así me robabas; así me engañabas? Y «yo te llené de coronas y presentes» (1).

CLEON.

Yo robaba por el bien de la República.

PUEBLO.

Quítate al instante esa corona para que se la ciña á tu rival.

EL CHORICERO.

Quítatela pronto, bergante.

CLEON.

De ninguna manera: tengo un oráculo de Délfos que declara quién debe ser mi vencedor.

EL CHORICERO.

Dice, y muy claro, que he de ser yo.

CLEON.

Examinaré ántes si las palabras del dios pueden referirse á tí; dime en primer lugar, ¿á qué escuela acudiste de niño?

EL CHORICERO.

Me educaron á puñetazos en las cocinas.

CLEON.

¿Qué dices? ¡Ah, este oráculo me mata!... Prosigamos... ¿Qué aprendiste con el maestro de gimnasia?

EL CHORICERO.

A robar, á negar el robo y á mirar á los testigos cara á cara.

(1) Verso tomado de los *Hilotas coronando á Neptuno*, tragedia de autor desconocido. Está en dialecto dórico.

CLEON.

¡Oh Febo! ¡Oh Apolo, dios de Licia! (1) ¿qué vas á hacer de mí? Y de adulto ¿á qué te has dedicado?

EL CHORICERO.

A la venta de chorizos y al libertinaje.

CLEON.

¡Oh desdicha! Soy perdido; una tenue esperanza me sustenta. Dime esto no más: ¿vendias los chorizos en el mercado ó en las puertas?

EL CHORICERO.

En las puertas, donde se vende la pesca salada.

CLEON.

¡Infortunado! la prediccion se ha cumplido (2). Llevad adentro á este infeliz. Adios, corona mia. Bien á mi pesar te abandono: otro te poseerá no más ladron que yo, aunque más afortunado (3).

EL CHORICERO.

Tuya es la victoria, Júpiter, protector de la Grecia.

DEMÓSTENES.

Salud, ilustre vencedor; acuérdate de que yo te he hecho hombre. Bien poco te pido en recompensa: nómbrame escribano de actuaciones, como lo es ahora Fános (4).

(1) Verso del *Telefo* de Eurípides.
(2) Parodia de un verso del *Belerofonte* de Eurípides.
(3) Parodia de los versos 181 y 182 de la *Alceste* de Eurípides.
(4) Fano (etimológicamente el *delator)* se duda si era un agente de Cleon, ó un nombre inventado por Aristófanes. Se le cita tambien en *Las Avispas*, v. 1.220.

PUEBLO *(al Choricero.)*

Dime cómo te llamas.

EL CHORICERO.

Agorácrito, porque me crié en el mercado en medio de los pleitos.

PUEBLO.

Póngome, pues, en manos de Agorácrito (1), y le entrego á ese Paflagonio. *(En este momento Cleon, que habia permanecido en la escena, era llevado adentro).*

AGORÁCRITO.

Y yo, Pueblo, te cuidaré con tal solicitud que tendrás que confesar que nunca has visto un hombre más adicto á la república de los papanatas.

(Vanse.)

CORO.

«¿Hay nada más hermoso que principiar y concluir nuestros cantos celebrando al conductor de rápidos corceles» (2), en vez de herir con ultrajes gratuitos á Lisístrato ó á Teomántis (3) privado hasta de hogar? Este, divino Apolo, derramando lágrimas arrancadas por el hambre, se abraza su-

(1) Nombre compuesto de ἀγορά, *plaza pública, mercado*, y κριτής, *juez.*
(2) Los tres primeros versos de este coro están tomadon literalmente de Píndaro.
(3) Sobre Lisístrato, véase *Los Acarnienses*, nota al verso 855. *Teomántis* era un adivino sumamente pobre. *Aristófanes* vuelve á citarle en *Las Aves*, v. 1.406.

plicante á tu carcaj en Délfos para evitar el rigor de la miseria.

Nadie critica que se censure á los malvados; todos los hombres discretos lo consideran como un tributo á la virtud. Si la persona cuyas infamias voy á delatar fuese muy conocida, no haria mencion de otro amigo. Nadie ignora quién es Arignoto (1), á ménos de no saber distinguir lo blanco de lo negro, ni el modo Ortio de los demas. Pero éste tiene un hermano que no lo es ciertamente en las costumbres, el infame Arifrades (2), perverso á sabiendas, y no sólo perverso (si así fuese nada diria), ni sólo perversísimo, sino inventor de nefandas torpezas.. ....

....

Quien no deteste con toda su alma á semejante hombre, no beberá jamás en nuestra copa.

Muchas veces medito durante la noche sobre la causa de la voracidad de Cleónimo. Dicen que devorando como un animal los bienes de los ricos, no pueden apartarle de la cesta del pan, viéndose obligados á decirle: «Vete, por piedad; déjanos algo en la mesa.»

(1) Músico muy estimado por los Atenienses. Sobre el modo Ortio, véase la nota al v. 16 de *Los Acarnienses*.

(2) Hermano de Arignoto y de costumbres horriblemente depravadas. Aristófanes las expone á la pública indignacion, aunque más valiera que nunca lo hubiera hecho. Tan repugnante es la descripcion que de ellas hace, que ni encubiertas con el velo de la lengua latina pueden reproducirse. En nuestra traduccion omitimos en su consecuencia la de los versos 1.284-1.287.

Cuentan que el otro dia se reunieron las naves para tratar de sus asuntos, y que la más vieja de todas dijo: «¿Habeis oido, amigas mias, lo que pasa en la ciudad? Un tal Hipérbolo (1), ciudadano perverso é inútil como el vino picado, ha pedido cien de nosotras para una expedicion á Calcedonia» (2). Dicen que esto pareció insoportable á las triremes, y que una de ellas, vírgen todavía, exclamó: «Por todos los dioses, ántes consentirá Naufante, hija de Nauson, ser roida por la carcoma y pudrirse de vieja en el puerto, que tener por dueño á un hombre semejante. ¡Tan cierto como estoy hecha de tablas y de brea! si los Atenienses aprueban esa proposicion, no nos resta más recurso que navegar con rumbo al templo de Teseo ó al de las Euménides (3), y detenernos allí. De este modo no le veremos insultar á la República mandando la escuadra; váyase á los infiernos, botando al agua aquellos cajones en que vendia lámparas.»

AGORÁCRITO.

Guardad el silencio sagrado, plegad los labios y absteneos de citar testigos: ciérrense las puertas de los tribunales, delicias de la República, y retumbe

(1) Demagogo muy influyente, varias veces citado. Despues de la muerte de Cleon su poder no tuvo límites, hasta que Nícias y su partido consiguieron que se le condenase al ostracismo.

(2) Ciudad de Tracia, próxima á Bizancio.

(3) El templo de *Teseo* y el de las Euménides gozaban del derecho de asilo.

en todo el teatro un jubiloso pean (1) en celebridad de las nuevas felicidades.

CORO.

¡Antorcha de la sagrada Aténas, salvador de nuestras islas! ¿qué fausta nueva nos anuncias? ¿Qué dicha es esa que llenará nuestras plazas con el humo de los sacrificios?

AGORÁCRITO.

He regenerado á Pueblo (2), y lo he hermoseado.

CORO.

Y ahora ¿dónde está, ¡oh inventor de cambio tan prodigioso!

AGORÁCRITO.

Habita en la antigua Aténas, coronada de violetas.

CORO.

¿Cuándo le veremos? ¿Qué vestido tiene? ¿Cómo es ahora?

AGORÁCRITO.

Es lo que era ántes, cuando tenía por comensales á Milciades y Arístides. Vais á verle; pues ya

(1) El *Pean*, himno dedicado primeramente á celebrar á Apolo, recibió este nombre de παύειν *(cesar)* porque se le dirigia al dios para obtener la terminacion de alguna calamidad, como la guerra ó la peste. Despues llegó á designar, como aquí, todo canto de alegría. En este sentido dice CALÍMACO *(Himno* II, v. 20 y 21):

Οὐδὲ Θέτις Αχιλῆα κινυρέται αἴλινα μήτηρ
'Οππότ ΙΗ ΠΑΙΗΟΝ ΙΗ ΠΑΙΗΟΝ ακούση.

(2) Lit.: *recoxi,* aludiendo sin duda al remozamiento de Eson por Medea.

resuenan las puertas de los Propileos (1). Regocijaos; saludad con ruidosas aclamaciones á la admirable y celebrada Aténas; miradla qué bella parece, recobrado su antiguo esplendor, y habitada por un pueblo ilustre (2).

CORO.

¡Oh hermosa y brillante ciudad coronada de violetas! (3), muéstranos al único señor de este país y de la Hélada.

AGORÁCRITO.

Vedle con las cabellos adornados de cigarras (4), con su esplendido traje primitivo, oliendo á mirra y á paz, en vez de apestar á mariscos (5).

CORO.

Salud, rey de los Griegos; contigo nos congratulamos; sobre tí ha derramado la Fortuna dones dignos de esta ciudad y de los trofeos de Maraton.

(1) Magnífico edificio construido por órden de Perícles conforme á los diseños del arquitecto Mnesícles. Era de mármol y del majestuoso y severo órden dórico. Principióse el 437 ántes de J. C., y se concluyó cinco años despues. El importe de esta suntuosa fábrica ascendió á dos mil doce talentos, suma que excedia al presupuesto anual de ingresos de Aténas. Su nombre Προπύλαιων, vale tanto como ***vestíbulos.***

(2) Probablemente un cambio de decoracion permitiria ver el pórtico de los Propileos.

(3) Epíteto tradicional de Aténas. Vid. *Acarnienses,* 637.

(4) La cigarra, á la que se creia nacida de la tierra, era un símbolo de *autoctonía* para los habitantes de Aténas. Los antiguos habitantes del Atica, acostumbraban á recoger sus cabellos con cigarras de oro. (TUCID., I, 6).

(5) Los jueces emitian sus votos por medio de conchas. Esta es la etimología de *ostracismo.*

PUEBLO.

¡Oh queridísimo amigo! acércate, Agorácrito. ¡Cuánto bien me has hecho transformándome!

AGORÁCRITO.

¿Yo? Pero, buen hombre, áun no sabes lo que eras ántes y lo que hacias; de otra suerte me creerias un dios.

PUEBLO.

¿Pues qué hice ántes? dime, ¿cómo era?

AGORÁCRITO.

Antes, si alguno decia en la asamblea: «Oh Pueblo, yo soy tu amigo, yo te amo de véras, yo soy el único que velo por tus intereses,» al punto te levantabas del asiento y te pavoneabas arrogante.

PUEBLO.

¿Yo?

AGORÁCRITO.

Y despues de engañarte se marchaba.

PUEBLO.

¿Qué dices? ¿Eso hicieron conmigo, y yo nada conocí?

AGORÁCRITO.

No es extraño: tus orejas se extendian unas veces, y otras se plegaban como un quitasol.

PUEBLO.

¡Tan imbécil y chocho me puso la vejez!

AGORÁCRITO.

Además, si dos oradores trataban, uno de equipar las naves y el otro de pagar á los jueces su salario, siempre se retiraba vencedor el que habló del sueldo, y derrotado el que propuso armar la

escuadra.—¿Pero qué haces? ¿Por qué bajas la vista? ¿No puedes estarte quieto?

PUEBLO.

Me avergüenzo de mis faltas pasadas.

AGORÁCRITO.

Pero no te aflijas; no es tuya la culpa, sino de los que te engañaron. Ahora contéstame: si algun abogado chocarrero te dice: «Jueces, no tendreis pan si no condenais á este acusado,» ¿qué le harás?

PUEBLO.

Lo levantaré en alto y lo arrojaré al Báratro (1), colgándole del cuello á Hipérbolo.

AGORÁCRITO.

¡Hola! en esto ya andas acertado y discreto. Pero, y los otros asuntos de la república ¿cómo los arreglarás?

PUEBLO.

En cuanto lleguen al puerto los remeros de los navíos de guerra les pagaré íntegro su sueldo (2).

AGORÁCRITO.

Providencia grata á muchas asendereadas posaderas.

PUEBLO.

Despues mandaré que ningun ciudadano inscrito en la lista de los hoplitas (3) pueda pasar por reco-

(1) Precipicio al cual eran arrojados los criminales. La frase de Aristófanes es mucho más graciosa en el texto original, por cuanto el nombre propio *Hipérbolo* es tambien un adjetivo con el cual se designaba la piedra que servía para la ejecucion.

(2) El sueldo de los remeros era de un dracma diario.

(3) La infanteria ateniense se componia de tres clases

mendacion á otro órden; cada cual estará en la lista donde se le apuntó al principio.

AGORÁCRITO.

Eso va derecho contra el escudo de Cleónimo (1).

PUEBLO.

Ningun imberbe podrá hablar en la asamblea.

AGORÁCRITO.

¿Y dónde perorarán Clístenes y Estraton? (2)

PUEBLO.

Hablo de esos jovenzuelos que frecuentan las tiendas de perfumes, donde charlan así: «¡Qué docto es Feax! (3) ¡Cuán acertada ha sido su educacion! Se apodera del ánimo de sus oyentes y los conduce á su fin: es sentencioso, sabio, y muy diestro en mover las pasiones y en dominar un tumulto.»

AGORÁCRITO.

¿Acaso estás apasionado de esos charlatanes?

---

de soldados: 1.°, los *Hoplitas*, cuyas armas eran: casco, coraza, escudo, grebas, pica y espada; 2.°, los *Psiles*, ó infantería ligera, destinados á lanzar dardos, y áun piedras; 3.°, los *Peltastas*, que recibian este nombre del pequeño escudo llamado *pelta* (πέλτη) de que iban armados.

(1) Aristófanes moteja su cobardía en casi todas sus comedias.

(2) Ya citados en *Los Arcanienses*.

(3) Orador diserto pero no elocuente. Los cómicos le acusaban de pederastia. Parece que era muy hábil abogado, pues consiguió eludir con un discurso la pena de muerte que iba á imponérsele inevitablemente, por haber sido cogido *infraganti* en un delito que la merecia. El elogio de Aristófanes tiene visos de irónico.

PUEBLO.

No, por cierto; á todos les obligaré á irse de caza, en vez de hacer decretos.

AGORÁCRITO.

Con esa condicion, toma esta silla, y este robusto muchacho para que la lleve; si te agrada, puedes sentarte sobre él (1).

PUEBLO.

¡Qué felicidad recobrar mi antiguo estado!

AGORÁCRITO.

Eso lo podrás decir cuando te entregue las treguas por treinta años. ¡Hola, Treguas (2), presentaos pronto!

PUEBLO.

¡Júpiter supremo! ¡Qué hermosas son! Dime, por los dioses: ¿puede tratarse con ellas? ¿dónde las encontraste?

AGORÁCRITO.

Pues qué, ¿no las tenía guardadas el Paflagonio para que tú no las hallases? Yo te las doy; véte al campo y llévatelas.

PUEBLO.

¿Qué castigo vas á imponer á ese Paflagonio que ha hecho tanto mal?

---

(1) Casi todas estas palabras y las de las contestaciones siguientes tienen un doble sentido obsceno.

(2) Personifica las *Treguas* convirtiéndolas en cortesanas. Despues de la muerte de Cleon y Brásidas (Tuc., v, 10) se pactó una tregua de 30 años, que se rompió muy pronto.

AGORÁCRITO.

Uno pequeño. No le impondré más que el de ejercer mi antiguo oficio: vender chorizos en las puertas, y picar carnes de perros y burros (1). Cuando se embriague, reñirá con las prostitutas, y no beberá más agua que la de las bañeras.

PUEBLO.

Excelente idea: nadie más digno que él de destrozarse á denuestos con los bañeros y prostitutas. En recompensa de tantos beneficios te invito á venir al Pritáneo y á ocupar en él la silla de aquel miserable. Sígueme y coge esa túnica verde-rana. Conducid al Paflagonio al sitio donde ha de ejercer su oficio, para que lo vean los extranjeros á quienes solia ultrajar.

(1) Como se vé, cierta clase de fraudes tienen un antiquísimo abolengo.

FIN DE LOS CABALLEROS.

LAS NUBES.

NOTICIA PRELIMINAR.

«El año último dirigió el poeta sus ataques contra esos vampiros que, pálidos abrasados por incesante fiebre, estrangulaban en las tinieblas á vuestros padres y abuelos, y acostados en el lecho de los ciudadanos pacíficos enemigos de cuestiones, amontonaban sobre ellos procesos, citaciones y testigos, hasta el punto de que muchos acudieron aterrados al polemarca. Y esto no obstante, el año pasado abandonasteis al intrépido defensor que puso todo su ahinco en purgar de tales monstruos á la patria, precisamente cuando sembraba pensamientos de encantadora novedad, cuyo crecimiento impedisteis por no haberlos comprendido bien. Sin embargo, el autor jura á menudo, entre estas libaciones á Baco, que jamás oisteis mejores versos cómicos. Vergonzoso es que no comprendieseis de seguida su intencion profunda; pero al poeta le consuela el no haber desmerecido en la opinion de los doctos, aunque se hayan estrellado

sus esperanzas por vencer en audacia á sus rivales.»

Así explica Aristófanes, en la *Parábasis* de *Las Avispas*, el objeto de *Las Nubes*, y el elevado concepto que tenía formado de esta comedia, una de las más hermosas creaciones de su fantasía. *Las Nubes* son, en efecto, una sátira ingeniosa y trascendental de los vicios que en la educacion iban introduciéndose merced, especialmente, á la influencia de los sofistas, ídolo entónces de la juventud, que frecuentaba solícita sus escuelas. Los sofistas habian aparecido en Aténas en tiempo de Perícles, y, abusando de la invencion de Zenon el eleático, esgrimieron las armas de la dialéctica para satisfacer sus miras interesadas y ambiciosas. En sus discursos, exornados con todas las galas de la oratoria, no se proponian como objeto principal la demostracion científica de un sistema de verdades, sino el deslumbrar á sus oyentes, sosteniendo, con aquellos falaces argumentos que de ellos han recibido el nombre de sofismas, las más absurdas conclusiones y extrañas paradojas.

Ensoberbecidos con su ingenio, disputaban atrevidamente de *omni re scibili*, y sostenian indistintamente el pró y el contra en todas las cuestiones, llegando, por este funesto modo de filosofar, á convertir la varonil elocuencia antigua en un arte de disputar artificiosamente, á llevar las inteligencias al escepticismo y á la negacion de los dioses, y á relajar los más fuertes vínculos sociales con la predicacion de una moral cuyo único móvil era el

carpe diem y el placer. «El talento de hacer justo lo injusto, é injusto lo justo, que orgullosamente se atribuian, debia de ser, dice Schoell, siguiendo á Heeren (1), extremadamente peligroso en sus relaciones con la vida civil; pero áun producia un mal mayor, cual es el de echar por tierra el sentimiento de la verdad, que deja de ser respetable desde el momento en que se la considera discutible.»

Aristófanes, que siempre estaba con el látigo levantado contra todo abuso y todo error, lo descargó tambien sobre estos maestros ateos, vanos é inmorales, impulsado por el noble, levantado y patriótico pensamiento de restaurar aquel sistema de enseñanza que formó los héroes de Maraton é hizo reinar en las costumbres la modestia y la virtud; pero al hacerlo cometió la imperdonable falta de elegir como blanco de sus tiros y personificacion de los sofistas la venerable figura de Sócrates, que era precisamente el más declarado de sus enemigos. ¿Qué motivo pudo impulsar á Aristófanes á semejante eleccion y á acumular sobre la cabeza del virtuoso filósofo los anatemas con que quiere confundir la nueva educacion? ¿Por qué acusar de corruptor de la juventud al que sólo pretendia dirigirla al bien, de ateismo al hombre más piadoso, de avaricia al más generoso y desprendido, y de perderse en nebulosas especulaciones al que sen-

(1) *Histoire de la litterature grecque profane,* Paris, 1824, t. II, p. 329.

taba toda su filosofía sobre la base práctica de la moral? Digámoslo en dos palabras: por la misma popularidad de Sócrates y su especial manera de enseñar. Sócrates, que no explicaba dentro del recinto de una escuela, sino en los lugares más concurridos; que empleaba todos los recursos de su natural gracejo en la disputa y en la exposicion de sus doctrinas, era indudablemente el filósofo más conocido de los Atenienses, y sin duda por eso lo eligió Aristófanes para personificar en él toda la filosofía de su tiempo, obedeciendo á la necesidad de dar unidad á su comedia y de no convertirla en una polémica insípida ó pedante.

Es preciso, además, tener en cuenta, que Sócrates, como todos los genios, quizá no lo apareciera ante los ojos de sus contemporáneos hasta que su muerte depuró en él, por decirlo así, toda aquella especie de imperfeccion que empequeñece, cuando se las mira de cerca, las más grandes figuras. Desde luégo, áun los más furiosos detractores de Aristófanes no podrán ménos de confesar que habia motivo para engañarse al apreciar las miras del mártir de la cicuta, cuando se le veia discutir con chistes y cuentecillos entre la plebe ménos ilustrada, ó dar consejos *de arte amandi* á la bella cortesana Teodota.

Esta singular conducta cuando sus altos fines no eran bien conocidos, se prestaba indudablemente al ridículo; y por eso Sócrates, que despreciaba las vulgares preocupaciones que acerca de él existian, fué el blanco, como dice Séneca, de las envenenadas burlas de los cómicos. Porque no fué sólo Aristófanes quien le escarneció en el teatro; Eupólis y Amípsias le llamaron vanidoso, mendigo y ladron, y es de creer que tambien otros, dada la declarada guerra que entre poetas cómicos y filósofos y trágicos existia.

No pretendemos con esto justificar á Aristófanes, sino hacer constar que al componer *Las Nubes*, aparte de lo indisculpable de la sátira personal y calumniosa, procedió de buena fe, aunque con criminal ligereza, por haber confundido á Sócrates con la turba de sofistas cuya peligrosa enseñanza queria desterrar.

De todos modos, sus insultos no hallaron eco, por esta vez, en el público de Aténas, que, acostumbrado á la extremada licencia de los cómicos, tomaba á risa sus ultrajes y calumnias, ó los consideraba como grandes exageraciones. Pues sólo así se comprende que aplaudiese á un mismo tiempo los ataques de Aristófanes á Eurípides y su sistema dramático, y las tragedias del inspirado poeta. Sócrates, segun irrecusables testimonios, continuó despues de representadas *Las Nubes* siendo querido y respetado, y no pareció guardar resentimiento alguno contra su calumniador. Platon y Jenofonte, sus más afectos discípulos, tampoco tienen para él ni una palabra de censura: al contrario, el primero compuso en su honor un lisonjero dístico y le presentó en el *Banquete*, conversando amigablemente con el maestro sobre las interesantes teorías del arte, la belleza y el amor.

En vista de estos elocuentes hechos y de haber trascurrido nada ménos que veinticuatro años entre la primera representacion de *Las Nubes* y la muerte de Sócrates, ha caido ya en descrédito la opinion de que la comedia aristofánica fué la causa principal de la injusta condena del filósofo. Verdad es que sus enemigos presentaron contra él las mismas acusaciones que en *Las Nubes* se le hacen; pero tambien es cierto que no pasaron de ser pretextos especiosos acogidos por un tribunal decidido á condenar á muerte al que habia osado censurar la tiranía de los Treinta, y los atropellos de Nícias (1).

Quitado de *Las Nubes* el nombre de Sócrates, queda esta comedia como una de las más perfectas de Aristófanes. Muy lisonjeros juicios se han formulado sobre ella; pero como entre los más acertados figura el que mi particular amigo D. Fermin Herran tuvo la bondad de poner al frente de mi version en el año 1875, lo inserto á continuacion, aprovechando esta oportunidad de agradecerle los amables é inmerecidos elogios de que entónces me colmó.

«El argumento de *Las Nubes* es sencillísimo; pa»récese en esto á algunos de nuestros autos sacra»mentales en que la accion se desenvuelve sin tro»piezo, sin incidentes que la compliquen, ni episo»dios que la armonicen; ligera, sencilla y fácilmen»te comprensible.

(1) Véase sobre *Las Nubes*, y la multitud de trabajos á que han dado lugar, Muller, *Hist. de la litt. grecque*, t. II.

»Estrepsíades, personaje que Aristófanes nos »presenta como la personificacion del fraude, tipo »que excita la repugnancia, sin dejar de interesar »por eso, es un hombre que agobiado de deudas y »no teniendo con qué pagarlas, discurre los medios »de burlar á sus acreedores dejando á salvo su res»ponsabilidad, única cosa que le atemoriza, no por »la nota que sobre él podrá echar, sino por la mate»rialidad del pago á que se veria obligado. Y en »vez de recurrir á la economía, disminuyendo sus »gastos, deshaciéndose de lo superfluo, ó arbitrando »recursos de cualquiera manera, cree haber resuelto »la cuestion enviando á su hijo Fidípides á la es»cuela de Sócrates, donde debia aprender á con»vencer con su elocuencia á los más rehacios de »sus acreedores, logrando de este modo, y en caso »de ser citado á juicio, ganar el pleito obteniendo »sentencia favorable, para lo cual habia de llevar »prevenidos dos discursos, uno justo y otro injusto. »Pero, en un principio, su hijo Fidípides, que está »muy léjos de ser un modelo de respeto y cariño »filial, se niega á ir á la escuela, pretextando la an»tipatía que siente por aquellos sabios, viéndose »Estrepsiades obligado á presentarse él mismo en »la escuela, donde es admitido, empezando á recibir »las lecciones de Sócrates, que renuncia á sacar »partido de un discípulo tan estúpido y desmemo»riado que sólo recuerda de lo que le enseñan »aquello que tiene relacion con la manía que le »ocupa. Viendo que por sí mismo nada consigue, »logra, si no convencer, persuadir á su hijo á en-

»trar en la escuela, de donde sale con los conoci»mientos que deseaba, los cuales emplea, no en »salvar á su padre de los rigores de una sentencia »inminente, sino en cohonestar con argucias ó so»fismas su conducta depravada; lo que obliga á »Estrepsíades á renegar del talento de su hijo y »maldecir la hora en que abrigó la idea de que lo »adquiriese. Ansiando tomar venganza de los auto»res de su mal, quema la casa de Sócrates, y ter»mina la comedia.

»Como se ve, la accion marcha por sí sola, sin »que nada la detenga ni precipite; y la moral, »aunque un poco tergiversada, es clara y prove»chosa, y pudiera condensarse en estas palabras: »del mal no puede venir el bien.»

»Por el argumento no podria llamarse á Aristó»fanes notable dramático, toda vez que el ingenio »más mediano es capaz de concebir un asunto tan »sencillo; pero hay circunstancias que le avaloran »y engrandecen, poniendo á su autor en elevado »lugar.

»El diálogo, siempre vivo y animado, se hace »notable é interesa por la oportunidad de las ré»plicas y agudeza de las observaciones. La sátira »punzante que encierra, las transparentes alusio»nes que pone en boca de sus personajes le reco»miendan y enaltecen, y los chistes en que abunda »hacen la accion amena é interesante en sumo »grado: la intervencion del coro podria hacerla pe»sada y algo monótona, pero es necesaria, toda vez »que el comentario puesto en su boca hace las veces

»de moraleja, ilustracion del texto, y explicacio»nes de los pasajes, además de que, dadas las cos»tumbres de entónces en aquel país, no podia pres»cindirse de él.

»Cuanto de ridículo tienen algunos personajes de »la comedia está sacado á luz con tanta gracia, »con tal oportunidad, que á pesar de reconocer »muchas veces la injusticia y encono de los tiros, »se aplaude la puntería en gracia del chiste.

»En los episodios, en ciertas escenas, en deter»minadas situaciones, luce esplendorosa la habili»dad del autor de *Las Nubes*. El diálogo entre lo »*Justo* y lo *Injusto* es admirable y verdadera obra »maestra de ática ironía. El poner en boca del hijo, »niño mimado é insolente, los sofismas que para »defender lo contrario, ó al ménos lo distinto, ha »expuesto el padre, bonachon y débil, es de éxito »grande y efecto oportuno, como lo es la famosa »escena entre el viejo y el filósofo, cuya irónica »gracia, cuya petulancia é intencion son muy su»periores á todo encarecimiento.

»Sintetizando: argumento sencillo, lenguaje se»lecto, diálogos chispeantes y animados, caracteres »bien dibujados y correctos, episodios divertidos é »interesantes.»

La representacion de *Las Nubes* tuvo lugar, segun la opinion más probable, el año primero de la Olimpiada ochenta y nueve, ó sea el 424 a. J. C. El mismo Aristófanes lo indica al lamentarse de su mal éxito en la parábasis de *Las Avispas*, representadas el 423, y al hablar en aquella comedia de

Cleon, como si viviese todavía, siendo así que el célebre demagogo murió en el año décimo de la guerra del Peloponeso, que corresponde al segundo de la Olimpiada ochenta y nueve.

PERSONAJES.

ESTREPSÍADES.
FIDÍPIDES.
UN ESCLAVO DE ESTREPSÍADES.
DISCÍPULOS DE SÓCRATES.
SÓCRATES.
CORO DE NUBES.
EL RAZONAMIENTO JUSTO.
EL RAZONAMIENTO INJUSTO.
PÁSIAS, *acreedor*.
UN TESTIGO DE PÁSIAS.
AMÍNIAS, *acreedor*.
QUEREFON.

LAS NUBES.

La escena representa el dormitorio de Estrepsíades. Este aparece en su lecho, y próximos á él duermen su hijo y los esclavos.

ESTREPSÍADES.

¡Oh Júpiter supremo! ¿Es acaso interminable la duracion de las noches? ¿Nunca se hará de dia? Mucho tiempo ha que he oido el canto del gallo, y sin embargo, los esclavos áun están roncando: ántes no sucedia esto. Maldita sea la guerra, que me impide hasta el castigar á mis esclavos (1). Este buen mozo no despierta en toda la noche, y duerme profundamente (2), envuelto en las cinco mantas de su lecho. Pero probemos á imitarle...

¡Pobre de mí! no puedo conciliar el sueño. ¿Cómo he de dormir, si me atormentan los gastos, la ca-

---

(1) Sin duda por el temor de que evitasen los malos tratamientos pasando al campo enemigo. En *La Paz* (verso 454) se indica esto mismo con más claridad. La guerra á que alude Aristófanes es la del Peloponeso.

(2) *Verum pedit.*

balleriza y las deudas que he contraido por causa de este hijo? El cuida su cabellera, cabalga, guia un carro y sueña con caballos; y yo me siento morir cuando llega el dia veinte del mes, porque se acerca el momento de pagar los intereses... (1). Muchacho, enciende la lámpara y tráeme el libro de cuentas, para que examine los gastos, y averiguando á quiénes debo, calcule los intereses... Ea, veamos, ¿cuánto debo? «Doce minas á Pásias (2).» ¿Y por qué doce minas á Pásias? ¿En qué las he gastado? Cuando compré el Coppatia (3). ¡Desdichado de mí! ¡Ojalá me hubiesen vaciado ántes un ojo de una pedrada! (4).

FIDÍPIDES *(soñando)*.

Filon, guias mal: tu carro debe seguir á éste.

ESTREPSÍADES.

Hé aquí el mal que me mata: hasta durmiendo sueña con caballos.

FIDÍPIDES *(soñando)*.

¿Cuántas carreras es necesario dar en el certámen?

ESTREPSÍADES.

A tu padre sí que le haces dar carreras... ¿Pero qué deuda contraje (5) despues de la de Pásias?

(1) Los intereses de las cantidades tomadas á préstamo se pagaban á fin de mes.
(2) Cantidad equivalente á 4.179 reales 69 céntimos.
(3) Nombre de un caballo, derivado del coppa (90) signo de la numeracion griega, que marcado en la piel, designaria su precio.
(4) Porque entónces no lo hubiera comprado.
(5) Parodia de Eurípides, segun el escoliasta.

Veamos: «tres minas á Amínias (1) por el carro y las ruedas.»

FIDÍPIDES *(soñando)*.

Lleva el caballo á la cuadra y revuélcalo ántes en la arena.

ESTREPSÍADES.

¡Infeliz! tú si que das vuelco á mi fortuna; unos me tienen ya citado á los tribunales, otros me piden que les garantice el pago de los intereses (2).

FIDÍPIDES *(despertando)*.

Pero, padre, ¿qué te angustia que no haces más que dar vueltas toda la noche?

ESTREPSÍADES.

Me muerde cierto Demarco (3) de las camas.

FIDÍPIDES.

Por favor, querido, déjame dormir un poco.

ESTREPSÍADES.

Duerme en hora buena, pero sabe que todas estas deudas caerán sobre tu cabeza... ¡Oh! así perezca miserablemente aquella casamentera que me impulsó á contraer matrimonio con tu madre! Porque yo tenía una vida dulcísima, sencilla, grosera, descuidada y abundante en panales, ovejas y acei-

(1) Se cree que bajo este nombre Aristófanes alude á Amínias, hijo de Pronápos, autor de un decreto que prohibia á los poetas cómicos burlarse de los magistrados.
(2) Por medio de prendas ó hipotecas.
(3) *Demarco* se llamaba al jefe de un demo ó canton del Atica; uno de sus deberes era llevar un registro de las deudas de sus administrados, y apoderarse de los deudores morosos. Estrepsiades alude á ellos al quejarse de las pulgas de su lecho.

te. Despues, aunque era hombre del campo, me casé con la nieta de Megácles, hijo de Megácles, ciudadana soberbia, amiga de los placeres, con las mismas costumbres que Cesira (1). Despues del matrimonio, cuando nos acostábamos, yo no olia más que á mosto, higos y lana de mis ovejas; ella por el contrario, apestaba á pomadas y esencias, y sólo deseaba besos amorosos, lujo, comilonas y los placeres de Vénus (2). No diré que fuese holgazana, sino que tejía; y muchas veces, enseñándola esta capa, le decia con tal pretexto: «Esposa mia, *aprietas* (3) demasiado los hilos.»

UN ESCLAVO.

No tiene aceite la lámpara.

ESTREPSÍADES.

¡Ay de mí! ¿por qué has encendido una lámpara tan bebedora? Acércate para que te haga llorar.

EL ESCLAVO.

Y ¿por qué he de llorar?

ESTREPSÍADES.

Por haber puesto una mecha muy gorda... Despues, cuando nos nació este hijo, disputamos mi

(1) Mujer de Alcmeon, que se hizo famosa por su extraordinario lujo.

(2) Nos valemos de este rodeo para traducir las palabras Κωλιάδος y Γενετυλλίδος. Ambos son sobrenombres de Vénus, tomados, el primero del promontorio Cólias, sobre el cual tenía un templo; y el segundo del acto de la generacion. Bajo el primero se oculta un equívoco obsceno que autoriza más nuestra version.

(3) El verbo σπαθάω significa tambien *prodigar* y *dilapidar*.

buena mujer y yo acerca del nombre que habríamos de ponerle. Ella le posponia á todos los nombres el de caballo, queriendo que se llamase Jantipo, Caripo ó Calípides (1). Yo le llamaba Fidónides (2), como su abuelo. Tras largo debate, adoptamos, por fin, un término medio y le llamamos Fidípides (3). Su madre, tomándole en brazos, solia decirle entre caricias: «¡Cuándo te veré, hecho un hombre, venir á la ciudad, ricamente vestido y dirigiendo tu carro, como tu abuelo Megácles!...» Y yo le decia: «¡Cuándo te veré, vestido de pieles, traer las cabras del Feleo (4) como tu padre.....!» Pero nunca hizo caso de mis palabras. Y su aficion á los caballos (5) me ha perdido. Despues de haber meditado toda la noche, he encontrado un maravilloso expediente, que me salvará si consigo persuadir á mi hijo. Mas, ántes de todo, quiero despertarle. ¿Cómo haré para despertarlo dulcemente? ¿Cómo? ¡Fidípides, querido Fidípides! (6).

(1) Nombres en cuya composicion entran el sustantivo ἵππος (caballo) y los adjetivos ξανθὸς (rubio), Χαρίεις (gracioso y Καλλὸς (hermoso).

(2) Significa *económico*.

(3) Nombre compuesto de φειδὸς (económico) é ἱππὶς (diminutivo de caballo).

(4) Monte del Atica. V. *Acarnienses*, 273.

(5) Ιππερος, *enfermedad del caballo* (morbus equinus), palabra formada por Aristófanes á semejanza de ὕδεροσ, ἴκτερος.

(6) Φειδιππιδίφον, diminutivo de Fidípides, imposible de formarse bien en nuestra lengua, por lo cual nos valemos de un apelativo cariñoso equivalente: *Fidipidillo* sería interminable.

FIDÍPIDES.

¿Qué, padre mio?

ESTREPSÍADES.

Bésame y dáme tu mano derecha.

FIDÍPIDES.

Héla aquí. ¿Qué ocurre?

ESTREPSÍADES.

Dí: ¿me amas?

FIDÍPIDES.

Sí, por Neptuno ecuestre.

ESTREPSÍADES.

Por favor, no me recuerdes nunca á ese domador de caballos; es la causa de todos mis males. Si me amas de todo corazon, hijo mio, compláceme.

FIDÍPIDES.

¿Y en qué quieres que te complazca?

ESTREPSÍADES.

Cambia pronto de costumbres, y vé á aprender donde yo te mande.

FIDÍPIDES.

Explícate ya: ¿qué quieres?

ESTREPSÍADES.

¿Y me obedecerás?

FIDÍPIDES.

Te obedeceré, por Baco.

ESTREPSÍADES.

Mira á este lado. ¿Ves esa puertecita y esa casita?

FIDÍPIDES.

Las veo. ¿Pero qué quiere decir esto?

ESTREPSÍADES.

Esa es la escuela (1) de las almas sábias. Ahí habitan hombres que hacen creer con sus discursos que el cielo es un horno que nos rodea, y que nosotros somos los carbones (2). Los mismos enseñan, si se les paga, de qué manera pueden ganarse las buenas y las malas causas.

FIDÍPIDES.

Y ¿quiénes son esos hombres?

ESTREPSÍADES.

No sé bien cómo se llaman. Son personas buenas dedicadas á la meditacion.

FIDÍPIDES.

¡Ah, los conozco, miserables! ¿Hablas de aquellos charlatanes pálidos y descalzos, entre los cuales se encuentran el perdido Sócrates y Querefon (3).

ESTREPSÍADES.

¡Eh! calla: no digas necedades. Antes bien, si te conmueven las aflicciones de tu padre, sé uno de ellos y abandona la equitacion.

---

(1) La palabra griega φροντιστήριον tiene una gracia intraducible: literalmente significa *un pensadero*.

(2) Doctrina de Hippon de Sámos. El escoliasta de Aristófanes dice que en esta opinion fué tambien ridiculizada por el poeta Crátes. En *Las Aves* (v. 101) se pone en boca del geómetra Meton.

(3) Querefon era uno de los discípulos más asiduos de Sócrates, segun Platon. *(Apología.)* Diógenes Laercio *(lib.* II. *Sócrates*, 16*)* dice que á él dió la Pitonisa aquel conocido oráculo: *Sócrates es el sabio entre los hombres.* Aristófanes le llama νυκτερίς, *murciélago*, *(Aves*, v. 1296 y 1564.)

FIDÍPIDES.

No lo haré, por Baco, aunque me dieses todos los faisanes que cria Leógoras (1).

ESTREPSÍADES.

¡Oh! por favor, queridísimo hijo, vé á la escuela.

FIDÍPIDES.

Y ¿qué aprenderé?

ESTREPSÍADES.

Dicen que enseñan dos clases de discursos: uno justo, cualquiera que sea, y otro injusto (2); con el segundo de éstos afirman que pueden ganar hasta las causas más inicuas. Por tanto, si aprendes el discurso injusto, no pagaré ni un óbolo (3) de las deudas que tengo por tu causa.

FIDÍPIDES.

No puedo complacerte. Me sería imposible mirar á un jinete si tuviese el color de la cara tan perdido.

ESTREPSÍADES.

Por Céres, no comereis ya á mis espensas ni tú, ni tu caballo de tiro, ni tu caballo de silla (4); sino que te echaré de casa enhoramala (5).

---

(1) Célebre gloton, padre del orador Andócides.
(2) Literalmente *mejor* y *peor*.
(3) Valia próximamente tres cuartillos de nuestro real de vellon.
(4) Σαμφόρας designa un caballo marcado con la letra sigma, circunstancia que parece designar un caballo de lujo.
(5) Literalmente *á los cuervos* (ἐς κόρακας.)

FIDÍPIDES.

Mi tio Megácles no me dejará sin caballos. Me voy, y no hago caso de tus amenazas.

(Aquí debe haber mutacion de escena, puesto que Estrepsiades va á llamar en la puerta de Sócrates.)

ESTREPSÍADES.

Sin embargo, aunque he caido, no he de permanecer en tierra (1), sino que invocando á los dioses iré á esa escuela y recibiré yo mismo las lecciones. Pero ¿cómo, siendo viejo, olvidadizo y torpe, podré aprender discursos llenos de exquisitas sutilezas? Marchemos. ¿Por qué me detengo y no llamo á la puerta? ¡Esclavo! ¡Esclavo!

UN DISCÍPULO.

¡Vaya al infierno! ¿Quién golpea la puerta?

ESTREPSÍADES.

Estrepsíades, hijo de Fidon, del canton de Cicinno (2).

EL DISCÍPULO.

¡Por Júpiter! campesino habias de ser para golpear tan brutalmente la puerta y hacerme abortar (3) un pensamiento que habia concebido.

ESTREPSIADES.

Perdóname, porque habito léjos de aquí, en el

---

(1) Quiere decir que no se da por vencido.
(2) Uno de los cantones del Atica.
(3) Alusion al oficio de partera que tenía la madre de Sócrates. Este solia llamarse comadron de las almas.

campo; pero dime: ¿cuál es el pensamiento que te he hecho abortar?

EL DISCÍPULO.

No me es permitido decirlo más que á los discípulos.

ESTREPSÍADES.

Dímelo sin temor, porque vengo á la escuela como discípulo.

EL DISCÍPULO.

Lo diré: pero ten en cuenta que esto debe de ser un misterio. Preguntaba ha poco Querefon á Sócrates cuántas veces saltaba lo largo de sus patas una pulga que habia picado á Querefon en una ceja y se habia lanzado luégo á la cabeza de Sócrates (1).

ESTREPSÍADES.

Y ¿cómo ha podido?...

EL DISCÍPULO.

Muy ingeniosamente. Derritió un poco de cera, y cogiendo la pulga sumergió en ella sus patitas. Cuando se enfrió la cera, quedó la pulga con una especie de borceguíes pérsicos (2). Se los descalzó Sócrates y midió con ellos la distancia recorrida por el salto.

ESTREPSÍADES.

¡Supremo Júpiter, qué inteligencia tan sutil!

(1) Burla sobre las espesas cejas de Querefon y la calva de Sócrates.

(2) Calzado de mujer. Vid. *Lisístrata*, 229; *Las Fiestas de Céres*, 734; *Las Junteras*, 319.

EL DISCÍPULO.

¿Pues qué dirás si te cuento otra invencion de Sócrates?

ESTREPSÍADES.

¿Cuál? Dímela, te lo ruego.

EL DISCÍPULO.

El mismo Querefon Esfetiense le preguntó si creia que los mosquitos zumbaban con la trompa ó con el trasero.

ESTREPSÍADES.

¿Y qué dijo de los mosquitos?

EL DISCÍPULO.

Dijo que el intestino del mosquito es muy angosto, y que á causa de su estrechez el aire pasa con gran violencia hasta el trasero, y como el orificio de éste comunica con el intestino, el trasero produce el zumbido por la violencia del aire.

ESTREPSÍADES.

Por lo tanto, el trasero de los mosquitos es una trompeta. ¡Oh tres veces bienaventurado el autor de tal descubrimiento! Fácilmente obtendrá la absolucion de un reo quien conoce tan bien el intestino del mosquito.

EL DISCÍPULO.

Poco ha una salamandra le hizo perder un gran pensamiento.

ESTREPSÍADES.

Dime: ¿de qué manera?

EL DISCÍPULO.

Observando de noche el curso y las revoluciones de la luna, miraba al cielo con la boca abierta, y

entónces una salamandra le arrojó su excremento desde el techo.

ESTREPSÍADES.

¡Linda salamandra que hace sus necesidades en la boca de Sócrates!

EL DISCÍPULO.

Ayer por la tarde no teníamos cena.

ESTREPSÍADES.

¡Hem! ¿Y qué inventó para encontrar comida?

EL DISCÍPULO.

Extendió polvo sobre la mesa, dobló una barrita de hierro (1), y recogiendo despues el compas, escamoteó un vestido de la palestra.

ESTREPSÍADES.

¿Por qué admiramos ya á Táles? (2) Abre, abre prontamente la escuela, y preséntame á Sócrates cuanto ántes. Me impaciento por ser su discípulo. ¡Vivo! abre la puerta.—¡Oh Hércules! ¿De qué país son estos animales? (3).

EL DISCÍPULO.

¿De qué te admiras? ¿Con quiénes les encuentras semejanza?

ESTREPSÍADES.

Con los Lacedemonios hechos prisioneros en Pílos (4). ¿Pero por qué miran esos á la tierra?

(1) Como para hacer una demostracion de geometría.
(2) Célebre filósofo, el primero de los sabios de Grecia y fundador de la escuela jónica. (Vid. Diόg. Laercio, lib. I.)
(3) Esta transicion indica que la puerta se abre y se ve el interior de la escuela.
(4) Alude al mal aspecto que éstos debieron presentar

EL DISCÍPULO.

Investigan las cosas subterráneas.

ESTREPSÍADES.

Entónces buscan cebollas. No os cuideis más de eso: yo sé dónde las hay hermosas y grandes.—¿Y qué hacen esos otros con el cuerpo inclinado?

EL DISCÍPULO.

Investigan los abismos del Tártaro.

ESTREPSÍADES.

¿Para qué mira al cielo su trasero?

EL DISCÍPULO.

Es que aprende astronomía por su parte. Pero entrad, no sea que el maestro nos sorprenda.

ESTREPSÍADES.

No, todavía no: que estén aquí; tengo que comunicarles un asuntillo mio.

EL DISCÍPULO.

Es que no pueden permanecer largo tiempo al aire y en el exterior.

ESTREPSÍADES.

¡En nombre de los dioses! ¿qué son estas cosas? Decídmelo.

EL DISCÍPULO.

Esa es la astronomía.

ESTREPSÍADES.

¿Y ésta?

EL DISCÍPULO.

La geometría.

á causa del hambre sufrida durante el sitio de aquella ciudad. Vid. *Caballeros*, *passim*. Tucidides, IV, 15, 29-38.

ESTREPSÍADES.

¿Para qué sirve la geometría?

EL DISCÍPULO.

Para medir la tierra.

ESTREPSÍADES.

¿La que se distribuye á la suerte?

EL DISCÍPULO.

No. Toda la tierra.

ESTREPSÍADES.

¡Gracioso dicho! Hé aquí una idea muy popular y útil (1).

EL DISCÍPULO.

Hé aquí todo el circuito de la tierra. ¿Ves? Aquí está Atenas.

ESTREPSÍADES.

¿Qué dices? No te creo. No veo á los jueces en sesion (1).

EL DISCÍPULO.

Sin embargo, este es verdaderamente el territorio del Atica.

ESTREPSÍADES.

¿Y dónde están los Cicinenses mis compatriotas?

EL DISCÍPULO.

Hélos aquí; y mira tambien la Eubea, que, como ves, es muy larga.

(1) PLUTARCO *(Vida de Perícles*, 34.) asegura que Perícles calmó la irritacion del pueblo contra la guerra prometiendo distribuir los campos conquistados. Despues de la toma de Mitilene, realizó esta promesa, dividiéndola en tres mil lotes. (Tuc. III, 50.)

(2) Alusion á la manía de juzgar de los Atenienses, criticada en *Las Avispas*.

ESTREPSIADES.

Lo sé: Perícles y vosotros la habeis sometido á mil torturas (1). Pero ¿dónde está Lacedemonia?

EL DISCÍPULO.

¿Que dónde está? Héla aquí.

ESTREPSIADES.

¡Cuán cerca de nosotros! Meditad sobre esto y alejadla todo lo que se pueda.

EL DISCÍPULO.

Por Júpiter, eso es imposible.

ESTREPSÍADES.

Pues ya os pesará.—¡Calla! ¿y quién es ese hombre suspendido en el aire en un cesto?

EL DISCIPULO.

Él.

ESTREPSIADES.

¿Quién es él?

EL DISCÍPULO.

Sócrates.

ESTREPSIADES.

¡Sócrates! Anda y llámale fuerte.

EL DISCÍPULO.

Llámale tú; que yo no tengo tiempo.

ESTREPSIADES.

¡Sócrates! ¡Sócrates!

(1) El verbo griego παρατείνω significa *extender* y *torturar*. La isla de Eubea (Negro ponto) es de desproporcionada longitud y habia sufrido mucho durante la guerra del Peloponeso.

SÓCRATES.

Mortal (1). ¿Por qué me llamas?

ESTREPSIADES.

Ante todo, te ruego que me digas qué es lo que haces ahí.

SÓCRATES.

Camino por los aires y contemplo el Sol.

ESTREPSIADES.

Por tanto, ¿miras (2) á los dioses desde tu cesto y no desde la tierra? Si no es que...

SÓCRATES.

Nunca podria investigar con acierto las cosas celestes si no suspendiese mi alma y mezclase mis pensamientos con el aire que se les parece (3). Si permaneciera en el suelo, para contemplar las regiones superiores, no podria descubrir nada porque la tierra atrae á sí los jugos del pensamiento: lo mismo exactamente que sucede con los berros.

ESTREPSIADES.

¿Qué hablas? ¿El pensamiento atrae la humedad de los berros? Pero, querido Sócrates, baja, para que me enseñes las cosas que he venido á aprender.

SÓCRATES.

¿Qué es lo que te ha hecho venir?

---

(1) La palabra griega es mucho más enfática, y literalmente traducida significa *efímero*.

(2) 'Υπερφρονέω significa *mirar de alto á bajo* (despicere) y tambien *menospreciar*.

(3) Alusion á las ideas de Anaximenes Milesio, que decia eran principio de todas las cosas el aire y el infinito (Diog. Laer., lib. II) y que el alma se parecia á aquel primer elemento.

ESTREPSÍADES.

El deseo de aprender á hablar. Los usureros, los acreedores más intratables me persiguen sin descanso y destruyen los bienes que les he dado en prenda.

SÓCRATES.

¿Cómo te has llenado de deudas sin apercibirte?

ESTREPSIADES.

Me ha arruinado la enfermedad de los caballos, cuya voracidad es espantosa. Mas enséñame uno de tus dos discursos, aquel que sirve para no pagar. Sea cual fuere el salario que me pidas, juro por los dioses que te lo he de satisfacer.

SÓCRATES.

¿Por qué dioses juras? En primer lugar, es preciso que sepas que los dioses no son ya moneda corriente entre nosotros.

ESTREPSIADES.

¿Pues por quién jurais? Acaso por las monedas de hierro, como en Bizancio.

SÓCRATES.

¿Quieres conocer perfectamente las cosas divinas y saber sin engaño lo que son?

ESTREPSIADES.

Sí, por Júpiter, á ser posible.

SÓCRATES.

Y ¿hablar con las Nubes, nuestras divinidades?

ESTREPSIADES.

Mucho más.

SÓCRATES.

Sientate, pues, en el lecho sagrado.

ESTREPSIADES.

Ya estoy sentado.

SÓCRATES.

Coge esta corona.

ESTREPSIADES.

¿Para qué la corona? ¡Ay de mí!, Sócrates, no me sacrificarás como á Atámas (1).

SÓCRATES.

No: hacemos todas estas ceremonias con los iniciados.

ESTREPSIADES.

¿Y qué ganaré con esto?

SÓCRATES.

Llegarás á ser un molino de palabras, un verdadadero cascabel, fino como la flor de la harina: pero no te muevas.

ESTREPSIADES.

No me engañas, por Júpiter; si continúas empolvándome de ese modo me convertiré pronto en flor de harina (2).

---

(1) Alusion á una tragedia de Sófocles en que Atámas era llevado al sacrificio coronado de flores. Atámas abandonó á su mujer *Néfele* (la Nube), que se refugió en el Cielo, haciendo sufrir una prolongada sequía al país de su marido. Este, para evitar tamaño azote, se ofreció á sí mismo en sacrificio; pero en el momento de ir á ser inmolado, fué salvado por Hércules. El recuerdo de Atámas, con preferencia á otra víctima, es muy natural en esta comedia por la circunstancia de ser marido de la Nube.

(2) Sócrates (segun el escoliasta) esparcia harina sobre la cabeza de Estrepsíades, como se acostumbraba á hacer con las tortas de los sacrificios.

SÓCRATES.

Es necesario guardar silencio, anciano, y escuchar atentamente mis súplicas. Soberano señor, Aire inmenso que rodeas la sublime tierra, Eter luminoso, y vosotras, Nubes, diosas venerables, que engendrais los rayos y los truenos, levantaos, soberanas mias, y mostraos al filósofo en las alturas.

ESTREPSIADES.

No, todavía no, hasta que me cubra la cabeza con el manto doblado, no sea que me moje. ¡Pobre de mí! haber salido de casa sin mi montera de piel de perro.

SÓCRATES.

Venid pues, oh Nubes venerables, y mostraos á éste, ora ocupeis la sagrada cumbre del nevado Olimpo, ora formeis con las Ninfas la danza sagrada en los jardines del padre Océano, ora recojais en urnas de oro las aguas del Nilo, ora residais en la laguna Meótis, ó sobre las nevadas rocas del Mímas; oidme, aceptad mi sacrificio y mirad complacidas estas sagradas ceremonias.

CORO DE NUBES.

Del seno mugiente del Océano, nuestro padre, levantémonos, Nubes eternas, ligeras por nuestra naturaleza vaporosa, á las altas cumbres de los montes coronados de árboles seculares. Desde ellas veremos á lo léjos el horizonte montuoso, la tierra sagrada, madre de los frutos, el curso de los rios divinos, y el mar que murmura profundamente.

Puesto que el ojo infatigable del Eter brilla siempre con resplandeciente luz, disipemos la niebla oscura que nos rodea, y mostrémonos á la tierra con todo el esplendor de nuestra belleza inmortal.

SÓCRATES.

Indudablemente, habeis escuchado mis votos ¡oh Nubes venerables! ¿Has oido tú su voz acompañada de los mugidos del trueno?

ESTREPSIADES.

Yo tambien os adoro, santas Nubes, y quiero responder á vuestros truenos (1); á ello me obligan el miedo y el temblor; así es que, sea ó no lícito, quiero desahogarme (2).

SÓCRATES.

No te burles, ni hagas lo que esos cómicos miserables (3).—¡Silencio! Una multitud de diosas se adelantan cantando.

CORO.

Vírgenes imbríferas (4), vamos á visitar el pingüe territorio de Pálas y la amable tierra de Cécrope, patria de tan grandes hombres, donde se celebra el culto de los sagrados misterios, se ven el santuario místico de las santas iniciaciones (5), las ofrendas á los habitantes del Olimpo, los ele-

(1) *Vestrisque volo tonitrubus oppedere.*
(2) *Volo cacare.*
(3) Literalmente *tiznados con heces de vino.*
(4) Empleamos este adjetivo, que tal vez parecerá demasiado poético, porque ningun otro traduce con tanta exactitud el ὀμβροφόροι del original.
(5) El templo de Céres en Eléusis.

vados templos y las estatuas de los dioses, las procesiones religiosas, los sacrificios á las coronadas divinidades y los festines de todas las estaciones; y, cuando con la primavera vuelve la fiesta de Baco, los certámenes de los resonantes coros, y el grave sonido de las flautas.

ESTREPSÍADES.

¡Por Júpiter! Sócrates, dime: ¿Quiénes son aquellas mujeres que han cantado con tanta majestad? ¿Son algunas heroínas?

SÓCRATES.

No; estas son las celestes Nubes, grandes diosas de los hombres ociosos; que nos dan el pensamiento, la palabra y la inteligencia, el charlatanismo, la locuacidad, la astucia y la comprension.

ESTREPSÍADES.

Hé aquí por qué al oirlas parece que mi alma va á volar, y ya desea discutir sobre sutilezas, hablar del humo, contradecir y oponer argumentos contra argumentos. Así es que desearía, si fuese posible, verlas personalmente.

SÓCRATES.

Mira hácia aquel lado, hácia el monte Parneto. Yo las veo descender con lentitud.

ESTREPSIADES.

¿Donde? Enséñame.

SÓCRATES.

Míralas; vienen oblicuamente en gran número, á traves de los valles y los bosques.

ESTREPSÍADES.

Pero ¿qué es esto? sino las distingo.

Puesto que el ojo infatigable del Eter brilla siempre con resplandeciente luz, disipemos la niebla oscura que nos rodea, y mostrémonos á la tierra con todo el esplendor de nuestra belleza inmortal.

SÓCRATES.

Indudablemente, habeis escuchado mis votos ¡oh Nubes venerables! ¿Has oido tú su voz acompañada de los mugidos del trueno?

ESTREPSIADES.

Yo tambien os adoro, santas Nubes, y quiero responder á vuestros truenos (1); á ello me obligan el miedo y el temblor; así es que, sea ó no lícito, quiero desahogarme (2).

SÓCRATES.

No te burles, ni hagas lo que esos cómicos miserables (3).—¡Silencio! Una multitud de diosas se adelantan cantando.

CORO.

Vírgenes imbríferas (4), vamos á visitar el pingüe territorio de Pálas y la amable tierra de Cécrope, patria de tan grandes hombres, donde se celebra el culto de los sagrados misterios, se ven el santuario místico de las santas iniciaciones (5), las ofrendas á los habitantes del Olimpo, los ele-

(1) *Vestrisque volo tonitrubus oppedere.*
(2) *Volo cacare.*
(3) Literalmente *tiznados con heces de vino.*
(4) Empleamos este adjetivo, que tal vez parecerá demasiado poético, porque ningun otro traduce con tanta exactitud el ὀμβροφόροι del original.
(5) El templo de Céres en Eléusis.

vados templos y las estatuas de los dioses, las procesiones religiosas, los sacrificios á las coronadas divinidades y los festines de todas las estaciones; y, cuando con la primavera vuelve la fiesta de Baco, los certámenes de los resonantes coros, y el grave sonido de las flautas.

ESTREPSÍADES.

¡Por Júpiter! Sócrates, dime: ¿Quiénes son aquellas mujeres que han cantado con tanta majestad? ¿Son algunas heroínas?

SÓCRATES.

No; estas son las celestes Nubes, grandes diosas de los hombres ociosos; que nos dan el pensamiento, la palabra y la inteligencia, el charlatanismo, la locuacidad, la astucia y la comprension.

ESTREPSÍADES.

Hé aquí por qué al oirlas parece que mi alma va á volar, y ya desea discutir sobre sutilezas, hablar del humo, contradecir y oponer argumentos contra argumentos. Así es que desearía, si fuese posible, verlas personalmente.

SÓCRATES.

Mira hácia aquel lado, hácia el monte Parneto. Yo las veo descender con lentitud.

ESTREPSIADES.

¿Donde? Enséñame.

SÓCRATES.

Míralas; vienen oblicuamente en gran número, á traves de los valles y los bosques.

ESTREPSÍADES.

Pero ¿qué es esto? sino las distingo.

SÓCRATES.

Ahí, junto á la entrada.

ESTREPSÍADES.

Al fin las entreveo.

SÓCRATES.

Ahora las verás perfectamente si no tienes telarañas en los ojos (1).

ESTREPSÍADES.

Sí, por Júpiter: ¡oh diosas venerables! ya ocupan toda la escena.

SÓCRATES.

¡Y tú, que ignorabas su existencia y no las tenías por diosas!

ESTREPSÍADES.

No por cierto: pero las creia niebla, humo ó rocío.

SÓCRATES.

Por Júpiter, ¿no sabes que éstas alimentan á multitud de sofistas, á los adivinos de Turium, á los médicos, á los holgazanes que no se ocupan mas que de sus uñas, sortijas y cabellos, á los autores de ditirambos y á los charlatanes de vaciedades sublimes? A todos éstos los alimentan porque las celebran en sus cantos.

ESTREPSÍADES.

¿Por eso cantan en sus versos el ímpetu veloz de las húmedas Nubes que lanzan deslumbradores relámpagos, los cabellos erizados de Tifon, el de las cien cabezas, y las tempestades furiosas como aves

(1) *Nisi gramias in oculis habes instar cucurbitæ.*

de rapiña, que vuelan por el éter, nadando por el aire y los torrentes de lluvia que derraman las Nubes? (1) Y en premio de estos versos se comen los más grandes peces y la carne delicada de los tordos.

SÓCRATES.

¿Por causa de ellas, no es justo?

ESTREPSÍADES.

Pero dime, si en realidad son Nubes, ¿en qué consiste que parecen mujeres y sin embargo no lo son?

SÓCRATES.

¿Pues qué son entónces?

ESTREPSÍADES.

No lo sé bien: ahora me parecen copos de lana, pero de ninguna manera mujeres. Estas, sin embargo, tienen narices.

SÓCRATES.

Vamos, responde á mis preguntas.

ESTREPSÍADES.

Pregunta lo que quieras.

SÓCRATES.

¿No has visto alguna vez, mirando al cielo, una Nube parecida á un centauro, á un leopardo, á un lobo ó á un toro?

ESTREPSÍADES.

Sí, en verdad; y ¿á qué viene esto?

SÓCRATES.

A probarte que se transforman como quieren.

(1) Parodia del estilo hinchado é incoherente que solian emplear los malos poetas ditirámbicos.

Así, cuando ven á un hombre de larga cabellera y pecho velludo como el hijo de Jenofante, se burlan de su locura, cambiándose en centauros.

ESTREPSÍADES.

Y ¿qué hacen cuando ven á Simon, ladron del tesoro público?

SÓCRATES.

Para poner de manifiesto sus costumbres, se transforman en lobos.

ESTREPSÍADES.

Por eso es que ayer al distinguir á Cleónimo, que arrojó su escudo para huir, al verle tan cobarde se cambiaron en ciervos.

SÓCRATES.

Y ¿ves ahora? al mirar á Clístenes se han transformado en mujeres.

ESTREPSÍADES.

¡Salud, oh diosas! Si alguna vez lo habeis hecho por un mortal, romped vuestro silencio y dejad oir vuestra celeste voz, reinas omnipotentes.

CORO.

Salud, investigador de la sabiduría: y tú, sacerdote de las vaciedades más inútiles, dí para qué nos necesitas. Porque á ningun sofista de los que investigan las cosas del cielo escuchamos con tanto placer como á tí, excepto á Pródico (1): á éste le

(1) Sofista de grande ingenio muy elogiado por su alegoría del Vicio y la Virtud disputándose el alma de Hércules. Jenofonte (*Memorias de Sócrates*, lib. II) hace de ella una magnífica exposicion, y San Basilio habla de él con mucho aprecio recomendando á los jóvenes su lectura.

atendemos por su ingenio y por su ciencia; á tí por tu andar arrogante, por tu mirar desdeñoso, tu sufrimiento en caminar desnudo, y la majestad que imprimes á tu fisonomía.

ESTREPSÍADES.

¡Oh Tierra, qué voz tan sagrada, venerable y prodigiosa!

SÓCRATES.

Es que ellas son las únicas diosas; todas las demas son pura ficcion.

ESTREPSÍADES.

Pero entónces, dime, por la sagrada Tierra: ¿Júpiter olímpico no es dios?

SÓCRATES.

¿Cuál Júpiter? tú te burlas. No hay tal Júpiter.

ESTREPSÍADES.

¿Qué estas diciendo? ¿pues quién hace llover? Demuéstrame esto ántes de todo.

SÓCRATES.

Ellas: y voy á demostrarlo con grandes razones. ¿Has visto alguna vez que Júpiter haga llover sin Nubes? Si fuese él, sería necesario que lloviese estando el cielo sereno y despues de haberlas disipado.

ESTREPSÍADES.

Perfectamente: por Apolo, tu argumento me ha convencido. Yo creia ántes, como cosa cierta, que Júpiter para hacer llover orinaba en una criba. Pero dime: ¿quién produce el trueno? Esto me hace temblar.

SÓCRATES.

Las Nubes truenan cuando se revuelven sobre sí mismas (1).

ESTREPSÍADES.

¿De qué manera, hombre audaz?

SÓCRATES.

Cuando están muy llenas de agua y se ponen en movimiento arrastradas por su propio peso, al caer se entrechocan y rompen con estrépito.

ESTREPSÍADES.

Pero ¿quién las empuja para que se entrechoquen? ¿acaso Júpiter?

SÓCRATES.

De ningun modo: las empuja el Torbellino etéreo.

ESTREPSÍADES.

¿El Torbellino? En verdad, ignoraba que Júpiter no existia y que reinaba por él el Torbellino. Pero nada me has enseñado todavía del fragor de los truenos.

SÓCRATES.

¿No me has oido decir que cuando las Nubes llenas de agua caen unas sobre otras producen ese fragor á causa de su densidad?

ESTREPSÍADES.

¿Y cómo he de creer eso?

SÓCRATES.

Observando lo que á tí mismo te sucede, como

(1) Epicuro explicaba la formacion de la lluvia, el rayo y el trueno con las mismas razones que Aristófanes pone en boca de Sócrates. (Vid. Diog. Laert. lib. X. *Epicuro.*)

voy á demostrarte. Cuando en las Panateneas (1) cenas tanto que se te desarregla el vientre, ¿no has notado que este produce de repente algunos ruidos?

ESTREPSÍADES.

Sí á fe mia: y en seguida me atormenta, y se revuelve, ruge como el trueno, y despues estalla con estrépito. Primero hace, con ruido apénas perceptible, *pax*; luégo *papax*, en seguida *papappax*, y cuando hago mis necesidades es un verdadero trueno *pappappax*, lo mismo que las Nubes.

SÓCRATES.

Considera el gran ruido que haces con tu pequeño vientre; ¿será, pues, inverosímil el que el aire inmenso truene con estrepitoso fragor? Por eso las palabras *trueno* y *ventosidad* son semejantes.

ESTREPSÍADES.

Pero dime: ¿de dónde provendrá el rayo resplandeciente que á unos los reduce á cenizas y á otros los toca sin matarlos? Evidentemente Júpiter es quien lo lanza contra los perjuros.

SÓCRATES.

¡Pobre tonto, más viejo que el tiempo, la luna y el pan! ¿Cómo, si hiere á los perjuros, no ha abrasado ni á Simon, ni á Cleónimo, ni á Teoro? Estos son no poco perjuros. Sin embargo, vemos que hiere á su propio templo, al promontorio Sunio, y á las gigantescas encinas. ¿Por qué causa? una encina jamás es perjura.

(1) Fiestas en honor de Minerva.

ESTREPSÍADES.

No lo sé, pero me parece que discurres bien. Mas dime: ¿qué es el rayo?

SÓCRATES.

Si un viento seco se eleva y se encierra dentro de las Nubes, las hincha como si fueran una vejiga; despues cuando su misma fuerza las revienta se escapa violentamente comprimido por su densidad, y el ímpetu terrible con que estalla hace que se encienda á sí mismo.

ESTREPSÍADES.

En verdad, lo mismo me sucedió una vez en las fiestas de Júpiter. Asaba para mi familia un vientre sin haber tenido la precaucion de hacerle algunas incisiones; se habia hinchado mucho, y de repente reventó por medio y me saltó á los ojos su interior quemándome la cara.

CORO.

¡Oh tú que deseas aprender los arcanos de la ciencia, cuán dichoso serás entre los Atenienses y los demas Griegos, si tienes memoria y aplicacion y un alma constante para el sufrimiento; si no te cansas ni de permanecer quieto, ni de caminar; si no te hace mella el frio, ni deseas comer; si te abstienes del vino, de los ejercicios gimnásticos y de otras necedades, y piensas que es lo mejor y lo más propio de un hombre digno el sobresalir en las obras, en los consejos y en los combates de la palabra!

ESTREPSÍADES.

Si te hace falta un alma dura é insensible á los desveladores cuidados, y un estómago frugal acostumbrado á las privaciones y capaz de alimentarse con ajedrea, puedes contar conmigo; mi cuerpo es tan duro como un yunque.

SÓCRATES.

Promete tambien no reconocer ya más dioses que los que nosotros veneramos en concepto de tales; á saber: el Cáos, las Nubes y la Lengua; hé aquí las tres divinidades.

ESTREPSÍADES.

Nunca hablaré de otras aunque me tropezase con ellas, ni las honraré con sacrificios, libaciones ni incienso.

CORO.

Pide ahora confiadamente lo que deseas de nosotras, y lo obtendrás, si nos honras, nos admiras y procuras ser hombre hábil.

ESTREPSÍADES.

¡Oh dioses! lo que os pido es lo ménos que puede pedirse; haced tan sólo que sea el más elocuente de los Griegos.

CORO.

Concedido: ningun hombre de estos tiempos te superará en hacer bellos discursos.

ESTREPSÍADES.

No: eso no es lo que deseo, porque á mí jamás se me ocurre pronunciar grandes sentencias. Tan solo quiero resolver en mi favor los pleitos y escapar de las manos de los acreedores.

CORO.

Se cumplirá lo que deseas, pues no apeteces cosas

imposibles. Ponte confiadamente en manos de uno de nuestros sacerdotes.

ESTREPSÍADES.

Haré lo que me mandais, pues la necesidad aprieta por causa de los caballos y el matrimonio, que me han perdido. Hagan estos de mí ahora todo cuanto les plazca; yo les entrego mi cuerpo para que lo destrocen á fuerza de golpes, hambre, sed, calor y frio, y si quieren conviertan mi piel en una bota, con tal que no pague mis deudas y pase por hombre atrevido, charlatan, temerario, sin vergüenza, costal de mentiras, inventor de frases, trillado en los pleitos, litigante perpétuo, molino de palabras, zorro astuto, penetrante barreno, correa flexible, disimulado, escurridizo, fanfarron, insensible como el nudo de las maderas, impuro, veleta, y parásito impudente. Si todos los que me encuentren llegan á saludarme con todos estos calificativos, hagan mis maestros cuanto les agrade de mi persona; y si les gusta, por Céres, embutan mis intestinos y sírvanselos á los filósofos.

CORO.

Este hombre tiene una voluntad pronta y valiente. Ten entendido que la ciencia que te vamos á enseñar te hará conseguir tal gloria entre los mortales, que te levantará hasta el cielo.

ESTREPSÍADES.

Y ¿qué me sucederá?

CORO.

Que miéntras vivas, gozarás con nosotras una existencia extremadamente feliz.

ESTREPSIADES.

¿Acaso llegaré á ver eso?

CORO.

Habrá constantemente muchos sentados á tu puerta, deseando consultarte, hablar contigo y deliberar sobre infinitos pleitos y negocios en los que se cruzarán sumas inmensas. *(A Sócrates)* Pero enseña al viejo algunas de tus lecciones, sondea su espíritu y explora los alcances de su ingenio.

SÓCRATES.

Ea, dime qué clase de carácter tienes, para que, una vez conocido, pueda dirigir contra él nuevas máquinas.

ESTREPSÍADES.

¡Cómo! ¿Acaso piensas asaltarme como si fuera una muralla?

SÓCRATES.

No: solamente quiero hacerte algunas breves preguntas. En primer lugar, ¿tienes memoria?

ESTREPSÍADES.

Sí, por cierto, y de dos clases. Si me deben, tengo una memoria excelente; pero si debo, ¡pobre de mí! soy muy olvidadizo.

SÓCRATES.

¿Tienes alguna disposicion natural para la elocuencia?

ESTREPSÍADES.

Para la elocuencia no, pero sí para el fraude.

SÓCRATES.

Entónces, ¿cómo podrás aprender?

ESTREPSÍADES.

Perfectamente, no te inquietes por eso.

SÓCRATES.

Ea, manos á la obra; en cuanto yo te proponga alguna cuestion sobre las cosas celestes, te apoderas de ella inmediatamente.

ESTREPSÍADES.

¡Qué! ¿es preciso atrapar la sabiduría como un perro arrebata una tajada?

SÓCRATES.

¡Vaya un hombre ignorante y bárbaro! Me parece, anciano, que vas á necesitar algun correctivo. Vamos á ver, ¿qué haces cuando alguno te apalea?

ESTREPSÍADES.

Me dejo apalear; despues tomo testigos; en seguida ejercito mi accion ante el tribunal.

SÓCRATES.

Ea, quítate el vestido.

ESTREPSÍADES.

¿Te he ofendido en algo?

SÓCRATES.

No; pero la costumbre es entrar desnudo (1).

ESTREPSÍADES.

Yo no vengo aquí á buscar ninguna cosa robada (2).

SÓCRATES.

Abajo el vestido. ¿A qué decir tantas sandeces?

(1) Como en los misterios.
(2) El que penetraba en una casa para buscar un objeto que le habia sido robado y que suponia se hallaba escondido, debia, para evitar fraude, despojarse de sus vestidos.

ESTREPSÍADES.

Dime solo una cosa. Si soy muy aplicado y estudio con grande afan ¿á cuál de tus discípulos me pareceré?

SÓCRATES.

Serás enteramente semejante á Querefon.

ESTREPSÍADES.

¡Ay desgraciado de mí! Entónces seré un cadáver ambulante.

SÓCRATES.

No charles tanto. Apresúrate y sígueme hácia ese lado.

ESTREPSÍADES.

Dáme ántes una torta de miel, porque, al entrar ahí, siento tanto miedo como si bajase á la cueva de Trofonio (1).

SÓCRATES.

Anda: ¿por qué te detienes en la puerta?

CORO.

Marcha regocijado, sin que disminuya tu valor por eso. Ojalá tenga feliz éxito la empresa de este hombre, que en edad provecta ilustra su inteligencia con ideas nuevas y cultiva la sabiduría (2).

Expectadores, os diré francamente la verdad; lo juro por Baco, de quien soy discípulo (3). Así salga

(1) Con objeto de impedir el que pudieran ser reconocidos los resortes de la cueva de este célebre oráculo, los que penetraban en ella llevaban las manos ocupadas con tortas de miel para evitar, segun decian los sacerdotes, las mordeduras de las serpientes.
(2) Principia la *parábasis*.
(3) Tanto la tragedia como la comedia tuvieron su orí-

yo vencedor y sea tenido por sabio, como es cierto que creyéndoos personas de buen gusto, sometí por primera vez á vuestra aprobacion esta comedia, la mejor de las mias, trabajada con exquisito esmero. Y sin embargo, á pesar de no merecer tal desgracia, fuí vencido por rivales ineptos (1). Por esto me quejo de vosotros, ilustrados jueces, á quienes dediqué mis trabajos. Mas no por tal motivo he de recusar la opinion de los doctos, ante quienes es tan agradable comparecer, y que oyeron con tanta complacencia á mi *Prudente* y mi *Deshonesto* (2), cuando yo, (vírgen aún porque no me era lícito parir) (3) expuse el fruto de mi ingenio, que recogido por otra madre (4) fué educado liberalmente por vosotros; desde lo cual creia tener asegurada vuestra benevolencia. Ahora, pues, se presenta mi Comedia como una nueva Electra buscando con la vista á aquellos sabios espectadores; y de seguro que reconocerá, en cuanto lo vea, el

---

gen en las fiestas de Baco, por lo cual era este considerado como el dios de los poetas dramáticos. En todos los teatros la *timela* recordaba el altar donde primitivamente se sacrificó á Baco (V. la Introduccion).

(1) Uno de estos fué *Amípsias*, del cual nos ha conservado Diógenes Laercio algunos versos (*Vida de Sóc.*, 9).

(2) Personajes de la primera comedia de Aristófanes, *Los Detalenses*.

(3) Era necesario tener treinta ó cuarenta años de edad para poder presentar comedias en el teatro. Los autores que no los tenian las presentaban con el nombre de otro.

(4) Alude á Filónides y Calístrato, que presentaron como suya la primera comedia de Aristófanes.

rizo de su hermano (1). Reparad la decencia de sus costumbres. Es la primera que aparece en la escena sin venir armada de un instrumento de cuero, rojo por la punta, grueso y á propósito para hacer reir á los niños (2); que no se burla de los calvos ni baila el cordax (3); que no introduce un viejo golpeando con su baston á todos los que encuentra para disimular la grosería de sus chistes, ni asalta la escena agitando una antorcha y gritando ¡Io! ¡Io!; ni confia más que en sí misma y sus versos. Y yo, que soy su autor, ciertamente que no me enorgullezco (4) por tal cosa, ni procuro engañaros, presentándola dos y tres veces. Sino que siempre invento comedias nuevas, que no se parecen entre sí y son todas bellas é ingeniosas. Cuando Cleon estaba en todo su poder yo le he atacado frente á frente (5), pero en cuanto cayó cesé de insultarle. Los demas poetas, desde que Hipérbolo dió el ejemplo, atacan sin cesar al desgraciado sin perdonar ni á su madre. El primero de todos fué Eupólis, el cual presentó en escena su *Maricas* que no era otra cosa que un mal arreglo de mis *Caballeros*; sólo añadió una vieja embriagada

---

(1) Alusion al reconocimiento de Electra y Oréstes, en las *Coéforas* de Esquilo.

(2) Descripcion del falo. (V. *Los Acarnienses*.)

(3) Baile lascivo usado en la comedia antigua.

(4) El verbo κομάω significa *enorgullecerse* y *tener buenos cabellos*. Aristófanes era calvo, por lo cual esta palabra es muy graciosa en sus labios.

(5) Literalmente; «Le he herido en el vientre.» Alude á *Los Caballeros*.

que bailase el cordax, personaje inventado mucho tiempo hace por Frínico (1), que la exponia á la voracidad de un monstruo marino. Despues Hermipo presentó á Hipérbolo; y todos los demas cayeron sobre Hipérbolo imitando mi comparacion de las anguilas. ¡Ojalá los que rien en sus comedias no se diviertan con las mias! En cuanto á vosotros, que os deleitais con mi persona é invenciones, sereis considerados en el porvenir como personas de buen gusto.

SEMICORO.

Invoco primeramente en favor de este coro al gran Júpiter, rey del cielo y señor de los dioses; despues al prepotente númen cuyo tridente irresistible conmueve la tierra y los salados mares; y á tí, nuestro ilustre padre, venerable Eter, alma de todas las cosas; y á tí, oh Sol, domador de corceles, que vivificas la tierra con tus brillantes rayos, y eres una divinidad poderosa entre los inmortales y los hombres.

CORO.

Sabios espectadores, parad en esto la atencion. Nos quejamos de la injusticia con que nos tratais; puesto que recibiendo de nosotras vuestra ciudad más beneficios que de todos los demas dioses, sin embargo ni sacrificais ni haceis libaciones en

(1) El Frínico á quien alude Aristófanes es probablemente un poeta cómico contemporáneo suyo, y no el perfeccionador de la tragedia. Sus comedias carecian de invencion, y adolecian de defectos de versificacion y lenguaje.

honor de vuestras conservadoras. Si se decreta alguna expedicion insensata, inmediatamente tronamos ó llovemos. Cuando elegisteis general al zurrador Paflagonio (1), enemigo de los dioses, fruncimos las cejas y dimos muestras de grande indignacion; brilló el rayo acompañado de los estallidos del trueno; la luna abandonó su acostumbrado camino; y el sol (2), retirando su antorcha, negó sus resplandores á la tierra si Cleon era general. Sin embargo, le elegisteis, y desde entónces dicen que todas vuestras determinaciones son desacertadas, pero que los dioses convierten en buenas las faltas que cometeis. Os enseñaremos fácilmente la manera de aprovecharos de esto: apoderaos de Cleon (3), de esa paviota voraz, y, despues de condenarle por ladron y sobornador, encabrestadlo y ahorcadle contra una viga: de esta manera repararcis vuestra falta y conseguireis que produzca resultados en favor de la República.

SEMICORO.

Acude tú tambien, Febo soberano, dios de Délos,

(1) Cleon, célebre demagogo, objeto de los violentos ataques de Aristófanes en *Los Caballeros*. Si le llama Paflagonio, no es porque hubiera nacido en esa region del Asia menor, sino aludiendo á su voz fuerte y desentonada.

(2) Aristófanes parece aludir al eclipse que, segun Tucídides, tuvo lugar el año octavo de la guerra del Peloponeso á la hora del medio dia.

(3) Nótese que Aristófanes habla en este pasaje de Cleon como si viviese todavía, cuando poco ántes ha hecho mencion de su muerte Esta contradiccion hace creer que el texto de *Las Nubes* está formado con los de varias ediciones de la misma.

habitante de las elevadas y rocallosas cumbres del Cintio; y tú, Diana inmortal, que tienes en Efeso un templo de oro, donde te sirven magníficamente las hijas de los Lidios; y tú, Minerva, diosa de nuestra patria, señora de la égida, patrona de esta ciudad; y tú, alegre Baco, que vagas por la cima del Parnaso, al resplandor de las teas, entre las bacantes de Délfos.

CORO.

Cuando íbamos á marchar, la luna se ha acercado á nosotros y nos ha encargado en primer lugar que saludemos á los Atenienses y á sus aliados. Despues se ha mostrado enojada por la manera atroz con que la habeis tratado, cuando ella os presta mil servicios no de palabra sino de obra. Primeramente os economiza lo ménos un dracma de luz cada mes; puesto que todos los que salen al oscurecer dicen á su criado: «No compres antorchas porque la luz de la luna es muy hermosa.» Tambien dice que os hace otros muchos beneficios. Vosotros, en cambio, alterais de un modo lamentable el órden de los dias (1). Así es que en todos ellos tiene que sufrir las quejas de los dioses cuando vuelven á sus palacios frustradas sus esperanzas de una cena, que debia ofrecérseles segun el primitivo órden de los dias. Cuando es ocasion de hacer sacrificios, os hallais ocupados en los tribunales. Cuando uno ayuna llorando la muerte de Memnon ó de Sarpedon (1), otros rien y beben. Por eso nosotras hemos arrebatado su corona á Hipérbolo. cuando designado por la suerte, acudia este año á la asamblea de los Anfictiones. Así aprenderá á arreglar los dias conforme á las revoluciones de la luna.

(1) Este pasaje alude probablemente á la confusion que se introdujo en el calendario griego por causa del arreglo hecho por el astrónomo Meton.

SÓCRATES.

Juro por la respiracion, por el cáos y por el aire, no haber visto nunca un hombre tan grosero, tan estúpido y tan olvidadizo. Las sutilezas más sencillas las olvida ántes de haberlas aprendido. Sin embargo, le llamaré á la luz del dia. ¡Hola, Estrepsíades! Sal aquí y tráete la cama.

ESTREPSÍADES.

No me dejan llevarla las chinches.

SÓCRATES.

Colócala pronto y préstame atencion.

ESTREPSÍADES.

Héme aquí.

SÓCRATES.

¡Ea! dime: ¿cuál de las cosas que ignoras quieres aprender primero: los versos, la medida ó el ritmo?

ESTREPSÍADES.

La medida. Precisamente un comerciante de harina me defraudó el otro dia dos kénices (2).

(1) Hijos de Júpiter.
(2) El *kénice* ático (χοῖνιξ) valia litros 1,08.

SÓCRATES.

No te pregunto eso; sino qué medida te parece más hermosa, la de tres ó la de cuatro (1).

ESTREPSIADES.

Ninguna hay mejor que el semisextario (2).

SÓCRATES.

¡Pobre hombre! sólo dices necedades.

ESTREPSÍADES.

¿Qué apuestas á que el semisextario es la medida de cuatro?

SÓCRATES.

¡Vé enhoramala! ¡Cuidado que eres díscolo y grosero! Vamos á ver si aprendes con más facilidad algo del ritmo.

ESTREPSÍADES.

¿De qué me servirá el ritmo para vivir?

SÓCRATES.

Serás amable y chistoso cuando conozcas el ritmo enoplio (3) y el del dáctilo.

ESTREPSÍADES.

¿El del dáctilo? Por Júpiter, ya le conozco.

SÓCRATES.

Pues dilo.

---

(1) Literalmente el trímetro ó el tetrámetro. Sócrates habla de la medida de los versos, y Estrepsíades entiende la medida ordinaria.

(2) El *semisextario* (ἡμίεκτον) valia cuatro kénices, lo que en sentir del viejo equivale al tetrámetro.

(3) El *ritmo enoplio* se componia de dos dáctilos y un espondeo.

ESTREPSÍADES (1).

Este. Cuando era jóven me servia de este otro.

SÓCRATES.

Eres tonto y grosero.

ESTREPSÍADES.

Pero, desdichado, ¡si yo no quiero aprender ninguna de esas cosas!

SÓCRATES.

¿Pues cuáles quieres?

ESTREPSÍADES.

Aquel, aquel razonamiento injusto.

SÓCRATES.

Pero ántes es necesario aprender otras cosas. En primer lugar, tienes que saber cuáles son los cuadrúpedos machos.

ESTREPSÍADES.

¿Pues no lo sé, ó acaso estoy loco? El carnero, el cabron, el toro, el perro, el faisan... (2).

SÓCRATES.

¿Ves lo que haces? llamas faisan á la hembra lo mismo que al macho.

ESTREPSÍADES.

¿Cómo es eso?

SÓCRATES.

¿Cómo? faisan y faisan.

---

(1) Dáctilo significa dedo. Estrepsíades usa esta palabra en un doble sentido, que debia comprenderse por medio de la accion.

(2) En griego, ἀλεκτρυὼν *(gallo)*. Hacemos esta variacion para que se entienda con más facilidad lo siguiente.

ESTREPSÍADES.

Verdad es lo que dices, por Neptuno. ¿Mas de qué modo llamaré á la hembra?

SÓCRATES.

Faisana; y al otro faisan (1).

ESTREPSÍADES.

Faisana. Tienes razon, por el Aire. Sólo por eso he de llenar de trigo tu troj (2).

SÓCRATES.

Nueva falta. Haces masculino un nombre femenino.

ESTREPSÍADES.

¿Cómo hago masculina la troj?

SÓCRATES.

Lo mismo que diciendo Cleon (3).

ESTREPSÍADES.

¿Por qué razon? explícate.

SÓCRATES.

Dices troj lo mismo que Cleon.

ESTREPSÍADES.

Pero, querido, si Cleon no tenía troj y amasaba la harina en un mortero redondo. Acabemos. ¿Cómo deberé decir?

SÓCRATES.

¿Cómo? diciendo *troja* como dices *Sóstrata*.

(1) 'Αλεκτρύαιναν τὸν δ' ἕτερον ἀλέκτορα.
(2) Lit.: de harina tu artesa. Como todos los argumentos de Sócrates se fundan en tener κάρδοπος *(artesa)* terminacion masculina no obstante ser del género femenino, hemos tenido que buscar un equivalente, para hacer inteligible el pasaje.
(3) El texto original dice: *Cléonimo.*

ESTREPSÍADES.

¡*Troja!*

SÓCRATES.

Así está bien.

ESTREPSÍADES.

De modo que debe decirse *troja*, Cleona.

SÓCRATES.

Tambien debes aprender á distinguir en los nombres de las personas cuáles son masculinos y cuáles femeninos.

ESTREPSÍADES.

Conozco perfectamente los que son femeninos.

SÓCRATES.

Di algunos.

ESTREPSÍADES.

Lisila, Filina, Clitágora, Demetria.

SÓCRATES.

¿Y qué nombres son masculinos?

ESTREPSÍADES.

Muchísimos. Filóxeno, Meléxias, Amínias.

SÓCRATES.

Pero, tonto, esos no son masculinos.

ESTREPSÍADES.

¿No son masculinos para vosotros?

SÓCRATES.

De ninguna manera. ¿Cómo dirás para llamar á Amínias?

ESTREPSÍADES.

¿Cómo diré? así: ¡Aminia! ¡Aminia! (1).

(1) El vocativo de Amínias tiene en griego terminacion femenina.

SÓCRATES.

¿Lo ves? Ya llamas á Amínias como si fuera una mujer.

ESTREPSÍADES.

Y ¿no es justo llamar así al que no va al ejército? Mas ¿para qué aprendo lo que todos sabemos?

SÓCRATES.

Para nada, en verdad. Pero acuéstate ahí...

ESTREPSÍADES.

¿Qué hago?

SÓCRATES.

Pensar un poco en tus asuntos.

ESTREPSÍADES.

Por favor, no me mandes tenderme en esa cama. Si es de todo punto preciso el acostarse, déjame meditar sobre el duro suelo.

SÓCRATES.

Eso es imposible.

ESTREPSÍADES.

¡Infeliz de mí, cuánto me van á atormentar hoy las chinches!

SÓCRATES.

Medita y reflexiona; reconcentra tu espíritu, y hazle discurrir en todos sentidos. Cuando tropieces con alguna dificultad, pasa inmediatamente á otro asunto, y así el dulce sueño huirá de tus párpados.

ESTREPSÍADES.

¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

SÓCRATES.

¿Qué te pasa? ¿Qué te aflige?

ESTREPSÍADES.

Perezco miserablemente; las chinches, que brotan de esta cama, me muerden, me desgarran los costados, me chupan la sangre, me ulceran todo el cuerpo (1) y me matan.

SÓCRATES.

No te quejes tan fuerte.

ESTREPSÍADES.

Cómo no he de gritar si he perdido mis bienes, mi sangre, mi alma y mis zapatos, y para colmo de males, voy á perder aquí lo poco que me queda.

SÓCRATES.

¡He, tú! ¿qué haces? ¿No meditas?

ESTREPSÍADES.

Sí, por Neptuno.

SÓCRATES.

Y ¿en qué piensas?

ESTREPSÍADES.

Pienso en si dejarán algo de mí las chinches.

SÓCRATES.

Te perderás sin remedio.

ESTREPSÍADES.

¡Pero, buen hombre, si ya estoy perdido!

SÓCRATES.

No desfallezcas, y envuélvete bien. Es preciso discurrir algun fraude, algun paliativo.

ESTREPSÍADES.

¡Ay! ¿quién me arrojará como paliativo una piel de carnero?

(1) *Et testiculos evellunt, et culum perfodiunt.*

SÓCRATES.

Ea, veré primeramente lo que hace éste. ¡Hola! ¿duermes?

ESTREPSÍADES.

No, por Apolo.

SÓCRATES.

¿Tienes algo?

ESTREPSÍADES.

Nada tengo.

SÓCRATES.

¿Nada absolutamente?

ESTREPSÍADES.

Nada más que esto (1).

SÓCRATES.

Cúbrete y discurre algo.

ESTREPSÍADES.

¿Sobre qué? contesta, Sócrates.

SÓCRATES.

Di tú lo que quieres hallar primeramente.

ESTREPSÍADES.

¿No lo has oido mil veces? quisiera hallar el medio de no pagar los intereses á ningun usurero.

SÓCRATES.

Pues manos á la obra, cúbrete, fija tu inteligencia en un pensamiento sutil y estudia minuciosamente el asunto, distinguiendo bien sus diferentes partes y reflexionando sobre ellas.

ESTREPSÍADES.

¡Ay de mí!

(1) *Nihil, nisi penem hunc, quem teneo dextera.*

SÓCRATES.

Tranquilízate; si tropiezas con alguna dificultad, sepárate de ella; y en seguida vuelve al mismo pensamiento y reflexiona sobre él.

ESTREPSÍADES.

¡Ay, queridísimo Sócrates!

SÓCRATES.

¿Qué pasa, anciano?

ESTREPSÍADES.

Ya he dado con un medio de no pagar los intereses.

SÓCRATES.

Manifiéstalo.

ESTREPSÍADES.

Di: ¿si yo comprase una hechicera de la Tesalia, que hiciera bajar de noche á la luna y la guardase despues encerrada en una caja redonda, como si fuera un espejo...?

SÓCRATES.

¿Para qué puede servirte...?

ESTREPSÍADES.

¿Para qué? si la luna no volviese á salir, yo no tendria que pagar más intereses.

SÓCRATES.

¿Cómo?

ESTREPSÍADES.

Porque los intereses se pagan cada mes.

SÓCRATES.

Perfectamente. Pero yo voy á proponerte otra astucia. Dime, si se dicta contra tí una sentencia que te condena al pago de cinco talentos, ¿cómo te arreglarás para que desaparezca?

ESTREPSÍADES.

¿Cómo? ¿cómo? no sé: pero es preciso hallar un medio.

SÓCRATES.

No concentres siempre el pensamiento dentro de tí mismo; dale suelta y déjale volar como un escarabajo á quien se ata un hilo al pié para que no se escape.

ESTREPSÍADES.

He hallado un medio ingeniosísimo para anular la sentencia; tú vas á ser de mi opinion.

SÓCRATES.

¿Cuál?

ESTREPSÍADES.

¿Has visto alguna vez en la tienda de los droguistas una piedra hermosa y diáfana, que sirve para encender fuego?

SÓCRATES.

¿Hablas del cristal?

ESTREPSÍADES.

Del mismo.

SÓCRATES.

Y bien, ¿qué harias?

ESTREPSÍADES.

Cogeria el cristal, y cuando el escribano escribiera la sentencia, yo, permaneciendo bastante separado, derretiria (1) al sol el documento que me condenaba.

(1) Se escribia sobre tablas cubiertas de una ligera capa de cera.

SÓCRATES.

Ingeniosísimo, por las Gracias.

ESTREPSÍADES.

¡Qué placer, borrar una sentencia que me condena al pago de cinco talentos!

SÓCRATES.

Vamos á ver si encuentras pronto esto.

ESTREPSÍADES.

¿Qué?

SÓCRATES.

El modo de contradecir la peticion del demandante en un juicio, cuando ya vas á ser condenado, por falta de testigos.

ESTREPSÍADES.

Eso es sumamente fácil.

SÓCRATES.

Veamos.

ESTREPSÍADES.

Cuando no quedase por sentenciar más que un pleito ántes del mio, correria á ahorcarme.

SÓCRATES.

Eso nada vale.

ESTREPSIADES.

¿Pues no ha de valer? Por los dioses, ¿quién me pondria pleito despues de mi muerte?

SÓCRATES.

Desvarías. Véte de aquí; no quiero enseñarte más.

ESTREPSIADES.

Por los dioses, querido Sócrates, dime la causa.

SÓCRATES.

Porque olvidas al instante todo cuanto se te enseña. Y si no, dime: ¿qué era lo que has aprendido primeramente?

ESTREPSIADES.

Veamos: ¿qué era lo primero? ¿qué era lo primero?... ¿qué era aquello en que guardábamos el trigo?... ¡Ay de mí! ¿qué era?

SÓCRATES.

Vaya enhoramala el más desmemoriado y el más estúpido de todos los viejos.

ESTREPSIADES.

¡Ah desdichado! ¿qué será de mí? Soy perdido, por no haber aprendido á manejar bien la lengua. Vosotras, oh Nubes, dadme algun buen consejo.

CORO.

Nosotras, anciano, te aconsejamos que si tienes educando á algun hijo, lo envies para que estudie por tí.

ESTREPÍSADES.

Tengo un hijo bueno y hermoso; pero no quiere estudiar. ¿Qué haré?

CORO.

Y ¿tú toleras eso?

ESTREPSIADES.

Es vigoroso y de buena constitucion, y desciende por parte de madre de la noble familia de Cesira. Me dirigiré á él, y si se niega, no cómo pan hasta que no lo eche de casa. Entra, tú, adentro y espérame un poco.

CORO.

¿Reconoces (1) que nosotras te proporcionamos más bienes que todos los demas dioses? Porque ese está dispuesto á hacer todo cuanto le mandes. El pobre hombre queda atónito y deslumbrado por tu ingenio; procura sacar de él todo cuanto puedas, y que sea pronto, porque no suelen durar mucho tan buenas disposiciones.

ESTREPSIADES.

No, no permanecerás más en esta casa, lo juro por la Niebla: lárgate, y cómete las columnas (2) de tu tio Megácles.

FIDIPIDES.

¡Desgraciado! ¿Qué te pasa, padre mio? Por Júpiter olímpico, tú has perdido el seso.

ESTREPSIADES.

¡Mira, mira «Júpiter olímpico!» ¡Qué estupidez! ¿á tu edad crees en Júpiter olímpico?

FIDIPIDES.

¿De qué te ries?

ESTREPSIADES.

De verte tan chiquillo dando crédito á todas esas vejeces. Acércate y sabrás muchas cosas; y áun te diré alguna que en cuanto la sepas te sentirás convertido en hombre; pero no se la digas á nadie.

(1) Dirigiéndose á Sócrates.
(2) Por ser lo único que le resta de su antigua opulencia.

FIDIPIDES.

Héme aquí. ¿Qué es ello?

ESTREPSIADES.

Acabas de jurar por Júpiter.

FIDIPIDES.

Es cierto.

ESTREPSIADES.

¡Mira que bueno es estudiar! No existe Júpiter, querido Fidípides.

FIDIPIDES.

¿Pues quién?

ESTREPSIADES.

Reina el Torbellino, que ha expulsado á Júpiter.

FIDIPIDES.

¿Qué estás disparatando?

ESTREPSIADES.

Sabe que es como te digo.

FIDIPIDES.

¿Quién dice eso?

ESTREPSIADES.

Sócrates el Meliense (1), y Querefon, que conoce las huellas de una pulga.

FIDIPIDES.

¿Tan adelante has ido en tu locura que des crédito á esos atrabiliarios?

ESTREPSIADES.

Contén la lengua, y no murmures de esos hombres hábiles é inteligentes que, por economía, ni

(1) Sócrates era de Aténas; pero Aristófanes le llama Meliense, porque el ateo Diágoras era natural de Mélos.

se rasuran, ni se perfuman, ni van nunca al baño para lavarse; miéntras que tú disipas mis bienes, como si ya hubiese muerto. Pero vé cuanto ántes y aprende por mí.

FIDÍPIDES.

¿Qué cosa buena puede aprenderse de ellos?

ESTREPSÍADES.

Toda la sabiduría humana. Tú mismo has de conocer lo ignorante y estúpido que eres. Pero espérame aquí un momento (1).

FIDÍPIDES.

¡Ah! ¿qué haré? Mi padre está loco. ¿Le argüiré de demencia en los tribunales, ó noticiaré su enfermedad á los confeccionadores de ataudes?

ESTREPSÍADES.

Vamos á ver: ¿cómo llamas á este pájaro?

FIDÍPIDES.

Faisan.

ESTREPSÍADES.

Bien, ¿y á esta hembra?

FIDÍPIDES.

Faisan.

ESTREPSÍADES.

¿Los dos lo mismo? eso es ridículo. En adelante no hables. Llama á ésta faisana y á aquél faisan.

(1) Entra un momento en la casa, de donde sale con un gallo y una gallina en la mano, que aquí sustituimos por una pareja de faisanes, y repite la leccion que ántes recibió de Sócrates.

FIDÍPIDES.

¿Faisana dices? ¿Esas son las grandes cosas que has aprendido de los hijos de la Tierra?

ESTREPSÍADES.

Y otras muchas; pero á causa de mis años cuando aprendia algo se me olvidaba en seguida.

FIDÍPIDES.

¿Por eso has perdido tu vestido?

ESTREPSÍADES.

No lo he perdido; lo he dejado en la escuela.

FIDÍPIDES.

¿Y qué has hecho de tus zapatos, pobre tonto?

ESTREPSÍADES.

Los he perdido, como Perícles (1), en lo que era necesario. Ea, anda, marchemos: si obedeces á tu padre, podrás delinquir sin cuidado alguno. No habias cumplido seis años, y áun balbuceabas, cuando yo te compré en las fiestas de Júpiter un carrillo con el primer óbolo que gané administrando justicia en el Heliástico.

FIDÍPIDES.

Algun dia te pesará lo que haces.

ESTREPSÍADES.

Bien, ya me obedeces. ¡He! Sócrates, sal aquí pronto; te traigo á mi hijo, á quien he convencido á duras penas.

---

(1) Alusion á la frase análoga de Perícles al dar cuenta de los diez talentos gastados en sobornar á los generales espartanos. (PLUTARCO, *Vida de Perícles*, c. XXII, XXIII.)

SÓCRATES.

Este es un mozo inexperto y no acostumbrado á nuestros cestos colgantes.

FIDÍPIDES.

Más acostumbrado estarias tú si te colgases.

ESTREPSÍADES.

¿No te irás al infierno? estás insultando á tu profesor.

SÓCRATES.

¡Si *te colgases*, ha dicho! ¡Qué horrible pronunciacion! ¡qué abrir la boca! ¿Cómo podrá aprender éste la manera de ganar un pleito, de entablar una demanda y de destruir los argumentos del contrario? Hipérbolo aprendió todo esto por un talento.

ESTREPSÍADES.

No te apures y enséñale: porque tiene disposicion natural. Cuando era pequeñito, ya construia casas, esculpia naves, fabricaba carritos de cuero y hacía ranas de cáscaras de granada. Enséñale los dos razonamientos, el bueno, cualquiera que sea, y el malo, que triunfa del bueno por medio de la injusticia; ó, por lo menos, enséñale el razonamiento injusto.

SÓCRATES.

Lo aprenderá de los mismos razonamientos.

ESTREPSÍADES.

Yo me retiro. Acuérdate de ponerle en estado de refutar todos los argumentos justos.

CORO.

(Falta el canto del coro.)

EL RAZONAMIENTO JUSTO (1).

Sal aquí y muéstrate á los espectadores, tú que eres tan descarado.

EL RAZONAMIENTO INJUSTO.

Sea como gustes; al fin te derrotaré con más facilidad hablando ante la multitud.

EL JUSTO.

¿Tú derrotarme? ¿Quién eres?

EL INJUSTO.

Un razonamiento.

EL JUSTO.

Sí, pero débil.

EL INJUSTO.

Pues te venceré, aunque te crees más fuerte.

EL JUSTO.

¿De qué modo?

EL INJUSTO.

Inventando pruebas nuevas.

EL JUSTO.

Eso está hoy de moda, gracias á esos necios.

EL INJUSTO.

Di más bien á esos sabios.

EL JUSTO.

Yo te derrotaré vergonzosamente.

(1) El Razonamiento justo y el injusto eran traidos á la escena en jaulas de mimbre como dos gallos preparados para reñir.

EL INJUSTO.

¿Cómo?

EL JUSTO.

Diciendo lo que sea justo.

EL INJUSTO.

Yo lo echaré todo por tierra contradiciéndote. En primer lugar, niego que haya justicia.

EL JUSTO.

¿Dices que no hay...?

EL INJUSTO.

Claro; y si no, ¿dónde está?

EL JUSTO.

Entre los dioses.

EL INJUSTO.

Si la justicia existe, ¿cómo es que Júpiter no pereció cuando encadenó á su padre?

EL JUSTO.

¡Cómo! ¿Hasta ese extremo llega el mal? ¡Qué asco! traedme una jofaina.

EL INJUSTO.

Eres un viejo chocho é imbécil.

EL JUSTO.

Y tú un bardaje sin vergüenza...!

EL INJUSTO.

Como si me cubrieras de rosas.

EL JUSTO.

¡Payaso!...

EL INJUSTO.

Me coronas de lirios.

EL JUSTO.

Y parricida.

EL INJUSTO.

Pero ¿no conoces que me empolvas con oro?

EL JUSTO.

En otro tiempo esto te parecia plomo.

EL INJUSTO.

Pues ahora me sirve de adorno.

EL JUSTO.

¡Qué desvergonzado!

EL INJUSTO.

¡Qué estúpido!

EL JUSTO.

Por tí no frecuenta ningun jóven las escuelas: ya conocerán algun dia los Atenienses lo que enseñas á esos nécios.

EL INJUSTO.

Tu suciedad me repugna.

EL JUSTO.

Ahora eres rico, pero no há mucho pedias limosna, y te comparabas á Telefo de Misia, teniendo por única comida las sentencias de Pandelétes que llevabas en tu alforja.

EL INJUSTO.

¡Qué gran sabiduría...!

EL JUSTO.

¡Qué gran locura...!

EL INJUSTO.

¡Me estás recordando...!

EL JUSTO.

La tuya y la de Aténas que alimenta al corruptor de la juventud.

EL INJUSTO.

¿Pretendes educar á este jóven, viejo chocho?

EL JUSTO.

Claro está que sí, á no ser que quiera perderse y ejercitarse sólo en la charlatanería.

EL INJUSTO.

Acércate aquí y déjale que delire.

EL JUSTO.

Te arrepentirás si le tiendes la mano.

CORO.

Dejaos de riñas y de injurias; y declarad, tú lo que enseñabas á los hombres de otra época, y tú la nueva doctrina; para que este jóven, oido y sentenciado vuestro pleito, se decida por lo que mejor le parezca.

EL JUSTO.

Me place.

EL INJUSTO.

A mí tambien.

CORO.

Ea, ¿quién hablará primero?

EL INJUSTO.

Concedo que principie éste; cuando haya hablado, yo me encargo de destrozar sus dichos con palabras y pensamientos nuevos, agudcs como flechas; y por último, si áun se atreve á respirar, los rasgos de mi elocuencia le darán muerte, picándole toda la cara y los ojos, como si fueran tábanos.

CORO.

Vais á demostrar ahora por medio de artificiosas

palabras, sutiles pensamientos y profundas sentencias cuál de vosotros es más hábil en el arte oratoria. Hoy se debaten grandes asuntos de la filosofía, por la cual mis amigos libran un gran combate. Tú, que inspiraste á los antiguos tan buenas costumbres, levanta la voz en defensa de tu causa favorita, y dános á conocer tu carácter.

EL JUSTO.

Voy á decir cuál era la educacion antigua, en los tiempos florecientes en que yo predicaba la justicia, y la modestia reinaba en las costumbres. En primer lugar, era necesario que ningun niño pronunciase imperfectamente. Los que vivian en un mismo barrio, iban á casa del maestro de música, recorriendo modestamente las calles desnudos y en buen órden, aunque la nieve cayese tan espesa como la harina del cedazo: despues se sentaban con las piernas separadas y se les enseñaba ó el canto «Temible Pálas, destructora de ciudades,» ó el que principia «Grito resonante á lo léjos,» conservándoles el aire que les habian dado sus antepasados. Si alguno de ellos trataba de hacer alguna payasada, ó cantar, imitando los modos de Kios y Sifnios, con las muelles inflexiones inventadas por Frínis (1), y que hoy gozan de tanta popularidad, era inmediatamente castigado con sendos azotes por enemigo de las Musas. En el gimnasio debian sentarse con las piernas extendidas para no enseñar ninguna indecencia; y cada cual al levantarse debia remover la arena, cuidando de no dejar á los amantes ninguna huella de su sexo. Ningun niño se ungia entónces más abajo del ombligo, floreciendo en sus vergüenzas un vello suave como el de las manzanas; ni se ofrecia por sí mismo á un amante con dulces inflexiones de voz y miradas lascivas. No les era permitido comer rábanos, ni el anís, reservado á los viejos, ni apio, ni peces, ni tordos (1), ni poner una pierna sobre otra (2).

(1) Tañedor de lira, que obtuvo el primer premio en las Panateneas, siendo arconte Cálias.

EL INJUSTO.

Todo esto es antiquísimo y coetáneo de las fiestas Diipolias (3), llenas de cigarras (4), del poeta Cécidas (5) y de las Bufonias.

EL JUSTO.

Sin embargo, esta fué la educacion que formó los héroes que pelearon en Maraton. Tú en cambio les enseñas á envolverse en seguida en sus vestidos; así es que me indigno, cuando, si les es necesario bailar en las Panateneas, veo á algunos cubriéndose con el escudo, sin cuidarse de Minerva. Por lo tanto, jóven, decídete por mí sin vacilar; y apren-

(1) Esta prohibicion reconocia por causa la virtud afrodisiaca de todos esos alimentos.
(2) Esta postura era muy indecente entre los Griegos. Su prohibicion á los niños debia obedecer á motivos análogos al de la anterior.
(3) Las fiestas Diipolias y Bufonias eran una misma en honor de Júpiter *Polieus* ó protector de la ciudad.
(4) Alude á una moda antigua de Aténas, que consistia en sujetar los cabellos con una cigarra de oro.
(5) Poeta ditirámbico muy antiguo.

derás á aborrecer los pleitos, á no acudir á los baños públicos, á avergonzarte de las cosas torpes, á indignarte cuando se burlen de tí, á ceder tu asiento á los ancianos que se te acerquen, á conducirte bien con tus padres, y á no hacer nada deshonesto, porque debes de ser la imágen del pudor; á no extasiarte ante las bailarinas, no sea que miéntras las miras como un papanatas, alguna meretriz te arroje su manzana (1), con detrimento de tu reputacion; á no contradecir á tu padre, ni, burlándote de su vejez, recordar los defectos del que te ha educado.

EL INJUSTO.

Cree lo que este dice, y, por Baco, te parecerás á los hijos de Hipócrates (2), y te llamarán el tonto.

EL JUSTO.

Brillarás en los gimnasios; no charlarás sandeces en la plaza pública, como hacen los jóvenes del dia; ni entablarás pleitos por la cosa más pequeña, cuando pueden arruinarte las calumnias de tus adversarios. Sino que, bajando á la Academia, te pasearás con un sabio de tu edad bajo los olivos sagrados, ceñidas las sienes con una corona de caña blanca, respirando en la más deliciosa ociosidad el perfume de los tejos y del follaje del álamo blanco, y gozando de los hermosos dias de primavera, en los que el plátano y el olmo confunden sus murmullos.

(1) Como prenda de amor.
(2) Eran tres, tan notables por su estupidez, que fueron objeto de la burla de los poetas cómicos.

Si haces lo que te digo, y sigues mis consejos, tendrás siempre el pecho robusto, el cútis fresco, anchas las espaldas, corta la lengua, gruesas las nalgas, y proporcionado el vientre (1). Pero si te aficionas á las costumbres modernas, tendrás muy pronto color pálido, pecho débil, hombros estrechos, lengua larga, nalgas delgadas, vientre desproporcionado, y serás gran litigante. El otro te educará de tal modo que te parecerá torpe lo honesto, y honesto lo torpe, y por último, serás tan infame como Antímaco.

CORO.

¡Qué grato perfume de virtud exhalan tus palabras, cultivador de la más sólida y elevada filosofía! ¡Dichosos hombres los que vivieron en la época de tu esplendor! Tú, que posees todos los recursos de la oratoria, es preciso que digas algo nuevo contra éste, que se ha hecho digno de alabanza. Necesitas ciertamente emplear recursos extraordinarios contra tu adversario, si quieres vencerle y no ser blanco de la burla de todos.

EL INJUSTO.

Hace tiempo que me abrasa la impaciencia, y ardo en deseos de echar por tierra todos sus argumentos. Los filósofos me llaman injusto, porque soy el primero que he descubierto la manera de contradecir las leyes y el derecho; pero ¿no es una habilidad inestimable la de salir vencedor en la causa más débil? Verás cómo refuto su decantado

(1) *Penem.*

sistema de educacion. En primer lugar, te prohibe los baños calientes. ¿En qué te fundas para vituperar los baños calientes?

EL JUSTO.

En que son perjudiciales y debilitan al hombre.

EL INJUSTO.

Alto: ya estás cogido y no te escaparás. Dime, ¿cuál de los hijos de Júpiter ha sido el más esforzado y ha llevado á cabo más trabajos?

EL JUSTO.

Creo que ninguno sobrepuja á Hércules.

EL INJUSTO.

Y ¿dónde has visto baños frios bajo la advocacion de Hércules? (1) Sin embargo, ¿quién era el más esforzado?

EL JUSTO.

Esas son las razones que los jóvenes tienen siempre en la boca, y gracias á ellas los baños están llenos y desiertas las palestras.

EL INJUSTO.

Tambien vituperas la costumbre de hablar en la plaza pública. Yo la alabo. Porque, si eso fuese perjudicial, Homero no hubiera hecho orador á Néstor, ni á todos los demas sabios. Pasemos al ejercicio de la lengua: dice que los jóvenes no deben cultivarla; yo digo lo contrario. Tambien recomienda la modestia. En total, dos malos consejos. Porque ¿á quién has visto que haya conseguido bien alguno por medio de la modestia? Habla, refútame.

(1) Las fuentes de aguas termales se llamaban baños de Hércules.

EL JUSTO.

He visto muchos: por causa de ella recibió Peleo (1) una espada.

EL INJUSTO.

¡Una espada! ¡Linda ganancia tuvo el desdichado! Ahí tienes á Hipérbolo, que gracias á su malicia y nó á su espada, ha ganado muchos talentos vendiendo lámparas.

EL JUSTO.

El mismo Peleo, por ser modesto, se casó con la diosa Tétis.

EL INJUSTO.

Que se marchó muy pronto y le dejó solo; porque no era un hombre violento, capaz de pasar toda la noche en dulces luchas de amor, que es lo que agrada á las mujeres. Pero tú eres un viejo chocho.

Considera, jóven, todas las contrariedades de la modestia, y de qué placeres te privará; de los muchachos, de las mujeres, de los juegos (2), de los pescados, de beber y de reir. ¿Para qué quieres la vida, privada de estos placeres? Basta de esto. Paso ahora á las necesidades de la naturaleza. Has delinquido, has amado, has cometido algun adulte-

(1) Peleo recibió una espada de los dioses, cuando fué expuesto sin armas al furor de las fieras, á causa de la calumnia de Hipólita.

(2) Aristófanes nombra el Cótabo, por toda clase de juegos.

rio y eres cogido infraganti; ya eres hombre muerto porque no sabes defender tu causa. Pero, conmigo, goza sin cuidado de la vida, baila, rie, y nada te avergüence. Si eres sorprendido con la mujer ajena, asegura al marido que no has faltado; echa la culpa á Júpiter, que tambien fué vencido por el amor y las mujeres. Tú, siendo mortal, ¿cómo puedes ser más fuerte que el padre de los dioses?

EL JUSTO.

Y si siguiendo tus lecciones, es condenado al castigo de los adúlteros (1): ¿encontrará entónces algun argumento para demostrar que no es un bardaje?

EL INJUSTO.

Y aunque sea un bardaje, ¿qué mal hay en ello?

EL JUSTO.

¿Puede haber mal mayor?

EL INJUSTO.

¿Qué dirás si tambien te venzo en este punto?

EL JUSTO.

Me callaré; ¿qué podria hacer?

EL INJUSTO.

Ea, dime, ¿á qué clase pertenecen los oradores?

EL JUSTO.

A la de los bardajes (2).

EL INJUSTO.

Lo creo. ¿Y los poetas trágicos?

---

(1) Véase el ESCOLIASTA. *(Las Nubes*, 1083; *Pluto*, 168. De este castigo, que producia la *euriproctia*, se libraba el culpable mediante el pago de una multa.

(2) Eξ εὐρυπρώκτων.

EL JUSTO.

A la de los bardajes.

EL INJUSTO.

Tienes razon. ¿Y los demagogos?

EL JUSTO.

A la de los bardajes.

EL INJUSTO.

¿Ves cómo yo no hablaba tan neciamente? Mira ahora á qué clase pertenecen la mayoría de los espectadores.

EL JUSTO.

Ya miro.

EL INJUSTO.

¿Qué ves?

EL JUSTO.

Por los dioses, veo que los más son bardajes. Este que yo conozco, ese, y aquel de los largos cabellos.

EL INJUSTO.

¿Qué dices ahora?

EL JUSTO.

Somos vencidos. ¡Bardajes, recibid mi manto; me paso á vosotros!

(Se retiran.)

SÓCRATES.

Y bien, ¿quieres llevarte á tu hijo, ó dejarle para que le enseñe el arte de hablar?

ESTREPSÍADES.

Enséñale, castígale, y no te olvides de afilar bien

su lengua, de modo que uno de sus dos filos le sirva para los negocios de poca monta, y el otro para los de mucha importancia.

SÓCRATES.

Pierde cuidado; te le enviaré hecho un completo sofista.

FIDÍPIDES.

Bien pálido, me parece, y bien miserable.

CORO.

Id, pues; creo que te arrepentirás algun dia. *(Entran en la escuela de Sócrates.)* Queremos deciros, jueces, lo que ganareis si nos otorgais la proteccion merecida. En primer lugar, al principio de la primavera, cuando querais labrar vuestras tierras lloveremos ántes para vosotros y en seguida para los demas; despues, cuando vuestras viñas tengan ya racimos, cuidaremos de que no las perjudiquen ni la sequía ni la excesiva humedad. Pero, si algun mortal nos ofende, piense en los muchos males que le reserva nuestra venganza. No recogerá de su campo vino ni fruto alguno; cuando principien á brotar sus vides y sus olivos, los devastaremos y los destruiremos por medio del huracan; si le vemos fabricar ladrillos, lloveremos y romperemos con redondo granizo las tejas de su casa; cuando él ó alguno de sus parientes ó amigos contraiga matrimonio, lloveremos á torrentes toda la noche (1),

(1) Para apagar las antorchas á cuya luz era conducida la novia á casa de su marido.

de modo que preferirá haber estado en Egipto á haber juzgado injustamente.

(Estrepsiades sale de su casa con un saco de harina y se dirije á la de Sócrates.)

ESTREPSIADES.

Aun faltan cinco dias; despues cuatro, tres, dos, y por último viene luégo á toda prisa el que más temo, detesto y abomino, el dia treinta del mes (1). Todos mis acreedores hacen el depósito necesario para entablar un pleito y juran arruinarme y perderme: sin embargo, mis proposiciones son moderadas y justas. «Amigo mio, digo á cada uno, no me exijas por ahora esta cantidad; dáme próroga para pagarte esta otra; perdóname aquella.» Pero ellos dicen que así no cobrarán nunca, me insultan llamándome injusto, y dicen que van á procesarme. ¡Que me procesen! poco me importa, si Fidípides aprende el arte de hablar bien. Pronto lo sabré; llamemos á la puerta de la escuela. ¡Esclavo! ¡hola, esclavo!

SÓCRATES.

Salud á Estrepsíades.

(1) Ενη καὶ νέα, significa literalmente *el viejo* y *el nuevo*, porque Solon le consideró comun al mes que terminaba y al que daba principio. (PLUTARCO, *vida de Solon*, c. 25.) En este dia se pagaban los intereses.

ESTREPSÍADES.

Salud á Sócrates. Por lo pronto, toma esto (1). Es justo regalar alguna cosa al maestro. Di, ¿ha aprendido mi hijo el famoso razonamiento?

SÓCRATES.

Lo ha aprendido.

ESTREPSIADES.

¡Bien, oh Fraude omnipotente!

SÓCRATES.

Podrás ganar todos los pleitos que quieras.

ESTRESÍADES.

¿Aunque haya habido algun testigo cuando yo tomé el préstamo?

SÓCRATES.

Aunque haya habido mil.

ESTREPSIADES.

De modo que podré gritar en alta voz: ¡Ay de vosotros, usureros! ahora perecereis con vuestro capital y los intereses de los intereses; no me vejareis más, porque en esa escuela se educa un hijo mio, armado de una lengua de dos filos, que será mi defensor, el salvador de mi casa, el azote de mis enemigos, el que libertará á su padre de infinitos cuidados y molestias. Llámale pronto afuera. ¡Hijo mio, hijo mio! ¡Sál de la casa! ¡Atiende á tu padre!

SÓCRATES.

Hélo aquí.

---

(1) La harina que le prometió ántes.

ESTREPSÍADES.

¡Oh, amigo mio! ¡amigo mio!

SÓCRATES.

Parte, y llévatelo.

(Sócrates entra en su casa.)

ESTREPSÍADES.

¡Oh, hijo mio! ¡Ah! ¡Ah! ¡Cuánto me alegro al ver tu color! Tu rostro indica que estás dispuesto primero á negar, despues á contradecir, y que te es muy familiar esta frase: «¿Qué dices tú?» y el fingirte injuriado, cuando injurias y maltratas á los demas. Hasta en tu semblante brilla la mirada ática. Ahora dáte maña á salvarme, ya que me has perdido.

FIDÍPIDES.

¿Qué te atemoriza?

ESTREPSIADES.

El dia viejo y nuevo.

FIDÍPIDES.

¿Hay acaso algun dia viejo y nuevo?

ESTREPSIADES.

En él dicen que van á hacer sus depósitos para procesarme.

FIDÍPIDES.

Pues perderán los depositantes; porque un dia no puede ser dos dias.

ESTREPSIADES.

¿Que no puede ser?

FIDÍPIDES.

¿Cómo? á ménos que la misma mujer pueda ser á un tiempo vieja y jóven.

ESTREPSÍADES.

La ley así lo dispone.

FIDÍPIDES.

Indudablemente no comprenden bien el espíritu de la ley.

ESTREPSÍADES.

¿Cuál es su espíritu?

FIDÍPIDES.

El viejo Solon era, por carácter, amigo del pueblo.

ESTREPSÍADES.

Eso no tiene nada que ver con el dia nuevo y viejo.

FIDÍPIDES.

Y fijó dos dias para la citacion á juicio, el viejo y el nuevo, á fin de que los depósitos fuesen hechos el dia del novilunio.

ESTREPSÍADES.

¿Y por qué añadió el viejo?

FIDÍPIDES.

¿Preguntas por qué, fatuo? Con objeto de que los que hayan sido citados tengan un dia para arreglar amigablemente el asunto; y de lo contrario, para que pueda reclamárseles en la mañana misma del novilunio.

ESTREPSÍADES.

Entónces, ¿por qué los magistrados no reciben los depósitos el dia primero de mes, sino en el anterior, en el dia nuevo y viejo?

FIDÍPIDES.

Me parece á mí que hacen lo que los glotones, adelantan un dia para disfrutar más pronto de los depósitos de los litigantes.

ESTREPSÍADES.

¡Bien! Pobres tontos que servís de juguete á nosotros los sabios, porque sois como piedras, como un rebaño de imbéciles, como borregos aglomerados al acaso cual si fuerais tinajas. Preciso es que yo entone un himno de alabanza en honor mio y de mi hijo.

«¡Feliz Estrepsíades, cuán sabio eres, y qué hijo has educado!» Tales serán las palabras de mis amigos y conciudadanos cuando me feliciten por haber ganado mis pleitos con tu elocuencia. Pero entra, que antes quiero darte una buena comida.

(Entran en la casa.)

PÁSIAS *(dirigiéndose al testigo que viene con él).*

¿Conviene perder alguna vez los bienes propios en provecho de los demas? Nunca seguramente. Yo debí hace tiempo deponer toda vergüenza y me hubiera ahorrado estos disgustos. Ahora, para recobrar mi dinero, tengo que traerte como testigo, y convertir en enemigo un conciudadano. Pero suceda lo que suceda, jamás, miéntras viva, me he de mostrar indigno de mi patria (1). Citaré á Estrepsíades...

(Sale Estrepsíades.)

---

(1) Alude á la aficion á pleitear de los Atenienses.

ESTREPSIADES.

¿Quién es este?

PÁSIAS.

Para el dia viejo y nuevo.

ESTREPSIADES.

Sed testigos de que ha indicado dos dias á la vez. ¿Por qué me citas?

PÁSIAS.

Por las doce minas que te presté cuando compraste el caballo tordo.

ESTREPSIADES.

¿Un caballo? ¿No le oís todos vosotros que sabeis cuánto aborrezco la equitacion?

PÁSIAS.

Y juraste por los dioses que me las habias de restituir.

ESTREPSIADES.

¡Por Júpiter! entónces mi hijo Fidípides áun no habia aprendido el razonamiento irresistible.

PÁSIAS.

¿Y piensas por eso negar ahora tu deuda?

ESTREPSIADES.

¿Qué otro provecho he de sacar de aquella enseñanza?

PÁSIAS.

¿Y te atreverás á negarla ante los dioses cuando yo te exija el juramento?

ESTREPSIADES.

¿Qué dioses?

PÁSIAS.

Júpiter, Mercurio, Neptuno...

ESTREPSÍADES.

Sin duda; y áun añadiré tres óbolos por el gusto de que me hagas prestar juramento.

PÁSIAS.

¡Ojalá castiguen tu desvergüenza!

ESTREPSÍADES.

Si á este hombre le restregasen con sal estaría mejor (1).

PÁSIAS.

¡Ah, te burlas!

ESTREPSÍADES.

Caben en él seis congios (2).

PÁSIAS.

¡Por el gran Júpiter y por todos los dioses! no te burlarás de mí impunemente.

ESTREPSÍADES.

Me estás dando risa con tus dioses. Júpiter, por quien juras, excita la hilaridad de las personas ilustradas.

PÁSIAS.

Algun dia serán castigadas tus blasfemias. Pero contesta si me pagarás ó nó; despáchame pronto.

ESTREPSÍADES.

Ten paciencia. En seguida te voy á contestar claramente.

(Entra en su casa.)

PÁSIAS.

¿Qué te parece que hará?

---

(1) Para hacer de él un pellejo de vino.

(2) El congio (χοῦς) era una medida de capacidad que contenia doce cótilas. La cótila equivale á 27 centílitros.

EL TESTIGO.

Me parece que te restituirá lo que le prestaste.

ESTREPSIADES.

¿Dónde está el que reclama el dinero? Dí, ¿qué es esto?

PÁSIAS.

¿Qué es eso? Una pequeña troj (1).

ESTREPSIADES.

¿Y te atreves á reclamar tu dinero siendo tan rudo? No; jamás devolveré ni un óbolo á quien llama *troj* á la *troja*.

PÁSIAS.

¿Conque no me pagarás?

ESTREPSIADES.

Nó, que yo sepa. ¿Pero te marchas, ó piensas echar raíces en la puerta?

PÁSIAS.

Me voy. Mas ten presente que ó me muero, ó hago el depósito legal para demandarte.

ESTREPSIADES.

Será una nueva pérdida que tendrás que añadir á la de las doce minas. De todas maneras, siento que te suceda eso por haber llamado neciamente *troj* á la *troja*.

AMÍNIAS.

¡Ay, pobre de mí!

(1) Lit: *una artesa.*

ESTREPSIADES.

¡Hola! ¿Quién es este que se queja? ¿Acaso ha hablado alguno de los dioses de Carcino? (1)

AMÍNIAS.

¿Quién soy? ¿Quieres saber quién soy? Soy un hombre desgraciado.

ESTREPSIADES.

Sigue entónces tu camino.

AMÍNIAS.

¡Oh, triste suerte mia! ¡Oh fortuna, que has roto las ruedas de mis carros! ¡Oh Pálas, tú me has perdido! (2)

ESTREPSIADES.

¿Pues qué daño te ha causado Tlepólemo?

AMÍNIAS.

No te burles de mí, amigo mio; manda más bien á tu hijo que me devuelva el dinero que me debe, hoy principalmente que estoy en la desgracia.

ESTREPSIADES.

¿De qué dinero hablas?

AMÍNIAS.

Del que le presté.

ESTREPSIADES.

Tú no estás bueno, á lo que parece.

(1) Poeta que en alguna de sus tragedias introdujo dioses que se lamentaban.

(2) Parodia de una tragedia de Jenócles, hijo de Carcino, en la que Alcmena lamenta en iguales términos la muerte de su hermano Licinmio á manos de Tlepólemo.

AMÍNIAS.

Es verdad, me he caido al hacer galopar los caballos.

ESTREPSIADES.

Pues no se conoce, porque deliras como si nunca te hubieras caido del asno (1).

AMÍNIAS.

¡Conque deliro porque quiero cobrar lo que se me debe!

ESTREPSIADES.

Es imposible que estés en tu sano juicio.

AMÍNIAS.

¿Por qué?

ESTREPSIADES.

Me parece que tienes el cerebro algo perturbado.

AMÍNIAS.

Por Mercurio, te citaré á juicio, si no me devuelves el dinero.

ESTREPSIADES.

Díme: cuando llueve ¿crées tú que Júpiter hace siempre caer agua nueva, ó bien que es la misma suspendida en el aire por el calor del sol?

AMÍNIAS.

No lo sé, ni me importa saberlo.

ESTREPSIADES.

Entónces, ¿cómo ha de ser justo el pagarte si no tienes ninguna nocion de meteorología?

(1) La frase griega significaba al mismo tiempo caer en demencia, porque en la pronunciacion se confundian, ἀπ' ὄνου y ἀπὸ νοῦ. Hemos tratado de sustituirla con una frase española equivalente.

AMÍNIAS.

Si te encuentras apurado, págame al ménos el interes.

ESTREPSIADES.

¿El interés? ¿Qué animal es ese?

AMÍNIAS.

Es el dinero que va creciendo más y más cada dia, á medida que trascurre el tiempo.

ESTREPSÍADES.

Muy bien dicho. Pero contesta: ¿crees tú que el mar es ahora más grande que ántes?

AMÍNIAS.

No, por Júpiter, siempre es igual: porque el mar no puede aumentarse.

ESTREPSIADES.

¿Y cómo, gran canalla, si el mar no crece á pesar de los rios que en él desembocan, pretendes tú aumentar incesantemente tu dinero? A ver si te largas pronto de esta casa. ¡Pronto! Un palo (1).

AMÍNIAS.

Séd testigos de esto.

ESTREPSIADES.

¡Largo de aquí! ¿qué esperas? ¿No te moverás?

AMÍNIAS.

¿No es esto una injuria?

ESTREPSIADES.

¿Te mueves, ó me obligas á que te pinche como

(1) Literalmente «un aguijon.»

á un caballo de tiro? ¿Huirás? *(Sale)* Ya iba yo á removerte con tus ruedas y tus carros.

(Estrepsiades entra en la casa.)

CORO.

¡Lo que es aficionarse á las malas obras! Este viejo, que las ama con pasion, quiere defraudar á sus acreedores el dinero que le prestaron; pero es imposible que hoy no le sobrevenga alguna desgracia, y que este sofista, en castigo de sus tramas, no sea víctima de algun mal imprevisto. Creo que muy pronto conseguirá lo que deseaba, y su hijo sabrá oponer hábiles argumentos contra la justicia, y vencerá á todos sus adversarios áun cuando defienda las peores causas. Pero quizá llegue á desear que su hijo sea mudo.

ESTREPSÍADES *(Saliendo precipitadamente).*

¡Ay! ¡Ay! Vecinos, parientes, ciudadanos, socorredme con todas vuestras fuerzas! ¡Me apalean! ¡Ay mis mandíbulas! ¡Infame! ¿no ves que es á tu padre á quien maltratas?

FIDÍPIDES.

Lo confieso, padre mio.

ESTREPSIADES.

¿Oís? confiesa que me maltrata.

FIDÍPIDES.

Sin duda.

ESTREPSIADES.

¡Perverso! ¡parricida! ¡horadador de murallas!

FIDÍPIDES.

Dime otra vez esas injurias, y añade otras; ¿sabes que tengo el mayor gusto en escucharlas?

ESTREPSIADES.

¡Infame!

FIDÍPIDES.

Me estás cubriendo de rosas.

ESTREPSIADES.

Maltratas á tu padre.

FIDÍPIDES.

Y, por Júpiter, he de demostrar que tengo razon en pegarte.

ESTREPSIADES.

¡Perversísimo! ¿Acaso puede nunca haber razon para pegar á su padre?

FIDÍPIDES.

Yo te lo demostraré y te convenceré con mis palabras.

ESTREPSIADES.

¿Que me convencerás?

FIDÍPIDES.

Hasta la evidencia y muy fácilmente. Elige cuál de los dos razonamientos he de emplear.

ESTREPSIADES.

¿Cuáles razonamientos?

FIDIPIDES.

El fuerte ó el débil.

ESTREPSIADES.

A la verdad, querido mio, daré por bien emplea-

dos mis afanes para enseñarte á contradecir la justicia, si consigues persuadirme que es bueno y justo que los hijos golpeen á sus padres.

FIDÍPIDES.

Pues creo que te persuadiré de tal manera, que en cuanto me hayas oido no tendrás nada que replicarme.

ESTREPSIADES.

Tengo ganas de oirte.

CORO.

A tí te corresponde, anciano, el encontrar un medio de reducirle á la obediencia; porque no estaria tan soberbio si dudase de su triunfo. Por tanto, hay alguna cosa que le hace insolente como hombre confiado en sus propias fuerzas. Pero primeramente conviene que digas al Coro cómo ha tenido lugar vuestra disputa. Esto es lo que debes hacer ántes de todo.

ESTREPSIADES.

Os diré cómo comenzó nuestra reyerta. Despues que hubimos comido, como sabeis, le mandé en primer lugar tomar su lira y cantar la cancion de Simónides «Cuando el carnero fué trasquilado.» Y en seguida me replicó que era una necedad cantar de sobremesa acompañado de la cítara, como una mujer ocupada en moler trigo.

FIDÍPIDES.

¿Y no era motivo para golpearte y patearte el que me hubieses mandado cantar como si tuvieras cigarras convidadas?

ESTREPSIADES.

Ahora no hace más que repetir lo que me dijo en casa: tambien aseguró que Simónides era un mal poeta. Me contuve al principio, aunque con trabajo, y le mandé que, tomando la rama de mirto, me recitase algun trozo de Esquilo. «¡Está muy bien! me contestó; precisamente yo considero á Esquilo el primero de nuestros poetas, como que es desordenado, enfático, estrepitoso y desigual.» Con estas palabras, considerad como estaria mi corazon; pero reprimiendo la ira, le dije: «Ea, recita sino, algunos pasajes de los poetas modernos que son los más doctos.» Y en seguida cantó un fragmento de Eurípides, en el que un hermano ¡justo cielo! viola á su hermana de madre (1). Entónces yo no pude contenerme y le dirigí los más terribles insultos, y despues, como suele suceder, acumulamos injurias sobre injurias; y por último, éste se lanza sobre mí, me golpea, me maltrata, me sofoca y me mata.

FIDÍPIDES.

Muy justamente. ¿Por qué no elogias al doctísimo Eurípides?

ESTREPSIADES.

¡El doctísimo! ¡Ah!... ¿Cómo diré yo? Pero seré de nuevo maltratado.

---

(1) Una ley de Solon permitia el matrimonio con los hermanos de padre, pero entre hermanos uterinos estaba prohibido. Estrepsíades alude á una tragedia de Eurípides, *El Eolo*, en que Macareo viola á su hermana Canace.

FIDÍPIDES.

Sí, por Júpiter, y justísimamente.

ESTREPSIADES.

¡Justísimamente, desvergonzado! ¡A mí que te he educado con tanto cariño, que adivinaba los deseos que manifestabas con voz todavía balbuceante! Si decias «brin,» te comprendia, y te daba al punto de beber. Si decias «manman,» en seguida te traia pan. Apénas habias dicho «caccan» te sacaba fuera y te sostenia para que hicieras tus necesidades (1). Ahora, aunque yo clame y grite, es bien seguro, bribon, que no me sacarás fuera, ni me sostendrás. Al contrario, me sofocas y me obligas á desahogarme aquí mismo.

CORO.

Creo que el corazon de los jóvenes palpita impaciente por escuchar lo que va á decir. Y si logra demostrar que obró justamente al perpetrar tal crímen, no doy un comino (2) por la piel de los viejos. Ahora, gran inventor y removedor de palabras, busca argumentos convenientes para justificar tu causa.

FIDÍPIDES.

¡Qué grato es vivir entre cosas nuevas é ingeniosas y poder despreciar las leyes establecidas! Cuando me ocupaba sólo de la equitacion, no podia pronunciar tres palabras seguidas sin equivocarme; pero desde que este hombre me ha hecho abandonar mis aficiones predilectas, y me he acostumbrado á los pensamientos sutiles, á los discursos y á las meditaciones, me siento capaz de probar que he obrado bien maltratando á mi padre.

(1) Parodia del admirable discurso de Fénix en la *Ilíada*. Lib. IX.
(2) Lit.: un garbanzo.

ESTREPSÍADES.

Sigue con la equitacion, por Júpiter. Prefiero mantener cuatro caballos á ser molido á golpes.

FIDÍPIDES.

Reanudo mi discurso en donde tú lo has interrumpido, y principio por preguntarte: ¿Me pegaste cuando era chico?

ESTREPSÍADES.

Sí, porque te queria y miraba por tu bien.

FIDÍPIDES.

Dime, ¿no será justo que ahora mire yo igualmente por tu bien, y te pegue, puesto que el pegar á uno es mirar por su bien? ¿Es razonable que tu cuerpo esté exento de palos y el mio no? ¿No nací yo de tan libre condicion como tú? Lloran los hijos, y ¿no han de llorar los padres? ¿Crees que los padres no deben llorar?

ESTREPSÍADES.

¿Por qué?

FIDÍPIDES.

Tú dirás que la ley tolera que el niño sea castigado, y yo replicaré que los viejos son dos veces niños, y que es más justo castigar á los viejos que á los jóvenes, por cuanto sus faltas son ménos excusables.

FIDÍPIDES.

Sí, por Júpiter, y justísimamente.

ESTREPSIADES.

¡Justísimamente, desvergonzado! ¡A mí que te he educado con tanto cariño, que adivinaba los deseos que manifestabas con voz todavía balbuceante! Si decias «brin,» te comprendia, y te daba al punto de beber. Si decias «manman,» en seguida te traia pan. Apénas habias dicho «caccan» te sacaba fuera y te sostenia para que hicieras tus necesidades (1). Ahora, aunque yo clame y grite, es bien seguro, bribon, que no me sacarás fuera, ni me sostendrás. Al contrario, me sofocas y me obligas á desahogarme aquí mismo.

CORO.

Creo que el corazon de los jóvenes palpita impaciente por escuchar lo que va á decir. Y si logra demostrar que obró justamente al perpetrar tal crímen, no doy un comino (2) por la piel de los viejos. Ahora, gran inventor y removedor de palabras, busca argumentos convenientes para justificar tu causa.

FIDÍPIDES.

¡Qué grato es vivir entre cosas nuevas é ingeniosas y poder despreciar las leyes establecidas! Cuando me ocupaba sólo de la equitacion, no podia pronunciar tres palabras seguidas sin equivocarme; pero desde que este hombre me ha hecho abandonar mis aficiones predilectas, y me he acostumbrado á los pensamientos sutiles, á los discursos y á las meditaciones, me siento capaz de probar que he obrado bien maltratando á mi padre.

(1) Parodia del admirable discurso de Fénix en la *Iliada*. Lib. IX.

(2) Lit.: un garbanzo.

ESTREPSÍADES.

Sigue con la equitacion, por Júpiter. Prefiero mantener cuatro caballos á ser molido á golpes.

FIDÍPIDES.

Reanudo mi discurso en donde tú lo has interrumpido, y principio por preguntarte: ¿Me pegaste cuando era chico?

ESTREPSÍADES.

Sí, porque te queria y miraba por tu bien.

FIDÍPIDES.

Dime, ¿no será justo que ahora mire yo igualmente por tu bien, y te pegue, puesto que el pegar á uno es mirar por su bien? ¿Es razonable que tu cuerpo esté exento de palos y el mio no? ¿No nací yo de tan libre condicion como tú? Lloran los hijos, y ¿no han de llorar los padres? ¿Crees que los padres no deben llorar?

ESTREPSÍADES.

¿Por qué?

FIDÍPIDES.

Tú dirás que la ley tolera que el niño sea castigado, y yo replicaré que los viejos son dos veces niños, y que es más justo castigar á los viejos que á los jóvenes, por cuanto sus faltas son ménos excusables.

ESTREPSÍADES.

Pero ninguna ley establece que el padre sea castigado.

FIDÍPIDES.

¿No era hombre como tú y como yo el que primeramente presentó aquella ley, y persuadió á los antiguos á que la aprobasen? Pues bien; ¿qué se opone á que yo haga una nueva por la cual los hijos puedan á su vez castigar á los padres? De buen grado os perdonamos los golpes recibidos ántes de la promulgacion de esta ley, y consentimos el haber sido maltratados impunemente. Mira cómo los gallos y los demas animales se vuelven contra sus padres: sin embargo, ¿se diferencian de nosotros en otra cosa que en no redactar decretos?

ESTREPSÍADES.

Ya que imitas á los gallos en todo, ¿por qué no comes estiércol y duermes en un palo?

FIDÍPIDES.

No es lo mismo, querido; Sócrates no admitiria ese argumento.

ESTREPSÍADES.

No me pegues, pues te perjudicarás tú mismo.

FIDÍPIDES.

¿Por qué?

ESTREPSÍADES.

Porque lo justo es que yo te castigue; y que tú castigues á tu hijo, si alguno te nace.

FIDÍPIDES.

¿Y si no me nace? Habré llorado en vano, y tú morirás burlándote de mí.

ESTREPSÍADES.

En verdad, amigos mios, voy creyendo que tiene razon, y que se les debe conceder lo que es equitativo. Justo es que seamos castigados si no andamos derechos.

FIDÍPIDES.

Escucha otro argumento todavía.

ESTREPSÍADES.

Soy hombre muerto.

FIDÍPIDES.

Quizá te alegres de haber sido maltratado.

ESTREPSÍADES.

¿Cómo? díme qué ganancia sacaré.

FIDÍPIDES.

Maltrataré tambien á mi madre.

ESTREPSÍADES.

¿Qué dices? ¿Qué dices? ¡Eso es mucho peor!

FIDÍPIDES.

¿Qué dirás, si te pruebo por medio de aquel razonamiento que es necesario maltratar á la madre?

ESTREPSÍADES.

Si haces eso, nada se opondrá á que te arrojes al Báratro (1) con Sócrates y su maldito razonamiento. Por vosotras, Nubes, me sucede esto; por vosotras á quienes encomendé todos mis asuntos.

CORO.

Tú tienes la culpa de todo por haber seguido la senda del mal.

---

(1) Precipicio al que eran arrojados los criminales.

ESTREPSÍADES.

¿Por qué no me lo advertisteis ántes, en vez de engañar á un pobre viejo campesino?

CORO.

Siempre obramos de esa manera cuando conocemos que alguno se inclina al mal, hasta enviarle una desgracia, para que aprenda á respetar á los dioses (1).

ESTREPSÍADES.

¡Ay! doloroso es el castigo, ¡oh Nubes! pero justo. Pues no debia haber negado á mis acreedores el dinero que me prestaron. Ahora, hijo mio querido, acompáñame para que nos venguemos del infame Querefon y de Sócrates, que nos han engañado.

FIDÍPIDES.

Nunca maltrataré á mis maestros.

ESTREPSÍADES.

Respeta á Júpiter paternal.

FIDÍPIDES.

¡Júpiter paternal! ¡qué tonto eres! ¿Hay acaso algun Júpiter?

ESTREPSÍADES.

Sí.

FIDÍPIDES.

No hay tal; pues reina el Torbellino que ha destronado á Júpiter.

ESTREPSÍADES.

No lo ha destronado; pero entónces creia que

(1) Este parece ser el fin moral de la Comedia.

ese Torbellino era Júpiter. ¡Pobre de mí, que tomé por un dios á un vaso de arcilla! (1).

FIDÍPIDES.

Quédate ahí diciendo necedades.

(Se vá.)

ESTREPSÍADES.

¡Funesto delirio! ¡Qué necio fuí al negar los dioses, persuadido por Sócrates! Pero, queridísimo Mercurio, no te encolerices conmigo: no me aniquiles; perdona á un pobre hombre fascinado por la charlatanería de los sofistas; sé mi consejero: ¿qué te parece? ¿entablaré contra ellos un proceso ó adoptaré otra resolucion?... ¡Excelente consejo! (2) dices que no espere la tardía determinacion de una sentencia é incendie cuanto ántes la casa de esos habladores. ¡Hola, Jántias! ven acá, trae una escalera y un azadon, sube en seguida al tejado de la escuela; y si amas á tu dueño, sacude de firme hasta que el techo se desplome sobre los habitantes. Dadme tambien una antorcha encendida; quiero vengarme de esos infames á pesar de toda su arrogancia.

DISCÍPULO PRIMERO.

¡Ay! ¡Ay!

(1) Estrepsíades parece dirigirse á un vaso de arcilla que, segun Brunck, debia haber en el teatro, delante de la casa de Sócrates, sustituyendo á la columna en honor de Apolo que los Atenienses acostumbraban á colocar en el vestíbulo.

(2) Se supone inspirado por Mercurio.

ESTREPSÍADES.

Antorcha mia, lanza una llama devoradora.

DISCÍPULO PRIMERO.

¡Eh! tú: ¿qué estás haciendo?

ESTREPSÍADES.

¿Qué hago? Disputo sobre sutilezas con las vigas de la casa.

DISCÍPULO SEGUNDO.

¡Ah! ¿Quién incendia nuestra casa?

ESTREPSÍADES.

Aquel á quien habeis cogido la capa.

DISCÍPULO SEGUNDO.

¡Que nos vas á matar! ¡Que nos vas á matar!

ESTREPSÍADES.

No quiero otra cosa, con tal que el azadon no defraude mis esperanzas ó que ántes no me desnuque cayéndome de lo alto.

SÓCRATES.

Hola, ¿qué haces en el tejado?

ESTREPSÍADES.

Camino por el aire y contemplo el sol.

SÓCRATES.

¡Ay de mí! intentas asfixiarme.

QUEREFON (1).

¡Desgraciado! voy á morir quemado vivo.

(1) Bergk (*Aristophanis Comoedias*. Lipsiae, 1867, volúmen I, pág. XVII) dice que las palabras de Querefon deben atribuirse al Discípulo, pues si el poeta hubiera querido que interviniera en la accion, indudablemente hubiera dado tambien más importancia á su papel. Cree asimismo que los Discípulos de Sócrates debe entenderse que son uno solo.

ESTREPSÍADES.

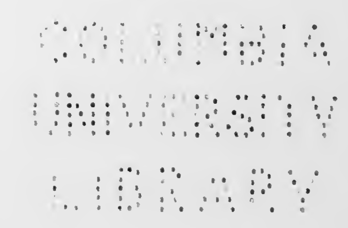
¿Quién os mandaba ultrajar á los dioses, y contemplar el lugar de la luna? Sigue (1), arranca, destroza, paguen así todas sus culpas, y principalmente su impiedad.

CORO.

Retirémonos; pues el Coro ha trabajado bastante.

(1) Estas palabras van dirigidas á Jántias.

FIN DE LAS NUBES.



ÍNDICE

CATALOGO DE LOS AUTORES GRIEGOS Y LATINOS QUE COMPRENDERA LA BIBLIOTECA CLÁSICA.

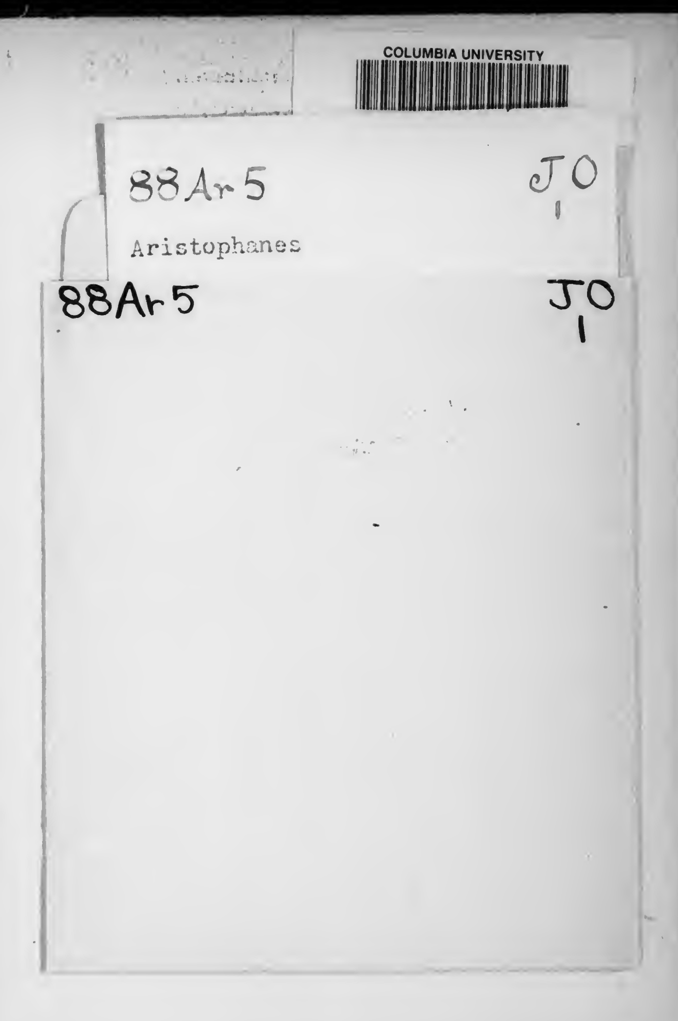
CLÁSICOS GRIEGOS.

	Tomos.
HERODOTO.—Los nueve libros de la Historia.....	2
TUCÍDIDES.—Historia de las guerras del Peloponeso	1
JENOFONTE. —Obras completas..................	3
POLYBIO.—Historia........	3
PLUTARCO.—Vidas paralelas.................. ..	5
FLAVIO JOSEFO. — Obras completas	6
APIANO.—Historia romana.	3
ARRIANO.—Expediciones de Alejandro.............	1
DIÓGENES LAERCIO.—Vidas de los filósofos.........	2
DIODORO SÍCULO. — Biblioteca histórica..........	4
HOMERO. — Obras completas....................	5
HESIODO.—Las obras y los dias.—La Teogonía....	1
POETAS BUCÓLICOS *(Teócrito, Mosco y Bion)*......	1
POETAS LÍRICOS *(Píndaro, Anacreonte, Safo*, etc.).	2
ESQUILO.—Teatro completo	1
SÓFOCLES.—Idem, id......	2
EURÍPIDES.—Idem, id......	4
ARISTÓFANES.—Idem, id...	3
PLATON.—Obras completas	10
ARISTÓTELES.—Obras escogidas..................	11
TEOFRASTRO.—Caracteres CEBES.—Tabla........... EPICTETO.—Manual......	1
HIPÓCRATES.—Obras escogidas..................	1
DEMÓSTENES.—Discursos..	2
ISÓCRATES.—Discursos....	1
ORADORES ÁTICOS *(Lisias, Ipérides*, etc)...........	1
LUCIANO.—Obras completas	3
HELIODORO.—Teagenes y Coriclea.............. LONGO.—Dafnis y Cloe....	1

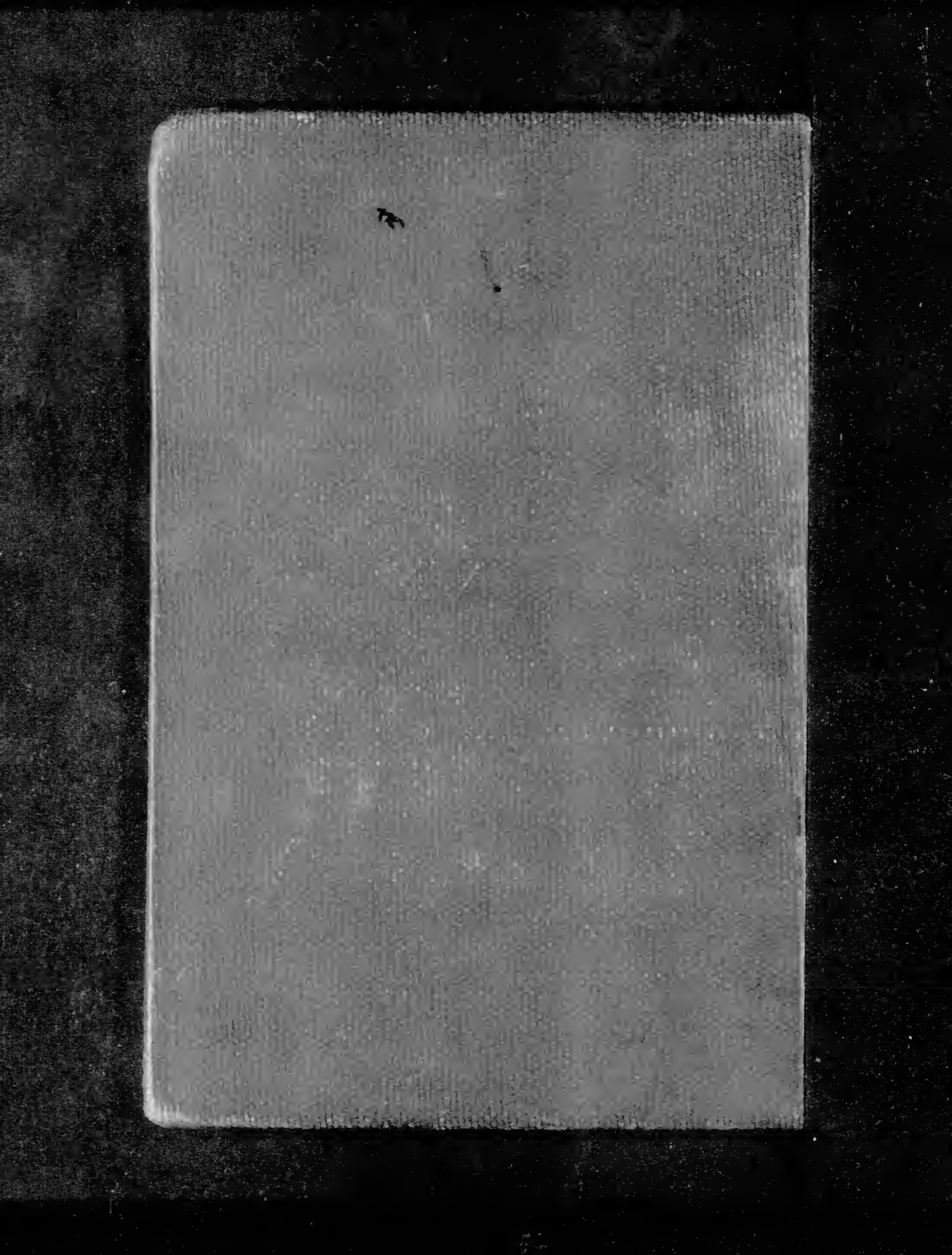
CLÁSICOS LATINOS.

	Tomos.
JULIO CÉSAR.—Obras completas..................	2
SALUSTIO.—Obras completas....................	1
TITO LIVIO. — Historia romana..................	6
TÁCITO.—Obras completas.	3
SUETONIO. —Los doce Césares..................	1
QUINTO CURCIO.—Vida de Alejandro.............	1
VELEYO PATERCULO.—Historia Romana......... CORNELIO NEPOTE. —Biografías	1
VIRGILIO.—Eneida......... — Las Eglogas.......... — Las Geórgicas.........	
LUCRECIO.—De la naturaleza de las cosas.......	2
LUCANO.—La Farsalia.....	1
ESTACIO.—La Tebaida.....	1
VALERIO FLACCO.—La Argonáutica.............	1
SILIO ITÁLICO.—Guerra púnica............	1
HORACIO.—Obras completas....................	4
OVIDIO.—Obras completas.	3
CATULO.—Poesias .... TIBULO.—Elegías......... PROPERCIO.—Elegías......	1
JUVENAL.—Sátiras......... PERSIO.—Sátiras	1
MARCIAL.—Epigramas.....	1
PLAUTO.—Teatro completo	4
TERENCIO. — Teatro completo.....................	1
SÉNECA EL TRÁGICO.—Teatro completo...........	2
CICERON.—Obras completas	10
SÉNECA.—Obras completas	4
PLINIO EL JÓVEN.—Cartas — Panegírico de Trajano	1
COLUMELA. De agricultura	1
PETRONIO.—El satiricon...	1
APULEYO.—El asno de oro.	1

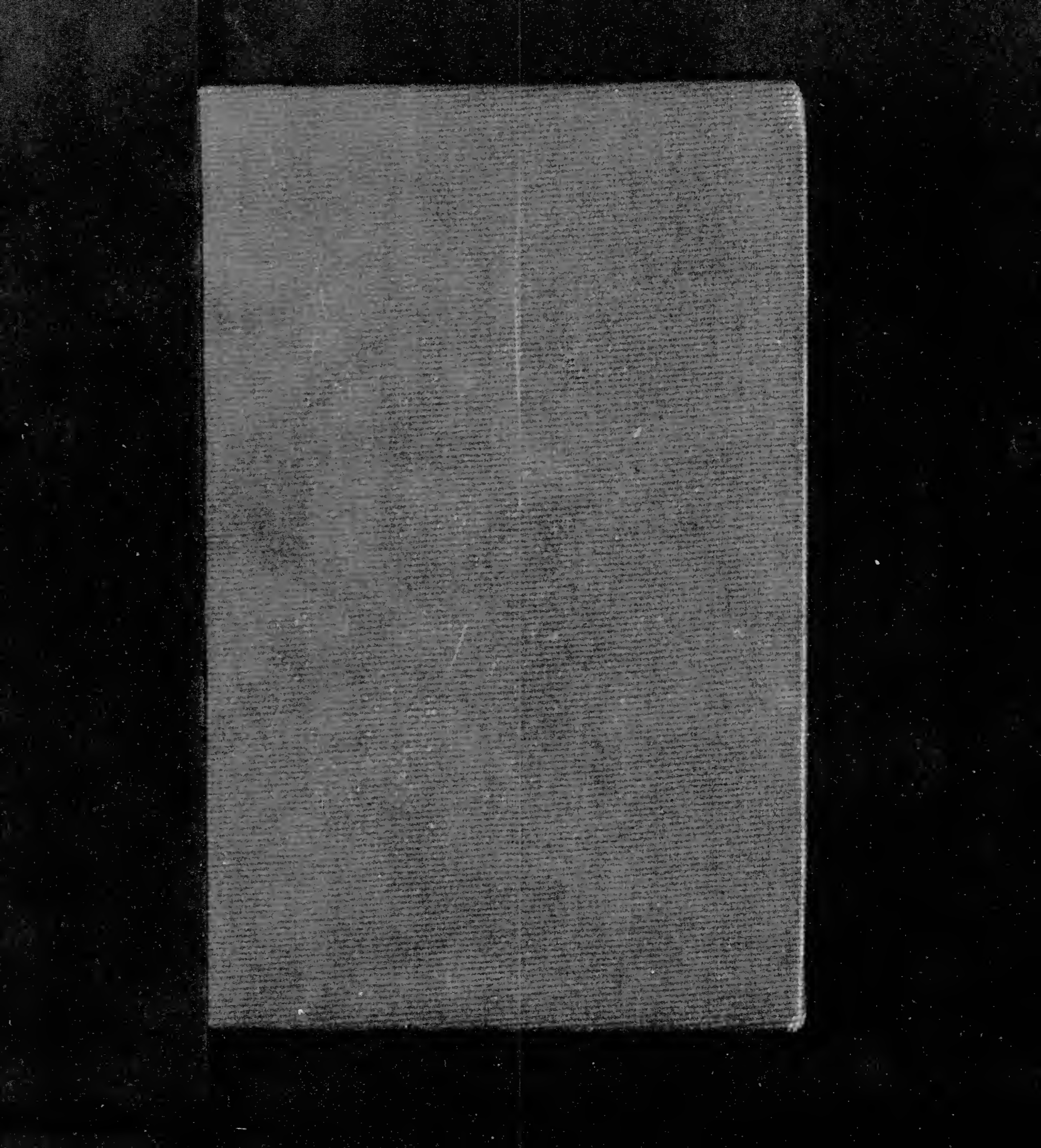




COLUMBIA UNIVERSITY
88Ar5
JO
1
Aristophanes
88Ar5
JO
1



VOLUME 2



BIBLIOTECA CLÁSICA
TOMO XXXIV

COMEDIAS

DE

ARISTÓFANES

TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL GRIEGO

POR

D. FEDERICO BARÁIBAR Y ZUMÁRRAGA

TOMO II.

MADRID
LUIS NAVARRO, EDITOR
COLEGIATA, NÚM. 6

1881

LAS AVISPAS.

NOTICIA PRELIMINAR.

A deplorable estado llegó la administracion de justicia en Aténas durante los primeros años de la guerra del Peloponeso. Contribuian á ello grandemente de un lado la defectuosa organizacion de los tribunales, y de otro la manía de juzgar, litigar y perorar en público, desarrollada en los Atenienses con una furia de que no hay otro ejemplo. Entre los principales vicios de aquel sistema, aparece desde luégo como de más bulto el de la multiplicidad de los tribunales. Basta, en efecto, recordar los nombres del Areópago, el Heliástico, el Epipaladio, el Epidelfinio, el Enfreacio, el Epipritáneo, el Epitalacio y las Curias del Arconte-epónimo, del Arconte-rey, del Polemarca, de los Tesmotetas, de los Once, de los Catademos, de los Diatetas y de los Nautódicos, con sus mal definidas y á veces encontradas atribuciones, para comprender á cuántos abusos y entorpecimientos daria

lugar complicacion semejante. Y, sin embargo, leemos con asombro en Jenofonte que con ser tantos los tribunales y dotados de personal numeroso, no eran todavía bastantes para dar solucion á las infinitas cuestiones que á su decision se sometian. «Muchos particulares, dice, vense obligados á esperar todo un año ántes de poder presentar su demanda al Senado ó al pueblo, porque la multitud de negocios es tal, que impide dar audiencia á todo el mundo (1).» Pero el orígen y verdadera fuente de las infamias y abusos que los jurados atenienses cometieron debe buscarse, sin duda alguna, en la ley de Solon que, equiparando la administracion de justicia al ejercicio de los derechos políticos, permitia á todo ciudadano de treinta años formar parte de los tribunales; pues, como para el altísimo cargo de juzgar no se exigia circunstancia alguna de moralidad ni ilustracion, los jueces eran fácilmente engañados por los oradores, que, ó tergiversando los hechos, ó falseando la ley, ó enterneciendo al tribunal con peroraciones elocuentes, le hacian pronunciar fallos á todas luces injustos.

Así se explican hechos como el del anciano Tucídides (2), envuelto por la elocuencia de un hábil abogado, y condenado, no obstante su inculpabilidad, á una crecida multa: así se explica tambien, dice el citado Jenofonte (3), que tantos inocentes

(1) *República ateniense*, III.
(2) V. Aristófanes, *Los Acarnienses*, *parábasis*.
(3) *Apología de Sócrates*.

pereciesen víctimas de su altivez, miéntras muchos criminales conseguian la absolucion libre. Y si esto ocurria cuando los jueces eran ignorantes sin dejar de ser honrados, calcúlese á qué extremo llegarian los abusos cuando las agitaciones políticas y la guerra crearon tal estado de cosas, que el soborno, la venalidad y la falta de independencia llegaron á ser lo más corriente y ordinario.

Ya en *Los Acarnienses* y *Los Caballeros* pudimos observar que los campesinos refugiados en Aténas al verificarse la primera incursion lacedemonia, invadieron los tribunales é hicieron un modo de vivir de la profesion de juez. Faltos de ocupacion y víctimas de una miseria que las escasas distribuciones de víveres no podian remediar, tenian su único recurso en los tres óbolos que el Estado pagaba por sesion: expuestos por su penuria á la venalidad y al soborno, sucedia que en los negocios privados daban su voto al rico particular que se lo compraba, y en los asuntos de interes comun obedecian dócil y ciegamente al demagogo, de cuya voluntad dependia el cobrar ó no su sueldo.

A aumentar el desconcierto y escandalosos abusos de los tribunales, contribuia no poco aquella extraña aficion de los Atenienses á todo lo que fuera litigio, proceso y discusion, avivada por los odios de partido que dividian su democracia.

A este propósito dice discretamente Artaud: «Los debates entre particulares fácilmente se transformaban en Aténas en públicas acusaciones; todo hombre distinguido era pronto sospechoso de as-

pirar á la tiranía; el derecho de acusar, concedido á todo ciudadano, secundaba las animosidades, las venganzas, y sobre todo, esas pasiones envidiosas y malignas de que adolecen los gobiernos populares; la delacion era ya un oficio, y el que denunciaba á un conspirador era bien acogido con seguridad: hé aquí, pues, una fuente abundante de procesos. En fin, el pasar la vida entera en la calle y en la plaza, producia una contínua necesidad de diversiones y pasatiempos; los oradores, los sofistas, los retóricos, cuya única ocupacion era el perorar, encontraban siempre una multitud de ociosos, ávidos de escucharles: los discursos de los abogados en los tribunales no se oian con ménos afan que las arengas políticas; era esto una diversion como otra cualquiera, y todos los dias el pueblo se apiñaba alrededor de la maroma que marcaba el recinto de los jueces en la plaza de Helia (1).»

Tantos abusos y ridiculeces no podian pasar sin correctivo ante la cáustica musa de Aristófanes, pronta á azotar con el látigo de una sátira implacable todo lo que le parecia injusto ó perjudicial. Así es que despues de haberse desatado en *Las Nubes* contra los sofistas y sus doctrinas funestas para la juventud, trata de corregir en *Las Avispas* los vicios que acabamos de reseñar.

En esta comedia volvemos á encontrar en Filocleon una nueva personificacion del pueblo ateniense, aunque sólo bajo su aspecto de κυαμοτρώξ, *mascullador de habas*, es decir, entregado á la tarea de juzgar, que casi lo ha vuelto loco. *Bdelicleon* (enemigo de Cleon), hijo del maniático juez, le retiene en casa con ánimo de curarle; pero burlando la vigilancia de dos esclavos que guardaban la puerta de Filocleon, trata de evadirse, primero por el cañon de la chimenea, y despues por el tejado, y, por último, parodiando á Ulises, escondido bajo la panza de su asno. Frustradas todas sus tentativas, auméntase su furor cuando ve llegar á sus colegas, que, vestidos de Avispas, le llaman para ir al tribunal: este disfraz es un emblema de su carácter irascible y feroz. Filocleon implora el socorro de sus amigos, y pronto se traba una contienda entre ellos y sus guardianes. Por fin hay un momento de tregua en que Bdelicleon refuta las quiméricas ventajas de ser jueces, y logra atraer á su partido al irritado enjambre.

(1) *Comédies d'Aristophane*, t. I, pág. 206.

Su padre cede tambien, pero con la condicion de establecer en su casa una especie de tribunal. El primer acusado es el perro Lábes, reo sorprendido infraganti delito de hurto de un queso siciliano. La causa se instruye con toda rapidez y formalidad, y al dar la sentencia Filocleon absuelve al reo por una equivocacion. El haber dejado libre á un culpable le llena de desesperacion, hasta que su hijo se la hace olvidar llevándole á fiestas y banquetes.

Al llegar á este punto, el asunto de la comedia cambia por completo; el carácter del juez se transforma en el de un viejo alegre, insolente y alboro-

tador, y la accion se reduce á las reclamaciones á que da lugar su intemperancia y á un certámen coreográfico á que provoca el transformado heliasta á todos los danzantes que se quieran presentar.

Respecto al mérito de esta Comedia debemos decir que no es ciertamente de las obras más interesantes de Aristófanes, bajo el punto de vista literario; no abundan en ella tanto como en otras aquellas inagotables gracias qne les dan tanta amenidad; la accion se arrastra lánguida y desmayadamente, y carece, además, de la unidad necesaria, condicion sin la cual toda obra artística deja mucho que desear.

En cambio, bajo el punto de vista histórico y jurídico tiene una importancia inmensa, pues sirve para completar la historia interna de Aténas, y da curiosas noticias sobre el procedimiento y los tribunales en aquella ciudad.

Es digna tambien de mencionarse, al hablar de *Las Avispas*, la famosa imitacion que de ella hizo Racine en sus *Plaideurs*, aunque no sea más que por ser única en su género. El célebre trágico conservó en *Los litigantes* muchos chistes y algunos episodios de Aristófanes; pero su comedia, como no podia ménos, difiere esencialmente de las del poeta griego, no sólo en la forma, sino en la intencion, pues se limita á pintar en *Dauclin* el carácter de un juez maniático, sin la significacion universal y política que tiene Filocleon.

Las Avispas se representaron un año despues de

Las Nubes, es decir, el 423 ántes de nuestra era, noveno de la guerra del Peloponeso. No se sabe si fueron premiadas, porque el Escoliasta no nos lo dice, y es de notar la modestia con que el autor habla de sí mismo en la *Parábasis*, en cuya parte suele de ordinario encarecer sus medios de agradar.

PERSONAJES.

SÓSIAS. } Esclavos de Filocleon.
JÁNTIAS. }
BDELICLEON.
FILOCLEON.
CORO DE ANCIANOS vestidos de AVISPAS.
NIÑOS.
UN PERRO.
UNA PANADERA.
UN ACUSADOR.

(La escena en Aténas, delante de la casa de Filocleon. La accion principia algo ántes de amanecer.)

LAS AVISPAS.

SÓSIAS.

¡Hola! ¿Qué haces, desdichado Jántias?

JÁNTIAS.

Procuro descansar de esta maldita centinela (1).

SÓSIAS.

¿Tan á mal estás con tus costillas? ¿O no sabes la casta de fiera que guardamos?

JÁNTIAS.

Lo sé; pero quiero dormir un poco.

SÓSIAS.

Peligroso es, mas puedes hacerlo: yo tambien siento que sobre mis párpados pesa un sueño dulcísimo (2).

---

(1) Es decir, trata de dormirse.

(2) Parece extraño que Sósias que acaba de despertar á su camarada, trate de imitarle. Pero esta contradiccion se explica perfectamente, conocido el carácter de no dárseles nada por nada, que Aristófanes suele presentar en los esclavos de sus piezas.

JÁNTIAS.

¿Estás loco ó frenético como un Coribante? (1)

SÓSIAS.

No, el sopor que de mí se apodera proviene de Sabacio (2).

JÁNTIAS.

Entónces adoras como yo á Sabacio; porque hace un instante cayó tambien con sueño profundísimo sobre mis párpados, á modo de enemigo persa; y he tenido un ensueño maravilloso.

SÓSIAS.

Y yo he tenido otro, como nunca. Pero cuenta primero el tuyo.

JANTIAS.

Vi á un águila muy grande bajar volando á la plaza pública, y arrebatando en sus garras un escudo de bronce (3), elevarse con él hasta el cielo; despues vi á Cleónimo (4) que arrojaba aquel mismo escudo.

SÓSIAS.

De modo que Cleónimo es un verdadero logogrifo (5). ¿Cómo, preguntará algun convidado, una misma fiera puede arrojar su escudo en el mar, en el cielo y en la tierra?

(1) Nombre de los sacerdotes de Cibéles. Al celebrar los misterios de la diosa, entrechocaban sus armas, batian estrepitosamente los tambores y se herian hasta derramar sangre en medio del mayor frenesí.

(2) Sobrenombre de Baco. De modo que hablando en plata, el sueño de Sósias es producido por el vino.

(3) La palabra ἀσπὶς, significa *escudo* y *serpiente*.

(4) Cleónimo arrojó su escudo en una batalla.

(5) Los convidados solian proponerse de sobremesa enigmas y cuestiones para entretenerse.

JÁNTIAS.

¡Ay de mí! ¿Qué desgracia me anunciará semejante sueño?

SÓSIAS.

No te dé cuidado: ningun mal te sucederá: te lo aseguro.

JÁNTIAS.

Sin embargo, es terrible agüero el de un hombre arrojando su escudo. Pero cuenta tu sueño.

SÓSIAS.

El mio es grandioso: se refiere á toda la nave del Estado.

JÁNTIAS.

Examina, pues, pronto la quilla del asunto.

SÓSIAS.

Creí ver en mi primer sueño, sentados en el Pnix y celebrando una asamblea, una multitud de carneros, con báculos (1) y mantos burdos; despues me pareció que entre ellos hablaba una omnívora ballena, cuya voz parecia la de un cerdo á quien están chamuscando.

JÁNTIAS.

¡Puf!

SÓSIAS.

¿Qué te sucede?

(1) Este era el distintivo de los jueces.

JÁNTIAS.

Basta, basta; no cuentes más; ese sueño apesta á cuero podrido (1).

SÓSIAS.

Aquella maldita ballena tenía una balanza en la cual pesaba grasa de buey (2).

JÁNTIAS.

¡Oh desgracia! Quiere dividir nuestro pueblo (3).

SÓSIAS.

A su lado creí distinguir á Teoro (4), sentado en el suelo con cabeza de cuervo, y Alcibiádes (5) me dijo tartajeando: «Mila, Teolo tiene cabeza de cueivo.

JÁNTIAS.

Nunca ha balbuceado más oportunamente Alcibiádes (6).

SÓSIAS.

¿Y no es un mal agüero el haberse convertido en cuervo Teoro?

JÁNTIAS.

Nada de eso; es excelente.

(1) Cleon.
(2) Alusion al oficio de curtidor de Cleon.
(3) Hay en griego un equívoco intraducible, basado en la casi absoluta semejanza de las palabras que significan *grasa* y *pueblo*. Ya lo hicimos observar en la nota al verso 953 de *Los Caballeros*.
(4) Vid. *Los Acarnienses*, 134-166, *Los Caballeros*, 608, *Las Nubes*, 399.
(5) Alcibiades era algo tartajoso y no podia pronunciar bien la *r*, convirtiéndola en *l*.
(6) Κόραξ, *cuervo*, al transformarse la *l* en *r*, significa en griego *adulador*.

SÓSIAS.

¿Cómo?

JÁNTIAS.

¿Que cómo? ¿era hombre y de repente se ha convertido en cuervo? ¿No puede conjeturarse sin dificultad, que nos abandonará para irse á los cuervos (1)?

SÓSIAS.

¿Y no te he de dar dos óbolos de salario, siendo tan hábil para interpretar los sueños?

JÁNTIAS.

Aguarda, quiero ántes exponer el asunto á los espectadores y hacerles algunas breves advertencias. No espereis de nosotros nada grandioso, ni siquiera una risa robada á Megara (2). No tenemos ni esclavos que arrojen de su cesta nueces á los concurrentes (3); ni un Hércules (4), furioso por su cena frustrada; ni siquiera Eurípides (5) será otra

(1) Esta frase ya hemos visto que equivalia á la nuestra «irse al diablo» ó «al infierno.»
(2) Los Megarenses eran de gusto poco delicado en sus diversiones, y sus poetas cómicos empleaban para hacerles reir medios vulgares y groseros. Esto, á pesar de que segun la opinion de Aristóteles *(Poética*, III), la comedia principió á cultivarse en Megara.
(3) Aristófanes indica alguno de los recursos de mala ley empleados por los poetas vulgares. En el *Pluto*, v. 797, vuelve á aludir á esta costumbre de arrojar á los espectadores nueces y golosinas.
(4) La glotonería de Hércules era un tema inagotable para los cómicos griegos. En la *Lisistrata, Las Aves* y *Las Ranas*, Aristófanes la hace tambien objeto de sus burlas.
(5) Lo fué en *Los Acarnienses*, y Aristófanes volvió á la carga en *Las Fiestas de Céres*, *Las Ranas*, etc.

vez implacablemente censurado; ni sacaremos de nuevo á relucir con su sal y pimienta á Cleon (1), por más que le haya elevado tanto la fortuna. Pero tenemos un argumento bastante racional, no superior ciertamente á nuestros alcances, pero sí más discreto que el de cualquiera insustancial comedia. Nuestro dueño, hombre poderoso, que duerme en la habitacion que está bajo el tejado, nos ha mandado que guardemos á su padre, á quien tiene encerrado para que no salga. Este se halla atacado de una enfermedad tan extraña, que difícilmente la podriais conocer vosotros, ni áun figurárosla, sino os dijéramos cuál era. ¿No lo creeis? pues tratad de adivinarlo. Amínias (2), el hijo de Pronapo, dice que es la aficion al juego; pero se equivoca.

SÓSIAS.

¡Ya lo creo! se le figura que los demas tienen sus vicios.

JÁNTIAS.

No; el mal tiene su raíz en otra aficion... Ahí está Sósias que le dice á Dercilo (3) que es la aficion á la bebida.

(1) Harto asendereado quedó en *Los Caballeros*.
(2) Aristófanes vuelve á citar á este ***Amínias*** en el verso 1.267 de esta comedia, pero llamándole hijo de Selo; sin embargo, parece que ambas personas son una misma, porque llamábase así á todo hombre pobre y vanidoso, por concurrir estas circunstancias en Esquínes, hijo de aquél.
(3) Se ignora si era un comediante, un tabernero ó un borracho.

SÓSIAS.

No por cierto; esa es una aficion de personas decentes.

JÁNTIAS.

Nicostrato (1), el de Escambónides (2), asegura que es la aficion á los sacrificios ó á la hospitalidad.

SÓSIAS.

Nicostrato, te lo juro por el perro (3); no es la aficion á la hospitalidad; basta que el nombre impúdico de Filóxeno (4) suene á hospitalidad, para que él la deteste.

JÁNTIAS.

En vano os cansais; no dareis en ello. Mas si lo deseais saber, callad y yo os diré el mal que aqueja á mi dueño: es amante del tribunal como ninguno (5); su pasion por juzgar le vuelve loco; se desespera si no se sienta el primero en el banco de los jueces. Durante la noche no disfruta ni un instante de sueño: si por casualidad se le cierran un momento los ojos, ya su pensamiento revolotea en el tribunal alrededor de la Clepsidra (6), y acostumbrado á tener la piedrecilla de los votos (7),

(1) Ateniense supersticioso.
(2) Del nombre de un demo del Ática.
(3) Exclamacion ordinaria de Sócrates.
(4) *Filóxeno* significa *amigo de la hospitalidad.*
(5) Lit.: es *fileliasta como nadie.*
(6) Reloj de agua, que servia para medir el tiempo concedido á los oradores y abogados para sus arengas y defensas.
(7) Se votaba por medio de piedrecitas

se despierta con los tres dedos apretados, como quien ofrece incienso á los dioses en el novilunio. Si ve escrito en alguna puerta: «Hermoso Demo, hijo de Pirilampo»; en seguida pone al lado: «Hermosa urna (1) de las votaciones.» Habiendo cantado su gallo al anochecer, dijo que sin duda le habian sobornado los criminales para que le despertase tarde (2). En cuanto cena, pide á gritos los zapatos; corre al tribunal ántes de amanecer, y duerme allí recostado y pegado como una lapa á una de las co-

(1) Δῆμος *(Demo)*; κημός *(urna)*. *Demo* era un hermoso jóven (V. Platon, *Górgias)*. Eúpolis habla de él tambien en sus comedias. Las muchas inscripciones de su nombre que en las paredes se leian, atestiguaban el gran efecto que su hermosura causaba. Era costumbre escribir el nombre del sér amado en los muros, puertas y otros objetos, como ya vimos en *Los Acarnienses*, v. 141. En la *Antología*, aluden á este uso muchos epigramas. Véase uno de Petronio:

Al plantar los perales y manzanos,
Grabé tu amado nombre en la corteza,
Crecen ellos, se cubren de inscripciones,
Y con ellos mi amor crece y se aumenta.

(2) Este chiste ha sido imitado por Plauto y Racine:

Obtrunco gallum, furem manifestarium,
Credo ædepol illi mercedem gallo pollicitos coquos,
Si id palam fecisset.

(Aulularia, III, 4, 10.)

Il fit couper la tête à son coq, de colére,
Pour l'avoir éveillé plus tard qu'à l'ordinaire.
Il disait qu'un plaideur, dont l'affaire allait mal,
Avait graissé la pate à ce pauvre animal.

(Les Plaideurs, Acto I, esc. 1.ª)

lumnas. Su severidad le hace trazar siempre sobre las tablillas la línea condenatoria (1), de suerte que siempre, como las abejas ó los zánganos, vuelve á su casa con las uñas llenas de cera. Temeroso de que le falten piedrecitas para las votaciones, mantiene ahí dentro un banco de grava. Tal es su manía (2); cuanto más se trata de corregirle, más se empeña en juzgar. Ahora le tenemos encerrado con cerrojos para que no salga, pues su hijo siente en el alma tal enfermedad. Primero trató de persuadirle con afables palabras á que no llevase el manto burdo, ni saliese de casa, mas no cambió por eso. Luégo le bañó y purgó; y siempre lo mismo. Despues trató de curarle con los ejercicios de los Coribantes, y el buen viejo se escapó con el tambor y se presentó á juzgar en el tribunal. Viendo la ineficacia de estos medios, lo llevó á Egina y le hizo acostarse una noche en el templo de Esculapio (3). Mas en el momento de amanecer apareció ante la cancela del tribunal. Desde entónces no le dejábamos salir; pero como se nos escapaba por las canales y buhardillas, tuvimos que tapar y cerrar con paños todos los agujeros. Mas él, clavando palitos en la pared, saltaba de uno á otro como un grajo. Por último, hemos tenido que rodear con una red todo el patio, y así le guardamos. El viejo

(1) Para condenar se trazaba sobre una tablilla cubierta de cera una línea larga.
(2) Parodia de la *Estenobea*, de Eurípides.
(3) Sobre esta costumbre véase el *Pluto*, v. 411 y siguientes.

se llama Filocleon (1); ningun nombre, por Júpiter, le está más propio: su hijo se llama Bdelicleon (2), y trata de corregir el feroz carácter de su padre.

BDELICLEON *(asomándose á la ventana)*.

¡Eh, Jántias, Sósias! ¿estais durmiendo?

JÁNTIAS.

¡Oh!

SÓSIAS.

¿Qué hay?

JÁNTIAS.

Bdelicleon se ha despertado.

BDELICLEON.

A ver, pronto aquí uno de vosotros. Mi padre ha entrado en la cocina y está royendo no se qué como un raton dentro del agujero. Tú, mira no se escape por el tubo de los baños; y tú recuéstate contra la puerta.

SÓSIAS.

Está bien, señor.

JÁNTIAS.

¡Oh poderoso Neptuno! ¿Quién hace tanto ruido en la chimenea? ¡Eh, tú! ¿quién eres?

(1) *Filocleon* significa *amigo de Cleon*, porque este demagogo tenía gran partido entre la gente que constituia los tribunales, por el trióbolo que les hacía pagar.

(2) *Bdelicleon*, significa que detesta á Cleon: de suerte que la lucha entre ambos personajes representa perfectamente la que entónces sostenian en Aténas el famoso demagogo Cleon, apoyado por el pueblo mediante el trióbolo, y el partido aristocrático.

FILOCLEON.

Soy el humo que salgo.

BDELICLEON.

¡El humo! ¿De qué leña?

FILOCLEON.

De higuera (1).

BDELICLEON.

Ya se conoce, por Júpiter, pues es la que despide humo más acre. Ea, adentro pronto. ¿Dónde está la tapa de la chimenea? Adentro he dicho. Encima, para mayor seguridad, pondré esta vigueta. Busca ahora otra salida; soy el más desdichado de los hombres: mañana podrán llamarme el hijo del ahumado! (2)

SÓSIAS.

Empuja la puerta. Aprieta ahora mucho y fuerte. Allá voy yo tambien. Tén sumo cuidado de la cerradura y el cerrojo, no vaya á roer el pestillo.

FILOCLEON.

¿Qué haceis? ¿no me dejais salir á juzgar, grandísimos bribones, y Dracóntides (3) será absuelto?

(1) El humo producido por la leña de higuera es, segun el Escoliasta, de los más irritantes y molestos, lo cual pinta bien el carácter intratable de Filocleon. Además, en el hecho de mencionar esa especie de combustible, hay una alusion á los *sicofantas* ó delatores, nombre en cuya composicion entra la raíz del de higuera.

(2) Καπνίας. Este sobrenombre se le dió á Ecfántides, poeta cómico contemporáneo de Cratino, por la oscuridad de su estilo y el embrollo de sus argumentos.

(3) Ateniense de mala fama, condenado muchas veces. Parece que despues de la representacion de *Las Avispas*, llegó á ser uno de los treinta tiranos.

BDELICLEON.

¿Y eso te causará mucha pena?

FILOCLEON.

Apolo, á quien consulté en Délfos, me predijo que moriria cuando se me escapase un acusado (1).

BDELICLEON.

¡Oh Apolo, patrono nuestro, vaya un oráculo!

FILOCLEON.

Vamos, por piedad, déjame salir ó estallo.

BDELICLEON.

Nunca, Filocleon, nunca; lo juro por Neptuno.

FILOCLEON.

Bueno, romperé la red á mordiscos.

BDELICLEON.

Si no tienes dientes.

FILOCLEON.

¡Oh, qué desdicha!... ¿Cómo podria matarte? ¿Cómo? Traedme pronto mi espada, ó la tablilla condenatoria.

BDELICLEON.

Este hombre maquina alguna mala pasada.

FILOCLEON.

No, yo te lo aseguro: sólo deseo salir á vender el asno con su albarda: hoy es el dia de la luna nueva (2).

BDELICLEON.

Y dime, ¿no lo podria yo vender lo mismo?

(1) Sin condenarle.
(2) Dia de mercado.

FILOCLEON.

No tan bien como yo.

BDELICLEON.

Muchísimo mejor, por Jupiter. Ea, trae el asno. *(Filocleon vase en busca del asno.)*

JÁNTIAS.

¡Qué buen pretexto ha imaginado para que le sueltes!

BDELICLEON.

Pero no he tragado el anzuelo: en seguida he conocido á dónde iba á parar. Voy á llevar yo mismo el asno, y así el viejo no conseguirá salir.—¡Pobre borriquillo! ¿Por qué te quejas? ¿porque vas á ser vendido? Vamos pronto; ¿por qué gimes? ¿Llevas acaso algun Ulíses?

JÁNTIAS.

Sí, por Júpiter; lleva uno atado al vientre (1).

BDELICLEON.

¿Quién? Veamos.

JÁNTIAS.

Es él.

BDELICLEON.

¿Qué es esto? ¿quién eres, buen hombre?

FILOCLEON.

Ninguno, por Júpiter.

(1) Parodia del episodio del Cíclope en la *Odisea*, Canto IX. Con este asunto se compusieron varios dramas satíricos, de los cuales sólo se ha conservado *El Cíclope* de Eurípides, cuya primera traduccion al castellano estamos publicando en *El Ateneo* de Vitoria.

BDELICLEON.

¿Ninguno tú? ¿y de qué tierra?

FILOCLEON.

De Itaca, de la familia fugitiva.

BDELICLEON.

Por vida mia, ya sentirás el haberte llamado ninguno. Sácalo cuanto ántes. ¡Oh desdichado, dónde se habia metido! ¡Si parece un pollino escondido debajo de su madre!

FILOCLEON.

Si no me soltais, litigaremos.

BDELICLEON.

¿Por qué?

FILOCLEON.

Por la sombra del asno (1).

BDELICLEON.

No vales para ello, á pesar de tu extremada audacia.

FILOCLEON.

¡Que no valgo! es que no sabes todavía lo que yo soy; ya lo sabrás cuando comas lo que te deje el anciano juez (2).

BDELICLEON.

Entra con el asno en casa.

---

(1) Expresion proverbial para indicar personas que disputan sobre cualquier necedad. Del texto de Aristófanes puede deducirse tal vez que el célebre cuento de Demóstenes del litigio sobre la sombra del asno, no fué invencion del elocuente orador, bastante posterior al poeta.

(2) Es decir, su herencia.

FILOCLEON.

¡Oh jueces compañeros mios, y tú, Cleon, socorredme!

BDELICLEON.

Grita adentro á puerta cerrada.—Pon tú una porcion de piedras en la entrada; echa de nuevo el cerrojo; atraviesa esa tranca; y, para mayor seguridad, afiánzala con ese gran mortero.

SÓSIAS.

¡Ay! ¿de dónde me ha caido este terroncillo?

JÁNTIAS.

Quizá te lo haya arrojado algun raton.

SÓSIAS.

¿Un raton? ¡Cá! es ese maldito juez que se desliza por entre las tejas.

JÁNTIAS.

¡Oh desgracia! Ese hombre se ha convertido en pájaro. Va á volar. ¿Dónde está, dónde esta la red? *(Como quien espanta un pájaro.)*—¡Eh! ¡Pchist! ¡Pchist! ¡fuera de ahí! ¡Pchist.

BDELICLEON.

Por Júpiter, más quisiera guardar á Escione (1) que á mi padre.

SÓSIAS.

Puesto que le hemos espantado, y ya no puede

---

(1) Ciudad de Tracia, que por influencia de Brásidas se reveló contra Aténas, uno ó dos años ántes de la representacion de *Las Avispas*. Los Atenienses la sitiaron y la desmantelaron para que no volviese á inquietarles en lo sucesivo (V. Tucídides, iv, 120, 130, 131; v, 18, 32).

escapársenos furtivamente, ¿por qué no dormimos un poco?

BDELICLEON.

Pero, desdichado, ¿no ves que dentro de poco vendrán á llamarle sus compañeros de tribunal?

SÓSIAS.

¿Qué dices? Si aún no ha amanecido.

BDELICLEON.

Es verdad; hoy se levantan más tarde de lo acostumbrado, porque suelen venir con sus linternas á media noche, y le llaman cantando dulces versos de las Fenicias del antiguo Frínico (1).

SÓSIAS.

Pues, si hay necesidad, los apedrearemos.

BDELICLEON.

Pero, temerario, esa casta de viejos, cuando se la enfurece es como la de las avispas; pues en la rabadilla tienen un aguijon agudísimo con el cual pican, y saltan gritando, y lo lanzan como una centella (2).

SÓSIAS.

Pierde cuidado; tenga yo piedras, y dispersaré todo un enjambre de jueces.

(Entran en la casa y llega el coro.)

---

(1) Antiguo poeta trágico, que floreció en 512 ántes de Jesucristo. Para elogiarle Aristófanes forja la enorme palabra ἀρχαιομελισιδωνοφρυνιχήρατα.

(2) Alusion al traje con que van á presentarse los jueces.

CORO.

Adelante, paso firme. ¿Te retrasas Cómias? Por Júpiter, ántes no eras así; al contrario, eras más duro que una correa de perro: ahora Carínades te gana á andar. ¡Oh Estrimodoro de Contilo (1), el mejor de los jueces! ¿están ahí por casualidad Evergides y Cábes de Flios? ¡Diantre, diantre! aquí se halla cuanto queda de aquella juventud que florecia cuando tú y yo hacíamos centinela en Bizancio: entónces en nuestras correrías nocturnas le robamos su artesa á aquella panadera; la hicimos astillas, y cocimos unas verdolagas. Pero apresurémonos, amigos; hoy es el juicio de Láques (2); todos dicen que tiene su colmena llena de dinero. Por eso Cleon, nuestro patrono, nos mandó ayer que acudiéramos temprano provistos para tres dias de terrible cólera contra él (3), á fin de vengarnos de sus injurias. Ea, aprisa, compañeros, ántes de que amanezca. Marchemos mirando á todas partes con ayuda de las linternas (4), no caigamos por falta de precaucion en algun lazo.

---

(1) Aldea del Ática.

(2) General ateniense que mandó la escuadra enviada á Sicilia en auxilio de los Leontinos (TUCÍDIDES, III, 86). Fué reemplazado por Sófocles y Pitódoro, y tuvo que dar cuenta de su conducta. La intencion de Aristófanes es la de revelar las infames calumnias con que Cleon perseguia á sus enemigos políticos.

(3) Alusion á la provision ordinaria de los soldados. (V. *Los Acarnienses.*)

(4) Como áun no ha amanecido, los niños les preceden con linternas.

UN NIÑO.

Padre, padre, cuidado con ese lodazal.

CORO.

Coge esa pajita del suelo, y espabila la linterna.

EL NIÑO.

No, ya la espabilaré con el dedo.

CORO.

Niño, ¿no ves que con el dedo vas á alargar la mecha, ahora que anda tan escaso el aceite? ¡Ya se conoce que tú no lo compras!

EL NIÑO.

Por Júpiter, si continuais amonestándonos á puñetazos, apagamos las linternas y nos vamos á casa. Entónces os quedaréis á oscuras y andaréis removiendo lodos, como si fueseis patos.

CORO.

Yo castigo á otros mayores. Pero me parece que voy pisando barro. Mucho será que á lo más dentro de cuatro dias no llueva copiosamente. ¡Tanto crece el pábilo de mi lámpara! Este suele ser signo de gran lluvia. Además, los frutos tardíos están pidiendo el agua y el soplo del Bóreas. Pero ¿qué le habrá sucedido al colega que vive en esa casa, que no sale á reunirse con nosotros? A fe que ántes no habia que sacarle á remolque; él iba delante de nosotros cantando versos de Frínico, pues el amigo es aficionado á la música. Pienso, compañeros, que debemos pararnos aquí, y llamarle cantando; quizá la melodía de mi cancion le haga salir.

¿Por qué no se presenta el viejo delante de su puerta y ni siquiera nos responde? ¿Habrá perdido

los zapatos? ¿Se habrá dado algun golpe en el pié andando á oscuras y tendrá hinchado el tobillo? ¿Tendrá quizá algun bubon? Pues era el más acérrimo de nosotros y el único inexorable. Si alguno le suplicaba, le decia bajando la cabeza: «Cueces un guijarro» (1). Puede que haya tomado á pecho el habérsenos escurrido con mentiras aquel acusado, proclamándose amigo de los Atenienses, y primer revelador de lo ocurrido en Sámos (2); quizá esto le tenga con fiebre, porque el hombre es así. Vamos, amigo mio, levántate, no te dejes consumir por la ira. Hoy va á ser juzgado un hombre opulento de los que entregaron á Tracia (3). Vén á condenarlo.

Anda adelante, muchacho, anda adelante.

EL NIÑO.

Padre, ¿me darás lo que te pida?

CORO.

Sí, hijito mio. ¿Qué cosa buena quieres que te compre? Creo que vas á pedirme un juego de tabas.

EL NIÑO.

No, papá mio; higos, que me gustan más.

(1) Es decir: intentas un imposible.

(2) El hecho á que alude Aristófanes es el siguiente: Los Atenienses aliados de los Milesios, atacaron á Sámos y establecieron en ella el gobierno democrático. Los de Sámos, para sacudir el yugo de Aténas, entraron en negociaciones secretas con los Persas, que fueron reveladas por un tal Caristion. Los Atenienses se apoderaron de la ciudad y destruyeron sus murallas (V. TUCÍD., I, 115, 592; DIOD. SIC., XII, 27, 199; PLUT., *Vida de Perícles.)*

(3) Quizá aluda á Cleon, que murió el año siguiente delante de Anfípolis.

CORO.

Eso no, aunque te ahorques.

EL NIÑO.

Bien; pues no te acompaño.

CORO.

Con mi mezquino sueldo de juez tengo que comprar pan, leña y carne, ¿y aún me pides higos?

EL NIÑO.

Y bien, padre mio, si al arconte se le antoja que no haya hoy tribunal, ¿dónde compraremos la comida? ¿Puedes darme alguna nueva esperanza ó sólo designarme el sagrado camino de Héles? (1)

CORO.

¡Ay! ¡ay! no sé en verdad cómo cenaremos.

EL NIÑO.

¿Por qué me pariste, madre infeliz, si tanto habia de costarme sostener mi vida? (2)

CORO.

Saquito mio, eres un adorno inútil (3).

EL NIÑO.

¡Ay! gemir es nuestra suerte.

---

(1) Es decir, el suicidio, arrojándose al mar. Héles, al atravesar los aires sobre el vellocino de oro, se espantó del ruido de las olas al atravesar el mar, y cayó en el estrecho, que recibió el nombre de *Helesponto*. Hay en el texto una alusion á Píndaro.

(2) Tomado del *Teseo* de Eurípides. Estas palabras las decian los jóvenes enviados á servir de pasto al Minotauro, entre los cuales se hallaba Hipólito, hijo de Teseo.

(3) Este apóstrofe se dirige al saco donde habia de llevar á su casa, de regreso del tribunal, los víveres comprados con su salario de juez.

FILOCLEON *(asomándose á la ventana)*.

Hace rato, amigos mios, que os oigo desde esta ventana y deseo responderos; pero no me atrevo á cantar. ¿Qué haré? Estos me tienen cerrado porque quiero ir con vosotros á las judiciales urnas para hacer alguna de las mias. ¡Oh Júpiter, truena con furia, y conviérteme de repente en humo (1), ó en Proxénides, ó en el hijo de Selo (2), charlatan infatigable! Compadecido de mi suerte, otórgame esta gracia, Númen poderoso, ó si no, redúceme á cenizas con tu ardiente rayo, ó arrástrame con tu impetuoso viento á una salmuera ácida é hirviente, ó trasfórmame en aquella piedra sobre la cual se cuentan los votos.

CORO.

Pero ¿quién te detiene y te cierra la puerta? Di, ya sabes que hablas con amigos.

FILOCLEON.

Mi hijo; pero no griteis; duerme en la parte anterior de la casa: hablad más bajo.

CORO.

Pero, tonto, ¿qué pretende impedir al hacer eso?

FILOCLEON.

El que juzgue y condene, amigos mios: por lo demas, trata de regalarme; pero yo no quiero.

---

(1) En las *Suplicantes* de Esquilo (v. 779) hay una imprecacion idéntica que Aristófanes parece parodiar.

Μέλας γενοίμαν καπνός.

(2) *Prosénides* y el *hijo de Selo* (Esquínes) eran dos hábiles charlatanes capaces con su locuacidad de salir de los trances más apurados.

CORO.

¿Eso se ha atrevido á decir ese tuno, ese orador á lo Cleon?. . . . . (1) Nunca hubiera tenido tal osadía ese hombre si no estuviera comprometido en alguna conspiracion. Mas ya que esto sucede, tienes que intentar alguna nueva estratagema para bajar aquí sin que te vea tu carcelero.

FILOCLEON.

¿Cuál puede ser? Inventadla vosotros; á todo estoy dispuesto; ¡tal deseo me abrasa de recorrer los bancos con mi concha! (2).

CORO.

¿Hay, di, algun agujero que puedas ensanchar por dentro, para escurrirte por él cubierto de andrajos como el prudente Ulíses? (3)

FILOCLEON.

Todos están cerrados; no puede salir ni un mosquito. Buscad, buscad otro medio: ese es impracticable.

CORO.

¿Te acuerdas cuando en la toma de Náxos, estando de servicio, te escapaste clavando en la muralla unos asadores que habias robado? (4)

(1) Hay una laguna en el texto, que se ha tratado de llenar con una frase cuya traduccion es «porque dices sin rebozo la verdad sobre las naves.»
(2) Para emitir su voto.
(3) Alusion á la *Hécuba* de Eurípides, donde la madre de Héctor recuerda el dia en que Ulíses penetró en Troya como espía.
(4) El Escoliasta cree que Aristófanes alude á la toma

FILOCLEON.

Ya me acuerdo; pero ¿y qué? Ahora no es lo mismo. Entónces era jóven, y lleno de vigor y energía para robar; además, nadie me custodiaba, y podia huir seguramente. Ahora hombres armados hasta los dientes están apostados en todas las salidas: dos de ellos, colocados junto á la puerta, me observan con asadores en las manos como á un gato que ha robado carne.

CORO.

Pues inventa cuanto ántes otro medio, dulce amigo: ya despierta la aurora.

FILOCLEON.

Lo mejor será roer mi red. Perdóneme este destrozo Dictina (1), diosa de las redes.

CORO.

Eso es obrar como hombre que busca su salvacion. Dále duro á las mandíbulas.

FILOCLEON.

Ya está roido: chito, no griteis: mucho cuidado, no nos oiga Bdelicleon.

CORO.

Nada temas, amigo mio, nada temas; si chista, le obligaré á morderse su propio corazon y á combatir por su existencia, para que entienda que no se conculcan impunemente las leyes de las venera-

de Náxos por Pisístrato; pero es más probable que se refiera á la del tiempo de Cimon, cincuenta años ántes de la representacion de *Las Avispas*, pues así era posible la aventura de Filocleon.
(1) Sobrenombre de Diana.

bles diosas (1). Ata una cuerda á la ventana, sujétate con ella, y baja henchido el espíritu del furor de Diopítes (2).

FILOCLEON.

Mas, decidme; si mis guardianes notan lo que hago, y tiran de la cuerda para llevarme adentro, ¿qué es lo que hareis?

CORO.

Te defenderemos y reuniremos todas nuestras fuerzas para que no consigan su intento: eso es lo que pensamos hacer.

FILOCLEON.

Haré lo que decís confiado en vosotros; mas acordaos, si alguna desgracia me sucede, de levantarme con vuestras manos, y, despues de regarme con vuestras lágrimas, sepultadme bajo la cancela del tribunal.

CORO.

Nada te sucederá, no temas; vamos, mi buen amigo, descuélgate sin miedo invocando los dioses de la patria (3).

---

(1) Céres y Proserpina. La profanacion de sus misterios era una de las acusaciones más frecuentes y graves en Aténas.
(2) Adivino, amigo de Nícias, acusado de robo al erario público, orador furibundo censurado como tal por Frínico (en el *Saturno*), Eupólis, Teléclides y Amípsias. (V. *Los Caballeros*, 1.085; *Las Aves*, 989.)
(3) Apolo y Júpiter eran los dioses tutelares de Aténas; pero Aristófanes supone que lo es Lico, hijo de Pandion, cuya estatua se elevaba junto al sitio donde se pagaba á los jueces el trióbolo.

FILOCLEON.

¡Oh Lico, mi señor, héroe vecino mio; tú, como yo, te deleitas con las lágrimas perpétuas y los lamentos de los acusados; por oirlos, sin duda, has elegido ese lugar, siendo el único de los héroes que has querido vivir junto á los desgraciados: ten compasion de mí y salva á este tu vecino fiel! Nunca, te lo juro, nunca mancharé tu verja de madera con ninguna inmundicia (1).

BDELICLEON.

¡Eh, tú, alerta!

SÓSIAS.

¿Qué ocurre?

BDELICLEON.

Oigo sonar una voz en torno mio.

SÓSIAS.

¿Se escurrirá el viejo por alguna parte?

BDELICLEON.

No, por Júpiter; se descuelga atado con una cuerda.

SÓSIAS.

¿Qué haces desdichado? no bajes.

BDELICLEON.

Sube corriendo á la otra ventana y pégale con este ramo (2), á ver si con tus golpes consigues hacerle retroceder.

---

(1) Lit.: *nec mingam nec ventrem exonerabo cum strepitu.*
(2) Sin duda echan mano de la rama que era costumbre colgar delante de las puertas.

FILOCLEON.

¿No me socorreis, Esmicition, Tisíades, Cremon, Feredípes (1), y cuantos habeis de entender en los procesos de este año? ¿Cuándo me auxiliaréis si no es ahora, ántes de que me arrastren allá dentro?

CORO.

Decidme: ¿por qué tardamos en remover aquella bílis que hierve furiosa contra todo el que ofende á nuestro enjambre? Enderecemos el aguijon vengador. Muchachos, pronto, arrojad vuestro manto; corred, gritad, advertid á Cleon lo que sucede. Decidle que venga y que castigue á ese hombre enemigo de la república y digno del último suplicio, pues se atreve á sostener la inconveniencia de los juicios y procesos.

BDELICLEON.

Amigos mios, oid lo que ha ocurrido y no griteis.

CORO.

Pondremos el grito en el cielo, y no abandonarémos á nuestro colega. ¿No es esto intolerable y tiránico á todas luces? ¡Oh ciudadanos! ¡Oh Teoro (2), despreciador de los dioses! ¡Oh aduladores que nos presidís!

JÁNTIAS *(A Bdelicleon).*

¡Diantre! tienen aguijones. ¿No los ves, señor?

BDELICLEON.

Son los que atravesaron á Filipo, el hijo de Górgias.

(1) Nombres de amigos de Filocleon.
(2) Véase la nota al verso 134 de *Los Acarnienses.*

CORO.

Y los que te atravesarán á tí. Ea, dirijámonos todos contra él; acometámosle con el aguijon desenvainado, en buen órden, llenos de ira y de furor, para que conozca al fin á qué enjambre ha irritado.

JÁNTIAS.

Por Júpiter, el negocio se pone serio, si hay que reñir; tiemblo cuando veo sus aguijones.

CORO.

Suelta á nuestro amigo; si no, yo te aseguro que has de envidiar á las tortugas la dureza de su concha.

FILOCLEON.

Ea, compañeros, rabiosas avispas, precipitaos unos con furia sobre sus nalgas; picadle otros los ojos y los dedos.

BDELICLEON.

¡Mídas, Frigio, Masíntias (1), acudid! ¡sujetadle y no le solteis por nada del mundo; si no, ayunaréis en el cepo. Ya sé yo que casi siempre es más el ruido que las nueces (2).

CORO.

Si no le sueltas, te clavaré el aguijon.

FILOCLEON.

Heroico Cécrope (3), rey nuestro, cuyo cuerpo

(1) Nombres de esclavos.
(2) Lit.: «He oido muchas veces en el fuego los estallidos de las hojas de higuera.» Proverbio equivalente al castellano, y empleado por Bdelicleon para manifestar que no le asustan las amenazas del Coro.
(3) Fundador de Aténas. Su cuerpo terminaba en cola de dragon, lo cual parece significar lo mucho que hizo

termina en dragon, ¿consentirás que así me traten estos bárbaros, á quienes he enseñado á llevar su *quénice* con cuatro medidas de lágrimas (1).

CORO.

¡Qué temibles males afligen á la vejez! Ahora esos dos bribones sujetan á viva fuerza á su anciano señor, y no se acuerdan de las pieles y pequeñas túnicas que les compró en otro tiempo, ni de las monteras de piel de perro, ni del cuidado que tenía para que en el invierno no se les enfriasen los piés; pero en su impudente mirada no se ve el menor agradecimiento por los viejos zapatos.

FILOCLEON.

¿No me soltarás, bestia feroz? ¿No te acuerdas de cuando te sorprendí robando uvas y te até á un olivo y te vapuleé de lo lindo, hasta el punto de que daba envidia verte?—Pero eres un ingrato, suéltame tú; y tú tambien, ántes de que venga mi hijo.

CORO.

Pronto y bien vais á pagar vuestro atrevimiento; así comprendereis, bribones, que os las habeis con hombres justicieros, iracundos, de terrible mirada.

BDELICLEON.

Sacúdeles, sacúdeles Jántias; arroja de casa estas avispas.

---

progresar á los hombres suavizando sus costumbres, salvajes hasta él.

(1) En vez de decir á amasar cuatro panes por *quénice*. Esta palabra designa una medida de capacidad y los cepos en que se aprisionaba á los esclavos.

JÁNTIAS.

Eso estoy haciendo; ahuyéntalas tú con una densa humareda (1).

SÓSIAS.

¿No os ireis al infierno? ¡Ah! ¿no os largais? Buen palo en ellos.

JÁNTIAS.

Echa tú al fuego para hacer humo á Esquines, hijo de Selarcio (2). Por fin os hemos ahuyentado.

BDELICLEON.

No lo hubieras conseguido tan fácilmente, si hubiesen comido versos de Filócles (3).

CORO.

¿No está claro como la luz que la tiranía se ha introducido para los pobres, aprovechándose de nuestro descuido? Y tú, perverso, y arrogante secuaz de Amínias, nos arrebatas las leyes que rigen la república, y, como dueño absoluto, ni siquiera disculpas tu usurpacion con un pretexto ó con una elegante arenga.

BDELICLEON.

¿No podríamos sin golpes ni alharacas conferenciar como buenos amigos, y hacer las paces?

CORO.

¿Conferenciar contigo, enemigo del pueblo, par-

---

(1) Medio empleado para alejarlas. Virgilio hablando de las abejas (*Geórg*. IV, 230) dice: «*Fumos pretende sequaces.*»

(2) *Selarcio* en lugar de *Sélos*. Véase la nota del verso 324 de esta misma comedia.

(3) Poeta trágico, cuyos versos eran muy duros, á lo cual parece aludir la frase de Aristófanes.

tidario de la monarquía, amigo de Brásidas (1), que llevas franjas de lana y no te cortas la barba? (2)

BDELICLEON.

Ciertamente me valdria más abandonar á mi padre, que sufrir todos los dias semejantes borrascas.

CORO.

Pues esto son todavía tortas y pan pintado (3), como dice el proverbio vulgar. Hasta ahora no tienes por qué quejarte; pero ya verás, ya verás, cuando el acusador público te eche en cara todos esos crímenes y cite y emplace á tus conjurados (4).

BDELICLEON.

¿Pero no os ireis, por todos los dioses? Mirad que si no, estoy resuelto á moleros á palos todo el dia.

CORO.

No, nunca, jamás, miéntras me quede un soplo de vida. Bien claro veo tus aspiraciones á la tiranía.

BDELICLEON.

Es fuerte cosa que sea grande ó pequeño el motivo, á todo lo hemos de llamar tiranía y conspira-

(1) General lacedemonio. Murió al año siguiente de la representacion de *Las Avispas* en el mismo combate que Cleon.

(2) Los Lacedemonios, enemigos de los Atenienses, se dejaban crecer la barba.

(3) Lit.: «Pues áun no estás en el apio ni en el camino.» El apio servia para marcar los bordes de las sendas en los jardines. El proverbio se aplicaba á los que áun no estaban más que al principio de un grave negocio.

(4) Las acusaciones de aspirar á la restauracion de la tiranía eran frecuentes en Aténas.

cion. Durante cincuenta años, ni una sola vez oí este dichoso nombre de tiranía; pero ahora es más comun que el del pescado salado, y en el mercado no se oye ya otra cosa. Si uno compra orfos y no quiere membradas, el que vende estos peces en el puesto inmediato, grita al momento: «Ese hombre, quiere regalarse como durante la tiranía» (1). Si otro pide puerros para sazonar las anchoas, la verdulera, mirándole de soslayo, le dice: «¿Puerros, eh? ¿Quieres restablecer la tiranía? ¿Oh, piensas que Aténas te ha de pagar los condimentos?»

JÁNTIAS.

Sin ir más léjos, yo entré ayer al mediodía en casa de una cortesana; y porque la propuse ciertos ejercicios hípicos, me preguntó furiosa si queria restablecer la tiranía de Hípias.

BDELICLEON.

Eso le agrada al pueblo: y á mí, porque quiero que mi padre cambie de costumbres, y, dejándose de delaciones, y pleitos y miserias, no salga de casa al amanecer y viva espléndidamente como Morsícos (2), me acusan de conjuracion y tiranía.

FILOCLEON.

Y se te está muy bien empleado; pues yo ni por todas las delicias del mundo dejaria este género de vida de que pretendes apartarme. A mí no me gustan las rayas ni las anguilas; un pleito pequeñito

(1) Tan delicado gusto despertaba sus sospechas.

(2) Poeta trágico, gran gastrónomo, citado en *Los Acarnienses* (v. 887).

cocido en su correspondiente tartera, me agradaria más.

BDELICLEON.

Claro está, como que te has acostumbrado á ello (1); mas si puedes callar y escuchar con paciencia lo que te digo, creo que te demostraré cuán engañado estás.

FILOCLEON.

¿Me engaño cuando juzgo?

BDELICLEON.

¿No conoces que se burlan de tí esos hombres (2) á quienes rindes culto y adoracion? ¿Que no eres más que un esclavo?

FILOCLEON.

¡Esclavo yo! Yo, que mando á todo el mundo.

BDELICLEON.

No lo creas: te haces la ilusion de que mandas, y eres un esclavo; y, si no, díme, padre: ¿qué honra obtienes de disfrutar todos los tributos de la Grecia?

FILOCLEON.

Muchísima: apelo al testimonio de esos amigos.

BDELICLEON.

Acepto el arbitraje: soltadle, esclavos.

FILOCLEON.

Dadme una espada. Si tus argumentos me vencen, me atravesaré con ella.

(1) Flechazo á la manía de los Atenienses por los procesos.
(2) Los demagogos y oradores.

BDELICLEON.

Y si no, ¿te conformas con la sentencia de esos árbitros?

FILOCLEON.

No beberé jamás vino en honor del buen genio (1).

CORO.

Ahora, adalid nuestro, es preciso que encuentres nuevas razones, á fin de.....

BDELICLEON.

Traedme aquí cuanto ántes unas tablillas; pero tú ¿qué opinion piensas sustentar cuando le incitas así?

CORO.

.....no hablar como pudiera hacerlo ese jóven (2). Ya ves la inmensa importancia del certámen, y que lo perderemos si (lo que Dios no quiera) este sale vencedor.

BDELICLEON.

Iré apuntando todo cuanto diga, para que nada se me olvide.

FILOCLEON.

¿Qué me decís si este sale vencedor?

CORO.

La turba de los viejos no servirá para nada. En todas las calles se burlarán de nosotros llamándonos talóforos (3) y mondaduras de pleitos. Tú, que

(1) Véase la nota al verso 106 de *Los Caballeros*.
(2) El coro continúa la interrumpida frase de Filocleon.
(3) Designábanse con el nombre de *Talóforos* los an-

vas á defender nuestra soberanía, despliega, pues, atrevidamente todos los recursos de tu lengua.

FILOCLEON.

Empezaré por probar desde las primeras palabras que nuestro poder no es menor que el de los reyes más poderosos. Pues, ¿quién más afortunado, quién más feliz que un juez? ¿Hay vida más deliciosa que la suya? ¿Existe algun animal más temible, sobre todo si es viejo? Para cuando salto del lecho, ya me están esperando unos hombrones de cuatro codos que me escoltan hasta el tribunal: apénas me presento, una mano delicada, que fué esquilmadora del erario, estrecha blandamente la mia: los acusados abrazan suplicantes mis rodillas, y me dicen con lastimera voz: «Ten compasion de mí, padre mio; yo te lo pido por los hurtos que hayas podido cometer en el ejercicio de alguna magistratura ó en el aprovisionamiento del ejército.» Pues bien, este á quien me refiero no sabria siquiera si yo existia si no le hubiera absuelto la primera vez.

BDELICLEON.

Tomo nota de lo que dices sobre los suplicantes.

FILOCLEON.

Entro despues, abrumado de súplicas, y calmada mi cólera suelo hacer en el tribunal todo lo contrario de lo que habia prometido; pero escucho á una muchedumbre de acusados que en todos los

cianos que llevaban ramas de olivo en las grandes Panateneas, y tambien los que sólo servian para esta funcion.

tonos piden la absolucion. ¡Oh! ¡Cuántas palabras de miel pueden oir allí los jueces! Unos lamentan su pobreza, y añaden males fingidos á los verdaderos hasta lograr que sus desgracias igualen á las nuestras: otros nos recitan fábulas: éstos nos refieren alguna gracia de Esopo (1): aquellos dicen un chiste para hacerme reir y desarmar mi ira. Cuando tales recursos no nos vencen, se presentan de pronto trayendo sus hijos é hijas de la mano: yo presto atencion: ellos, desgreñado el cabello, prorumpen en berridos; el padre, temblando, me suplica como á un Dios que le absuelva siquiera por ellos. «Si te es grata la voz de los corderos, dice, compadécete de la de mi hijo.» «Si te gusta más la de las puerquecillas (2), procura conmoverte con la de mi hija.» Entónces disminuimos un poco nuestro furor. ¿No es esto, decidme, un gran poder que nos permite despreciar las riquezas?

BDELICLEON.

Nota segunda: el desprecio de las riquezas. Dime ahora cuáles son esas ventajas por las cuales te crees señor de la Grecia.

FILOCLEON.

Tambien cuando se examina la edad de los niños tenemos el privilegio de verlos desnudos (3). Si

(1) Este Esopo no es el célebre fabulista, sino el autor cómico muy en boga entónces.
(2) Se reproduce el equívoco de *Los Acarnienses*, 470 y siguientes.
(3) Al ser inscritos en el registro de ciudadanos, se sometia á los niños á una inspeccion de su sexo.

Eagro (1) es citado á juicio, no consigue salir absuelto hasta despues de habernos recitado el más hermoso trozo de la *Niobe* (2). Si gana un flautista el pleito, en pago de la sentencia se pone delante de la boca la correa (3), y nos toca al salir del tribunal una marcha primorosa. Cuando muere un padre disponiendo con quién ha de casarse su hija y única heredera, nosotros hacemos caso omiso del testamento y de la conchita (4) que con tanta gravedad cubre su sello, y entregamos la hija á quien ha sabido ganarnos con sus súplicas. Y todo esto sin la menor responsabilidad. Cítame otro cargo que tenga este privilegio.

BDELICLEON.

Te felicito por ese privilegio, que hasta ahora es el único; pero eso de anular el testamento de la única heredera, me parece injusto.

FILOCLEON.

Además, cuando el Senado y el pueblo no saben qué decidir sobre algun grave asunto, dan un decreto para que los acusados comparezcan ante los jueces. Entónces Evatlo (5), y el ilustre Cleónimo (6), grande adulador y arrojador de escudos,

(1) Célebre actor trágico.
(2) Tragedia de Esquilo en que Eagro hacía el papel principal.
(3) Costumbres de los flautistas.
(4) Se cubria el sello con la valva de un molusco para conservarlo mejor.
(5) Orador de mala reputacion. (Véase *Los Acarnienses*, 710.)
(6) El mismo citado varias veces.

juran no abandonarnos nunca y combatir por la muchedumbre. Y dime, ¿ante el pueblo ha podido nunca orador alguno hacer prevalecer su opinion si no ha dicho ántes que los jueces deben retirarse en cuanto hayan sentenciado un solo pleito? El mismo Cleon, que todo lo avasalla con sus alaridos, no se atreve á mordernos; al contrario, vela por nosotros, nos acaricia y nos espanta las moscas. ¿Has hecho tú eso ni una vez siquiera por tu padre? Pues, hijo mio, Teoro, el mismo Teoro, aunque no vale ménos que el ilustre Eufemio (1), coge una esponja del barreño y nos limpia los zapatos. Considera, pues, de qué bienes quieres excluirme y despojarme: mira si esto es servidumbre y esclavitud, como decias.

BDELICLEON.

Desahógate á gusto; dia llegará en que conozcas que esa tu decantada autoridad se parece á un trasero, siempre sucio por más que se le lave.

FILOCLEON.

Pero se me olvidaba lo más delicioso: cuando entro en casa con el salario, todos corren á abrazarme atraidos por el olorcillo del dinero; en seguida mi hija me lava, me perfuma los piés (2) y se inclina sobre mí para besarme; me llama «papá querido» y me pesca con la lengua el trióbolo que llevo en la boca (3). Despues mi mujercita, toda

(1) Vil adulador.
(2) Costumbre que tambien se observa en el *Nuevo testamento*.
(3) Aristófanes alude varias veces á esta costumbre de llevar monedas en la boca.

mimos y halagos, me presenta una torta riquísima, se sienta á mi lado y me dice cariñosa: «Come esto, prueba esto otro.» Lo cual me deleita infinito, y me libra de miraros á la cara á tí ni al mayordomo, para ver cuando os dignaréis servirme la comida, gruñendo y maldiciéndome. Mas para cuando mi mujer no me trae pronto la torta, tengo este quita-pesares (1), muralla en que se estrellan todos los dardos. Por si no me das de beber, he traido este soberbio porron con dos asas á modo de orejas de asno (2). ¡Cómo rebuzna cuando inclinándome hácia atras apuro su contenido! Sus terribles cloqueos ahogan el ruido de tus odres. Mi poder es por lo ménos igual al del padre de los Dioses; pues hablan de mí como del propio Júpiter. Cuando nos alborotamos suelen decir todos los transeuntes: «Jove soberano, cómo truena el tribunal.» Y cuando lanzo el rayo de mi indignacion, ¡oh! entónces es de ver cómo me halagan todos, y cómo el terror descompone el vientre á los más ricos y soberbios. Tú mismo me temes más que ningun otro; sí, tú, por Céres. Yo, en cambio, que me muera si te tengo miedo.

CORO.

Nunca habíamos oido discutir con tanta precision y habilidad.

(1) Su salario de juez.
(2) Ὄνος significa *vasija* y *asno*; de aquí un juego de palabras intraducible. Literalmente traducido este pasaje, es: *Tum si mihi vinum sitienti non infuderis, asinum huc adtuli vino plenum;... ille autem hians rudit et contra tuum turbinem grande et horrendum pedit.*

FILOCLEON.

No; es que esperaba vendimiar una viña abandonada (1); pues ya conoce bien mi superioridad en la materia.

CORO.

¡Qué bien lo ha dicho todo! ¡De nada se ha olvidado! Al oirle me sentia crecer. Ya pensaba estar administrando justicia en las Islas Afortunadas. ¡Tal es el encanto de su elocuencia!

FILOCLEON.

¡Cómo se entusiasma! ¡Ya no cabe en el pellejo! Infeliz, dentro de poco todo se le van á antojar garrotes.

CORO.

Si quieres salir vencedor, preciso es que emplees todos tus ardides. Difícil es templar mi cólera, sobre todo hablando en contra mia. Por tanto, si nada bueno tienes que decir, ya puedes buscar una muela buena y recien cortada para quebrantar nuestra ira

BDELICLEON.

Ardua, atrevida y superior á las fuerzas de un poeta cómico es ciertamente la empresa de desarraigar de la ciudad un vicio tan inveterado. Pero padre mio, hijo de Saturno... (2).

FILOCLEON.

No me des ese nombre. Porque si sobre la mar-

(1) Frase proverbial para indicar el abandono de un pleito.
(2) Es decir, viejo estúpido.

cha no me manifiestas que soy un esclavo, no habrá para ti medio de librarte de la muerte, aunque me vea privado de participar de los festines en los sacrificios (1).

BDELICLEON.

Escucha, pues, padrecito mio, y desarruga un poco tu fruncido ceño. Principia por calcular no con piedrecillas, sino con los dedos (la cuenta no es difícil), cuál es el total de los tributos que nos pagan las ciudades aliadas; á ellos agrega los impuestos personales, los céntimos, las rentas, los derechos de los puertos y mercados y el producto de los salarios y confiscaciones. En junto sumarán unos dos mil talentos. Cuenta ahora el sueldo anual de los jueces, que son seis mil, pues nunca excedieron de este número, y hallarás que asciende á ciento cincuenta talentos (2).

---

(1) Por el delito de homicidio.

(2) Artaud (*Comédies d'Aristophane, traduites du Grec*, t. I.) formaliza esta cuenta del modo siguiente, teniendo presente que cada juez recibia tres óbolos diarios:

6.000 jueces, á tres óbolos al dia, hacen................	540.000 óbolos al mes.
Valiendo seis óbolos cada dracma, son................	90.000 dracmas, id.
Valiendo 100 dracmas cada mina son................	900 minas, id.
Valiendo 60 minas cada talento son................	15 talentos, id.
De suerte que cada año de 10 meses, por que los otros dos estaban cerrados los tribunales, el sueldo de los jueces asciende á................	150 talentos.

FILOCLEON.

De modo que nuestro sueldo no llega á la décima parte de las rentas (1)

BDELICLEON.

Justamente.

FILOCLEON.

¿A dónde va á parar todo lo demas?

BDELICLEON.

A esos que están diciendo siempre: «nunca haremos traicion al pueblo ateniense; siempre combatiremos por la democracia.» Tú, padre mio, engañado por sus palabras, dejas que te dominen. Ellos en tanto arrancan á los aliados los talentos por cincuentenas, aterrándoles con estas amenazas: «O me pagais tributo, dicen, ó no dejo piedra sobre piedra en vuestra ciudad.» Y tú te contentas con roer los zancajos que les sobran. A los aliados, en tanto, viendo que la multitud ateniense vive miserablemente de su salario de juez, se les importa tanto de tí, como del voto de Comio; mas á ellos les traen á porfía orzas de conservas, vino, tapices, queso, miel, sésamo, cojines, frascos, túnicas preciosas, coronas, collares, copas, en fin cuanto contribuye á la salud y á la riqueza; y á ti, que mandas en ellos, despues de tus infinitos trabajos en mar y tierra, ni siquiera te dan

---

(1) El total de las rentas ascendia á 2.000 talentos, cuya décima parte son 200; y el sueldo de los jueces sólo importaba 150.

una cabeza de ajos para guisar tus pececillos.

FILOCLEON.

Efectivamente, yo mismo he tenido que enviar á casa de Eucárides (1) á por tres ajos. Pero me consumes no probándome esa pretendida esclavitud.

BDELICLEON.

¿No es esclavitud, y grande el ver á todos esos bribones y á sus aduladores ejerciendo las principales magistraturas y cobrando sueldos soberbios? ¡Tú, con tal que te den los tres óbolos ya estás tan contento! ¡Tú, que has ganado para ellos todos esos bienes, peleando por mar y tierra y sitiando ciudades! Pero lo que más me irrita es que te obliguen á asistir al tribunal de órden ajena, cuando un jovenzuelo disoluto, el hijo de Quéreas, por ejemplo, ese que anda con las piernas separadas y aire afeminado y lascivo, entra en casa y te manda que vayas á juzgar muy temprano y á la hora fijada, porque todo el que se presente despues de la señal no cobrará el trióbolo. Él en cambio, aunque llegue tarde cobra un dracma como abogado público (2). Despues, si un acusado le da algo, hace partícipe de ello á su colega, y ambos procuran arreglar como puedan el negocio. Entónces es de ver cómo á modo de aserradores de leña, uno lo

(1) Músico derrochador, que se habia arruinado con sus prodigalidades.

(2) Los συνήγοροι recibian un dracma diario, cuando estaban encargados de alguna defensa. Constituian una especie de magistratura anual, compuesta de diez ciudadanos elegidos á suerte.

suelta y otro lo toma; y cómo tú te estás con la boca abierta y con los ojos fijos en el pagador público, sin notar sus manejos.

FILOCLEON.

¡Eso hacen conmigo! ¡Ah! ¿Qué dices? Me destrozas el corazon. Ya no sé ni lo que pienso ni lo que digo.

BDELICLEON.

Considera, pues, que tú y todos tus colegas podiais enriqueceros sin dificultad, si no os dejaseis arrastrar por esos aduladores que están siempre alardeando de amor al pueblo. Tú, que imperas sobre mil ciudades desde la Cerdeña al Ponto, sólo disfrutas del miserable sueldo que te dan, y áun ese te lo pagan poco á poco, gota á gota, como aceite que se exprime de un vellon de lana; en fin, lo preciso para que no te mueras de hambre. Quieren que seas pobre, y te diré la razon: para que reconociéndoles por tus alimentadores, estés dispuesto á la menor instigacion á lanzarte como un perro furioso sobre cualquiera de sus enemigos. Como quieran, nada les será más fácil que alimentar al pueblo. ¿No tenemos mil ciudades (1) tributarias? Pues impóngase á cada una la carga de mantener veinte hombres, y veinte mil ciudadanos (2) vivirán

(1) Algunos entienden que este número determinado está por otro indeterminado.

(2) Demóstenes calcula tambien en 20.000 los habitantes de Aténas; Aristófanes en *Las Junteras*, v. 1.127, lo hace ascender á 30.000, pero incluyendo los habitantes extranjeros.

deliciosamente, comiendo carne de liebre, llenos de toda clase de coronas, bebiendo la leche más pura (1), gozando, en una palabra, de todas las ventajas á que les dan derecho nuestra patria y el triunfo de Maraton. En vez de eso, como si fuerais jornaleros recolectores de aceituna, seguís al pagador de sueldos.

FILOCLEON.

¡Ay! súbito hielo entorpece mi mano; no puedo sostener la espada; me siento desfallecer (2).

BDELICLEON.

Esos intrigantes cuando cobran miedo os dan la Eubea y prometen distribuir cincuenta celemines de trigo: nunca te han dado, bien lo sabes, más de cinco celemines, y esos con mil molestias, midiéndolos uno por uno, y exigiéndote prévia justificacion de no ser extranjero. Ahí tienes por qué te tengo encerrado siempre, deseando mantenerte yo mismo y librarte de insolentes burlas. Resuelto estoy á darte cuanto quieras, menos ese maldito salario.

CORO.

¡Cuan sabio era el que dijo: «No juzgues sin haber oido á ambas partes! *(A Bdelicleon.)* Ahora me parece que tú tienes sobrada razon. Mi cólera se calma, y arrojo estos garrotes. *(A Filocleon.)* Cede,

(1) Lit.: *calostra et lac decoctum*. Llamábase *calostro* la primera leche de las reses recien paridas.
(2) Parodia del verso 629 de la *Andrómaca* de Eurípides.

cede á sus consejos, colega y contemporáneo nuestro; no seas obstinado, ni hagas alarde de tenacidad inflexible. ¡Ojalá tuviera yo un pariente ó amigo que así me aconsejase! Hoy, que se te aparece un dios para socorrerte y colmarte de favores, recíbelos propicio.

BDELICLEON.

Sí, yo le mantendré y le daré cuanto un anciano puede desear: ricos puches, blancas túnicas, un fino manto y una cortesana que le frote los riñones (1). Pero se calla y no dice esta boca es mia. Mala espina me da.

CORO.

Es que recobra la razon en el mismo punto que la habia perdido: reconoce su culpa, y se arrepiente de haber desoido tanto tiempo tus exhortaciones Quizá ahora, más cuerdo, se propone mudar de costumbres y obedecerte en todo.

FILOCLEON.

¡Ay de mí!

BDELICLEON.

¿Por qué esa exclamacion?

FILOCLEON.

Déjate de promesas; lo que yo quisiera era estar allí, sentarme allí donde el heraldo grita: «El que no haya emitido todavía su voto, que se levante.» ¡Ah! ¿por qué no me he de encontrar junto á las urnas y depositar en ellas el último mi voto? ¡Apresúrate, alma mia! Alma mia, ¿dónde estás? «Ti-

(1) *Quae penem ei lumbosque fricabit.*

nieblas, abridme paso» (1). ¡Oh! por Hércules lo juro, mi más vehemente deseo es sentarme hoy entre los jueces y convencer de robo á Cleon.

BDELICLEON.

En nombre de los dioses, padre mio, cede á mis ruegos.

FILOCLEON.

¿Qué deseas? Písdeme cuanto quieras, ménos una cosa.

BDELICLEON.

¿Qué cosa es esa? Di.

FILOCLEON.

Que no juzgue; ántes de consentirlo, Pluton habrá pronunciado mi sentencia.

BDELICLEON.

Sea, ya que tanto te gusta administrar justicia; pero cuando ménos no acudas ya al tribunal; quédate en casa y juzga á los criados (2).

FILOCLEON.

¿Sobre qué? ¡Tú deliras!

BDELICLEON.

Haciendo en casa lo mismo que allí: si la criada abre clandestinamente la puerta, la condenas á una simple multa; es decir, exactamente igual que

(1) Verso del *Belerofonte* de Eurípides.
(2) Racine *(Les Plaideurs,* act. II, esc. XIII) pone en boca de Leandro igual proposicion.

Si pour vous, sans juger, la vie est un supplice,
Si vous êtes pressé de rendre la justice,
Il ne faut point sortir pour cela de chez vous:
Exercez le talent, et jugez parmi nous.

en el tribunal. Todo lo demas se hará tambien como allí se acostumbra: cuando caliente el sol, juzgarás desde la mañana sentado al sol; y cuando nieve ó llueva, sentado ante el hogar: así aunque te levantes al mediodía, ningun tesmoteta (1) te prohibirá la entrada en el tribunal.

FILOCLEON.

Eso me agrada.

BDELICLEON.

Además, si un orador habla mucho tiempo, no tendrás que esperar rabiando de hambre á que concluya, con gran tormento tuyo y del acusado que teme tu furor (2).

FILOCLEON.

¿Pero podré lo mismo que hasta ahora conocer perfectamente el asunto, si cómo en el intervalo?

BDELICLEON.

Mejor que en ayunas. ¿No has oido decir á todo el mundo que, cuando los testigos mienten, los jueces sólo pueden comprender el asunto á fuerza de rumiarlo?

FILOCLEON.

Me has convencido. Mas áun no me has dicho quién me pagará los honorarios.

BDELICLEON.

Yo.

FILOCLEON.

Bueno, así recibiré yo sólo mi paga, y no en com-

(1) De los nueve arcontes, seis se llamaban tesmotetas, y presidian los tribunales de justicia.
(2) Exacerbado por la pesadez del abogado.

pañía de otro: porque hace poco ese bufon de Lisístrato (1) me jugó la más mala pasada que puede imaginarse. Habia recibido un dracma para los dos, y fuimos á la pescadería, donde lo cambio en monedas de cobre (2); luégo, en vez de darme mi parte, me puso en la mano tres escamas; yo, creyendo que eran tres óbolos, las escondí en la boca; pero ofendido por el olor las arrojé en seguida y le cité á juicio.

BDELICLEON.

¿Y qué dijo?

FILOCLEON.

¿Qué dijo? que yo tenía estómago de gallo. «Digieres fácilmente el dinero,» repetia riéndose.

BDELICLEON.

¿Ves cuánto vas ganando hasta en esto?

FILOCLEON.

No poco, es verdad. Pero, anda, haz lo que has prometido.

BDELICLEON.

Espera un momento; en seguida vuelvo aquí con todo.

FILOCLEON.

¡Mirad cómo se cumplen los oráculos! Yo habia oido que llegaria dia en que cada Ateniense administraria justicia en su propia casa, y construiria en el vestíbulo un pequeño tribunal, como esas es-

(1) Citado en *Los Acarnienses*, V. 854; y en *Los Caballeros*, v. 1.165.
(2) Como el dracma valía seis óbolos, solía darse uno para cada dos jueces.

tatuas de Hécate que se colocan delante de las puertas.

BDELICLEON.

Héme aquí: ¿qué tienes que decir? traigo todo lo que te dije y mucho más. Este bacin puede colgarse á tu lado para cuando lo necesites (1).

FILOCLEON.

¡Feliz ocurrencia! ¡Excelente remedio para preservar á un viejo de la retencion de orina!

BDELICLEON.

Aquí traigo además un hornillo con una escudilla llena de lentejas, por si se te ocurre comer.

FILOCLEON.

Muy bien, muy bien; de modo que cobraré mi salario, aunque tenga calentura, y podré comer lentejas sin moverme de aquí. Mas ¿para qué me traes ese gallo?

BDELICLEON.

Para que si te duermes durante la defensa de una causa, te despierte cantando encima de tí.

FILOCLEON.

Sólo echo de ménos una cosa; todo lo demas me satisface.

BDELICLEON.

¿Cuál?

FILOCLEON.

¿Si pudieras traer la estatua de Lico? (2)

(1) *Si mingere velis.*
(2) Véase la nota al verso 389 de esta comedia.

BDELICLEON.

Héla aquí; parece el mismo héroe.

FILOCLEON.

¡Oh héroe mi señor! ¡Cuán terrible es tu aspecto: es el retrato de Cleónimo.

SÓSIAS.

Por eso, aunque es un héroe, no tiene armas (1).

BDELICLEON.

Si te sientas, someteré en seguida á tu decision una causa.

FILOCLEON.

Venga al punto: hace cien años que estoy sentado.

BDELICLEON.

Veamos; ¿por qué causa principiaremos? ¿habrá faltado alguno de los criados? ¡Ah! Trata (2), que hace poco se dejó quemar el puchero...

FILOCLEON.

¡Eh! detente: me has puesto al borde del abismo. ¿Cómo pretendes que actúe el tribunal sin balaustrada? Precisamente es para nosotros lo más sagrado.

BDELICLEON.

Es verdad, por Júpiter. Corro á casa y la traigo volando. ¡Lo que es la costumbre!

---

(1) Alusion á la cobardía de Cleónimo, que huyó arroando las armas.

(2) Nombre de una esclava.

JÁNTIAS.

¡Diántre de animal! ¿Es posible que demos de comer á semejante perro?

BDELICLEON.

¿Qué pasa?

JÁNTIAS.

Nada, que Lábes (1), tu perro, ha entrado en la cocina, ha robado un magnífico queso de Sicilia, y se lo ha engullido.

BDELICLEON.

Ya tenemos la primera causa en que ha de entender mi padre. *(A Jántias.)* Comparece tú como acusador.

JÁNTIAS.

Yo no, por vida mia; otro perro dice que presentará la acusacion, si se instruye el proceso.

BDELICLEON.

Bueno; tráete acá los dos.

JÁNTIAS.

Es lo que hay que hacer.

FILOCLEON.

¿Qué es eso?

BDELICLEON.

La gamella de los cerdos consagrados á Vesta (2).

FILOCLEON.

¿Osas poner sobre ella tus sacrílegas manos?

---

(1) Con el perro *Lábes* se alude á Láques, de quien ántes se ha hecho mencion. Aristófanes parece acusarle de haberse dejado ganar por los Sicilianos.

(2) La trae para que sirva de balaustrada al tribunal.

BDELICLEON.

No; principiando por sacrificar á Vesta (1), trituraré á mi adversario.

FILOCLEON.

Vamos, vamos, principia pronto la acusacion; yo ya sé cuál castigo ha de imponerse.

BDELICLEON.

Deja que te traiga las tablillas y el estilo.

FILOCLEON.

¡Oh! ¡Me mueles y me asesinas con tus dilaciones! Lo mismo me era escribir en la arena.

BDELICLEON.

Ten.

FILOCLEON.

Cita, pues.

BDELICLEON.

Ya estoy.

FILOCLEON.

¿Quién es ese primero?

BDELICLEON.

¡Oh, qué memoria la mia! Esto es atroz. ¿Pues no se me han olvidado las urnas de los votos?

FILOCLEON.

Eh, tú, ¿á dónde vas?

BDELICLEON.

A por las urnas.

FILOCLEON.

Es inútil; me serviré de estos cacharros.

---

(1) Frase proverbial como la de: *Ab Jove principium.*

BDELICLEON.

Muy bien; ya tenemos todo lo necesario, excepto la clepsidra.

FILOCLEON.

¿No puede pasar por clepsidra este bacin?

BDELICLEON.

Eres ingenioso para proporcionarte los útiles precisos y acostumbrados. Pronto, traed fuego, mirtos é incienso para que principiemos por invocar á los Dioses.

CORO.

Durante vuestras libaciones uniremos nuestros votos á los vuestros, congratulándonos de que una reconciliacion tan generosa haya seguido á vuestras disputas y querellas.

BDELICLEON.

Principiad, pues, por guardar un silencio religioso.

CORO.

¡Oh Febo! ¡Oh Apolo Fitio! Haz que el negocio que va á resolverse delante de esa puerta, sea para bien de todos nosotros, libres ya de nuestros errores. ¡Oh Pean!

BDELICLEON.

¡Oh Dios poderoso, Apolo Agieo que velas ante el vestíbulo de mi casa! (1) Acepta este nuevo sacrificio que te ofrezco para que te dignes suavizar el

---

(1) Ante las puertas de las casas se colocaban altares, columnas ó conos en honor de Apolo, llamado *Agieo*, Ἀγυιεύς; *que preside las calles.*

humor áspero é intratable de mi padre. ¡Oh rey! endulza con algunas gotas de miel su avinagrado corazon; que sea en adelante clemente con los hombres; más compasivo con los reos que con los acusadores; sensible á las súplicas, y que pierda su carácter esa furia, dolorosa para el que se acerca, como las ortigas.

CORO.

Nosotros unimos á los tuyos nuestros votos en favor del nuevo magistrado. Pues te queremos, Bdelicleon, desde que nos has dado á conocer que amas al pueblo como ningun otro jóven.

BDELICLEON.

Si hay algun juez fuera, que éntre; pues en cuanto se principie la vista no se dejará entrar á nadie.

FILOCLEON.

¿Quién es ese acusado? ¡Qué condena le aguarda!

BDELICLEON (1) *(como acusador)*.

Oid el acta de acusacion (2). La suscribe un perro Cidatenense contra Lábes de Exona, al que acusa de haberse comido él sólo, contra toda razon y derecho, un queso de Sicilia. La pena una argolla de higuera.

FILOCLEON.

O la muerte canina si se le prueba.

---

(1) Otras ediciones ponen la acusacion en boca de Jántias.
(2) Aristófanes observa en toda esta escena las fórmulas forenses.

BDELICLEON.

Aquí está Lábes el acusado.

FILOCLEON.

¡Ah maldito! ¡Qué traza de ladron tienes! ¿Si creerá que me va á engañar apretando los dientes?

BDELICLEON.

¿Dónde está el querellante, el perro Cidatenense? (1)

EL PERRO.

¡Guau! ¡Guau!

BDELICLEON.

Aquí está.

FILOCLEON.

Ese es otro Lábes, bueno sólo para ladrar y lamer ollas.

BDELICLEON (2) *(haciendo de heraldo)*.

Calla y siéntate. Tú *(á Jántias)*, sube y acusa.

FILOCLEON.

Vamos, en tanto voy á servirme y sorberme las lentejas.

JÁNTIAS *(acusador)*.

Ya habeis oido, oh jueces, el escrito de acusacion que he presentado contra Lábes: ha cometido contra mí y los marinos la más indigna felonía; se metió en un rincon oscuro, robó un enorme queso de Sicilia, y atracándose en las tinieblas... (3)

---

(1) Cidatene era una aldea ó demo del Atica.
(2) En otras ediciones Sósias hace el papel de heraldo.
(3) Hay en todo esto alusiones contínuas á la conducta de Láques.

FILOCLEON.

Basta, basta; el hecho está probado: el gran canalla acaba de soltar junto á mis narices un eructo que apesta á queso.

JÁNTIAS.

...Se negó á darme la parte que le pedia. Ahora bien; ¿podrá prestaros servicio alguno quien no da nada á vuestro perro leal?

FILOCLEON.

¿No ha dado nada?

JÁNTIAS.

¡Nada á mí, á su compañero!

FILOCLEON.

Se conoce que el mozo tiene los cascos tan calientes como estas lentejas.

BDELICLEON.

Por favor, padre mio; no sentencies ántes de haber escuchado á los dos.

FILOCLEON.

Pero, querido, si la cosa está clara; si está clamando justicia.

JÁNTIAS.

No le absolvais: es el perro más egoista y voraz; recorre en un instante todo el molde de un queso, y se engulle la costra que le recubre (1).

FILOCLEON.

Ni siquiera me ha dejado con que cerrar las grietas de mi urna.

(1) El doble sentido de las palabras griegas hace que todo cuanto se dice del perro Lábes pueda aplicarse á la rapacidad de Láques y á sus concusiones en Sicilia.

JÁNTIAS.

Castigadle; una sola casa no puede mantener dos ladrones; yo no quiero ladrar con el estómago vacío; castigadle, pues, ó dejaré de ladrar.

FILOCLEON.

¡Oh! ¡Oh! ¡Cuántas maldades! El mozo es ladron de véras. ¿No te parece lo mismo, gallo mio? ¡Ah! sí, se adhiere á mi opinion. ¡Eh, Tesmoteta! ¿Dónde estás? Dáme el bacin.

BDELICLEON.

Cógelo tú, que yo estoy llamando los testigos. Testigos de Lábes, compareced: son un plato, una mano de mortero, un cuchillo, unas parrillas, una olla y otros utensilios medio quemados. ¿Acabas de hacer aguas? ¿Ó no vas á sentarte nunca?

FILOCLEON.

Aún no; pero creo que ese pasará hoy á mayores (1).

BDELICLEON *(á Filocleon)*.

¿Serás siempre duro é intratable con los reos? ¿Cebarás siempre en ellos tu furor? *(Al acusado.)* Sube y defiéndete. ¿Por qué te callas? Habla.

FILOCLEON.

Parece que no tiene nada que alegar.

BDELICLEON.

Sí que tiene, pero se me figura que le pasa lo que á Tucídides (2) en otra ocasion, cuando la sor-

(1) *Cacaturum.*
(2) Sobre Tucídides y el hecho á que se alude, véase la nota á la Parábasis de *Los Acarnienses*.

presa le cerró la boca. Retírate: yo me encargo de tu defensa. Ya comprendereis, oh jueces, lo comprometido que es defender á un perro acusado de crímen tan atroz. Hablaré no obstante. En primer lugar, es valiente y ahuyenta los lobos.

FILOCLEON.

Pero es ladron y conspirador.

BDELICLEON.

No, por Júpiter; es el mejor de los perros, capaz de guardar el rebaño más numeroso.

FILOCLEON.

¿Qué importa si se come el queso?

BDELICLEON.

Pero en cambio te defiende, te guarda la puerta, y tiene otras inmejorables cualidades. Si cometió algun hurto, hay que perdonárselo. ¿No ves que es un ignoranton que ni áun tocar la lira sabe?

FILOCLEON.

¡Ojalá tampoco supiera escribir! así no hubiera redactado su defensa.

BDELICLEON.

Oye, honrado juez, á mis testigos. Acércate, buen cuchillo, y declara en voz alta. Tú eras entónces pagador. Responde claro. ¿No partiste las porciones que debian ser distribuidas á los soldados? — Dice que sí las partió.

FILOCLEON.

Pues miente el bellaco.

BDELICLEON.

¡Oh compasivo juez, ten piedad de su infortunio! El infeliz Lábes siempre come espinas y cabezas de

pescados; no pára un momento en un sitio: ese otro sólo sirve para guardar la casa (1); y ya sabe lo que se hace; así reclama una parte de todo lo que traen, y al que no se la da, le clava el diente.

FILOCLEON.

¡Ah, estoy enfermo! ¡Se me figura que blandeo! ¡Oh desgracia! ¡Yo enternecido!

BDELICLEON.

Yo te lo ruego, padre mio, compadeceos de él, no le condeneis (2).—¿Dónde están sus hijos? Acercaos, infelices. Aullad, suplicad, llorad sin consuelo.

FILOCLEON.

Baja, baja, baja, baja (3).

BDELICLEON.

Bajaré, aunque esa palabra «baja» ha engañado á muchos. No obstante, bajaré.

FILOCLEON.

¡Véte al infierno! ¿por qué habré comido esas lentejas? ¿Pues no he llorado? Creo que esto no me hubiera sucedido si no me hubiera atracado de esas malditas lentejas.

BDELICLEON.

¿Será, pues, absuelto?

FILOCLEON.

No he dicho tal cosa.

---

(1) Alude á Cleon, acusador de Láques.
(2) Habla en plural, como ante un tribunal completo.
(3) De la tribuna. La frase de Filocleon indica que da por terminada la vista.

BDELICLEON.

Vamos, padrecito mio, sé más humano. Coge tu voto; da un paso atras; échalo en la segunda urna (1), cerrando un poco los ojos. Absuélvelo, padre mio.

FILOCLEON.

No: tampoco yo sé tocar la lira.

BDELICLEON.

Vén, te llevaré yo mismo.

FILOCLEON.

¿Es esta la primera urna? (2).

BDELICLEON.

Esa.

FILOCLEON.

Pues aquí hecho mi voto.

BDELICLEON.

Cayó en el lazo, y lo absolvió sin saberlo (3).

FILOCLEON.

Veamos; vuelve la urna. ¿Cuál es el resultado?

BDELICLEON.

Míralo. Lábes, has sido absuelto. ¡Padre! ¡padre ¿qué te pasa? ¡Agua, agua! vamos, recóbrate.

FILOCLEON.

Díme, ¿de véras ha sido absuelto?

BDELICLEON.

Sí.

---

(1) La de absolucion. En el tribunal se colocaban dos urnas: en la que estaba delante se echaban los votos condenatorios, y en la de atras los de la absolucion.
(2) Es decir, la de absolver.
(3) Estas palabras las dice Bdelicleon aparte.

FILOCLEON.

¡Ah, soy perdido!

BDELICLEON.

Valor, padre mio, no te aflijas.

FILOCLEON.

¿Cómo podré resistir la pena de haber absuelto á un criminal? ¿Qué va á ser de mí? ¡Oh santos dioses, perdonadme; lo hice á pesar mio; esa, ya lo sabeis, no es mi costumbre!

BDELICLEON.

No lo tomes tan á pecho, padre mio; yo te daré una vida regalada; te llevaré á cenas y convites; vendrás conmigo á todas las fiestas, y pasarás dulcemente el resto de tu existencia: ya no se burlará de tí Hipérbolo. Pero entremos.

FILOCLEON.

Haz lo que gustes.

CORO.

Id alegres á donde querais. Escuchad, en tanto, innumerables espectadores, nuestros prudentes consejos, y procurad que no caigan en saco roto: esa falta es propia de un auditorio ignorante; vosotros no la podeis cometer (1).

Ahora, si amais la verdad desnuda y el lenguaje sin artificios, prestadme atencion, oh pueblo. El poeta quiere haceros algunos cargos. Está quejoso de vosotros, que ántes le acogisteis tan bien,

---

(1) El coro se vuelve para recitar la *Parábasis*.

cuando imitando unas veces al espíritu profético oculto en el vientre de Eurícles (1), hizo que otros poetas os presentasen muchas comedias suyas (2), y afrontando otras cara á cara el peligro dirigió por su mano sin ajeno auxilio los vuelos de su Musa. Colmado por vosotros de gloria y honores, como ningun otro vate, no creyó, sin embargo, haber llegado á la cúspide de la perfeccion, ni se enorgulleció por ello, ni recorrió las palestras para corromper á la juventud deslumbrada por sus triunfos (3). Noblemente resuelto á que las Musas que le inspiran no desciendan jamás al oficio de viles alcahuetas, ha desoido las reclamaciones del amante, quejoso de ver ridiculizado el objeto de su torpe pasion. Ya en el extremo de su carrera dramática no luchó con hombres, sino que manejando intrépido la clava de Hércules, hubo de atacar á los mayores monstruos. Principió (4) por acometer audazmente á aquella horrenda fiera, de dientes espantosos, ojos terribles, flameantes como los de Cinna (5), rodeado de mil infames adulado-

(1) Adivino ventrílocuo, que respondia á las consultas haciendo creer que no era él quien hablaba, sino un genio misterioso oculto en su vientre. Llegó á generalizarse su sistema hasta darse el nombre de *Euríclides* á sus imitadores. En tiempo de Plutarco los nombres *Eurícles* y adivino eran ya sinónimos.

(2) Aristófanes presentó varias de sus comedias con los nombres de los autores Filónides y Calistrato.

(3) Esto se cree dirigido contra Eupólis.

(4) En *Los Caballeros (passim)*, donde tan denodada y rabiosamente atacó á Cleon, que es la fiera descrita.

(5) Meretriz ateniense.

res que á porfía le lamen la cabeza; de voz estruendosa como la de destructor remolino; de olor á foca y de partes secretas, que por lo inmundas recuerdan las de los camellos (1) y las lamias (2). A la vista de semejante monstruo el miedo no le arrancó regalos para apaciguarle; al contrario, sintió aumentarse su valor para defenderos. Así, el año último dirigió de nuevo sus ataques contra esos vampiros (3) que, pálidos, abrasados por incesante fiebre, estrangulaban en las tinieblas á vuestros padres y abuelos, y acostados en el lecho de los ciudadanos pacíficos enemigos de cuestiones, amontonaban sobre ellos procesos, citaciones y testigos, hasta el punto de que muchos acudieron aterrados al Polemarca (4). Esto no obstante, el año pasado abandonasteis al denodado defensor que puso todo su ahinco en purgar de tales males á la patria, y le abandonasteis precisamente cuando sembraba pensamientos de encantadora novedad,

(1) Lit.: *illotos Lamiæ coleos, culum cameli.*

(2) Lamia, hija de Belo y Libia, fué amada por Júpiter. Juno, celosa, mató á todos los hijos de esta union, lo cual produjo tal furor á Lamia, que se precipitaba sobre cuantos niños veia para hacerles sufrir la misma suerte que á los suyos. Júpiter le permitió tomar todas las formas que quisiera para saciar su rabia. Esta idea que los antiguos tenian de Lamia, como de un monstruo indefinido, movió quizá á Aristófanes á escogerla para representar á Cleon.

(3) Los sofistas atacados en *Las Nubes (passim)*.

(4) El tribunal presidido por el Polemarca, nombre del tercer arconte, entendia en todos los negocios relativos á domiciliados y extranjeros. La cualidad de extranjero y la privacion de los derechos de ciudadano que traia consigo, eran motivo de frecuentísimos pleitos en Aténas.

cuyo crecimiento impedisteis por no haberlos comprendido bien (1); el autor, sin embargo, jura á menudo entre estas libaciones á Baco, que jamás oisteis versos cómicos mejores que los suyos. Vergonzoso es que no entendieseis de seguida su intencion profunda; pero al poeta le consuela el no haber desmerecido en la opinion de los doctos, aunque se haya estrellado su esperanza por vencer en audacia á sus rivales.

En adelante, queridos Atenienses, amad y honrad más á los poetas que procuran deleitaros con nuevas invenciones: recoged sus pensamientos y guardadlos en vuestras arcas como manzanas olorosas. Si así lo hiciereis, vuestros vestidos exhalarán todo el año un suave perfume de sabiduría.

En otro tiempo éramos infatigables en la danza, infatigables en la guerra, infatigables, sobre todo, en las lides amorosas. ¡Todo, todo ha pasado! La blancura de nuestros cabellos vence ya á la del cisne; fuerza será, sin embargo, reanimar en estos restos el vigor juvenil; pues mi vejez, segun creo, vale más que los rizos, adornos y disolutas costumbres de muchos jovenzuelos.

Espectadores; si alguno de vosotros se asombra al vernos vestidos de avispas y no comprende el objeto de nuestro aguijon, fácilmente disiparé su ignorancia. Nosotros, á quienes veis así armados por detras, somos la gente ática única verdadera-

(1) Se refiere á *Las Nubes*, cuya primera representacion tuvo mala acogida.

mente noble y autóctona; raza valerosísima que tan insignes servicios prestó á la república cuando el bárbaro, ganoso de arrojarnos de nuestras colmenas, invadió este territorio llevando delante de sí el incendio y la desolacion. Al punto corrimos á su encuentro, y armados de escudo y lanza (1), les atacamos. La ira hervia en nuestros pechos; nos tocábamos hombre con hombre; nos mordíamos los labios de coraje, y una nube de dardos oscurecia el cielo (2): por fin, con ayuda de los Dioses los derrotamos á la caida de la tarde. Antes del combate una lechuza habia pasado sobre nuestro ejército (3). Despues les perseguimos, clavándoles nuestro aguijon como furiosos tábanos; ellos huian y nosotros les picábamos las mejillas y la frente; así es que para los bárbaros nada hay ya tan temible como la avispa ática.

Terribles éramos en aquel tiempo: nada nos amedrentaba: á bordo de las triremes exterminamos los enemigos. No nos cuidábamos entónces de perorar elegantemente, ni de calumniar á nadie; toda nuestra ambicion se cifraba en ser el mejor remero. De este modo ganamos á los persas mu-

(1) Alusion á la batalla de Maraton.

(2) Alusion á la frase de Leónidas, contestando al mensajero que le decia que los dardos de los persas oscurecian el sol: «Mejor, así pelearemos á la sombra.»

(3) El paso de una lechuza, ave consagrada á Minerva, se consideraba como un augurio de victoria. La circunstancia mencionada por Aristófanes es histórica. (PLUT., *Vida de Temíst.*, XV.)

chas ciudades (1). Y á nuestro valor se deben principalmente esos tributos que hoy derrochan los jóvenes (2).

Si nos mirais con detencion, observaréis que somos semejantes á las avispas en nuestras costumbres y modo de vivir. En primer lugar, cuando se nos irrita no hay animal más colérico é intratable; y en todo lo demas hacemos lo que ellas. Reunidos en enjambres nos repartimos en diferentes avisperos: unos vamos á juzgar con el Arconte (3), otros al Odeon (4), otros con los Once (5), y otros, pegados á la pared (6) con la cabeza baja y sin moverse apénas, nos parecemos á las larvas encerradas en su capullo. El procurarnos la subsistencia nos es sumamente fácil, pues nos basta para ello

(1) Los Atenienses se hicieron entónces dueños de las islas de Lésbos, Náxos, Páros, Sámos y otras ménos importantes.

(2) Los demagogos, que gastaban las rentas del Estado en dádivas y sueldos para mantener su influencia.

(3) El tribunal del *Arconte* epónimo, al que parece referirse Aristófanes, entendia de las tutelas y pleitos entre parientes.

(4) En el *Odeon*, magnífico teatro construido por Perícles, donde tenian lugar los certámenes musicales, se hacian las distribuciones de harina, lo cual daba lugar á disputas que exigian la presencia de los magistrados.

(5) El tribunal de los *Once* entendia en los robos cometidos de dia que no excediesen de cincuenta dracmas y de todos los de noche. Sus miembros tenian á su cargo la custodia de las prisiones y la ejecucion de las sentencias de muerte. Sócrates desde su condena quedó bajo la vigilancia de los Once.

(6) Parece referirse á los τειχοποιοὶ, magistrados encargados de la construccion y reparacion de las murallas.

picar al primero que se presenta. Pero hay entre nosotros zánganos desprovistos de aguijon, que se comen sin trabajar el fruto de nuestros afanes. Y es doloroso, ciudadanos, que quien nunca peleó, quien nunca se hizo una ampolla manejando el remo ó la lanza en defensa de la república, se apodere así de nuestro salario. Por tanto, opino que en adelante quien no tenga aguijon no cobre el trióbolo.

———

FILOCLEON.

No, jamás miéntras viva dejaré de llevar este manto, al que debí la salvacion en aquella batalla cuando el Bóreas se desencadenó furioso (1).

BDELICLEON.

¿No deseas tu comodidad?

FILOCLEON.

¡Por vida de Júpiter, no hay más que hacerse hermosos trajes! El otro dia me ensucié tanto atracándome de peces fritos, que tuve que pagar tres óbolos al quita-manchas.

BDELICLEON.

Una vez que te has puesto en mis manos, ensaya este nuevo género de vida, y déjame cuidarte.

FILOCLEON.

Bueno, ¿qué quieres que haga?

(1) Alusion á la deshecha borrasca que desbarató la escuadra persa cerca de Artemisium.

BDELICLEON.

Quítate ese manto ordinario, y ponte en su lugar este más fino.

FILOCLEON.

Valía la pena de engendrar y criar hijos para que éste pretenda ahora asfixiarme (1).

BDELICLEON.

Ea, póntelo y calla.

FILOCLEON.

Por los dioses, ¿qué especie de vestido es este?

BDELICLEON.

Unos le llaman pérsida, otros pelliza (2).

FILOCLEON.

Yo creí que era una manta (3) de las que hacen en Timeta.

BDELICLEON.

No es extraño; como nunca has ido á Sárdes. Sino, ya la hubieras conocido.

FILOCLEON.

¿Yo? No, por Júpiter; pero se me figura que á lo que más se parece es al saco peludo de Morícos (4).

BDELICLEON.

Ni por pienso: esto se teje en Ecbatana.

---

(1) Por el mucho calor que le va á dar el nuevo traje.
(2) Vestidos usados por los persas, que se vendian en Sárdes (Lidia) y se fabricaban en Ecbatana. Eran de mucho abrigo.
(3) Especie de capote de pieles que servia de manta en el lecho; fabricábase en Timeta, demo del Atica.
(4) Poeta ya citado por su glotonería y molicie. *(Los Acarnienses*, 64, 887; *Las Avispas*, 506.*)*

FILOCLEON.

¿Hay, pues, allí intestinos de lana?

BDELICLEON.

No, hombre, no, esto lo fabrican los bárbaros sin perdonar gasto. Quizá en esta túnica haya entrado un talento de lana.

FILOCLEON.

Entónces debia llamársela *pierde-lana*, más bien que pelliza.

BDELICLEON.

Vamos, padre mio, estáte quieto un instante y póntela.

FILOCLEON.

¡Oh! ¡Qué calor tan horrible me da esta maldita túnica!

BDELICLEON.

¿Te la pones ó qué?

FILOCLEON.

No, por piedad; prefiero, si es preciso, que me metas en un horno.

BDELICLEON.

Vamos, ya te la pondré yo: vén acá.

FILOCLEON.

Coge siquiera ese gancho.

BDELICLEON.

¿Para qué?

FILOCLEON.

Para sacarme ántes de que me derrita.

BDELICLEON.

Quítate esos infames zapatos, y ponte este calzado lacedemonio.

FILOCLEON.

¡Cómo! ¡yo sufrir en mis piés unos zapatos hechos por mis enemigos!

BDELICLEON.

Entra el pié y aprieta firme á la suela lacedemonia.

FILOCLEON.

No está bien que me obligues á poner el pié en suelo enemigo.

BDELICLEON.

Entra ahora el otro.

FILOCLEON.

De ninguna manera: uno de estos dedos aborrece á los Lacedemonios como el que más.

BDELICLEON.

No hay otro remedio.

FILOCLEON.

¡Infeliz de mí, no voy á tener sabañones en la vejez!

BDELICLEON.

Vamos pronto; ahora imita el paso afeminado y muelle de los ricos... Así, como yo.

FILOCLEON.

Sea. Di, ¿á quién de los ricos me parezco más en el andar?

BDELICLEON.

¿A quién? A un divieso cubierto de un emplasto de ajos (1).

(1) Frase que se empleaba para indicar dos cosas que braman de verse juntas. Sin duda Filocleon no tenía un aire muy elegante, á pesar de su nuevo vestido.

FILOCLEON.

¡Ah, cuánto deseo pasear moviendo las caderas!

BDELICLEON.

Veamos otra cosa: ¿sabrás seguir una conversacion séria delante de hombres doctos y bien educados?

FILOCLEON.

Sí por cierto.

BDELICLEON.

¿De qué hablarás?

FILOCLEON.

De muchas cosas. Primero, de cómo Lámia, al verse cogida, produjo un ruido sospechoso (1). Despues, de cómo Cardopion (2) y su madre...

BDELICLEON.

Déjate de fábulas y háblanos de cosas humanas, de asuntos frecuentes en las conversaciones de familia.

FILOCLEON.

Tambien estoy fuerte en el género familiar: habia en otro tiempo un raton y una comadreja...

BDELICLEON.

«Estúpido é ignorante,» como decia furioso Teógenes á un limpia-letrinas. ¿Te atreverás á hablar entre hombres de ratones y comadrejas?

FILOCLEON.

¿Pues de qué hay que hablar?

(1) Los cuentos de *Lámias* tenían alguna semejanza con los cuentos de brujas.
(2) Personaje desconocido.

BDELICLEON.

Sólo de grandezas: por ejemplo, de la excelentísima diputacion, en la que fuiste parte con Clisténes y Andrócles (1).

FILOCLEON.

¡En diputacion! ¡Si jamás he ido á ninguna parte, como no haya sido á Páros, lo cual me valió dos óbolos!

BDELICLEON.

Cuenta por lo ménos cómo Efudion luchó al pancracio valerosamente con Ascóndas (2); y aunque viejo encanecido, sin embargo conservaba puños y riñones de hierro, robustos costados y una fortísima coraza.

FILOCLEON.

Basta, basta; no sabes lo que te dices. ¿Dónde se ha visto luchar al pancracio (3) con coraza?

BDELICLEON.

Pues así suelen hablar los sabios. Ahora dime otra cosa. Cuando estés en un festin con extranjeros, ¿qué hazaña de tu juventud preferirás contarles?

(1) Andrócles y Clisténes son citados burlescamente para censurar la falta de acierto de que adolecian los Atenienses en la eleccion de sus embajadores. Andrócles era un mendigo esclavo, y escamoteador de bolsas, sacado á pública vergüenza en el teatro por Cratino, Ecfántides y Teléclides. Clistenes era un asqueroso bardaje, muchas veces citado.

(2) *Efudion* y *Ascóndas* se inclina á creer el escoliasta que son dos nombres fingidos por el poeta. Sin embargo, hay memoria de un *Efudion* vecendor en los juegos olímpicos *(Olimpiada* 79).

(3) En el pancracio los atletas luchaban completamente desnudos.

FILOCLEON.

¡Oh! ¡ya sé, ya sé! Mi más famosa hazaña, cuando robé á Ergasion (1) los rodrigones.

BDELICLEON.

¡Véte al infierno con tus rodrigones! Eso es ridículo. Lo mejor es que hables de tus cacerías de liebres ó jabalíes, ó de alguna carrera de antorchas (2) en que tomaste parte; en fin, de cualquier hecho que revele tu valor juvenil.

FILOCLEON.

Ahora me acuerdo de uno de los más atrevidos: siendo todavía un rapazuelo, demandé á Failo (3) el andarin por injurias, y le vencí por dos votos.

BDELICLEON.

Basta; recuéstate ahí para que aprendas la manera de conducirte en los banquetes y conversaciones.

FILOCLEON.

¿Cómo me recuesto? Vamos, dime pronto.

BDELICLEON.

Con elegancia.

FILOCLEON.

¿Así?

BDELICLEON.

Nó.

(1) Nombre de un labrador.

(2) En la carrera de las antorchas salia vencedor el que llegaba con la suya sin apagar á la meta señalada.

(3) Véase la nota al verso 215 de *Los Acarnienses*.

FILOCLEON.

¿Pues cómo?

BDELICLEON.

Estira las piernas y déjate caer blandamente sobre los almohadones como un ligero gimnasta: elogia despues los vasos de bronce que haya por allí; admira las cortinas del patio (1). En esto presentan agua para las manos; traen las mesas, comemos; nos lavamos; principian las libaciones... (2)

FILOCLEON.

¿Pero acaso estamos cenando en sueños?

BDELICLEON.

La flautista preludia: los convidados son Teoro, Esquínes, Fano, Cleon, Acéstor, y al lado de éste otro á quien no conozco. Tú estás con ellos. ¿Sabrás continuar las canciones principiadas? (3)

FILOCLEON.

Ya lo creo; mejor que cualquiera montañes (4).

(1) Era de buen tono no ponerse inmediatamente á la mesa. (Véase *Ateneo*, lib. IV.)

(2) Descripcion abreviada de una comida en Aténas. Para más detalles, puede verse la que hace Barthelemy *(voy. du jeune Anach.*, tom. II, pág. 526), basado en autores antiguos, de un gran banquete en casa de un rico ateniense.

(3) Era costumbre cantar al fin de las comidas. Estas canciones de sobremesa se llamaban *escolios*; el primero que cantaba designaba á su sucesor, entregándole la rama de mirto ó de laurel. Era difícil, al ser cogido de improviso, continuar la cancion sin tener la especial aptitud por la cual pregunta Bdelicleon á su padre.

(4) Antes de la division de los Atenienses en cuatro clases, segun su fortuna (Véanse *Los Caballeros*, Noticia preliminar), los ciudadanos se dividian en tres: Ribereños *(Parelios)*, habitantes del llano *(Pedianos)*, montañeses *(Acrios* ó *Superacrios)*.

BDELICLEON.

Veamos; yo soy Cleon; el primero canta el Harmodio (1); tú continuarás: «Nunca hubo en Aténas un hombre...»

FILOCLEON.

«Tan canalla ni tan ladron...»

BDELICLEON.

¿Eso piensas contestar, desdichado? ¿No ves que te confundirá á gritos y jurará perderte, aniquilarte y expulsarte del país?

FILOCLEON.

Pues yo responderé á sus amenazas con esta otra cancion: «En tu loca ambicion del supremo mando, acabarás por arruinar la república, que ya empieza á vacilar (2).»

BDELICLEON.

Y cuando Teoro, acostado á tus piés, cante cogiéndole la mano á Cleon: «Amigo, tú que conoces la historia de Admeto, estima á los valientes;» ¿qué contestarás?

FILOCLEON.

Lo siguiente: «Yo no puedo ser zorro y proclamarme amigo de los dos partidos.»

BDELICLEON.

A continuacion, Esquínes, hijo de Selo, hombre docto y único diestro, cantará: «Bienes y riquezas

(1) Véase la nota al verso 980 de *Los Acarnienses*.

(2) Parodia de Alceo.

á Clitágora (1), á mí y á los Tesalios.....» (2)

FILOCLEON.

«Muchas hemos derrochado tú y yo.»

BDELICLEON.

Esto lo entiendes bien; mas ya es hora de ir á cenar á casa de Filoctemon.—¡Muchacho! ¡muchacho! ¡Criso! pon nuestra racion en una cesta (3); hoy queremos beber de largo.

FILOCLEON.

No, no; es muy peligroso el beber; despues del vino se rompen las puertas y llueven bofetones y pedradas, y al dia siguiente, cuando se han dormido los tragos, se encuentra uno qué hay que pagar los excesos de la víspera.

BDELICLEON.

No temas semejante cosa tratando con hombres honrados y corteses. O te excusan ellos mismos con el ofendido, ó tú aplicas á lo ocurrido algun chistoso cuento esópico ó sibarítico (4) de los que has oido en la mesa: la cosa se toma á risa, y no pasa adelante.

---

(1) Poetisa lacedemonia (*Lisístrata*, 1.237) cuyos versos eran preferidos por algunos bebedores al canto de Telamon, compuesto por Píndaro. El escoliasta (en *Las Avispas*, 1.245) dice que era de Tesalia.

(2) Cancion compuesta cuando los de Tesalia auxiliaron á los Atenienses contra los Pisistrátidas.

(3) Era frecuente al ir á comer á casa de otro llevar su racion.

(4) Cuentecillos muy cortos que solian referirse en los banquetes. Sus personajes eran humanos y su intencion política, en contraposicion á las fábulas esópicas, cuya intencion era filosófica, y la accion pasaba entre animales.

FILOCLEON.

Pues ya merece la pena de aprender muchos cuentos eso de poder librarme con uno de pagar cualquiera daño que cause. Ea, vamos; que nadie nos detenga.

CORO.

Muchas veces he dado prueba de agudo ingenio, y jamás de estupidez; pero me gana Aminías (1), ese hijo de Selo, perteneciente á la raza copetuda (2), á quien vi un dia ir á cenar con Leógoras (3), llevando por junto una manzana y una granada, y cuenta que es más hambriento que Antifon (4). Ya fué de embajador á Farsalia (5); pero allí sólo se reunia á los Penestas (6), padeciendo él mayor penuria que ninguno.

¡Afortunado Autómenes (7), cuánto envidiamos tu felicidad! Tus hijos son los más hábiles artistas. El primero, querido de todos, canta admirablemente al són de la cítara, y la gracia le acompaña; el segundo es un autor cuyo mérito nunca se pon-

---

(1) Recuérdese lo dicho en la nota al verso 74 de esta comedia.

(2) Quizá por la forma especial de su peinado.

(3) Lúculo Ateniense. (Véase la nota al verso 109 de *Las Nubes*).

(4) Rico arruinado.

(5) Ciudad de Tesalia.

(6) *Penestas* se llamaban unos mercenarios tesalienses: este nombre significa tambien *pobre* y *miserable*, pues tiene la misma raíz qne *penuria*. Amínias no habia sabido enriquecerse en su embajada.

(7) Sobre Autómenes y sus hijos, véase la nota al verso 1.281 de *Los Caballeros*.

derará bastante; pero el talento del último, de Arifrades digo, deja muy atras al de los otros. Su padre jura que lo ha aprendido todo por sí propio, sin necesidad de maestro, y que sólo á su talento natural debe la invencion de sus inmundas prácticas en los lupanares. Algunos han dicho que yo me habia reconciliado con Cleon porque me perseguia encarnizadamente y me martirizaba con sus ultrajes. Ved lo que hay de cierto: cuando yo lanzaba dolorosos gritos, vosotros os reiais á placer, y en vez de compadecerme, sólo anhelabais que la angustia me inspirase algun chiste mordaz y divertido. Al notar esto, cejé un poco y le hice algunas caricias. Hé ahí por qué «á la cepa le falta ahora su rodrigon.» (1)

JÁNTIAS.

¡Oh tortugas tres veces bienaventuradas! ¡Cuánto envidio la dura concha que defiende vuestro cuerpo! ¡Qué sábias y previsoras fuisteis al cubriros la espalda con un impenetrable escudo! ¡Ay, un nudoso garrote ha surcado la mia!

CORO.

¿Qué sucede, niño? porque hasta al más anciano hay derecho para llamarle niño, cuando se deja pegar.

JÁNTIAS.

Sucede que nuestro viejo es la peor de las calamidades. Ha sido el más procaz de todos los convi-

(1) Proverbio que se decia de los que habian visto frustradas sus esperanzas.

dados, y cuenta que allí estaban Hipilo, Antifon, Lico, Lisístrato, Teofrasto, y Frínico; pues sin embargo, á todos los dejó tamañitos su insolencia. En cuanto se atracó de los mejores platos, empezó á bailar, á saltar, á reir, á eructar como un pollino harto de cebada, y á sacudirme de lo lindo, gritándome: «¡esclavo! ¡esclavo!» Lisístrato, al verlo así, le lanzó esta comparacion: «Anciano, pareces un piojo resucitado ó un burro que corre á la paja.» Y él, atronándonos los oidos, le replicó con esta: «Y tú te pareces á una langosta, de cuyo manto se pueden contar todos los hilos (1) y á Estenelo (2) despojado de su guardaropa.» Todos aplaudieron, menos Teofrasto, que se mordió los labios como hombre bien educado. Entónces encarándosele nuestro viejo, le dijo: «Di tú, ¿á qué te das tanto tono, y te las echas de persona? Ya sabemos que vives á costa de los ricos á fuerza de bufonadas.» Así continuó dirigiendo insultos semejantes á todos, diciendo los chistes más groseros, cantando historias necias é importunas. Despues se ha dirigido hácia aquí, completamente ebrio, pegando á cuantos encuentra. Mirad, ahí viene haciendo eses. Yo me largo, para evitar nuevos golpes.

FILOCLEON (3).

Dejadme: marchaos. Voy á dar que sentir á al-

(1) Por lo usado y raido.
(2) Actor trágico, cuyo guardaropa fué vendido por sus acreedores.
(3) Entra acompañado de una flautista y seguido de las personas á quienes ha maltratado.

gunos de los que se obstinan en perseguirme. ¿Os largaréis, bribones? Si no, os tuesto con esta antorcha.

BDELICLEON.

A pesar de tus baladronadas juveniles, te juro que mañana nos has de pagar tus atropellos. Vendremos en masa á citarte á juicio.

FILOCLEON.

¡Ja! ¡ja! ¡A citarme! ¡Qué vejeces! ¿No sabeis que ya ni puedo oir hablar de pleitos? ¡Ja! ¡ja! Ahora tengo otros gustos: tirad las urnas. ¿No os vais? ¿Dónde esta el juez? decidle que se ahorque. *(A la cortesana.)* Sube, manzanita de oro, sube agarrada á esta cuerda; cógela, pero con precaucion, que está algo gastada; sin embargo áun le gusta que la froten. ¿No has visto con qué astucia te he sustraido á las torpes exigencias de los convidados? Debes probarme tu gratitud. Pero no lo harás, demasiado lo sé; ni siquieras lo intentarás; me engañarás y te reirás en mis narices como lo has hecho con tantos otros. Oye, si me quieres y me tratas bien, cuando muera mi hijo me comprometo á sacarte del lupanar y tomarte por concubina, amorcito mio. Ahora no puedo disponer de mis bienes; soy jóven y me atan corto: mi hijito no me pierde de vista; es gruñon, insoportable y tacaño hasta partir en dos un comino y aprovechar la pelusilla de los berros. Su único miedo es el que me eche á perder, pues no tiene más padre que yo. Pero ahí está: se dirige apresuradamente hácia nosotros. Hazle frente: coge esas teas: voy á jugarle una partida de muchacho, como él á mí ántes de iniciarme en los misterios.

BDELICLEON.

¡Hola! ¡hola! viejo verde, parece que nos gustan los lindos ataudes. Mas lo juro por Apolo, no harás eso impunemente.

FILOCLEON.

¡Ah! tú te comerias á gusto un proceso en vinagre.

BDELICLEON.

¿No es una indecencia burlarme de ese modo, y arrebatar su flautista á los convidados?

FILOCLEON.

¿Qué flautista? ¿Has perdido el juicio, ó sales de alguna tumba?

BDELICLEON.

Por Júpiter, esa Dardaniense (1) que está contigo.

FILOCLEON.

¡Cá! si es una antorcha encendida en la plaza en honor á los dioses (2).

BDELICLEON.

¿Una antorcha?

FILOCLEON.

Sí, una antorcha (3). ¿No ves que es de diversos colores?

---

(1) Muchas mujeres de Dardania se dedicaban á la música.
(2) Los antiguos encendian tambien antorchas en honor de sus dioses.
(3) Se daba este nombre á las cortesanas, pues esta

BDELICLEON.

¿Qué es eso negro que tiene en medio?

FILOCLEON.

La pez que se derrite al quemarse.

BDELICLEON.

Y eso en la parte posterior. ¿No es su trasero?

FILOCLEON.

No, es el cabo de la antorcha que sobresale.

BDELICLEON.

¿Qué dices? ¿Cuál cabo? Vamos, ven acá.

FILOCLEON.

¡Eh, eh! ¿Qué intentas?

BDELICLEON.

Llevármela y quitártela: estás ya gastado é impotente.

FILOCLEON.

Escucha un momento. Asistia yo á los juegos olímpicos cuando Efudion (1), aunque viejo, luchó valerosamente con Ascóndas, concluyendo el anciano por hundir de un puñetazo al jóven. Sírvate de aviso, por si se me ocurriese reventarte un ojo.

BDELICLEON.

¡Por Júpiter! Conoces bien á Olimpia.

UNA PANADERA. *(A Bdelicleon.)*

Socórreme, en nombre de los dioses. Ese hombre

clase de mujeres han tenido siempre el triste privilegio de ser designadas con mil variados apelativos.

(1) Antes citado. Filocleon pone en práctica las lecciones de su hijo.

me ha arruinado; al pasar, agitando á tontas y á locas su antorcha, me ha echado á rodar por la plaza diez panes de á óbolo, y además otros cuatro.

BDELICLEON.

¿Ves lo que has hecho? Tu dichoso vino nos va á llenar de pleitos la casa.

FILOCLEON.

No lo creas; un cuentecillo alegre lo arreglará todo: verás cómo me reconcilio con ésta.

LA PANADERA.

Te juro por las dos diosas (1) que no te reirás impunemente de Mirtia, hija de Ancilion y de Sóstrata, despues de haberle echado á perder sus mercancías.

FILOCLEON.

Escucha, mujer: voy á contarte una fábula muy chistosa.

LA PANADERA.

¿Fabulitas á mí, viejo chocho?

FILOCLEON.

Al volver una noche Esopo de un banquete le ladró atrevida cierta perra borracha: «¡Ah perra, perra, le dijo entónces, si cambiases tu maldita lengua por un poco de trigo, me parecerias más sensata!»

LA PANADERA.

¡Cómo! ¿Te burlas de mí? Pues bien; quienquiera que seas, te cito ante los inspectores del merca-

(1) Céres y Proserpina, juramento ordinario de los Atenienses.

do (1), para que me indemnices daños y perjuicios. Querefon (2), que está ahí, será mi testigo.

FILOCLEON.

Pero, por mi vida, oye á lo ménos lo que voy á decirte: quizá te agrade más. Laso (3) y Simónides tenian en cierta ocasion un certámen poético, y Laso dijo: «Poco me importa.»

LA PANADERA.

¡Muy bien! como tú, ¿verdad?

FILOCLEON.

¿Y tú, Querefon, vas á ser testigo de esa mujer amarilla (4), de esa Ino (5) precipitándose desde una roca á los piés de Eurípides?

BDELICLEON.

Ahí se acerca otro: segun parece, tambien á citarte, pues viene con un testigo.

UN ACUSADOR.

¡Qué desdichado soy!... Anciano, te demando por injurias.

BDELICLEON.

¿Por injurias? ¡Ah! no por piedad, no lo demandes. Yo te pagaré cuanto pidas, y áun así te quedaré agradecido.

(1) Los Agorámonos.
(2) Discípulo de Sócrates. (V. *Las Nubes*, 502.)
(3) Poeta lírico, natural de Hermione, en el Peloponeso, al cual se atribuia la invencion de los coros. Fué rival de Simónides.
(4) Alusion á la palidez de Querefon.
(5) Título y asunto de una tragedia de Eurípides.

FILOCLEON.

Yo tambien quiero reconciliarme con él: confieso francamente que le he pegado y apedreado. *(Al acusador.)* Pero acércate más: ¿me permites que yo sólo señale la cantidad que debe dársete como indemnizacion, y que en adelante sea amigo tuyo, ó prefieres fijarla tú?

EL ACUSADOR.

Habla tú, pues detesto los pleitos y negocios.

FILOCLEON.

Cierto Sibarita se cayó de un carro y se infirió una grave herida en la cabeza: es de advertir que no entendia gran cosa de equitacion. Acercósele entónces uno de sus amigos, y le dijo: «Ejercítese cada cual en el arte que sepa;» por tanto, corre á curarte en casa de Píttalo (1).

BDELICLEON *(á Filocleon).*

Persistes en tus costumbres.

EL ACUSADOR *(al testigo).*

Acuérdate de su respuesta.

FILOCLEON.

Oye, no te vayas. En cierta ocasion rompió una mujer en Síbaris el cofre de los procesos...

EL ACUSADOR *(al testigo).*

Tambien te tomo por testigo de lo que dice.

FILOCLEON *(al acusador).*

...El cual cofre hizo atestiguar el hecho; pero la Sibarita le contestó: «¡Por Proserpina, déjate de

(1) Médico de Aténas (V. *Los Acarnienses*, 1.032.)

testigos y cómprate cuanto ántes una ligadura; eso tendrá más sentido comun.»

EL ACUSADOR *(á Filocleon.)*

¡Búrlate! ¡búrlate! ¡Ya veremos cuando el arconte mande traer á la vista tu causa!

BDELICLEON *(á Filocleon).*

¡Por Céres, no estarás aquí más tiempo! Voy á llevarte á la fuerza.

FILOCLEON.

¿Qué haces?

BDELICLEON.

¿Qué hago? Llevarte adentro. De otro modo no va á haber testigos suficientes para los infinitos que te demandan.

FILOCLEON.

Un dia los de Délfos... (1)

BDELICLEON.

«Poco me importa.»

FILOCLEON.

...Acusaron á Esopo de haber robado un vaso de Apolo; entónces él contó que una vez el escarabajo... (2).

BDELICLEON.

¡Oh, véte al infierno! me matas con tus escarabajos.

(Bdelicleon se lleva á su padre).

---

(1) Mientras se le lleva su hijo, continúa contando su historieta.

(2) Los Delfenses irritados por las críticas de Esopo le acusaron de haber sustraido una copa sagrada. El fabulista les recitó entónces el apólogo á que se refiere Aristófanes.

CORO.

Envidio tu felicidad, anciano. ¡Qué cambio en su áspera existencia! Siguiendo prudentes consejos, va á vivir entre placeres y delicias. Quizá los desatienda, porque es difícil cambiar el carácter que se tuvo desde la cuna. Sin embargo, muchos lo consiguieron; consejos ajenos han logrado modificar á veces nuestras costumbres. ¡Cuántas alabanzas no alcanzará por esto, en mi opinion y en la de los sabios, el hijo de Filocleon, tan discreto y cariñoso con su padre! Jamás he visto un jóven tan comedido, de tan amables costumbres. Ninguno me ha regocijado como él. En todas las respuestas que daba á su padre resplandecia la razon y el deseo de inspirarle más decorosas aficiones.

JÁNTIAS.

¡Por Baco! sin duda algun Dios ha revuelto y embrollado nuestra casa. El viejo, despues de haber bebido y haber oido largo rato tocar la flauta, ébrio de placer, repite toda la noche las antiguas danzas que Tespis (1) hacía ejecutar á sus coros. Pretende demostrar, bailando incesantemente, que los trágicos modernos son todos unos lelos sin sustancia.

---

(1) Antiguo poeta trágico. El escoliasta supone que Jántias no se refiere aquí al poeta, sino á un citarista del mismo nombre, muy popular en tiempo de Aristófanes.

FILOCLEON *(declamando).*

¿Quién se sienta á la entrada del vestíbulo? (1)

JÁNTIAS.

La calamidad se aproxima.

FILOCLEON.

Apartad las vallas. Va á principiar el baile...

JÁNTIAS.

Mejor dirás la locura.

FILOCLEON.

.....Que aligera mi pecho con su impetuosidad. ¡Cómo mugen mis narices! ¡Cómo suenan mis vértebras!...

JÁNTIAS.

Bien te vendria una toma de heléboro (2).

FILOCLEON.

Frínico (3) se asusta como un gallo...

JÁNTIAS.

Pongámonos en salvo.

FILOCLEON.

...Que agita sus patas en el aire.

JÁNTIAS.

¡Eh! mira dónde pisas.

FILOCLEON.

¡Con flexibilidad juegan todos mis miembros!

(1) Parodia de una obra perdida.
(2) Remedio contra la locura.
(3) Frínico, á causa de haber renovado en su tragedia *La toma de Mileto* el dolor de los Atenienses por esta pérdida, fué condenado á una multa de 1.000 dracmas. Su desgracia se hizo proverbial.

JÁNTIAS.

Nada, está visto, es una verdadera locura.

FILOCLEON.

Ahora desafío á todos mis rivales. Si hay algun trágico que se precie de danzar bien, venga por acá y tendremos un certámen coreográfico... ¿Se presenta alguno?

BDELICLEON.

Este sólo.

FILOCLEON.

¿Quién es ese desgraciado?

BDELICLEON.

El hijo segundo de Carcino (1).

FILOCLEON.

Pronto lo anonadaré; voy á molerle á puñetazos acompasados; pues no entiende una palabra de ritmos.

BDELICLEON.

Pero ¡infeliz! ahí viene su hermano, otro trágico carcinita.

FILOCLEON.

Voy haciendo provisiones para el almuerzo.

BDELICLEON.

Sí, pero sólo de cangrejos (2); por que ahí llega un tercer hijo de Carcino.

(1) Carcino era un mal poeta trágico, cuyos hijos tenian pequeña estatura y ejecutaban danzas trágicas. Otro llamado Jenócles compuso tragedias y ganó un premio en certámen con Eurípides. Aristófanes vuelve á ocuparse de ellos en *La Paz*, 289, 778, 790; y en *Las Ranas*, 86.
(2) Juego de palabras, por significar *Carcino*, *cangrejo*.

FILOCLEON.

¿Qué es eso que se arrastra? ¿Es una araña ó una vinagrera? (1)

BDELICLEON.

Es un cangrejillo; el más pequeño de la familia. Tambien poeta trágico.

FILOCLEON.

¡Oh Carcino, padre feliz de tan hermosa familia! ¡Qué banda de reyezuelos (2) desciende sobre mí! Fuerza es, ¡ay triste! que me bata con ellos. Preparad la salmuera, por si salgo vencedor.

CORO.

Ea, apartémonos un poco, para que puedan hacer sus pruebas delante de nosotros.

Ea, ilustres hijos de un habitante del mar (3), hermanos de los langostinos, danzad sobre la arena en la orilla del estéril piélago. Moved en círculo vuestros piés; levantad las piernas como Frínico, y al verlas en el aire, lanzarán gritos de asombro los espectadores.

Gira sobre tí mismo, da vueltas; levanta la pierna hasta el cielo; trasfórmate en un torbellino. Ahí se adelanta el mismo rey del mar, el padre de

(1) Las vinagreras tenian una forma aproximadamente esférica, y debian de ser de pequeñas dimensiones, porque los antiguos usaban el vinagre muy concentrado. Con el trípode que las sostenia debian parecerse á una araña levantándose sobre sus patas, y á un cangrejo, por lo cual Filocleon halla en el hijo de Carcino esa triple semejanza.

(2) 'Ορχίλος, *reyezuelo* (ave), tiene la misma raíz que danzante ó bailarin.

(3) Carcino.

tus rivales, orgulloso de sus hijos. Mas si teneis gusto en danzar, hacednos salir cuanto ántes, pues nunca hasta ahora se ha visto terminar la comedia con un baile del coro (1).

(1) El coro bailaba al presentarse en escena, pero nunca al retirarse.

FIN DE LAS AVISPAS.

LA PAZ.

NOTICIA PRELIMINAR.

Cleon y Brásidas, generales de Aténas y Lacedemonia, murieron en un mismo combate; aquél al retirarse fugitivo, y éste en brazos de la victoria. «Despues de la derrota de los Atenienses ante Anfípolis, dice Tucídides (1), y de la muerte de Brásidas y Cleon, los más ardientes partidarios de la guerra, el primero porque la debia sus triunfos y su gloria, y el segundo porque no dejaba de prever que en tiempos normales serian más patentes sus prevaricaciones y ménos atendidas sus calumnias, los hombres que en ambas ciudades aspiraban á desempeñar el principal papel, Plistoanax, hijo de Pausánias, rey de Esparta, y Nícias, hijo de Nicerato, el general afortunado como ninguno, se declararon en favor de la paz. Pactóse

(1) Lib. v, 16.

está por cincuenta años tras largas negociaciones, aunque la reconciliacion de las dos repúblicas enemigas siempre tuvo más de aparente que de real.» Alcibíades, cuya desmedida ambicion era un contínuo peligro, pues aspiraba no ménos que á recoger la herencia de Perícles, y atropellando por todo, trataba de comprometer á su patria en una nueva guerra, atizó con sus intrigas los enconados odios que en el corazon de ambas ciudades se revolvian; y tal maña se dió, que en el año 420 ántes de nuestra era, décimotercio de la guerra del Peloponeso, era ya imminente una nueva ruptura de hostilidades. Para contener, si era posible, tan espantoso mal, escribió *La Paz* Aristófanes, comedia cuyo objeto, indéntico al de *Los Acarnienses*, es inspirar al pueblo profunda aversion á una guerra desastrosa y funesta, y confirmarle en el amor á las dulzuras del estado pacífico, que apénas habia empezado á saborear. Para lograr tan levantado fin, acude el poeta tanto á su inagotable imaginacion como á la audaz energía de que tan elocuente muestra son sus *Caballeros*, pues á un tiempo que pinta con poético colorido las ventajas de la paz y da existencia y vida á las más inanimadas abstracciones, levanta con atrevida mano el hipócrita velo con que se encubrian los enemigos del reposo público, mostrando al desnudo sus miras interesadas, sus bajas intenciones y su sospechosa ambicion. Los dos partidos que entónces dividian á Aténas aparecen en *La Paz* tras una alegoría transparente: el populacho, los demagogos, las gentes que no teniendo nada que perder se agrupaban alderredor de Alcibiades, en aquella jarcia de comerciantes de lanzas, cascos y escudos; y las personas sensatas y sinceramente amantes de su país, en el noble coro de labradores que ayuda al audaz Trigeo en la peligrosa tarea de libertar á la patria. Veamos cómo desarrolla Aristófanes la accion.

Trigeo ó *viñador*, condolido de los males que afligen á su patria, se propone subir al Olimpo en demanda de la Paz; el único medio que para ello se le ocurre, es alimentar un enorme escarabajo, recordando la fábula de Esopo en que aquel animalejo consigue llegar hasta el regazo del padre de los dioses. Caballero en el nuevo Pegaso, lánzase atrevidamente á los aires, desoyendo las advertencias de su atribulada familia. Llega por fin al cielo, donde Mercurio, despues de un recibimiento descortés, se aviene á indicarle el modo de desenterrar á la Paz. Aparécese en esto la Guerra acompañada del Tumulto, y pone á la vista sus violencias majando en un inmenso mortero ciudades y regiones, miéntras la Paz permanece relegada al fondo de una caverna, obstruida por enormes peñascos. Trigeo trata de darla libertad y convoca al efecto á ciudadanos de todos los países, principalmente labradores, que aparecen armados de cables y palancas. No todos ponen, sin embargo, igual ahinco en la consecucion de la obra, pues miéntras los Atenienses y Lacedemonios tiran con todas sus fuerzas, los de Megara blandean por el

hambre, y los de Argos y Beocia tratan, fingiendo ayuda, de anular sus esfuerzos con ánimo de obtener durante la guerra pingües subsidios de todos los beligerantes. Por fin la cautiva aparece, y con ella Opora y Teoría, personificaciones de la abundancia y de las fiestas anejas á la Paz. En medio del mayor júbilo se ofrece á la deidad rescatada un sacrificio, turbado sólo por las pretensiones de Hierócles, sacerdote famélico, y las quejas de los vendedores de armas, á los que el nuevo órden de cosas va á arruinar.

La comedia concluye con las bodas de Trigeo y la Abundancia, celebradas por un alegre y estrepitoso canto de Himeneo.

Adolece esta pieza de un defecto capital, y es que la ficcion admirablemente sostenida hasta que la Paz sale de la caverna, decae desde este momento y se arrastra lánguidamente hasta el final. Ni los más picantes chistes, ni multitud de encantadores detalles, parecidos, como dice Pierron (1), á islotes de pura poesía sobrenadando en un mar de obscenidades y bajezas; ni el diálogo siempre intencionado y vivo, bastan para disimular la pobreza de la accion, que desde el verso 520 (2), es decir, mucho ántes de la mitad de la comedia, queda reducida á los preparativos necesarios para el ofrecimiento de un holocausto y la celebracion de unas bodas. A esto se agrega, observa Brumoy (3), el

(1) *Historia de la literatura griega*, t. II, pág. 71.
(2) *La Paz* tiene 1.356 versos.
(3) *Le Théatre des Grecs*, t. VI, pág. 1.

hallarse llena *La Paz*, más que otras comedias, de enigmas, alusiones, metáforas y figuras de toda especie, cuyo gusto, aunque no lo podamos apreciar con la debida precision, sin embargo, no era de los más selectos, pues fué ya objeto de acerbas críticas por parte de los contemporáneos de Aristófanes (1), hasta tal punto que éste, segun la opinion más probable, los corrigió en una segunda edicion, en la cual la Paz, personaje mudo en la conservada, debia de intervenir en el diálogo y la accion con su compañera la Agricultura.

La Paz se representó el año 13 de la guerra del Peloponeso, 420 ántes de nuestra era, cuya fecha fija suficientemente Aristófanes en el verso 998 de la misma (2), y obtuvo en el certámen el segundo lugar. «Quizá, observa un discreto intérprete (3), al negarle los jueces la primera corona, quisieron castigar al poeta por haber tenido razon contra la ceguera popular.»

(1) Eupolis en *Los Aduladores*, y Platon, el cómico, en *Las Victorias*, se burlaron mucho de la imágen colosal de la Paz, que sale de su prision para no decir una palabra en toda la comedia.
(2) Trigeo se congratula en él de volver á ver á la Paz despues de trece años de ausencia.
(3) POYARD. *Aristophane*, pág. 200.

PERSONAJES.

DOS ESCLAVOS DE TRIGEO.
TRIGEO.
MUCHACHAS, HIJAS DE TRIGEO.
MERCURIO.
LA GUERRA.
EL TUMULTO.
CORO DE LABRADORES.
HIÉROCLES, adivino.
UN FABRICANTE DE HOCES.
UN FABRICANTE DE PENACHOS.
UN VENDEDOR DE CORAZAS.
UN FABRICANTE DE TROMPETAS.
UN FABRICANTE DE CASCOS.
UN FABRICANTE DE LANZAS.
UN HIJO DE LÁMACO.
UN HIJO DE CLEÓNIMO.
LA PAZ.
OPORA Ó LA ABUNDANCIA.
TEORÍA.
(La Paz, Opora ó la Abundancia, Teoría: Personajes mudos.)

La accion pasa al principio delante de la casa de Trigeo.

LA PAZ.

ESCLAVO PRIMERO.

Vamos, vamos, trae pronto su pastelito al escarabajo.

ESCLAVO SEGUNDO.

Toma, dáselo á ese maldito. ¡Ojalá no coma otro mejor!

ESCLAVO PRIMERO.

Dále otro de excremento de asno.

ESCLAVO SEGUNDO.

Ahí lo tienes tambien. ¿Pero dónde está el que le trajiste hace un momento? ¿Se lc ha comido ya?

ESCLAVO PRIMERO.

¡Pues ya lo creo! me lo arrebató de las manos, le dió una vueltecilla entre las patas, y se lo tragó enterito. Hazle, hazle otros más grandes y espesos.

ESCLAVO SEGUNDO.

¡Oh limpia-letrinas, socorredme en nombre de los dioses, si no quereis que me asfixie!

ESCLAVO PRIMERO.

Otro, otro, confeccionado con excrementos de bardaje; ya sabes que le gusta la masa muy molida.

ESCLAVO SEGUNDO.

Toma; lo que me consuela es hallarme al abrigo de una sospecha: nadie dirá que me cómo la pasta al amasarla.

ESCLAVO PRIMERO.

¡Puf! venga otro, otro, y otro; no ceses de amasar.

ESCLAVO SEGUNDO.

¡Imposible! no puedo resistir ya el olor de esta letrina. Voy á llevarlo todo adentro.

ESCLAVO PRIMERO.

Idos al infierno ella y tú.

ESCLAVO SEGUNDO.

¿No me dirá alguno de vosotros que lo sepa, dónde podré comprar una nariz sin agujeros? Por que es el más repugnante de los oficios, esto de ser cocinero de un escarabajo. Al fin un cerdo ó un perro se tragan nuestros excrementos tal y como se los encuentran, mas este animal anda siempre en repulgos, y ni áun se digna tocarlos, si no me he estado amasando un dia entero la bolita, como si hubiera de ofrecerse á una jóven delicada. Pero veamos si ha concluido de comer; voy á entreabrir un poquito la puerta, para que él no me distinga. ¡Traga, traga, atrácate hasta que revientes! ¡Cómo devora el maldito! Mueve las mandíbulas como un atleta sus membrudos brazos: luégo agita la cabeza y las patas, como los

que enrollan cables en las naves de carga. ¡Qué animal tan voraz, fétido é inmundo! No sé qué dios nos ha enviado semejante regalo, pero seguramente no han sido ni Vénus ni las Gracias.

ESCLAVO PRIMERO.

¿Pues cuál?

ESCLAVO SEGUNDO.

Sólo ha podido ser Júpiter fulminante (1). Pero sin duda algun espectador, alguno de esos jóvenes presumidos de sabios, estará diciendo ya: ¿Qué es esto? ¿Qué significa ese escarabajo? Y un Jonio (2) sentado á su lado, estoy seguro de que le responde: Todo esto, si no me engaño, se refiere á Cleon, pues es el único que no tiene reparo en alimentarse de basura (3). Pero voy á dar agua al escarabajo.

ESCLAVO PRIMERO.

Y yo voy á explicar el asunto á los niños, á los mozos, á los hombres, á los viejos, y á los que han

(1) Es decir, irritado. Tratando de explicar este epíteto, dicen unos que es para comparar la voracidad del escarabajo al rayo que todo lo consume; y otros, teniendo en cuenta que el καταβάτου del original significa *bajar*, ven en él una alusion á la bajeza de aquel animal. Ambas explicaciones, como se ve, son demasiado sutiles para ser verdaderas.

(2) La circunstancia de asistir un extranjero á la representacion, hace creer que *La Paz* se puso en escena en las grandes dionisiacas.

(3) Σπατίλη significa ***liquida alvei egestio***, y ***raeduras de cuero***. Alusion al oficio de Cleon.

traspasado el término ordinario de la vida. Mi señor tiene una rara locura, no la vuestra (1), si no otra completamente nueva. Todo el dia se lo pasa mirando al cielo, con la boca abierta, é increpando á Júpiter de este modo: ¡Oh Júpiter! ¿Qué intentas? Depon tú escoba, no barras la Grecia.

TRIGEO (2) *(dentro)*.

¡Ay! ¡Ay!

ESCLAVO PRIMERO.

Callemos. Se me figura haber oido su voz.

TRIGEO.

¡Oh Júpiter! ¿Qué intentas hacer de nuestra patria? ¿No ves que se despueblan las ciudades?

ESCLAVO PRIMERO.

Hé ahí la manía de que acabo de hablaros. Esas palabras pueden daros una idea de ella; yo os diré las que pronunciaba cuando principió á revolvérsele la bílis. Hablando aquí mismo á solas, exclamaba: «¿Cómo podria yo ir derecho á Júpiter?» Construyó al efecto escalas muy ligeras, por las cuales, sirviéndose de piés y manos, trataba de subir al cielo, hasta que se cayó, rompiéndose la cabeza. Ayer se fué corriendo á no sé dónde, y volvió á casa con este enorme escarabajo, ligero como

(1) Refiérese sin duda á la manía de los procesos criticada en *Las Avispas*.
(2) El nombre de *Trigeo* (derivado de τρύγη, *vendimia)* significa *viñador*

un caballo del Etna (1), obligándome á ser su palafrenero. Mi amo le acaricia como si fuese un potro, y le dice: «Pegasillo mio, generoso volátil, llévame de un vuelo hasta el trono de Júpiter (2).» Pero voy á ver por esta rendija lo que hace. ¡Oh desgraciado! ¡favor! ¡favor, vecinos! ¡Mi dueño sube por el aire montado en el escarabajo!

TRIGEO *(en la escena)*.

Despacio, despacio; poco á poco, escarabajo mio; refrena algo tu fogosidad; no confíes demasiado en tu fuerza; aguarda á que, despues de sudar, el rápido movimiento de las alas haya dado agilidad á tus remos. Sobre todo, no despidas ningun mal olor; si estás dispuesto á hacerlo, más vale que te quedes en casa.

ESCLAVO PRIMERO.

¡Oh dueño mio! ¿Estás loco?

TRIGEO.

¡Silencio! ¡silencio!

ESCLAVO PRIMERO.

¿Pero á dónde diriges tu vuelo, temerario?

TRIGEO.

Vuelo para hacer la felicidad de todos los Grie-

(1) Los caballos de Etna (Sicilia) eran famosos por su velocidad. Además, segun el Escoliasta el Etna era notable por la gran variedad de escarabajos que en él se criaban. Los de una de sus especies, al decir de Platon el Cómico, llegaban á ser tan grandes como un hombre.
(2) Parodia del *Beleforonte* de Eurípides.

gos; por ellos llevo á cabo esta nueva y atrevida empresa.

ESCLAVO PRIMERO.

Mas ¿qué intentas? ¡Oh, qué inútil locura!

TRIGEO.

Nada de palabras de mal agüero. Al contrario, pronúncialas favorables. Manda callar á todos; haz que cubran con nuevos ladrillos las letrinas y cloacas, y que se pongan un tapon en el trasero (1).

ESCLAVO PRIMERO.

No, no callaré, si no me dices á dónde enderezas el vuelo.

TRIGEO.

¿A dónde he de ir sino al cielo, á ver á Júpiter?

ESCLAVO PRIMERO.

¿Con qué intencion?

TRIGEO.

Con la de preguntarle qué piensa hacer de todos los Griegos.

ESCLAVO PRIMERO.

¿Y si no te lo dice?

TRIGEO.

Le citaré á juicio y le acusaré de hacer traicion á los Griegos en favor de los Persas (2).

ESCLAVO PRIMERO.

Por Baco, no harás eso miéntras yo viva.

(1) Por miedo de que algun mal olor atraiga al escarabajo.

(2) Esta acusacion era frecuente en Aténas. Los Persas veian con placer las disensiones de los Griegos.

TRIGEO.

Pues no es posible otra cosa.

ESCLAVO PRIMERO.

¡Ay! ¡ay! ¡ay! Chiquitas, que vuestro padre os abandona marchándose al cielo de tapadillo. ¡Ah! suplicadle, suplicadle, pobrecitas huérfanas.

LA MUCHACHA.

¡Padre, padre! ¿será verdad, como acaban de decirnos, que nos abandonas para ir á perderte con las aves en la region de los cuervos? Di, padre mio, ¿es verdad? Respóndeme, si me amas.

TRIGEO.

Sí; me marcho. Cuando me pedís pan, hijas mias, llamándome papá, se me parte el corazon al no hallar en toda la casa ni la sombra de un óbolo. Si salgo bien de la empresa, tendreis siempre que querais una gran torta, sazonada con un buen bofeton (1).

LA MUCHACHA.

Mas ¿cómo vas á hacer ese viaje? No hay navío que pueda conducirte.

TRIGEO.

Iré sobre este corcel alado; no necesito embarcarme.

LA MUCHACHA.

Pero, padre, ¿cómo se te ha ocurrido subir al cielo montado en un escarabajo?

(1) Frase proverbial que se dirigia á los que se meten en lo que no les importa.

TRIGEO.

Las fábulas de Esopo (1) dicen que es el único volátil que ha llegado hasta los dioses.

LA MUCHACHA.

¡Padre mio! ¡padre mio! eso es un cuento increible. ¿Cómo ha podido llegar hasta los dioses un animal tan inmundo?

TRIGEO.

Subió por la enemistad que tuvo con el águila, y se vengó haciendo una tortilla con sus huevos.

LA MUCHACHA.

¿No era mejor que montases el alígero Pegaso y te presentases á los dioses con más trágico continente? (2)

TRIGEO.

Tontuela, ¿no conoces que hubiera necesitado doble provision? Miéntras así éste se alimentará con lo que yo haya digerido.

LA MUCHACHA.

Y si cae del piélago en los húmedos abismos (3), ¿cómo podrá salir á flote un animal alado?

TRIGEO.

Llevo un timon (4) que emplearé si hay necesidad; todo quedará reducido á que me sirva de nave un escarabajo de Náxos (5).

(1) Véase la fábula de Samaniego *El Águila y el Escarabajo.*
(2) Alusion al *Belerofonte* de Eurípides.
(3) Parodia.
(4) Τὸ αἰδοῖον δείκνυσι παίζων.
(5) Juego de palabras: κανθαρος, *escarabajo*, era tambien el nombre que se daba á unas naves construidas en Naxos.

LA MUCHACHA.

Despues del naufragio ¿qué puerto te acogerá?

TRIGEO.

¿Pues no hay en el Pireo el puerto del Escarabajo? (1)

LA MUCHACHA.

Ten mucho cuidado de no tropezar y caer. Si te quedas cojo, darás asunto á Eurípides para una tragedia, de la cual serás protagonista (2).

TRIGEO.

Eso es cuenta mia. Adios. *(A los espectadores.)* Vosotros, en cuyo obsequio sufro estos trabajos, absteneos durante tres dias de todo desahogo, sólido ni flúido (3): pues, si al cernerse en las alturas percibe mi corcel algun olor, se precipitará sobre la tierra y burlará mis esperanzas. Adelante, Pegaso mio; haz resonar tu freno de oro, endereza las orejas. ¡Oh! ¿qué haces? ¿qué haces? ¿por qué vuelves la cabeza hácia las letrinas? Levántate atrevidamente de la tierra, y desplegando tus veloces alas, vuela en línea recta al palacio de Júpiter. Aparta por hoy el hocico de la basura, y de todos tus alimentos cotidianos. ¡Eh, buen hombre! ¿qué haces ahí? A ti te digo, que haces tus necesidades en el Pireo, junto al Lupanar. ¿Quieres que me mate? ¿quieres que me mate? Ocúltalo pronto, cúbrelo con un gran monton de tierra, planta en-

(1) Uno de los tres puertos del Pireo tenía ese nombre.
(2) Véase *Los Acarnienses*, donde Diceópolis echa en cara á Eurípides la cojera de sus héroes.
(3) *Ne visite ne cacate triduo.*

cima sérpol y riégalo con perfumes, pues si llego á caer ahí y á causarme grave daño, en castigo de mi muerte tendrá que pagar cinco talentos la ciudad de Quios (1) por tu condenado trasero. ¡Ay! ¡ay! ¡qué miedo! ¡ya no tengo ganas de bromas! Mucha atencion, maquinista. Un viento rebelde gira alderredor de mi ombligo: si no tienes suma precaucion, voy á echarle un pienso al escarabajo (2). Mas no debo estar léjos de los dioses, pues ya distingo la morada de Júpiter. ¿Quién es ese que está en la puerta? Abrid.

(La escena cambia y representa el cielo.)

MERCURIO.

Se me figura que huelo á hombre *(viendo á Trigeo)*. ¡Oh Hércules! ¿qué monstruo es ese que veo?

TRIGEO.

Un hipocántaro (3).

MERCURIO.

Infame, atrevido, desvergonzado, bribon, rebribon, bribon más que todos los bribones juntos, ¿cómo has subido hasta aquí? ¿Cómo te llamas? ¡pronto!

TRIGEO.

Bribon.

(1) Alusion á las disolutas costumbres de los habitantes de *Quios*, ciudad aliada de Aténas.
(2) Por efecto de su temor.
(3) Es decir, un escarabajo que sirve de caballo. Alusion al hipocentauro.

MERCURIO.

¿De dónde eres? contesta.

TRIGEO.

Bribon.

MERCURIO.

¿Quién es tu padre?

TRIGEO.

¿El mio? Bribon.

MERCURIO.

¡Por la Tierra! vas á morir si no me dices tu nombre.

TRIGEO.

Soy Trigeo el Atmonense (1), viñador honrado, enemigo de pleitos y delaciones.

MERCURIO.

¿A qué has venido?

TRIGEO.

A traerte estas viandas.

MERCURIO.

¡Oh pobrecillo! ¿qué tal, qué tal el viaje? (2)

TRIGEO.

Glotonazo, ¿ya no te parezco bribon? Ea, véte á llamar á Júpiter.

MERCURIO.

¡Ay! ¡ay! ¡ay! No creas que estás cerca de los dioses. Ayer mismo emigraron.

TRIGEO.

¿A qué lugar de la Tierra?

(1) Atmon era una aldea del Ática.
(2) Al aspecto de los comestibles, la glotonería hace ablandarse á Mercurio.

MERCURIO.

¡Oh! ¿de la Tierra?

TRIGEO.

En fin, ¿á dónde?

MERCURIO.

Léjos, muy léjos, al sitio más escondido y apartado de los cielos.

TRIGEO.

¿Cómo te has quedado aquí solo?

MERCURIO.

Para guardar la vajilla restante, los pucherillos, las tablillas y las pequeñas ánforas (1).

TRIGEO.

¿Pero por qué han emigrado los dioses?

MERCURIO.

Por odio á los Griegos. En los lugares que les estaban destinados han alojado á la guerra dándole amplios poderes para que os trate á su antojo. Ellos se han retirado muy léjos, por no presenciar vuestros combates ni oir vuestras súplicas.

TRIGEO.

¿Por qué razon nos tratan así? dime.

MERCURIO.

Porque habeis preferido la guerra á la paz con que os han brindado mil veces. Los Lacedemonios, si llegaban á conseguir alguna pequeña ventaja, exclamaban en seguida: «Por los Dióscuros (2), nos

(1) Luciano se burla tambien de estos oficios de Mercurio. *(Diálogos de los Muertos. Mercurio y Maya.)*
(2) Exclamacion ordinaria de los Lacedemonios.

la han de pagar los Atenienses.» Por el contrario, si los Atenienses saliais algo mejor librados y los Lacedemonios venian á tratar de la paz, la contestacion ya se sabía que habia de ser: «Por Minerva (1), no nos la pegais; por Júpiter, no hay que darles crédito; ellos volverán miéntras tengamos á Pílos (2).»

TRIGEO.

Cierto, ese es nuestro lenguaje.

MERCURIO.

Por lo cual no sé si volvereis á ver á la Paz

TRIGEO.

¿Pues á dónde se ha ido?

MERCURIO.

La Guerra la hundió en una profunda caverna.

TRIGEO.

¿En cuál?

MERCURIO.

Ahí, en ese abismo; ¿no ves cuántos peñascos ha amontonado encima para que nunca podais recobrarla?

TRIGEO.

Y dime, ¿qué calamidad nos prepara?

MERCURIO.

Lo ignoro; sólo sé que ayer á la tarde trajo un mortero de prodigioso tamaño.

TRIGEO.

¿Qué hará con ese mortero?

(1) Exclamacion favorita de los Atenienses.
(2) Véase *Los Caballeros.*

MERCURIO.

Piensa machacar en él las ciudades. Pero me marcho; si no me engaño, va á salir; ¡cómo alborota ahí dentro!

TRIGEO.

¡Ah, pobre de mí! ¡huyamos! yo tambien oigo el estruendo del mortero bélico.

LA GUERRA *(trayendo un enorme mortero)*.

¡Guay mortales, mortales, desdichados mortales! ¡Temblad por vuestras mandíbulas!

TRIGEO.

¡Oh poderoso Apolo, qué inmenso mortero! ¡Qué daño hace la sola vista de la Guerra! ¡Ese, ese es el monstruo sanguinario y cruel del cual huimos! ¡Oh, cómo se apoya sobre sus piernas! (1)

LA GUERRA.

¡Oh Prasies, Prasies (2), y una, y cien, y mil veces desgraciada, hoy feneces para siempre!

TRIGEO.

Hasta ahora, ciudadanos, nada va con vosotros; ese golpe cae sobre Lacedemonia.

(1) Esta parece la version más verosímil de las palabras ὁ κατὰ τοῖν σκελοῖν que han dado lugar á muchas conjeturas.

(2) Ciudad de Laconia destruida por los Atenienses el año segundo de la guerra del Peloponeso. (TUCÍD., II, 56). Habia tambien otra poblacion del mismo nombre en el Ática. La Guerra, fingiendo arrojarla al mortero, echaba un *puerro*, en griego πράσον, por el parecido de este nombre con el de *Prasies*.

LA GUERRA.

¡Ah Megara, Megara, cómo te voy á majar! Toda vas á ser reducida á menudo picadillo.

TRIGEO.

¡Oh, oh! ¡Cuántas y cuán amargas lágrimas para los Megarenses! (1).

LA GUERRA.

¡Ah Sicilia, tambien tú pereces!

TRIGEO.

¡Míseras ciudades, vais á ser ralladas como queso!

LA GUERRA.

Ea, mezclemos un poco de miel del Ática (2).

TRIGEO.

¡Eh! no, te aconsejo que emplees otra; esa cuesta á cuatro óbolos; economiza la miel del Ática.

LA GUERRA.

¡Hola! ¡eh, Tumulto!

EL TUMULTO.

¿Qué me quieres?

LA GUERRA.

¡Mucho ojo! ¿Te estás mano sobre mano, eh? pues toma esta puñada.

TRIGEO.

¡Soberbio golpe!

(1) La Guerra echa en el mortero ajos y queso, como emblema de Megara y Sicilia respectivamente.

(2) En representacion de Aténas. La miel del Ática era muy celebrada.

EL TUMULTO.

¡Ay! señora.

TRIGEO.

¿Qué? ¿Se habia untado el puño con ajos? (1)

LA GUERRA.

Traéme volando una mano de mortero.

EL TUMULTO.

Pero, dueña mia, si no tenemos ninguna: como sólo estamos aquí desde ayer...

LA GUERRA.

Véte á buscar una en Aténas; pero ¡vivo, vivo!

EL TUMULTO.

Ya corro. ¡Pobre de mí, si no la traigo!

TRIGEO.

Ea, ¿qué haremos, míseros mortales? Ya veis qué espantoso peligro nos amenaza. Si vuelve con la mano de mortero, ésta va á entretenerse en triturar á su gusto las ciudades. ¡Oh Baco, que muera ántes de traerla!

LA GUERRA (2).

¿Qué?

EL TUMULTO.

¿Cómo?

LA GUERRA.

¿No la traes?

EL TUMULTO.

¡Qué he de traer! Los Atenienses han perdido la

(1) Para hacer más doloroso el puñetazo.
(2) Al Tumulto que regresa.

mano de su mortero, aquel curtidor que revolvia toda la Grecia (1).

TRIGEO.

¡Oh, dicha! ¡veneranda Minerva! ¡con qué oportunidad ha muerto para la República! Antes de servirnos su guisado.

LA GUERRA.

Corre, pues, á buscar otra en Lacedemonia, y concluyamos de una vez.

EL TUMULTO.

Allá voy, señora.

LA GUERRA.

¡Te recomiendo la vuelta!

TRIGEO.

¿Qué va á ser de vosotros, ciudadanos? Llegó el momento crítico. Si por casualidad alguno de vosotros está iniciado en los misterios de Samotracia (2), ahora es ocasion de desear un buen retortijon de piés al portador de la mano.

EL TUMULTO *(de vuelta)*.

¡Ay qué desgraciado soy! ¡ay, y mil veces ay!

LA GUERRA.

¿Qué es eso? ¿Tampoco traes nada ahora?

(1) Cleon, muerto en la batalla de Anfípolis. (V. la *Noticia preliminar.*)
(2) Los que querian evitar algun mal se iniciaban en los misterios de Samotracia, isla del Egeo, famosa por el culto de Hécate y los dioses Cabiros. La iniciacion se consideraba como un seguro preservativo, y como medio de conseguir cuanto se deseaba.

EL TUMULTO.

Tambien los Lacedemonios han perdido la mano de su mortero.

LA GUERRA.

¿Y cómo, gran canalla?

EL TUMULTO.

Se la habian prestado á otros en Tracia, y la han perdido (1).

TRIGEO.

¡Bien, muy bien va, oh Dioscuros! perfectamente bien; cobrad ánimo, mortales.

LA GUERRA.

Coge esos vasos y vuélvelos á llevar; yo entro tambien para hacer una mano de mortero.

TRIGEO.

Llegó el momento de repetir lo que cantaba Dátis (2), arrascándose sin pudor (3) en medio del dia: «¡Qué gusto! ¡qué placer! ¡qué delicia!» Ahora, oh Griegos, llegó la ocasion oportuna de olvidar querellas y combates, y de libertar á la Paz á quien todos amamos, ántes de que nos lo impida alguna nueva mano de mortero (4). Labradores, mercade-

(1) Brásidas, muerto en la misma batalla que Cleon.
(2) General persa en tiempo de Darío.
(3) Δεφόμενος.
(4) Alusion, segun se cree, á Alcibiades, que en el mismo año (Tucíd., v. 52) excitó á los habitantes de Pátras á extender sus fortificaciones hasta el mar, é iba preparando los ánimos á una nueva guerra, con objeto de desarrollar sus planes ambiciosos.

res, fabricantes, obreros, metecos, extranjeros, insulares, hombres de todos los países, acudid pronto, armaos de azadones, palancas y maromas. Por fin podremos beber la copa del Buen Genio (1).

CORO.

Acudamos todos á trabajar por la comun salvacion. Pueblos de la Grecia, libres de guerras sangrientas y combates, prestémonos hoy, como nunca, mutuo socorro. Este dia amaneció en mal hora para Lámaco (2). *(A Trigeo.)* Vamos, di lo que hay que hacer; dispon, ordena, manda. Estamos decididos á trabajar sin descanso, con máquinas y palancas, hasta volver á la luz á la más grande de las diosas, á la protectora más solícita de nuestras vidas.

TRIGEO.

¡Silencio! ¡silencio! No vayan á despertar á la Guerra los gritos que os arranca la alegría.

CORO.

Nos ha regocijado ese edicto mandando libertar á la Paz. ¡Cuán distintos de esos otros que nos han ordenado tantas veces acudir con víveres para tres dias!

TRIGEO.

Cuidado con aquel cerbero (3), que está ahora en

(1) Que se acostumbraba á beber á fin de las comidas.
(2) General partidario de la guerra (V. *Los Acarnienses*.
(3) Cleon.

los infiernos; sus ladridos y aullos podrian, como en vida, impedirnos libertar á la diosa.

CORO.

No hay nadie capaz de arrebatármela, como llegue á estrecharla entre mis brazos. ¡Ay! ¡ay! ¡qué gozo!

TRIGEO.

Por piedad, silencio, amigos mios, si no deseais mi perdicion. Como la Guerra llegue á observar algo, saldrá y echará por tierra de un golpe todos nuestros planes.

CORO.

Aunque lo revuelva, pisotee y arruine todo, hoy no puedo contener la alegría.

TRIGEO.

¿Pero estais locos? ¿Qué os sucede, ciudadanos? Por todos los dioses os lo pido, no echeis á perder con vuestros saltos la más hermosa empresa.

CORO.

Si yo no quiero bailar; mi alegría es tanta, que, sin quererlo yo, mis piernas saltan de gozo.

TRIGEO.

No más; terminad, terminad el baile.

CORO.

Ea, ya está terminado.

TRIGEO.

Lo dices, pero no lo haces.

CORO.

Vamos, permíteme hacer esta figura, y nada más.

TRIGEO.

Bueno, esa sola; pero cese en seguida la danza.

CORO.

Si te podemos servir en algo, no danzaremos.

TRIGEO.

¡Pero, malditos, si no acabais!

CORO.

Déjame lanzar al aire la pierna derecha, y te juro concluir.

TRIGEO.

Os lo permito para que no me importuneis más.

CORO.

Pero justo es que la pierna izquierda haga lo mismo. Hoy no quepo en mí de júbilo; rio y alboroto; para mí el dejar el escudo es tan grato como despojarme de la vejez (1).

TRIGEO.

No os alegreis todavía; áun no es segura vuestra felicidad. Cuando la hayamos libertado, alegraos entónces, reid y gritad. Porque entónces sí que podreis á vuestro antojo navegar ó permanecer en casa, entregaros al sueño ó al amor, asistir á las fiestas ó á los banquetes, jugar al cótabo (2), vivir como verdaderos Sibaritas y exclamas: ¡Iu! ¡Iu!

---

(1) En el texto hay un juego de palabras intraducible, porque γῆρας significa *vejez* y la *piel* ó *camisa* de las serpientes, y ἀσπίς *escudo* y *áspid*.

(2) Diversion de los asistentes á un festin, que consistia en arrojar á un recipiente los restos del vino de sus copas; del ruido que el liquido producia al caer, deducia cada jugador el cariño que su amante le profesaba. Habia dos especies de cótabo. Hé aquí cómo los describe el Escoliasta: Primero, clavábase en tierra un palo, á cuya extremidad superior se adaptaba por medio de una correa una barra

CORO.

¡Ojalá llegue á ver ese dia! Muchos trabajos he sufrido, y muchas veces, como Formion (1), he dormido sobre la dura tierra Ya no seré para ti, como ántes, un juez intratable y severo de duro y áspero carácter, sino mucho más afable é indulgente, en cuanto me vea libre de las molestias de la guerra. Sobrado tiempo há que nos destrozan y matan haciéndonos ir y venir al Liceo (2) con lanza y escudo. Pero di en qué podemos complacerte, pues una suerte feliz ha hecho que seas nuestro jefe.

TRIGEO.

Procuremos separar estas piedras.

---

movible que sostenia dos platillos, colgados de sus brazos como de los de una balanza, y debajo de estos platillos se ponian dos vasijas con agua: cada jugador lanzaba una copa de vino sobre un platillo, que al llenarse descendia y chocaba con la cabeza de una estatuita de bronce puesta en la vasija con agua de que se ha hablado: cuando este choque se verificaba sin ningun derramamiento del líquido, el jugador era proclamado vencedor, y se le auguraba buena suerte en las lides de Cupido. Segundo, colocábase una vasija con agua, sobre la cual flotaban otras más pequeñas: el juego consistia en sumergir una de éstas, arrojando bruscamente el vino que quedaba en el fondo de las copas.

(1) Ilustre general ateniense (V. la nota al verso 562 de *Los Caballeros*).

(2) Gimnasio de Aténas donde se ejercitaban los soldados y se ponian á prueba ántes de una expedicion militar los hombres capaces de resistir sus fatigas.

MERCURIO.

Bribon temerario, ¿qué pretendes hacer?

TRIGEO.

«Nada malo,» como Cilicon (1).

MERCURIO.

¡Te has perdido, desdichado!

TRIGEO.

Si llega á haber sorteo (2) no lo dudo, pues habiendo de dirigirlo tú, ya sé lo que resultará.

MERCURIO.

¡Te has perdido! ¡vas á morir!

TRIGEO.

¿En qué dia?

MERCURIO.

Ahora mismo.

TRIGEO.

Aun no he comprado nada, ni harina, ni queso, para marchar á morir (3).

MERCURIO.

Date por molido.

---

(1) Respuesta que se habia hecho proverbial. Cilicon de Mileto entregó sus patria á los habitantes de Priene, respondiendo á los que le preguntaban qué intentaba hacer: *Nada malo*. Despues de su traicion se refugió en Sámos, donde uno de sus compatriotas, de oficio carnicero, le cortó una mano para castigar su perfidia.

(2) Alusion á una costumbre judicial. Cuando habia varios criminales condenados á la pena capital se ejecutaba uno cada dia, sorteándolos al efecto.

(3) Se refiere á las municiones de boca que tenian que adquirir los soldados al partir á una expedicion.

TRIGEO.

¡Imposible! ¿No habia de haber advertido tanta felicidad? (1)

MERCURIO.

¿Ignoras que Júpiter ha amenazado con la muerte á todo el que sea sorprendido desenterrando á esa infeliz?

TRIGEO.

¿Es por consiguiente de absoluta necesidad que yo muera?

MERCURIO.

Sí por cierto.

TRIGEO.

Pues préstame tres dracmas para comprar un lechoncillo: debo iniciarme ántes de morir (2).

MERCURIO.

¡Oh Júpiter tonante!...

TRIGEO.

¡Oh Mercurio! por todos los dioses te lo pido: no nos delates.

MERCURIO.

No puedo callarme.

TRIGEO.

¡Te lo ruego por las viandas que te he traido con tan buena voluntad!

---

(1) Trigeo toma las palabras de Mercurio en su accepcion obscena.

(2) Al tener lugar la iniciacion se ofrecia un cerdo en sacrificio. Los iniciados gozaban despues de su muerte de una suerte más feliz. (V. *Las Ranas*, 454.)

MERCURIO.

Pero, desdichado, Júpiter me aniquilará si no te delato á gritos (1).

TRIGEO.

¡Oh, por piedad, Mercurio mio! ¡Qué haceis vosotros? ¿Estais atónitos? Hablad, desdichados. ¿No veis que va á denunciarme?

CORO.

¡No, poderoso Mercurio, no, no, no lo harás! si algun recuerdo conservas del placer con que comiste el lechoncillo que te ofrecí, ten en cuenta mi grata oblacion.

TRIGEO.

Deidad poderosa, ¿no escuchas sus palabras lisonjeras?

CORO.

¡Oh, no cambies en ira tu bondad, tú el más humano y generoso de los dioses! Si detestas el ceño y los penachos de Pisandro (2), acoge propicio nuestras súplicas y déjanos libertar á la Paz. Así te inmolaremos sin cesar sagradas víctimas y honraremos tus altares con sacrificios espléndidos.

TRIGEO.

Vamos, cede á sus ruegos, pues ahora observan tu culto más fielmente que nunca.

---

(1) Parodia.

(2) Ironía. Pisandro era sumamente cobarde; Eupólis dice de él: «Que hizo la expedicion de Paetolo, pero que su falta de valor le mantuvo siempre en la retaguardia.» Contribuyó el año 20 de la guerra del Peloponeso á derribar la democracia. Cuando cayó el gobierno de los Cuatrocientos se refugió en Decelia.

MERCURIO.

Como que nunca han sido más ladrones (1).

TRIGEO.

En cambio, te revelaré una vasta y terrible conspiracion que se fragua contra todos los dioses.

MERCURIO.

Vamos, habla, quizá me hagas ceder.

TRIGEO.

La Luna y ese canalla de Sol os tienden lazos hace tiempo y entregan la Grecia á los bárbaros.

MERCURIO.

¿Por qué hacen eso?

TRIGEO.

Porque nosotros os ofrecemos sacrificios, y á ellos se los ofrecen los bárbaros (2). Así es que es muy natural que deseen vuestra desaparicion, para recibir ellos solos todas las oblaciones.

MERCURIO.

¡Ah! ahora comprendo por qué de algun tiempo acá, el uno nos roba parte dia, y la otra nos presenta su disco carcomido (3).

TRIGEO.

Es la verdad. Por tanto, querido Mercurio, ayúdanos con todas tus fuerzas á desenterrar la Paz. En adelante las grandes Panateneas, y todas las demas fiestas religiosas, las Diipolias, las Adonias, los Misterios, se celebrarán en tu honor; todas las ciudades, libertadas de sus males, sacrificarán á Mercurio preservador; y otros mil bienes lloverán sobre tí. Como una muestra, principio por regalarte este precioso vaso, para que hagas libaciones.

(1) Mercurio era el protector de los ladrones, y ladron él mismo. (Véase el *Himno á Mercurio*, atribuido á Homero.) Horacio dice en su elogio (lib. I, od. X):

Callidum, quidquid placuit, jocoso
condere furto.

(2) Los Persas respetaron por este motivo á Délos y Efeso, célebres por el culto de Apolo y Diana.

(3) Alusion á varios eclipses de sol y luna ocurridos durante la guerra del Peloponeso.

MERCURIO.

¡Ah! los vasos de oro me enternecen. Manos á la obra, mortales: entrad y removed las piedras con azadones.

CORO.

Dispuestos estamos. Tú, el más ingenioso de los dioses, dirige nuestros trabajos como hábil arquitecto, y manda cuanto gustes; ya verás que no somos flojos para el trabajo.

TRIGEO.

Venga pronto la copa: inauguremos nuestro trabajo con una invocacion á los dioses. La libacion principia; guardad, guardad un silencio religioso. Roguemos á los dioses que en este dia empiece para todos los Griegos una era feliz: pidámosles que jamás tengan que embrazar el escudo cuantos de buen grado secunden nuestra empresa.

CORO.

Sí, por Júpiter; y que pase en paz la vida, en brazos de mi amada, revolviendo los carbones (1).

(1) La palabra *carbones* tiene un sentido obsceno, significando τὸ γυναικεῖον αἰδοῖον.

TRIGEO.

¡Que todo el que prefiera la guerra, nunca acabe, oh divino Baco, de extraer de sus codos las puntas de las flechas!

CORO.

Si algun aficionado á mandar batallones se niega, oh Paz, á devolverte la luz, ¡sucédale en los combates lo que á Cleónimo! (1)

TRIGEO.

Si algun fabricante de lanzas ó revendedor de escudos desea la guerra para vender mejor sus mercancías, ¡que le secuestren unos bandidos y no coma más que cebada!

CORO.

Si alguno, ambicionando ser general, se niega á ayudarnos, ó algun esclavo se dispone á pasarse al enemigo, sea atado á la rueda y muerto á palos; para nosotros todos los bienes; ¡Io! ¡Pean! ¡Io! (2)

TRIGEO.

Suprime el Pean, y dí solamente: ¡Io!

CORO.

¡Io! ¡Io! ya no digo más que ¡Io!

TRIGEO.

A Mercurio, á las Gracias, á las Horas, á Vénus, á Cupido.

CORO.

¿Y á Marte?

(1) Que arrojó el escudo.
(2) Himno á Apolo. Era tambien un canto guerrero, lo cual motiva la respuesta de Trigeo.

TRIGEO.

No.

CORO.

¿Y á Belona? (1)

TRIGEO.

No.

CORO.

Tirad todos: arranquemos las piedras con los cables.

MERCURIO.

¡Venga!

CORO.

¡Venga más!

MERCURIO.

¡Venga!

CORO.

¡Venga más, más!

MERCURIO.

¡Venga! ¡venga!

TRIGEO.

Pero no todos arrastran igualmente. ¡Tirad todos á una! ¡Eh! vosotros fingís que trabajais. ¡Ah Beocios, Beocios! lo habeis de sentir (2).

MERCURIO.

¡Venga, pues!

TRIGEO.

¡Venga!

(1) Lit.: á Enialio, sobrenombre de Marte en Homero, pero aquí debe de ser una deidad diferente, aunque tambien guerrera, por lo cual hemos traducido *Belona*.
(2) Da á entender que no querian la Paz.

CORO.

Ea, tirad tambien vosotros.

TRIGEO.

Pues qué, ¿no tiro yo? ¿No estoy colgado de la cuerda y haciendo los mayores esfuerzos?

CORO.

¿Entónces por qué no adelanta la obra?

TRIGEO.

¡Ah Lámaco! nos estorbas estándote ahí sentado. ¿Qué necesidad tenemos de tu Gorgona? (1)

MERCURIO.

Tampoco tiran esos Argivos; es verdad que hace mucho tiempo que se rien de nuestras desgracias; especialmente desde que obtienen subsidios de ambos bandos (2).

TRIGEO.

Pero los Lacedemonios, amigo mio, tiran con todas sus fuerzas.

CORO.

Mirad, los únicos que trabajan son los que manejan el azadon, y los armeros se lo estorban.

MERCURIO.

Tampoco los Megarenses hacen nada de provecho; sin embargo tiran abriendo enormemente la boca, como los perros cuando roen un hueso; pero los pobres están desmayados de hambre (3).

---

(1) Vid. *Los Acarnienses*.

(2) Los de Argos fueron unas veces aliados de Esparta y otras de Aténas durante la guerra del Peloponeso.

(3) Ya vimos en *Los Acarnienses* el extremo á que habia llegado en Megara la miseria pública.

TRIGEO.

Amigos, nada adelantamos; reunamos nuestros esfuerzos, y tiremos á una.

MERCURIO.

¡Venga!

TRIGEO.

¡Venga más!

MERCURIO.

¡Venga!

TRIGEO.

¡Más, por vida de Júpiter!

MERCURIO.

Poco adelantamos.

TRIGEO.

¿Habrá infamia como esta? Unos tiran á un lado, y los otros al contrario. ¡Argivos, Argivos! ¡que va á haber palos!

MERCURIO.

¡Venga, pues!

TRIGEO.

¡Venga!

CORO.

¡Qué canallas son algunos!

TRIGEO.

Vosotros, que deseais ardientemente la Paz, tirad con fuerza.

CORO.

Hay algunos que nos lo impiden.

MERCURIO.

¿No os ireis al infierno, Megarenses? La diosa os detesta, recordando que fuisteis los primeros en

untarla con ajos (1). Vosotros, Atenienses, no tireis ya de ese lado; está visto que sólo podeis ocuparos de procesos. Pero si quereis libertar á la Paz, retiraos hácia el mar un poco (2).

CORO.

Ea, amigos labradores, demos fin á este trabajo.

MERCURIO.

La cosa va mucho mejor, ciudadanos.

CORO.

Dice que la cosa marcha; ea, redoblemos todos nuestros esfuerzos.

TRIGEO.

Sólo los labradores, y nadie más, hacen adelantar la obra.

CORO.

¡Firme, pues! ¡Firme todo el mundo! ¡Ya nos acercamos! No hay que ceder. ¡Animo! ¡Animo! Ya está concluido. Ahora, ¡venga! ¡venga! ¡venga! ¡venga! ¡venga, todos á una!

(La Paz sale de la caverna acompañada de Opora y Teoría.)

TRIGEO.

¡Oh Diosa venerable que nos prodigas las uvas,

(1) Ya hemos visto que el ajo era la produccion más abundante en Megara, y que se le atribuia la virtud de enardecer los ánimos y atizar los instintos belicosos.

(2) Aristófanes da á los Atenienses el mismo consejo que Temístocles. (Vid. PLUTARCO, *Vida de Temístocles.)*

¿qué oracion te dirigiré? ¿Dónde podré hallar para saludarte palabras equivalentes á diez mil ánforas? (1) No tengo ninguna en casa. Salud, Opora, y tú tambien, Teoría (2). ¡Qué hechicero es tu rostro, Teoría! ¡Qué perfume se exhala de tu seno! Es dulce y delicado como la exencion de la milicia, ó el más precioso aroma.

MERCURIO.

¿No es un olor semejante al de la mochila militar?

CORO.

¡Oh enemigo detestable, tu morral asqueroso me da náuseas! Apesta á cebollas; miéntras que al lado de esta amable Diosa todo se vuelven sazonados frutos; convites, Dionisiacas, flautas, poetas, cómicos, cantos de Sófocles, tordos, versitos de Eurípides...

TRIGEO.

¡Desdichado! no la calumnies. ¿Cómo ha de amar á ese fabricante de sutilezas y sofismas?

(1) Es decir, que expresen la abundancia de vinos que con la paz se van á recoger.

(2) Compañeras de la Paz. *Opora* es el otoño ó la abundancia, que principiaba para los Atenienses hácia la mitad de nuestro mes de Julio, es decir, cuando maduran mieses y frutas. *Teoría* era el nombre de las comisiones ó embajadas que tenian por objeto reglamentar las fiestas religiosas y los espectáculos y diversiones. De modo que ambas compañeras de la Paz se presentan, la primera para indemnizar de sus pérdidas á los campesinos, y la segunda para alegrar á los ciudadanos. Es de advertir que los dos nombres recuerdan los de unas cortesanas, célebres en Aténas, por lo cual sin duda aparecian en escena con el traje de tales.

CORO.

...hiedras, coladores de vino, baladoras ovejas, mujeres campesinas de bella garganta, la esclava ebria, el ánfora derribada y otras mil cosas buenas.

MERCURIO.

Mira, mira cómo hablan unas con otras las ciudades y se rien de todo corazon; sin embargo, todas tienen terribles heridas y enormes ampollas.

TRIGEO.

Mira tambien á los espectadores; por el semblante de cada cual conocerás su oficio.

MERCURIO.

¡Ah! ¿no ves á ese fabricante de penachos cómo se arranca los cabellos? Aquél que hace azadones se rie en las barbas de un fabricante de espadas (1).

TRIGEO.

¿Ves tú cómo se regocija ese otro fabricante de hoces, y señala con el dedo á un fabricante de lanzas?

MERCURIO.

Ea, manda á los labradores que se retiren.

TRIGEO.

Pueblos, escuchad; vuelvan cuanto ántes á los campos los labradores con sus aperos, dejándose de lanzas, espadas y flechas: la antigua Paz reina ya en estos lugares. Vuelvan, pues, todos á las rústicas faenas, despues de entonar un jubiloso Pean.

CORO.

¡Oh dia deseado por los hombres de bien y los

(1) La frase griega es más gráfica: *oppedit*.

campesinos! ¡Con qué placer tornaré á ver mis viñas y á saludar, despues de tantos tiempos, las frondosas higueras plantadas en mi juventud!

TRIGEO.

Principiemos, amigos mios, por adorar á la diosa que nos ha libertado de Gorgonas y penachos, y corramos despues á nuestros campos, provistos de sabroso almuerzo.

MERCURIO.

¡Oh Neptuno, cómo alegra la vista ese batallon de labradores, apretados como la masa de una torta, ó los convidados en un banquete público!

TRIGEO.

¡Sí; mirad cómo brillan las palazadas! ¡cómo los zarcillos de tres dientes relucen al sol! ¡Qué derechos surcos va á trazar esa turba feliz! Yo tambien deseo marchar al campo y remover aquellas pocas tierras, tanto tiempo abandonadas. ¡Acordaos, amigos mios, de nuestra antigua vida, regocijada con los dones que la diosa entónces nos dispensaba! ¡Acordaos de aquellas cestas de higos secos y frescos; acordaos de los mirtos, del dulce mosto, de las violetas ocultas en las orillas de la fuente y de las aceitunas tan deseadas! Por tan inmensos beneficios adoremos á la Diosa.

CORO.

¡Salve, salve, deidad querida, tu vuelta llena de regocijo nuestras almas! Léjos de tí me abrumaba el dolor, me consumia el ardiente afan de volver á mis campos. Tú eres para todos el mayor de los bienes, la más anhelada dicha. Tú el único sosten

de los que viven cultivando la tierra. Bajo tu imperio, sin dispendios ni fatigas, disfrutábamos de mil dulces placeres; tú eras nuestro pan cotidiano, nuestra salud, nuestra vida. Por eso las vides y jóvenes higueras y todas nuestras plantas te acogen jubilosas, y sonrien á tu venida. *(A Mercurio.)* Pero tú, el más benévolo de los dioses, dínos dónde ha estado encerrada tanto tiempo.

MERCURIO.

Sabios labradores, escuchad mis palabras, si quereis saber cómo la habeis perdido. La desgracia de Fídias (1) fué la primera causa; en seguida Perícles, temeroso de la misma suerte, desconfiando de vuestro carácter irritable, creyó que el mejor modo de evitar el peligro personal era poner fuego á la República. Su decreto contra Megara fué la pequeña chispa que produjo la vasta conflagracion de una guerra, cuyo humo ha arrancado tantas lágrimas á todos los Griegos, á los de aquí y á los de otras comarcas. Al primer rumor de ese incendio, crujieron á su pesar nuestras cepas; la tinaja, bruscamente removida, chocó contra la tinaja; nadie podia ya contener el mal, y la Paz desapareció.

(1) El célebre escultor Fídias, amigo de Perícles, recibió el encargo de hacer la estatua de Minerva, y fué acusado de haber sustraido parte del oro que al efecto se le dió. Condenado al destierro, se retiró á Elis, donde hizo la estatua de Júpiter Olímpico. Perícles, temeroso de igual suerte, y cómplice tal vez del artista, hizo decretar la guerra contra Megara para distraer la atencion pública de tan peligroso asunto. Y esta fué, segun el Escoliasta, la causa de la guerra del Peloponeso, que no admiten algunos autores, fundados en que el destierro de Fídias fué muy anterior á este acontecimiento.

TRIGEO.

Hé ahí, por Apolo, cosas completamente ignoradas; yo á nadie habia oido que Fídias estuviese relacionado con la Diosa.

CORO.

Ni yo tampoco hasta ahora. Sin duda la Paz debe su hermosura á su alianza con él. ¡Cuántas cosas ignoramos!

MERCURIO.

Entónces, conociendo las ciudades sometidas á vuestro mando que, exasperados unos contra otros, estabais próximos á despedazaros, pusieron en práctica todos los medios para eximirse del pago de los tributos y ganaron á fuerza de oro á los Lacedemonios principales. Estos, como avaros que son y despreciadores de todo extranjero, muy pronto arrojaron ignominiosamente á la Paz, y se declararon por la Guerra. La fuente de sus ganancias lo fué de ruina para los pobres labradores; pues bien pronto vuestras triremes fueron, en represalias, á comerse sus higos.

TRIGEO.

Muy bien hecho. Tambien ellos me cortaron á mí una higuera negra que yo mismo habia plantado y dirigido.

CORO.

Sí, muy bien hecho, por Júpiter; á mí tambien me rompieron de una pedrada una medida con seis medimnas de trigo.

MERCURIO.

Los trabajadores del campo, reunidos despues en la ciudad (1), se dejaron comprar como los otros; echaban de ménos, es cierto, sus uvas y sus higos, pero en cambio oian á los oradores. Estos, conociendo la debilidad de los pobres, y la extremada miseria á que estaban reducidos, ahuyentaron á la Paz á fuerza de clamores, como si fueran horquillas, siempre que, arrastrada por su amor á este país, apareció entre nosotros: vejaban á los más poderosos y opulentos de nuestros aliados, acusándolos de ser partidarios de Brásidas. Y vosotros os arrojabais como perros sobre el infeliz calumniado y lo despedazabais rabiosamente; pues la república, pálida de hambre y temerosa, devoraba con feroz placer cuantas víctimas le presentaba la calumnia. Los extranjeros, viendo los terribles golpes que asestaban estos oradores, les tapaban la boca con oro, de suerte que los enriquecieron, miéntras la Grecia se arruinaba sin que lo advirtieseis. El autor de tantos males era un curtidor (2).

TRIGEO.

Cesa, cesa, Mercurio, de recordarme á ese hombre; déjale en paz en los infiernos, donde sin duda está: ya no es nuestro, sino tuyo (3); por consiguiente, cuanto digas de él, aunque en vida haya sido canalla, charlatan, delator, revoltoso y trastornador, recaerá sobre uno de tus súbditos. *(A la Paz.)* Pero ¿por qué callas, oh Diosa?

(1) Al principiar la guerra los campesinos se refugiaron en la capital. (V. *Los Acarnienses*, noticia preliminar.)

(2) Cleon.

(3) Uno de los ministerios de Mercurio era llevar al infierno las almas de los difuntos.

MERCURIO.

No conseguirás que revele á los espectadores la causa de su silencio; está muy irritada por lo que le han hecho sufrir.

TRIGEO.

Pues que te diga á tí siquiera algunas palabras.

MERCURIO.

Amiga querida, dime cuál es tu ánimo respecto á éstos. Habla, mujer la más enemiga de los escudos. Bien, ya escucho. *(Supone que le habla al oido.)* Esas son tus quejas; comprendo. *(A los espectadores.)* Oid vosotros sus acusaciones. Dice que cuando despues de los sucesos de Pílos (1) se presentó ella voluntariamente con una cesta llena de tratados, la rechazasteis tres veces en la asamblea popular.

TRIGEO.

Es verdad, faltamos en eso; pero perdónanos: nuestra inteligencia estaba entónces rodeada de cueros (2).

MERCURIO.

Escucha ahora la pregunta que acaba de hacerme. «¿Quién de vosotros era su mayor enemi-

(1) Véase *Los Caballeros*.

(2) Alusion á la influencia omnipotente de Cleon en aquella época.

go? ¿Quién trabajó más por la terminacion de la guerra?»

TRIGEO.

Su más fiel amigo era sin duda alguna Cleónimo.

MERCURIO.

¿Y qué tal era ese Cleónimo en punto á guerra?

TRIGEO.

Lo más intrépido, sólo que no es hijo de quien se decia, pues en cuanto va al ejército, prueba suficientemente, arrojando las armas, que es un hijo supuesto (1).

MERCURIO.

Escucha lo que acaba de preguntarme. ¿Quién manda ahora en la tribuna del Pnix?

TRIGEO.

Hipérbolo (2) es el dueño absoluto. *(A la Paz.)* ¡Ah! ¿qué haces? ¿por qué vuelves la cabeza?

MERCURIO.

Aparta el rostro indignada de que el pueblo haya aceptado tan perverso jefe.

TRIGEO.

¡Bueno! ya no lo emplearemos más; el pueblo, viéndose sin guía y en completa desnudez, se ha servido de ese hombre como de una copa encontrada por casualidad.

---

(1) Juego de palabras sin sentido en castellano, basado en la semejanza de ἀποβολιματος, *que pierde sus armas*, y ὑποβολιματος, *hijo supuesto*.

(2) Demagogo, heredero de la influencia de Cleon y objeto de los contínuos ataques de Aristófanes. (V. *Los Acarnienses*, 846.) Eupólis y Platon el Cómico tambien le persiguieron con sus burlas é invectivas.

MERCURIO.

La Paz quiere saber las ventajas que eso traerá á la república.

TRIGEO.

Lo veremos todo más claro.

MERCURIO.

¿Por qué?

TRIGEO.

Porque es comerciante de lámparas (1). Antes dirigíamos todos los negocios á tientas en la oscuridad; ahora los resolveremos á la luz de una lámpara.

MERCURIO.

¡Oh! ¡oh! ¡lo que me manda preguntarte!

TRIGEO.

¿Sobre qué?

MERCURIO.

Sobre mil antiguallas, que dejó al partir. Lo primero que desea saber es qué hace Sófocles.

TRIGEO.

Lo pasa muy bien; pero le ha sucedido una cosa extraordinaria.

MERCURIO.

¿Cuál?

TRIGEO.

De Sófocles se ha convertido en Simónides (2).

MERCURIO.

¡En Simónides! ¿Cómo?

---

(1) Vid. *Las Nubes*, nota al v. 1.065.

(2) Simónides fué el primer poeta que se hizo pagar sus versos.

TRIGEO.

Achacoso y viejo, es capaz por ganarse un óbolo de navegar sobre un zarzo.

MERCURIO.

¿Y el sabio Cratino (1) vive todavía?

TRIGEO.

Murió cuando la invasion de los Lacedemonios (2).

MERCURIO.

¿Qué le sucedió?

TRIGEO.

¿Qué? Se desfalleció, no pudiendo resistir á la pena que le produjo el ver romperse una tinaja llena de vino. ¿Cuántas desgracias como esta crees que han afligido á esta ciudad? Así es que en adelante, señora, nada podrá apartarnos de tí.

MERCURIO.

En ese supuesto, te entrego á Opora por mujer; véte á vivir con ella en el campo, y producid ricas uvas (3).

TRIGEO.

Acércate, amada mia, y dáme un dulce beso. Dime, poderoso Mercurio: ¿me vendrá algun daño

(1) Poeta cómico.

(2) Cratino murió el año 423 ántes de nuestra era, y la última invasion lacedemonia tuvo lugar cuatro años ántes. Aristófanes se refiere á la comedia de Platon titulada Λάκωνες, *Los Lacedemonios*, en que se censuraba la aficion de Cratino á la bebida.

(3) *Opora* ya hemos visto que indica el otoño y sus frutas.

de holgarme con Opora despues de tan larga abstinencia?

MERCURIO.

No, como en seguida tomes una infusion de poleo (1). Pero ante todo acompaña á Teoría al Senado, su antigua morada.

TRIGEO.

¡Oh Senado, qué dichoso vas á ser albergando bajo tu techo á tan amable huésped! ¡Cuánta salsa sorberás en estos tres dias! (2) ¡Qué de carnes y entrañas cocidas no comerás! Adios, pues, mi querido Mercurio.

MERCURIO.

¡Adios, honrado Trigeo; que lo pases bien y que te acuerdes de mí!

TRIGEO.

¡Escarabajo mio, volemos, volemos á casa!

MERCURIO.

Si no está aquí, amigo mio.

TRIGEO.

¿Pues adónde se fué?

MERCURIO.

Está uncido al carro de Júpiter y es portador del rayo (3).

TRIGEO.

Pero ¿dónde hallará el infeliz sus alimentos?

(1) Yerba astringente y tónica propinada contra los cólicos producidos por comer mucha fruta.

(2) Duracion ordinaria de las fiestas.

(3) Verso del *Belerofonte* de Eurípides.

MERCURIO.

Comerá la ambrosía de Ganimédes (1).

TRIGEO.

Y yo, ¿cómo bajaré?

MERCURIO.

No tengas miedo, por aquí... junto á la Diosa.

TRIGEO.

Ea, lindas muchachas, seguidme pronto; son muchos los que os esperan enardecidos por el amor (2).

CORO.

Véte contento. Nosotros entre tanto encomendamos á nuestros servidores la custodia de estos objetos (3), pues no hay lugar ménos seguro que la escena: alrededor de ella andan siempre escondidos muchos ladrones, acechando la ocasion de atrapar algo. *(A los criados.)* Guardadnos bien todo eso, miéntras nosotros explicamos á los concurrentes el objeto de esta obra, y la intencion que nos anima. Mereceria ciertamente ser apaleado el poeta cómico que, dirigiéndose á los espectadores, se elogiase á sí propio en los anapestos (4). Pero si es justo, oh hija de Júpiter, el tributar todo linaje de

(1) Véase al principio de la comedia cuál era el alimento favorito del escarabajo.
(2) *Vos expectant cupidi, arrecto pene.*
(3) Los que les han servido para libertar á la Paz.
(4) Metro empleado en la parábasis, que el coro ha principiado á recitar.

honores al más sobresaliente y famoso en el arte de hacer comedias, nuestro autor se considera digno de los mayores elogios. En primer lugar, es el único que ha obligado á sus rivales á suprimir sus gastadas burlas sobre los harapos, y sus combates contra los piojos; además él ha puesto en ridículo y ha arrojado de la escena á aquellos Hércules (1), panaderos hambrientos, siempre fugitivos y bellacos, y siempre dejándose apalear de lo lindo; y ha prescindido, por último, de aquellos esclavos que era de rigor saliesen llorando, sólo para que un compañero, burlándose de sus lacérias, les preguntase riendo: «Hola, pobrecillo. ¿Qué le ha pasado á tu piel? ¿Acaso un puerco-espin ha lanzado sobre tu espalda un ejército de púas, llenándola de surcos?» Suprimiendo estos insultos é innobles bufonadas, ha creado para vosotros un gran arte, parecido á un palacio de altas torres, fabricado con hermosas palabras, profundos pensamientos, y chistes no vulgares. Jamás sacó á la escena particulares oscuros ni mujeres; ántes bien, con hercúleo esfuerzo arremetió contra los mayores monstruos, sin arredrarle el hedor de los cueros ni las amenazas de un cenagal removido. Yo fuí el primero que ataqué audazmente á aquella horrenda fiera de espantosos dientes, ojos terribles, flameantes como los de Cinna, rodeada de cien infames aduladores que le lamian la cabeza, de voz estruendosa como la

(1) El Escoliasta cree que Aristófanes alude á Eupólis y Cratino, poetas cómicos rivales suyos.

de destructor remolino, de olor á foca, y de partes secretas que, por lo inmundas, recuerdan las de las lámias y camellos (1). La vista de semejante monstruo no me atemorizó; al contrario, salí á su encuentro y peleé por vosotros y por las islas. Motivo es este para que premieis mis servicios y no os olvideis de mí. Además, en la embriaguez del triunfo, no he recorrido las palestras seduciendo á los jóvenes (2); sino que, recogiendo mis enseres, me retiraba al punto, despues de haber molestado á pocos, deleitado á los más, y cumplido en todo con mi deber. Por tanto, hombres y niños han de declararse á mi favor; y hasta los calvos deben por propio interes contribuir á mi victoria; pues si salgo vencedor, todos dirán en la mesa y en los festines: «Llévale al calvo; dále esta confitura al calvo; no negueis nada á ese nobilísimo poeta, ni á su brillante frente (3).

SEMICORO.

Oh Musa, ahuyenta la guerra y ven conmigo á presidir las danzas, á celebrar las bodas de los dioses, los festines de los hombres y los banquetes de los bienaventurados. Estos son tus placeres. Si Carcino (4) viene, y te suplica que bailes con sus

(1) Véase la nota á la *Parábasis* de *Las Avispas*, donde se encuentra repetido este pasaje relativo á Cleon.

(2) Invectiva contra Eupólis, repeticion de la que le dirigió en *Las Avispas*, 1.206.

(3) Aristófanes era calvo.

(4) Véase la nota sobre Carcino y sus hijos al fin de *Las Avispas*.

hijos, no le atiendas ni le ayudes en nada; considera que son unos bailarines de delgado cuello á modo de codornices domésticas, enanos chiquititos, como excrementos de cabra; en fin, poetas de tramoya (1). Su padre dice que la única de sus piezas que, contra toda esperanza, tuvo éxito, fué estrangulada á la noche por una comadreja (2).

SEMICORO.

Tales son los himnos que las Gracias de hermosa cabellera inspiran al docto poeta cuando la primaveral golondrina gorjea entre el follaje; y Morsino y Melantio (3) no pueden obtener un coro: este me desgarró los oidos con su desentonada voz, cuando consiguieron su coro trágico, él y su hermano, dos glotones como las Arpías y Gorgonas, devoradores de rayas, amantes de las viejas, impuros, que apestan á chivo, y son el azote de los peces. ¡Oh Musa! envuélvelos en un inmenso gargajo, y ven á celebrar la fiesta conmigo.

TRIGEO.

¡Qué empresa tan difícil era la de llegar hasta los dioses! Tengo como magulladas las piernas. ¡Qué pequeñitos me pareciais desde allá arriba;

(1) Jenócles, uno de los hijos de Carcino, que compuso tragedias, abusaba en estas de la maquinaria, fiando en recursos extraños al arte el éxito de sus dramas.

(2) Se cree que Aristófanes alude á alguna pieza de Jenócles titulada el raton, que tuvo mal éxito.

(3) Sobre Morsino y Melantio, véase la nota correspondiente al verso 401 de *Los Caballeros*.

cierto que mirados desde el cielo pareceis bastante malos, pero desde aquí mucho peores!

UN ESCLAVO.

¿Estás aquí, señor?

TRIGEO.

Eso he oido decir.

EL ESCLAVO.

¿Cómo te ha ido?

TRIGEO.

Me duelen las piernas: ¡el camino es tan largo!

EL ESCLAVO.

Vamos, dime...

TRIGEO.

¿Qué?

EL ESCLAVO.

¿Has visto algun otro hombre vagando en la region del cielo?

TRIGEO.

No: sólo he visto dos ó tres almas de poetas ditirámbicos (1).

EL ESCLAVO.

¿Qué hacian?

TRIGEO.

Trataban de coger al vuelo preludios líricos, perdidos en el aire.

EL ESCLAVO.

¿Has averiguado si es verdad, como se dice, que

(1) Aristófanes censura á menudo la ampulosidad é hinchazon de estilo de los autores de ditirambos. En *Las Aves*, 1.372, 1.409, vuelve á ridiculizarlos en la persona de Cinésias.

despues de muertos nos convertimos en estrellas?

TRIGEO.

Sí por cierto.

EL ESCLAVO.

¿Qué astro es aquel que se distingue allí?

TRIGEO.

Ion de Quios (1), el autor de una oda que principiaba: «Oriente.» En cuanto pareció en el cielo todos le llamaron: «Astro Oriental.»

EL ESCLAVO.

¿Quiénes son esas estrellas que corren dejando un rastro de luz?

TRIGEO.

Son estrellas de los ricos que vuelven de cenar llevando una linterna y en ella una luz. Pero concluyamos: llévate cuanto ántes á casa á esta jóven (2); limpia la bañera; calienta el agua, y prepara para ella y para mí el lecho nupcial. En cuanto concluyas, vuelve aquí. Miéntras tanto, devolveré esta otra (3) al Senado.

EL ESCLAVO.

¿De dónde traes estas mujeres?

(1) Ion de Quios, poeta ditirámbico, autor de una oda en que se elogiaba la belleza del lucero matutino: compuso tambien comedias, epigramas y otras poesías, y ganó el premio en un certámen trágico. En agradecimiento, regaló á sus jueces, los Atenienses, una gran cantidad del exquisito vino de su patria. Su nombre sirve de título á uno de los diálogos de Platon. Aristófanes le critica en *Las Ranas*.
(2) Opora.
(3) Teoría.

TRIGEO.

¿De dónde? del cielo.

EL ESCLAVO.

Pues no doy un óbolo por los dioses, si se dedican á rufianes como los hombres.

TRIGEO.

No lo son todos; pero hay algunos que viven de ese oficio.

EL ESCLAVO.

Vamos, pues. ¡Ah! dime, ¿le daré algo de comer?

TRIGEO.

Nada, no querrá comer ni pan ni pasteles, pues está acostumbrada á beber la ambrosía con los dioses.

EL ESCLAVO.

Habrá, pues, que prepararle algo de beber (1).

(*Vase.*)

CORO.

Ese anciano, al parecer, es sumamente feliz.

TRIGEO.

¿Qué direis cuando me veais adornado para la boda?

CORO.

Rejuvenecido por el amor, perfumado con exquisitas exencias, tu felicidad es envidiable, anciano.

(1) Hay en el original un equívoco indecentísimo.

TRIGEO.

Es verdad. ¿Y cuando, acostado con ella, bese su seno!

CORO.

Serás más feliz que esos trompos, hijos de Carcino.

TRIGEO.

¿No merecia esta recompensa el haber salvado á los Griegos, montado en mi escarabajo? Gracias á mí, todos pueden vivir en el campo y gozar tranquilamente del amor y del sueño.

EL ESCLAVO (*de vuelta*).

La jóven se ha lavado, y todo su cuerpo está resplandeciente de hermosura; la torta está cocida, amasado el sésamo (1) y preparado todo lo demas; sólo falta el esposo (2).

TRIGEO.

Ea, apresurémonos á llevar á Teoría al Senado.

EL ESCLAVO.

¿Qué dices? ¿es esa Teoría aquella muchacha con

(1) Planta de la familia de los Bignoniaceas, que, sin duda por su abundancia de semillas, era tenida en Grecia como emblema nupcial. A los recien casados se les coronaba de hojas de sésamo y se les ofrecia un panecillo hecho con su harina. Todavía en los tiempos presentes se le amasa en Levante con almidon y miel, formando unas tortas que se venden en Esmirna.

(2) *Sed pene opus est.*

la cual fuimos una vez á Brauron (1) á beber y á refocilarnos?

TRIGEO.

La misma; no me ha costado poco el cogerla (2).

EL ESCLAVO.

¡Oh señor, qué placeres nos proporciona cada cinco años!

TRIGEO.

¡Ea! ¿quién de vosotros es de fiar? ¿Quién de vosotros se encarga de guardar esta jóven y de llevarla al Senado? ¡Eh, tú! ¿Qué dibujas ahí?

EL ESCLAVO.

El plano de la tienda que quiero levantar en el Istmo (3).

(1) Demo del Atica. Celebrábanse en él cada cinco años fiestas en honor de Diana. La causa de la institucion de las Brauronias fué la siguiente, segun una tradicion referida por el Escoliasta: «Ifigenia, hija de Agamenon, iba á ser sacrificada en Brauron y no en Aulide, segun la opinion más admitida, cuando Diana la sustituyó por una osa. En recuerdo de esta intervencion se instituyeron las fiestas aludidas. Segun otros, fué para apaciguar á la diosa, irritada por la muerte de una osa, adscripta, digámoslo así, á su templo, y favorita suya. En conmemoracion de uno ú otro suceso, ninguna jóven ateniense podia casarse sin haber sido consagrada á Diana de Brauron.

(2) En el original hay una porcion de equívocos basados en la doble acepcion en que se toma á Teoría, significando unas veces una mujer y siendo otras una denominacion comun á todas las fiestas.

(3) Los que asistian á los Juegos olímpicos ó ístmicos llevaban tiendas para acampar al aire libre, pues la mucha concurrencia impedia hallar habitaciones. Hay una alusion obscena, que hacía patente un gesto del actor: *isthmum, nempe pudendum muliebre puellæ quam subagitare cupit*

TRIGEO.

Vamos, ¿ninguno quiere encargarse de guardarla? *(A Teoría).* Ven acá; te colocaré en medio de ellos.

EL ESCLAVO.

Ese hace señas.

TRIGEO.

¿Quién?

EL ESCLAVO.

¿Quién? Arifrádes (1) te suplica que se la lleves.

TRIGEO.

No por cierto: pronto la dejaria extenuada (2). Vamos, Teoría, deja ahí todo eso (3).

Senadores y Pritáneos, contemplad á Teoría: ved los infinitos bienes que con ella os entrego; podeis al instante levantar las piernas de esta víctima y consumar el sacrificio. Mirad qué hermoso es este fogon; el hollin lo ha ennegrecido; en él, ántes de la guerra, solia el Senado colocar sus cacerolas. Mañana podremos emprender con ella deliciosas contiendas, luchar en el suelo, ó á cuatro piés, ó inclinados, ó apoyándonos sobre la rodilla echarla de costado, y, ungidos como los atletas en el pancracio, atacarla denodadamente con los puños y otros miembros. Al tercer dia empezaréis las

et quod domicilium peni suo alludit, seu digito, seu phallo in aëre scribit.

(1) V. la nota al verso 1.281 de *Los Caballeros.*

(2) *Succum ejus lambendo hauriet irruens.*

(3) Sus vestidos.

carreras de caballos; cada jinete empujará á su adversario; los tiros de los carros, derribados unos sobre otros y relinchando jadeantes, se darán sacudidas mutuas; miéntras otros aurigas, rechazados de su asiento, rodarán al suelo cerca de la meta (1). Pritáneos, recibid á Teoría. ¡Oh, con qué gozo la acompaña ése! No hubieras estado tan solícito para llevarla al Senado, si se tratase de un asunto gratuito (2): no hubiera faltado el pretexto de las ocupaciones.

CORO.

Un hombre como tú es utilísimo á la república.

TRIGEO.

Cuando vendimieis, conocereis mejor lo que valgo.

CORO.

Ya lo has demostrado bastante, siendo el salvador de todos los hombres.

TRIGEO.

Me dirás todo eso cuando bebas el vino nuevo.

CORO.

Siempre te creeremos el sér más grande despues de los dioses.

TRIGEO.

Mucho me debeis á mí, Trigeo el Atmonense; pues he libertado de gravísimos males á la pobla-

(1) Hay en toda esta descripcion de las fiestas una porcion de equívocos obscenos, que nos creemos dispensados de señalar.

(2) Los Pritáneos debian de presentar al Senado á los que lo necesitaban, pero parece que no lo hacian de balde.

cion rústica y urbana, y he reprimido á Hipérbolo.

CORO.

Dínos lo que debemos hacer ahora.

TRIGEO.

¿Qué cosa mejor que ofrecer á la Paz unas ollas llenas de legumbres? (1)

CORO.

¡Ollas de legumbres, como al pobre Mercurio que las encuentra tan poco nutritivas!

TRIGEO.

¿Pues qué quereis? ¿Un buey cebado?

CORO.

¡Un buey! no, de ningun modo; habria quizá que socorrer á alguno (2).

TRIGEO.

¿Un puerco grande y gordo?

CORO.

No, no.

TRIGEO.

¿Por qué?

CORO.

Por miedo á las *porquerías* de Teágenes.

(1) Sacrificio que se ofrecia á las divinidades de segundo órden. Se ofrecian á Mercurio ollas de legumbres en recuerdo de una oblacion igual, hecha despues del diluvio por los hombres que de él se salvaron, para aplacar á Mercurio sobre la suerte de los fallecidos.

(2) Βοῦ, *buey*, es la primera parte de βοηθεῖν, *socorrer*. El coro no quiere oir hablar de bueyes, porque esta palabra le recuerda los *socorros militares* de que está tan harto. Como se ve, el juego de palabras que resulta es intraducible.

TRIGEO.

¿Pues cuál víctima quereis?

CORO.

Una oveja.

TRIGEO.

¿Una oveja?

CORO.

Sí.

TRIGEO.

Pero pronuncias esa palabra como los Jonios (1).

CORO.

De intento; así, si en la Asamblea dice alguno: «es preciso hacer la guerra;» los asistentes espantados gritarán en jónico: «¡Oi! ¡Oi!»

TRIGEO.

Perfectamente.

CORO.

Y serán pacíficos. De esta manera seremos unos con otros como corderos, y mucho más indulgentes con los aliados.

TRIGEO.

Ea, traed cuanto ántes una oveja: en tanto prepararé yo el altar para sacrificarla.

CORO.

¡Qué bien sale todo, con la ayuda de los dioses y el favor de la fortuna! ¡Qué oportunamente llega todo!

(1) Para comprender este pasaje, es preciso tener presente que la palabra οἶ, *oveja*, la pronunciaban las Jonios **οἴ**, deshaciendo el diptongo y resultando la exclamacion de desaprobacion y disgusto de que habla despues el coro.

TRIGEO.

Es la pura verdad; porque ya está el altar en la puerta.

CORO.

Apresuráos, pues, miéntras los dioses encadenan el soplo inconstante de la guerra. Evidentemente una divinidad cambia en bienes nuestras miserias.

TRIGEO.

Aquí está la cesta, con la *salsa mola* (1), la corona y el cuchillo: tambien el fuego; de modo que solo falta la oveja.

CORO.

Apresuráos, apresuráos; porque si os ve Quéris (2), vendrá sin que se le llame, y tocará la flauta hasta que os veais obligados á taparle la boca con algo, para premiar sus fatigas.

TRIGEO.

Vamos, coge la cesta y el agua lustral, y da cuanto ántes una vuelta por la derecha alrededor del ara.

EL ESCLAVO.

Ya he dado la vuelta; manda otra cosa.

TRIGEO.

Aguarda á que sumerja este tizon en el agua. Tú rocía el altar; tú dáme un poco de *salsa mola*; purifícate y alárgame despues el vaso; y luégo es-

(1) Harina tostada, espolvoreada de sal, que se empleaba en los sacrificios, bien sola, bien para esparcirla sobre las víctimas.

(2) Sobre Quéris véase la nota al principio de *Los Acarnienses*.

parce sobre los espectadores el resto de la cebada.

EL ESCLAVO.

Ya está.

TRIGEO.

¿Ya la has arrojado?

EL ESCLAVO.

Sí por cierto; ninguno de los espectadores deja de tener su porcion de cebada (1).

TRIGEO.

Pero las mujeres no la han recibido.

EL ESCLAVO.

Sus maridos se la darán á la noche.

TRIGEO.

Oremos. ¿Quién está aquí? ¿Dónde está esa multitud de hombres de bien?

EL ESCLAVO.

Aguarda á que les dé á estos; son muchos y buenos.

TRIGEO.

¿Los crees buenos?

EL ESCLAVO.

¿Cómo no, si á pesar de haberles rociado de lo lindo están firmes y plantados en su puesto?

TRIGEO.

Oremos, pues, cuanto ántes; ¡oremos ya!

¡Augusta reina, diosa venerable, oh Paz, que presides las danzas é himeneos, dígnate aceptar nuestro sacrificio!

(1) *Vox græca «hordeum» notat etiam virile membrum.* Lo cual explica la contestacion siguiente.

EL ESCLAVO.

Acéptalo, oh la más honrada de las diosas, y no hagas como esas mujeres que engañan á sus maridos. Esas, digo, que miran por la puerta entreabierta, y cuando alguno se fija en ellas, se retiran; despues, si se aleja, vuelven á mirar. ¡Oh, no hagas eso con nosotros!

TRIGEO.

Al contrario, como una mujer honrada, muéstrate sin rebozo á tus adoradores que hace trece años nos consumimos léjos de tí. Pon término á las luchas y tumultos, y merece el nombre de Lisímaca (1); corrige esta suspicacia y charlatanería, que engendra nuestras mutuas calumnias; une de nuevo á los Griegos con los dulces vínculos de la amistad, y predisponlos á la benignidad y á la indulgencia; haz, en fin, que en nuestra plaza abunden las mejores mercancías, rastras de ajos, cohombros tempranos, manzanas, granadas, y pequeñas túnicas para los esclavos; que afluyan á ella los Beocios cargados de gansos, ánades y alondras; que vengan con cestos de anguilas del Copais (2), y amontonados en torno de ellas, luchemos entre la turba de compradores, con Moricos, Téleas y Glaucétes (3) y otros glotones ilustres; y que Melantio, llegando el último al mercado, y viéndolo todo vendido, se lamente y exclame como

(1) Nombre que significa: *poner fin á los combates.*
(2) Lago de Beocia.
(3) Atenienses famosos por su glotonería.

en su *Medea:* «¡Yo muero! Me han abandonado las que se esconden entre las acelgas!» (1) y que todos se rian de su desgracia. Concédenos, Diosa veneranda, esto que te pedimos.

EL ESCLAVO.

Coge el cuchillo y degüella la oveja, como un cocinero consumado.

TRIGEO.

Eso no es lícito.

EL ESCLAVO.

¿Por qué?

TRIGEO.

La Paz aborrece la matanza, y por eso nunca se ensangrienta su altar. Por lo tanto, llévate adentro la víctima, mátala y trae las dos piernas; de este modo la oveja se guardará para el Corega.

(El esclavo entra en la casa.)

CORO.

Tú, que permaneces aquí, reune pronto las astillas y todo lo necesario para el sacrificio.

TRIGEO.

¿No os parece que dispongo el hogar como el más experto adivino?

CORO.

¿Por qué no? ¿Acaso ignoras algo de cuanto un sabio debe conocer? ¿No preves todo lo que un

(1) Las anguilas solian aderezarse con acelgas. Las palabras que Aristófanes pone en boca de Melantio son verosímilmente una parodia de las de Jason en la *Medea.*

hombre de reconocida habilidad y audacia afortunada debe prever?

TRIGEO.

El humo de las astillas incomoda á Estílbides (1). Traeré una mesa y me pasaré sin criado.

CORO.

¿Quién no ensalzará á un hombre que, arrostrando infinitos peligros, salvó la ciudad sagrada? Jamás dejará de ser admirado por todos.

EL ESCLAVO *(de vuelta).*

Cumplí tus órdenes. Toma las piernas y pónlas sobre el fuego: yo voy á buscar las entrañas y la torta.

TRIGEO.

Eso corre de mi cuenta; pero necesitaba que vinieses.

EL ESCLAVO.

Pues aquí estoy. ¿Te parece que he tardado?

TRIGEO.

Asa bien eso. Pero ahí se acerca uno coronado de laurel. ¿Quién es ese hombre?

EL ESCLAVO.

¡Qué arrogante parece! Sin duda, algun adivino.

(1) Se compara á Estílbides, famoso adivino que acompañó á los Atenienses en su expedicion á Sicilia. Su nombre etimológicamente considerado significa ***brillar***, ***lucir***, y por eso se le ocurre á Trigeo en el momento de encenderse la llama para el sacrificio.

TRIGEO.

No, por Júpiter, es Hierócles (1).

EL ESCLAVO.

¡Ah! ese charlatan de oráculos, habitante de Orea (2). ¿Qué nos querrá decir?

TRIGEO.

Claro está que vendrá á oponerse á la Paz.

EL ESCLAVO.

No, lo que le atrae es el olor de las viandas.

TRIGEO.

Hagamos como que no le vemos.

EL ESCLAVO.

Tienes razon.

HIERÓCLES.

¿Qué sacrificio es este y á qué dios lo ofreceis?

TRIGEO (3).

Asa eso callando; cuidado con los riñones.

HIERÓCLES.

¿Pero no me direis á qué dios sacrificais?

TRIGEO.

La cola tiene buena traza.

EL ESCLAVO.

Muy buena, oh Paz veneranda y querida.

(1) Adivino poco perspicaz criticado por su arrogancia. Eúpolis se ocupó tambien de él en su comedia *Las Ciudades*.
(2) Ciudad de Eubea, cuyos habitantes eran partidarios de la guerra.
(3) La conversacion de Trigeo con el esclavo debe entenderse que es aparte.

HIERÓCLES.

Vamos, corta ya y ofrece las primicias.

TRIGEO.

Antes ha de asarse bien.

HIERÓCLES.

Ya está bien asada.

TRIGEO.

Quienquiera que seas, eres demasiado curioso. Corta: ¿dónde está la mesa? Trae las libaciones.

HIERÓCLES.

La lengua se corta aparte.

TRIGEO.

Lo sabemos; ¿sabes tú lo que debias hacer?

HIERÓCLES.

Si me lo dices.

TRIGEO.

No hablarnos ya una palabra, porque sacrificamos á la santa Paz.

HIERÓCLES.

¡Oh desdichados é imbéciles mortales...!

TRIGEO.

¡Caigan sobre tí tus maldiciones!

HIERÓCLES.

...Que no entendiendo, en vuestra ceguedad, la voluntad de los dioses, os aliais con esos feroces monos... (1).

TRIGEO.

¡Já! ¡já! ¡já!

(1) Los Lacedemonios.

HIERÓCLES.

¿De qué te ries?

TRIGEO.

Tienen gracia tus feroces monos.

HIERÓCLES.

Estúpidas palomas, que os fiais de los zorros de falso corazon y pensamientos falsos.

TRIGEO.

¡Ojalá, charlatan arrogante, se ponga tus pulmones tan calientes como estas entrañas!

HIERÓCLES.

Si las Ninfas no engañaron á Bácis (1); si los mortales no fueron engañados por Bácis, ni Bácis por las Ninfas...

TRIGEO.

¡Confúndante los dioses si no dejas de hablar de Bácis!

HIERÓCLES.

No habrian decretado los hados que se rompiesen las cadenas de la Paz; pero ántes...

TRIGEO.

Hay que echar sal á eso.

HIERÓCLES.

No place á los dioses inmortales que desistamos de la guerra, miéntras el lobo paree con la oveja.

TRIGEO.

¿Acaso, charlatan maldito, el lobo pareará jamás con la oveja?

---

(1) Adivino mencionado en *Los Caballeros*, 123.

HIERÓCLES.

Miéntras la chinche de campo exhale al huir un fétido olor; miéntras la perra chillona, forzada á parir, dé á luz cachorros ciegos, no se debe pensar en la Paz.

TRIGEO.

¿Pues qué debíamos hacer? ¿Continuar la guerra? ¿Echar suertes sobre quién habia de llorar más, cuando podíamos, uniéndonos por un tratado, mandar en comun sobre la Grecia?

HIERÓCLES.

Nunca conseguirás que el cangrejo ande en línea recta.

TRIGEO.

No cenarás ya en el Pritáneo (1), ni serás profeta de lo pasado.

HIERÓCLES.

Nunca suavizarás la piel áspera del erizo.

TRIGEO.

¿No acabarás nunca de engañar á los Atenienses?

HIERÓCLES.

¿En virtud de qué oráculo habeis ofrecido ese sacrificio á los dioses?

TRIGEO.

De este, que Homero expresó en tan bellas frases:

La negra nube de la odiosa guerra
Disipamos así, y en dulce abrazo

---

(1) Los adivinos, especialmente en tiempo de guerra, eran sostenidos en el Pritáneo á cuenta de la república.

Extrechando á la Paz, cien sacrificios
Le ofrecimos gustosos. Cuando el fuego
Devoró de las víctimas las piernas,
Nosotros sus entrañas consumimos
E hicimos libaciones; dirigía
La fiesta yo; mas nadie presentaba
Al adivino la brillante copa (1).

HIERÓCLES.

Eso nada tiene que ver conmigo: nos lo ha dicho la Sibila.

TRIGEO.

Pero el sabio Homero dijo muy bien:
Que ni casa, ni hogar, ni patria tiene
El que las guerras intestinas ama
Siempre dañosas (2).

HIERÓCLES.

Ten cuidado no te arrebate el milano la carne con una de las suyas...

TRIGEO *(al esclavo)*.

Sí, ten cuidado: ese oráculo amenaza nuestras viandas. Haz la libacion y trae parte de los intestinos.

HIERÓCLES.

Si os parece, voy á servirme yo mismo mi porcion.

TRIGEO.

¡La libacion, la libacion!

(1) El oráculo de Trigeo está formado de fragmentos tomados de la *Ilíada*, I, 467; XVI, 301; XVII, 273, y de la *Odisea*, VII, 137, etc.
(2) *Ilíada*, IX, 63, 64. (Trad. de Hermosilla.)

HIERÓCLES.

Échame á mí tambien, y dáme una porcion de los intestinos.

TRIGEO.

Eso no place á los dioses inmortales, sino el que primero hagamos nosotros las libaciones y tú te marches. ¡Oh veneranda Paz, permanece á nuestro lado toda la vida!

HIERÓCLES.

Tráeme aquí la lengua.

TRIGEO.

Tráeme la tuya.

HIERÓCLES.

¡La libacion!

TRIGEO *(al esclavo)*.

Llévate esto con la libacion.

HIERÓCLES.

¿Nadie me dará algo de los intestinos?

TRIGEO.

No podemos darte nada hasta que el lobo se paree con la oveja.

HIERÓCLES.

¡Ah, por favor! yo te lo pido por tus rodillas.

TRIGEO.

Tus ruegos son inútiles, amigo mio; no lograrás suavizar «al áspero erizo.» Ea, espectadores, acompañadnos á comer intestinos.

HIERÓCLES.

¿Y yo?

TRIGEO.

Cómete á la Sibila.

HIERÓCLES.

No, por la tierra, no os lo comereis solos; si no me dais, os lo quito; esto es para todo el mundo.

TRIGEO *(al esclavo)*.

Sacúdele, sacúdele á Bácis.

HIERÓCLES.

¡Sed testigos!...

TRIGEO.

De que eres un gloton y un impostor. ¡Firme: echa de aquí á bastonazos á ese charlatan!

EL ESCLAVO.

Cuida de esto; yo voy á quitarle las pieles de las víctimas que nos ha escamoteado. ¡Suelta esas pieles, adivino infernal! ¿Oyes? ¿Qué especie de cuervo es éste que nos ha venido de Orea? Ea, pronto, emprende el vuelo hácia Elimnio (1).

CORO.

¡Qué alegría! ¡qué alegría! ¡ya no más cascos, quesos ni cebollas! Los combates para quien los quiera: á mí sólo me gusta beber con mis buenos amigos, junto al hogar donde con viva llama arde y chisporrotea la leña cortada en el rigor del estío, y tostar garbanzos sobre las ascuas, y asar bellotas entre el rescoldo, y hurtar un beso á Trata (2),

(1) *Elimnio* era, segun el Escoliasta, un templo de Eubea. Otros, apoyados en un fragmento del *Nauplios* de Sófocles, creen que era un escollo próximo á la isla, donde ocurrian frecuentes naufragios.

(2) Nombre de esclava.

miéntras se baña mi esposa. Despues de hecha la siembra, cuando la riega Júpiter con benéfica lluvia, nada hay tan agradable como el hablar así con un vecino: «Dime, ¿qué hacemos ahora, querido Comarquida? Yo quisiera beber, miéntras el cielo fecunda nuestro campo. Ea, mujer, mezcla un poco de trigo con tres quénices de habichuelas, y pónlas á cocer, y dános higos secos. Que Sira haga volver á Mánes del campo; hoy no es posible podar las vides, ni desterronar, pues la tierra está sumamente húmeda. Que me traigan el tordo y los dos pinzones. Tambien debe de haber en casa calostro y cuatro tajadas de liebre, si ayer noche no las robó el gato, porque oí en la despensa un ruido sospechoso. Muchacho, trae tres pedazos, y dále el otro á mi padre. Pide á Esdúnada ramas de mirto con sus bayas; y, ya que te coge de camino, dile á Carinádes que venga á beber con nosotros, miéntras el cielo benéfico fecunda los sembrados.» Cuando entona la cigarra su dulce cantinela (1), me gusta

(1) El canto ó estridulacion de la cigarra era muy agradable para los Griegos. ANACREONTE compuso una oda en honor de este insecto, y HOMERO (*Iliada*, III, 525) califica de armoniosa su voz. Esopo la pondera igualmente en esta fábula:

Un asno oyó cantar á las cigarras,
Y de su bella voz quedó prendado.
—¿El qué comeis, les preguntó envidioso,
Para sacar tan agradable canto?
—Solo rocío, contestaron ellas.
Y el asno con artístico entusiasmo,
—Sólo rocío comeré, se dijo.
Y al cabo de ocho dias le enterraron.

ver si las uvas de Lémnos principian á madurar, pues son las más tempranas; y no ménos me agrada mirar cómo van hinchándose los higos, y comerlos cuando están maduros, y exclamar, saboreándolos: «Deliciosa estacion.» Despues bebo una infusion de tomillo machacado, y logro así engordar en el estío, mucho más que viendo á uno de esos taxiarcos (1), aborrecidos por los dioses, pavoneándose con su triple penacho y su clámide teñida de un rojo deslumbrador que pretende hacer pasar por púrpura de Sárdes. Pero cuando ocurre pelear, él mismo se encarga de darle una mano de azafran cicense. Y despues huye veloz el primero como un gallo, agitando sus amarillas crestas, miéntras yo guardo mi puesto. Cuando están en Aténas estos valentones hacen cosas insufribles; inscriben á unos en las listas y borran á otros, dos y tres veces, segun su capricho. «Mañana es la marcha,» oye decir á lo mejor un ciudadano que no ha comprado víveres porque nada sabía al salir de su casa, y luégo, al pararse delante de la estatua de Pandion (2), ve su nombre inscrito en la lista; se aturde, y echa á correr llorando. Así nos tratan á los pobres campesinos; á los ciudadanos ya les tienen más consideraciones esos cobardes aborrecidos de los dioses y los hombres. Pero si el cielo lo

(1) El Taxiarco venía á ser una especie de jefe de division.

(2) Una de las doce estatuas en cuyo pedestal se fijaban las listas de los ciudadanos que debian tomar las armas.

permite, ya tendrán su merecido. Mucho daño me han hecho esos taxiarcos, leones en la ciudad y zorros en el combate.

TRIGEO.

¡Oh! ¡oh! ¡cuánta gente viene al banquete de boda! Limpia las mesas con ese penacho; ya no sirve para otra cosa. Trae en seguida los pasteles y los tordos, liebre en abundancia y panes.

UN FABRICANTE DE HOCES.

¿Dónde está Trigeo? ¿Dónde?

TRIGEO.

Estoy cociendo tordos.

EL FABRICANTE DE HOCES.

¡Oh queridísimo Trigeo, cuánto bien nos has hecho procurándonos la paz! Antes no habia quien diese un óbolo por una hoz; ahora vendo las que quiero á cincuenta dracmas. Este amigo vende á tres los toneles para el campo. Vamos, Trigeo, escoge de estas hoces y de todo lo demas cuanto quieras, y llévatelo grátis. Todo esto que vendemos y que nos produce pingües ganancias te lo ofrecemos como regalo de boda.

TRIGEO.

Bueno, bueno; dejadlo ahí todo, y entrad á cenar cuanto ántes. Ahí se acerca un armero con una cara más triste que un funeral.

EL FABRICANTE DE PENACHOS.

¡Ay, Trigeo, me has arruinado completamente¡

TRIGEO.

¿Qué te pasa, desdichado? ¿Acaso te salen penachos en la cabeza?

EL FABRICANTE DE PENACHOS.

Nos has quitado el trabajo y la subsistencia á mí y á este otro, fabricante de dardos.

TRIGEO.

Vamos, ¿cuánto quieres por esos dos penachos?

EL FABRICANTE DE PENACHOS.

¿Cuánto ofreces?

TRIGEO.

¿Que cuánto ofrezco?. Me da vergüenza el decirlo. Sin embargo, como el trenzado está hecho con gran primor, te daré tres quénices de higos secos y me servirán para limpiar esta mesa.

EL FABRICANTE DE PENACHOS.

Vengan los higos: más vale poco que nada.

TRIGEO.

Véte al infierno con tus penachos; tienen lacia la cerda, no valen un pito. No daria una higa por todos ellos.

EL VENDEDOR DE CORAZAS.

¡Ay de mí! ¿Qué haré con esta coraza tasada en diez minas y trabajada con tanto esmero?

TRIGEO.

No se te irrogará perjuicio alguno; dámela en su precio; podrá ser un bacin elegantísimo.

EL VENDEDOR DE CORAZAS.

No te burles de mí y de mis mercancías.

TRIGEO.

Con ella... y tres buenos guijarros (1), ¿no tendremos cuanto para el caso hace falta?

EL VENDEDOR DE CORAZAS.

¿Pero cómo te limpiarás, imbécil?

TRIGEO.

Perfectamente. Mira, paso una mano por la abertura del brazo, y la otra...

EL VENDEDOR DE CORAZAS.

¡Cómo! ¿Con las dos manos?

TRIGEO.

Pues claro, para que no me acusen de defraudar al Estado tapando los agujeros de los remos (2).

EL VENDEDOR DE CORAZAS.

¿Y te atreverás á usar un bacin de mil dracmas?

TRIGEO.

¿Quién lo duda, miserable? Crees que ni por diez mil venderia yo mi trasero.

EL VENDEDOR DE CORAZAS.

Vamos, venga el dinero.

TRIGEO.

¡Ay! Querido, tu coraza me destroza las nalgas. Llévatela; no la compro.

---

(1) *Lapillis usos fuisse veteres abstergendis natibus postquam alvum exonerassent, ostendit etiam Pluti locus*, v. 817.

(2) Alusion á los trierarcas, que mandaban cerrar varios agujeros en las naves para beneficiarse con el sueldo de los correspondientes remeros suprimidos.

EL FABRICANTE DE TROMPETAS.

¿Qué haré de esta trompeta que me costó sesenta dracmas?

TRIGEO.

Echa plomo en su cavidad; atraviesa encima una vara un poco larga, y tendrás un cótalo (1) en equilibrio.

EL FABRICANTE DE TROMPETAS.

¡Ay! te burlas de mí.

TRIGEO.

Otra idea. Échale plomo, como te he dicho; añade un platillo colgado de unas cuerdecitas, y tendrás una balanza para pesar en el campo los higos que has de distribuir á tus esclavos.

EL FABRICANTE DE CASCOS.

¡Maldita suerte! ¡Estoy arruinado! Yo, que en otro tiempo pagué una mina por estos cascos. ¿Quién me los comprará ahora?

TRIGEO.

Véte á venderlos á los Egipcios: son los únicos para medir sirmea (2).

EL FABRICANTE DE LANZAS.

¡Ay, mi buen fabricante de cascos, qué desgraciada es nuestra suerte!

(1) Véase la nota al verso 343 de esta comedia.
(2) Planta purgante que se criaba en Egipto, aunque otros dicen que astringente.

TRIGEO *(al fabricante de lanzas)*.

La suya no lo es.

EL FABRICANTE DE LANZAS.

Pues qué, ¿habrá todavía quien necesite cascos?

TRIGEO.

Como sepa ponerles dos asas, los podrá vender mucho más caros.

EL FABRICANTE DE CASCOS.

Vámonos, fabricante de lanzas.

TRIGEO.

No, no; le voy á comprar esas picas.

EL FABRICANTE DE LANZAS.

¿Cuánto das por ellas?

TRIGEO.

Si las cortas por la mitad, para que puedan servir de rodrigones, te pagaré á dracma el ciento.

EL FABRICANTE DE LANZAS.

Este hombre se burla de nosotros. Vámonos, amigo.

TRIGEO.

Muy bien hecho; pues ya salen á orinar los hijos de los convidados, y si no me engaño, á preludiar sus cantos. Eh, muchacho, si piensas cantar, ensáyate ántes delante de mí.

EL HIJO DE LÁMACO.

Celebremos ahora
Los valientes guerreros... (1).

(1) Versos de los *Epígonos*, poema atribuido á Homero.

TRIGEO.

Maldita criatura, deja de cantar los valientes guerreros; ahora estamos en paz. Eres un bribonzuelo mal enseñado.

EL HIJO DE LÁMACO.

Con furia aterradora
Acométense fieros;
Se aplastan sus combados
Escudos. . . . . . . (1).

TRIGEO.

¡Escudos! ¿No acabarás con tus escudos?

EL HIJO DE LÁMACO.

. . . . alaridos
De triunfo alborozados
Se escuchan, y gemidos...

TRIGEO.

¡Gemidos! Me parece que quien va á gemir aquí eres tú, si continúas con tus gemidos y tus escudos combados.

EL HIJO DE LÁMACO.

¿Pues qué he de cantar? ¿Qué es lo que te gusta?

TRIGEO.

«Se comian de buey sendos tasajos» O cosas por el estilo.

Disponian alegres el banquete
Y cuantos platos hay apetecibles.

EL HIJO DE LÁMACO.

Se comian de buey sendos tasajos;

(1) Versos tomados de Homero, con ligeras alteraciones.

Los sudorosos brutos desuncian;
Hartos de pelear. . . . .

TRIGEO.

Eso es: «hartos de pelear, se pusieron á comer.» Canta, canta lo que comieron despues de hartarse.

EL HIJO DE LÁMACO.

Despues de terminada la comida,
Acorázanse el vientre. . . . .

TRIGEO.

Con buen vino, ¿verdad?

EL HIJO DE LÁMACO.

De las torres
Se precipitan. Alarido inmenso
Surca entónces. . . . .

TRIGEO.

Que Júpiter te confunda con tus batallas, bribonzuelo; no sabes más que cantos de guerra. ¿De quién eres hijo?

EL HIJO DE LÁMACO.

¿Yo?

TRIGEO.

Sí, tú.

EL HIJO DE LÁMACO.

De Lámaco.

TRIGEO.

¡Oh! ¡oh! ya se me figuraba que debias de ser hijo de algun aficionado á combates y heridas (1);

(1) La palabra combate μαχή entra en la composicion de Lámaco.

de algun Boulómaco ó Clausímaco (1). Largo de aquí. Véte á entonar tus canciones á los lanceros. ¿Dónde está el hijo de Cleónimo? Ven acá; canta algo ántes de entrar en casa. Ya estoy seguro de que tus cantares no serán belicosos. Tu padre es prudentísimo.

EL HIJO DE CLEÓNIMO.

Un habitante de Sais
Ostenta el brillante escudo,
Que abandoné mal mi grado
Cabe un florecido arbusto (2).

TRIGEO.

Dime, pequeño, ¿cantas eso por tu padre?

EL HIJO DE CLEÓNIMO.

«Salvé mi vida...»

TRIGEO.

Pero deshonraste tu linaje. Mas entremos; demasiado sé que el hijo de tal padre no olvidará nunca lo que acaba de cantar sobre el escudo. Vosotros los que os quedais al festin ya no teneis que hacer otra cosa más que comer y consumir todas las viandas y menear sin descanso las mandíbulas. Lanzáos sobre todos los platos, y comed á dos carrillos. ¡Desdichados! ¿para qué sirven, sino es para comer, los buenos dientes?

---

(1) Nombres cuya composicion envuelve la idea de consejo y lágrimas, unidos á guerras y combates.

(2) Versos de Arquíloco, que huyó en un combate arrojando su escudo, y despues celebró él mismo su hazaña. Cleónimo hizo lo mismo.

CORO.

Eso queda á nuestro cargo; nos has dado un buen consejo.

TRIGEO.

Vosotros, que ayer estabais hambrientos, saciaos ahora de liebre; no todos los dias se encuentran pasteles abandonados. Devoradlos, pues, que si no, tal vez sintais mañana no haberlo hecho.

CORO.

Silencio, silencio, va á presentarse la novia; coged las antorchas (1): que todo el pueblo se regocije y dance. Despues, cuando hayamos bailado, y bebido y expulsado á Hipérbolo, llevaremos de nuevo al campo nuestro humilde ajuar, y pediremos á los dioses que otorguen á los Griegos oro en abundancia, y á nosotros riquísimas cosechas de cebada y vino, dulces higos y esposas fecundas. Así podremos recobrar los perdidos bienes y abolir para siempre el uso del acero homicida.

TRIGEO.

Querida esposa, ven al campo á embellecer mi lecho.

CORO.

¡Oh mortal tres veces feliz con tu merecida dicha! ¡Oh Himeneo! ¡Himeneo! ¿Qué le haremos? ¿qué le haremos? ¡Gocemos de su belleza! ¡gocemos de su belleza! Nosotros los hombres colocados en la primera fila levantemos al novio y llevémoslo en triunfo! ¡Himeneo! ¡Himeneo!

---

(1) Nupciales.

TRIGEO.

Tendreis una linda casa, vivireis sin molestias y cogereis higos. ¡Oh Himeneo! ¡Himeneo!

CORO.

Aquél tiene uno grande y grueso; éste, otro dulcísimo. Despues de comer y beber sendos tragos, exclamarás: ¡Oh Himeneo! ¡Himeneo!

CORO.

Adios, adios, amigos mios. Los que me sigan comerán pasteles.

FIN DE LA PAZ.

LAS AVES.

NOTICIA PRELIMINAR.

Dos ciudadanos atenienses, Evélpides y Pistetero, como si dijéramos, Buena-esperanza y Fiel-amigo, hartos de desórdenes, de pleitos, cábalas é intrigas, y tomando al pié de la letra la expresion *irse á los cuervos*, análoga, como hemos visto, á la nuestra *irse al diablo* ó á otra cosa, si no peor, más sucia, huyen de Aténas y se encaminan al país de las aves en busca de la Abubilla, en otro tiempo Tereo, rey de Tracia. Aceptada por el ex-monarca-pájaro la idea de construir una ciudad en los aires, convoca una asamblea de todas las razas aladas, que acudiendo en gran número, se preparan en el primer momento á embestir y despedazar á los temerarios mortales que han osado penetrar en sus dominios: calmados por la Abubilla, cámbiase pronto su furia en indescriptible entusiasmo, cuando Pistetero desenvuelve un plan

para devolver á los volátiles el cetro del mundo que ántes les habia pertenecido. Los dos Atenienses son naturalizados inmediatamente: la nueva ciudad, llamada *Nefelecocigia*, es construida en un abrir y cerrar de ojos, y dos embajadores son enviados al cielo y á la tierra. Apénas se empieza á ofrecer el sacrificio de consagracion, acuden á Nefelecocigia toda clase de gentes: un pobre Poeta, que versifica en honor de la nueva ciudad para conseguir un manto y una túnica; un Adivino cargado de oráculos; Meton el geómetra; un Inspector y un Vendedor de decretos, que son apaleados en castigo de sus impertinencias. Iris, mensajera de los dioses, es hecha prisionera al intentar atravesar los aires; sometida á un apremiante interrogatorio, vese obligada á manifestar que Júpiter la envia á los hombres para que ofrezcan los acostumbrados sacrificios, y tiene que retirarse malparada oyendo de boca de Pistetero que no hay más dioses que las aves, y que el paso al traves de la nueva ciudad queda prohibido hasta nueva órden á las divinidades olímpicas. Preséntase despues un Mensajero, anunciando que los hombres han decretado una corona de oro al fundador de Nefelecocigia, y que las aves se han puesto de moda y hacen tal furor en Aténas, que pronto se verá llegar una multitud *ornitomaniaca* pidiendo alas y plumajes. No tarda efectivamente en presentarse un jóven, con intentos parricidas, que recibe entre equívocos y chistes consejos prudentísimos, y al cual siguen Cinésias, poeta ditirámbico,

ganoso de atrapar entre las nubes las sublimes vaciedades de sus versos y un sicofanta ó delator, que así como el poeta, lleva con una paliza su justo merecido. Prometeo, que llega despues, revela á Pistetero el hambre canina que aflige á los inmortales, indicándole el medio de explotar la miseria del Olimpo, y retirándose con todo género de precauciones para no ser visto por Júpiter.

Una embajada, compuesta de Neptuno, Hércules y un Tribalo, presenta por fin sus proposiciones á la gente alada, y vencidas las dificultades se estipulan la paz y el paso libre por Nefelecocigia, con la condicion de entregar Júpiter su cetro á las aves y á Pistetero la mano de la Soberanía.

La comedia concluye, como *La Paz*, con un jubiloso canto de himeneo.

Tal es el argumento de *Las Aves*. ¿Cuál es su objeto? Hé aquí una pregunta á la cual se han dado muy diferentes contestaciones. Unos (1) han dicho que su autor se limitaba á censurar la aficion á las lides judiciales, sin considerar que Aristófanes sólo se ocupa de esta manía de Aténas á la ligera y muy de paso; otros (2) que su fin es nada ménos que promover cambios radicales en el carácter ateniense, en el culto, en la religion, en la constitucion de la república y en el personal de sus magistrados, sin parar mientes que tales proposicio-

(1) El Anónimo del Prefacio 3.º de *Las Aves*. Scholia græca in Aristophanem, Parisiis, ed. Didot, 1855, pág. 209.
(2) Otro Anónimo autor del Prefacio 2.º de las mismas, idem, ibidem.

nes, áun hechas de burlas, costaban la vida al temerario que las aventuraba: quiénes (1) (por más que nada autorice á suponerlo) sólo ven en su fantástico desarrollo una animada censura de las peregrinas invenciones de los trágicos y sus increibles fábulas; y no han faltado algunos (2) que, saltando por encima de un flamante anacronismo, la conceptúan una graciosa parodia de la República que Platon soñó muchos años más tarde.

La explicacion de M. Paulmier, desenvuelta luégo por el P. Brumoy, es indudablemente la más ingeniosa, careciendo sin embargo del debido fundamento. El erudito jesuita, teniendo presente que poco ántes de la representacion de esta comedia, Alcibíades, llamado á Aténas para defenderse del crímen de sacrilegio, habia huido á Esparta y exhortaba á los Lacedemonios á fortificar á Decelia, ciudad del Atica que más adelante molestó mucho á los Atenienses, opina que, aunque con el pulso y delicadeza que la gravedad del asunto requeria, trató Aristófanes en *Las Aves* de llamar la atencion del pueblo sobre los preparativos de una rival ambiciosa, y decidirle á traer de Sicilia sus tropas y galeras. Pero sólo un pasaje en que se habla de la galera *Salamina*, y algunas otras

(1) Citados por el escritor de la nota precedente.

(2) ARTAUD (*Comédies d'Aristophane*, t. II, p. 5, nota) menciona esta hipótesis. El mismo, citando á DIÓGENES LAERCIO (lib. IX, *Protágoras*, 4.) cita el tratado de la *República* de Protágoras, único que podia haber sugerido á Aristófanes la idea refutada en el texto.

indicaciones remotísimas confirman la interpretacion de Brumoy, que cae ante la consideracion de que Aristófanes cuando alude lo hace clara y directamente, y si á veces encubre su propósito, hay que confesar que se vale siempre del velo de una alegoría transparente. Sin ir tan léjos, dice Artaud, ni perderse en cavilaciones sistemáticas, podemos hallar la explicacion del enigma. A una lectura un poco atenta, vese en *Las Aves* una especie de utopía cómica, una república imaginaria como la de Platon, realizada de una manera burlesca. Todo lo que precede á la fundacion de la ciudad no es más que el preámbulo de la accion. Sin el lazo de esta idea general, la pieza presentaria solamente una serie de escenas ininteligibles. Pero mirada bajo este prisma, es un cuadro ingenioso en que el espíritu del poeta se solaza á placer y pasa revista á todos los ridículos. Un hijo que desea la muerte de su padre recibe de las cigüeñas una leccion de amor filial. El autor ataca sucesivamente la pedantería de los sabios y filósofos, la ignorancia y avidez de los sacerdotes y adivinos, las pretensiones de los poetas, la venalidad de los magistrados, las infamias de los delatores y las charlatanerías de toda especie.

Para explicarse ciertas singularidades de esta comedia, como la de componer el coro de personajes alados, no hay necesidad tampoco de acudir á la hipótesis de que las aves sean representantes de los Lacedemonios, y los hombres y los dioses de los Atenienses y de los demas pueblos griegos;

pues para dar amenidad al espectáculo y ocupacion á las máquinas teatrales, eran cosa corriente entre los cómicos tan peregrinas invenciones; y por otra parte, quien habia puesto en escena Nubes, Avispas y Escarabajos no puede decirse que se excediera á sí mismo al presentar un coro de volátiles. Es más; en mi humilde opinion, la eleccion del poeta fué sobremanera acertada, pues debió dar así una animacion extraordinaria á la comedia, falta de accion como todas las de Aristófanes, con tantas idas y venidas, tantos giros y revoloteos, tanta variedad de plumajes, y esa encantadora alegría, patrimonio de los pájaros, que son naturalmente, como dice Leopardi (1), las criaturas más regocijadas de la creacion.

La eleccion de estos alados personajes permite además al autor dar rienda suelta á su fantasía por los amenos campos de la fábula, y presentar sin sombra de pedantería, y con aquella frescura y sencillez de colorido del poeta predilecto de las Gracias, multitud de leyendas curiosas, entretenidos detalles, mordaces chistes y picantes sales, alternando con brillantes himnos de elevacion verdaderamente pindárica. «De este modo, dice Poyard, *Las Aves* son una obra sin ejemplo y sin rival, un género aparte áun dentro del teatro aristofánico, una fantasmagoría alegre, viva, seductora, llena de maravillosas sorpresas, chispeando poesía, desenvolviéndose aérea y alada, y burlándose con sátira ligera y divertida, sin las virulencias ordinarias.»

(1) *Prose.* Milano, 1876, p. 137. *Elogio degli Uccelli.*

Esta comedia se representó el año 415 ántes de Jesucristo, décimo octavo de la guerra del Peloponeso, habiendo obtenido el premio segundo: *Los Bebedores* de Amípsias consiguieron el primero; y el tercero fué otorgado al *Monotropos* (el Moroso) de Frínico.

PERSONAJES.

EVÉLPIDES.
PISTETERO.
EL REYEZUELO, criado de la Abubilla.
LA ABUBILLA.
CORO DE AVES.
EL FENICÓPTERO.
HERALDOS.
UN SACERDOTE.
UN POETA.
UN ADIVINO.
METON, geómetra.
UN INSPECTOR.
UN VENDEDOR DE DECRETOS.
MENSAJERO.
IRIS.
UN PARRICIDA.
CINÉSIAS, poeta ditirámbico.
UN DELATOR.
PROMETEO.
NEPTUNO.
TRIBALO.
HÉRCULES.
UN CRIADO de Pistetero.

País agreste, lleno de piedras y zarzas. En el fondo una selva, á un lado una roca, morada de la Abubilla.

LAS AVES.

EVÉLPIDES *(al grajo que le sirve de guia).*

¿Me dices que vaya en línea recta hácia aquel árbol?

PISTETERO *(á la corneja que trae en la mano).*

¡Peste de avechucho! Ahora grazna que retrocedamos.

EVÉLPIDES.

Pero, infeliz, ¿á qué caminar arriba y abajo? Con estas idas y venidas nos derrengamos inútilmente.

PISTETERO.

¡Qué imbécil he sido en dejarme guiar por esta corneja! Me ha hecho correr más de mil estadios (1).

EVÉLPIDES.

¿Mayor desdicha que la de llevar de guía á este grajo, que me ha destrozado todas las uñas de los dedos?

---

(1) 185 kilómetros.

PISTETERO.

Ni siquiera sé en qué lugar de la tierra estamos.

EVÉLPIDES.

¿No podrias hallar desde aquí tu patria?

PISTETERO.

No por cierto: ni Execestídes (1) la suya.

EVÉLPIDES.

¡Ay!

PISTETERO.

Toma esa senda, amigo mio.

EVÉLPIDES.

¡Qué terriblemente nos ha engañado Filócrates (2), ese atrabiliario vendedor de pájaros! Nos aseguró que estas dos aves nos guiarian mejor que ninguna otra á la morada de Tereo la Abubilla, que fué transformado en pájaro; y nos vendió este grajo, hijo de Tarrélides (3), por un óbolo, y por tres aquella corneja, que sólo saben darnos picotazos. *(Al grajo.)* ¿Por qué me miras con el pico abierto? ¿Quieres precipitarnos desde esas rocas? Por ahí no hay camino.

PISTETERO.

Ni senda tampoco.

EVÉLPIDES.

¿No dice nada tu corneja?

(1) Extranjero que queria pasar por Ateniense. Era oriundo de Caria y de baja extraccion.

(2) No se sabe de Filócrates más que lo que dice Aristófanes.

(3) Vendedor de pájaros. Era de pequeña estatura y parecido á un grajo.

PISTETERO.

Nada absolutamente; grazna ahora como ántes.

EVÉLPIDES.

Pero, en fin, ¿qué dice de nuestra ruta?

PISTETERO.

¿Qué ha de decir sino que á fuerza de roer acabará por comérseme los dedos?

EVÉLPIDES.

¡Esto es insoportable! Queremos irnos á los cuervos (1); ponemos para conseguirlo cuanto está de nuestra mano, y no logramos hallar el camino. Porque habeis de saber, oyentes mios, que nuestra enfermedad es completamente distinta de la que aflige á Sáccas: éste, no siendo ciudadano se obstina en serlo, y nosotros que lo somos, y de familias distinguidas, aunque nadie nos expulsa, huimos á toda prisa de nuestra patria. No es que aborrezcamos á una ciudad tan célebre y afortunada, y abierta siempre á todo el que desee arruinarse con litigios; porque es una triste verdad que si las cigarras sólo cantan uno ó dos meses entre las ramas de los árboles, en cambio los Atenienses cantan toda la vida posados sobre los procesos. Esto es lo que nos ha obligado á emprender este viaje y á buscar, cargados del canastillo, la olla y las ramas de mirto (2), un país libre de pleitos, donde pasar tranquilamente la vida. Nos dirigimos con

(1) Ya hemos visto que esta frase equivale á la nuestra «irse al infierno» ó «al diablo.»

(2) Al inaugurarse una ciudad se ofrecian sacrificios. Evélpides y Pistetero llevan los útiles necesarios.

tal objeto á Tereo la Abubilla, para preguntarle si, en las comarcas que ha recorrido volando, ha visto alguna ciudad como la que deseamos.

PISTETERO.

¡Eh, tú!

EVÉLPIDES.

¿Qué hay?

PISTETERO.

La corneja hace rato que me indica que hay algo arriba.

EVÉLPIDES.

Tambien mi grajo mira con el pico abierto en la misma direccion, como si quisiera señalarme alguna cosa: no puede ménos de haber aves por aquí. Pronto lo sabremos haciendo ruido.

PISTETERO.

¿Sabes lo que has de hacer? Dar un golpe con la rodilla en esa peña.

EVÉLPIDES.

Y tú, con la cabeza, para que el ruido sea doble.

PISTETERO.

Vamos, coge esa piedra y llama.

EVÉLPIDES.

Está bien; ¡esclavo! ¡esclavo!

PISTETERO.

Pero ¿qué haces? Para llamar á una Abubilla, gritas ¡esclavo! ¡esclavo! En vez de ¡esclavo! debes gritar: ¡Epopoi! ¡Epopoi! (1).

(1) Grito que imita al de la Abubilla.

EVÉLPIDES.

¡Epopoi! Tendré que llamar otra vez. ¡Epopoi!

EL REYEZUELO (1).

¿Quién va? ¿Quién llama á mi dueño?

EVÉLPIDES.

¡Apolo nos asista! ¡qué enorme pico! (2).

EL REYEZUELO.

¡Horror! ¡Son cazadores!

EVÉLPIDES.

El miedo que me causa no es para dicho.

EL REYEZUELO.

¡Morireis!

EVÉLPIDES.

Pero si no somos hombres.

EL REYEZUELO.

¿Pues qué sois?

EVÉLPIDES.

Yo soy el *Tímido*, ave africana.

EL REYEZUELO.

¡A otro con esas!

EVÉLPIDES.

Pregúntaselo á mis piés (3).

EL REYEZUELO.

Y ese otro, ¿qué pájaro es? Contesta.

(1) El Reyezuelo es un pajarito, notable por una hermosa corona color de aurora, orlada de negro por ambos lados; vive en los bosques de Europa.

(2) Los actores salian con máscaras y trajes imitando á las aves que representaban.

(3) *Fingit se præ timore cacasse, et defluente merda pedes inquinatos habere.* En *Las Ranas* le acontece á Baco una aventura semejante.

PISTETERO.

El *Ensuciado*, ave de Fásos (1).

EVÉLPIDES.

Y tú, ¿qué animal eres!

EL REYEZUELO.

Yo soy un pájaro esclavo.

EVÉLPIDES.

¿Te ha vencido algun gallo? (2).

EL REYEZUELO.

No; pero cuando mi dueño fué convertido en Abubilla quiso que yo tambien me transformase en pájaro, para tener quien le siguiera y sirviese.

EVÉLPIDES.

Pues qué, ¿las aves necesitan criados?

EL REYEZUELO.

Este sí, tal vez porque fué ántes hombre. Cuando se le antojan anchoas del Falero (3), yo cojo una escudilla y corro á por anchoas; cuando quiere comer puches, como se necesitan una cuchara y una olla, corro á por la cuchara.

EVÉLPIDES.

Por las señas, este pájaro es un *Corredor* (4). ¿Sa-

(1) Juego de palabras sobre *Fasos*, que envuelve el sentido de delacion. (V. nota al verso 726 de *Los Acarnienses.)*

(2) El gallo era un animal originario de Persia. Las riñas de gallos, á que alude el poeta, no se introdujeron en Aténas hasta despues de las guerras Médicas.

(3) Puerto de Aténas.

(4) Τρόχιλος, *reyezuelo*, tiene la misma raíz que τρέχω, *correr*.

bes lo que has de hacer, Reyezuelo? Llamar á tu señor.

EL REYEZUELO.

Pero si acaba de dormirse, despues de haber comido bayas de mirto y algunos gusanos.

EVÉLPIDES.

No importa, despiértale.

EL REYEZUELO.

Aunque estoy seguro de que se va á enfadar, lo haré por complaceros.

(Váse.)

PISTETERO *(al Reyezuelo)*.

Que el cielo te confunda: no me has dado mal susto (1).

EVÉLPIDES.

¡Oh desgracia! ¡de miedo se me ha escapado el grajo!

PISTETERO.

¡Grandísimo cobarde! te has dejado escapar el grajo de miedo.

EVÉLPIDES.

Y tú, ¿no te has dejado marchar la corneja al caer?

PISTETERO.

No por cierto.

EVÉLPIDES.

¿Pues dónde está?

(1) Sin duda con el ruido de sus alas.

PISTETERO.

Voló.

EVÉLPIDES.

¿Y no se te ha escapado? ¡Vaya el valenton!

LA ABUBILLA.

Abre la selva para que salga (1).

EVÉLPIDES.

¡Por Hércules, ¿qué animal es ese? ¡Qué alas! ¡Qué triple cresta! (2).

LA ABUBILLA.

¿Quién pregunta por mí?

EVÉLPIDES.

Sin duda, los doce grandes dioses te han maltratado.

LA ABUBILLA.

¿Acaso os burlais de la forma de mis alas? Sabed, extranjeros, que ántes he sido hombre.

EVÉLPIDES.

No nos burlamos de tí.

LA ABUBILLA.

¿Pues de qué?

(1) Los nombres griegos de *selva* y *puerta* sólo difieren en una letra.
(2) La Abubilla es notable por su hermoso copete longitudinal, compuesto de dos hileras de plumas que, al elevarse, forman un penacho color de oro con orla negra, sumamente lindo.

PISTETERO.

Tu pico nos da risa (1).

LA ABUBILLA.

Pues de esta facha representó ignominiosamente Sófocles en sus tragedias á Tereo (2).

EVÉLPIDES.

¿Pero eres Tereo, ó un ave, ó un pavo real?

LA ABUBILLA.

Soy un ave.

EVÉLPIDES.

¿Y las alas?

LA ABUBILLA.

Se me han caido.

EVÉLPIDES.

¿Alguna enfermedad?

LA ABUBILLA.

No; pero en el invierno mudan todas las aves, y les salen despues nuevas plumas. Y vosotros ¿qué sois?

EVÉLPIDES.

¿Nosotros? mortales.

LA ABUBILLA.

¿De qué país?

EVÉLPIDES.

Del de las hermosas trirremes (3).

(1) El pico de la Abubilla es muy largo, relativamente á su cuerpo.
(2) Sófocles en su *Tereo* presentó la transformacion del protagonista en pájaro, y es de creer que el personaje de Aristófanes trajese una máscara y traje parecidos á los del héroe trágico.
(3) Aténas acababa de equipar una flota para enviarla á Sicilia.

LA ABUBILLA.

¿Sereis jueces? (1).

EVÉLPIDES.

Nada de eso; antijueces (2).

LA ABUBILLA.

¿Se siembra allí ese grano?

EVÉLPIDES.

Rebuscando en todo el campo, hallaréis un poquito.

LA ABUBILLA.

¿Qué os trae aquí?

EVÉLPIDES.

El deseo de hablarte.

LA ABUBILLA.

¿Para qué?

EVÉLPIDES.

Porque en otro tiempo fuiste hombre, como nosotros; en otro tiempo tuviste deudas, como nosotros; y en otro tiempo te gustaba el no pagarlas, como á nosotros: despues, cuando fuiste transformado en ave, recorriste en tu vuelo todos los mares y tierras, y llegaste á reunir la experiencia del pájaro y la del hombre. Esto nos trae á tí para suplicarte que nos indiques alguna pacífica ciudad donde podamos vivir blanda y sosegadamente, como el que se acuesta sobre mullidos cojines.

---

(1) Alusion á la manía censurada en *Las Avispas*.
(2) Es decir, enemigos de procesos.

LA ABUBILLA.

¿Buscas, pues, una ciudad más grande que la de Cranao? (1)

EVÉLPIDES.

Más grande no, más agradable para nosotros.

LA ABUBILLA.

Claro está que buscas un país aristocrático.

EVELPIDES.

¿Yo? ni por pienso: si detesto al hijo de Escélias (2).

LA ABUBILLA.

¿Pues en qué ciudad quereis vivir?

EVÉLPIDES.

En una donde los negocios más importantes sean, por ejemplo, venir muy de mañana á mi puerta un amigo y decirme: «Te ruego por Júpiter olímpico que al salir del baño vengais á mi casa tú y tus hijos, pues voy á dar un banquete de bodas. ¡Cuidado con faltar! ¡Como no vengas, no tienes que poner los piés en mi casa hasta que me abandone la fortuna! (3).

LA ABUBILLA.

Vamos, veo que tienes aficion á las desgracias. ¿Y tú?

---

(1) Aténas.
(2) Juego de palabras: el hijo de Escélias se llamaba *Aristócrates*: fué uno de los principales partidarios del gobierno oligárquico, llamado de los Cuatrocientos, que se estableció en Aténas tres años despues de la representacion de *Las Aves*. (V. Tucídides, VIII, 89.)
(3) Aristófanes supone irónicamente lo contrario del *donec eris felix multos numerabis amicos*.

PISTETERO.

Tengo los mismos gustos.

LA ABUBILLA.

¿Cuáles?

PISTETERO.

Quisiera una ciudad en la que al verme el padre de un hermoso muchacho, me dijese como si le hubiera ofendido: «¡Muy bien, muy bien, Estilbónides! Te encontraste ayer con mi hijo que volvia del baño y del gimnasio, y no fuiste para darle un beso, ni hablarle, ni acariciarle (1). ¿Quién dirá que eres amigo mio?»

LA ABUBILLA.

¡Hola, hola! Pues no es nada las desdichas que apeteces, buen hombre. En la costa del Mar Rojo hay una ciudad, afortunada como la que deseais.

EVÉLPIDES.

¡Ah! no me hables de ciudades marítimas; el mejor dia amaneceria la galera *Salamina* (2) trayendo un alguacil. ¿No puedes decirnos alguna ciudad griega?

(1) *Neque testiculos attrectasti.*

(2) La galera *Salamina* sólo se empleaba en las necesidades más apremiantes. Destinábase principalmente á traer á Aténas los ciudadanos fugitivos que habian de ser juzgados. En esta nave se vió obligado á regresar de Sicilia Alcibiades, para responder á la acusacion de sacrilegio por haber mutilado las estatuas de Mercurio. Sabido es que se escapó en el camino. (Tuc., VI, 61.) Este pasaje de Aristófanes sirve al P. Brumoy para apoyar su conjetura sobre la intencion de *Las Aves*, de que se ha hecho mérito en la Noticia preliminar.

LA ABUBILLA.

¿Por qué no emigrais á Lepreo, en Elida?

EVÉLPIDES.

¡Por todos los dioses! aunque no he visto á Lepreo, lo aborrezco ya á causa de Melantio (1).

LA ABUBILLA.

Hay tambien en la Lócrida la ciudad de Opuncio, donde podreis vivir muy bien.

EVÉLPIDES.

No quisiera ser Opuncio (2) ni por un talento de oro. ¿Pero qué tal pasan la vida los pájaros? Tú debes saberlo bien.

LA ABUBILLA.

La vida no es desagradable; en primer lugar, hay que prescindir de la bolsa.

EVÉLPIDES.

Pues con eso habeis suprimido la ocasion de muchos fraudes.

LA ABUBILLA.

Comemos en los jardines sésamo blanco, mirto, amapolas y menta.

EVÉLPIDES.

¿De modo que vivís como recien casados (3).

PISTETERO.

¡Oh! oh! ¡Qué magnífica idea se me ha ocurrido

(1) Poeta trágico, que padecia de lepra.

(2) Es decir, tuerto; porque Opuncio, contemporáneo de Aristófanes, tenía este defecto.

(3) Los recien casados se coronaban de esas plantas y comian tortas de sésamo. Véase la nota al verso 869 de *La Paz.*

para la gente alada! ¡Sereis omnipotentes si me obedeceis!

LA ABUBILLA.

¡Obedecerte! ¿en qué?

PISTETERO.

¿En qué? Primero en no andar revoloteando por todas partes con el pico abierto: eso es indecoroso. Entre nosotros, cuando vemos á uno de esos botarates que no paran un instante, acostumbramos á preguntar: «¿Quién es ese chorlito?» Y Téleas (1) responde: «Es un inconstante; tiene siempre la cabeza á pájaros; no está un momento en un sitio.»

LA ABUBILLA.

Tienes razon, por Baco. ¿Qué hemos de hacer?

PISTETERO.

Fundad una ciudad.

LA ABUBILLA.

¿Qué ciudad hemos de fundar las aves?

PISTETERO.

A la verdad, tu pregunta es necia si las hay. Mira abajo.

LA ABUBILLA.

Ya miro.

PISTETERO.

Ahora arriba.

LA ABUBILLA.

Ya miro.

PISTETERO.

Ahora vuelve la cabeza á todos lados.

(1) Citado en *La Paz* (v. 1.008) por su glotonería.

LA ABUBILLA.

¿Qué voy á sacar de retorcerme así el pescuezo? (1)

PISTETERO.

¿Ves algo?

LA ABUBILLA.

Sí, las nubes y el cielo.

PISTETERO.

¿No es ese el polo de las aves?

LA ABUBILLA.

¿El polo? ¿qué es polo?

PISTETERO.

Como si dijéramos el país; se llama polo (2) porque gira y atraviesa todo el mundo. Si fundais en él una ciudad y la rodeais de murallas, en vez de polo se llamará poblacion (3); entónces reinaréis sobre los hombres, como ahora sobre las langostas; y mataréis á los dioses de hambre canina (4).

LA ABUBILLA.

¿Cómo?

PISTETERO.

El aire está entre el cielo y la tierra, y del mismo

(1) En *Los Caballeros* hemos visto un juego escénico semejante.

(2) *Polo,* de πολεῖν, *girar.*

(3) Las palabras πόλος (*Polo*) y πόλις (ciudad) son muy parecidas en griego.

(4) Lit.: *De hambre meliense*, frase corriente en tiempo de Aristóteles para expresar una necesidad extremada. Su orígen fué el hambre horrible que sufrieron los habitantes de Mélos durante el asedio de los Atenienses en el año diez y seis de la guerra. (V. Tuc., v. 116.)

modo que cuando nosotros queremos ir á Délfos pedimos permiso á los Beocios para pasar, así vosotros, cuando los hombres hagan sacrificios á los dioses, si éstos no os pagan tributo, podreis impedir que el humo de las víctimas atraviese vuestra ciudad y vuestro espacio.

LA ABUBILLA.

¡Oh! ¡oh! lo juro por la tierra, las nubes, los lazos y las redes, jamás he oido una idea más ingeniosa! Estoy dispuesto á fundar contigo esa ciudad, si las demas aves son de mi opinion.

PISTETERO.

¿Quién les dará á conocer el proyecto?

LA ABUBILLA.

Tú mismo. Antes eran bárbaros, pero en el largo tiempo que he estado en su compañía les he enseñado á hablar.

PISTETERO.

¿Pero cómo las vas á convocar?

LA ABUBILLA.

Muy fácilmente. Voy á entrar en esa espesura; despertaré á mi Procne (1) y las llamaremos; en cuanto oigan nuestra voz acudirán sin detenerse.

(1) El original dice: «á mi ruiseñor,» porque el nombre de este pájaro es femenino en griego. No traducimos *Filomena*, porque Aristófanes, así como Anacreonte, opinaba que la convertida en ruiseñor despues de la catástrofe de Itis fué Procne, y no su hermana Filomela, como suponia la tradicion aceptada por Virgilio *(Georg.*, IV) y Ovidio *(Metam.*, I, 6), y por la generalidad de los escritores antiguos.

PISTETERO.

¡No te detengas, queridísimo pájaro! Por favor, entra pronto en esa espesura y despierta á tu amable compañera.

LA ABUBILLA.

Despierta, dulce compañera de mi vida; entona esos himnos sagrados que, como armoniosos suspiros, brotan de tu garganta divina cuando con melodiosa y pura voz deploras la triste suerte de nuestro llorado Itis. Tu sonoro canto sube, atravesando los copudos tejos, hasta el trono de Júpiter; junto al cual Febo, de áurea cabellera, responde con los acordes de su lira de marfil á tus plañideras endechas, y reune los coros de los dioses, y de sus bocas inmortales brota un celestial aplauso (1).

(Se oye una flauta dentro.)

PISTETERO.

¡Júpiter soberano! ¡qué garganta la de ese pajarillo! Ha llenado de miel toda la espesura.

EVÉLPIDES.

¡Eh! ¡Tú!

PISTETERO.

¿Qué hay?

EVÉLPIDES

¿No callarás?

PISTETERO.

¿Por qué?

(1) Este trecho es imitacion ó parodia de otros de Sófocles y Eurípides, en que se ponderaba el canto del ruiseñor.

EVÉLPIDES.

La Abubilla se prepara á entonar nuevos cantos.

LA ABUBILLA.

Esopo, popo, popo, popo, popoí ¡io! ¡io! venid, venid, venid, venid, alados compañeros. Todos cuantos talais las fértiles campiñas, tribus innumerables que recogeis y devorais los granos de cebada, catervas infinitas de rápido vuelo y melodioso canto, acudid, acudid; vosotros, los que posados en un terron os complaceis en gorjear débilmente entre los surcos: tio, tio, tio, tio, tio, tio, tio tio; los que en los jardines saltais sobre las yedras, ó en las montañas picoteais el madroño y la silvestre aceituna, acudid á mi voz: trioto, trioto, toto brix. Vosotros tambien, los que devorais punzadores mosquitos en los valles pantanosos; los que poblais los prados húmedos de rocío y el campo ameno de Maraton; francolines de matizadas alas; aves que revoloteais con los alciones sobre las alborotadas olas del mar, venid á escuchar la grata nueva: congréguense aquí las aves de largo cuello. Sabed que ha venido un anciano ingenioso, autor de una nueva idea; que pretende realizar nuevos proyectos. Venid todos á deliberar aquí. Torotorotorotorotix. Kiccabau, kiccabau. Torotorotorotorolililix.

PISTETERO.

¿Ves algun pájaro?

EVELPIDES.

Ninguno, por Apolo, aunque estoy mirando al cielo con la boca abierta.

PISTETERO.

Me parece que ha sido inútil que la Abubilla, imitando al pardal (1), se haya metido en el bosque como á empollar huevos.

UN FENICÓPTERO (2).

Torotix, torotix.

PISTETERO.

Ah, querido, ya viene alguna ave.

EVÉLPIDES.

Sí, una ave, ¿pero cuál? ¿Es el pavo real? (3)

PISTETERO.

Ese nos lo dirá. ¿Qué ave es esa?

LA ABUBILLA.

No es de las que veis todos los dias; es una ave acuática.

PISTETERO.

¡Oh qué hermoso color de púrpura fenicia!

---

(1) Pájaro que hace su nido en los agujeros de las peñas.

(2) Zancuda, notable por el hermoso rojo de su plumaje, alternando con un blanco deslumbrador. Su nombre vulgar es *flamenco*.

(3) Los pavos reales eran muy poco conocidos en Aténas en tiempo de Aristófanes, y se enseñaban por dinero, como animales raros. Véase la nota sobre el particular en *Los Acarnienses*.

LA ABUBILLA.

Es verdad, por eso se llama el Fenicóptero.

EVÉLPIDES.

¡Eh! ¡eh! ¡Tú!

PISTETERO.

¿Por qué gritas?

EVÉLPIDES.

Otra ave.

PISTETERO.

Cierto; otra ave, y exótica al parecer. ¿Cómo se llama esa ave montañesa (1) de aspecto tan solemne como estúpido?

LA ABUBILLA.

Se llama el *Meda* (2).

PISTETERO.

¡El Meda! ¡Hércules poderoso! ¿Cómo siendo el Meda ha venido sin camello? (3).

EVÉLPIDES.

Ahí se presenta otra ave copetuda.

PISTETERO.

¿Qué prodigio es este? No eres tú la única Abubilla, puesto que hay esa otra.

LA ABUBILLA.

Esa Abubilla es hijo de Filócles, que á su vez es hijo de la Abubilla; yo soy su abuelo paterno; es como si dijeras: Hipónico, hijo

---

(1) Alusion á una tragedia de Esquilo perdida.
(2) El Escoliasta cree que es el gallo, por ser originario de Persia.
(3) Montura ordinaria de los Persas.

de Cálias (1), y Cálias hijo de Hipónico (2).

PISTETERO.

¿Luego Cálias es un pájaro? ¡Oh, y cómo se le caen las plumas! (3).

LA ABUBILLA.

Es generoso; por eso los delatores le despluman y las mujeres le arrancan las alas.

PISTETERO.

¡Oh Neptuno! Un nuevo pájaro de diversos colores. ¿Cómo se llama ese?

LA ABUBILLA.

El gloton (4).

---

(1) Para descifrar este aparente galimatías es preciso tener en cuenta que Aristófanes hace una doble alusion á la fealdad de Filócles y á sus plagios. Filócles, en efecto, tenía el cráneo muy punteagudo, lo cual le daba cierta semejanza con la Abubilla y con la Alondra, á la que se le compara más adelante (*Aves*, 1.295), al darle por apodo el nombre de este pájaro. Compuso además *La Pandiónida*, tetralogia de la cual formaba parte el *Tereo*, tragedia en que sin duda plagió inconsideradamente á otra del mismo título de Sófocles. De suerte que el texto aclarado es: «Esa tragedia titulada *Tereo* es produccion de la fantasía de Filócles, que la tomó del *Tereo* de Sófocles, y yo *(Tereo)* soy el que con mis aventuras he dado asunto á ambas.»
(2) Cálias era *daduco (porta-antorcha)* en los misterios de Céres, y asistió revestido de sus hábitos sacerdotales á la batalla de Maraton. Un Persa á quien hizo prisionero le entregó un tesoro, que fué la base de su fortuna. Este mismo Cálias fué vencedor en las carreras de caballos de los Juegos olímpicos, en memoria de cuyo triunfo llamó Hipónico á su hijo.
(3) Cálias se habia arruinado por mala conducta.
(4) Lit.: el *catofagas*, es decir, que come con la cabeza baja. Pájaro granívoro, segun Suidas.

PISTETERO.

¿Hay, pues, otro gloton además de Cleónimo?

EVÉLPIDES.

¿Crees que si fuese Cleónimo hubiera podido conservar el penacho? (1).

PISTETERO.

¿Pero qué significan todas esas crestas? ¿Quizá acuden estas aves á disputar el premio del doble estadio? (2).

LA ABUBILLA.

Son como los Cários (3), que no abandonan las crestas de las montañas para estar más seguros.

PISTETERO.

¡Oh Neptuno! ¡Mira, mira qué terrible multitud de aves se reune!

EVÉLPIDES.

¡Soberano Apolo! ¡Qué nube! ¡Oh! ¡oh! Sus alas no dejan ver la entrada de la escena.

PISTETERO.

Esa es la perdiz; aquel el francolin; ese el penélope; el otro el alcion.

---

(1) Alusiones á la voracidad y cobardía de Cleónimo, que, como vamos viendo, nunca escapa sin su correspondiente lancetazo.

(2) Los que corrian en el *diaulo* ó doble estadio llevaban un penacho. Este juego, que era uno de los olímpicos, consistia, como indica su nombre, en recorrer dos veces toda la extension del campo.

(3) Juego de palabras insustancial, basado en que λόφος significa *cresta* y *colina*. Se atribuia á los Cários, pueblo belicoso, la invencion de los penachos. (HEROD., *Hist.*, I, 171.)

EVÉLPIDES.

¿Y aquel que viene detras del alcion?

PISTETERO.

¿Ese? el barbero (1).

EVÉLPIDES.

¿Cómo? ¿el barbero es pájaro?

PISTETERO.

¿Pues no lo es Espórgilo, y de cuenta? (2). Ahí viene la lechuza.

EVELPIDES.

¿Qué dices? ¿quién trae una lechuza á Atenas? (3).

PISTETERO.

Mira, mira, la urraca, la tórtola, la alondra, el eleas, la hipotímis, la paloma, el nerto, el azor, la torcaz, el cuco, el eritropo, la ceblepíris, el porfirion (4), el cernícalo, el somormujo, la ampélis, el quebrantahuesos, el pico.

EVÉLPIDES.

¡Oh! ¡oh! ¡Cuántas aves! ¡Oh cuántos mirlos. ¡Cómo pían y corren con estrépito! Pero qué, ¿nos amenazan? ¡Ay! cómo abren los picos y nos miran!

PISTETERO.

Me parece lo mismo.

---

(1) *Ceirilo*, nombre de pájaro, cuya raíz significa *rasurar*, por lo cual alude el poeta á Espórgilo.

(2) Barbero de Aténas, cuyo establecimiento gozaba de mala fama, segun Platon el Cómico en *Los Sofistas*.

(3) Frase proverbial equivalente á la nuestra «llevar agua al rio.»

(4) O *polla sultana:* el nombre griego, aceptado en los libros de historia natural, es más expresivo y exacto.

CORO.

¿Po po po po po po por dónde anda el que me llamó? ¿En qué lugar se encuentra?

LA ABUBILLA.

Estoy aquí hace tiempo; yo nunca abandono á los amigos.

CORO.

¿Ti ti ti ti ti ti ti tienes algo bueno que decirme?

LA ABUBILLA.

Un asunto de interes comun, seguro, justo, agradable, útil. Dos hombres de sutil ingenio han venido á buscarme.

CORO.

¿Dónde? ¿Cómo? ¿Qué dices?

LA ABUBILLA.

Digo, que dos ancianos han venido del país de los hombres, á proponernos una empresa prodigiosa.

CORO.

¡Oh tú que perpetraste el mayor crímen de que he oido hablar en mi vida! ¿qué es lo que estás diciendo?

LA ABUBILLA.

No te asustes de mis palabras.

CORO.

¿Qué has hecho?

LA ABUBILLA.

Acoger á dos hombres que desean vivir con nosotros.

CORO.

¿Y te has atrevido?

LA ABUBILLA.

Y cada vez me alegro más.

CORO.

¿Y están ya entre nosotros?

LA ABUBILLA.

Como yo.

CORO.

¡Ay, estamos vendidos; somos víctimas de la traicion más negra! Nuestro amigo, el que partia con nosotros el fruto de los campos, ha hollado nuestras antiguas leyes, ha quebrantado los juramentos de las aves; nos ha atraido á un lazo, nos ha puesto en manos de una raza impía con la que estamos en guerra desde que vimos la luz. Tú, traidor, nos darás luégo cuenta de tus actos; mas primero castiguemos á esos hombres. ¡Ea! ¡á despedazarlos!

PISTETERO.

¡Somos perdidos!

EVELPIDES.

Tú solo tienes la culpa de lo que nos sucede. ¿Para qué me trajiste?

PISTETERO.

Para tenerte á mi lado.

EVÉLPIDES.

Mejor para hacerme llorar á mares.

PISTETERO.

Tú deliras: ¿cómo has de llorar cuando te hayan sacado los ojos? (1)

(1) Alusion á los trágicos, que hacian derramar lágrimas á Edipo despues de haberse arrancado los ojos.

CORO.

¡Io! ¡Io! ¡al ataque! precipítate sobre el enemigo; hiérele mortalmente; despliega tus alas; envuelve con ellas á esos hombres; que paguen su culpa y den alimento á nuestros picos. Nada podrá librarles de mi furor; ni las sombrías montañas, ni las etéreas nubes, ni el piélago espumoso. ¡Ea, caigamos sobre ellos y desgarrémosles sin tardanza! ¿Dónde está el taxiarco? Que haga avanzar el ala derecha (1).

EVÉLPIDES.

Llegó el momento supremo. ¿A dónde huiré, infeliz?

PISTETERO.

¡Eh! firme en tu puesto.

EVÉLPIDES.

¿Para qué me hagan trizas?

PISTETERO.

¿Pues cómo piensas escaparte?

EVÉLPIDES.

No lo sé.

PISTETERO.

Pues yo te digo que es preciso combatir á pié firme y coger las ollas.

EVÉLPIDES.

¿De qué nos servirá la olla?

PISTETERO.

La lechuza no nos acometerá (2).

(1) Nótese la semejanza de esta escena con las análogas de *Los Acarnienses* y *Las Avispas*.
(2) Reconociéndoles por Atenienses.

EVÉLPIDES.

¿Y contra esas de ganchudas uñas?

PISTETERO.

Coge el asador y ponlo en ristre.

EVÉLPIDES.

¿Y los ojos?

PISTETERO.

Defiéndelos con un plato ó con la vinagrera.

EVÉLPIDES.

¡Qué ingenio! ¡qué habilidad digna de un general consumado! Sabes más estrategia que Nícias (1).

CORO.

Adelante, adelante (2), con el pico bajo: no retrasarse. Pica, desgarra, hiere, arranca, rompe primero la olla.

LA ABUBILLA.

Deteneos: decidme, animales cruelísimos, ¿por qué quereis matar y despedazar á dos hombres que ningun mal os han hecho y que son además de la misma tribu y familia que mi esposa? (3).

CORO.

Pues qué, ¿se perdona á los lobos? ¿No son nuestros más feroces enemigos? Nunca encontraremos otros más dignos de castigo.

(1) Las estratagemas empleadas recientemente por Nícias en el sitio de Mélos le habian dado celebridad.
(2) Lit.: ¡Eleleleu! grito de guerra.
(3) De la tribu de Pandion, de quien fué hija Procne esposa de Tereo.

LA ABUBILLA.

Si la naturaleza los hizo enemigos, su intencion les hace amigos, y vienen aquí á darnos un consejo útil.

CORO.

¿Qué consejo útil pueden darnos ni decirnos los enemigos de nuestros abuelos?

LA ABUBILLA.

Los sabios aprenden muchas cosas de sus enemigos. La desconfianza es la madre de la seguridad. Con un amigo jamás aprenderíamos á ser cautos, al paso que un enemigo nos obliga á serlo; las ciudades en un principio aprendieron de sus enemigos, y no de sus amigos, á rodearse de altas murallas, y á construir largas naves, y con esta leccion á defender hijos, casas y haciendas.

CORO.

Sea: me parece que podrá ser útil el oirles ántes; puede recibirse alguna buena leccion de un enemigo.

PISTETERO.

Su cólera parece calmarse. Retrocede un paso.

LA ABUBILLA.

Es muy justo; debeis de estarme agradecidos.

CORO.

En ninguna otra cosa te hemos sido contrarios.

PISTETERO.

Cada vez se manifiestan más pacíficos; por consiguiente, deja en el suelo la olla y los platos: ahora con la lanza terciada, digo, con el asador, paseémonos dentro del campamento, junto á la olla, y sin perderla de vista. No debemos huir.

EVÉLPIDES.

Tienes razon. Y si morimos, ¿dónde nos enterrarán?

PISTETERO.

En el Cerámico (1). Para ser sepultados á cuenta del Estado, diremos que hemos muerto peleando con los enemigos junto á Orneas (2).

CORO.

Todo el mundo á su puesto: depongamos nuestra cólera como el soldado sus armas; preguntemos quiénes son, de dónde vienen y qué proyectan. ¡Eh, Abubilla! Ven acá.

LA ABUBILLA.

¿Qué deseas saber?

CORO.

¿Quiénes son esos hombres, y de dónde vienen?

LA ABUBILLA.

Son extranjeros, venidos de Grecia, la patria de los sabios.

---

(1) Lugar en que se verificaban los enterramientos. Habia dos Cerámicos; uno exterior, donde eran sepultados los que habian muerto en el campo de batalla, y otro dentro de la ciudad, en el cual estaban los lupanares.

(2) Ciudad del Peloponeso, entre Corinto y Sicione, cuyo nombre significa *pájaro*. Poco ántes de la representacion de *Las Aves*, los Atenienses habian sido derrotados en sus inmediaciones.

CORO.

¿Qué les ha inducido venir á buscarnos?

LA ABUBILLA.

La aficion á vuestra vida y costumbres, y el deseo de participarla y vivir con nosotros.

CORO.

¡Será verdad! ¿y cuáles son sus proyectos?

LA ABUBILLA.

Increibles, inauditos.

CORO.

¿Hallan alguna ventaja en habitar aquí, ó esperan que viviendo con nosotros podrán vencer á su enemigo y favorecer á sus amigos?

LA ABUBILLA.

Nos anuncian una felicidad inmensa, indecible é increible, y demuestran con irrefutables argumentos que cuanto hay aquí y allí, y en todas partes, todo nos pertenece.

CORO.

¿Estarán locos?

LA ABUBILLA.

Su discrecion no es para dicha.

CORO.

¿Tienen talento?

LA ABUBILLA.

Son dos zorros redomados, la astucia personificada, gente muy corrida é ingeniosa.

CORO.

Diles, diles que vengan á hablarnos. Sin más que oir tus palabras, ya vuelo de gozo.

LA ABUBILLA (1).

Recoged vosotros esas armas y colgadlas de nuevo en la cocina, junto al hogar (2), bajo la proteccion de los dioses domésticos. *(A Pistetero)* Expon y demuestra á la asamblea el objeto para el cual ha sido convocada.

PISTETERO.

No, por Apolo; nada diré miéntras no prometan, como aquel mono armero á su mujer, no morderme, ni desgarrarme, ni taladrarme...

CORO.

¿El...? Nada temas.

PISTETERO.

No, los ojos.

CORO.

Lo prometo.

PISTETERO.

Júralo.

CORO.

Lo juro, y si cumplo mi promesa, que obtenga el premio por el voto unánime de todos los jueces y espectadores.

PISTETERO.

Convenido.

CORO.

Y si no la cumplo, que la gane por un solo voto.

PISTETERO.

¡Pueblos, escuchad! Recojan los soldados sus ar-

(1) Dirigiéndose á los esclavos.
(2) En *Los Acarnienses*, 279, hemos visto indicada la misma costumbre de colgar las armas junto al hogar.

mas y vuelvan á sus hogares, é infórmense de las órdenes que se fijen en los tablones (1).

CORO.

El hombre es un sér siempre y en todo falso; habla tú, sin embargo. Quizá me reveles algun proyecto que te parezca útil, ó un medio de aumentar mi poder que á mí se me haya pasado por alto y que tú hayas visto. Habla; en inteligencia de que lo haces para el bien general, porque los bienes que me procures los dividiré contigo. Manifiesta confiadamente los proyectos que te han traido aquí, pues por ningun pretexto romperé la tregua que contigo he pactado.

PISTETERO.

No deseo otra cosa: la masa de mi discurso está ya dispuesta y sólo me falta sobarla. Esclavo, tráeme una corona y agua para las manos; pero pronto.

EVÉLPIDES.

¿Vamos á cenar ó qué? (2).

PISTETERO.

No, por Júpiter; estoy buscando algunas palabras magníficas y sustanciosas para ablandar sus ánimos (*Dirigiéndose al Coro*). Sufro tanto por vosotros que en otro tiempo fuisteis reyes...

CORO.

¡Nosotros reyes! ¿De quién?

(1) Fórmula empleada para la promulgacion de las leyes.

(2) Los preparativos para pronunciar un discurso y ponerse á la mesa eran idénticos.

PISTETERO.

Reyes de todo cuanto existe; de mí, en primer lugar; de éste; del mismo Júpiter; porque sois anteriores á Saturno, á los Titanes y á la Tierra.

CORO.

¿A la Tierra?

PISTETERO.

Sí, por Apolo.

CORO.

No habia oido semejante cosa.

PISTETERO.

Es que sois ignorantes y descuidados y no habeis manoseado á Esopo. Esopo dice que la alondra nació ántes que todos los séres y que la misma Tierra: su padre murió de enfermedad, cuando la Tierra áun no existia; permaneció cinco dias insepulto, hasta que la alondra, ingeniosa por la fuerza de la necesidad, enterró á su padre en su cabeza.

EVÉLPIDES.

Por eso el padre de la alondra yace ahora en Céfale (1).

LA ABUBILLA.

¿De modo que si las aves son anteriores á la Tierra y á los dioses, á ellas les pertenecerá el mando por derecho de antigüedad?

EVÉLPIDES.

Esa es la verdad: procura, por tanto, fortificar tu pico, pues Júpiter no devolverá así como quiera su cetro al pito real.

(1) Nombre de un demo del Atica, que significa *cabeza*.

PISTETERO.

Hay infinitas pruebas de que las aves, y no los dioses, reinaron sobre los hombres en la más remota antigüedad. Principiaré por citaros al gallo, que fué rey y mandó á los Persas ántes que todos sus monarcas, ántes que Darío y Megabíses; y en memoria de su reinado se le llama todavía el ave pérsica.

EVÉLPIDES.

Por eso es la única de las aves que anda majestuosamente, como el gran rey, con la tiara recta sobre la cabeza (1).

PISTETERO.

Fué tan grande su poder y tan respetada su auridad, que hoy mismo, como un vestigio de su dignidad antigua, en cuanto canta al amanecer, corren al trabajo y se calzan en la oscuridad todos los herreros, alfareros, curtidores, zapateros, bañeros, panaderos, y fabricantes de liras y de escudos.

EVÉLPIDES.

Pregúntamelo á mí; precisamente un gallo ha tenido la culpa de que perdiese un fino manto de lana frigia. Estaba yo en la ciudad convidado á un banquete que se daba para celebrar el acto de poner nombre á un niño; bebí algo y empecé á dormitar; en esto, y ántes de que los demas convidados se sentasen á la mesa, se le ocurre cantar á un gallo: creyendo que era de dia, marcho en direc-

(1) Los demas personajes la llevaban inclinada.

cion á Alimunte (1); apénas salgo extramuros, un ladron me asesta en la espalda un terrible garrotazo; caigo al suelo; voy á pedir socorro; pero era tarde, ya habia desaparecido con mi manto.

PISTETERO.

El milano fué antiguamente jefe y rey de los Griegos.

LA ABUBILLA.

¿De los Griegos?

PISTETERO.

Él fué durante su reinado quien les enseñó á arrodillarse á la vista de los milanos (2).

EVÉLPIDES.

Sí, por Baco; un dia que me prosterné en presencia de uno de ellos, me eché al suelo con la boca abierta y me tragué un óbolo (3); por lo cual volví á casa con mi saco vacío (4).

PISTETERO.

El cuco fué rey del Egipto y de toda la Fenicia; así es que cuando cantaba ¡cúcu! todos los Fenicios iban al campo á segar el trigo y la cebada.

EVELPIDES.

De ahí sin duda viene el proverbio: ¡Cúcu! los circuncidados al campo (5).

(1) Demo del Atica.
(2) El milano aparecia en Grecia al empezar el buen tiempo. Los pobres celebraban su venida.
(3) De los que llevaba en la boca, segun costumbre muy generalizada.
(4) Sin duda el saco que llevaba para traer la harina comprada con el óbolo tragado.
(5) Los Egipcios y Fenicios practicaban la circuncision.

PISTETERO.

Tan grande fué el poder de la gente alada, que los reyes de las ciudades griegas, Agamenon y Menelao, llevaban en el extremo de su cetro una ave que participaba de sus presentes.

EVÉLPIDES.

No sabía yo eso; así es que me admiraba cuando Priamo se presentaba en las tragedias con un pájaro que observaba fijamente á Lisicrátes (1) y los regalos con que se deja sobornar.

PISTETERO.

Pero oid la prueba más contundente. Júpiter, que ahora reina, lleva sobre su cabeza un águila, atributo de su soberanía; su hija lleva una lechuza; y Apolo, su ministro, un azor.

EVÉLPIDES.

¡Es verdad, por la venerable Céres! ¿Mas para qué llevan esas aves?

PISTETERO.

Para que en los sacrificios, cuando, segun el rito, se ofrecen las entrañas á los dioses, ellas reciban su parte ántes que Júpiter. Entónces ningun hombre juraba por los dioses, sino todos por las aves; y hoy mismo cuando Lampon engaña á alguno suele jurar por el ganso (2). ¡En tanta estima

(1) General ateniense, ambicioso y venal. Aristófanes se burla en otros pasajes de su fealdad y de su manía de teñirse los cabellos (*Las Junteras*, 630, 736).

(2) En griego no hay más diferencia que de una letra entre el nombre de Júpiter y el del ganso, Ζῆνα y χῆνα. Lampon era un adivino.

y veneracion tenian entónces á los que ahora sois considerados como imbéciles y esclavos viles! Hoy os apedrean como á los dementes; hoy os arrojan de los templos; hoy infinitos cazadores os tienden lazos y preparan contra vosotros varetas, cepos, hilos, redes y pihuelas; hoy os venden á granel despues de cogidos, y ¡oh colmo de ignominia! los compradores os tantean para ver si estais gordos. ¡Y si se contentasen á lo ménos con asaros! pero hacen un menudo picadillo de silfio y queso, aceite y vinagre; le agregan otros condimentos dulces y crasos, y derraman sobre vosotros esta salsa hirviente como si fueseis carnes corrompidas.

CORO.

Acabas de hacernos, hombre querido, un triste, tristísimo relato. ¡Cuánto deploro la incuria de mis padres que, léjos de trasmitirme los honores heredados de sus abuelos, consintieron que fuesen abolidos! Pero sin duda algun númen propicio te envía para que me salves; á tí me entrego, pues, confiadamente con mis pobres polluelos. Dínos lo que hay que hacer; porque seríamos indignos de vivir, si por cualquier medio no reconquistáramos nuestra soberanía.

PISTETERO.

Opino primeramente que todas las aves se reunan en una sola ciudad, y que las llanuras del aire y de este inmenso espacio se circunden de un muro de grandes ladrillos cocidos, como los de Babilonia.

LA ABUBILLA.

¡Oh Cebrion, oh Porfirion (1), qué terrible plaza fuerte!

PISTETERO.

Cuando hayais construido esa muralla, reclamaréis el mando á Júpiter; si se niega y no quiere acceder, obstinado en su sinrazon, declaradle una guerra sagrada y prohibid á los dioses que atraviesen como ántes vuestros dominios y que desciendan á la tierra enardecidos por su adúltero amor á las Alcmenas, Alopes y Semeles; y si se presentan, ponedles en estado de no gozarlas más (2). Enviad en seguida otro alado embajador á los hombres para que les haga entender que, siendo las aves dueñas del mundo, á ellas deben ofrecer primero sus sacrificios y despues á los dioses, y que deberán agregar á cada divinidad el ave que le convenga; si, por ejemplo, sacrifican á Vénus, ofrecerán al mismo tiempo cebada á la picaza marítima; si matan una oveja en honor de Neptuno, presentarán granos de trigo al ánade; si un buey á Hércules, tortas con miel á la gaviota; si inmolan un carnero en las aras de Júpiter rey, rey es tambien el reyezuelo, y por consiguiente habrá de consagrársele, ántes que al mismo Júpiter, un mosquito macho.

(1) Nombres de pájaros y de gigantes.
(2) *Ut mentulam eis annulo constringatis, ne amplius illas futuant.*

EVÉLPIDES.

Me agrada ese sacrificio de un mosquito. ¡Que truene ahora el gran Júpiter!

LA ABUBILLA.

¿Pero cómo nos tendrán los hombres por dioses, y no por grajos, al ver que volamos y tenemos alas?

PISTETERO.

No sabes lo que dices. Mercurio, siendo todo un dios, tiene alas y vuela, y lo mismo otras muchas divinidades: la Victoria vuela con alas de oro, el Amor tiene las suyas, y Homero compara á Íris con una tímida paloma (1).

LA ABUBILLA.

¿No tronará Júpiter? ¿No lanzará contra nosotros su alígero rayo?

PISTETERO.

Si los hombres en su ceguedad se obstinan en despreciaros, y en tener por dioses sólo á los del Olimpo, lanzad sobre la tierra una nube de gorriones que arrebaten de los surcos las semillas: veremos si Céres baja á distribuir trigo á los hambrientos.

EVELPIDES.

No lo hará, de seguro: vereis cómo alega mil pretextos.

PISTETERO.

Además, que los cuervos, para probar que sois dioses, saquen los ojos á los bueyes de labranza y

(1) La comparacion de Homero se refiere á Juno y Minerva y no á Íris. Sin duda esta es una de las correcciones que ha sufrido el texto de la *Ilíada*.

á otros ganados, y que en seguida los cure Apolo, que es médico; para eso le pagan.

EVÉLPIDES.

¡Eh, no! aguarda á que haya vendido mi parejita.

PISTETERO.

Por el contrario, si los hombres os tienen á tí por un dios, á tí por la vida, á tí por Saturno, á tí por Neptuno, lloverán sobre ellos todos los bienes.

LA ABUBILLA.

Dime siquiera uno de ellos.

PISTETERO.

En primer lugar, las langostas no devorarán las flores de sus viñas, porque un solo escuadron de lechuzas y cernícalos dará buena cuenta de ellas. Despues sus higos estarán libres de mosquitos y cínifes, que serán devorados por un escuadron de tordos.

LA ABUBILLA.

¿Cómo les daremos las riquezas, que es lo que más quieren?

PISTETERO.

Cuando consulten á las aves, indicaréis al adivino las minas más ricas y los tráficos más lucrativos; ni un marino perecerá.

LA ABUBILLA.

¿Por qué no perecerá?

PISTETERO.

Porque cuando consulte los auspicios sobre la navegacion no faltará nunca un ave que le diga: «No te embarques; habrá tempestad;» ó «embárcate; tendrás ganancias.»

EVÉLPIDES.

Compro un navío, y me lanzo al mar; no quiero ya vivir con vosotros.

PISTETERO.

Revelaréis tambien á los hombres el lugar donde se ocultan los tesoros enterrados por sus padres; porque todas lo sabeis. De aquí el proverbio: «Nadie sabe dónde está mi tesoro, como no sea algun pájaro.»

EVÉLPIDES.

Vendo mi barco; compro un azadon, y ¡á desenterrar ollas de oro!

LA ABUBILLA.

¿Y cómo darles la salud que vive entre los dioses?

PISTETERO.

¿Qué mejor salud que la felicidad? Créeme, un hombre desgraciado nunca está bueno.

LA ABUBILLA.

¿Pero como llegarán á la vejez? porque como ésta habita en el Olimpo, habrán de morir en la infancia.

PISTETERO.

Todo lo contrario, las aves prolongaréis su vida trescientos años.

LA ABUBILLA.

¿De quién los tomaremos?

PISTETERO.

¿De quién? de vosotros mismos. ¿Ignoras que la graznadora corneja vive cinco vidas de hombre?

EVÉLPIDES.

¡Ah, cuánto más grato será su imperio que el de Júpiter!

PISTETERO.

¿Quién lo duda? En primer lugar, no tendremos que consagrarles templos de piedra cerrados con puertas de oro, porque habitarán entre el follaje de las encinas: un olivo será el templo de las aves más veneradas; además para ofrecerles sacrificios no habrá que hacer un viaje á Délfos ó Amnon (1), sino que parándonos delante de los madroños y acebuches, les presentaremos un puñado de trigo ó de cebada, suplicándoles, con las manos extendidas, que nos concedan parte de sus bienes, y los conseguiremos sin más dispendios que un poquillo de grano.

CORO.

¡Oh anciano, que despues de haberme sido tan odioso me eres ahora tan querido, nunca por mi voluntad me apartaré de tus consejos! Animado por tus palabras he prometido y jurado, que si tú, fiel á tus santas promesas, te unes á mí, sin dolo alguno, para atacar á los dioses, éstos no conservarán mucho tiempo el cetro que me pertenece. Todo lo que dependa de la fuerza, queda á nuestro cargo; y al tuyo lo que exija habilidad y consejo.

LA ABUBILLA.

¡Por Júpiter! no es tiempo de dormirse y dar

(1) Templo y oráculo de Júpiter en Libia.

largas á la manera de Nícias (1), sino de obrar con energía y rapidez. Entrad en mi nido de pajas y ramaje, y decidnos vuestros nombres.

PISTETERO.

Es fácil: me llamo Pistetero.

LA ABUBILLA.

¿Y ese?

PISTETERO.

Evélpides, de la aldea de Cria.

LA ABUBILLA.

Salud á entrambos.

PISTETERO.

Aceptamos el augurio.

LA ABUBILLA.

Entrad, pues.

PISTETERO.

Vamos, dirígenos tú.

LA ABUBILLA.

Venid.

PISTETERO.

¡Ah cielos! ven, vuelve acá. ¿Cómo éste, y yo que no tenemos alas, os hemos de seguir cuando voleis?

LA ABUBILLA.

Muy fácilmente.

PISTETERO.

Piénsalo bien: mira que Esopo dice en sus fábulas que á la zorra le causó grave perjuicio su alianza con el águila (2).

(1) Tenía fama de moroso en sus operaciones militares. (V. Tuc. vi, 25, y Plutarco, *Vida de Nícias.*)

(2) Se conserva un fragmento de Arquíloco sobre esta

LA ABUBILLA.

Nada temas; hay una raíz, que en cuanto la comais os saldrán alas.

PISTETERO.

Entremos con esa condicion. Ea, Jántias, y tú, Manodoro (1), coged nuestro equipaje.

CORO.

¡Hola! ¡eh, Abubilla! á tí te llamo.

LA ABUBILLA.

¿Qué me quieres?

CORO.

Llévate á esos y dáles bien de comer; pero déjanos á la melodiosa Procne, cuyos cantos son dignos de las musas: hazla salir para que nos divirtamos con ella.

PISTETERO.

Sí, cede á sus deseos: hazla salir de entre las floridas cañas. Por los dioses te pido que la llames para que contemplemos tambien nosotros al ruiseñor.

LA ABUBILLA.

Puesto que lo deseais, fuerza es obedeceros: sál, Procne, y muéstrate á nuestros huéspedes.

(Sale Procne.) (2)

---

fábula. (V. Apraiz, *Estudios sobre la fábula*, publicados en *El Ateneo*, tom. I, p. 113.)

(1) Nombres de esclavos.

(2) Segun el Escoliasta, el atavío de Procne imitaba el traje de las cortesanas y el plumaje del ruiseñor.

PISTETERO.

¡Oh venerado Júpiter! ¡Qué hermosa avecilla! ¡Qué tierna! ¡Qué brillante!

EVELPIDES.

¿Sabes que la estrecharia con gusto entre mis brazos? (1)

PISTETERO.

¡Cuánto oro trae sobre sí! Parece una doncella.

EVELPIDES.

Tentado estoy de darle un beso.

PISTETERO.

Pero, desdichado, ¿no ves que tiene por pico dos asadores?

EVÉLPIDES.

¿Qué importa? ¿Hay más que quitarle la cascarilla que le cubre la cabeza como si fuese un huevo, y besarla despues.

LA ABUBILLA.

Vamos.

PISTETERO.

Guíanos en hora buena.

CORO.

Amable avecilla, el más querido de mis alados compañeros, mi señor, que presides nuestros cantos; al fin viniste á mi presencia; viniste para dejar oir tu suavísimo gorjeo. Tú, que en la flauta armoniosa tañes primaverales melodías, preludia

---

(1) *Quam ipsi crura lubens divaricarem.*

nuestros anapestos (1). Ciegos humanos, semejantes á la hoja ligera, impotentes criaturas hechas de barro deleznable, míseros mortales que, privados de alas, pasais vuestra vida fugaz como vanas sombras ó ensueños mentirosos, escuchad á las aves, séres inmortales y eternos, aéreos, exentos de la vejez, y ocupados siempre en pensamientos perdurables; nosotros os daremos á conocer los fenómenos celestes, la naturaleza de las aves, y el verdadero orígen de los dioses, de los rios, del Erebo y del Cáos; con tal enseñanza podreis causar envidia al mismo Pródico (2). En el principio sólo existian el Cáos y la Noche, el negro Erebo y el profundo Tártaro; la Tierra, el Aire y el Cielo no habian nacido todavía; al fin, la Noche de negras alas puso en el seno infinito del Erebo un huevo sin gérmen, del cual, tras el proceso de largos siglos, nació el apetecido Amor con alas de oro resplandeciente, y rápido como el torbellino. El Amor, uniéndose en los abismos del Tártaro al Cáos alado y tenebroso engendró nuestra raza, la primera que nació á la luz. La de los inmortales no existia ántes de que el Amor mezclase los gérmenes de todas las cosas; pero, al confundirlos, brotaron de tan sublime union el Cielo, la Tierra, el Océano, y la raza eterna de las deidades bienaventuradas. Hé aquí cómo nosotros somos muchísimo más antiguos que los dioses. Nosotros

(1) Sigue la *Parábasis*.
(2) Filósofo citado en *Las Nubes*. (V. la nota al v. 361.)

somos hijos del Amor; mil pruebas lo confirman; volamos como él, y favorecemos á los amantes. ¡Cuántos lindos muchachos habiendo jurado ser insensibles, se rindieron á sus amantes al declinar su edad florida, vencidos por el regalo de una codorniz, de un porfirion, de un ánade ó de un gallo! Nos deben los mortales sus mayores bienes. En primer lugar, anunciamos las estaciones; la primavera, el invierno y el otoño: la grulla al emigrar á Libia advierte al labrador (1) que siembre; al piloto que cuelgue el timon (2) y se entregue al descanso; á Oréstes (3) que se mande tejer un manto, para que el frio no le incite á robárselo á los transeuntes. El milano anuncia, al aparecer, otra estacion y el momento oportuno de trasquilar los primaverales vellones; y la golondrina dice que ya es preciso abandonar el manto y vestirse una túnica ligera. Las aves reemplazamos para vosotros á Anmon, á Délfos, á Dodona y á Apolo. Para todo negocio comercial, ó compra de víveres, ó matrimonios nos consultais préviamente y dais el nombre de *auspicios* á todo cuanto sirve para revelaros el porvenir: una palabra es un auspicio (4); un estornudo es un auspicio; un encuentro es un auspicio;

(1) Estos pronósticos se encuentran en *Las obras y los dias* de Hesiodo (v. 45, 448, 629.)
(2) El timon se separaba de la nave cuando no estaba en el mar.
(3) Famoso caco ateniense. (Vid. *Acarnienses*, 1.167.)
(4) Lit.: un *pájaro*. Empleamos la palabra *auspicio* en cuya composicion entra el nombre de Ave.

una voz (1) es un auspicio; el nombre de un esclavo es un auspicio; un asno es un auspicio. ¿No está claro que somos para vosotros el fatídico Apolo? Si nos reconoceis por dioses, hallaréis en nosotros las Musas proféticas, los vientos suaves, las estaciones, el invierno, el estío, un calor moderado; no iremos como Júpiter á posarnos orgullosos sobre las nubes, sino que, viviendo á vuestro lado, dispensaremos á vosotros y á vuestros hijos, y á los hijos de vuestros hijos, riquezas y salud, felicidad, larga vida, paz, juventud, risas, danzas, banquetes, delicias increibles (2); en fin, tal abundancia de bienes, que llegaréis á saciaros. ¡Tan ricos sereis todos!

Musa silvestre de variados tonos, tio tio tio tio tio tio tio tix (3), yo canto contigo en las selvas y en la cumbre de los montes, tio tio tio tio tix, posado entre el follaje de un fresno copudo, tio tio tio tio tix, exhalo de mi delicada garganta himnos sagrados, tio tio tio tix que se unen en las montañas á los augustos coros en honor de Pan y la madre de los dioses, to to to to to to to to to tix. En ellos, á modo de abeja, liba Frínico el néctar de sus inmortales versos y de sus dulcísimas canciones, tio tio tio tio tix.

Espectadores, si alguno de vosotros quiere pasar dulcemente su existencia viviendo con las aves,

(1) Oida por casualidad, se entiende.
(2) Lit.: *leche de pájaros*, que es como si dijéramos una vida de Jauja.
(3) Imitaciones del canto de varias aves.

que acuda á nosotros. Todo lo que en la tierra es torpe y se halla prohibido por las leyes, goza entre la gente alígera de no pequeño honor. Entre los hombres, por ejemplo, es un crímen odioso el pegar á su padre; entre las aves nada más bello que acometerle gritando: si riñes, coge tu espolon. El siervo prófugo, marcado con infamante estigma (1), pasa aquí por pintado francolin: un bárbaro, un frigio, tal como Espíntaro, será entre nosotros el frigilo, de la familia de Filemon (2): un esclavo de Caria, Execéstides (3), por ejemplo, podria proveerse entre las aves de abuelos y parientes. ¿Qué más? ¿Quiere el hijo de Písias (4) abrir las puertas á los infames? pues trasfórmese en perdiz, digno hijo de su padre, que por acá no es deshonroso escaparse como la perdiz.

Así los cisnes, tio tio tio tio tio tio tio tix, uniendo sus voces y batiendo las alas, cantan á Apolo tio tio tio tix; deteniéndose en las orillas del Hebro (5), tio tio tio tix, sus acentos atraviesan las etéreas nubes; escúchanlos las fieras arrobadas y el mar serenando sus olas, to to to to to to to to tix; todo el olimpo resuena: los Dioses inmortales, las Musas y las Gracias repiten gozosos aquella melo-

(1) Se hacía una marca en la frente á los esclavos fugitivos.
(2) Abuelo de Espíntaro, á quien echa en cara su cualidad de extranjero.
(3) Véase la nota al verso 11 de esta comedia.
(4) Se cree fué uno de los que mutilaron las estatuas de Mercurio la víspera de la expedicion á Sicilia.
(5) Rio de Tracia (hoy *Marizza).*

día, tio tio tio tix. Nada hay mejor, nada hay más agradable que tener alas. Si uno de vosotros las tuviese, podria, cuando asistiendo impaciente y mal humorado á una interminable tragedia se siente desfallecer de hambre, volar á su casa, comer, y regresar satisfecho su apetito. Si Patróclides se viera acosado en el teatro por una apremiante necesidad, no tendria que ensuciar su manto, pues volaria á otra parte, y despues de desahogarse, tornaria á su asiento recobradas las fuerzas. Aún más: si alguno de vosotros, no importa quién, abrasado por adúltera llama, distinguia al marido de su amante en las gradas de los Senadores, podria extendiendo sus alas trasladarse á la amorosa cita, y satisfecha su pasion volver á su puesto. ¿Comprendeis ahora las inmensas ventajas de ser alado? Por eso Diítrefes (1), aunque sólo tiene alas de mimbre, ha sido nombrado filarco primero; despues hiparco; y de hombre de nada, se ha convertido en gran personaje, y hoy es ya el gallito de su tribu.

PISTETERO (2).

Ya está hecho. ¡Por Júpiter! no he visto nunca cosa más ridícula.

EVELPIDES.

¿De qué te ries?

(1) Cestero, que se enriqueció fabricando botellas de mimbre.
(2) Pistetero y Evélpides vuelven provistos de alas.

PISTETERO.

De tus alas. ¿Sabes lo que pareces con ellas? un ganso pintado de brocha gorda.

EVÉLPIDES.

Y tú un mirlo con la cabeza desplumada.

PISTETERO.

Nosotros lo hemos querido; y como Esquilo dice: «No son plumas de otro, sino nuestras» (1).

LA ABUBILLA.

¡Ea! ¿qué debemos hacer?

PISTETERO.

Lo primero dar á la ciudad un nombre ilustre y pomposo; despues ofrecer un sacrificio á los dioses.

EVÉLPIDES.

Opino lo mismo.

LA ABUBILLA.

Pues veamos el nombre que ha de ponérsele.

PISTETERO.

¿Quereis que le demos uno magnífico tomado de Lacedemonia? ¿Quereis que la llamemos Esparta?

EVÉLPIDES.

¡Por Hércules! ¿Esparta mi ciudad? Cuando ni siquiera consiento que sea de esparto (2) mi lecho, aunque sólo tenga una estera de junco.

PISTETERO.

¿Pues qué nombre le daremos?

(1) Verso de *Los Mirmídones* de Esquilo, tragedia de la cual sólo se conservan fragmentos.
(2) Hay en el original el juego de palabras que hemos podido conservar en la traduccion.

EVÉLPIDES.

Uno magnífico, tomado de las nubes y de estas elevadas regiones.

PISTETERO.

¿Qué te parece Nefelococigia? (1)

LA ABUBILLA.

¡Oh! ¡oh! ese sí que es bello y grandioso.

EVÉLPIDES.

¿No es en Nefelococigia donde están todas las grandes riquezas de Teógenes y Esquínes? (2).

PISTETERO.

No, donde están es en el llano de Flegra (3), en el que los dioses aniquilaron la arrogancia de los gigantes.

EVÉLPIDES.

Será una ciudad hermosísima. ¿Pero cuál será su divinidad protectora? ¿Para quién tejeremos el peplo? (4).

PISTETERO.

¿Por qué no escogemos á Minerva Poliada?

EVÉLPIDES.

¿Podrá estar bien arreglada una ciudad en que una mujer vaya completamente armada y Clístenes se dedique á hilar?

PISTETERO.

¿Quién guardará el muro pelárgico? (5).

(1) Significa ciudad de las nubes y los cucos.
(2) Ciudadanos que se jactaban de tener riquezas, siendo pobrísimos.
(3) Otro lugar imaginario.
(4) Véase la nota al verso 562 de *Los Caballeros*.
(5) *Pelárgico* en vez de *Pelásgico*. Se llamaban así los antiguos muros de la ciudadela de Aténas. Además este adjetivo recuerda en griego el nombre de las cigüeñas.

LA ABUBILLA.

Uno de los nuestros oriundo de Persia, que se proclama el más valiente de todos, un pollo de Marte (1).

EVÉLPIDES.

¡Oh pollo señor! ¡Es un dios á propósito para vivir sobre las piedras!

PISTETERO.

Ea, véte al aire, á ayudar á los albañiles que construyen la muralla: llévales morrillos; desnúdate y haz mortero: sube la gamella; cáete de la escala; pon centinelas; guarda el fuego bajo la ceniza; ronda con tu campanilla (2), y duérmete; envia luégo dos heraldos, uno arriba á los dioses, otro abajo á los hombres, y despues vuelve á mi lado.

EVÉLPIDES.

Tú quédate aquí, y revienta (3).

PISTETERO.

Anda, amigo mio, á donde te envío; nada de cuanto te he dicho puede hacerse sin tí. Yo voy á ofrecer un sacrificio á los nuevos dioses, y á llamar al sacerdote para que presida la procesion. ¡Eh,

(1) El gallo. Alusion á la metamorfósis de Alectrion, criado de Marte, en gallo, por no haberle avisado á tiempo la venida de Vulcano, cuando estaba entretenido en amorosos hurtos con la diosa Vénus.
(2) Los que hacian la ronda por las murallas llevaban una campanilla, á la cual debian responder los centinelas.
(3) En vez de χαῖρε, *adios*, le dice οἴμωζε, *llora*.

tú, esclavo! trae el canastillo y la sagrada vasija (1).

CORO.

Yo uno á las tuyas mis fuerzas y mi voluntad, y te exhorto á dirigir á los dioses súplicas espléndidas y solemnes, y á inmolar una víctima en accion de gracias. Entonemos en honor del dios canciones píticas acompañadas por la flauta de Quéris.

PISTETERO *(al flautista)*.

Deja de soplar, Hércules. ¿Qué es eso? Por Júpiter, muchos prodigios he visto, pero nunca á un cuervo con bozal (2). Sacerdote, cumple tu deber, y sacrifica á los nuevos dioses.

EL SACERDOTE.

Lo haré. ¿Dónde está el que tiene el canastillo? Rogad á la Vesta de las aves, al milano protector del hogar, y á todos los pájaros, olímpicos y olímpicas, dioses y diosas...

PISTETERO.

¡Salve, gavilan protector de Sunio, rey pelásgico! (3)

(1) Con el agua lustral. Véanse en *La Paz* ceremonias idénticas.
(2) Los flautistas se colocaban una correa delante de la boca.
(3) En esta oracion burlesca van mezclados nombres de dioses y aves. El poeta dice Σουνιάρακε en vez de Σουνιάρατε, *dios adorado en Sunio*, epiteto de Neptuno.

EL SACERDOTE.

Al cisne Pítico y Delio, á Latona madre de las codornices (1), á Diana jilguero...

PISTETERO.

En adelante no habrá Diana Colénis (2), sino Diana jilguero.

EL SACERDOTE.

A Baco pinzon, á Cibéles avestruz, augusta madre de los dioses y los hombres...

PISTETERO.

¡Oh poderosa Cibéles avestruz, madre de Cleócrito (3).

EL SACERDOTE.

Que den salud y felicidad á los Nefelococigios y á sus aliados de Quíos (4).

PISTETERO.

Me gusta ver en todas partes á los de Quíos.

EL SACERDOTE.

A los héroes, á las aves, á los hijos de los héroes, al porfirion, al pelícano, al pelecino, al fléxide, al tetraon, al pavo real, al elea, á la cerceta, al elasa, á la garza, al mergo, al becafigo, al pavo...

PISTETERO.

Acaba, hombre infernal; acaba tus invocacio-

(1) Ὀρτυγομήτρα, que significa, *madre de las codornices* y de la isla *Ortigia* ó Délos que acogió á Latona.
(2) Sobrenombre de Diana.
(3) Alude á la traza de avestruz de Cleócrito.
(4) Como Quíos era una de las aliadas más fieles de Aténas, las oraciones solian terminar con la fórmula: «en favor de Aténas y de Quíos,» que el sacerdote añade á su súplica como por la fuerza de la costumbre.

nes. Desdichado, ¿á qué víctimas llamas á los buitres y á las águilas de mar? ¿No ves que un milano basta para devorar estas viandas? ¡Lárgate de aquí con tus ínfulas! Ya ofreceré yo solo el sacrificio.

EL SACERDOTE.

Es preciso que para la aspersion entone un nuevo himno sacro y piadoso, é invoque á los dioses, á uno siquiera, si es que teneis bastantes provisiones, pues vuestras decantadas víctimas veo que se reducen á barbas y cuernos.

PISTETERO.

Oremos al sacrificar á los dioses alados.

UN POETA.

Celebra, oh Musa, en tus himnos y canciones á la feliz Nefelococigia.

PISTETERO.

¿Qué significa esto? Dí, ¿quién eres?

EL POETA.

Yo soy un cantor melífluo, un celoso servidor de las musas, como dice Homero.

PISTETERO.

Si eres esclavo, ¿cómo llevas largo el cabello? (1)

EL POETA.

No es eso; todos los poetas somos celosos servidores de las Musas, al decir de Homero.

(1) Los esclavos llevaban el cabello rapado. La cabellera larga era signo de ingenuidad y nobleza. En cuanto á los poetas de cierta índole, parece que tambien en aquellos tiempos eran melenudos.

PISTETERO.

Ya no me asombro: tu manto demuestra muchos años de servicio. Pero, desdichado poeta, ¿qué mal viento te ha traido aquí?

EL POETA.

He compuesto versos en honor de vuestra Nefelecocigia, y muchos hermosos ditirambos y parténias (1), en el estilo de Simónides.

PISTETERO.

¿Y cuándo los has compuesto?

EL POETA.

Hace mucho tiempo, mucho tiempo, que yo canto á esta ciudad.

PISTETERO.

¿Pero si en este instante celebro la fiesta de su fundacion, y acabo de ponerla un nombre como á los niños de diez dias! (2)

EL POETA.

¡Qué importa! La voz de las Musas vuela como los más rápidos corceles. ¡Oh tú, padre mio, fundador del Etna, tú cuyo nombre recuerda los divinos templos, otórgame propicio los bienes que para tí desearias!

PISTETERO.

No nos vamos á quitar de encima esta calami-

(1) Llamábanse *parténias* los versos cantados por coros de doncellas.

(2) A los diez dias de su nacimiento se ponia nombre á los niños, celebrándose este suceso con un banquete. Aristófanes, al mismo tiempo que parodia el estilo y versificacion de la poesía lírica, intercala unos versos de Píndaro sobre Hieron, fundador del Etna, en Sicilia.

dad, si no le damos alguna cosa. Tú (1), que tienes ese abrigo sobre la túnica, quítatelo y dáselo á este discretísimo poeta.—Toma este abrigo; pues me parece que estás tiritando.

EL POETA.

Mi Musa acepta regocijada este presente. Escucha tú estos versos pindáricos... (2).

PISTETERO.

¿No se marchará nunca este importuno?

EL POETA.

Sin vestido de lino
Vaga Estraton en el confin helado
Del errabundo Escita:
Burdo manto le han dado,
Pero áun túnica fina necesita (3).

¿Comprendes lo que quiero decir?

PISTETERO.

Vaya si comprendo: quieres que te regale una túnica.—Quítatela: es preciso obsequiar á los poetas.—Tómala, márchate.

EL POETA.

Me voy, y al irme compongo estos versos en honor de vuestra ciudad:

Númen de aureo trono,
Celebra esta ciudad
Que tirita á los soplos
De un céfiro glacial.

(1) Dirigiéndose á uno de los presentes.
(2) Hieron habia regalado á Píndaro un tiro de mulas, y el poeta le pedia además un carro.
(3) Galimatías poético, parodia del estilo ditirámbico.

Yo su campiña fértil,
Vengo de visitar,
Alfombrada de nieve.
¡Tralalá, tralalá!

(Vase.)

PISTETERO.

Sí, pero te escapas de estos helados campos con una buena túnica. Jamás hubiera creido, Júpiter soberano, que ese maldito poeta pudiera adquirir tan pronto noticias de esta ciudad. *(Al sacerdote.)* Coge la vasija y da vuelta al altar.

EL SACERDOTE.

¡Silencio!

UN ADIVINO.

No inmoles el chivo (1).

PISTETERO.

¿Quién eres tú?

EL ADIVINO.

¿Quién soy? un adivino.

PISTETERO.

¡Véte en hora mala!

EL ADIVINO.

Amigo mio, no desprecies las cosas divinas: hay una profecía de Bácis (2) que se refiere claramente á Nefelococigia.

(1) Que el sacerdote iba á sacrificar.
(2) Adivino citado várias veces *(Los Caballeros*, 123; *La Paz*, 1.070).

PISTETERO.

¿Por qué no me hablaste de ese oráculo ántes de fundar la ciudad?

EL ADIVINO.

Un dios me lo impedia.

PISTETERO.

No hay inconveniente en que oigamos el vaticinio.

EL ADIVINO.

«Cuando los lobos y las encanecidas cornejas habitaren juntos en el espacio que separa á Corinto de Sicione...» (1).

PISTETERO.

¿Pero qué tenemos que ver con los Corintios?

EL ADIVINO.

Bácis, al expresarse de ese modo, se referia al aire. «Sacrificad primeramente á Pandora un blanco vellocino; y despues regalad al profeta que interprete mis oráculos un buen vestido y zapatos nuevos...»

PISTETERO.

¿Están tambien los zapatos?

EL ADIVINO.

Toma y lee. «Y dadle además una copa y un buen trozo de las entrañas de la víctima.»

PISTETERO.

¿Tambien hay que darle un trozo de las entrañas?

EL ADIVINO.

Toma y lee. «Jóven divino, si obedecieres mis

(1) Que era el sitio que ocupaba *Orneas*, de que ántes se ha hablado.

mandatos, serás un águila en las nubes: si no le das nada, ni tórtola, ni águila, ni pito real.»

PISTETERO.

¿Tambien está eso?

EL ADIVINO.

Toma y lee.

PISTETERO.

Pero tu oráculo en nada se parece á otro que escribí yo mismo bajo la inspiracion de Apolo. «Cuando, sin que nadie le llame, venga un charlatan á molestarte miéntras estás ofreciendo un sacrificio, y pida una porcion de las entrañas, deberás molerle las costillas á palos.»

EL ADIVINO.

Tú deliras.

PISTETERO.

Toma y lee. «Y no le perdones, aunque sea un águila en las nubes, aunque sea Lampon, aunque sea el gran Diopítes.» (1)

EL ADIVINO.

¿Tambien está eso?

PISTETERO.

Toma y lee, ¡y lárgate al infierno!

EL ADIVINO.

¡Ay, pobre de mí!

PISTETERO.

Pronto, pronto, véte á profetizar á otra parte

(1) Personas ya citadas.

METON (1).

Vengo á...

PISTETERO.

Otro importuno. ¿Qué te trae aquí? ¿Cuáles son tus proyectos? ¿Qué te propones viniendo tan encopetado con tus coturnos?

METON.

Quiero medir las llanuras aéreas, y dividirlas en calles.

PISTETERO.

En nombre de los dioses, ¿quién eres?

METON.

¿Quién soy? Meton, conocido en toda la Grecia y en la aldea de Colona (2).

PISTETERO.

Dime, ¿qué es eso que traes ahí?

METON.

Reglas para medir el aire. Pues todo el aire, en su forma general, es enteramente parecido á un horno (3). Por tanto, aplicando por arriba esta línea curva y ajustando el compas... ¿Comprendes?

PISTETERO.

Ni una palabra.

(1) Célebre astrónomo y geómetra, autor del ciclo de diez y nueve años, destinado á armonizar el año solar y el lunar. La aceptacion de este ciclo produjo algunas alteraciones en el calendario ateniense, de que ya se ocupó Aristófanes en *Las Nubes*.

(2) La aldea de Colona debia á Meton el establecimiento de una fuente.

(3) Comparacion atribuida al pitagórico Hippon. (V. *Las Nubes*, 95.)

METON.

Con esta otra regla trazo una línea recta, inscribo un cuadrado en el círculo, y coloco en su centro la plaza; á ella afluyen de todas partes calles derechas, del mismo modo que del sol, aunque es circular, parten rayos rectos en todas direcciones.

PISTETERO.

¡Este hombre es un Táles... Meton!

METON.

¿Qué?

PISTETERO.

Ya sabes que te quiero; pues bien, voy á darte un buen consejo: márchate cuanto ántes.

METON.

¿Pues qué peligro...?

PISTETERO.

Aquí, como en Lacedemonia (1), es costumbre expulsar á los extranjeros, y en la ciudad llueven garrotazos.

METON.

¿Hay alguna sedicion?

PISTETERO.

Nada de eso.

METON.

¿Pues qué?

PISTETERO.

Hemos tomado por unanimidad la resolucion de echar á todos los charlatanes.

(1) Alusion á la ley de *Xenelasia*, vigente en Lacedemonia.

METON.

Pues huyo.

PISTETERO.

Creo que ya es tarde: la tempestad estalla. *(Le pega.)*

METON.

¡Desdichado de mí! *(Huye.)*

PISTETERO.

¿No te lo decia hace tiempo? Véte con tus medidas á otra parte.

UN INSPECTOR.

¿Dónde están los próxenos? (1)

PISTETERO.

¿Quién es este Sardanápalo?

EL INSPECTOR.

Soy un Inspector (2) designado por la suerte para vigilar en Nefelococigia.

PISTETERO.

¡Un Inspector! ¿Quién te ha enviado?

EL INSPECTOR.

Un maldito decreto de Teleas (3).

PISTETERO.

¿Quieres recibir tu sueldo, y marcharte, sin tomarte la menor molestia?

(1) Magistrados encargados de recibir á los extranjeros que venian á Aténas. Cada ciudad extranjera tenía en Aténas sus próxenos, cuyas funciones se parecian algo á las de nuestros cónsules.

(2) Los inspectores estaban encargados de vigilar las ciudades tributarias de Aténas.

(3) Citado ántes, y en *La Paz*, 1.008.

EL INSPECTOR.

Sí por cierto; precisamente tenía hoy necesidad de estar en Aténas para asistir á la asamblea: tengo un asunto de Farnáces (1).

PISTETERO.

Toma y llévate esto; este será tu sueldo *(Le pega.)*

EL INSPECTOR.

¿Qué es esto?

PISTETERO.

Es la asamblea en que has de defender á Farnáces.

EL INSPECTOR.

¡Sed testigos de que me pega! ¡á mí! ¡á un Inspector!

PISTETERO.

¿No te irás con tus malditas urnas judiciales? Esto es insoportable; ¡enviar inspectores á una ciudad ántes de haberse ofrecido el sacrificio de consagracion!

UN VENDEDOR DE DECRETOS.

«El Nefelococigio que faltase á un Ateniense...»

PISTETERO.

¿Qué nueva calamidad es esta, cargada de pergaminos?

EL VENDEDOR DE DECRETOS.

Soy un vendedor de decretos, y vengo á venderos leyes nuevas.

(1) Sátrapa persa.

PISTETERO.

¿Cuáles?

EL VENDEDOR DE DECRETOS.

«Los habitantes de Nefelococigia tendrán las mismas leyes, pesos y medidas que los Olofixios (1).

PISTETERO.

Ahora vas á conocer las de los Ototixios (2).

EL VENDEDOR DE DECRETOS.

Eh, ¿qué haces?

PISTETERO.

¿No te largas con tus decretos? Pues te voy á aplicar unos bien crueles.

EL INSPECTOR *(volviendo).*

Cito por injurias á Pistetero para el mes Muniquion (3).

PISTETERO.

¡Cómo! ¿aún estabas ahí?

EL VENDEDOR DE DECRETOS.

«El que expulsare á un magistrado y no le recibiese como prescribe el edicto fijado en la columna...»

(1) Habitantes de Olofixo, ciudad situada al pié del monte Atos, dependientes de Aténas. Nefelococigia es considerada por los Atenienses como una colonia suya, y por eso tratan de imponerle las leyes de la metrópoli.

(2) Pueblo de invencion de Aristófanes, cuya radical significa «llorar.»

(3) El mes *Muniquion* principiaba segun el ciclo de Harpalo el 6 de Mayo, y segun el de Meton el 28 de Marzo. Llamábase así, por las fiestas Muniquias en honor de Diana y en conmemoracion de la batalla de Salamina en Chipre, que se celebraban en él.

PISTETERO *(Al inspector).*

¡Oh, desdicha! ¿Ahí estabas tambien tú?

EL INSPECTOR.

¡Ya me las pagarás! Te he de hacer condenar á diez mil dracmas de multa.

PISTETERO.

Yo haré pedazos tus urnas.

EL INSPECTOR.

¿Te acuerdas de aquella tarde en que hiciste tus necesidades junto á la columna de edictos?

PISTETERO.

Ea, echadle mano á ése. ¡Hola! parece que no te quedas.

EL SACERDOTE.

Marchémonos de aquí cuanto ántes, y sacrifiquemos dentro el macho cabrío.

(Vanse todos.)

CORO.

Ya todos los mortales ofrecerán sus votos y sacrificios á mí que todo lo inspecciono y gobierno. Porque con mi vista abarco el mundo entero y conservo los frutos en flor, destruyendo las infinitas castas de animales que, en el seno de la tierra ó en las ramas de los árboles, los devoran ántes de que hayan brotado del tierno cáliz. Yo mato los insectos que corrompen con su fétido contacto los perfumados huertos; y todos los reptiles y venenosos sapos mueren al golpe de mis forzudas alas.

Hoy que se pregona principalmente este edicto:

«El que matase á Diágoras Meliense (1), recibirá »un talento: el que matase á uno de los tiranos »nuestros (2), recibirá un talento,» queremos nosotros promulgar tambien este decreto: «El que »matare á Filócrates el pajarero, recibirá un ta»lento; cuatro el que lo traiga vivo: él es quien »ata los pinzones de siete en siete y los vende por »un óbolo; él es quien atormenta á los tordos in»flándolos para que parezcan más gordos; él atra»viesa con plumas el pico de los mirlos; él reune »palomas y las encierra obligándolas á reclamar á »otras y atraerlas á sus redes. Este es nuestro »edicto: mandamos además que todo el que tenga »aves encerradas en su patio, las suelte inmediata»mente. El que no obedeciere será apresado por »las aves, y servirá cargado de cadenas para se»ñuelo de otros hombres.»

¡Oh raza afortunada la de las aves! ni en invierno tenemos necesidad de túnicas, ni en estío nos molestan los abrasadores rayos de un sol canicular.

(1) Diágoras, despues de la destruccion de Mélos, su patria, se estableció en Aténas, distinguiéndose por su impiedad, divulgando los misterios de Eleusis y tratando de disuadir á los ciudadanos de su iniciacion. Con este motivo fué acusado y tuvo que huir, pereciendo en un naufragio. Los Atenienses pusieron precio á su cabeza. Como una prueba de su irreligiosidad se cita, que no teniendo leña para hacer la comida, echó al fuego una estatua de Hércules, diciendo: «Debes hacer en obsequio mio un décimotercero trabajo, que será el de cocer estas lentejas.»

(2) Vimos ya en *Las Avispas* que los Atenienses prodigaban las acusaciones de tiranía. Aristófanes se burla de los oradores que las presentaban.

En los valles floridos, á la sombra del tupido follaje, hallo fresco reposo, miéntras la divina cigarra, enfurecida por el calor del mediodía deja oir su agudo canto: cuevas profundas, en que jugueteo con las monteses ninfas, me abrigan en invierno; y en primavera, picoteo las blancas y virginales bayas del mirto, y saqueo los huertecillos de las Gracias.

Queremos decir á los jueces una palabra sobre el premio: si nos le adjudican, les otorgaremos toda clase de bienes; bienes más preciosos que los que recibió el mismo Páris (1). En primer lugar, cosa la más apetecida por todos los jueces, las lechuzas de Laurium (2) no os abandonarán jamás; habitarán dentro de vuestras casas, anidarán en vuestros bolsillos, y empollarán en ellos pequeñas moneditas. Además vuestras habitaciones parecerán templos magníficos, porque elevarémos sus techos en forma de alas de águila (3). Si conseguís una magistratura y quereis robar algo, armarémos vuestras manos con las garras veloces del azor. Y si vais á un banquete, os proveeremos de espaciosos buches. Pero si no nos adjudicais el premio, ya podeis

(1) Despues de su célebre juicio para la adjudicacion de la manzana de oro.

(2) Las monedas atenienses tenian grabada una figura de lechuza. Estas monedas acabaron por llamarse *lechuzas*, así como entre nosotros el nombre de *peluconas* y *perros chicos* sirve para designar las onzas de oro y las monedas de 5 céntimos de peseta.

(3) En griego ἀετός, significa *águila* y *fronton*.

proveeros de sombrillas como las de las estatuas (1); que el que no la lleve nos las pagará todas juntas. Pues cuando salga ostentando su túnica blanca, todas las aves se la mancharemos con nuestras inmundicias.

PISTETERO.

Aves, el sacrificio ha sido favorable; pero me extraña que no venga de la muralla ningun mensajero para anunciarnos cómo va la obra. ¡Ah! ahí viene uno corriendo sin aliento (2).

MENSAJERO PRIMERO.

¿Dónde, dónde está? ¿dónde, dónde, dónde está? ¿dónde, dónde, dónde está? ¿dónde está Pistetero, nuestro jefe?

PISTETERO.

Aquí estoy.

MENSAJERO PRIMERO.

Tus murallas están construidas.

PISTETERO.

Muy bien.

MENSAJERO PRIMERO.

Es una obra soberbia y hermosísima: la anchura del muro es tan grande, que si Proxénides el fanfarron y Teógenes (1) se encontrasen sobre él dirigiendo dos carros tirados por caballos tan grandes como el de Troya, pasarian sin dificultad (2).

(1) Era costumbre colocar sobre las estatuas unas cubiertas de metal para librarlas de las inmundicias de los pájaros.
(2) Lit.: *Alpheum spirans*, frase que quiere indicar que venía con el sobrealiento de los que acaban de correr en estadio olímpico que estaba á la orilla del Alfeo.

PISTETERO.

¡Magnífico!

MENSAJERO PRIMERO.

Su largura (yo mismo la he medido) es de cien brazas (3).

PISTETERO.

¡Por Neptuno, qué largura! ¿Quiénes han construido tan gigantesca muralla?

MENSAJERO PRIMERO.

Las aves, y nadie más que las aves; allí no ha habido ni albañiles egipcios, ni canteros; todo lo han hecho por sí mismas con una habilidad asombrosa. De Africa vinieron cerca de treinta mil grullas que descargaron su lastre de piedras (4), las cuales, despues de arregladas por el pico de los rascones, han servido para los cimientos. Diez mil cigüeñas fabricaron los ladrillos. Los chorlitos y demas aves fluviales subian al aire el agua de la tierra.

PISTETERO.

¿Quiénes traian el mortero?

(1) Proxénides y Teógenes han sido citados ántes.
(2) Como se ve, tambien se conocian las andaluzadas en Aténas.
(3) O cien *orgías*, que equivalen próximamente á 185 metros.
(4) Las grullas se lastran con piedras, dice el Escoliasta, para no ser arrastradas por el viento, y para conocer al arrojarlas si vuelan sobre el mar ó sobre la tierra.

MENSAJERO PRIMERO.

Las garzas, en gamellas.

PISTETERO.

¿Pero cómo pudieron echarlo en las gamellas?

MENSAJERO PRIMERO.

¡Oh, es una invencion ingeniosísima! Los gansos revolvian con sus patas, á guisa de paletas, el mortero, y despues lo echaban en las gamellas.

PISTETERO.

¿Qué no harán los piés? (1).

MENSAJERO PRIMERO.

Era de ver cómo traian ladrillos los ánades. Tambien ayudaban á la faena las golondrinas trayendo mortero en el pico y la llana en la cola, como si fuesen niños.

PISTETERO.

¿Qué necesidad habrá ya de pagar operarios? Pero díme: ¿quiénes labraron las maderas necesarias?

MENSAJERO PRIMERO.

Los pelícanos, como habilísimos carpinteros, arreglaron con sus picos las jambas de las puertas: cuando desbastaban las maderas, se oia un ruido parecido al de los arsenales. Ahora está ya todo cerrado con puertas y cerrojos y cuidadosamente guardado: las rondas recorren el recinto con sus campanillas: hay centinelas en todas partes, y antorchas en las torres. Pero yo corro á lavarme: á tí te toca terminar la obra.

---

(1) Parodia del proverbio: «¿Qué no harán las manos?»

CORO.

Vamos, ¿qué haces? ¿Te admiras de la prontitud con que el muro ha sido construido?

PISTETERO.

Sí por cierto; la cosa es digna de admiracion; parece una fábula. Pero ahí viene uno de los centinelas de la ciudad con marcial continente.

MENSAJERO SEGUNDO.

¡Oh! ¡oh¡ ¡oh!

PISTETERO.

¿Qué ocurre?

MENSAJERO SEGUNDO.

Una cosa indigna. Uno de los dioses de la corte de Júpiter ha atravesado las puertas y ha penetrado en el aire burlando la vigilancia de los grajos que dan la guardia de dia.

PISTETERO.

¡Oh indigno y criminal atentado! ¿Qué dios es?

MENSAJERO SEGUNDO.

Lo ignoramos; sólo sabemos que tiene alas.

PISTETERO.

¿Por qué no habeis lanzado en seguida guardias en su persecucion?

MENSAJERO SEGUNDO.

Hemos enviado tres mil azores, arqueros de caballería: todas las aves de ganchudas uñas, cernícalos, gerifaltes, buitres, águilas y gavilanes vuelan en su busca, haciendo resonar el aire con el rápido batir de sus alas. El dios no debe estar léjos; si no me engaño, hélo ahí.

PISTETERO.

¡Armémonos de la honda y el arco! Aquí, mis amigos; disparad todos vuestras saetas; dadme una honda.

CORO.

Declárase una guerra, una guerra nefanda entre nosotros y los dioses. Hijos del Erebo, guardad cuidadosos el aire y las nubes que le entoldan para que ningun dios las atraviese: vigilad todo el circuito. Ya se oye cerca un ruido de alas, como el de un inmortal cuando vuela.

(Íris aparece volando y es detenida.)

PISTETERO.

¡Eh, tú! ¿á dónde vuelas? Estáte quieta, inmóvil. ¡Alto! detente. ¿Quién eres? ¿De qué país? Es preciso que digas de dónde vienes.

ÍRIS.

Vengo de la mansion de los dioses olímpicos.

PISTETERO.

¿Cómo te llamas, navío ó casco? (1)

ÍRIS.

La rápida Íris.

PISTETERO.

¿La Parálos, ó la Salamina? (2)

(1) Navío, por las alas que le sirven de velas ó de remos; y casco, por el penacho.

(2) Pistetero continúa fijo en su idea de que Íris es una nave. La *Parálos* y la *Salamina* eran las dos galeras sagradas, célebres por su velocidad. Véase antes la nota sobre la *Salamina*.

ÍRIS.

¿Qué dices?

PISTETERO.

¿No habrá un gerifalte (1) que emprenda el vuelo y se lance sobre ella?

ÍRIS.

¿Que se lance sobre mí? ¿Qué significan estos ultrajes?

PISTETERO.

Vas á llorar á mares.

ÍRIS.

Pero esto es absurdo.

PISTETERO.

¿Por qué puerta has penetrado en la ciudad, gran malvada?

ÍRIS.

¿Por qué puerta? No lo sé, por vida mia.

PISTETERO.

¿Oís cómo se burla de nosotros? ¿Te has presentado al capitan de los grajos? Responde. ¿Traes un pase autorizado con el sello de las cigüeñas?

ÍRIS.

¿Qué es esto?

PISTETERO.

¿No lo traes?

ÍRIS.

¿Estás en tu juicio?

(1) Escoge esta ave por ser *bene coleatus*, τρίορχος.

PISTETERO.

¿No te ha enviado un salvo-conducto algun jefe de las aves?

ÍRIS.

Nadie me ha enviado nada, imbécil.

PISTETERO.

¿Y te has atrevido á atravesar en silencio el aire y una ciudad extraña?

ÍRIS.

¿Pues por dónde hemos de pasar los dioses?

PISTETERO.

No lo sé; pero no por aquí. Lo cierto es que tú has delinquido. ¿Sabes que si te aplicase la pena merecida nos apoderaríamos de tí y moriria la bella Íris?

ÍRIS.

Soy inmortal.

PISTETERO.

No por eso dejarias de morir. Esto es insoportable; mandamos en todos los séres del mundo, y ahora nos vienen los dioses echándoselas de insolentes y negándose á obedecer á los más fuertes. Vamos, contesta: ¿á dónde dirigias tu vuelo?

ÍRIS.

¿Yo? llevo encargo de mi padre de ordenar á los hombres que ofrezcan víctimas á los dioses del Olimpo; que inmolen bueyes y ovejas, y llenen las calles con el humo de los sacrificios.

PISTETERO.

¿Qué dices? ¿á qué dioses?

ÍRIS.

¿A qué dioses? á nosotros, á los dioses del cielo.

PISTETERO.

¿Pero vosotros sois dioses?

ÍRIS.

¿Pues qué, hay otros?

PISTETERO.

Las aves son ahora los dioses de los hombres; y á ellas, por vida mia, han de ofrecerse los sacrificios y no á Júpiter.

ÍRIS.

¡Ah, insensato, insensato! no provoques las graves iras de los dioses; guarda que la Justicia, armada del terrible azadon de Júpiter, no extirpe de raíz toda tu raza; teme que sus rayos vengadores te reduzcan á cenizas con todos tus palacios. (1)

PISTETERO.

Oye, déjate de palabras campanudas, y estáte quieta. Dime, ¿crees que me vas á espantar con ese lenguaje, como si fuese algun esclavo lidio ó de la Frigia? (2). ¿Sabes que si Júpiter me molesta más, enviaré águilas igníferas que incendien su morada y el palacio de Anfion (3). ¿Sabes que puedo mandar al cielo contra él más de seiscientos alados porfiriones (4) cubiertos con pieles de leopardos? Y

(1) Parodia del estilo trágico.
(2) Parodia del verso 686 de la *Alceste* de Eurípides.
(3) Tomado de la *Niobe* de Esquilo.
(4) Nombre de un pájaro y de un gigante. Su denominacion vulgar es *polla sultana*. Sabido es en qué grave aprieto pusieron los gigantes á Júpiter.

cuenta que uno solo le dió mucho que hacer. Y á tí, bella mensajera, como me incomodes, te agarro y te doy á conocer, con asombro tuyo, que, aunque viejo, pocos me ganan en las lides amorosas.

IRIS.

¡Ojalá revientes, estúpido, con tus dicharachos!

PISTETERO.

¿Te marchas ó no? ¡Largo pronto! ¡Cuidado con los golpes!

ÍRIS.

¡Ah! mi padre castigará tu insolencia.

PISTETERO.

¡Vaya un susto! ¡Vuela, vuela, véte á llenar con el humo y el hollin de tus rayos á otros más jóvenes que yo!

CORO.

Queda prohibido á los dioses, hijos de Júpiter, el paso por nuestra ciudad; prohíbese tambien á los mortales cuando les ofrezcan sacrificios el que hagan atravesar por aquí el humo de sus víctimas.

PISTETERO.

Temo que no acabe de volver el heraldo que envié á los hombres.

UN HERALDO.

¡Oh feliz Pistetero! ¡Oh sapientísimo! ¡Oh celebérrimo! ¡Oh sapientísimo! ¡Oh hermosísimo! ¡Oh felicísimo! ¡Oh... Vamos, apunta (1).

(1) El Escoliasta dice que la frase aparte debe entenderse: «hazme callar.» Boissonade propone la interpretacion que seguimos.

PISTETERO.

¿Qué estás diciendo?

EL HERALDO.

Todos los pueblos, admirados de tu sabiduría, te ofrecen esta corona de oro.

PISTETERO.

La acepto; pero ¿por qué los pueblos me decretan tan señalado honor?

EL HERALDO.

Tú no sabes, ilustre fundador de una ciudad aérea, la inmensa estimacion en que te tienen los mortales, y la aficion extraordinaria que se ha desarrollado por este país. Antes de que echases los cimientos de esta célebre ciudad, todos los hombres atacados de la lacomanía se dejaban crecer el cabello, ayunaban, iban sucios, vivian socráticamente (1), y llevaban bastones espartanos; ahora ha cambiado la moda y les domina la manía por las aves, complaciéndose en imitar su modo de vivir. En cuanto apunta el alba saltan todos á la vez del lecho y vuelan, como nosotros, á su pasto habitual; despues se dirigen á los carteles y se atracan de decretos. Su manía por las aves es tan grande, que muchos llevan nombres de volátiles: un tabernero cojo, se llama perdiz; Menipo, golondrina; Opuncio, cuervo tuerto; Filócles, alondra; Teógenes, ganso-zorro; Licurgo, íbis; Querefon, murciélago; Siracosio, urraca; y Midias se llama codor-

(1) V. *Las Nubes*, v. 835.

niz, porque, en efecto, tiene toda la traza de una codorniz muerta de un porrazo en la cabeza (1). La pasion por las aves hace que se canten versos, donde es de rigor hablar de golondrinas, de penélopes, de gansos, de palomas, ó por lo ménos algo de plumaje. Así anda la cosa. ¡Ah! te advierto que pronto vendrán aquí más de diez mil personas pidiéndote alas y garras ganchudas; por tanto, ya puedes hacer provision de plumas para los nuevos huéspedes.

PISTETERO.

Entónces no hay tiempo que perder. Anda, llena de alas todos los cestos y cestillos, y díle á Mánes (2) que me los traiga aquí. Yo me encargo de recibir á los que vengan.

CORO.

Esta ciudad va á ser pronto muy populosa.

PISTETERO.

Si la fortuna nos favorece.

CORO.

El amor á nuestra ciudad se propaga.

PISTETERO *(Al esclavo)*.

Trae eso pronto.

CORO.

¿Qué falta en ella de cuanto puede hacer grata su mansion? Aquí se encuentran la Sabiduría, el Amor, las Gracias inmortales, y el plácido semblante de la querida Paz.

(1) Habia en Aténas riñas de codornices á semejanza de las de gallos.
(2) Nombre de esclavo.

PISTETERO.

¡Qué calma, justo cielo! Trae eso pronto.

CORO.

Sí, traed pronto un cesto lleno de alas; y tú hazle moverse á palos, como lo hago yo: es más pesado que un asno.

PISTETERO.

Sí, Mánes es un perezoso.

CORO.

Tú, pon en órden esas alas, las musicales (1), las proféticas (2), las marítimas (3). Procura despues que cada uno se lleve las que le convengan.

PISTETERO *(A Mánes)*.

¡Ah, lo juro por los cernícalos! esta no te la perdono, si continúas tan perezoso y tardon.

UN PARRICIDA.

¡Quién fuera el águila de altísimo vuelo, para cernerse sobre las ondas cerúleas del estéril mar! (4).

PISTETERO.

Veo que el mensajero dijo la verdad; ahí viene no sé quién cantando á las águilas.

EL PARRICIDA.

¡Oh, nada hay tan delicioso como volar! Yo adoro

(1) Es decir, de ruiseñores, de alondras, de cisnes y demas aves cantoras.
(2) De águilas, cornejas, etc.
(3) De porfiriones, gaviotas, mergos, etc.
(4) Parodia del *Enomao* de Sófocles.

las leyes de los pájaros; la aficion á las aves me vuelve loco; yo vuelo, yo quiero vivir con vosotros, soy apasionado por vuestras leyes.

PISTETERO.

¿Por cuáles? pues las aves tienen muchas clases (1).

EL PARRICIDA.

Por todas; más principalmente por esa en virtud de la cual es lícito á un pájaro morder á su padre y retorcerle el pescuezo.

PISTETERO.

Es verdad, nosotros tenemos por muy valiente al que, pollito aún, pega á su padre.

EL PARRICIDA.

Por eso he emigrado á esta region; deseo estrangulará mi padre para heredar todos sus bienes.

PISTETERO.

Pero tenemos tambien otra ley inscrita en la columna de edictos de las cigüeñas: «Cuando la cigüeña haya criado sus hijos y los haya puesto en disposicion de volar, éstos tendrán á su vez obligacion de alimentar á sus padres.»

EL PARRICIDA.

¡Pues bastante he ganado con venir, si tengo que sostener á mi padre!

PISTETERO.

No, no; ya que con tan benévolas intenciones has acudido á nosotros, te emplumaré como con-

(1) La palabra que en griego significa *ley*, sólo se diferencia en el acento de la que significa *pasto*.

viene á un pájaro huérfano (1). Además, pobre jóven, te daré un buen consejo, que aprendí en mi niñez. No maltrates á tu padre; coge esta ala en una mano y ese espolon en la otra; figúrate que tienes una cresta de gallo, y haz guardias, véte á la guerra, vive de tu estipendio, y deja en paz á tu padre. Ya que eres tan belicoso, dirige tu vuelo á Tracia (2); y combate allí.

EL PARRICIDA.

¡Por Baco! tu consejo me parece excelente, y lo seguiré.

PISTETERO

Obrarás discretamente.

CINÉSIAS.

Vuelo al Olimpo con ligeras alas (3);
Y á su batir resuelto voy cruzando
Las sendas de la gaya poesía...

PISTETERO.

Este va á necesitar un fardo entero de alas.

CINÉSIAS.

Otras nuevas buscando,
Mi cuerpo y mi indomable fantasía...

(1) Alusion á algun pájaro llamado el *huérfano*.
(2) Los Atenienses estaban entónces sitiando á Anfípolis, en Tracia.
(3) Tomado de Anacreonte. Cinésias era un poeta ditirámbico cuyo estilo hinchado y pretencioso parodia Aristófanes.

PISTETERO.

Un abrazo á Cinésias, el Tilo (1). ¿A qué vienes dando vueltas á tu pié cojo?

CINÉSIAS.

Quiero, ansío ser ave,
Ser ruiseñor, y con gorjeo suave...

PISTETERO.

Basta de música, y explícame tus deseos.

CINÉSIAS.

Pónme alas; pues anhelo subir por los aires y recoger de las nubes nuevos cantos, aéreos y caliginosos.

PISTETERO.

¿Cantos en las nubes?

CINESIAS.

Sí; en ellas estriba hoy todo nuestro arte. Los más brillantes ditirambos son aéreos, caliginosos, tenebrosos, alados. Pronto lo verás; escucha.

PISTETERO.

No, no oigo nada.

CINÉSIAS.

Pues oirás, mal que te pese:
En forma de volátil,
Cuyo ondulante cuello
Surca del éter fúlgido
La azul inmensidad,
Recorreré los aires,

(1) Cinesias era muy alto y delgado. El epiteto *filirino* (de tilo) que Aristófanes le da, puede significar largo y estrecho como una percha.

Que te obedecen ya.

PISTETERO.

¡Hop! (1).

CINÉSIAS.

¡Ah! ¡quién con vuelo rápido
Al hálito vehemente
Cediendo de los ímpetus
De indómito Aquilon,
Pudiera sobre el piélago
Cernerse bramador!

PISTETERO.

¡Ya reprimiré yo tus hálitos é ímpetus...!

CINÉSIAS.

Y ora hácia el Noto cálido
Enderezando el vuelo,
Ora á la region frígida
Del Bóreas glacial,
El oleaje férvido
Del éter...

(A Pistetero que le apalea.) ¡Anciano! ¡anciano! ¡Vaya una hábil é ingeniosa invencion!

PISTETERO.

¿No deseabas volar?

CINÉSIAS.

¿Así tratas á un poeta ditirámbico que se disputan todas las tribus?

PISTETERO.

¿Quieres quedarte con nosotros y enseñar á la

(1) Grito con que en las naves se mandaba detenerse á los remeros.

tribu Ceropia un coro de aves voladoras, tan ligero como el espirituado Leotrófides (1).

CINÉSIAS.

Te burlas de mí, está claro. Pero no importa; ten presente que no descansaré un momento hasta que surque los aires, transformado en pájaro.

UN DELATOR.

Dí, golondrina de alas esplendentes
Por la Febea luz tornasoladas,
¿Quiénes son esas aves indigentes
De tan varios plumajes adornadas? (2)

PISTETERO.

El mal toma sérias proporciones. Otro se acerca zumbando.

EL DELATOR.

«Por la Febea luz tornasoladas,» repito.

PISTETERO.

Creo que esa cancion la dirige á su manto, porque parece que tiene necesidad urgente de la vuelta de la golondrina (3).

EL DELATOR.

¿Quién distribuye alas á los recien llegados?

PISTETERO.

Yo mismo; pero es preciso decir para qué.

(1) Leotrófides era un poeta ditirámbico notable por su flacura y palidez.
(2) Versos tomados de *Alceo*.
(3) Es decir, de la primavera, porque su raido manto no le podia librar del frio.

EL DELATOR.

¡Alas! ¡Necesito alas! (1) No me preguntes más.

PISTETERO.

¿Acaso quieres volar en línea recta á Pelene? (2)

EL DELATOR.

No; soy acusador de las islas (3), delator...

PISTETERO.

¡Buen oficio!

EL DELATOR.

É investigador de pleitos. Quiero tener alas, para girar con rapidez mi visita á las ciudades y citar á los acusados.

PISTETERO.

¿Los citarás mejor teniendo alas?

EL DELATOR.

No, por Júpiter; pero podré librarme de ladrones, y volveré como las grullas, trayendo por lastre infinitos procesos.

PISTETERO.

¿Y esa es tu ocupacion? ¡Cómo! ¿Siendo jóven y robusto, te dedicas á delator de extranjeros?

EL DELATOR.

¿Qué he de hacer? No sé cavar.

(1) Parodia del verso de *Los Mirmídones* de Esquilo: «¡Armas! ¡necesito armas! ¡necesito armas!»
(2) Ciudad de Acaya, notable por los mantos de abrigo que en ella se fabrican. Era la *Palencia* de los griegos.
(3) Los Atenienses obligaban á sus aliados insulares y continentales á traer sus negocios á los tribunales de la metrópoli. Esto, que era un vejámen gravísimo, lo defiende, sin embargo, JENOFONTE en su *República Ateniense*.

PISTETERO.

Pero, por Júpiter, hay otras ocupaciones con las cuales un hombre de tu edad puede ganarse honradamente la vida, sin acudir al vil oficio de zurcidor de procesos.

EL DELATOR.

Amigo mio, no te pido consejos, sino alas.

PISTETERO.

Ya te doy alas con mis palabras.

EL DELATOR.

¿Cómo puedes con palabras dar alas á un hombre?

PISTETERO.

Las palabras dan alas á todos.

EL DELATOR.

¿A todos?

PISTETERO.

¿No has oido muchas veces en las barberías á los padres decir hablando de los jóvenes: «Son terribles las alas para la equitacion que le han dado á mi hijo las palabras de Diitréfes (1).» «Pues yo, dice otro, tengo un hijo que en alas de la imaginacion ha dirigido su vuelo á la tragedia.»

EL DELATOR.

¿Luego las palabras dan alas?

PISTETERO.

Ya te he dicho que sí: ellas elevan el espíritu, y levantan al hombre. He ahí por qué con mis útiles

---

(1) Diitréfes era un rico que tenía muchos caballos. Ya hemos visto en *Las Nubes* que la aficion á la equitacion era muy comun y ruinosa en los jóvenes atenienses.

consejos pretendo yo levantar tu vuelo á una profesion más honrada.

EL DELATOR.

Pero yo no quiero.

PISTETERO.

¿Pues qué harás?

EL DELATOR.

No quiero desmerecer de mi raza: el oficio de delator está vinculado á mi familia. Dáme, pues, rápidas y ligeras alas de gavilan ó cernícalo, para que, en cuanto haya citado á los isleños, pueda regresar á Aténas á sostener la acusacion, y volar en seguida á las islas.

PISTETERO.

Comprendo: á fin de que el isleño sea condenado aquí, ántes de llegar.

EL DELATOR.

Precisamente.

PISTETERO.

Y despues, miéntras él navega en esta direccion, volar tú allá y arrebatarle todos sus bienes.

EL DELATOR.

Exacto. Deseo ser un verdadero trompo.

PISTETERO.

A propósito de trompos: tengo aquí excelentes alas de Corcira (1).

EL DELATOR.

¡Pobre de mí! ¡Es un azote!

---

(1) Esto se lo dice enseñándole unos azotes de cuero. Los de Corcira tenían fama.

PISTETERO.

¡Fuera de aquí volando! ¡Lárgate pronto, canalla insoportable! Ya te haré yo sentir lo que se gana corrompiendo la justicia. *(Al esclavo.)* Recojamos las alas y partamos.

CORO.

En nuestro vuelo hemos visto mil maravillas, mil increibles prodigios. Hay léjos de Cárdias (1) un árbol muy extraño llamado Cleónimo, completamente inútil, aunque grande y tembloroso. En primavera produce siempre, en vez de yemas, delaciones; y en invierno, en vez de hojas, deja caer escudos. Hay tambien un país, junto á la region de las sombras en los desiertos oscuros, donde los hombres comen y hablan con los héroes, excepto á la noche; cuando ésta llega su encuentro es peligroso. Pues si algun mortal tropezare entónces con Oréstes (2), sería despojado de sus vestidos, y molido á palos de piés á cabeza.

PROMETEO.

¡Qué desgraciado soy! Procuremos que no me vea Júpiter. ¿Dónde está Pistetero?

(1) *Cárdias* era una ciudad de Tracia cuyo nombre significa *corazon* ó *valor*. Esto y lo siguiente son burlas sobre la cobardía de Cleónimo, tantas veces mencionada.

(2) Célebre ladron, cuyo encuentro era peligroso de noche. Véase la nota al verso 1.167 de *Los Acarnienses*.

PISTETERO.

¡Oh! ¿qué es esto? ¿Un hombre tapado?

PROMETEO.

¿Ves algun dios detras de mí?

PISTETERO.

Ninguno, por vida mia. ¿Pero quién eres?

PROMETEO.

¿Qué hora es?

PISTETERO.

¿Qué hora? Un poco más del medio dia. ¿Pero quién eres?

PROMETEO.

¿Es el declinar del dia ó más tarde?

PISTETERO.

¡Oh, qué fastidioso!

PROMETEO.

¿Qué hace Júpiter? ¿Disipa ó amontona las nubes? (1).

PISTETERO.

¡Véte al infierno!

PROMETEO.

Entónces, me descubriré.

PISTETERO.

¡Oh, querido Prometeo!

PROMETEO.

¡Cuidado! ¡cuidado! ¡no grites!

PISTETERO.

¿Qué ocurre?

(1) Trata de saber si está el cielo cubierto ó despejado.

PROMETEO.

¡Silencio! no pronuncies mi nombre; soy perdido si Júpiter me llega á ver aquí. Si me cubres la cabeza con esta sombrilla, para que no me vean los dioses, te contaré todo lo que pasa en el Olimpo.

PISTETERO.

¡Ah, ja, ja! idea excelente y digna de Prometeo. Métete pronto aquí debajo, y habla sin temor.

PROMETEO.

Escucha, pues.

PISTETERO.

Soy todo oidos: habla.

PROMETEO.

Júpiter está perdido.

PISTETERO.

¿Desde cuándo?

PROMETEO.

Desde que habeis fundado esta ciudad en el aire. Ningun mortal ofrece ya sacrificios á los dioses, y no sube hasta nosotros el humo de las víctimas. Privados de todas sus ofrendas, ayunamos como en las fiestas de Céres (1). Los dioses bárbaros, enfurecidos por el hambre, gritan como los Ilirios, y amenazan bajar contra Júpiter, si no hace que vuelvan á abrirse los mercados, para que puedan introducirse las entrañas de las víctimas.

PISTETERO.

¿Luégo hay dioses bárbaros que habitan encima de nosotros?

(1) Duraban cinco dias y se ayunaba el tercero.

PROMETEO.

¿Pues si no hubiese dioses bárbaros, cuál podria ser el patron de Execéstides? (1).

PISTETERO.

¿Y cómo se llaman esos dioses?

PROMETEO.

¿Cómo? Tribalos (2).

PISTETERO.

Comprendo. De ahí, sin duda, viene la frase: «Ojalá te trituren» (3).

PROMETEO.

Está claro. Te aseguro que pronto bajará para estipular las condiciones de paz una embajada de Júpiter y de los Tribalos superiores; pero vosotros no debeis hacer pacto alguno miéntras Júpiter no restituya el cetro á las aves, y te dé por esposa á la Soberanía.

PISTETERO.

¿Quién es la Soberanía?

PROMETEO.

Una hermosísima doncella que maneja los rayos de Júpiter y á cuyo cargo están todas las demas cosas: la prudencia, la equidad, la modestia, la marina, las calumnias, la tesorería, y el pago del trióbolo.

(1) Apolo era el patrono de los ciudadanos de Aténas como Execéstides era extranjero, su patrono debia de serlo tambien.

(2) Nombre de un pueblo de Tracia.

(3) 'Επιτριβίης, tiene cierta semejanza con *Tribalo*.

PISTETERO.

De modo que es un administrador universal.

PROMETEO.

Precisamente. De suerte que si te la otorga, serás dueño de todo. He venido para darte este consejo, pues siempre he querido mucho á los hombres.

PISTETERO.

Es verdad; tú eres el único dios á quien debemos los asados (1).

PROMETEO.

Sabes tambien que aborrezco á todos los dioses.

PISTETERO.

Sí, tú fuiste siempre su enemigo.

PROMETEO.

Un verdadero Timon (2) para ellos. Pero dáme la sombrilla para que me vaya cuanto ántes; si Júpiter me ve así desde el cielo, creerá que voy siguiendo á una Canéfora (3).

PISTETERO.

Para fingir mejor, coge este asiento y llévatelo con la sombrilla.

CORO.

En el país de los Esciápodas (4) hay un pantano

(1) Prometeo regaló el fuego á los hombres, incurriendo por esto en el enojo de Júpiter.
(2) Célebre misántropo.
(3) Ya hemos visto en *Los Acarnienses* que era costumbre llevar un quitasol detras de las Canéforas.
(4) Séres fabulosos que habitaban en la zona *tórrida*. Sus piés eran más grandes que el resto del cuerpo, de

donde evoca los espíritus el desaseado Sócrates; allá fué tambien Pisandro (1), pidiendo ver su alma que le habia abandonado en vida; traia un camello por víctima en vez de un cordero, y cuando lo degolló, dió un paso atras como Ulíses (2): despues Querefon (3), el murciélago, subió del Orco para beber la sangre.

NEPTUNO.

Estamos á la vista de Nefelococigia, á cuya ciudad venimos. *(Al Tribalo.)* ¡Eh, tú! ¿qué haces? ¿Te echas el manto sobre el hombro izquierdo? ¿No lo cambias al derecho? (4) ¡Cómo! desdichado, ¿tendrás el mismo defecto que Lespódias? (5) ¡Oh democracia! ¿á dónde vamos á parar? ¡Verse los dioses obligados á elegir semejante embajador!

suerte que cuando el calor se dejaba sentir con exceso, adoptaban la posicion cuadrúpeda y se servian de uno de sus piés, como de quitasol, de donde les vino el nombre de *esciápodas*. Aristófanes coloca á los filósofos socráticos en este país, para indicar su constitucion física empobrecida por las cavilaciones, y su poca policía.
(1) Este orador era notable por su cobardía. El mismo Jenofonte, de ordinario inofensivo, dice de él en el *Banquete*, que no se atrevia á mirar de frente una lanza. (Véase *La Paz*, 395, nota.)
(2) Vid. Homero, *Odisea*, IX.
(3) Véase la nota correspondiente en *Las Nubes*.
(4) Lo ordinario era recoger el manto sobre el hombro izquierdo, como nuestros embozos.
(5) General que para cubrirse las úlceras de las piernas se dejaba caer el manto.

EL TRIBALO.

Déjame en paz.

NEPTUNO.

¡Peste de estúpido! No he visto dios más bárbaro. Díme, Hércules, ¿qué haremos?

HÉRCULES.

Ya lo has oido; mi intencion es estrangular, sea el que sea, á ese hombre que nos ha bloqueado.

NEPTUNO.

Pero, amigo mio, si hemos sido enviados á tratar de la paz.

HÉRCULES.

Razon de más para estrangularle.

PISTETERO (1).

Alárgame el rallador; trae silfio; dáme queso; atiza los carbones.

HÉRCULES (2).

Mortal, tres dioses te saludan.

PISTETERO.

Lo cubro de silfio.

HÉRCULES.

¿Qué carnes son esas?

PISTETERO.

Son unas aves que se han sublevado y conspirado contra el partido popular.

HÉRCULES.

¿Y las cubres primero de silfio?

(1) Fingiendo no haberlos visto.
(2) Dulcificando la voz á la vista de los preparativos culinarios.

PISTETERO.

¡Salud, oh Hércules! ¿Qué ocurre?

HÉRCULES.

Venimos enviados por los dioses para cortar la guerra.

UN CRIADO.

No hay aceite en la alcuza.

PISTETERO.

Pues estos pajarillos tienen que estar bien rehogados.

HÉRCULES.

Nosotros nada ganamos con hacer la guerra; y vosotros, si sois nuestros amigos, tendreis siempre agua de lluvia en las balsas y disfrutaréis de dias serenos. Venimos perfectamente autorizados para estipular sobre este punto.

PISTETERO.

Nunca hemos sido los agresores, y ahora mismo estamos dispuestos á hacer la paz que deseais si os avenís á una condicion equitativa: tal es la de que Júpiter nos devuelva el cetro á las aves. Despues de arreglado este particular, invito á los embajadores á comer.

HÉRCULES.

Por mí eso basta, y declaro...

NEPTUNO.

¿Qué? ¡desdichado! Eres gloton é imbécil. ¿Así piensas despojar del mando á tu padre?

PISTETERO.

Te equivocas. ¿Acaso no sereis más poderosos si las aves reinan sobre la tierra? Ahora, al abrigo de

las nubes y bajando la cabeza, los mortales perjuran impunemente de vosotros; pero si tuvieseis por aliadas á las aves, cuando alguno jurase por el cuervo y por Júpiter, el cuervo se acercaria furtivamente al perjuro, y le saltaria un ojo de un picotazo.

NEPTUNO.

¡Bien dicho, por Neptuno! (1).

HÉRCULES.

Me parece lo mismo.

PISTETERO *(Al Tribalo).*

Y tú, ¿qué opinas?

EL TRIBALO.

Nabaisatreu (2).

PISTETERO.

¿Lo ves? es de la misma opinion. Oid otra de las ventajas que nuestra alianza os proporcionará. Si un hombre ofrece un sacrificio á alguno de vosotros, y despues difiere su realizacion diciendo: «Los dioses tendrán paciencia,» y por avaricia no cumple su voto, nosotros le obligarémos.

NEPTUNO.

¿Cómo? ¿De qué manera?

NEPTUNO.

Cuando nuestro hombre esté contando su dinero, ó sentado en el baño, un gavilan le arrebatará, sin que lo note, el precio de dos ovejas y se lo llevará al dios burlado.

(1) Neptuno jura burlescamente por sí mismo.
(2) Jerga ininteligible.

HÉRCULES.

Confirmo mi declaracion de que debe devolvérsele el cetro.

NEPTUNO.

Pregunta á Tribalo.

HÉRCULES.

¡Éh, Tribalo! ¿quieres... una paliza?

EL TRIBALO.

Saunaca bactaricrousa.

HÉRCULES.

Dice que con mucho gusto.

NEPTUNO.

Si ambos sois de esa opinion, yo me adhiero á ella.

HÉRCULES.

Consentimos en la devolucion del cetro.

PISTETERO.

¡Por vida mia, si me olvidaba de otra condicion! Dejo á Júpiter su Juno; pero exijo que me dé por esposa á la jóven Soberanía.

NEPTUNO.

Está visto que no quieres la paz. Retirémonos.

PISTETERO.

Poco me importa.— Cocinero, que esté sabrosa la salsa.

HÉRCULES.

¡Qué particular es este Neptuno! ¿A dónde vas? ¿Hemos de emprender la guerra por una mujer?

NEPTUNO.

¿Pues qué hemos de hacer?

HÉRCULES.

¿Qué? la paz.

NEPTUNO.

¡Cómo! ¿No conoces, imbécil, que te está engañando? Tú mismo te arruinas. Si Júpiter muere despues de haberle entregado el mando, quedarás reducido á la miseria, pues á tí han de pasar todos los bienes que tu padre deje á su muerte.

PISTETERO.

¡Ah, desdichado! ¡Cómo trata de confundirte! Vén acá y te diré lo que hace al caso. Tu tio te engaña, pobre amigo; segun la ley, no puedes heredar ni un hilo de los bienes paternos, porque eres hijo bastardo y no legítimo

HÉRCULES.

¿Yo bastardo? ¿Qué dices?

PISTETERO.

La pura verdad: por ser hijo de una mujer extranjera. Y si no, dime: ¿cómo Minerva, siendo hembra, pudiera ser única heredera de Júpiter, si tuviera hermanos legítimos?

HÉRCULES.

¿Y si mi padre al morir me lega la parte correspondiente á los bastardos?

PISTETERO.

La ley no se lo permite. El mismo Neptuno que ahora te provoca será el primero en disputarte la herencia paterna, alegando su cualidad de hermano legítimo. Escucha el texto de la ley de Solon: «El bastardo no puede heredar si hay hijos legítimos. Si no hay hijos legítimos, la herencia

debe pasar á los colaterales más próximos» (1).

HÉRCULES.

¿Luego ningun derecho tengo á suceder á mi padre?

PISTETERO.

Ninguno absolutamente. Dime: ¿tuvo tu padre cuidado de inscribirte en el registro de alguna tribu? (2).

HÉRCULES.

No por cierto; y á la verdad esto me admiraba.

PISTETERO.

Déjate de miradas feroces y de amenazas al cielo. Vive con nosotros, que yo te nombraré rey, y te procuraré una vida á pedir de boca.

HÉRCULES.

Pues bien, creo justa tu peticion de la doncella y te la concedo.

PISTETERO.

Y tú ¿qué dices?

NEPTUNO.

Yo me opongo.

PISTETERO.

La resolucion del asunto depende del Tribalo. ¿Qué opinas tú?

EL TRIBALO.

La grande y hermosa doncella la Soberanía, al pájaro la concedo (3).

(1) El texto de la ley está en prosa.

(2) Formalidad que sólo se llenaba con los hijos legítimos.

(3) Tal parece ser el sentido de las incorrectas palabras del Tribalo. Sus colegas no le comprenden bien.

HÉRCULES.

Dice que la concede.

NEPTUNO.

No por Júpiter, no dice que se la concede sino en caso de que emigre como las golondrinas.

PISTETERO.

Luego dice que es necesario concedérsela á las golondrinas. Arreglaos los dos como podais, y estipulad las condiciones: yo, puesto que así os agrada, me callaré.

HÉRCULES.

Nos place concederte cuanto pides. Vénte pronto con nosotros al cielo, y te se entregará la Soberanía y todo lo demas.

PISTETERO.

Estas aves han sido muertas con mucha oportunidad para las bodas.

HÉRCULES.

¿Quereis que entretanto me quede yo á asarlas? Vamos, idos.

NEPTUNO.

¿Tú asarlas? Eres muy gloton. ¿No vienes con nosotros?

HÉRCULES.

¡Qué bien lo hubiera pasado!

PISTETERO.

Traedme un vestido nupcial.

CORO.

En Fánes (1), junto á la Clepsidra, vive la pérfida nacion de los Englotogastros (2), que siegan, siembran, vendimian y recogen los higos (3) con la lengua; son de raza bárbara, y entre ellos se encuentran los Górgias y Filipos (4). Estos Filipos Englotogastros han sido la causa de que se introdujese en el Atica la costumbre de cortar aparte la lengua de las víctimas (5).

UN MENSAJERO.

¡Oh vosotros cuya dicha no puede expresarse con palabras; raza de las aves tres veces feliz, recibid al nuevo rey en vuestras afortunadas mansiones! Ya se acerca á su palacio resplandeciente de oro, rodeado de un esplendor que envidiarian los astros: el claro sol no ha brillado nunca tanto como la esposa que trae consigo, beldad incomprensible en cuya diestra vibra el alado rayo de Júpiter: los más deliciosos perfumes suben hasta el cielo. ¡Es-

(1) Nombre de un puerto en la isla de Quios. Envuelve la idea de delacion y es una alusion á los sicofantas y oradores.

(2) Palabra compuesta de dos que significan *lengua* y *vientre*, es decir, los que viven del producto de su lengua.

(3) La palabra σῦκον, *higo*, entra en la composicion de *sicofanta* ó *delator*.

(4) Gorgias, célebre retórico y sofista. Platon dió su nombre á uno de sus más bellos diálogos. Filipo se cree que era un delator.

(5) V. *La Paz*, verso 1.060.

pectáculo encantador! Una nube de perfumes impulsada por los Céfiros se eleva en ondulante columna. Héle ahí. Musa divina, abre tus sagrados labios, y entona cantos propicios.

SEMICORO.

¡Atras! ¡A la derecha! ¡A la izquierda! ¡adelante! (1) ¡revolotead en torno de ese mortal feliz, que la fortuna colme de sus bienes. ¡Ah! ¡qué gracia! ¡qué hermosura! ¡Oh matrimonio dichoso para esta ciudad! ¡Gloria á ese hombre! Él ha abierto nuevos é inmensos horizontes á las aves. Saludadle con el canto nupcial; saludad tambien á su esposa la Soberanía.

SEMICORO.

Entre semejantes himnos enlazaron las Parcas á la olímpica Juno con el rey de los dioses, de sublime trono. ¡Oh Himeneo! ¡Himeneo! El sonrosado Amor de áureas alas tenía las riendas y dirigia el carro en las bodas de Júpiter y la celeste Juno. ¡Oh Himeneo! ¡Himeneo!

PISTETERO.

Me deleitan vuestros himnos, me complacen vuestros cantos, me hechizan vuestras palabras. Celebrad ahora el mugir de los truenos subterráneos, los relámpagos brillantes del nuevo Júpiter, y sus terribles y deslumbradores rayos.

(1) Tecnicismo coreográfico.

CORO.

¡Oh áureo fulgor del relámpago! ¡Oh dardos inflamados de Júpiter! ¡Oh mugidos subterráneos y retumbantes truenos, nuncios de la lluvia! En adelante, por órden de nuestro rey, hareis temblar la tierra. A la posesion de la bella Soberanía debe este poder inmenso. ¡Oh Himeneo! ¡Himeneo!

PISTETERO.

Aves de toda especie, seguidme al palacio de Júpiter y al tálamo nupcial. Dáme la mano, esposa querida. Cógeme de las alas, y bailemos. Yo te elevaré por los aires.

CORO.

¡Ea! ¡ea! ¡Pean! ¡Viva el ilustre vencedor! ¡Viva el más grande de los dioses!

FIN DE LAS AVES.

LISÍSTRATA.

NOTICIA PRELIMINAR.

Lisístrata, como quien dice *Pacífica*, pues la etimología de esta palabra hace pensar en el licenciamiento de las tropas (1), es un nombre muy adecuado á la protagonista de una comedia cuyo objeto, como el de *Los Acarnienses*, *Las Aves* y *La Paz*, es apartar á los Atenienses de una guerra interminable y desastrosa.

Lisístrata, esposa de uno de los ciudadanos más influyentes de Aténas, harta de los males de la guerra que afligen á su patria, y viendo el ningun interes que el pueblo manifiesta por terminarlos, decídese á hacerlo por sí misma, reuniendo al efecto á las mujeres de su país y de los demas pueblos beligerantes, y comprometiéndolas solemnemente á abstenerse de todo trato con sus mari-

(1) Así lo indica el Anónimo autor de su prefacio: ἐκλήθη Αυσιστράτη παρὰ τὸ λῦσαι τὸν στρατόν.

dos miéntras éstos no estipulen la deseada paz. Al mismo tiempo que se pacta esta resistencia pasiva, otras mujeres se apoderan de la ciudadela y se hacen cargo del tesoro en ella custodiado, persuadidas de que la falta de recursos contribuirá no ménos que los estímulos del amor, á la pacificacion de Grecia. En efecto, el miedo de perder su salario de jueces trae pronto á las puertas de la ciudadela una turba de viejos animados de proyectos incendiarios, que son rechazados mediante un diluvio de agua y otro de desvergüenzas, que las sitiadas y el refuerzo de otra legion mujeril arrojan sin consideracion sobre todos ellos.

Un magistrado que acude despues, es tambien víctima del descoco femenino, y ve arrollados y sopapeados por la nata y flor de las verduleras atenienses á todos los arqueros de su guardia.

No obstante este triunfo, la situacion va haciéndose insostenible dentro y fuera de la ciudadela. A Lisístrata le cuesta un trabajo infinito evitar la desercion de sus soldados, que inventan mil pretextos especiosos para volver á sus casas; miéntras los hombres no aciertan á vivir más tiempo separados de sus mujeres.

En esto llega un heraldo de Lacedemonia, pintando con vivos colores los males que tambien allí afligen al sexo feo; en vista de lo cual, hay mutuo envío de embajadores entre ambas ciudades, y se llega por fin á estipular la paz. Una vez aceptado este acuerdo, ábrense las puertas de la ciudadela, las mujeres se reunen á sus esposos, y las ciuda-

des rivales olvidan sus rencores, entre cantos, danzas y festines, himnos á los dioses, burlas y algazara.

Lo que más llama la atencion en esta comedia es, además de la libertad con que el poeta trata en ella de los asuntos más graves del Estado, la obscenidad abominable que en ella domina, tanto en el asunto, como en los cuadros y detalles.

Ya en las otras piezas de Aristófanes habrán podido observar nuestros lectores cuán poco se respeta el pudor y la decencia en el teatro griego, por más que hemos tratado de disimular sus desnudeces con el velo de una púdica perífrasis; pero en la *Lisístrata* esta precaucion es imposible, porque estando basada toda la comedia en la singular tortura decretada contra los hombres, todas las pinturas son de una libertad escandalosa, digna del obsceno pincel de Petronio, Marcial, Apuleyo y Casti. Así es que, despues de haber vacilado mucho tiempo sobre si debíamos verter al castellano sus impúdicas escenas, sólo nos hemos decidido á hacerlo ante la consideracion de que los lectores tienen derecho á conocer por completo el teatro de Aristófanes; y áun con todo, nos hemos visto obligados á poner en latin las escenas de más subida obscenidad, por si esta version, destinada, como todos los libros de esta especie, sólo á personas ilustradas y maduras, llegase á caer en manos inexpertas.

Aparte de este defecto capital, que afea la *Lisístrata*, no puede ménos de reconocerse que bajo el

punto de vista puramente literario abundan en ella bellezas estimables.

El carácter de la protagonista está muy bien trazado y sostenido, observándose en él cierto decoro y dignidad que contrasta agradablemente con las indecencias de la comedia. La primera escena, dice Brumoy, es digna del arte más depurado, y no lo son ménos todas aquellas en que se ponen en juego, con admirable verdad, todos los recursos de la coquetería y la astucia femeniles. Es de notar tambien el lenguaje rudo y leal de los Embajadores de Esparta, y tampoco puede ménos de verse con agrado el valor y puro patriotismo que revelan en Aristófanes la energía con que, desafiando las iras del populacho inconstante, se atreve á decirle sin rodeos las verdades más amargas.

La representacion de la *Lisístrata*, segun se deduce de varios de sus pasajes (1) y afirma rotundamente uno de sus prefacios, tuvo lugar el año 412 ántes de nuestra era, ó por lo ménos entre el vigésimo y vigésimotercero de la Guerra del Peloponeso.

(1) Lisistrata se queja (v. 104) de que su marido hace siete meses que está de guarnicion en Pilos, que fué recobrado por los Lacedemonios el año 23 de la guerra; habla despues de la defeccion de los Milesios (v. 108), que tuvo lugar al principio del año vigésimo de la guerra. La alusion á desastres recientes (v. 586) sólo puede referirse á los de Sicilia, y la libertad con que habla de Pisandro hace suponer que estaba ya abolido el gobierno oligárquico de los Cuatrocientos, que cayeron en el año 21 de la guerra (Véase Tucídides, VIII).

PERSONAJES.

LISÍSTRATA.
CALÓNICE.
MÍRRINA.
LÁMPITO.
CORO DE ANCIANOS.
CORO DE MUJERES.
ESTRATÍLIS.
UN MAGISTRADO.
ALGUNAS MUJERES.
CINÉSIAS.
UN MUCHACHO.
UN HERALDO DE LACEDEMONIA.
EMBAJADORES DE LACEDEMONIA.
ALGUNOS CURIOSOS.
UN ATENIENSE.
ARQUEROS.

La escena en Atenas: plaza pública.

LISÍSTRATA.

LISÍSTRATA *(sola)*.

¡Ah! si se las hubiese citado á una fiesta de Baco, ó de Pan, ó de Vénus Colíade ó Genetílide (1), la multitud de tambores no permitiria transitar por las calles. Ahora no viene ninguna, excepto esa buena vecina que sale de su casa. Salud, Calónice.

CALÓNICE.

Salud, Lisístrata. ¿Qué es lo que te aflige? Serena

(1) Las divinidades citadas por Lisístrata eran todas favorables á la crápula y la disolucion. Para explicar el sobrenombre de *Colíade*, dado á Vénus, el Escoliasta cuenta la siguiente tradicion. Unos bandidos se apoderaron de un jóven ateniense, y le ataron todos los miembros (κωλῆ), pero le libertó la hija del capitan de la banda. En recuerdo de esta prueba de amor, el jóven edificó un templo y lo dedicó á Vénus, que se llamó *Colíade*, del nombre de los miembros desatados. Sobre la advocacion de *Genetílide* véase *Las Nubes*, nota al verso 52.

tu frente, hija mia; no te sienta bien ese fruncido ceño.

LISÍSTRATA.

Calónice, me hierve la sangre. Me avergüenzo de mi sexo; los hombres pretenden que somos astutas...

CALÓNICE.

Y lo somos, por Júpiter.

LISÍSTRATA.

Y cuando se las dice que acudan á este sitio, para tratar de un importante asunto, duermen en vez de venir.

CALÓNICE.

Ya vendrán, querida: las mujeres no pueden salir tan fácilmente de casa. Una está ocupada con su marido; otra despierta á su esclavo; otra acuesta á su hijo; aquella le lava ó le da de comer.

LISÍSTRATA.

Más graves son estos cuidados.

CALÓNICE.

Pero sepamos para qué nos convocas. ¿Qué cosa es? ¿Es grande?

LISÍSTRATA.

Es grande.

CALÓNICE.

¿Es gruesa?

LISÍSTRATA.

Es gruesa.

CALÓNICE.

¿Pues cómo no hemos venido todas?

LISÍSTRATA.

No es lo que te figuras, pues de serlo ni una hubiera faltado. Se trata de un plan que yo he trazado y revuelto en todos sentidos durante mis insomnios.

CALÓNICE.

Precisamente habrá de ser muy sutil para darlo vuelta en todos sentidos.

LISÍSTRATA.

Tan sutil que la salvacion de la Grecia entera estriba en las mujeres.

CALÓNICE.

¿En las mujeres? Liviano es su fundamento.

LISÍSTRATA.

En nosotras está, ó el salvar la república, ó el destruir completamente á los Peloponesios....

CALÓNICE.

Que no quede ni uno para muestra; me parece muy bien.

LISÍSTRATA.

Y aniquilar á todos los Beocios.

CALÓNICE.

A todos no; perdona siquiera á las anguilas (1).

LISÍSTRATA.

A Aténas no la desearé semejante cosa; pero se me ocurre otra idea. Si se nos agregasen todas las mujeres del Peloponeso y la Beocia, quizá, aunando nuestros esfuerzos, pudiéramos salvar á Grecia.

CALÓNICE.

¿Pero acaso las mujeres pueden llevar á cabo

(1) Ya hemos visto lo estimadas que eran las del lago Copais.

empresa alguna ilustre y sensata? Nosotras, que nos pasamos la vida encerradas en casa, muy pintadas y adornadas, vestidas de túnicas amarillas y flotantes cimbéricas (1), y calzadas con elegantes peribárides (2).

LISÍSTRATA.

Precisamente en eso tengo yo puestas mis esperanzas de salvacion; en las túnicas amarillas, en los perfumes, en el colorete, en las peribárides, en los vestidos transparentes.

CALÓNICE.

¿Cómo?

LISÍSTRATA.

De suerte que ninguno de los hombres de hoy dia levantará su lanza contra los otros...

CALÓNICE.

Por las dos diosas, me teñiré de amarillo una túnica.

LISÍSTRATA.

Ni embrazará el escudo...

CALÓNICE.

Me pondré una cimbérica.

LISÍSTRATA.

Ni empuñará la espada.

CALÓNICE.

Compraré unas peribárides.

LISÍSTRATA.

¿Pero no debian ya estar aquí todas las mujeres?

(1) Especie de túnica que no se sujetaba con ceñidor.
(2) Especie de calzado.

CALÓNICE.

Volando debian de haber venido hace tiempo.

LISÍSTRATA.

¡Ay, amiga mia! Has de ver que llegan demasiado tarde como verdaderas Atenienses. No se distingue ninguna mujer de la costa ni de Salamina.

CALÓNICE.

Pues de esas ya sé que se han embarcado muy de madrugada (1).

LISÍSTRATA.

Tampoco vienen las Acarnienses, que yo esperaba y confiaba que estarian aquí las primeras (2).

CALÓNICE.

Pues la mujer de Teógenes (3), sin duda pensando acudir, consultó ayer la estatua de Hécate. Mira, ya llegan algunas; y otras, y otras. ¡Toma, ¡toma! ¿de dónde son?

LISÍSTRATA.

De Anagiro (4).

(1) Para pasar de Salamina al Ática, de la cual estaba separada por un canal de poca anchura. Hay en el texto uno de los equívocos indecentes de que está plagada la comedia.
(2) Sin duda, porque habiendo sido su país muy castigado por la guerra, debian de ser más solícitas en procurarse la paz.
(3) Teógenes era un hombre rico y supersticioso, que no emprendia nada sin consultar á una estatua de Hécate, diosa, segun la creencia vulgar, de los honores y la buena fortuna. Su mujer era natural que siguiese sus prácticas.
(4) Aldea del Ática.

CALÓNICE.

Es verdad; parece que todo Anagiro se nos viene encima.

MÍRRINA.

¿Quizá llegamos tarde, Lisístrata? ¿Qué dices? ¿por qué no respondes?

LISÍSTRATA.

No he de elogiar, Mírrina, tu falta de puntualidad en tan importante asunto.

MÍRRINA.

¡Si me ví y me deseé para hallar mi ceñidor á oscuras! Mas, ya que la cosa urge, aquí nos tienes, habla.

LISÍSTRATA.

No, esperemos un poco á que lleguen las mujeres Beocias y Peloponesias.

MÍRRINA.

Tienes razon: mira, ahí viene Lámpito.

LISÍSTRATA.

Salud, Lámpito, mi querida Lacedemonia. ¡Qué bella eres, dulcísima amiga! ¡Qué buen color! ¡Qué robustez! podrias estrangular un toro.

LÁMPITO (1).

Ya lo creo, por los Dióscuros (2); como que

(1) Lámpito era hija de Leotíquides, mujer de Arquidamo, y madre de Agis, los tres reyes de Lacedemonia.
(2) Juramento ordinario de los Espartanos. Todo lo

hago gimnasia, y me doy con los talones en las nalgas (1).

LISÍSTRATA.

¡Oh qué turgente seno!

LÁMPITO.

Me estais tanteando como á las víctimas (2).

LISÍSTRATA.

¿De dónde es esa otra jóven?

LÁMPITO.

Por los Dióscuros, es de una de las principales familias de Beocia.

LISÍSTRATA.

¡Por Júpiter, mi querida Beocia! pareces un florido jardin.

CALÓNICE.

Y muy limpio: le han arrancado todo el poleo (3).

LISÍSTRATA.

¿Y aquella otra niña?

LÁMPITO.

Es muy buena, por mi vida; pero es de Corinto (4).

que dicen Lámpito y las demas Lacedemonias está en dialecto dórico.
(1) En una especie de danza llamada *bibasis*. Alusion á los ejercicios gimnásticos que los jóvenes de ambos sexos hacian en Esparta.
(2) Para ver si están gordas.
(3) El poleo crecia espontáneamente y con mucha abundancia en Beocia. La frase alude á una costumbre del tocador griego.
(4) Célebre por sus muchas y bellas cortesanas, que se hacian pagar muy caros sus favores; de donde vino el proverbio: *No todos pueden ir á Corinto.*

LISÍSTRATA.

Comprendo, será buena como todas las de allí.

LÁMPITO.

¿Pero quién ha convocado esta asamblea de mujeres?

LISÍSTRATA.

Yo misma.

LÁMPITO.

Pues dínos lo que deseas.

LISÍSTRATA.

Sí por cierto, queridísima amiga.

MÍRRINA.

Sepamos, por fin, cuál es el gran negocio.

LISÍSTRATA.

Voy á decíroslo; pero ántes permitidme una sola pregunta.

MÍRRINA.

Cuantas quieras.

LISÍSTRATA.

¿No sentís que los padres de vuestros hijos se hallen léjos de vosotras en el ejército? pues demasiado sé que todas teneis los maridos ausentes.

CALÓNICE.

El mio ¡pobrecillo! hace ya cinco meses que está en Tracia vigilando á Eúcrates (1).

(1) General ateniense, cuya lealtad á la república era sospechosa. Parece que las tropas de Aténas estaban, cuando se representó la *Lisístrata*, vigilando á los pueblos de la Tracia, y no muy seguros de su general Eúcrates.

LISÍSTRATA.

Siete hace que está el mio en Pílos (1).

LÁMPITO.

El mio, cuando vuelve alguna vez del ejército, descuelga en seguida el escudo y se marcha volando.

LISÍSTRATA.

¡No queda un amante para un remedio, y con la defeccion de los Milesios se acabaron todos los recursos para consolar nuestra viudez! (2) Pues bien, si yo encontrase un medio de poner fin á la guerra, ¿querriais secundarme?

MÍRRINA.

Sí, por las dos diosas, aunque tuviese que dar en prenda mi vestido y beberme el dinero el mismo dia (3).

CALÓNICE.

Pues yo, aunque me tuviese que dejar partir en

(1) En la Noticia preliminar á *Los Caballeros*, vimos que los Atenienses se habian apoderado de esta plaza fuerte de los Lacedemonios: éstos no consiguieron recobrarla hasta dos años despues de la representacion de la *Lisístrata*, ó sea en el 22 de la guerra del Peloponeso.

(2) Lit: *Sed nec mœchi relicta est scintilla. Ex quo enim nos prodiderunt Milesii, ne olisbum quidem vidi octo digitos longum qui nobis esset coriaceum auxilium*. El Reverendo P. Lobineau hizo, segun M. Artaud, un sabio comentario sobre tan resbaladiza materia. La defeccion de los Milesios, por consejo de Alcibiades, tuvo lugar el año vigésimo de la guerra (Véase Tuc., VIII, 17).

(3) Aristófanes echa en cara á menudo á las mujeres su aficion á la bebida.

dos, como un rodaballo, y dar la mitad de mí misma (1).

LÁMPITO.

Yo subiria á la cumbre del Taigeto (2), si allí hubiese de ver á la Paz.

LISÍSTRATA.

Pues bien, os lo diré: ya no hay para qué ocultaros nada. Oh mujeres, si queremos obligar á los hombres á hacer la paz, es preciso abstenernos...

MÍRRINA.

¿De qué? habla.

LISÍSTRATA.

¿Lo hareis?

MÍRRINA.

Lo haremos, aunque nos cueste la vida.

LISISTRATA.

Es preciso abstenernos de los hombres... (3) ¿por qué me volveis la espalda? ¿Adónde vais? ¡Eh, vosotras! ¿por qué os mordeis los labios y meneais la cabeza? ¡Cómo! ¡Se os muda el color! ¡Una lágrima corre!... ¿Qué decís? ¿lo hareis ó no lo hareis?

MIRRINA.

Yo no puedo, que siga la guerra.

---

(1) En el *Banquete* de Platon, usa nuestro poeta la misma comparacion, al desenvolver su peregrina teoría sobre la belleza y el amor.

(2) Monte de la Laconia.

(3) Lit: *Abstinendum est á pene.* La proposicion de Lisístrata produce malísimo efecto en su auditorio.

CALÓNICE.

Yo tampoco, que siga la guerra.

LISISTRATA.

¿Eso dices, mi valiente rodaballo? ¿tú que hace un instante te dejabas partir en dos?

CALÓNICE.

Sí, todo ménos eso. Mándame si quieres andar entre llamas. Pero, querida Lisístrata, semejante abstinencia... ¡Eso á nada puede compararse!

LISISTRATA.

¿Y tú?

MIRRINA.

Tambien yo prefiero andar entre llamas.

LISISTRATA.

¡Oh sexo disoluto! ¡Y luégo nos admirarémos de ser maltratadas en las tragedias! Sólo servimos para el amor (1). Pero, querida Lacedemonia, secunda mis proyectos; que como tú me ayudes, áun podremos salvarlo todo.

LÁMPITO.

Muy triste es á la verdad dormir sin compañía, pero no hay más remedio; es preciso conseguir la paz á todo trance.

LISISTRATA.

¡Oh amiga queridísima! ¡única mujer digna de este nombre!

---

(1) Lit: «No somos más que Neptuno y barca.» Expresion proverbial, cuyo equivalente es el indicado en el texto.

CALÓNICE.

Pero si, lo que Dios no quiera, nos abstenemos completamente de lo que dices, ¿conseguiremos por eso más pronto la paz?

LISISTRATA.

Mucho más pronto, por las diosas. Permanezcamos en casa, bien pintadas, y sin más vestidos que una transparente túnica de Amórgos (1), y los hombres arderán en amorosos deseos. Si entónces resistimos á sus instancias, estoy segura de que harán en seguida la paz (2).

LÁMPITO.

Por eso, sin duda, cuando Menelao vió el seno desnudo de Helena, arrojó la espada (3).

CALÓNICE.

Pero, desdichada, ¿y si nos abandonan nuestros maridos?

LISISTRATA.

Entónces, como dice Ferécrates, «desollarémos un perro desollado» (4).

(1) Amórgos era una de las Cícladas entre Náxos y Cos. Se fabricaban en ella telas finísimas, casi transparentes, y de gran precio. Algunos suponen que estas telas se llamaban así, ó á causa de su color, ó por la planta de que estaban hechas. (V. Suidas, *Etym. magn.*; Pollux, VII, 16.)

(2) Siempre que se trata del amor, usa Aristófanes expresiones de una obscenidad intraducible, aunque muy gráficas.

(3) Alusion á la *Andrómaca* de Eurípides, v. 620.

(4) Este proverbio se aplicaba á los que se toman un trabajo inútil. *Intelligit femina penem coriaceum de quo supra.* Ferécrates era un poeta cómico contemporáneo de Aristófanes que citó ese proverbio en alguna de sus piezas.

CALÓNICE.

Esos simulacros nada valen; ¿y si nos cogen y nos arrastran á su alcoba?

LISÍSTRATA.

Agárrate á la puerta.

CALÓNICE.

¿Y si nos pegan?

LISÍSTRATA.

Cede, pero de mala gana; no puede haber placer si hay violencia. Además podemos atormentarlos de mil modos. No temas, pronto se cansarán; es imposible un goce no recíproco.

CALÓNICE.

Si es esa vuestra opinion, me adhiero á ella.

LÁMPITO.

Nosotras quedamos en decidir á nuestros maridos á firmar una paz leal y franca. ¿Pero quién será capaz de hacer otro tanto con el populacho ateniense, tan enamorado de la guerra?

LISÍSTRATA.

No tengas cuidado; nosotras le persuadiremos.

LÁMPITO.

No lo conseguirás, miéntras estén apasionados de sus naves y se guarde en el templo de Minerva aquel inmenso tesoro (1).

LISÍSTRATA.

Todo eso está previsto; hoy mismo nos apoderarémos de la ciudadela. Las mujeres de más edad

(1) En él había de reserva mil talentos. El templo de Minerva estaba en la ciudadela.

están encargadas de ocuparla con pretexto de ofrecer un sacrificio, miéntras nosotras nos concertamos aquí.

LÁMPITO.

Todo irá bien, pues todo está perfectamente trazado.

LISÍSTRATA.

Entónces, Lámpito ¿por qué no nos comprometemos con un juramento inquebrantable?

LÁMPITO.

Pronuncia tú la fórmula, y nosotras jurarémos.

LISÍSTRATA.

Tienes razon. ¿Dónde está la mujer escita? (1) ¿A dónde miras? Poned aquí un escudo sobre la cara convexa, y traedme las víctimas.

CALÓNICE.

¿Qué juramento vamos á prestar, Lisístrata?

LISÍSTRATA.

¿Qué juramento? En Esquilo se degüella una oveja y se jura sobre un escudo (2); nosotras haremos lo mismo.

CALÓNICE.

Pero, Lisístrata mia, ¿cómo hemos de jurar sobre un escudo, cuando se trata de la paz?

LISÍSTRATA.

¿Pues qué juramento haremos?

(1) Los alguaciles y arqueros de Aténas eran casi todos Escitas; y Lisístrata quiere conformarse con la costumbre.

(2) Alusion á *Los Siete contra Tébas*, donde los jefes prestan un juramento en la forma indicada por Lisístrata.

CALÓNICE.

Cojamos un caballo blanco (1); sacrifiquémosle, y juremos sobre su cadáver.

LISÍSTRATA.

¿Y dónde vas á hallar un caballo blanco?

CALÓNICE.

¿Pues cómo jurarémos?

LISÍSTRATA.

Voy á decírtelo. Coloquemos aquí una gran copa negra (2), inmolemos en ella un cántaro de vino de Tásos, y juremos no mezclarle ni una gota de agua.

LÁMPITO.

¡Oh qué hermoso juramento! No hay palabras para elogiarle bastante.

LISÍSTRATA.

Que me traigan una copa y un cántaro.

CALÓNICE.

Queridísimas amigas, ¡qué enorme cántaro! ¡con qué placer lo iremos vaciando!

LISÍSTRATA.

Déjalo aquí, y pon la mano sobre la víctima (3). ¡Oh soberana Persuasion, y tú, copa de la amistad, aceptad este sacrificio y sed propicias á las mujeres! (4).

(1) *Mentulam innuit, ex aliqua venerea statura quæ equestris dicitur.*

(2) Parodia de Esquilo.

(3) Para jurar se ponia la mano sobre la víctima; costumbre que se ha conservado.

(4) Dice esto echando vino en l copa.

CALÓNICE.

¡Qué hermoso color tiene la sangre! ¡qué bien corre! (1).

LÁMPITO.

¡Por Cástor, qué buen olor despide!

LISÍSTRATA.

Amigas mias, dejadme jurar la primera (2).

CALÓNICE.

No, por Vénus, que decida la suerte (3).

LISÍSTRATA.

Vamos, Lámpito, y vosotras extended la mano sobre la copa; despues, que una sola, en nombre de todas, repita mis palabras; así prestaréis el mismo juramento y os comprometereis á guardarlo.

Ningun amante, ningun esposo...

CALÓNICE.

Ningun amante, ningun esposo...

LISÍSTRATA.

Podrá acercárseme enardecido de amor... Repite.

CALÓNICE.

Podrá acercárseme enardecido de amor... ¡Ay! Lisístrata, me siento desfallecer.

LISÍSTRATA.

Viviré castamente en mi casa...

(1) Esta circunstancia era de buen agüero en los sacrificios.
(2) La primera que jurase debia beber tambien la primera.
(3) En los festines parece que se echaban suertes para fijar el órden en que habian de beber los convidados.

CALÓNICE.

Viviré castamente en mi casa.

LISISTRATA.

Cubierta sólo de un transparente vestido azafranado, y adornada...

CALÓNICE.

Cubierta sólo de un transparente vestido azafranado, y adornada...

LISISTRATA.

A fin de inspirar á mi esposo más ardientes deseos...

CALÓNICE.

A fin de inspirar á mi esposo más ardientes deseos...

LISISTRATA.

Pero nunca cederé de buen grado á sus instancias...

CALÓNICE.

Pero nunca cederé de buen grado á sus instancias...

LISISTRATA.

Y si, contra mi voluntad, me obligase...

CALÓNICE.

Y si, contra mi voluntad, me obligase...

LISÍSTRATA.

Permaneceré inanimada en sus brazos... (1)

CALÓNICE.

Permaneceré inanimada en sus brazos... (2)

. . . .
. . . .

(1) *Maligne ei præbebo et motus non addam.*
(2) Hemos eliminado la traduccion de dos versos cuya version latina es: *Non tollam calceos sursum ad lacunar. Non conquiniscam instar leænæ in cultri manubrio.*

LISISTRATA.

¡Que pueda beber este vino, si cumplo mi juramento!...

CALÓNICE.

¡Que pueda beber este vino, si cumplo mi juramento!...

LISISTRATA.

¡Y si no lo cumplo, que se me llene esta copa de agua!...

CALÓNICE.

¡Y si no lo cumplo, que se me llene esta copa de agua!...

LISISTRATA.

¿Jurais todas?

MIRRINA.

Sí, por Júpiter.

LISISTRATA.

Voy, pues, á sacrificar la víctima.

(Bebe.)

CALÓNICE.

Déjame un poco, querida mia, para que consolidemos nuestra amistad.

LÁMPITO.

¿Qué gritos son esos?

LISISTRATA.

Lo que hace poco te decia. Son las mujeres que se apoderan de la ciudadela. Tú, Lámpito, párte á arreglar tus cosas, y déjanos á esas en rehenes. Corramos nosotras á encerrarnos en el alcázar y á defenderlo con las demas compañeras.

CALÓNICE.

¿Crees que los hombres vendrán pronto á atacarnos?

LISISTRATA.

Nada se me da de ellos. Ni el incendio, ni todas sus amenazas, me harán abrir jamás aquellas puertas, si no aceptan la condicion convenida.

CALÓNICE.

Nunca, por Vénus: de otro modo sería inmerecida la opinion en que nos tienen de tercas y malvadas.

CORO DE VIEJOS (1).

Anda, Dráces; guíanos con precaucion, aunque te quebrante el hombro ese pesado haz de olivo verde. ¡Qué cosas tan inesperadas se ven cuando se vive muchos años! ¡Ay, Estrimodoro! ¿Quién hubiera imaginado nunca que habia de llegar un dia en que las mujeres, esa peste de nuestras casas, alimentadas por nosotros con tanto regalo, se apoderarian de la estatua de Minerva, y ocuparian mi ciudadela, y atrancarian sus puertas con barras y cerrojos? Pero corramos, corramos al alcázar, amigo Filurgo; rodeemos de un muro de faginas á las inventoras y ejecutoras de tan execrable haza-

(1) Acuden á los gritos de las mujeres cargados de haces de leña para incendiar las puertas de la ciudadela y quemar á las invasoras. Estas se aprestan á una resistencia enérgica.

ña; hagamos una sola pira, y con nuestras propias manos abrasemos á todas sin excepcion, y á la esposa de Licon la primera (1).

¡No, por Céres, miéntras yo viva no se burlarán de nosotros! Pues ni Cleómenes (2), cuando en otro tiempo se apoderó de la ciudadela, pudo dejarla con honor; á pesar de sus humos lacedemonios, vióse obligado á capitular y á retirarse sin armas, sin más vestidos que una pequeña túnica, lleno de andrajos, escuálido, hecho un oso sucio, como si en seis años no se hubiese lavado. ¡Oh qué sitio aquel! Nuestros soldados, colocados de diez y siete en fondo, cerraban la salida, y no se relevaban ni para dormir. ¿Y no reprimiré con mi sola presencia la audacia de esas mujeres aborrecidas por Eurípides y todos los dioses? Si tal sucede, consiento que sean derribados mis trofeos de la Tetrápolis (3).

Mas para llegar á la ciudadela, áun tengo que subir esa pendiente; procuremos arrastrar estos haces, sin acudir á las bestias de carga; ¡ay! las leñas me destrozan los hombros.

Sin embargo, es necesario subir, y soplar el fuego, no vaya á apagársenos y á faltarme al final

(1) Se cree que sea Lisístrata. Licon era un demagogo que entregó Naupacta á los enemigos. Los demas nombres de esta primera parte del coro son de pura invencion.

(2) Rey de Lacedemonia, que un siglo ántes de la representacion de la *Lisístrata* consiguió apoderarse de la ciudadela. Tuvo que capitular. (V. Herod., v. 62.)

(3) Distrito del Ática, llamado así porque lo formaban cuatro aldeas: Maraton, Enoe, Probalnito y Tricoriso.

de la jornada. ¡Fú! ¡fú! *(soplando)*. Justo cielo, qué humo! Al salir del brasero se lanza sobre mí, y me muerde los ojos como un perro rabioso. Es fuego de Lémnos (1), no me cabe duda; de otro modo no atacaria tan cruelmente mis ojos legañosos. Vamos, Lagnes, corramos á la ciudadela, y auxiliemos á la diosa. ¿Cuándo habrá ocasion mejor de socorrerla? ¡Fú! ¡fú! *(soplando)*; ¡justo cielo! ¡qué humo!

Este fuego está vivo y arde por la gracia de los dioses. Mas ¿por qué no depositamos aquí nuestros haces? ¿No sería mejor encender en el brasero un manojo de sarmientos y lanzarlo contra las puertas, á modo de ariete? Si las mujeres no desatrancan cuando se lo mandemos, será preciso incendiar las puertas y asfixiarlas con el humo. Dejemos ya la carga. ¡Oh! ¡oh! ¡qué humareda! ¿No habrá por ahí algun jefe de la expedicion de Sámos (2) que me ayude á descargar? ¡Ah! por fin se ven libres mis hombros. Vamos, brasero mio, atiza el fuego, y enciéndeme cuanto ántes esta tea. Ayúdame, di-

(1) Las mujeres de Lémnos asesinaron en cierta ocasion á sus maridos: más tarde, los habitantes de aquella isla, para vengarse de los Atenienses que les habian injuriado, les arrebataron muchas de sus mujeres y mataron los hijos que nacieron de este concubinato. Todo esto hacía que los isleños de Lémnos tuviesen malísima reputacion, formándose como expresion de esta idea la frase Κακὸν λήμνιον, *peste de Lémnos*, para indicar las cosas peores.

(2) Es decir, partidario de la democracia, cuyo gobierno acababa de establecerse en Sámos. (V. Tuc., VIII.)

vina Victoria; castiguemos la audacia de las mujeres dueñas de la ciudadela, y erijamos un trofeo triunfal.

CORO DE MUJERES (1).

Amigas mias, creo distinguir humo y llamas; parece un incendio: acudamos á toda prisa. Vuela, vuela, Nicódice, ántes de que Cálica y Cristila perezcan asfixiadas, víctimas de las leyes más crueles y de esos malditos viejos! Pero, venerandas diosas, ¿llegaré demasiado tarde? Al amanecer ya estaba yo en la fuente, y á duras penas conseguí llenar esta vasija: ¡tanta era la confusion, el tumulto y el estrépito de los cántaros! A empellones con las criadas y viles esclavos, conseguí salir con mi agua, y ahora me apresuro á socorrer á mis amenazadas compañeras. Me han dicho que unos viejos chochos, cargados con haces de cerca de tres talentos de peso, como para calentar un baño, se dirigian hácia aquí con desusada furia, gritando, entre terribles amenazas, que es preciso tostar á las pérfidas mujeres. Pero, venerable Minerva, haz que, en vez de ser pasto de las llamas, consigan librar á la Grecia y á sus ciudadanos de los horrores de la guerra. Con este objeto ocuparon tu templo, santa patrona de refulgente casco de

(1) Distinto del primero, y compuesto de mujeres que acuden con cántaros de agua en auxilio de sus compañeras.

oro. Yo invoco tu auxilio, ¡oh Tritogenia! Si algun hombre quiere abrasarlas, ven á traer agua con nosotras.

¡Eh! ¡eh! deteneos (1). ¿Qué es eso, grandísimos canallas? Los hombres honrados y piadosos no obran de esa manera.

CORO DE VIEJOS.

¡Ah! hé ahí una cosa con la cual no contábamos: un enjambre de mujeres defiende el exterior de la ciudadela.

CORO DE MUJERES.

¿Por qué nos temeis? ¿acaso os parecemos muchas? Pues no veis ni la diezmilésima parte.

CORO DE VIEJOS.

Fédrias, ¿las permitiremos charlar de ese modo? ¿no convendrá romperles un garrote en las costilas?

CORO DE MUJERES.

Dejemos en el suelo nuestros cántaros; así no nos estorbarán, si alguno trata de sentarnos la mano.

CORO DE VIEJOS.

Si las hubiesen dado dos ó tres bofetadas, como á Búpalo (2), no chillarian tanto.

(1) Otras ediciones ponen estas palabras en boca de Estratílis.

(2) Alusion á un verso en que Hippónax amenazaba á Búpalo. Este Búpalo era un escultor célebre, que representó á Hippónax con toda su deformidad natural, por lo cual el poeta escribió contra él tan violenta sátira, que el escultor se ahorcó desesperado.

CORO DE MUJERES.

Anda, pégame; aquí te espero; pero te aseguro que en adelante no te agarrará otra perra (1).

CORO DE VIEJOS.

Si no callas, este garrote se encargará de que no llegues á vieja.

CORO DE MUJERES.

A ver; toca con un solo dedo á Estratílis.

CORO DE VIEJOS.

¿Y si te derrengo á puñetazos? ¿qué harás entónces?

CORO DE MUJERES.

Te arrancaré á mordiscos los pulmones y las entrañas.

CORO DE VIEJOS.

¡Ah! Eurípides es el más sabio de los poetas: sí, tiene razon; la mujer es el animal más desvergonzado.

CORO DE MUJERES.

Cojamos nuestros cántaros, Rodipa.

CORO DE VIEJOS.

¿Para qué traes esa agua, mujer aborrecida de los dioses?

CORO DE MUJERES.

¿Y tú ese fuego, cadáver ambulante? ¿es para quemarte á tí mismo?

CORO DE VIEJOS.

Para encender una hoguera y quemar á tus amigas.

(1) *Et nunquam alia canis testiculis te prehendet;* dando á entender, *quia ego tibi prius avellam.*

CORO DE MUJERES.

Pues yo para apagar tu hoguera.

CORO DE VIEJOS.

¿Tú apagarás mi fuego?

CORO DE MUJERES.

Pronto lo verás.

CORO DE VIEJOS.

No sé cómo no la tuesto á fuego lento con esta lámpara.

CORO DE MUJERES.

Si estás sucio, te daré un baño.

CORO DE VIEJOS.

¿Tú á mí un baño, puerca?

CORO DE MUJERES.

Sí, un baño nupcial.

CORO DE VIEJOS.

¿Oís sus desvergüenzas?

CORO DE MUJERES.

Por que soy libre.

CORO DE VIEJOS.

Ya reprimiré tus gritos.

CORO DE MUJERES.

Yo haré que no juzgues más en el Heliástico.

CORO DE VIEJOS.

Quémale el pelo.

CORO DE MUJERES.

Agua (1), cumple tu deber. *(Arrojan el contenido de sus cántaros sobre los viejos.)*

(1) Lit.: *Aqueloo,* nombre de un rio.

CORO DE VIEJOS.

¡Ay desdichado!

CORO DE MUJERES.

¿Estaba caliente?

CORO DE VIEJOS.

¡Sí, caliente! Acaba, ¿qué haces?

CORO DE MUJERES.

Te riego para que reverdezcas.

CORO DE VIEJOS.

Ya estoy seco y tiritando.

CORO DE MUJERES.

Caliéntate, puesto que tienes fuego.

UN MAGISTRADO (1).

¿Las mujeres no han manifestado ya suficientemente su licencia con tanto estruendo de tambores, con tantas bacanales, y con sus interminables lamentaciones sobre los terrados en las Adonias? (2). El otro dia las oí yo desde la asamblea.

(1) En griego Πρόβουλος. Las atribuciones de estos magistrados no están bien definidas: unos creen que eran una especie de jefes de policía; otros que su mision se reducia á preparar los asuntos que habian de discutirse en el Senado; y otros, en fin, opinan que era un cargo extraordinario creado en épocas críticas, como en tiempo de la invasion de Jérjes y despues de las derrotas en Sicilia.

(2) Fiestas en honor de Adónis que duraban dos dias y eran celebradas sólo por las mujeres. En el primero lamentaban su muerte dando gritos sobre los terrados de las casas; y en el segundo, se regocijaban como si hubiese vuelto á la vida.

Demóstrato (1), ese orador que Júpiter confunda, proponia una expedicion á Sicilia; y su mujer danzando gritaba; «¡Ay! ¡ay! ¡Adónis!» Demóstrato proponia despues que se hiciera una leva en Zacinto, y su mujer, ya beoda, gritaba en el terrado: «¡Lamentad á Adonis!» Y el maldito Colocíges (2), aborrecido por los dioses, se desgañitaba para hacerse oir. Ved á dónde llega su desórden.

CORO DE VIEJOS.

¿Pues qué dirias si hubieses oido sus insolencias? Despues de mil injurias, han arrojado sobre nosotros el agua de sus cántaros; y nos vemos en la precision de retorcer nuestros vestidos, como si nos hubiésemos orinado.

EL MAGISTRADO.

¡Bien hecho, por Neptuno! Nosotros mismos favorecemos la perversidad de las mujeres, y les damos lecciones de disolucion, cuyo fruto son conspiraciones como la presente. Un marido va á una tienda, y dice el artífice: «Platero, bailando ayer á la tarde se le salió á mi mujer de su sitio el broche de aquel collar que le hiciste; yo tengo que embarcarme hoy para Salamina; si tienes tiempo, haz todos los posibles por ir al anochecer á mi casa y encajarle el broche.» Otro se dirige á un

(1) Este orador, enemigo de Nícias, sostuvo la conveniencia de la expedicion de Sicilia, en que murió aquel general. Aristófanes venga la muerte de su amigo.

(2) Parodia del apodo *Buciges (buey de tiro)*, que tenía Demóstrato. Le llama *Colociges* por su locura, fatal á Aténas (χόλος *locura furiosa.*)

zapatero jóven y vigoroso (1), y le dice: «una de las correas le lastima á mi mujer el dedo pequeño, que es muy delicado; véte al mediodía, y procura estirársela;» y así andan las cosas tales, que yo, provisor, al necesitar dinero para pagar á los remeros ajustados, me encuentro con que las mujeres me cierran las puertas (2). ¿Pero qué gano estándome así? Pronto, traedme unas palancas, y yo castigaré su atrevimiento. ¿A qué te quedas con la boca abierta, bribon? Y tú, ¿qué miras? Sin duda tratas de ver alguna taberna. Pronto, derribad esas puertas con las palancas. Yo tambien pongo manos en la obra.

—

LISISTRATA.

No derribeis nada; aquí me teneis. ¿Para qué las palancas? No es eso lo que os hace falta, sino sentido comun.

EL MAGISTRADO.

¿De véras, mujer abominable? ¿Dónde está el arquero? Cógela y átale las manos á la espalda.

LISISTRATA.

Como llegue á tocarme nada más que con la punta de un dedo, por Diana lo juro, aunque sea un funcionario público, me las pagará.

(1) *Qui penem habet haud quaquam puerile.*
(2) De la ciudadela, donde se guardaba el dinero del Estado.

EL MAGISTRADO. *(Al arquero.)*

¡Cómo! ¿Tienes miedo? Sujétala por la cintura. Ayúdale tú tambien, y atadla entre los dos.

MUJER PRIMERA.

¡Por Pandrosa! (1). Si llegas á tocarla, te pateo las tripas (2).

EL MAGISTRADO.

¡Ah! ¡las tripas! ¿Dónde está el otro arquero? Prendedme tambien á esa que habla.

MUJER SEGUNDA.

¡Por la fulgente luna, si la tocas con un dedo, pronto necesitarás una venda! (3).

EL MAGISTRADO.

¿Qué significa esto? ¿Dónde está el arquero? deténla. Ya os cerraré yo todas las salidas.

MUJER TERCERA.

¡Por Diana de Táuride, si te acercas á ella, te arranco todos los cabellos, aunque te deshagas en llanto!

EL MAGISTRADO.

¡Oh desdicha! mis arqueros me abandonan. ¡Cómo! ¿Nos dejarémos vencer por unas mujeres? Adelante, Escitas, estrechad vuestras filas, y acometedlas.

LISISTRATA.

¡Por las diosas, os las vais á ver con cuatro valientes batallones de mujeres bien armadas que tengo adentro.

(1) Hija de Cécrope, por la cual juraban las Atenienses.
(2) *Mox cacabis calcatus.*
(3) Para curarse las heridas.

EL MAGISTRADO.

¡Escitas, atadles las manos!

LISISTRATA.

Salid, valientes compañeras; vendedoras de legumbres, puches, ajos y verduras; panaderas y taberneras, derribadlos, pegadles, desgarradlos; multiplicad vuestros insultos; haced gala de desvergüenza (1). Basta, retiraos; no despojeis á los vencidos.

EL MAGISTRADO.

¡Ah, qué mal lo han pasado mis arqueros!

LISISTRATA.

¿Pues qué se te figuraba? ¿Creias que te las ibas á haber con unas esclavas? ¿Piensas que no hay valor en las mujeres?

EL MAGISTRADO.

Sí, sí, demasiado valor; sobre todo cuando están cerca de la taberna.

CORO DE VIEJOS.

¡Magistrado, estás perdiendo el tiempo en palabras! ¿A qué entras en contestaciones con esas fieras? ¿Ignoras el baño sin lejía que acaban de darnos, estando completamente vestidos?

CORO DE MUJERES.

Es que, amigo mio, á nosotras nadie nos sienta así como así la mano: hazlo, y verás cómo te salto un ojo. A mí me gusta estarme encerrada en casa,

(1) La legion femenina da una buena soba á los arqueros.

como una doncellita, sin hacer mal á nadie, ni siquiera menear una paja; pero como alguno me irrite, soy una avispa.

CORO DE VIEJOS.

¡Oh Júpiter! ¿Qué haremos con estas fieras? ¡esto es insoportable! *(Al Magistrado.)* Te es preciso averiguar con nosotros la causa de este mal, y lo que pretenden al apoderarse de la ciudadela de Cranao, de esa fortaleza inaccesible, y su venerado templo. Interrógales y no las creas; pero reune todos los indicios. Sería vergonzosa negligencia no esclarecer tan importante asunto.

EL MAGISTRADO.

Lo primero que deseo que me digais es la intencion con que os habeis encerrado en la ciudadela.

LISISTRATA.

Con la de poner á salvo el tesoro y evitar la causa de la guerra.

EL MAGISTRADO.

Pues qué, ¿el dinero es la causa de la guerra?

LISISTRATA.

Y de todos los demas desórdenes. Pisandro (1) y otros ambiciosos amotinan contínuamente las turbas, sin más objeto que el de robar á favor de la confusion. Ahora, ya pueden hacer lo que se les antoje; porque lo que es de este dinero no han de tocar ni un óbolo.

(1) Véanse *La Paz*, 395; *Las Aves*, 1.556, nota.

EL MAGISTRADO.

¿Pues qué harás?

LISISTRATA.

¡Vaya una pregunta! administrarlo nosotras.

EL MAGISTRADO.

¿Administrar vosotras el tesoro?

LISISTRATA.

No comprendo tu asombro. ¿Acaso no administramos los gastos de nuestras casas?

EL MAGISTRADO.

Pero no es lo mismo.

LISISTRATA.

¿Por qué no es lo mismo?

EL MAGISTRADO.

Ese dinero se destina á la guerra,

LISISTRATA.

La guerra ya no es necesaria.

EL MAGISTRADO.

¡Cómo! ¿Y la defensa de la república?

LISISTRATA.

Nosotras la defenderemos.

EL MAGISTRADO.

¿Vosotras?

LISISTRATA.

Sí, nosotras.

EL MAGISTRADO.

Eso es indigno.

LISISTRATA.

Pues te defenderemos, mal que te pese.

EL MAGISTRADO.

¡Qué atrocidad!

LISISTRATA.

¿Te enfadas, eh? Pues, amigo mio, no hay más remedio.

EL MAGISTRADO.

Pero es inicuo, por Céres.

LISISTRATA.

Pues se te defenderá.

EL MAGISTRADO.

¿Y si no quiero?

LISISTRATA.

Con más motivo.

EL MAGISTRADO.

¿Pero de dónde os ha venido la idea de ocuparos de la guerra y de la paz?

LISISTRATA.

Os lo diremos.

EL MAGISTRADO.

Habla pronto, ó si no, habrá lágrimas.

LISISTRATA.

Escucha; y quietecitas las manos.

EL MAGISTRADO.

No puedo; es tal mi ira, que me es difícil contenerla.

UNA MUJER.

Entónces á tí te tocará llorar.

EL MAGISTRADO.

¡Caiga sobre tí el oráculo que acabas de graznar, vejestorio! *(A Lisistrata.)* Habla tú.

LISISTRATA.

Voy. En la guerra anterior sobrellevábamos con paciencia ejemplar todo lo que haciais los hom-

bres, porque no nos permitiais abrir la boca. Vuestros proyectos no eran muy agradables que digamos: nosotras los conocíamos, y más de una vez os vimos en casa tomar desacertadas resoluciones en los más graves asuntos. Entónces, disimulando con una sonrisa nuestro interno dolor, os preguntábamos: «¿Qué resolucion sobre la paz habeis tomado hoy en la asamblea?» «¿Qué te importa? decia mi marido: cállate;» y yo callaba.

UNA MUJER.

Pues yo no me hubiera callado.

EL MAGISTRADO.

Pues hubieras llorado por no callar.

LISISTRATA.

Yo me callaba; otra vez oyendo que habiais tomado una funestísima determinacion, le pregunté: «Marido mio, ¿en qué consiste que obrais tan sin sentido?» Y él, mirándome de reojo, contestó: «Teje tu tela, si no quieres que la cabeza te duela mucho tiempo: la guerra es asunto de hombres» (1).

EL MAGISTRADO.

Y tenía razon, por vida mia.

LISISTRATA.

¿Cómo que tenía razon? ¡miserable! ¿No hemos de poder daros un buen consejo cuando vemos que adoptais resoluciones funestas? Cansadas ya de oir á unos preguntar á gritos en las calles: «¿No hay un hombre en este país?» y á otros responder: «No,

(1) Las últimas palabras se las dirige Héctor á Andrómaca en la *Ilíada*, VI.

ni uno;» las mujeres hemos tomado el partido de reunirnos y salvar entre todas á la Grecia. ¿A qué habíamos de esperar más? Por consiguiente, si quereis escuchar nuestros buenos consejos, y callaros á vuestra vez, como nosotras entónces, conseguiremos arreglaros.

EL MAGISTRADO.

¡Vosotras á nosotros! Vamos, ¡esto ya no puede tolerarse!

LISISTRATA.

¡Calla!

EL MAGISTRADO.

¡Yo! ¡Callarme yo, porque tú me lo mandes, deslenguada! ¡Yo obedecer á quien lleva un velo en la cabeza! ¡Antes morir!

LISISTRATA.

Si no tienes más inconveniente que ese, toma mi velo, rodéatelo á la cabeza, y calla. Toma tambien este canastillo; ponte un ceñidor, y dedícate á hilar lana, mascullando habas (1): la guerra será asunto de mujeres.

CORO DE MUJERES.

Mujeres, dejad vuestros cántaros, para que por nuestra parte ayudemos tambien á nuestras amigas. Yo jamás me rendiré de bailar, ni el cansancio hará flaquear mis rodillas. Quiero hacer causa comun, y afrontar todos los riesgos con esas compañeras tan valientes, tan ingeniosas, tan bellas, tan atrevidas y discretas, raro conjunto de patrio-

(1) Es decir, en juzgar. (V. *Los Caballeros*, 41.)

tismo y valor. Tú, intrépida Lisístrata, y vosotras sus aliadas, no depongais vuestra cólera; sed siempre como un manojo de ortigas: los vientos son favorables.

LISISTRATA.

Si el amable Cupido y la diosa de Chipre (1) derraman sobre nuestro seno los atractivos del amor, é inspiran á los hombres ardientes y dulcísimos deseos (2), espero que los Griegos llegarán á llamarnos las *Lisímacas* (3).

EL MAGISTRADO.

¿Y por qué?

LISISTRATA.

Por haber puesto término á sus locuras y paseos con armas en el mercado.

UNA MUJER.

Muy bien, por Vénus de Páfos.

LISISTRATA.

Pues ahora se les ve recorrer armados de punta en blanco, como frenéticos coribantes, la plaza en que se venden ollas y legumbres.

EL MAGISTRADO.

Cierto, por que eso es propio de valientes.

LISISTRATA.

Pero es ridículo ver comprando pececillos á un hombron en cuyo escudo se ostenta una cabeza de Gorgona.

(1) Vénus.
(2) *Si viris tentiginem jucundam ingeneraverint, ut quasi baculos penes erigant...*
(3) Nombre que significa: *las terminadoras de la guerra.*

UNA MUJER.

El otro dia ví yo á todo un filarconte (1) de largos cabellos, echar en su casco de bronce, sin apearse siquiera, las puches que una vieja acababa de venderle. Otro Tracio, agitando su escudo y su dardo, como Tereo (2), aterraba á una vendedora de higos, y se le comia los mejores.

EL MAGISTRADO.

¿Pero cómo podreis vosotras arreglar la enmarañada madeja de la cosa pública en este país?

LISISTRATA.

Facilísimamente.

EL MAGISTRADO.

¿Cómo? dímelo.

LISISTRATA.

Mira, cuando se nos enreda el hilo, lo cogemos así y lo sacamos del huso, tirando á un lado y á otro; pues bien, como nos dejen, desenredarémos igualmente la guerra, enviando embajadas á un lado y á otro.

EL MAGISTRADO.

Por tanto, imbéciles, pensais arreglar los más peligrosos negocios con los husos, el hilo y la lana.

LISISTRATA.

Si tuvieseis un átomo de sentido comun, seguiriais en política el ejemplo que os damos al trabajar la lana.

EL MAGISTRADO.

¿Cómo? Sepamos.

(1) Jefe de caballería de una tribu.
(2) Tereo reinó en Tracia.

LISISTRATA.

Así como nosotras principiamos por lavar la lana para separarla de toda suciedad, vosotros debiais empezar por expulsar á palos de la ciudad á los malvados, y separar la mala hierba; luégo dividir á todos esos que se coligan y apelotonan para apoderarse de los cargos públicos, y arrancarles la cabeza; despues amontonar en un canasto, para el bien comun, los metecos, los extranjeros, los amigos y los deudores al Estado, y cardarlos sin distincion. A las ciudades pobladas por colonos de este país debiais de considerarlas separadamente, como otros tantos pelotones colocados delante de nosotras, y en seguida sacar un hilo de cada una de ellas, traerlo hasta aquí, reunirlos todos, hacer un grande ovillo y tejer con él un manta para el pueblo.

EL MAGISTRADO.

¿No es insufrible que pretenda hilarlo y devanarlo todo quien ninguna participacion tiene en la guerra?

LISISTRATA.

Pero, ¡maldito de Dios! nosotras tenemos parte doble, pues primero parimos los hijos, y despues los enviamos al ejército.

EL MAGISTRADO.

Calla: no recuerdes nuestros desastres (1).

LISISTRATA.

Despues, en vez de gozar en la flor de nuestra

(1) Alusion á la reciente derrota de Sicilia.

juventud de los placeres del amor, estamos como viudas, gracias á la guerra; y por nosotras, pase; yo me aflijo por esas pobres doncellas que envejecen en su lecho solitario.

EL MAGISTRADO.

¿No envejecen tambien los hombres?

LISISTRATA.

¡Oh, eso es muy diferente! Un hombre, al volver de la guerra, aunque tenga los cabellos blancos, se casa pronto con una tierna doncellita. El tiempo de la mujer es muy corto, y si no lo aprovecha, ya nadie la quiere, y se pasa la vida en consultar los augurios (1).

EL MAGISTRADO.

Pero todo anciano que áun conserva algun vigor...

LISISTRATA.

¿Y tú, cuándo te piensas morir? Ya es tiempo; cómprate un ataud; mira, te voy á amasar la torta funeraria (2). Toma esta corona y cíñete las sienes.

MUJER PRIMERA.

Toma estas cintas.

MUJER SEGUNDA.

Ten esta otra corona.

LISISTRATA.

¿Qué te falta? ¿Qué deseas? Caronte (3) te espera; tu tardanza le impide darse á la vela.

(1) Para averiguar cuándo le llegará el turno.
(2) Para ofrecerla al Cerbero, segun el rito funerario,
(3) Barquero del infierno.

EL MAGISTRADO.

Estos ultrajes son insufribles. Voy á presentarme yo mismo á mis colegas con esta facha.

LISISTRATA.

¿Te quejas porque áun no te hemos expuesto? (1) No te apures; dentro de tres dias iremos de madrugada á ofrecerte la oblacion de costumbre.

(Vanse Lisistrata y el Magistrado. Los dos coros quedan solos en la escena.)

CORO DE VIEJOS.

Ya no puede dormir ningun amigo de la libertad. Ea, dispongámonos para esta grande empresa. Sospecho mayores peligros, y creo percibir un olor á tiranía de Hipias; y mucho me temo que algunos Lacedemonios reunidos en casa de Clístenes, hayan sido los incitadores de estas malditas mujeres sugiriéndoles la idea de apoderarse de nuestro tesoro y del salario de que vivimos. Indigno es, por vida mia, que se entrometan á dar consejos á los ciudadanos y á hablar de cascos de bronce, y á tratar de la paz con los Lacedemonios, en quienes tengo ménos confianza que en un lobo hambriento. Amigos, no cabe duda, todas sus tramas tienden á restablecer la tiranía. Pero jamás me tiranizarán; yo tomaré mis precauciones, y llevando mi espada en la rama de mirto (2), estaré

(1) Era costumbre exponer los cadáveres delante de la casa.

(2) Verso tomado del escolio de Harmodio. Todo este

sobre las armas en la plaza pública, junto á la estatua de Aristogiton. Allí permaneceré, porque siento un vivo deseo de darle un bofeton á esa maldita vieja.

CORO DE MUJERES.

Cuando vuelvas á tu casa no te conocerá ni la madre que te parió (1). Pero, queridas ancianas, dejemos esto en el suelo; nosotras, oh ciudadanos, vamos á principiar un discurso muy útil á la república; y bien lo merece por haberme criado en el seno de los placeres y del esplendor. A la edad de siete años, ya llevé las ofrendas misteriosas en la fiesta de Minerva; á los diez molia la cebada en honor de la diosa; luégo, ceñida de flotante túnica azafranada, me consagraron á Diana en las Brauronias (2); y por último, ya doncella núbil, fuí canéfora, y rodeé mi garganta con el collar de higos (3). En pago de tantas distinciones, ¿no deberé dar útiles consejos á mi patria? Aunque mujer, permitidme proponer un remedio á nuestros males; que al fin al darle mis hijos, tambien pago mi contribucion al Estado. Pero vosotros, miserables viejos, ¿con qué contribuís? Despues de haber con-

coro tiende á ridiculizar la suspicacia ateniense, á la cual todo se le antojaban maquinaciones para restablecer la tiranía.

(1) Amenaza dirigida á los viejos.

(2) Lit.: *fuí osa en las Brauronias*. Véase la nota al verso 874 de *La Paz*.

(3) Las canéforas, jóvenes de familias distinguidas que llevaban los canastillos en las procesiones, solian llevar un collar de higos.

sumido lo que se llamaba el tesoro de los Abuelos (1), reunido durante las guerras médicas, nada pagais; y todos corremos grave riesgo de que nos arruineis. ¿Qué podeis responder á esto? Como me incomodes mucho, te siento en la cara este coturno, y ¡cuidado que pesa!

CORO DE VIEJOS.

¿Puede haber mayor ultraje? La cosa va de mal en peor. Todo hombre que se tenga por tal, tiene obligacion de oponérseles. Pero quitémonos la túnica. El hombre debe ante todo oler á hombre, y no estar envuelto en sus vestidos. Ea, todos los que en nuestros buenos tiempos nos reunimos en Lipsidrion, hombres de piés desnudos, hoy es preciso rejuvenecerse, enderezar el cuerpo, despojarnos de la vejez. Si dejamos á las mujeres el menor asidero, no cejarán ni un punto en sus esfuerzos, y las veremos construir naves, pretender dar batallas navales y atacarnos á ejemplo de Artemisa (2). Si les place dedicarse á la equitacion, licenciarémos á nuestros caballeros. A la mujer la gusta mucho el caballo; sobre él ataca vigorosamente, y no se cae por mucho que galope: testigos las Amazonas que Micon (3) pintó combatiendo á los hombres.

(1) En tiempo de las guerras médicas cada ciudadano contribuyó segun sus medios, formándose de esta manera un gran fondo de reserva.

(2) Reina de Caria: acompañó á Jerjes en su expedicion contra Grecia é hizo prodigios de valor. (Véase HERODOTO, VII, 99.)

(3) El cuadro del combate de las Amazonas y Teseo estaba en el Pecilo.

Por lo cual es preciso que nos apoderemos de ésta, y las metamos á todas el cuello en el cepo.

CORO DE MUJERES.

¡Por las diosas! Si me irritas, suelto las riendas á mi cólera, y te doy una tunda que te obligo á pedir socorro á tus vecinos. Amigas mias, quitémonos tambien nosotras los vestidos: perciban esos carcamales el olor á mujer enfurecida. Si alguno se acerca á mí, yo le aseguro que no ha de comer más ajos ni habas negras. ¡Dí una sola palabra! Estoy furiosa y te trataré como el escarabajo al nido del águila. Ningun temor me dais miéntras á mi lado estén Lámpito y mi querida Ismenia, noble tebana. Aunque des siete decretos, no podrás con nosotras, ¡miserable, detestado por tus vecinos y por todo el mundo! Ayer mismo, para celebrar la fiesta de Hécate, quise traer de la vecindad una muchacha buena y amable, muy querida por mis hijos, una anguila de Beocia (1), y se negaron á enviármela por tus malditos decretos. Y nunca cesaréis de hacerlos, hasta que alguno os coja por las piernas y os precipite cabeza abajo.

(A Lisístrata). Directora de esta noble empresa (2), ¿por qué sales tan triste de tu morada?

---

(1) Estando interrumpido el comercio con Beocia por la guerra, no venían al mercado ateniense sus exquisitas anguilas.

(2) Parodia del *Telefo* de Eurípides.

LISISTRATA.

La indigna conducta de las mujeres, su inconstancia verdaderamente femenil, eso es lo que me agita y llena de angustia.

CORO DE MUJERES.

¿Qué dices? ¿qué dices?

LISISTRATA.

La verdad, la verdad.

CORO DE MUJERES.

¿Qué desgracia ocurre? díselo á tus amigas.

LISISTRATA.

Vergonzoso es decirlo, y difícil callarlo.

CORO DE MUJERES.

No me ocultes la desgracia que nos ocurre.

LISISTRATA.

Nos abrasa la lujuria, para decirlo de una vez.

CORO DE MUJERES.

¡Oh Júpiter!

LISISTRATA.

¿A qué invocas á Júpiter? Esta es la pura verdad No puedo privarles más tiempo de sus maridos; pues se me escapan. La primera á quien sorprendí abria un agujero junto á la gruta de Pan (1): la segunda se descolgaba por medio de una polea: otra prepraba su desercion: otra, cogida á un pájaro, se disponia volar á casa de Orsíloco (2), y la he detenido por los cabellos; en fin, discurren todos los

(1) Que estaba al Norte de la ciudadela.
(2) Hombre de mala conducta.

pretextos imaginables para volver á sus hogares. Ahí viene una. ¡Eh! tú, ¿á dónde vas tan de prisa?

MUJER PRIMERA.

Quiero ir á mi casa: tengo allí una porcion de lana de Mileto, que se la está comiendo la polilla.

LISISTRATA.

No hay polilla que valga. ¡Atras!

MUJER PRIMERA.

Volveré al instante, te lo juro por las diosas; volveré en cuanto la haya tendido sobre el lecho.

LISISTRATA.

No la tiendas, ni te muevas de aquí.

MUJER PRIMERA.

¿Y he de dejar perderse mi lana?

LISISTRATA.

No hay más remedio.

MUJER SEGUNDA.

¡Desdichada! ¡desdichada! me he dejado en casa el lino sin macear.

LISISTRATA.

Ya tenemos otra que quiere ir á macear su lino. Entra aquí.

MUJER SEGUNDA.

¡Te lo juro por Diana! volveré en cuanto lo haya maceado.

LISISTRATA.

No lo macearás; porque si tú principias, otra querrá hacer otro tanto.

MUJER TERCERA.

Divina Lucina, retrasa mi parto hasta que llegue á un lugar profano.

LISISTRATA.

¿Estás loca?

MUJER TERCERA.

Voy á parir de un momento á otro.

LISISTRATA.

¿Pero si ayer no estabas en cinta?

MUJER TERCERA.

Pues hoy lo estoy. Déjame, Lisístrata, déjame salir en busca de la comadre.

LISISTRATA.

¿Qué cuentos son esos? ¿Qué cosa dura tienes aquí?

MUJER TERCERA.

Un niño varon.

LISISTRATA.

¡Cá! si es de metal y hueca. Veámosla. ¡Oh, tiene gracia! ¿Traes el casco de la diosa, y decias que estabas en cinta?

MUJER TERCERA.

Sí, por Júpiter, lo estoy.

LISISTRATA.

¿Pues por qué traias esto?

MUJER TERCERA.

Para si me sobrevenia el parto en la ciudadela hacer con él un nido, como las palomas.

LISISTRATA.

¿Qué dices? esos son pretextos: la cosa está clara. ¿No esperarás aquí el dia de tu purificacion? (1).

MUJER TERCERA.

No puedo dormir en la ciudadela desde que he visto la serpiente que la guarda (2).

MUJER CUARTA.

Yo, infeliz de mí, me muero de fatiga: el grito incesante de las lechuzas (3) no me deja conciliar el sueño.

LISISTRATA.

¡Desdichadas! basta de fingidos terrores. Quizá echais de ménos á vuestros maridos. ¿Creeis que ellos no os desean tambien? Yo sé que pasan noches crueles. Pero, amigas mias, resistíos sin flaquear, y tened aún un poco de paciencia: un oráculo nos pronostica el triunfo, si no nos dividimos. Oidlo.

CORO DE MUJERES.

Sí, dínos el oráculo.

---

(1) Lit.: *anfidromia*, ceremonia que consistia en dar vueltas alrededor del altar con el niño, al quinto dia de su nacimiento.

(2) Creian los Atenienses que una gran serpiente ó dragon estaba encargado de guardar el templo y la Acrópolis.

(3) Las lechuzas abundaban muchísimo en Aténas.

LISISTRATA.

Callad, pues. «Cuando las golondrinas, huyendo de las abubillas, se reunan en un lugar, y se abstengan de los machos, entónces concluirán los males, y Júpiter tonante pondrá lo de abajo arriba...

CORO DE MUJERES

¿Nosotras estaremos encima?

LISISTRATA.

«Pero si las divide la discordia, y las golondrinas huyen del sagrado templo, no habrá otra ave más lasciva.»

CORO DE MUJERES.

El oráculo está claro. ¡Oh dioses! no hay que desalentarse. Entremos. Vergonzoso sería, compañeras, el faltar al oráculo.

CORO DE VIEJOS.

Quiero contaros una fábula que oí siendo niño. Es así: Habia un jóven llamado Melanion (1), que por odio al matrimonio se fué á un desierto; vivia en las montañas; cazaba liebres, hacía lazos, y tenía un perro, y jamás volvió á su casa; ¡tanto aborrecia á las mujeres! y nosotros tambien, que no somos ménos discretos que Melanion.

(1) Jenofonte *(Cinegética*, I) cita un Melanion, que consiguió la mano de Atalanta como premio á sus esfuerzos en la caza. Pero la fábula cantada por el coro hace sospechar que no se refiere al mismo.

UN VIEJO.

Vieja mia, quiero darte un beso...

UNA MUJER.

Llorarás, sin comer ajos.

EL VIEJO.

Y atizarte un puntapié.

LA MUJER.

Tu espesa barba es buen asidero.

EL VIEJO.

Mirónides era negro y velludo y el terror de todos sus enemigos, lo mismo que Formion (1).

CORO DE MUJERES.

Tambien yo quiero contarte una fábula en respuesta á la de Melanion. Habia un tal Timon (2), hombre intratable, inaccesible como si estuviese erizado de espinas, un verdadero hijo de las Furias. El tal Timon, lleno de odio, huyó de vosotros colmándoos de maldiciones. ¡Tanto aborrecia á los hombres! Sin embargo, era apasionadísimo por las mujeres.

UNA MUJER.

¿Quieres que te sacuda un bofeton?

UN VIEJO.

No, no te tengo miedo.

(1) *Mirónides* era un general que ganó la batalla de Enófito (Tuc., I, 108).—Sobre *Formion* véase la nota al verso 562 de *Los Caballeros*.

(2) Llamado el Misántropo. Llevó su aborrecimiento á los hombres al extremo de que habiéndose roto una pierna dejó que se le gangrenase la herida y murió, por no querer llamar á un médico.

LA MUJER.

Pues te daré un puntapié.

EL VIEJO.

Se te verá lo que no debe verse (1).

LA MUJER.

No se verá nada sucio; aunque soy vieja, la luz de la lámpara me sirve de depilatorio.

LISISTRATA.

¡Eh! ¡eh! mujeres, acudid aprisa.

MUJER PRIMERA.

¿Qué ocurre? dí, ¿por qué esos gritos?

LISISTRATA.

Un hombre, un hombre se acerca enfurecido por la cólera de Vénus. ¡Diosa reina de Chipre, Citera y Páfos, no te desvíes del principiado camino!

MUJER PRIMERA.

¿Dónde está? ¿Quién es?

LISISTRATA.

Junto al templo de Céres (2).

MUJER PRIMERA.

En efecto, es un hombre. ¿Pero quién podrá ser?

LISISTRATA.

Mirad. ¿Le conoceis alguna de vosotras?

MIRRINA.

Yo le conozco: es mi marido Cinésias.

(1) *Cunnum ostendes.*
(2) El templo de *Céres Cloe (Protectora de los trigos verdes)* estaba próximo á la Acrópolis.

LISÍSTRATA *(A Mirrina)*.

Procura mortificarle y enardecerle la sangre fingiéndole amor y desden, y concediéndole todo cuanto pida, menos lo que la copa (1) te prohibe.

MIRRINA.

Pierde cuidado: eso corre de mi cuenta.

LISISTRATA.

Me quedo para ayudarte á engañarle y mortificarle. Vosotras, retiraos.

CINÉSIAS.

¡Ay desdichado, qué horrible tormento! (2). Se me figura que estoy sobre la rueda.

LISISTRATA.

¿Quién está ahí, más acá de los centinelas?

CINÉSIAS.

Yo.

LISISTRATA.

¿Un hombre?

CINÉSIAS.

Sí, un hombre.

LISISTRATA.

¡Pronto, fuera de ahí!

CINÉSIAS.

¿Quién eres tú para despacharme?

LISISTRATA.

El centinela de dia.

(1) Es decir, el juramento que sobre la copa prestó.
(2) *¡Quanta discrucior convulsione et tentigene!*

CINÉSIAS.

Por los dioses te lo pido, llama á Mírrina.

LISISTRATA.

¡Me gusta! ¿que llame á Mírrina? Y tú ¿quién eres?

CINÉSIAS

Su marido Cinésias Peónides.

LISISTRATA.

Salud, carísimo; tu nombre no nos es desconocido, porque á tu mujer nunca se le cae de la boca; si coge un huevo ó una manzana, dice siempre: «Esto para mi Cinésias.»

CINÉSIAS.

¡Oh soberanos dioses!

LISISTRATA.

Así es, por Vénus. Siempre que se habla de hombres, tu mujer suele decir: «Todo es nada en comparacion de mi Cinésias.»

CINÉSIAS.

Vamos, llámala.

LISISTRATA.

¿Me darás algo por el servicio?

CINÉSIAS.

Ya lo creo; y en seguida, si quieres: mira, te daré lo que tengo.

LISISTRATA.

Pues bajo á llamarla.

CINÉSIAS.

Anda lista. La vida no tiene encanto para mí desde que abandonó el hogar; entro en él con hastío; la casa me parece un desierto; todos los manjares insípidos: ¡tal es mi pena!

MIRRINA.

¡Le amo, sí, le amo! pero él no quiere corresponderme. No me obligues á ir á verle.

CINÉSIAS.

¡Oh dulcísima Mirrinita! ¿por qué haces eso? Baja, baja.

MIRRINA.

No lo creas.

CINÉSIAS.

¿Cómo, Mírrina, no bajarás llamándote yo?

MIRRINA.

Me llamas sin necesidad.

CINÉSIAS.

¿Sin necesidad, y estoy pereciendo?

MIRRINA.

Me voy.

CINÉSIAS.

No, por piedad: oye siquiera al niño. Vamos, hijo mio, ¿no llamas á tu mamá?

EL NIÑO.

¡Mamá! ¡mamá! ¡mamá! (1).

CINÉSIAS.

Vamos, ¿qué haces? ¿No te compadeces de esta

(1) *Maman* era el nombre familiar con que los niños llamaban á sus madres.

pobre criatura que hace seis dias está sin madre que le asee?

MIRRINA.

Él ya me da lástima, pero su padre es muy descuidado.

CINÉSIAS.

Baja, loquilla, por amor á tu hijo.

MIRRINA.

¡Ah! ¡lo que es haberlo parido! Vamos, ya bajo: ¿qué remedio?

CINÉSIAS.

Me parece mucho más jóven; ¡qué tierna es su mirada! Sin duda su desden y negativas enardecen mi amor.

MIRRINA.

Dulcísimo niño, hijo de un mal padre, y encanto de tu mamá, toma, toma este beso.

CINÉSIAS.

¿Por qué haces eso, malvada, siguiendo el ejemplo de otras mujeres con gran pena tuya y mia?

MIRRINA.

Quietas las manos.

CINÉSIAS.

Todo lo que hay en casa se está perdiendo.

MIRRINA.

Poco se me importa.

CINÉSIAS.

¿Se te importa poco que las gallinas desgarren tus telas?

MIRRINA.

Sí, por cierto.

CINÉSIAS.

¡Tanto tiempo como hace que no has celebrado las fiestas de Vénus! ¿No quieres venir?

MIRRINA.

No, miéntras no hagais la paz y concluyais la guerra.

CINÉSIAS.

Bien; si te agrada, lo haremos.

MIRRINA.

Bien, si te agrada, volveré á casa; pero hasta entónces estoy comprometida por un juramento.

CINESIAS.

Saltem aliquantisper mecum decumbe.

MYRRHINA.

Non sane: etsi non posse negari te a me amari.

CINÉSIAS.

Amas? cur ergo non decumbis, Myrrhinula?

MYRRHINA.

O ridende, num præsente puerulo?

CINÉSIAS.

Non hercle: sed tu, o Manes, fer eum domum. Ecce puerulus jam tibi hinc amotus: tu vero non decumbes?

MYRRHINA.

Sed, o perdite, ubi id fieri potest?

CINÉSIAS.

Ad Panos sacellum percommode.

MYRRHINA.

At quomodo in arcem casta redire potero?

CINÉSIAS.

Facillume, in Clepsydra si laveris.

MYRRHINA.

Scilicet, o perdite, jurata pejerabo?

CINÉSIAS.

In caput meum vertat. De jurejurando ne sis sollicita.

MYRRHINA.

Agedum feram lectulum nobis.

CINÉSIAS.

Nequaquam: sufficit nobis humi cubare.

MYRRHINA.

Ita me Apollo juvet, ut ego te, quamvis turgentem libidine, non reclinaverim humi.

CINÉSIAS.

Amat me valde, satis apparet, uxor.

MYRRHINA.

En, decumbe properans, et ego exuo vestes. At, perii, teges efferenda est.

CINÉSIAS.

Quæ, malum, teges? Haud mihi quidem.

MYRRHINA.

Ita mihi Diana propitia sit: turpe enim est super loris cubare.

CINÉSIAS.

Sine deosculer te.

MYRRHINA.

Eu.

CINÉSIAS.

Papæ! Revertere huc ergo quam celeriter.

MYRRHINA.

En teges. Decumbe: jam exuo vestes. Sed, perii! cervical non habes.

CINÉSIAS.

At nihil opus est mihi.

MYRRHINA.

At ecastor mihi.

CINÉSIAS.

Profecto penis hicce uti Hercules hospitio excipietur.

MYRRHINA.

Surge, subsulta.

CINÉSIAS.

Jam omnia habeo.

MYRRHINA.

Itane omnia?

CINÉSIAS.

Agedum, o aurea.

MYRRHINA.

Jam strophium solvo: tu vero memento, ne, quam dedisti de pace ineunda, fidem fallas.

CINÉSIAS.

Peream hercle prius.

MYRRHINA.

Sed lodicem non habes.

CINÉSIAS.

Nec hercle opus est: sed futuere volo.

MYRRHINA.

Ne sis sollicitus, et istud facies: cito enim redeo.

CINÉSIAS.

Stragulis perdet me hæc femina.

MYRRHINA.

Erigere.

CINÉSIAS.

At iste jamdudum erectus est.

MYRRHINA.

Vin'ut te inungam?

CINÉSIAS.

Ne hoc Apollo sirit.

MYRRHINA.

Per Venerem, velis nolis, inungere.

CINÉSIAS.

Utinam, o supreme Jupiter, effusum fuisset istuc unguentum!

MYRRHINA.

Porrige manum, sume et inungere.

CINÉSIAS.

Istuc hercle unguentum minime et suave, nisi terendo bonum sit; nec concubitum olet.

MYRRHINA.

Me miseram! Rhodium unguentum extuli.

CINÉSIAS.

Bonum est: mitte hoc, o fatua.

MYRRHINA.

Nugaris.

CINÉSIAS.

Qui illum dii omnes perduint, qui primus coxit unguentum!

MYRRHINA.

Cape hoc alabastrum.

CINÉSIAS.

Sed aliud habeo. At tu, o perdita, decumbe, et ne fer mihi quidquam.

MYRRHINA.

Istuc agam, ita me Diana amabit. Calceos igitur exuo. Sed, o carissime, vide ut decernas aliquid de pace facienda.

CINÉSIAS.

Consulam. *(Myrrhina aufugit.)* Perdidit me et attrivit mulier tum aliis omnibus, tum quod me excoriatum relinquens abiit. Hei mihi! quid faciam? quem futuam, postquam spe excidi potiundæ pulcherrimæ? quomodo hancce educabo? (1) Ubi Cynalopex? (2) loca mihi mercede nutricem.

CHORUS SENUM.

In maxumis malis, o infelix, et animi angore cruciaris; et me tui miseret. Heu! heu! Quinam renes possint durare? quis animus? qui colei? quis penis intentus, nec mane permolens aliquam?

CINÉSIAS.

¡Oh Júpiter, qué horribles convulsiones!

CORO DE VIEJOS.

Cómo se te ha burlado la más execrable y pérfida de las mujeres!

CINÉSIAS.

Dí la más amada, la más dulcísima.

CORO DE VIEJOS.

¿Dulcísima? No, cruel, muy cruel! ¡Oh Júpiter,

(1) *De pene loquitur tamquam de puella recenti partu edita, cui nutrice opus sit.*

(2) Filóstrato. Véase *Los Caballeros*, 1.069.

envia una violenta ráfaga que la levante como á paja ligera, y despues de hacerla girar arremolinada en los aires, la deje de repente en tierra y la clave... donde yo me sé! (1).

UN HERALDO.

¿Dónde está el Senado ateniense? ¿dónde están los Pritáneos? tengo que comunicarles una noticia.

EL MAGISTRADO.

¿Eres un hombre ó un Príapo? (2).

EL HERALDO.

¡Soy un heraldo, imbécil! te lo juro por Cástor y Pólux; vengo de Esparta para hacer la paz.

EL MAGISTRADO.

¿Trayendo una lanza escondida?

EL HERALDO.

No hay tal.

EL MAGISTRADO.

¿Adónde te vuelves? ¿Por qué te estiras la túnica? ¿Te has excoriado de tanto andar?

EL HERALDO.

Este hombre es un idiota

EL MAGISTRADO.

Tu porte es indecentísimo (3).

(1) *Deinde in mentulam incidit, et infigatur.*
(2) Lit.: un *Conísalo*, especie de sátiro. El nombre con que le sustituimos excusa una nota sobre la forma de presentarse el heraldo.
(3) *Sed arrigis, o impurissime.*

EL HERALDO.

Te digo que no, y basta de bromas.

EL MAGISTRADO.

¿Qué traes ahí?

EL HERALDO.

Una escítala (1) lacedemonia.

EL MAGISTRADO.

Pase por escítala; pero díme la verdad; mira que lo sé todo: ¿cómo andan las cosas en Lacedemonia?

EL HERALDO.

Mal; todas en el aire, lo mismo las de Lacedemonia que las de los aliados: Pelene (2) nos es indispensable.

EL MAGISTRADO.

¿Cuál es la causa de esa deplorable situacion? ¿Quizá Pan (3) irritado...?

EL HERALDO.

No, Lámpito, segun creo, fué la que principió; y en seguida, á un tiempo y unánimes, todas las Espartanas se han separado de sus maridos.

EL MAGISTRADO.

¿Y qué tal lo pasais?

(1) La *Escítala* era un baston cilíndrico y prolongado que los Lacedemonios entregaban á cada general que partia á la guerra. En Lacedemonia quedaba otro idéntico, y cuando querian enviar un despacho secreto rollaban una correa al baston y escribian á lo largo; despues la desenrollaban, de suerte que lo escrito sólo podia ser entendido por el general que volvia á colocar la correa en torno de su *escítala*.
(2) Nombre de una ciudad de Acaya y de una cortesana.
(3) Dios de la lascivia.

EL HERALDO.

Horriblemente; andamos encorvados por las calles, como si lleváramos linternas. Las mujeres han resuelto no permitirnos la menor caricia, hasta que por unánime consentimiento hagamos la paz con toda la Grecia.

EL MAGISTRADO.

Es una conspiracion tramada por las mujeres de todos los países. Ahora lo comprendo. Véte cuanto ántes, y dí á los Lacedemonios que manden embajadores con plenos poderes para tratar de la paz. Yo voy á decir al Senado que os envie otros; me bastará para persuadirle el hacerle ver nuestra situacion.

EL HERALDO.

Voy volando: tu idea es excelente.

CORO DE VIEJOS.

No hay bestia feroz, ni incendio más indomable que la mujer. La pantera es ménos desvergonzada.

CORO DE MUJERES.

Si sabes eso, ¿por qué te obstinas en hacerme la guerra, pudiendo, gran bribon, ser amigo mio?

CORO DE VIEJOS.

No, jamás dejaré de aborrecer á las mujeres.

CORO DE MUJERES.

Como quieras; mas por de pronto no puedo consentir que estés desnudo. ¡Si vieras lo ridículo que estás! Vamos, voy á ponerte esta túnica.

CORO DE VIEJOS.

En eso teneis razon, por vida mia; me la quité en aquel arrebato de cólera.

CORO DE MUJERES.

Ahora siquiera tienes facha de hombre, y no haces reir. Si no me hubieras enojado tanto, te sacaria tambien un animalito que tienes en el ojo.

CORO DE VIEJOS.

Sin duda era eso lo que me mortificaba. Toma este anillo; saca el insecto y enséñamelo. Me pica en el ojo hace un buen rato.

CORO DE MUJERES.

Lo haré, aunque eres el hombre más gruñon... ¡Oh Júpiter, qué enorme mosquito! ¿Lo ves? Debe ser de Tricoriso (1).

CORO DE VIEJOS.

¡Ah, qué alivio te debo! Me estaba abriendo un pozo; así es que en cuanto lo has sacado, me fluyen lágrimas en abundancia.

CORO DE MUJERES.

Aunque eres muy bribon, yo te las enjugaré, y además te daré un beso.

CORO DE VIEJOS.

No me beses.

CORO DE MUJERES.

Quieras ó no.

---

(1) Demo del Ática, rodeado de bosques y pantanos. Sus mosquitos, á lo que parece, eran de marca mayor.

CORO DE VIEJOS.

¡Mala peste os lleve! ¿Habráse visto qué zalameras son? Con razon se dice: «Ni con esas perversas, ni sin esas perversas.» Pero hagamos las paces, y convengamos en no causarnos en adelante ningun mal; ni nosotros á vosotras, ni vosotras á nosotros. Sancionemos nuestra amistad, uniendo nuestros cantos.

CORO DE MUJERES.

No pretendemos, ciudadanos, hablar mal de ninguno de vosotros; al contrario, os deseamos y haremos todo género de beneficios; que para males, los presentes bastan (1). Acuda á nosotras todo hombre ó mujer que necesite dinero, y recibirá tres minas; pues adentro hay oro en abundancia, y nosotras tambien tenemos bolsa. Y si la paz llega á hacerse, nadie tendrá que devolver la cantidad recibida. Hemos convidado á cenar á unos Caristios (2), personas buenas y valientes; tenemos puches y un lechoncillo, recientemente inmolado, cuya carne será tierna y sabrosa. Venid, pues, hoy á mi morada, y venid pronto, despues del baño, vosotros y vuestros hijos; entrad sin preguntar por nadie; seguid todo derecho, como en vuestra

(1) Nueva alusion á las derrotas en Sicilia y á la de Eritrea (Véase Tucídides, viii, 95).
(2) Habitantes de Caristio en Eubea, que tenian fama de malas costumbres.

casa, sin reparo alguno; porque la puerta estará... cerrada.

CORO DE VIEJOS.

Ahí vienen los embajadores espartanos, pisándose las barbas; parece que traen una gamella colgada á la cintura.

¡Salud, en primer lugar, Lacedemonios! y en seguida, decidnos qué tal os encontrais.

UN LACEDEMONIO.

¿Qué necesidad hay de largos discursos? Mirad y ved.

CORO DE VIEJOS.

¡Oh! el mal toma sérias proporciones y va cada vez á peor.

EL LACEDEMONIO.

Es indecible. ¿A qué hablar más? Venga cualquiera, y ajustemos la paz á cualquier precio.

CORO DE VIEJOS.

Atqui et istos conspicor indigenas, tamquam luctatores a ventre rejicientes vestes, ita ut athleticum quid hic morbus videatur.

ATHENIENSIS.

Quis indicet nobis Lysistratam, ubi sit? nam viri adsumus et nos hujuscemodi.

CHORUS SENUM.

Et alter hic morbus alteri congruit. Numquid mane tentigo vos capit?

ATHENIENSIS.

Immo hercle perimus, dum hoc experimur. Qua-

re, nisi pacem inter nos quis ocius conciliet, fieri non poterit, quin Clisthenem futuamus.

CHORUS SENUM.

Si sapitis, vestes sumetis, ut nequis eorum, qui Hermos truncant, vos videat.

ATHENIENSIS.

Recte, ita me Jupiter amet, autumas.

LACO.

Ita me Castores, recte omnino. Agedum amiciamur.

ATHENIENSIS.

Salvete, o Lacones: turpe est, quod nobis accidit.

LACO.

O carissime, male utique nobis fuisset, si vidissent isti viri mentulas nostras erectas.

EL ATENIENSE.

Ea, Lacedemonios, hablemos con franqueza. ¿A qué habeis venido?

EL LACEDEMONIO.

A tratar de la paz.

EL ATENIENSE.

Muy bien, nosotros á lo mismo. ¿Mas por qué no llamamos á Lisístrata? Es la única que puede arreglarnos.

EL LACEDEMONIO.

Bueno, y si quieres tambien á Lisístrato (1).

CORO DE VIEJOS.

Es inútil llamarla; sin duda os ha oido, y sale.

(1) Llamado en *Los Acarnienses* (885) «Oprobio de los Colargienses.» Su nombre, como el de Lisístrata, significa: «Terminador de la guerra.»

¡Salud, mujer esforzadísima! Llegó la ocasion de mostrarte valiente ó tímida, buena ó mala, severa ó indulgente, sencilla ó astuta. Los principales Griegos, seducidos por tus encantos, se confian á tí, y esperan que des fin á sus agravios.

LISISTRATA.

No es cosa difícil, miéntras su situacion no les arrastre á excesos nefandos. Pronto lo sabré. ¿Dónde está la Paz? (1) Tráeme primero á los Lacedemonios, cogiéndoles de la mano, sin dureza ni altivez, y sin aquella grosería con la cual les recibian nuestros esposos (2); al contrario, muéstrales esa afabilidad adorno de la mujer. Si se niegan á darte la mano, cógelos por otra parte (3). Tráeme asimismo á los Atenienses, cogiéndoles por donde quieran.—Lacedemonios, colocaos junto á mí; vosotros, Atenienses, á este lado; ahora prestadme atencion. No soy más que una mujer, pero tengo sentido comun; la naturaleza me dotó de un criterio claro, que las lecciones de mi padre y de otros ancianos acertaron á desenvolver. Quiero principiar por echaros en rostro faltas comunes á entrambos y censurables con sobra de razon. Vosotros que en Olimpia, en las Termópilas, en Délfos (¡cuántos lugares pudiera citar si quisiera extenderme!) rociais los mismos altares con igual agua lustral, y formais una sola familia ante los

(1) Lit.: *Convencion, tratado* (Διαλλαγή), personificada como *Opora, Teoria*, etc.
(2) Cuando el negocio de Pílos, principalmente.
(3) *Mentula prehensum duc*

bárbaros enemigos, arruinais ahora con desoladora guerra la Grecia y sus ciudades. Esto es lo primero que tenía que deciros.

EL ATENIENSE.

Y á mí me mata el deseo.

LISISTRATA.

Ahora, Lacedemonios, me dirijo á vosotros en particular. ¿No os acordais de cuando el Espartano Periclides (1) llegó suplicante al pié de nuestras aras, pálido, vestido de púrpura (2), pidiendo á los Atenienses tropas auxiliares? Porque entónces la Mesenia os apuraba, y Neptuno estremecia vuestra tierra (3). Cimon partió con cuatro mil soldados, y salvó á Lacedemonia. ¡Y despues de tales beneficios devastais los campos de vuestros libertadores!

EL ATENIENSE.

Sí, Lisístrata, obraron mal.

EL LACEDEMONIO.

Obramos mal: pero es indecible la belleza de esto (4).

LISISTRATA.

¿Creeis, Atenienses, que os voy á absolver de toda culpa? ¿No recordais que tambien los Lacedemonios, cuando vestiais la túnica de esclavos, vinie-

(1) Véase Tucídides, I, 102.
(2) El traje militar de los Lacedemonios era de color de púrpura.
(3) Se refiere á un terremoto y á una sublevacion de los *Mesenios* é Hilotas. (Véase Tucídides, *id.*)
(4) Ὁ πρωκτός.

ron en armas, mataron gran número de Tesalios y de amigos y partidarios de Hípias, y fueron los únicos que en aquel memorable dia os devolvieron la libertad y cambiaron vuestra túnica servil por el manto de ciudadanos? (1).

EL LACEDEMONIO.

No he visto mujer más hermosa.

EL ATENIENSE.

Yo tampoco.

LISISTRATA.

Debiéndoos mutuamente tantos y tan preclaros beneficios, ¿por qué os haceis la guerra, y no desistís de vuestros rencores? ¿Por qué no os reconciliais? Decid: ¿quién os lo impide?

EL LACEDEMONIO.

Nosotros ya queremos, si se nos devuelve nuestro baluarte.

LISISTRATA.

¿Cuál? amigo.

EL LACEDEMONIO.

Pílos, que reclamamos y apetecemos hace tiempo.

EL ATENIENSE.

¡Por Neptuno! nunca lo conseguireis.

LISISTRATA.

Cedédselo, amigos mios.

(1) Hípias, hijo de Pisístrato, mandó á una multitud de Atenienses desocupados á cultivar las tierras, obligándoles á vestirse la túnica corta de los esclavos, para que la vergüenza les impidiera volver á la ciudad.

EL ATENIENSE.

Entónces, ¿dónde promoveremos alborotos?

LISISTRATA.

Exigid otra plaza en cambio.

EL ATENIENSE.

Bueno, dadnos Equinonte, el golfo Maliense que la baña, y los muros de Megara, parecidos á dos piernas.

EL LACEDEMONIO.

No, querido mio, no todo eso.

LISISTRATA.

Conveníos, no disputeis por dos piernas.

EL ATENIENSE.

Yo estoy deseando desnudarme, y arar mis tierras.

EL LACEDEMONIO.

Y yo abonarlas primero (1).

LISISTRATA.

En cuanto se ajuste la paz hareis todo eso. Si la deseais, deliberad sobre el asunto, y partid á comunicar vuestra resolucion á los aliados.

EL ATENIENSE.

¿A qué aliados, amiga mia? Nuestra situacion es insostenible. ¿Crees que á nuestros aliados no les pasará lo mismo?

EL LACEDEMONIO.

A los mios, sí.

EL ATENIENSE.

Pues no digo nada á los Caristios (2).

(1) Hay muchos equívocos en el texto.
(2) Alusion á sus disolutas costumbres.

LISISTRATA.

Perfectamente. Ahora purificaos para que las mujéres os recibamos en la ciudadela, y vaciemos en obsequio vuestro nuestras cestas. Juraos mutua fidelidad; despues cada uno recobrará su esposa, y se marchará con ella.

EL ATENIENSE.

Vamos aprisa.

EL LACEDEMONIO.

Llévame adonde quieras.

EL ATENIENSE.

Sí, sí, volando.

CORO DE MUJERES.

Tapices bordados, túnicas preciosas, vestidos rozagantes, vasos de oro, todo cuanto tengo os lo ofrezco de buena voluntad, para que lo lleven vuestros hijos, ó vuestra hija, si llega á ser canéfora. A todos os digo que dispongais de mis riquezas y cojais en mi casa cuanto os agrade: de todo, por bien sellado que se encuentre, podeis apoderaros rompiendo su cerradura. Mas por mucho que mireis no vereis nada, á ménos de que vuestros ojos sean más perspicaces que los mios. El que no tenga comida para sus esclavos ó numerosa prole, encontrará en mi casa trigo molido y un enorme pan de un quénice. Todos los pobres pueden acudir á mí con sacos y alforjas para recibir granos. Mánes, mi esclavo, se lo dará. Sin embargo, que nadie se acerque á mi puerta; cuidado con el perro.

UN CURIOSO.

Abre la puerta.

UN CRIADO.

Retírate. ¿Qué haceis vosotros ahí? ¿Quereis que os abrase con esta lámpara? ¡Qué gente tan molesta!

EL CURIOSO.

No me retiraré.

EL CRIADO.

Bueno, ya que os empeñais, nos aguantarémos aquí.

EL CURIOSO.

Y nosotros nos aguantarémos contigo.

EL CRIADO.

¡Ah! ¿No os vais? Vuestros cabellos lo pagarán, y despues pondreis el grito en el cielo. ¿No os vais para que los Lacedemonios se marchen en paz despues del festin?

EL ATENIENSE.

Nunca he visto un banquete semejante. Los Lacedemonios estaban encantadores; y nosotros, despues de beber, discretísimos.

CORO DE VIEJOS.

Tienes razon, porque en ayunas desvariamos. Por lo cual, si los Atenienses me creyesen, deberíamos de ir siempre beodos á todas las embajadas. ¿Entramos sin beber en Lacedemonia? Pues ya sólo buscamos motivos de discordia: no oimos lo que se nos dice: lo que no se nos dice nos inspira sospechas; y al dar cuenta de lo ocurrido desnaturalizamos los hechos. Pero hoy estábamos de tan buen talante, que si hubiesen cantado el escolio de Telamon (1) en vez del de Clitágoras, hubiéramos aplaudido, dispuestos al perjurio.

EL CRIADO.

¿Ya vuelven otra vez? Largo de aquí, grandísimos desollados.

EL CURIOSO.

Por fin salen los convidados.

EL LACEDEMONIO.

Queridísimo amigo, coge las flautas para que yo baile y cante en honor de los Atenienses y de nosotros mismos.

EL ATENIENSE.

Sí, coge las flautas, por todos los dioses; nada me divertirá tanto como el verte bailar.

CORO DE LACEDEMONIOS.

Inspira, oh Mnemosine (2), á estos jóvenes y á mi Musa, sabedora de nuestras ilustres hazañas y de las de los Atenienses, que junto á Artemisio (3) con ímpetu de dioses se lanzaron sobre los bajeles enemigos y derrotaron á los Medas. Leónidas nos llevaba como jabalíes que han aguzado sus colmi-

(1) Cancion guerrera, inoportuna en un banquete para solemnizar la paz.
(2) Madre de las Musas.
(3) Promontorio de Eubea junto al cual los Atenienses derrotaron á Jérjes.

llos; copiosa espuma cubria nuestros labios, y corria por todo nuestro cuerpo. Porque los Persas eran numerosos como las arenas del mar. ¡Cazadora Diana, señora de las selvas, vírgen celestial, ven y patriocina nuestra alianza! ¡Que en adelante nos ligue una amistad fraternal, jamás rota por la perfidia! ¡Sénos propicia, doncella cazadora!

LISISTRATA.

Ea, ya que todo lo demas ha terminado tan felizmente, Lacedemonios, llevaos vuestras mujeres; y vosotros, Atenienses, las vuestras; que el esposo esté junto á su esposa y la esposa junto á su esposo; y en celebridad de tan feliz suceso, dancemos en honor de los dioses y evitemos las reincidencias.

CORO DE ATENIENSES.

¡Que se presente el coro! ¡Que aparezcan las Gracias! Invocad á Diana, invocad á su hermano, al benéfico Pean, director de las danzas; invocad al dios de Nisa (1), cuyos ojos centellean al fijarse en las Ménades: invocad á Júpiter, el de coruscante rayo, á su veneranda esposa y á todas las deidades, eternos testigos de esta paz ajustada bajo los auspicios de Vénus. ¡Io! ¡io! Pean ¡bailad! ¡Io! ¡io! saltad como para celebrar una victoria. ¡Evóe! Evóe! Lacedemonio, entona un nuevo canto.

CORO DE LACEDEMONIOS.

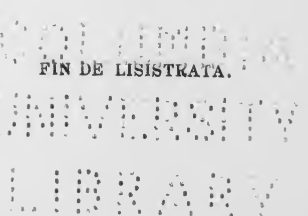
Desciende otra vez del amable Taigeto, Musa lacedemonia, y ven á celebrar conmigo al Amicleo (1) Apolo, á Minerva Calcieca (2) y á los fuertes Tindáridas (3) que se ejercitan en la márgen del Eurotas (4).

(1) Baco.

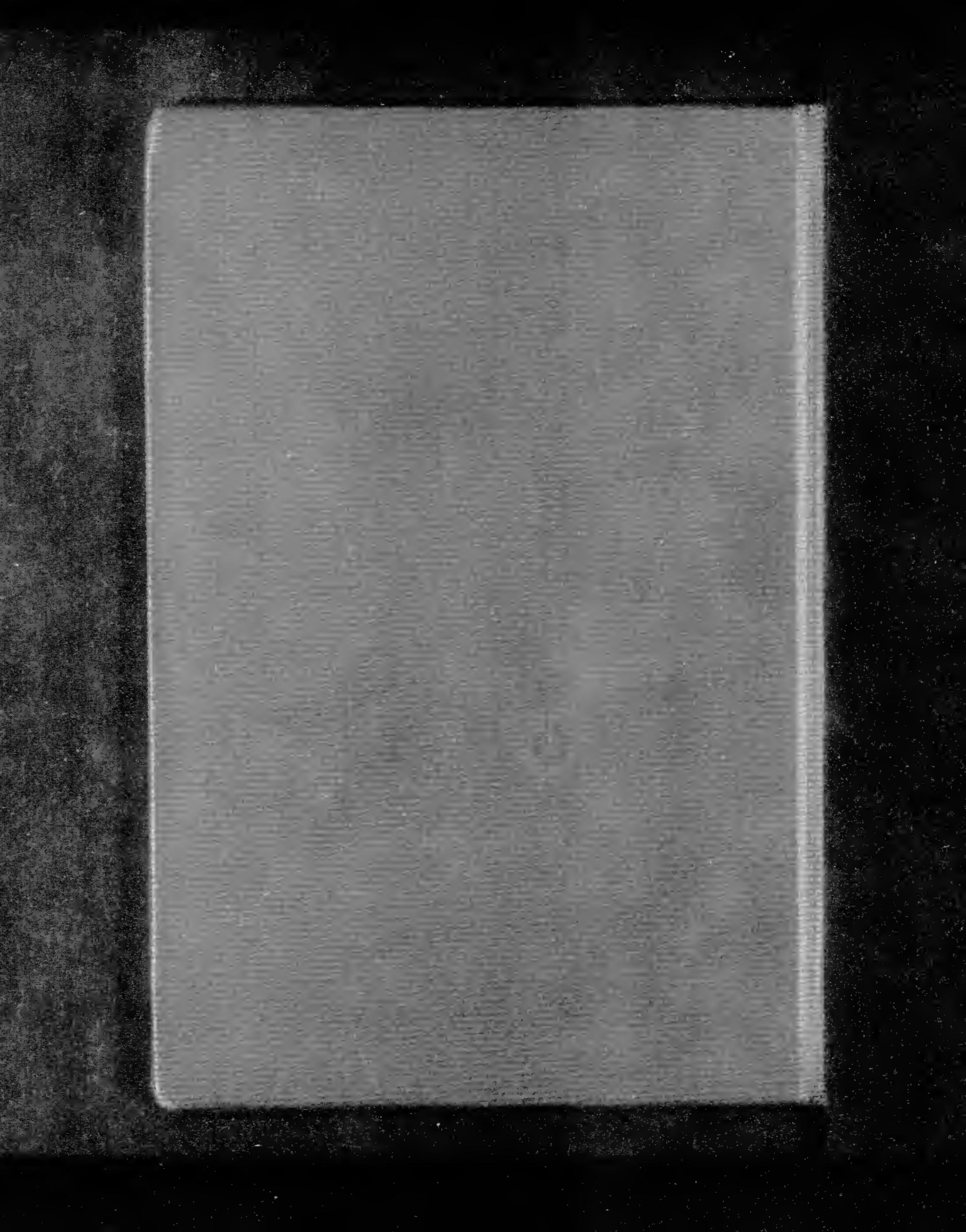
¡Oh! ven, tiende hácia mí tu rápido vuelo, y cantemos á Esparta, amante de los sagrados coros, y gallardas danzas que junto al Eurotas ejecutan sus doncellas, saltando con la agilidad de jóvenes corceles, hiriendo el suelo con ligero pié, y, á modo de tirsíferas Bacantes, soltando al viento la destrenzada cabellera. La casta hija de Leda (5) las precede radiante de hermosura. Ea, sujeta con una cinta tus flotantes cabellos, y salta como ligera cierva; arranca esos aplausos que animan los coros, y celebra á Pálas, la más fuerte y guerrera de las diosas.

(1) Sobrenombre de Apolo, por el magnífico templo que le consagró Amíclas, hijo de Lacedémon, en la orilla derecha del Eurotas, cerca de Esparta.
(2) Sobrenombre tomado del templo con puertas de bronce (χαλκός) que Minerva tenía en Eubea.
(3) Cástor y Pólux.
(4) Rio que pasaba por Esparta.
(5) Diana, y no Helena; pues ésta ni fué diosa, ni casta.

FIN DE LISÍSTRATA.



ÍNDICE.



VOLUME 3

BIBLIOGRAPHIC IRREGULARITIES

MAIN ENTRY: ARISTOPHANES

Bibliographic Irregularities in the Original Document

List volumes and pages affected; include name of institution if filming borrowed text.

______ Page(s) missing/not available: ______

______ Volumes(s) missing/not available: ______

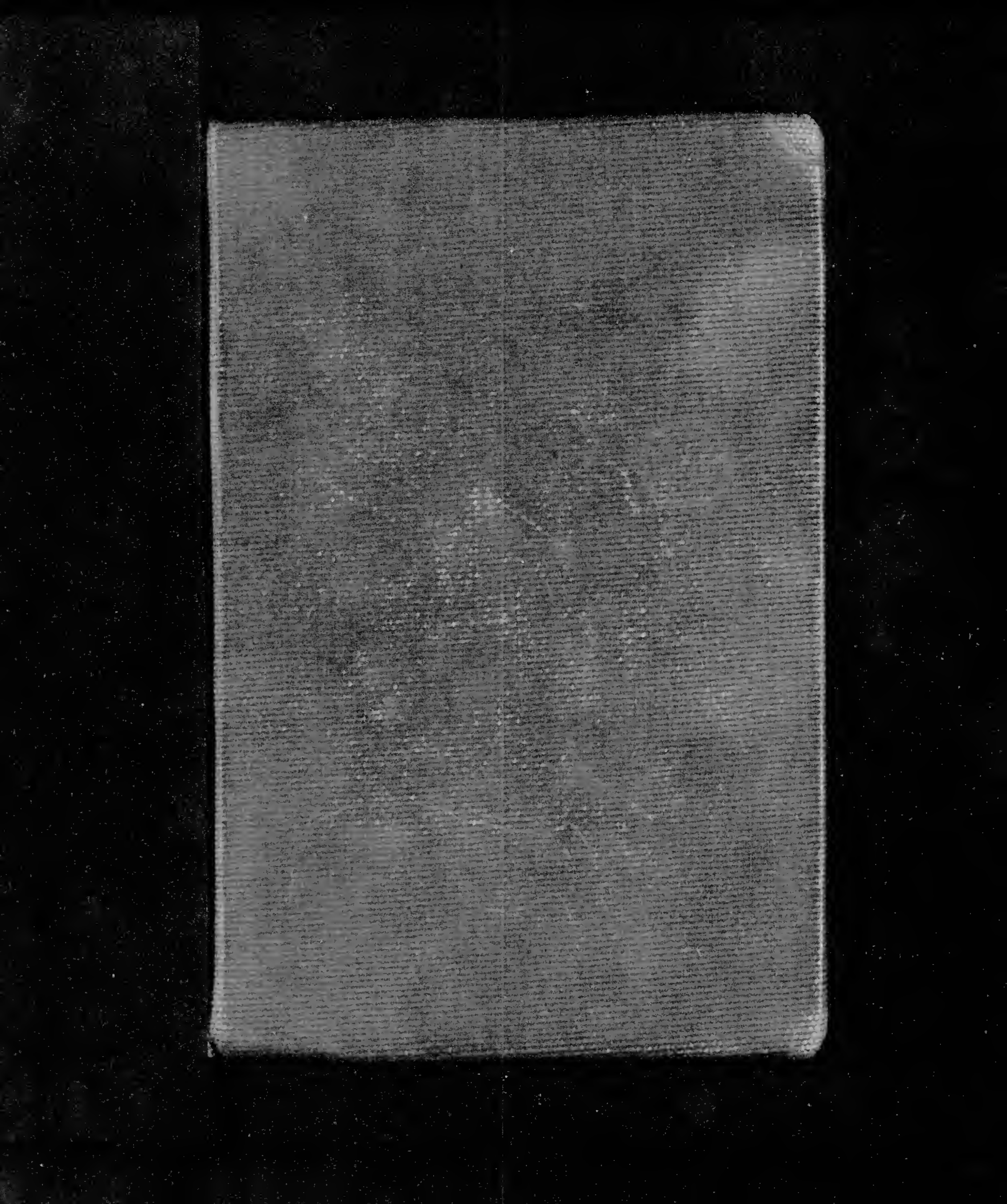
______ Illegible and/or damaged page(s): ______

✓ Page(s) or volumes(s) misnumbered: PAGE 228 AS 128

______ Bound out of sequence: ______

______ Page(s) or illustration(s) filmed from copy borrowed from: ______

______ Other: ______



BIBLIOTECA CLÁSICA
TOMO XLII

COMEDIAS

DE

ARISTÓFANES

TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL GRIEGO

POR

D. FEDERICO BARÁIBAR Y ZUMÁRRAGA

TOMO III.

MADRID
LUIS NAVARRO, EDITOR
COLEGIATA, NÚM. 6

1881

LAS FIESTAS DE CÉRES Y PROSERPINA.

NOTICIA PRELIMINAR.

Ya en *Los Acarnienses* habíase burlado ingeniosamente Aristófanes de las innovaciones dramáticas de Eurípides, criticando el falso patético que trataba de obtener presentando á sus héroes cojos ó reducidos á la mendicidad. En *Las Fiestas de Céres* y en *Las Ranas* le veremos nuevamente encarnizarse con su enemigo, sacando á luz todos sus defectos y dando la voz de alerta á sus contemporáneos sobre las peligrosas teorías artísticas y morales que en sus tragedias abundaban. No puede desconocerse, pues de otro modo no se comprenderia la virulencia y ensañamiento con que Aristófanes le ataca, que entre ambos poetas debia de haber motivos de resentimiento personal; pero hay tambien que hacer justicia á la buena fe de nuestro poeta, y confesar que cuando sus censuras se limitan al sistema dramático y moral de Eurípi-

des, no deja por lo comun de tener razon. Dejando para el preliminar de *Las Ranas* el estudio de los defectos literarios del émulo de Sófocles y Esquilo, nos limitaremos á decir aquí que, en *Las Fiestas de Céres*, Aristófanes ataca principalmente á Eurípides bajo el punto de vista de su célebre misoginia ó aborrecimiento de la mujer.

Aunque no faltan autores que sinceran á Eurípides de este cargo, explicando sus injurias al sexo bello por la situacion de los personajes, y contraponiendo á sus Medeas, Fedras y Estenobeas, las Ifigenias y Alcestes, tipos acabados de candor y sacrificio conyugal; lo cierto es que hasta la tradicion, apoyada sin duda en datos de verdad, viene á corroborar la fama de misogino que tenía entre sus contemporáneos. Una leyenda suponia, en efecto, que este poeta, como en otro tiempo Orfeo en Tracia, habia muerto en Macedonia á manos de las mujeres irritadas por los ultrajes dirigidos á su sexo.

Las *Tesmoforiazusas* (Θεσμοφοριάζουσαι), pues este es el título de la comedia, reunidas con motivo de celebrarse las fiestas de Céres y Proserpina, á las que ellas sólo tenian derecho á asistir, tratan de aprovechar esta ocasion para decretar contra su enemigo un castigo ejemplar. Eurípides, sabedor de lo que pasa y queriendo conjurar la tormenta, suplica á su amigo Agaton que, á favor de su aspecto mujeril, se introduzca en la asamblea femenina y trate de apartarlas de su propósito. Ante la negativa de Agaton, Mnesíloco, suegro de Eurípi-

des, se decide á prestarle este servicio y acude al sitio de la fiesta. Pero al defender á su yerno déjase arrastrar imprudentemente por su pasion, y vomita contra el sexo bello las más espantosas injurias. Hácese sospechoso con esto, y cuando Antístenes llega á toda prisa anunciando que un hombre se ha introducido en el Tesmofórion disfrazado de mujer, todas las miradas caen sobre Mnesíloco, que es sometido inmediatamente á un reconocimiento riguroso. Descubierto el sacrílego fraude, es condenado á morir atado á un poste, bajo la vigilancia de un Escita.

Eurípides acude en su socorro, ora fingiéndose Menelao, ora Perseo, ora la ninfa Eco, pero todos sus esfuerzos son inútiles, hasta que, despues de hacer las paces con las mujeres mediante la condicion de no hablar mal de ellas, consigue evadirse con el infeliz Mnesíloco, burlando al arquero que le guardaba, con una estratagema de mala ley.

Respecto al mérito literario de esta comedia, es de notar que en ninguna otra de Aristófanes se encuentra un plan tan bien trazado y seguido, ni tampoco más viveza y animacion. Abundan en ella parodias de muchos pasajes de Eurípides cuya gracia se ha perdido para nosotros; y, lo que es peor, la afean á cada momento indecencias y obscenidades reveladoras de tan repugnantes vicios, que hemos tenido que dejarlas en griego, por no atrevernos á presentarlas ni áun bajo el velo del latin.

Las Fiestas de Céres, segun se deduce de varios

pasajes de las mismas (1), debieron representarse el año 412 ántes de Jesucristo, sin que tuvieran al parecer favorable acogida. Aristófanes las retocó; pero la nueva edicion tuvo tan poca fortuna como la primera (2).

(1) Son los siguientes: 1.° Alusion á la derrota naval de Carmino (v. 805). 2.° Censura de los Senadores del año anterior, que se dejaron desposeer por los *cuatrocientos* y sustituir la democracia por la oligarquía, cuyos sucesos tuvieron ambos lugar en el año 413 ántes de Cristo, vigésimo de la guerra, debiendo por consiguiente haberse representado *Las fiestas de Céres* en el siguiente, ó sea el 412 ántes de nuestra era.

(2) La edicion que poseemos es la primera.

PERSONAJES.

Mnesíloco, suegro de Eurípides.
Eurípides.
Un Criado de Agaton.
Agaton.
Coro de Agaton.
Un Heraldo.
Coro de Mujeres, celebrando las fiestas de Céres y Proserpina.
Varias Mujeres.
Clístenes.
Un Pritáneo.
Un Escita, arquero.

La accion pasa primero delante de la casa de Agaton, y luégo junto al templo de Céres.

LAS FIESTAS DE CÉRES Y PROSERPINA.

MNESÍLOCO.

¡Oh Júpiter! ¿Cuándo aparecerá la golondrina? (1) Este hombre va á acabar conmigo haciéndome correr desde el amanecer. ¿Podré, ántes de que mi bazo (2) estalle, saber adónde me conduces, Eurípides?

EURÍPIDES.

No debes oir lo que pronto has de ver (3).

MNESÍLOCO.

¿Cómo dices? repítelo. ¿No debo de oir...?

EURÍPIDES.

Lo que pronto vas á ver...

---

(1) Locucion proverbial. Como la golondrina indicaba la vuelta de la primavera, la estacion más deseada del año, la frase del texto equivale á «cuándo vendrá el tiempo que esperamos.»

(2) Por la agitacion y el cansancio.

(3) Parodia del *Orestes*, v. 81. Aristófanes no cesa de burlarse del tono sentencioso de Eurípides, y de sus pensamientos alambicados y conceptuosos.

MNESÍLOCO.

¿Tampoco deberé ver...?

EURÍPIDES.

No, lo que luégo has de oir.

MNESÍLOCO.

¿Qué es lo que me aconsejas? Confieso, sin embargo, que hablas muy bien. ¿Dices que no debo oir ni ver?

EURÍPIDES.

Esas dos funciones son en efecto distintas; una cosa es no ver, y otra no oir; tenlo entendido.

MNESÍLOCO.

¿Cómo distintas?

EURÍPIDES.

Escucha. Cuando el Éter principió á separarse del cáos y engendró los animales que en su seno se agitaban, con objeto de que viesen, les hizo primero los ojos redondos como el disco del sol, y despues les abrió los oidos en forma de embudo.

MNESÍLOCO.

¿Y por causa del embudo, ni oigo ni veo? ¡Cuánto me alegro de haber aprendido estas cosas! ¡Qué bueno es conversar con los sabios!

EURÍPIDES.

Yo puedo enseñarte otras muchas parecidas.

MNESÍLOCO.

¡Ojalá entre ellas me enseñaras el modo de quitarme la cojera! (1)

(1) Hay en esto alguna alusion á los muchos héroes de Eurípides que tenian igual defecto, como Belerofonte, Ficloctétes y otros.

EURÍPIDES.

Acércate y atiende.

MNESÍLOCO.

Héme aquí.

EURÍPIDES.

¿Ves esa puertecita?

MNESÍLOCO.

Sin duda; digo, creo verla.

EURÍPIDES.

Calla.

MNESÍLOCO.

¿Qué calle yo la puerta?

EURÍPIDES.

Escucha.

MNESÍLOCO.

¿Qué yo escuche y calle la puerta?

EURÍPIDES.

Agaton (1), famoso poeta trágico, vive ahí.

MNESÍLOCO.

¿Qué Agaton es ese?

EURÍPIDES.

Es un cierto Agaton...

(1) Poeta que, siendo aún muy jóven, consiguió el premio en la tragedia tres años ántes de la representacion de *Las Fiestas de Céres*. Con este motivo obsequió á su maestro Sócrates y á sus amigos con el suntuoso banquete que dió su nombre al famoso diálogo de Platon, en el cual Aristófanes tiene parte muy principal. Los cómicos censuraban sus modales afeminados, y el excesivo tiempo que dedicaba al tocador.

Se citan entre sus tragedias, de las cuales sólo se conservan fragmentos insignificantes, el *Telefo* y el *Tiéstes*.

MNESÍLOCO.

Moreno y robusto, ¿verdad?

EURÍPIDES.

No, es otro; ¿no lo has visto nunca?

MNESÍLOCO.

¿Tiene una gran barba?

EURÍPIDES.

¿Pero no lo has visto nunca?

MNESÍLOCO.

No, que yo sepa.

EURÍPIDES.

Pues estuviste con él (1), aunque quizá sin conocerlo. Pero apartémonos, porque sale uno de sus criados, trayendo fuego y ramas de mirto: sin duda va á ofrecer un sacrificio para el buen éxito de sus poesías.

EL CRIADO.

Guarda, oh pueblo, un silencio religioso; cierra tu boca; el coro sagrado de las Musas entona sus himnos en la morada de mi señor (2). Refrene el Eter apacible el soplo de los vientos: cese el rumor de las cerúleas ondas...

MNESÍLOCO.

Bombax (3).

(1) Βεβίνηκας.
(2) Es decir que Agaton está haciendo una tragedia.
(3) Palabra que imita el zumbido de un insecto, para indicar que las enfáticas expresiones del criado están vacías de sentido.

EL CRIADO.

Duerma la gente alada; párese el correr de las feroces alimañas en las selvas...

MNESÍLOCO.

Bómbalo bombax.

EL CRIADO.

Porque Agaton nuestro amo, el poeta de armoniosa lira, se prepara...

MNESÍLOCO.

¿A prostituirse? (1).

EL CRIADO.

¿Quién ha hablado?

MNESÍLOCO.

El Eter apacible.

EL CRIADO.

A colocar el armazon de un drama; para lo cual redondea nuevas formas poéticas, tornea unos versos, suelda otros, forja sentencias, inventa metáforas, funde, modela y vierte en el molde el asunto, que en sus manos es como blanda cera.

MNESÍLOCO.

Y se dispone á una infamia (2).

EL CRIADO.

¿Qué patan se aproxima á este recinto?

MNESÍLOCO.

Uno que para perforar tu recinto y el del poeta de armoniosa lira, trae un excelente instrumento (3).

(1) Μῶν βινεῖσθαι.
(2) Καὶ λαικάζει.
(3) *Obscæno sensu.*

EL CRIADO.

Anciano, en tu juventud debiste ser muy insolente.

EURÍPIDES.

(A Mnesíloco.) Vamos, déjalo en paz.—*(Al criado.)* Y tú, véte á llamar á Agaton sin perder un instante.

EL CRIADO.

No hay necesidad; mi amo vendrá muy pronto, porque ha principiado á componer versos, y en el invierno no es fácil redondear las estrofas sin salir á tomar el sol (1).

(Vase.)

MNESÍLOCO.

Y yo, ¿qué haré?

EURÍPIDES.

Espera; ya sale. ¡Oh Júpiter! ¿Qué suerte me reservas hoy?

MNESÍLOCO.

Por los dioses, quiero saber lo que te pasa. ¿Por qué gimes? ¿Por qué te lamentas? Siendo mi yerno, no debes tener secretos para mí.

EURÍPIDES.

Me amenaza una gran desgracia.

MNESÍLOCO.

¿Cuál?

EURÍPIDES.

Hoy se decidirá si Eurípides ha de vivir ó morir.

---

(1) Las Fiestas de Céres se celebraban en el mes Pianepson (Noviembre).

MNESÍLOCO.

¿Cómo es posible, no habiendo hoy sesion en los tribunales ni en el Senado, por ser el tercer dia de la fiesta, el dia del medio de las Tesmoforias? (1)

EURÍPIDES.

Precisamente eso es lo que me hace presentir mi perdicion. Las mujeres se han conjurado contra mí, y están reunidas en el templo de las dos diosas (2) para tratar de mi muerte.

MNESÍLOCO.

¿Por qué motivo?

EURÍPIDES.

Porque las injurio en mis tragedias.

MNESÍLOCO.

Por Neptuno, se les está muy bien empleado. ¿Y cómo podrás evitar el golpe?

EURÍPIDES.

Si consigo que el poeta trágico Agaton se presente en la fiesta.

MNESÍLOCO.

¿Para qué? Dime.

---

(1) Las fiestas de Céres y Proserpina duraban cinco dias, segun se deduce de este pasaje. Mucho ántes las mujeres se preparaban á celebrarlas, absteniéndose de los placeres conyugales, y comiendo con la mayor sobriedad. El objeto de estas solemnidades era conmemorar los beneficios que Céres *Tesmófora* (legisladora) habia concedido á los hombres dictándoles leyes prudentes y sábias. Sólo las mujeres libres tenian derecho á concurrir á estas fiestas, de las cuales estaban excluidas las esclavas y los hombres. El culto de Proserpina se asociaba al de Céres en recuerdo del amor que le profesaba su madre.

(2) Céres y Proserpina.

EURÍPIDES.

Para que asista á la reunion de las mujeres, y me defienda si hay necesidad.

MNESÍLOCO.

¿Franca ó disimuladamente?

EURÍPIDES.

Disimuladamente, disfrazado de mujer.

MNESÍLOCO.

Excelente idea y muy propia de tí. Tratándose de astucias, el triunfo es nuestro.

EURÍPIDES.

Calla.

MNESÍLOCO.

¿Pues?

EURÍPIDES.

Sale Agaton.

MNESÍLOCO.

¿Dónde está?

EURÍPIDES.

Míralo: lo traen por tramoya (1).

MNESÍLOCO.

Sin duda estoy ciego; no veo ningun hombre; sólo veo á Cirene (2).

EURÍPIDES.

Silencio; ya se prepara á cantar.

---

(1) Agaton era introducido sobre la máquina destinada á la aparicion de divinidades Ya vimos en *Los Acarnienses* un juego escénico parecido.

(2) Famosa cortesana. Mnesíloco toma á Agaton por Cirene, aludiendo á la disolucion de sus costumbres.

MNESÍLOCO.

¿Va á entonar una marcha de hormigas? (1)

AGATON (2).

Doncellas, recibid la sagrada antorcha (3), y festejad con danzas y alaridos á las diosas infernales y á vuestra libre patria.

CORO DE AGATON (4).

¿De qué deidad se celebra hoy la fiesta? Pronto estoy siempre á adorar á los dioses.

AGATON.

Canta, oh Musa, á Febo, el del arco de oro, que levantó los muros de la ciudad del Simois (5).

CORO.

¡Salve, Febo; para tí mis himnos mejores, pues tú llevas la palma en el sacro certámen de las Musas!

AGATON.

Ensalzad á Diana, la vírgen cazadora, errabunda por montañas y bosques.

---

(1) Frase proverbial para indicar las cosas pequeñas y de poco vigor.

(2) En toda la escena Agaton habla en el estilo campanudo y sesquipedálico de los malos poetas trágicos y líricos.

(3) En recuerdo de la antorcha que llevaba Céres, buscando á Proserpina, robada por Pluton.

(4) Este coro es el que Agaton ensayaba para representar en sus tragedias. El coro propio de esta comedia es el de las mujeres celebrando las fiestas Tesmoforias, que se presenta más tarde.

(5) Troya.

CORO.

Celebremos á porfía, y ensalcemos á la casta Diana, augusta hija de Latona.

AGATON.

Y á Latona y á la cítara asiática, imitando el ritmo y el cadencioso compás de las Gracias de Frigia (1).

CORO.

Celebremos á la augusta Latona, y á la cítara madre de los himnos, para que nuestros acentos varoniles hagan con fulgor repentino brillar los ojos de la adorable diosa. ¡Ensalcemos al poderoso Apolo! ¡Salve, hijo feliz de la augusta Latona!

MNESÍLOCO.

¡Venerandas Genetílides (2), qué dulce y voluptuosa melodía! ¡Los besos son ménos tiernos y lascivos! ¡Todo mi cuerpo se ha estremecido de placer! (3). Escucha, muchacho, quienquiera que seas, pues voy á interrogarte con las palabras de Esquilo en su *Licurgo* (4). ¿De dónde ha salido ese

(1) Aristófanes supone que Agaton debia preferir el modo lidio, por ser el más adecuado á sus costumbres afeminadas.
(2) Divinidades protectoras de la generacion. Vide *Lisístrata*, al principio, nota.
(3) *Ita ut audienti mihi podicem ipsum subierit titilatio.*
(4) Drama satírico, que formaba parte de una tetralogia de Esquilo, titulada la *Licurgia*. Su principal personaje era Licurgo, rey de los Edonios, que se atrevió á burlarse de Baco, cuando regresó á Tracia vencedor de las Indias. Su falta fué severamente castigada. Los títulos de las tres tragedias eran *Los Edones*, *Los Basárides* y *Los Jóvenes*.

hombre afeminado? ¿Cuál es su patria y su traje? ¡Qué contradicciones! ¡Una cítara y una túnica azafranada! ¡Una lira y un tocado de mujer! ¡Un frasco de gimnasia y un ceñidor! ¿Hay cosas más opuestas? ¡Un espejo y una espada! Tú mismo, jovenzuelo, ¿qué eres? ¿Eres hombre? Entónces ¿dónde están las pruebas de tu virilidad (1), y el manto y el calzado propios de este sexo? ¿Eres mujer? Entónces ¿dónde está el pecho levantado? ¿Qué dices? ¿Por qué callas? Sea como quieras, pero te advierto que por la voz te conoceré en seguida.

AGATON.

¡Anciano! ¡anciano! he oido el silbido de la envidia, sin sentir el dolor de sus mordeduras. Yo llevo un traje en consonancia con mis pensamientos. Pues un poeta debe tener costumbres análogas á los dramas que compone. Si el asunto de sus tragedias son las mujeres, su persona debe imitar la vida y el porte mujeril.

MNESÍLOCO.

¿De suerte que al componer la *Fedra* montarás á caballo? (2)

AGATON.

Si los asuntos son varoniles, ya tiene en su cuerpo todo lo necesario. Pero lo que no tenemos por naturaleza, preciso es adquirirlo por la imitacion.

(1) *At ubi penis?*
(2) *Hic de venerea quadam statura agitur, de qua sæpius apud Aristophanem.* Hay además una alusion satírica á Eurípides, que pinta á Fedra sumamente aficionada á la caza y los caballos.

MNESÍLOCO.

Por consiguiente, cuando escribas dramas satíricos (1), llámame y yo me pondré detrás de tí en la actitud requerida (2).

AGATON.

Además parecerá muy mal un poeta grosero y velludo. Ibico (3), Anacreonte de Teos, y Alceo, tan hábiles en la armonía, llevaban mitras, y bailaban las voluptuosas danzas de la Jonia (4); el mismo Frínico (5), de quien has oido hablar, unia á su propia hermosura la de sus vestidos; así es que en sus dramas todo era hermoso. Cada cual imprime á sus obras su propio carácter.

MNESÍLOCO.

Por eso Filócles (6), que es feo, compone obras

---

(1) Sólo se conservan de este género de dramas, privativo de los Griegos, el *Cíclope* de Eurípides, cuya traduccion al castellano hemos publicado en este mismo año.

(2) *Arrecto veretro.* Los dramas satíricos eran casi tan licenciosos como las comedias.

(3) Ibico, natural de *Regium*, floreció en el siglo VI ántes de nuestra era, y se distinguió por sus poesías líricas, con tendencias épicas, como las de Estesícoro.

(4) HORACIO nos presenta con una sola, pero magistral pincelada las costumbres á que Aristófanes alude.

Motus doceri gaudet Ionicos.
Matura virgo, et fingitur artubus
Jam nunc et incestos amores
De tenero meditatur ungui.
(*Odas*, III, 6, 21.)

(5) Poeta trágico, citado ya con elogio en *Las Avispas*, 220, 269; y en *Las Aves*, 750.

(6) Véanse *Las Avispas*, v. 462 y nota; y *Las Aves*, 281, 1.293.

feas; Jenócles (1), que es malo, malas; y Teógnis (2), que es frio, frias.

AGATON.

Es de absoluta necesidad. Y sabiéndolo yo, he cuidado de mi persona.

MNESÍLOCO.

¿Cómo, por los dioses?

EURÍPIDES.

Cesa de ladrar. Yo era lo mismo cuando á la edad de ése principié á escribir.

MNESÍLOCO.

¡Vaya unos modales, amigo!

EURÍPIDES.

Pero déjame decir á lo que he venido.

AGATON.

Habla.

EURÍPIDES.

Agaton, «es de hombres sabios el decir muchas cosas en pocas palabras. Herido por una desgracia nueva, vengo á suplicarte.» (3)

AGATON.

¿Para qué me necesitas?

EURÍPIDES.

Las mujeres, reunidas en el templo de las dos diosas, han resuelto hoy mi perdicion, porque hablo mal de ellas.

---

(1) Hijo de Carcino. Véanse *Las Avispas*, 1.510, y nota, y *La Paz*, 792.

(2) Véase *Los Acarnienses*, v. 11 y 140.

(3) Verso del *Eolo*, de Eurípides.

AGATON.

¿Y qué socorro puedes esperar de mí?

EURÍPIDES.

Uno grandísimo. Si te mezclas furtivamente entre las mujeres de modo que parezcas una de tantas, y defiendes mi causa elocuentemente, conseguirás salvarme. Tú eres el único capaz de hablar dignamente de mí.

AGATON.

¿Por qué no vas á defenderte tú mismo?

EURÍPIDES.

Te lo diré. En primer lugar, yo soy muy conocido, y además cano y barbudo; miéntras que tú eres de hermosa figura, blanco, imberbe; tienes voz atiplada y aspecto delicado.

AGATON.

Eurípides...

EURÍPIDES.

¿Qué?

AGATON.

¿No has dicho en alguna parte: «el ver la luz te alegra; ¿crees que no le alegra tambien á tu padre?» (1)

EURÍPIDES.

Cierto.

AGATON.

No esperes, por tanto, que yo me exponga en tu lugar: sería una locura. Sufre, como es natural, tu

(1) Fragmento de la *Alceste*, de Eurípides.

propio infortunio. Las desgracias no deben sobrellevarse con astucia, sino con paciencia.

MNESÍLOCO.

Así es como tú has llegado al colmo de la infamia: á fuerza de paciencia (1).

EURÍPIDES.

¿Pero por qué temes ir allá?

AGATON.

Me tratarian peor que á tí.

EURÍPIDES.

¿Cómo?

AGATON.

¿Cómo? pareceria que iba á robarles sus placeres nocturnos, y arrebatarles su Vénus íntima.

MNESÍLOCO.

¡Mira! ¿á robarles? dí más bien á prostituirte (2). ¡Por Júpiter! ¡Vaya un pretexto!

EURÍPIDES.

En qué quedamos, ¿lo harás?

AGATON.

No lo esperes.

EURÍPIDES.

¡Desdichado de mí! ¡Estoy perdido!

MNESÍLOCO.

Eurípides, mi querido yerno, no te desalientes.

EURÍPIDES.

¿Qué hacer?

(1) *Obscœno sensu.*
(2) Βινεῖσθαι μὲν οὖν.

AGATON.

¿Y qué socorro puedes esperar de mí?

EURÍPIDES.

Uno grandísimo. Si te mezclas furtivamente entre las mujeres de modo que parezcas una de tantas, y defiendes mi causa elocuentemente, conseguirás salvarme. Tú eres el único capaz de hablar dignamente de mí.

AGATON.

¿Por qué no vas á defenderte tú mismo?

EURÍPIDES.

Te lo diré. En primer lugar, yo soy muy conocido, y además cano y barbudo; miéntras que tú eres de hermosa figura, blanco, imberbe; tienes voz atiplada y aspecto delicado.

AGATON.

Eurípides...

EURÍPIDES.

¿Qué?

AGATON.

¿No has dicho en alguna parte: «el ver la luz te alegra; ¿crees que no le alegra tambien á tu padre?» (1)

EURÍPIDES.

Cierto.

AGATON.

No esperes, por tanto, que yo me exponga en tu lugar: sería una locura. Sufre, como es natural, tu

---

(1) Fragmento de la *Alceste*, de Eurípides.

propio infortunio. Las desgracias no deben sobrellevarse con astucia, sino con paciencia.

MNESÍLOCO.

Así es como tú has llegado al colmo de la infamia: á fuerza de paciencia (1).

EURÍPIDES.

¿Pero por qué temes ir allá?

AGATON.

Me tratarian peor que á tí.

EURÍPIDES.

¿Cómo?

AGATON.

¿Cómo? pareceria que iba á robarles sus placeres nocturnos, y arrebatarles su Vénus íntima.

MNESÍLOCO.

¡Mira! ¿á robarles? dí más bien á prostituirte (2). ¡Por Júpiter! ¡Vaya un pretexto!

EURÍPIDES.

En qué quedamos, ¿lo harás?

AGATON.

No lo esperes.

EURÍPIDES.

¡Desdichado de mí! ¡Estoy perdido!

MNESÍLOCO.

Eurípides, mi querido yerno, no te desalientes.

EURÍPIDES.

¿Qué hacer?

---

(1) *Obscœno sensu.*
(2) Βινεῖσθαι μὲν οὖν.

MNESÍLOCO.

Échale á ése al infierno, y dispon de mí á tu antojo.

EURÍPIDES.

Pues tú mismo te me ofreces, acepto. Vamos quítate ese vestido.

MNESÍLOCO.

Ya está en el suelo. ¿Qué intentas hacer de mí?

EURÍPIDES.

Afeitarte la barba y quemarte el pelo de más abajo (1).

MNESÍLOCO.

Haz lo que gustes, ya que me he ofrecido.

EURÍPIDES.

Agaton, tú siempre llevas navajas, préstanos una.

AGATON.

Cógela de ese estuche.

EURÍPIDES.

Gracias. Siéntate é hincha el carrillo derecho.

MNESÍLOCO.

¡Ay!

EURÍPIDES.

¿Por qué gritas? Te voy á meter un tarugo en la boca, si no callas.

MNESÍLOCO.

¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡ay!

EURÍPIDES.

¿A dónde corres?

---

(1) *Mos erat veteribus b.rbam navacula radere; pudendorum autem pilos admota flamma amburere.*

MNESÍLOCO.

Al templo de las Euménides (1); no, por Céres, no me he de estar ahí para que me hagas tajadas.

EURÍPIDES.

Se van á reir de tí al verte con la cara medio afeitada.

MNESÍLOCO.

Poco me importa.

EURÍPIDES.

No me abandones, por los dioses te lo pido, ven acá.

MNESÍLOCO.

¡Desdichado de mí!

EURÍPIDES.

Estáte quieto y levanta la cabeza. ¿Adónde te vuelves?

MNESÍLOCO.

¡Mu! ¡mu!

EURÍPIDES.

¿Por qué muges? Ya está concluido todo.

MNESÍLOCO.

¡Infeliz, voy á pelear armado á la ligera! (2)

EURÍPIDES.

No pienses en eso. Vas á estar hermosísimo. ¿Quieres mirarte?

---

(1) En él se refugiaban los suplicantes. Las Euménides, ó benéficas, son las furias, llamadas así despues del juicio de Orestes. Su templo estaba próximo al Areópago.

(2) En el original hay un equívoco: ψιλὸς significa *afeitado* y *soldado armado á la ligera.*

MNESÍLOCO.

Sí, dáme un espejo.

EURÍPIDES.

¿Te ves?

MNESÍLOCO.

A mí no, á Clístenes (1).

EURÍPIDES.

Levántate para que te queme el vello; ahora inclínate.

MNESÍLOCO.

¡Cielo santo! ¡Me vas á chamuscar como á un cerdo!

EURÍPIDES.

Traedme una antorcha ó una lámpara. Inclínate y cuídate sólo de una cosa (2).

MNESÍLOCO.

Ya la cuidaré, por Júpiter. ¡Oh, yo me abraso! ¡Agua, vecinos, agua, ántes de que la llama incendie mi trasero!

EURÍPIDES.

Tranquilízate.

MNESÍLOCO.

¿Quién puede estar tranquilo cuando le están asando?

EURÍPIDES.

Ya no tienes por qué inquietarte; lo peor está hecho.

---

(1) Alusion á las costumbres afeminadas de Clístenes, uno de los personajes de esta comedia.
(2) *Caudæ cave nunc extremæ.*

MNESÍLOCO.

¡Oh qué hollin! Estoy completamente chamuscado

EURÍPIDES.

No te cuides de eso; ya se te lavará con una esponja.

MNESÍLOCO.

¡Pobre del que se atreva á lavarme el trasero!

EURÍPIDES.

Agaton, ya que no quieres ayudarme, préstame á lo ménos esa túnica y ese ceñidor; no puedes decir que no los tienes.

AGATON.

Con mucho gusto; tomad y usadlos.

MNESÍLOCO.

¿Qué me pongo?

AGATON.

Ponte primero esa túnica de color de azafran.

MNESÍLOCO.

¡Por Vénus, qué buen olor echa á hombre! (1) Pónmela pronto: dáme el ceñidor.

EURÍPIDES.

Toma.

MNESÍLOCO.

Ahora dáme algo para adornarme las piernas (2).

EURÍPIDES.

Necesitas una cinta y una mitra (3).

---

(1) *Suavem odorem mentulæ spirat.*
(2) El adorno de las piernas lo constituian generalmente anillos de más ó ménos círculos. (Vid. WINCKELMANN. *Histoire de l'art chez les anciens*, tom. I, pág. 544.)
(3) Tocado de mujer.

AGATON.

Toma mi gorro de dormir.

EURÍPIDES.

Por Júpiter, es lo más á propósito.

MNESÍLOCO.

¿Me caerá bien?

AGATON.

Admirablemente.

EURÍPIDES.

Venga el manto.

AGATON.

Cógelo de encima de la cama.

MNESÍLOCO.

Necesito zapatos.

AGATON.

Ten estos mios.

MNESÍLOCO.

¿Me vendrán bien? que á tí te gusta el calzado ancho (1).

AGATON.

Pruébatelos. Ya teneis todo cuanto os hace falta. Llevadme pronto adentro (2).

EURÍPIDES.

Pareces completamente una mujer. Cuando hables, ten mucho cuidado de imitar la voz femenina.

(1) Alusion obscena.
(2) Sobre la máquina en que está á guisa de deidad.

MNESÍLOCO.

Lo procuraré.

EURÍPIDES.

Véte ya.

MNESÍLOCO.

No por cierto, si ántes no me juras...

EURÍPIDES.

¿Qué?

MNESÍLOCO.

Emplear todos los medios para salvarme, si me ocurre alguna desgracia.

EURÍPIDES.

«Lo juro por el Eter, morada de Júpiter» (1).

MNESÍLOCO.

¿No era mejor que jurases por la familia de Hipócrates? (2).

EURÍPIDES.

Pues bien, juro por todos los dioses sin excepcion.

MNESÍLOCO.

«Acuérdate de que ha jurado el corazon y no la lengua:» (3) los juramentos de ésta no los quiero.

(1) Verso de la *Melanipe* de Eurípides.
(2) De diferente manera se ha entendido esta alusion. El escoliasta opina que Aristófanes se refiere á un Hipócrates ignorante, padre de tres hijos cuyo idiotismo era casi proverbial, y en este caso la frase del suegro de Eurípides equivale á decir, que tanto se le importa de Júpiter como de la imbécil familia á que se refiere. Otros, siguiendo á Littré en su traduccion de Hipócrates, creen que el poeta alude al célebre médico, que habia empleado el éter como medio terapéutico.
(3) Parodia del verso 612 del *Hipólito* de Eurípides, cuya peligrosa doctrina causó verdadero escándalo en Aténas: *La lengua ha jurado, el alma no.*

EURÍPIDES.

Anda listo; ya se ve en el templo de Céres la señal de reunirse. Yo me retiro.

(Mutacion de escena. Aparece el templo de Céres y Proserpina.)

MNESÍLOCO (1).

Ven, Trata, sígueme. Mira, Trata, cuánto humo despiden las antorchas. ¡Oh bellísimas Tesmóforas, recibidme y despedidme propicias! Descárgate la cesta, Trata, y saca la torta para que se la ofrezca á las dos diosas. ¡Oh augusta divinidad, Céres adorada, y tú, venerable Proserpina, permitidme presentaros muchas veces oblaciones como ésta (y sobre todo que no me descubran). Conceded á mi hija un esposo rico, aunque sea estúpido y necio, para que no piense más que en divertirse (2). ¿Dónde encontraré un sitio para poder oir á los oradores? Tú, Trata, márchate; las esclavas no pueden asistir á esta reunion (3).

UNA MUJER HERALDO (4).

Guardad el silencio religioso: guardad el silen-

(1) Hablando con Trata, esclava de que se hace acompañar Mnesiloco.
(2) *Ad phallum.*
(3) Las esclavas esperaban á la puerta del templo para recibir las órdenes de sus señoras, como se desprende de un pasaje posterior.
(4) Una mujer hace de heraldo, porque ningun hombre podia intervenir en las Tesmoforias. Toda la siguiente escena es parodia de las formalidades observadas en la asamblea popular.

cio religioso. Orad á las Tesmóforas Céres y Proserpina, á Pluto (1), á Caligenia (2), á Curótrofe (3), á la Tierra, á Mercurio, á las Gracias, para que esta asamblea nos sea propicia y útil á Aténas y á nosotras mismas. Pedidles tambien que aquella que por sus ilustres hechos y discursos merezca más aplausos del pueblo ateniense y de las mujeres, sea la vencedora. Dirigidles estas súplicas, y haced votos por vuestra propia dicha. ¡Io Pean! ¡Io Pean! Congratulémonos.

CORO DE MUJERES.

Esos son nuestros votos. ¡Dígnense los dioses acogerlos! Omnipotente Júpiter, dios de la lira de oro, adorado en Délos (4); y tú, invencible diosa, doncella de cerúleos ojos y áurea lanza, patrona de la más floreciente ciudad (5), acudid á mi llamamiento; acude tú tambien, hermoso retoño de Latona (6), la de fúlgida mirada, vírgen cazadora,

(1) Dios de las riquezas.
(2) Nodriza de Céres: otros creen que es un sobrenombre de Céres, y otros de Proserpina, significativo de su influencia en el buen desarrollo del feto durante la gestacion. Llamábase así uno de los cinco dias de las Tesmoforias.
(3) Sobrenombre de Céres, que, como su etimología indica (κοῦρος, *muchacho* τρέφειν, *nutrir)*, presidia al desarrollo del cuerpo en los niños y adolescentes mediante los alimentos que hace producir á la tierra.
(4) Apolo.
(5) Minerva. Traducimos ojos *cerúleos* el célebre y tradicional epíteto γλαυκῶπις, lit.: *ojos de lechuza*. Hermosilla traduce, *brillantes*. (Vid. Su version de la *Ilíada* de Homero, libro IV.)
(6) Diana.

adorada bajo cien advocaciones; y tú, venerable Neptuno, soberano de las olas, abandonando tu líquido palacio arremolinado por las tempestades y recorrido por los peces, ven acompañado de las hijas de Nereo, y de las montañesas ninfas. Mézclense á nuestras oraciones los acentos de la dorada lira, y reine el órden en esta asamblea de nobles matronas.

EL HERALDO.

Orad á los dioses y diosas del Olimpo, de Délfos, de Delos, y á las demas deidades. Si hay algun malvado que conspire contra el pueblo femenino ó que ofrezca á Eurípides (1) ó á los Medas una paz perjudicial á las mujeres, ó que aspire á la tiranía, ó se proponga restablecer á un usurpador; si hay un delator que denuncie á una mujer culpable de suposicion de prole, ó una esclava que despues de haber sido alcahueta de su señora le vaya con el cuento al marido, y, encargada de llevar un recado, traiga falsas noticias; si hay algun galanteador que engañe á una mujer y despues no la dé lo prometido; si hay una vieja que compra sus amantes ó una cortesana que por los regalos de otro abandona á su querido; si hay un tabernero ó tabernera que al vendernos un congio ó una cótila (2) nos engaña en la medida, pedid al cielo los

(1) Eurípides es citado, al lado de los Medas, como enemigo irreconciliable.
(2) Medidas de capacidad. El χοῦς, *congius*, equivale á 3,24 litros; y la κοτύλη, *cotylus*, á 0,27.

confunda á todos, con toda su familia, y que al propio tiempo os colme de bienes á vosotras.

CORO.

Unánimes pedimos que se cumplan nuestros votos en favor del pueblo y la república, y que, como es justo, se otorgue la victoria á las que den mejores consejos. Las que cometen fraudes y violan los más sagrados juramentos en provecho propio y daño del comun; las que tratan de derogar las antiguas leyes y decretos promulgando otros nuevos; las que revelan nuestros secretos á los enemigos, é introducen á los Medas en nuestro país para arruinarlo, esas son impías y enemigas de la patria. Acoge tú nuestras preces, omnipotente Júpiter, para que, aunque somos mujeres, nos sean propicios los dioses.

EL HERALDO.

Escuchad todas. «El Consejo de las mujeres, siendo presidente Timoclea, secretario Lisila, y Sóstrata orador (1), ha decretado: Que mañana dia del medio de las Tesmoforias, por ser el más desocupado, se destine ante todo á deliberar sobre el castigo que debe imponerse á Eurípides, por sus ultrajes á todas.» ¿Quién pide la palabra? (2).

MUJER PRIMERA.

Yo.

EL HERALDO.

Pues ponte esa corona ántes de hablar (3). Ca-

(1) Fórmula de los decretos.
(2) Fórmula ya empleada en *Los Acarnienses*, v. 45.
(3) Como acostumbraban á hacerlo los oradores.

llad. ¡Silencio! ¡Atencion! Ya escupe, segun acostumbran los oradores. Parece que el discurso va á ser largo.

MUJER PRIMERA.

No es la ambicion ¡oh mujeres! lo que me mueve á usar de la palabra, os lo juro por las diosas. Muéveme solamente la indignacion que me sofoca al veros vilipendiadas por Eurípides, ese hijo de una verdulera (1). ¿Qué ultrajes hay que no nos prodigue? ¿Qué ocasion de calumniarnos desperdicia, en cuanto tiene muchos ó pocos oyentes, actores y coros? Nos llama adúlteras, desenvueltas, borrachas, traidoras, charlatanas, inútiles para nada de provecho, peste de los hombres; con lo cual cuando nuestros maridos vuelven del teatro nos miran de reojo, y registran la casa para ver si hay oculto algun amante. Ya no nos permiten hacer lo que hacíamos ántes: ¡tales sospechas ha inspirado ese hombre á los esposos! ¿Se le ocurre á una de nosotras hacer una corona? ya la creen enamorada (2). ¿Se deja otra caer una vasija al correr en sus domésticas faenas? el marido pregunta en seguida: «¿En honor de quién se ha quebrado esa olla? sin duda del

(1) Aristófanes echa continuamente en cara á Eurípides el humilde oficio de su madre.

(2) Era costumbre entre los enamorados antiguos el hacerse regalos de coronas, aves, frutas, mechoncitos de cabellos, etc.

Amaba, y no con rosas y manzanas
O apios, sino con furias perniciosas,

dice Teócrito para pintar la profunda pasion del Cíclope.

extranjero de Corinto» (1). ¿Está enferma alguna jóven? su hermano dice al punto: «No me gusta el color de esa muchacha» (2). Si una mujer que no tiene hijos quiere suponer un parto, ya no puede hacerlo, porque los hombres nos vigilan de cerca. Para con los viejos que ántes contraian matrimonio con jóvenes, tambien nos ha desacreditado, y ninguno se casa despues de haber oido aquel verso:

«La esposa es reina del marido anciano» (3).

El es asimismo la causa de que nos cierren con cerrojos y sellos (4), y tengan para guardarnos esos perrazos molosos (5), terror de los amantes. Y esto, pase; pero ahora no podemos, como ántes, sacar nosotras mismas de la despensa harina, aceite y vino; pues nuestros maridos llevan siempre consigo no sé qué condenadas llavecitas lacedemonias (6), secretas y de tres dientes. Sin embargo, áun hubiéramos podido abrir las puertas más se-

(1) Estenobea en la tragedia de Eurípides que lleva este título, creyendo muerto á Belorofonte, decia constantemente, cuando se le caia alguna cosa: «Para el extranjero de Corinto.» A esto alude Aristófanes.

(2) Por suponerla en cinta.

(3) Verso del *Fénix* de Eurípides, tragedia perdida.

(4) De este pasaje se deduce que los maridos celosos no se contentaban con echar el cerrojo á las habitaciones de sus mujeres, sino que además sellaban las puertas.

(5) Perros originarios del Epiro, sumamente corpulentos.

(6) Los herreros lacedemonios tenian fama de muy hábiles. Plauto habla tambien de una llave lacedemonia en la *Mostellaria*, II, I, 57.

lladas, mandándonos hacer por tres óbolos un anillo con la misma marca; pero ese maldito Eurípides, perdicion de las familias, ha enseñado á los hombres á llevar colgados del cuello complicadísimos sellos de madera (1). Creo, por consiguiente, que es necesario librarnos á toda costa de ese enemigo, dándole muerte con veneno ú otro medio cualquiera. Eso es lo que digo en alta voz; lo demas lo haré constar en el registro del secretario.

CORO.

Nunca he visto mujer más hábil y elocuente; todo lo que dice es justo; ha examinado la cuestion bajo todos sus aspectos y los ha pesado todos. Su argumentacion es nutrida, sagaz y selecta; de suerte que si al lado de ella perorase Jenócles (2), hijo de Carcino, os pareceria, á mi modo de ver, que sólo decia vaciedades.

MUJER SEGUNDA.

Habiendo abarcado perfectamente la preopinante todos los extremos de la acusacion, diré muy pocas palabras, concretándome á manifestaros lo que á mí misma me sucede. Murió mi marido en Chipre, dejándome cinco hijos pequeños, á los que sostenia á duras penas, haciendo coronas en la plaza de los Mirtos (3). Con este recurso vivia así, así, es verdad; pero al fin vivia: pues bien, desde que ese hombre en sus tragedias ha demostrado al

(1) Difíciles de ser falsificados.
(2) Várias veces citado, v. *Las Avispas*, 1.510.
(3) En los sacrificios, banquetes y asambleas se hacía mucho gasto de coronas.

público que no existen los dioses (1), no vendo ni la mitad que ántes (2). Por lo cual opino y os aconsejo que no dejeis de castigarle: sobran causas para ello, pues siempre, amigas mias, nos está ultrajando con la grosería propia del que se ha educado entre legumbres. Yo voy á la plaza; tengo que hacer veinte coronas que me han encargado.

CORO.

Sus palabras han sido más mordaces que las del primer discurso. ¡Qué gracia! ¡Qué oportunidad! ¡Qué agudeza y qué astucia! Todo es claro y convincente. Sí, es necesario imponerle una pena ejemplar por sus ultrajes.

MNESÍLOCO.

No me asombra, oh mujeres, que tales acusaciones os irriten vivamente contra Eurípides, y hagan hervir vuestra bílis. Yo misma, os lo juro por la salud de mis hijos, yo misma detesto á ese hombre, pues sería menester estar loca para no aborrecerle. No obstante, conviene que tengamos en confianza algunas explicaciones; ahora estamos solas, y no hay miedo de que nuestras palabras se divulguen. ¿Por qué le acusamos, por qué le hacemos gravísimas inculpaciones sólo por haber revelado dos ó tres de nuestros defectos, cuando los tenemos innumerables? Yo misma, para no hablar de otras,

(1) Acusacion de ateismo completamente infundada. Si los personajes de Eurípides vierten alguna frase impía, es en el arrebato de una pasion que la hace disculpable.
(2) Por que ya no se gastan coronas en los sacrificios.

me reconozco culpable de muchísimos pecados; el más grave lo cometí á los tres dias de casada: mi marido dormia á mi lado; yo tenía un amante, que me habia seducido á la edad de siete años: el tal, arrastrado por su amor, vino á la puerta de mi casa y la arañó suavemente. Yo comprendí en seguida, y bajé con precaucion: mi marido me preguntó: «¿Adónde vas? — ¿Adónde? le respondí; siento dolores y retortijones de vientre y bajo al excusado. — Anda, pues,» me dijo. Él se puso á majar semillas de cedro, anís y salvia (1), y en tanto yo, despues de tomar la precaucion de mojar los goznes (2), me reuní á mi amante, y apoyada sobre el altar del pórtico (3), y agarrándome al tronco del laurel, me entregué á sus deseos. Sin embargo, notadlo bien, nunca Eurípides ha hablado de esto, ni de nuestras complacencias con los esclavos y muleteros cuando faltan amantes, ni de que despues de haber pasado una noche de libertinaje, acostumbramos á comer ajos (4) á la mañana, para que al volver el marido de su guardia no conciba la menor sospecha. ¿Lo veis? de esto nunca

(1) Remedio contra el cólico.

(2) Para que no hicieran ruido. En PLAUTO (*Curculio*, I, 3) se lee igualmente:

Placide eggredere, et sonitum prohibe forum et crepitum cardinum,
Ne quod hic agimus herus percipiat fieri, mea Planesium.
—Mane, suffundam aquam.

(3) A la entrada de las casas habia un altar en forma de columna, consagrado á Apolo.

(4) Porque el perfume no es el más á propósito para galanteos.

ha dicho nada. Si maltrata á Fedra, ¿qué se nos importa? En cambio nunca ha hablado de esas mujeres que despliegan á la luz un gran manto, y miéntras el marido admira los primores del trabajo, el galan logra escurrirse á favor de la estratagema. Yo conocí á una que estuvo diez dias fingiendo dolores de parto hasta comprar una criatura. Su esposo en tanto corria por toda la ciudad en busca de medicinas para acelerar el alumbramiento. Una vieja le trajo al fin, metido en una olla, un niño con la boca tapada con cera para que no gritase: entónces á una señal de su cómplice, la mujer empezó á gritar: «Véte, marido mio, véte que ya voy á parir.» La criatura, en efecto, pegaba pataditas en el vientre... de la olla. Él se retiró tan contento; ella le quitó el taponcillo de cera, y el niño principió á llorar. Entónces la maldita vieja que lo habia traido, corrió al esposo y le dijo sonriendo: «Un leon, un leon te acaba de nacer; es tu vivo retrato, se te parece en todo» (1). ¿No es verdad que cometemos estas perfidias? Sí, por Diana. ¿Entónces á qué irritarnos contra Eurípides por que dice de nosotras ménos de lo que en realidad hacemos? (2)

CORO.

¡No vuelvo de mi asombro! ¿De dónde ha sacado esas invenciones? ¿En qué país se ha criado esa

(1) *Tum etiam mentula tuæ similis, tortuosa instar nucamenti pinei.*

(2) Parodia de un fragmento del *Telefo* de Eurípides.

desvergonzada? Nunca hubiera creido que ninguna mujer se atreviese á contar, ni áun entre nosotras, semejantes atrocidades. Pero ya puede esperarse todo; tiene razon el proverbio antiguo: «Es necesario mirar debajo de todas las piedras, no se oculte algun orador pronto á picarnos» (1). No hay nada peor que una mujer naturalmente desvergonzada, como no sea otra mujer.

MUJER TERCERA.

Por Aglaura (2), amigas; habeis perdido el juicio, ó estais hechizadas, ú os sucede otro grave mal, para dejar á esa peste insultarnos á todas. Si alguna de vosotras... pero no, nosotras y nuestras criadas nos encargamos de vengarnos; vamos á coger ceniza de cualquier parte, y á dejarla sin un pelo (3). Así aprenderá á no hablar mal de las mujeres en lo sucesivo.

MNESÍLOCO.

¡Oh, no hagais tal! Si en una asamblea donde todas las ciudadanas podemos exponer con toda libertad nuestras ideas he dicho lo que me parecia

---

(1) El proverbio dice: *un escorpion*. Aristófanes, al sustituir esta palabra por orador, da á entender que éstos eran tan venenosos y temibles.

(2) Hija de Cécrope y sacerdotisa de Minerva, por la cual solian jurar las Atenienses. En venganza de haber estorbado por celos los amores de Mercurio con Herse, hermana suya, fué transformada en piedra. Hubo otra Aglaura, hija de Acteo, rey del Atica, la cual llevó este reino en dote á su esposo Cécrope.

(3) *Hujus depilabimus cunnum.—Ad vulsuram utuntur cinere, ut pili firmius deprehendi possint.*

en defensa de Eurípides, ¿será justo que me condeneis á la depilacion?

MUJER TERCERA.

¿Cómo no ha de ser justo castigarte? Tú eres la única que te has atrevido á defender á un hombre que ha colmado de oprobio á nuestro sexo; á un hombre que escoge de intento para argumento de sus dramas aquellos asuntos donde hay mujeres perversas, Fédras (1) ó Melanipes (2), y nunca se le ocurre escribir sobre Penélope (3), sólo porque fué casta.

MNESÍLOCO.

Yo sé el motivo. Entre todas las mujeres del dia no podreis encontrar una Penélope, y sí infinitas Fédras.

MUJER TERCERA.

¿No oís lo que esa bribona vuelve á decir de nosotras?

MNESÍLOCO.

Pero, por Júpiter, si áun no he dicho todo lo que sé. ¿Quereis más todavía?

---

(1) Mujer de Teseo que, enamorada de su hijastro Hipólito, le acusó de haber atentado á su honor, causando de este modo su muerte. Este es el asunto de la tragedia de Eurípides titulada *Hipólito*, que Racine presentó con el de *Fedra*.

(2) Hija de Eolo, seducida por Neptuno, de quien tuvo dos hijos. Su padre para castigar su debilidad la mandó sacar los ojos. Este era el asunto de otra tragedia de Eurípides, en la cual el carácter de mujer verdaderamente odioso es el de Teano, hija de Metaponte, rey de Icaria.

(3) Mujer de Ulíses, cuya proverbial fidelidad es bien conocida (V. *Odisea, passim.*)

MUJER TERCERA.

No puedes decir más: ya has vomitado cuanto sabías.

MNESÍLOCO.

Ni tampoco la diezmilésima parte de lo que hacemos. No he dicho, por ejemplo, que formamos con nuestras diademas una especie de tubo para sorber el vino.

MUJER TERCERA.

¡Así estalles!

MNESÍLOCO.

No he dicho que en las Apaturias (1) damos las viandas á nuestros amantes, y despues echamos la culpa al gato...

MUJER TERCERA.

¡Eso es insoportable! No sabes lo que te dices.

MNESÍLOCO.

Ni que una mujer mató de un hachazo á su esposo, ni que otra le hizo perder la razon con un filtro, ni que debajo de la bañera... (2)

MUJER TERCERA.

¡Que la peste te lleve!

MNESÍLOCO.

Enterró Acárnica á su padre.

MUJER TERCERA.

¿Hay paciencia para oir esto!

(1) Sobre estas fiestas véase la nota al verso 146 de *Los Acarnienses*.

(2) Bajo la bañera habia un hueco bastante grande que se llenaba de vapor caliente, para mantener la temperatura del baño.

MNESÍLOCO.

Ni que habiendo parido tu esclava un varon, supusiste que era tuyo, y le entregaste tu hija.

MUJER TERCERA.

Por las diosas, lo que es eso no lo dejo yo pasar: te voy á arrancar el pelo.

MNESÍLOCO.

¡No me tocarás por Júpiter!

MUJER TERCERA. *(Dándole una bofetada.)*

¡Toma!

MNESÍLOCO *(Contestándole con otra.)*

¡Toma tú!

MUJER TERCERA.

Recoge mi manto, Filista (1).

MNESÍLOCO.

Acércate nada más, y por Diana yo te...

MUJER TERCERA.

¿Qué harás tú?

MNESÍLOCO.

Te haré echar (2) la torta de sésamo que has comido.

CORO.

Basta de riñas; una mujer se dirige hácia nosotras corriendo: callad ántes que llegue, para oir con sosiego lo que va á decirnos.

CLISTENES.

Queridas mujeres, á quienes imito en todo, mis

(1) Para reñir con más desembarazo.
(2) *Cacare.*

mejillas imberbes demuestran la afeccion que os tengo; maniático por vosotras, estoy siempre dispuesto á defenderos. Hace un instante he oido hablar en el mercado de un negocio importantísimo que os concierne, y vengo á revelároslo; y al propio tiempo á aconsejaros tomeis las precauciones necesarias para que no os coja desprevenidas un grande y terrible daño.

CORO.

¿Qué hay, niño mio? (Tienes tan tersas las mejillas, que bien puede llamársete así.)

CLÍSTENES.

Dicen que Eurípides ha enviado hoy á aquí mismo á un anciano pariente suyo.

CORO.

¿Para qué? ¿Con qué objeto?

CLÍSTENES.

Para que se entere de vuestros discursos y le tenga al tanto de vuestros proyectos y resoluciones.

CORO.

¿Pero cómo no hemos conocido á ese hombre entre tantas mujeres?

CLÍSTENES.

Eurípides le ha quemado y arrancado los pelos, y lo ha disfrazado completamente de mujer.

MNESÍLOCO.

¿Podeis creer eso? ¿Ha de haber un hombre tan estúpido que se deje pelar de esa manera? Yo no lo creo, ¡venerandas diosas!

CLÍSTENES.

¿Qué sabes tú? Yo no hubiera venido á comunicaros esa noticia, si no se la hubiera oido á personas que tienen motivos para saberla.

CORO.

Terrible es la noticia. Ea, mujeres, no perdamos un momento; registremos, busquemos á ese hombre, y veamos dónde ha podido ocultarse. Ayúdanos, Clístenes, y así, amigo mio, te estaremos agradecidas por doble concepto.

CLÍSTENES.

Bueno, manos á la obra. ¿Quién eres tú, la primera?

MNESÍLOCO. *(Aparte.)*

¿Dónde me esconderé?

CLÍSTENES.

Vais á ser reconocidas.

MNESÍLOCO. *(Aparte.)*

¡Pobre de mí!

MUJER CUARTA.

¿Quién soy yo, preguntas? La mujer de Cleónimo.

CLÍSTENES.

¿Conoceis á esta mujer?

CORO.

La conocemos; pasa á otras.

CLÍSTENES.

¿Quién es esa que lleva un niño?

MUJER CUARTA.

Mi nodriza, por Jupiter.

MNESÍLOCO. *(Aparte.)*

¡Perdido soy! *(Hace un movimiento para huir.)*

CLÍSTENES. *(A Mnesiloco.)*

¡Eh, tú! ¿A dónde vas? quieta en tu puesto. ¿Qué te pasa?

MNESÍLOCO.

Déjame ir á orinar.

CLÍSTENES.

Eres una desvergonzada. Anda; aquí te aguardo.

CORO.

Aguárdala y no la pierdas de vista; es la única á quien no conocemos.

CLÍSTENES.

¿Vas á estar orinando eternamente?

MNESÍLOCO.

¡Ay! sí, amigo mio. Ayer comí berros, y tengo retencion de orina (1).

CLÍSTENES.

¿Qué estás hablando de berros? Ven acá pronto.

MNESÍLOCO.

¡Ah! no arrastres así á una pobre enferma.

CLÍSTENES.

Responde; ¿quién es tu marido?

MNESÍLOCO.

¿Dices que quién es mi marido? ¿Conoces en Cotócides (2) á cierto...?

CLÍSTENES.

¿A cierto...? ¿Quién?

MNESÍLOCO.

¿A aquel á quien cierto dia, el hijo de cierto...?

(1) Se atribuia á los berros esta propiedad.
(2) Demo del Atica, donde nació el orador Esquínes, rival de Demóstenes.

CLÍSTENES.

Tú chocheas. ¿Has venido aquí ántes de ahora?

MNESÍLOCO.

Sí, todos los años.

CLÍSTENES.

¿Cuál es tu compañera de tienda? (1)

MNESÍLOCO.

Es una tal... ¡Pobre de mí!

CLÍSTENES.

¿No contestarás?

MUJER QUINTA.

Déjate, voy á hacerle várias preguntas sobre la ceremonia del año pasado; retírate, porque como eres hombre no debes oirlas. Díme, ¿cuál fué la primera ceremonia que hicimos?

MNESÍLOCO.

¿Cuál fué la primera dices? Beber.

MUJER QUINTA.

¿Y la segunda?

MNESÍLOCO.

Brindar.

MUJER QUINTA.

Te lo habrá dicho alguno. ¿Y la tercera?

MNESÍLOCO.

Jenila pidió una copa; porque no habia orinal.

MUJER QUINTA.

Eso no es decir nada.—Ven acá, Clístenes: este es el hombre de que hablabas.

(1) Durante las fiestas de Céres las mujeres se alojaban de dos en dos en tiendas levantadas junto al templo de la diosa.

CLÍSTENES.

¿Qué hago?

MUJER QUINTA.

Quítale los vestidos, pues contesta mal á todo.

MNESÍLOCO.

¡Cómo! ¿os atreveis á desnudar á una madre de nueve hijos?

CLÍSTENES.

Suéltate pronto el ceñidor, desvergonzadísima.

MUJER QUINTA.

¡Qué fuerte y robusta parece! ¡Calla! ¡y no tiene pechos como nosotras!

MNESÍLOCO.

Es que soy estéril, y nunca he tenido hijos.

MUJER QUINTA.

¿Ahora con esas? Hace un momento tenías nueve.

CLÍSTENES.

Estáte derecho. ¿Qué veo? (1)

MUJER QUINTA.

No cabe duda que es un hombre (2).

. . . .
. . . .
. . . .

(1) *Quo penem trudis deorsum?*
(2) *Prominet, et optimi coloris est.*—La traduccion latina de lo suprimido en el texto es:
CLISTH. *At ubi est?*
MULIER V. *Rursus in anteriorem partem abit.*
CLISTH. *Utique hic non est.*
MULIER V. *Etenim huc revorsus est.*
CLISTH. *Isthmum aliquem habes homo: sursum et deorsum penem trahis retrahisque frequentius quam Corinthii.*

¡Ah malvado! por eso nos llenó de ultrajes en su defensa de Eurípides.

MNESÍLOCO.

¡Infeliz, en qué berengenal me he metido!

MUJER QUINTA.

¿Qué hacemos?

CLÍSTENES.

Guardadlo bien, para que no se escape. Yo voy á dar parte de lo ocurrido á los Pritáneos.

CORO.

Encendamos las lámparas, quitémonos los mantos, y ceñida al cuerpo la túnica de una manera viril, veamos si por casualidad (1) ha entrado otro hombre, y registremos todo el Pnix (2), las tiendas y las bocacalles.

¡Ea! partamos con pié ligero, y examinémoslo todo sin chistar; correr es lo que importa; no hay tiempo que perder, principiemos por hacer la ronda con la mayor actividad. ¡Ea! registra, explora todos los rincones, para ver si se oculta algun otro traidor. Dirige la vista en derredor, á la derecha, á la izquierda, á todas partes; que nada escape á tu mirada perspicaz. El impío á quien sorprendamos, sufrirá un castigo severo, para escarmiento

(1) Estas pesquisas eran un motivo para que el coro ejecutase las danzas de costumbre.
(2) Nombre de la plaza donde tenian lugar las asambleas populares, aplicado aquí al templo de Céres, como apelativo de todo punto de reunion.

de insolentes criminales y sacrílegos. Reconocerá que hay dioses, y enseñará á los demas hombres á venerarlos, á honrarlos como es debido, á obedecer á las leyes, y á practicar la virtud. Si no lo hacen, oigan la pena que los aguarda: todo hombre reo de sacrilegio, inflamado por su rabia y loco de furor, será para las mujeres y los mortales un ejemplo viviente de que la venganza del cielo cae sin tardanza sobre los impíos.—Pero ya creemos haber registrado todo perfectamente; no hallamos ningun otro hombre oculto entre nosotras.

MUJER SEXTA.

¡Eh! ¡eh! ¿Adónde huyes? ¡Detente! ¡Oh desdichada! ¡desdichada! se escapa despues de haberme arrebatado mi hijo del pecho.

MNESÍLOCO.

Grita cuanto quieras; pero éste no vuelve á mamar, miéntras no me solteis: aquí mismo le abriré las venas con este cuchillo, y su sangre rociará el altar (1).

MUJER SEXTA.

¡Oh, desdichada de mí! ¡Socorredme, amigas mias; aterrad con vuestros gritos á ese monstruo; arrebatadle su presa; no permitais que así me prive de mi único hijo!

CORO.

¡Oh Parcas venerandas! ¿qué nuevo atentado

(1) Parodia de alguna tragedia de Eurípides. El altar es el de Céres, junto al cual se ha refugiado.

miro? Jamás he visto ni tanta audacia, ni tanta desvergüenza. ¡Qué nuevo crímen ha perpetrado, amigas! ¡Qué nuevo crímen!

MNESÍLOCO.

Yo sabré refrenar vuestra insolencia.

CORO.

¿No es esto el colmo de la indignidad?

MUJER SEXTA.

Sí, es indigno que me haya arrebatado mi pequeño.

CORO.

No he visto cosa igual; por nada se avergüenza.

MNESÍLOCO.

Pues áun no he concluido.

MUJER SEXTA.

Vengas de donde vengas, no te escaparás; no te irás sin castigo, para que luégo te rias á nuestra costa refiriendo tu atentado: vas á morir.

MNESÍLOCO.

¡Que jamás se cumpla tu deseo!

CORO.

¿Cuál de los dioses inmortales vendrá en socorro de un hombre tan impío como tú?

MNESÍLOCO.

Vuestros gritos son inútiles: yo no suelto este niño.

CORO.

Por las dos diosas, tampoco te burlarás impunemente de nosotras, ni dirás más impiedades. A tus sacrílegos actos opondremos el condigno castigo.

Pronto un cambio de fortuna te hará sentir sus rigores.—Anda con esas mujeres; trae leña para quemar á este malvado, y asarlo vivo sin pérdida de tiempo.

MUJER SEXTA.

Mánia (1), vamos á buscar sarmientos.—*(A Mnesíloco.)* Hoy te convierto en carbon.

MNESÍLOCO.

Asad, quemad.—Pero tú, pobre criaturilla, quítate pronto el vestido cretense (2), y no acuses de tu muerte á ninguna otra mujer mas que á tu madre. Mas ¿qué veo? la niña se ha convertido en un odre lleno de vino con zapatitos pérsicos. ¡Oh mujeres astutas y borrachonas, inagotables en ardides para beber! ¡providencia de los taberneros y peste de los maridos! ¡polilla de nuestras telas y ajuares!

MUJER SEXTA.

Trae muchos sarmientos, Mánia.

MNESÍLOCO.

Sí, trae. Pero, contéstame: ¿dices que has parido este muchacho?

MUJER SEXTA.

Diez meses lo llevé en mi seno.

MNESÍLOCO.

¿Que lo llevaste?

MUJER SEXTA.

Te lo juro por Diana.

---

(1) Nombre de una esclava.
(2) Vestido corto y de tela ligera.

MNESÍLOCO.

¿Coge tres cótilas ó cuánto? dí.

MUJER SEXTA.

¿Qué has hecho, miserable? ¿has desnudado á una criatura tan pequeñita?

MNESÍLOCO.

¿Tan pequeñita?

MUJER SEXTA.

Cierto que es pequeñita.

MNESÍLOCO.

¿Pues cuántos años tiene? ¿Ha visto tres ó cuatro veces la fiesta de las copas (1).

MUJER SEXTA.

¡Qué! ¡si nació próximamente cuando las últimas Dionisiacas! Devuélvemelo.

MNESÍLOCO.

No, te lo juro por ese Apolo (2).

MUJER SEXTA.

Pues te quemaremos.

MNESÍLOCO.

Quemadme y lo degüello.

MUJER SEXTA.

¡Oh, no, por piedad! prefiero que me hagas á mí todo el mal que quieras.

MNESÍLOCO.

Me pareces una buena madre; sin embargo, lo degollaré.

---

(1) La fiesta de las copas y las Dionisiacas estaban consagradas á Baco; por eso prefiere Mnesíloco estas solemnidades á otras para enterarse de la edad del pellejo de vino.
(2) Sin duda habia cerca alguna estatua de Apolo.

MUJER SEXTA.

¡Hija de mi corazon! Dáme un vaso, Mánia, para que al ménos pueda recoger su sangre.

MNESÍLOCO.

Pónlo debajo: te concedo esa gracia (1).

MUJER SEXTA.

¡Que el cielo te confunda, monstruo feroz é implacable!

MNESÍLOCO.

Esta piel pertenece á la sacerdotisa (2).

MUJER SEXTA.

¿Qué es lo que pertenece á la sacerdotisa?

MNESÍLOCO.

Tómala (3).

MUJER SÉTIMA.

Mica infortunada, ¿quién te ha quitado tu hija? (4). ¿Quién te ha arrebatado esa idolatrada criatura?

MUJER SEXTA.

Ese infame. Ya que estás aquí, guárdalo bien, en tanto que yo voy con Clístenes á denunciar sus crímenes á los Pritáneos.

MNESÍLOCO.

¡Ah! ¿Cómo salvarme? ¿qué intentaré? ¿qué imaginaré? El autor de todos mis males, el que me metió en este desventurado negocio, no se presenta todavía. Veamos: ¿cómo podré enviarle un aviso?... ¡Ah! Palamédes (1) me enseña un expediente ingenioso. Escribiré, como él, mi infortunio en un remo, y lo arrojaré al mar. Pero aquí no hay remos. ¿Dónde podré encontrarlos? ¿dónde? ¡Qué idea! ¿Si hiciese astillas esas estatuas, y escribiese en ellas como si fuesen remos?... Sí, será mucho mejor. Al fin, estatuas y remos todo es madera. Ea, manos mias, emprended la obra de salvacion. Tablillas pulimentadas, nuncios de mi infortunio, aprestaos á recibir las huellas del estilo.—¡Oh! ¡qué R tan fea! ¿adónde va á parar?—Partid ya en todas direcciones; apresuraos, tablillas mias, que mi necesidad es apremiante.

(1) Al decir estas palabras desata el pellejo y corre el vino.
(2) El vestidillo cretense. Segun el rito, la piel de la víctima pertenecia al sacrificador.
(3) Le arroja el vestido que envolvia el odre.
(4) Hay en griego un equívoco, pues la frase puede entenderse: «¿quién te ha quitado la virginidad?»

CORO.

Volvámonos hácia los espectadores para cantar nuestras propias alabanzas, aunque todo el mundo hable mal de nosotras y nos llame peste (2) del género humano, y causa de cuantos pleitos, riñas,

(1) Título de una tragedia de Eurípides. En ella Eax, hermano de Palamédes escribe la muerte de este sobre unos remos y los arroja al mar, esperando que alguno de ellos llegará á poder de su padre Nauplio, y le hará saber la triste noticia. Aristófanes se burla de esta clase de correos.
(2) La palabra κακὸν, *peste* ó *calamidad*, se repite tantas veces parodiando un discurso de Hipólito en la tragedia de Eurípides del mismo título. (Versos 612 y siguientes.)

sediciones, guerras y pesares existen. Pero decidnos: Si somos una peste, ¿por qué os casais con nosotras? Si somos una peste, ¿por qué nos prohibís salir de casa y asomarnos á las ventanas? Si somos una peste, ¿por qué si sale vuestra mujer y no la encontrais en casa os enfureceis como energúmenos, en vez de regocijaros y dar gracias á los dioses de que la peste haya abandonado vuestro hogar y de que estais ya libres de huésped tan enojoso? Si cansadas de jugar nos dormimos en casa de una amiga, en seguida vais á buscar á vuestra peste, y rondais en torno de su lecho. Si nos asomamos á la ventana, todo el mundo se detiene á ver la peste; si ruborizadas nos retiramos, aumenta el deseo de que la peste vuelva á presentarse. Está, pues, fuera de duda que somos mucho mejores que vosotros, como lo prueba el más ligero exámen. Comparemos, si no, los dos sexos, y veamos cuál es peor: vosotros decís que el nuestro, y nosotras que el vuestro. Examinémoslos y pongámoslos en parangon, oponiendo uno á uno, hombres y mujeres. Carmino (1) es inferior á Nausímaca; los hechos son elocuentes. Cleofon (2) está muy por debajo de Sa-

(1) General derrotado en una batalla naval, cerca de la isla Sime, contra el lacedemonio Astioco, el año vigésimo de la guerra. Aristófanes lo opone á Nausímaca, nombre de una cortesana, escogido de intento, por significar, atendiendo á sus raíces componentes, *combate naval* (ναῦς, *nave*, y μάχη, *combate)*.

(2) General detestable y mal reputado. Era uno de los demagogos más influyentes, y acérrimo partidario de la guerra. Platon el Cómico dió su nombre á una de sus pie-

labacca. Con Aristómaca, la heroína de Maraton, ni con Estratónice (1), hace mucho tiempo que nadie se atreve á contender. Entre los senadores que el año último abandonaron á otros sus cargos, ¿habrá alguno que pueda compararse con Eubula (2). Ni ellos mismos se atreverian. Podemos, pues, gloriarnos de ser mucho mejores que los hombres. Tampoco se ve á ninguna mujer pasearse por la ciudad en un carro magnífico despues de haber robado cincuenta talentos al Tesoro; nuestros mayores hurtos son de un poco de trigo á nuestro esposo, y para eso se lo devolvemos en el mismo dia. ¿Cuántos de vosotros pudiéramos señalar que hacen otro tanto y que son tambien más glotones que nosotras, y chocarreros y ladrones de vestidos y de esclavos? ¿Cuántos que ni siquiera saben cómo las mujeres conservan la herencia paterna? Nosotras, en efecto, tenemos todavía nuestros cilindros, nuestras lanzaderas, nuestros canastillos y quitasoles; al paso que muchos de nuestros maridos han perdido

zas, en que se le hacía hijo de una mujer de Tracia, llamada Tratta. En *Las Ranas*, 679, 681 y 1.532, vuelve á ser citado. Salabacca era una cortesana, con la cual comparó Aristófanes á Cleon. (Véase *Los Caballeros.)*

(1) Nombres alegóricos para indicar la decadencia de las armas atenienses. Aristómaca (ἀρίστη, *excelente*, μάχη *combate)* designa la gloriosa batalla de Maraton; y Estratónice (στράτος, *ejército*, νίκη, *victoria)* vale tanto como victoria del ejército.

(2) Otro nombre alegórico (εὖ, *bien*, βουλή, *consejo)* forjado para poner de relieve la desacertada conducta de los senadores que cedieron ante el gobierno de los Cuatrocientos, y permitieron la abolicion de la democracia. (Véase TUCÍDIDES, VIII, 68, 72.)

unos sus lanzas, el asta y el hierro á la vez, y otros han arrojado en el combate sus escudos.

Muchísimos cargos podemos hacer las mujeres á los hombres, pero sólo mencionaremos el más grave de todos. Era justo que cuando una de nosotras diera á luz un ciudadano útil, un taxiarco (1) ó un estrátega (2), fuese honrada con alguna distincion, como, por ejemplo, la de ocupar el primer puesto en las Estenias (3), las Esciras (4) y otras fiestas que solemos celebrar. Por el contrario, la madre de un ciudadano cobarde é inútil, de un trierarca holgazan, ó de un piloto imperito, deberia colocarse con el cabello cortado detras de la que dió á luz un hombre valeroso. Porque, decidme, ciudadanos, ¿no es injusto de veras que junto á la madre de Lámaco (5) se siente la de Hipérbolo (6), vestida de blanco y flotante el cabello, y que siga prestando á usura, cuando sus deudores, en vez de pagarle el interes (7), debieran decirle,

---

(1) El taxiarco mandaba ciento veintiocho hombres, y era el jefe del batallon que suministraba cada tribu.

(2) Llamábase así al que mandaba un cuerpo de ejército.

(3) Fiestas que se celebraban en memoria de la vuelta de Céres.

(4) Fiestas llamadas así del σκῖρον, *dosel*, bajo el cual eran llevadas procesionalmente las estatuas de Minerva, Céres, Proserpina, el Sol y Neptuno.

(5) El mismo general de quien se burló en *Los Acarnienses* por su aficion á la guerra. Aquí le hace ya justicia.

(6) El demagogo ex-vendedor de lamparas, tantas veces atacado por Aristófanes.

(7) Τόκον en el original significa *interes del dinero* y *feto*.

llevándose el dinero: «¡Vaya, que eres digna de que se te pague despues de habernos parido tal alhaja!»

MNESÍLOCO.

Me he quedado bizco de tanto mirar á aquella parte, y Eurípides no parece. ¿Quién se lo impedirá? ¡Ah! sin duda se avergüenza del frio Palamédes! ¿Con qué otro drama le atraeré? ¡Ya dí en ello! Voy á imitar su nueva Helena. Tengo un vestido de mujer completo.

MUJER SÉTIMA.

¿Qué intentas? ¿qué miras? Me parece que te arrepentirás de tu Helena, si no te estás quieto hasta que venga un Pritáneo.

MNESÍLOCO. *(Fingiéndose Helena.)*

«Este es el Nilo, célebre por la hermosura de sus Ninfas: sus aguas, sustituyendo al agua del cielo, riegan los campos del blanco Egipto que alimentan á sus habitantes con la negra sirmea» (1).

MUJER SÉTIMA.

¡Por la luciente Hécate! eres un costal de astucias.

---

(1) Dos versos están tomados textualmente de la *Helena* de Eurípides; el tercero está parodiado. — La sirmea era una planta, que se duda si era astringente ó purgante.—Llama irónicamente blanco al Egipto, burlándose del epíteto de *negro* que era de rigor al hablar del limo del Nilo.

MNESÍLOCO.

«Mi patria no carece de gloria; ví en Esparta la luz, y Tíndaro es mi padre» (1).

MUJER SÉTIMA.

¡Tíndaro tu padre, perdido! Frinóndas (2) sí que lo es.

MNESÍLOCO.

«Me llamo Helena» (3).

MUJER SÉTIMA.

¿Vuelves á fingirte mujer, sin haber sufrido todavía el castigo por el primer disfraz?

MNESÍLOCO.

«Mil guerreros murieron por mí á orillas del Escamandro» (4).

MUJER SÉTIMA.

¡Ojalá hubieses muerto tú tambien!

MNESÍLOCO.

«Y yo estoy en estos lugares; ¡y mi esposo, el mísero Menelao (5), no viene todavía! ¡Ah! ¿Por qué vivo aún?»

MUJER SÉTIMA.

Por la cobardía de los cuervos.

MNESÍLOCO.

«¿Pero qué dulce presentimiento hace palpitar

---

(1) *Helena*, versos 16 y 17.
(2) Ateniense de mala reputacion. Fué tambien atacado por Aristófanes en el *Anfiarao*, y por Eupólis en sus *Demos*.
(3) Verso 22 de la *Helena* de Eurípides.
(4) *Helena*, 52.
(5) Verso 49.

mi corazon? ¡Oh Júpiter, no burles mi esperanza!»

EURÍPIDES. *(Fingiéndose Menelao.)*

«¿Quién es el dueño de esta fortificada mansion? (1) ¿Acogerá á unos náufragos extranjeros, que han sufrido sobre las olas del mar todos los horrores de la borrasca?» (2).

MNESÍLOCO.

«Este es el palacio de Proteo» (3).

EURÍPIDES.

¿De qué Proteo?

MUJER SÉTIMA.

¿Habrá mentiroso? Proteo (4) ha muerto hace diez años.

EURÍPIDES.

«¿A qué region ha arribado mi nave?»

MNESÍLOCO.

A Egipto.

EURÍPIDES.

«¡Oh infortunado! ¡Adónde nos arrojó la tempestad!»

---

(1) Verso 68. En la tragedia de Eurípides, Teucro y no Menelao es quien hace esa pregunta.
(2) *Helena*, 459. Es de advertir que algunos versos están ligeramente parodiados.
(3) Rey de Egipto.
(4) La mujer cree que se trata de Próteas, general ateniense.

MUJER SÉTIMA.

¿Pero puedes creer las necedades que te cuenta ese perdido? Estás en el templo de Céres.

EURÍPIDES.

«¿Está Proteo en su palacio, ó fuera del alcance de la vista? (1)

MUJER SÉTIMA.

Por fuerza estás mareado todavía. Acabas de oir que Proteo ha muerto, y preguntas si está ó no en su palacio.

EURÍPIDES.

«¡Ay, murió! ¿Dónde descansan sus cenizas?»

MNESÍLOCO.

«¿Me ves sentada sobre su tumba?» (2).

MUJER SÉTIMA.

¡Que el cielo te confunda! ¿Pues no dice que el altar es un sepulcro?

EURÍPIDES.

«¿Y por qué, extranjera, estás sentada sobre ese mortuorio monumento envuelta en fúnebre ropaje?

MNESÍLOCO.

«Quieren obligarme á unir mi destino al del hijo de Proteo» (3).

MUJER SÉTIMA.

¿Por qué engañas á ese infeliz extranjero?—No le

(1) Verso 467 de la *Helena* ligeramente parodiado mediante la agregacion de la palabra ἐξώπιος, *fuera del alcance de la vista*, que Eurípides empleaba con cierta frecuencia.
(2) *Helena*, 466.
(3) *Helena*, 62.

creas; es un bribon que se ha metido entre las mujeres para robarnos las joyas.

MNESÍLOCO. *(A la mujer sétima.)*

«Grita, lléname de ultrajes.»

EURÍPIDES.

«Extranjera, ¿quién es esa anciana que te insulta?»

MNESÍLOCO.

«Es Teonoe, hija de Proteo.»

MUJER SÉTIMA.

¡No, por las diosas! Soy Crítila, hija de Antiteo, natural de Gargétes (1), y tú un canalla.

MNESÍLOCO.

«Inútiles palabras; jamás me casaré con tu hermano; jamás seré infiel á mi Menelao, que combate bajo las murallas de Troya.»

EURÍPIDES.

«¡Mujer! ¿qué has dicho? Vuelve hácia mí los rayos de tus ojos.»

MNESÍLOCO.

«Mis ultrajadas mejillas me lo impiden» (2).

EURÍPIDES.

«¿Qué miro? La voz se ahoga en mi garganta... ¡Dioses! ¿Qué facciones contemplo? Mujer, ¿quién eres?»

MNESÍLOCO.

«Y tú ¿quién eres? Mi sorpresa es igual á la tuya.»

(1) Demo del Atica.
(2) La respuesta de Mnesíloco y las siguientes de Eurípides están tomadas de la *Helena*, 557 y siguientes.

EURÍPIDES.

«¿Eres griega ó indígena?»

MNESÍLOCO.

«Griega; pero yo anhelo saber tu patria.»

EURÍPIDES.

«Mujer, te pareces extraordinariamente á Helena.»

MNESÍLOCO.

«Y tú á Menelao; á lo ménos en esos... perifollos» (1).

EURÍPIDES.

«El mismo: yo soy aquel mortal infortunado.»

MNESÍLOCO.

«¡Oh! ¡Cuánto has tardado en venir á los brazos de tu esposa! Estréchame contra tu corazon, esposo mio; ciñe mi cuello con tus manos; déjame que te bese. Pronto, pronto, arráncame de estos funestos lugares.»

MUJER SÉTIMA.

¡Pobre del que te lleve! Le sacudiré con esta antorcha.

EURÍPIDES.

«¿Me prohibes que me lleve á Esparta á mi esposa, á la hija de Tíndaro?»

MUJER SÉTIMA.

Me vas pareciendo un redomado bribon, cómplice de ese otro canalla. No sin razon charlabais

(1) *Helena*, verso 563, parodiado en su última palabra para aludir al oficio de la madre de Eurípides.

tanto de Egipto (1). Pero ése á lo ménos tendrá su merecido. Ya vienen el Pritáneo y el arquero.

EURÍPIDES.

Esto va mal. Tengo que retirarme con precaucion.

MNESÍLOCO.

¿Y qué haré yo, infeliz?

EURÍPIDES.

Tranquilízate. Miéntras me quede un soplo de vida, no te desampararé, á ménos de que mis infinitos ardides me abandonen.

MNESÍLOCO.

En este anzuelo no ha caido nada.

EL PRITÁNEO.

¿Es ése el bribon que nos ha denunciado Clístenes? —¡Eh, tú, no te escondas!—Arquero, átale á ese poste, y sujétalo bien: encárgate de su guarda, y no permitas que nadie se le acerque: si alguno se aproxima, hazle huir á latigazos.

MUJER SÉTIMA.

Excelente órden; pues hace un instante que por poco se me lo lleva otro bribon.

MNESÍLOCO.

Oh Pritáneo, por esa diestra que tiendes de tan buena gana cuando alguno te ofrece dinero, concédeme una pequeña gracia, ya que voy á morir.

(1) La palabra griega significa tambien «emplear astucias,» porque los Egipcios tenian fama de pérfidos.

EURÍPIDES.

«¿Eres griega ó indígena?»

MNESÍLOCO.

«Griega; pero yo anhelo saber tu patria.»

EURÍPIDES.

«Mujer, te pareces extraordinariamente á Helena.»

MNESÍLOCO.

«Y tú á Menelao; á lo ménos en esos... perifollos» (1).

EURÍPIDES.

«El mismo: yo soy aquel mortal infortunado.»

MNESÍLOCO.

«¡Oh! ¡Cuánto has tardado en venir á los brazos de tu esposa! Estréchame contra tu corazon, esposo mio; ciñe mi cuello con tus manos; déjame que te bese. Pronto, pronto, arráncame de estos funestos lugares.»

MUJER SÉTIMA.

¡Pobre del que te lleve! Le sacudiré con esta antorcha.

EURÍPIDES.

«¿Me prohibes que me lleve á Esparta á mi esposa, á la hija de Tíndaro?»

MUJER SÉTIMA.

Me vas pareciendo un redomado bribon, cómplice de ese otro canalla. No sin razon charlabais

(1) *Helena*, verso 563, parodiado en su última palabra para aludir al oficio de la madre de Eurípides.

tanto de Egipto (1). Pero ése á lo ménos tendrá su merecido. Ya vienen el Pritáneo y el arquero.

EURÍPIDES.

Esto va mal. Tengo que retirarme con precaucion.

MNESÍLOCO.

¿Y qué haré yo, infeliz?

EURÍPIDES.

Tranquilízate. Miéntras me quede un soplo de vida, no te desampararé, á ménos de que mis infinitos ardides me abandonen.

MNESÍLOCO.

En este anzuelo no ha caido nada.

EL PRITÁNEO.

¿Es ése el bribon que nos ha denunciado Clístenes? —¡Eh, tú, no te escondas!—Arquero, átale á ese poste, y sujétalo bien: encárgate de su guarda, y no permitas que nadie se le acerque: si alguno se aproxima, hazle huir á latigazos.

MUJER SÉTIMA.

Excelente órden; pues hace un instante que por poco se me lo lleva otro bribon.

MNESÍLOCO.

Oh Pritáneo, por esa diestra que tiendes de tan buena gana cuando alguno te ofrece dinero, concédeme una pequeña gracia, ya que voy á morir.

(1) La palabra griega significa tambien «emplear astucias,» porque los Egipcios tenian fama de pérfidos.

EL PRITÁNEO.

¿Qué gracia?

MNESÍLOCO.

Manda al arquero que me desnude, ántes de atarme al poste, para que este pobre viejo no cause risa con su túnica azafranada y su mitra á los mismos cuervos que se lo han de comer.

EL PRITÁNEO.

El Senado ha dispuesto que se te exponga en ese traje, para que los transeuntes se enteren de tu delito.

MNESÍLOCO

¡Oh maldito disfraz! ¡á qué extremo me reduces! ¡no tengo ya esperanza de salvacion!

CORO.

Ea, divirtámonos, como es mujeril costumbre cuando celebramos los misterios de las diosas, en estos festivos dias que Pauson (1) santifica con ayunos, rogando á las dos venerables, que los multipliquen en consideracion á su persona.

Lanzáos con pié ligero; formad ruedas; enlazad vuestras manos; saltad acompasadamente, con vivos y cadenciosos movimientos; girad los ojos en torno y mirad á todas partes. Al propio tiempo celebre el coro, con trasportes de religiosa alegría, á la raza de los dioses celestiales.

(1) Hombre arruinado cuya miseria le obligaba á ayunar más á menudo de lo que queria.

¡Cuán engañado está quien se imagine que, porque soy mujer, voy á hablar mal de los hombres en el templo. Sólo tratamos de ejecutar por primera vez, como el baile lo exige, una armoniosa rueda.

Partid, cantando al dios de la sonora lira, y á la casta deidad, armada del arco (1). ¡Salve, Apolo de rápidas flechas, dános la victoria! Tributemos un justo homenaje á Juno, directora de todas las danzas, guarda de las llaves del dulce himeneo.

Mercurio, dios de los pastores, Pan, y vosotras, amadas Ninfas, conceded á los coros una sonrisa benévola.

Ea, partamos con nuevos bríos, y animémonos con vivos palmoteos. Divirtámonos, oh mujeres, segun es costumbre, y guardemos absoluto ayuno. Vuélvete ahora hácia ese otro lado; marca el compás con el pié, y entona variados cánticos. Guíanos tú, Baco, coronado de hiedra, pues en mis cantos y danzas te celebro á tí. ¡Oh Evio! ¡Oh Dionisio! ¡Oh Bromio (2), hijo de Semele, que te complaces en mezclarte en las montañas á los coros de las amables Ninfas, concluyendo tus himnos con el alegre ¡Evios! ¡Evios! ¡Evoe!—Eco, la Ninfa del Citeron, repite tus acentos, que resuenan bajo las opacas

(1) Apolo y Diana.

(2) Sobrenombres de Baco. *Evio* (εὖ, *bien*, υἱέ, *hijo mio*), porque Júpiter le animaba con esa voz en la guerra de los gigantes. Despues fué la exclamacion de las Bacantes, *Evoe!* repetidas muchas veces en los himnos á Baco. *Dionisio* se le llamó por haber sido criado en Nisa, y *Bromio*, de βρέμω, *hacer ruido*, ó por haber nacido al estampido del trueno, ó por el estruendo y alboroto con que celebran sus fiestas.

bóvedas del espeso follaje, y entre los peñascos de la selva; en torno de tí, la hiedra enlaza sus ramos, cargados de flores.

EL ARQUERO.

Vas á pasar la pena negra, aquí, al aire libre (1).

MNESÍLOCO.

Arquero, yo te suplico...

EL ARQUERO.

Nada me pidas.

MNESÍLOCO.

Afloja un poco esa argolla.

EL ARQUERO.

Ya voy á hacerlo.

MNESÍLOCO.

¡Ay! ¡ay! La aprietas más.

EL ARQUERO.

¿Quiéres más todavía?

MNESÍLOCO.

¡Ay! que el cielo te confunda.

EL ARQUERO.

Cállate, pobre viejo. Voy á traer un estera, para guardarte con comodidad (2).

(1) El arquero, como Escita, se expresa en un griego lleno de barbarismos. Como se comprende, las gracias que de esto pudieran resultar son intraducibles. Y el tratar de ofrecer otras equivalentes, áun dado que lo consiguiéramos, sería en cierto modo falsificar el original.

(2) Tendido á su lado.

MNESÍLOCO.

¡Estos son los placeres que tengo que agradecer á Eurípides!... Pero, ¡oh dioses y Júpiter salvador! áun tengo esperanzas. Parece que no piensa abandonarme...

Perseo al desaparecer me indicó disimuladamente que me fingiese Andrómeda (1); ya estoy atado como aquella princesa infeliz. No hay duda que vendrá á salvarme; de otro modo no hubiera huido volando (2).

EURÍPIDES. *(Fingiéndose Perseo.)*

Ninfas amadas, si pudiera acercarme sin que el Escita me viera... ¿Me oyes tú, moradora de los antros? (3). En nombre del pudor, permíteme acercarme á mi esposa.

MNESÍLOCO (4).

¡Un implacable verdugo ha encadenado al más infeliz de los mortales! Logré escapar á duras penas de aquella repugnante vieja, y caí en un nue-

(1) Título de una tragedia de Eurípides, uno de cuyos personajes, conforme á la conocida fábula en que estaba basada, era Perseo.

(2) Perseo volvia del país de las Gorgonas, volando sobre el caballo Pegaso, cuando distinguió encadenada á un escollo á Andrómeda, expuesta á la voracidad de un monstruo marino. Conmovido por su desgracia, petrificó al monstruo presentándole la cabeza de Medusa, y libertó á la infeliz princesa, con la cual se casó.

(3) Implora á la ninfa Eco.

(4) Mnesíloco habla unas veces por cuenta propia y otras fingiéndose Andrómeda.

vo infortunio: ese Escita no se aparta de mi lado: desprovisto de toda defensa, voy á servir de banquete á los cuervos. ¿Lo veis? Ya no tomo parte en los coros de las doncellas, ni llevo el cestillo de los sufragios; cargada de prisiones, me veo expuesta á la voracidad de la ballena Gláucetes (1).

¡Mujeres, deplorad mi suerte con el himno de la esclavitud, y no con el del himeneo! ¡Ay! ¡que me agobian infinitos males!... ¡Infeliz, infeliz de mí!... ¡é infeliz por mis parientes! Presa de tormentos injustos, mis ayes son capaces de arrancar torrentes de lágrimas al insensible Tártaro. ¡Ay! ¡ay! socórreme, autor de mis males, tú, que me rapaste primero y me enviaste despues vestido de amarilla túnica al templo donde estaban reunidas las mujeres. ¡Oh hado inexorable! ¡oh cruel destino! ¿Quién podrá ver sin compadecerse mi espantosa desdicha? ¡Ojalá los rayos deslumbradores del Eter me aniquilen... á ese bárbaro! (2) Porque ya no me es grato contemplar la eterna luz, desde que colgado, estrangulado, loco de dolor, desciendo por el camino más corto á la mansion de los muertos.

EURÍPIDES. *(Fingiéndose la ninfa Eco.)*

¡Salud, hija querida! ¡Que los dioses confundan á tu padre Cefeo (3), que te ha expuesto de ese modo!

(1) Gloton famoso.
(2) Señalando al Escita.
(3) Rey de Etiopía. Vióse obligado á exponer á su hija Andrómeda, para aplacar las iras de Neptuno, que habia inundado su reino y enviado un mostruo marino para devastarlo. El motivo de estas desgracias fué el haberse jactado su mujer Casiope de ser más hermosa que las Nereidas y que la misma Juno.

MNESÍLOCO. *(Fingiéndose Andrómeda.)*

¿Quién eres tú que así te compadeces de mis males?

EURÍPIDES.

Soy Eco, la ninfa que repite fielmente todas las voces; la misma que el año pasado presté en este lugar mi eficaz ayuda á Eurípides (1). Pero, hija mia, lo que tú debes hacer es lamentarte lastimosamente.

MNESÍLOCO.

Y tú repetir mis gemidos.

EURÍPIDES.

Así lo haré; principia.

MNESÍLOCO.

¡Oh noche sagrada! ¡Cuán larga es tu carrera! ¡Cuán lento rueda tu carro por la estrellada bóveda de los cielos y el venerando Olimpo!

EURÍPIDES.

Olimpo.

MNESÍLOCO.

¿Por qué á Andrómeda le han tocado con preferencia todos los males en suerte?

EURÍPIDES.

En suerte.

MNESÍLOCO.

¡Muerte mísera!

(1) Al representarse una tragedia en la cual Eco era uno de los personajes.

EURÍPIDES.

¡Muerte mísera!

MNESÍLOCO.

Me asesinas, vieja charlatana.

EURÍPIDES.

Vieja charlatana.

MNESÍLOCO.

A la verdad, estás insoportable.

EURÍPIDES.

Insoportable.

MNESÍLOCO.

Amigo mio, déjame lamentarme solo, y me darás gusto. Basta ya.

EURÍPIDES.

Basta ya.

MNESÍLOCO.

¡Véte al infierno!

EURÍPIDES.

¡Véte al infierno!

MNESÍLOCO.

¡Qué peste!

EURÍPIDES.

¡Qué peste!

MNESÍLOCO.

¡Qué necedad!

EURÍPIDES.

¡Qué necedad!

MNESÍLOCO.

Lo vas á sentir.

EURÍPIDES.

Lo vas á sentir.

MNESÍLOCO.

Y vas á clamar.

EURÍPIDES.

Y vas á clamar.

EL ARQUERO.

¡Eh, tú! ¿qué charlas?

EURÍPIDES.

¡Eh, tú! ¿qué charlas?

EL ARQUERO.

Llamaré á los Pritáneos.

EURÍPIDES.

Llamaré á los Pritáneos.

EL ARQUERO.

¡Es extraño!

EURÍPIDES.

¡Es extraño!

EL ARQUERO.

¿De dónde sale esa voz?

EURÍPIDES.

¿De dónde sale esa voz?

EL ARQUERO.

¿Hablas tú?

EURÍPIDES.

¿Hablas tú?

EL ARQUERO.

¡Cuidado!

EURÍPIDES.

¡Cuidado!

EL ARQUERO.

¿Te burlas de mí?

EURÍPIDES.

¿Te burlas de mí?

MNESÍLOCO.

Yo no, esa mujer que está junto á tí.

EURÍPIDES.

Que está junto á tí.

EL ARQUERO.

¿Dónde está esa bribona? ¡Ah, se escapa! ¿Adónde, adónde vas?

EURÍPIDES.

¿Adónde, adónde vas?

EL ARQUERO.

No te escaparás.

EURÍPIDES.

No te escaparás.

EL ARQUERO.

¿Aun charlas?

EURÍPIDES.

¿Aun charlas?

EL ARQUERO.

Coged á esa bribona.

EURÍPIDES.

Coged á esa bribona.

EL ARQUERO.

¡Gárrula y detestable mujer!

EURÍPIDES. *(Fingiéndose Perseo.)*

¡Oh dioses! ¿A qué bárbara region me ha traido mi rápido vuelo? Yo soy Perseo, que surcando el éter con mis alados piés, me encamino á Argos, llevando la cabeza de la Gorgona.

EL ARQUERO.

¿Qué dices de la cabeza de Gorgo el escribano? (1).

EURÍPIDES.

He dicho la cabeza de la Gorgona.

EL ARQUERO.

Pues bien, de Gorgo.

EURÍPIDES.

¡Ah! ¿qué veo? ¿Una doncella semejante á las diosas encadenada á ese escollo como un navío en el puerto? (2).

MNESÍLOCO.

Extranjero, ten piedad de esta mísera, desata mis cadenas.

EL ARQUERO.

Cállate. ¡Habrá audacia como la suya! ¡Está para morir y áun charla!

EURÍPIDES.

¡Oh doncella! muéveme á compasion el verte encadenada.

EL ARQUERO.

Si no es doncella; si es un viejo zorro, ladron y canalla.

EURÍPIDES.

Tú desbarras, Escita; esa es Andrómeda, la hija de Cefeo.

EL ARQUERO.

Míralo bien; ¿te parece todavía una doncella? (3).

(1) Alusion cuya intencion no aparece clara.
(2) Comparacion frecuente en los trágicos.
(3) *Specta penem hunc; num tibi parvus videtur?*

EURÍPIDES.

Escita, dame la mano, para que me acerque á esa jóven. Todos los hombres tenemos nuestro flaco; el mio es estar enamorado de esa vírgen.

EL ARQUERO.

No te envidio el gusto. Puedes hacer de él lo que quieras, sin que tenga celos.

EURÍPIDES.

¿Por qué no me permites desatarla, y arrojarme en los brazos y en el tálamo de una esposa querida?

EL ARQUERO.

Si tan furiosamente adoras á ese anciano, esa tabla no debe ser obstáculo á tus deseos (1).

EURÍPIDES.

¡Ah! voy á soltar sus ligaduras.

EL ARQUERO.

Y yo á majarte á palos.

EURÍPIDES.

Pues lo haré.

EL ARQUERO.

Pues te cortaré la cabeza con mi espada.

EURÍPIDES.

¡Ay! ¿qué hacer? ¿qué razones emplear? Ese bárbaro no las comprenderia. Quien á ingenios rudos presenta pensamientos nuevos é ingeniosos, pierde sin fruto el tiempo (2). Busquemos otro medio apropiado á su condicion.

(1) Hay en el original expresiones intraducibles, por lo obscenas.
(2) Palabras de Eurípides en la *Medea*, 301.

EL ARQUERO.

¡Zorro maldito! ¡cómo trataba de engañarme!

MNESÍLOCO.

No olvides, Perseo, el infortunio en que me dejas.

EL ARQUERO.

Está visto que quieres llevar unos cuantos latigazos.

CORO.

Pálas, amiga de los coros, yo te invoco obedeciendo al sagrado rito. Ven, casta doncella, libre del yugo de himeneo, protectora de nuestra ciudad, única guarda de su poder y de sus puertas. Apareces enemiga natural de los tiranos; el pueblo de las mujeres te llama; acude en compañía de la Paz, amiga de las fiestas.

Vosotras tambien, diosas augustas (1), venid benévolas y propicias á vuestro sagrado bosque, donde la vista de los hombres no puede escudriñar los sagrados misterios; donde á la luz de las brillantes antorchas, mostrais vuestro rostro inmortal. Llegad, acercaos, os lo pedimos humildemente, venerandas Tesmóforas. Si alguna vez, accediendo á nuestros ruegos, os dignasteis venir, venid ahora tambien y no desoigais nuestros votos.

EURÍPIDES.

Mujeres, si quereis reconciliaros conmigo, con-

(1) Céres y Proserpina.

siento y me comprometo á no hablar mal de vosotras en adelante. Estas son mis condiciones de paz.

CORO.

¿Por qué motivo nos la propones?

EURÍPIDES.

El hombre que está atado á ese poste es mi suegro. Si me lo entregais, no volveré á hablar mal de vosotras; pero si no accedeis, me propongo denunciar á vuestros maridos á su regreso de la guerra todas vuestras ocultas maquinaciones.

CORO.

Por lo que á nosotras toca, quedan aceptadas tus condiciones; pero tienes que persuadir á ese bárbaro.

EURÍPIDES.

Eso es cuenta mia. *(Vuelve disfrazado de vieja con una bailarina y una tañedora de flauta.)* Acuérdate, Elafion (1), de hacer lo que te he dicho en el camino. Pasa adelante, y recógete el vestido.—Tú, Teredon, toca la flauta al modo pérsico.

EL ARQUERO.

¿Qué significa esa música? ¿Quién trata de excitarme?

EURÍPIDES. *(De vieja.)*

Arquero, esta muchacha necesita ejercitarse, pues tiene que ir á bailar delante de unos hombres.

(1) Nombre de la bailarina, significativo de su ligereza, pues significa *cervatillo.*

EL ARQUERO.

Que baile y se ejercite; yo no se lo he de impedir. ¡Qué ágil es! ¡salta como una pulga en un pellejo de carnero!

EURÍPIDES.

Vamos, hija mia, quítate ese vestido; siéntate en las rodillas del Escita, y alárgame los piés para que te descalce (1).

EL ARQUERO.

Sí, sí, siéntate, niña mia. ¡Oh qué seno tan duro!

EURÍPIDES.

Toca pronto la flauta. ¿Aun te da miedo el Escita?

EL ARQUERO.

¿Qué hermosísima es?

EURÍPIDES.

¡Órden, amigo mio!

EL ARQUERO.

Pues no quedaria descontenta (2).

EURÍPIDES.

Bien. *(A la bailarina.)* Ponte el vestido: ya es hora de marchar.

EL ARQUERO.

¿Sin darme un beso?

EURÍPIDES.

Vamos, bésale.

EL ARQUERO.

¡Ajajá! ¡qué boquita tan dulce! ni la miel del

(1) Se comprenderá adónde van á parar todos estos manejos al parecer indiferentes.

(2) *Attamen pulchra est species arrectæ hujus mentulæ.*

Atica. Mas ¿por qué no ha de pasar un rato conmigo? (1)

EURÍPIDES.

Adios, Arquero, eso no es posible.

EL ARQUERO.

Sí, sí, viejecita mia, hazme ese favor.

EURÍPIDES.

¿Me darás un dracma?

EL ARQUERO.

Sí, sí, te lo daré.

EURÍPIDES.

Pues venga el dinero.

EL ARQUERO.

No tengo un óbolo, pero toma mi carcaj.

EURÍPIDES.

Traerás aquí á la muchacha.

EL ARQUERO.

Sígueme, hermosa; tú, viejecita mia, guarda entanto á ese anciano. ¿Cómo te llamas?

EURÍPIDES.

Artemisia.

EL ARQUERO.

No se me olvidará. Artamuxia.

(Vase con la bailarina.)

EURÍPIDES.

Astuto Mercurio, todo sale á pedir de boca. Corre, pobre muchacho, corre con la bailarina, miéntras

(1) *¿Quare non concumbit mecum?*

yo le desato.—Tú, en cuanto te suelte, huye á toda prisa, y refúgiate en casa, entre tu mujer y tus hijos.

MNESÍLOCO.

Esa es cuenta mia, en cuanto me vea libre.

EURÍPIDES.

Ya lo estás. Ahora huye, ántes de que venga el arquero y te sorprenda.

MNESÍLOCO.

Ya lo hago.

(Se van Eurípides y Mnesíloco.)

EL ARQUERO.

Viejecita mia, ¡qué hermosa hijita tienes! ¡lo más dócil, lo más amable!... ¿Dónde está la vieja? ¡Ah! ¡estoy perdido! ¿Adónde se ha ido el viejo? Vieja, viejecita mia, eso no está bien hecho. Artamuxia me ha engañado. Léjos de mí, maldito carcaj. Con razon te llaman así; por tí me ha engañado la vieja (1). ¡Ay! ¿Qué haré? ¿Dónde está la viejecita? ¡Artamuxia!

CORO.

¿Preguntas por una vieja que llevaba una lira?

EL ARQUERO.

Sí, sí. ¿La habeis visto?

CORO.

Se marchó de aquí seguida de un viejo.

(1) En el original hay un juego de palabras intraducible, no sólo por no tener equivalente en castellano, sino por su obscenidad.

EL ARQUERO.

¿Un viejo con una túnica amarilla?

CORO.

Eso es. Aun podrás alcanzarlos si los persigues por ahí.

EL ARQUERO.

¡Maldita vieja! ¿Por cuál camino huyó? ¡Artamuxia!

CORO.

Sube todo derecho. ¿Adónde corres? Vuelve atras: sigue la direccion contraria.

EL ARQUERO.

¡Pobre de mí! Y en tanto huye Artamuxia.

CORO.

Corre, corre. ¡Ojalá un viento favorable se te lleve... al infierno! Pero ya es hora de que cesen nuestros juegos y de retirarnos á nuestros hogares. ¡Plegue á las Tesmóforas sernos propicias en premio de nuestro trabajo!

FIN DE LAS FIESTAS DE CÉRES Y PROSERPINA.

LAS RANAS

NOTICIA PRELIMINAR.

Baco, en cuyo honor se celebraban los cértamenes trágicos y cómicos por haber tenido orígen en sus fiestas, cansado de las malísimas tragedias que se representaban despues de la muerte de Sófocles y Eurípides, se decide á descender al infierno en busca de un buen poeta. Para conseguir su objeto, y recordando que Hércules habia ya realizado empresa tan peligrosa, llama al templo de este héroe, y despues de adquirir las noticias necesarias para el viaje, parte acompañado de su esclavo Jántias y disfrazado con la piel de leon y la clava de Alcídes.

Al llegar á la laguna Estigia, Caronte le admite en su barca, y durante el trayecto óyese el canto de las ranas, que graznan á su sabor, insultando con su estrepitosa alegría las molestias que el dios experimenta. Este episodio completamente desligado de la comedia es, sin embargo, el que le da título.

Despues de varias peripecias que ponen de manifiesto la cobardía de Baco, y de sufrir éste los insultos y malos tratamientos de dos taberneras y Eaco, que le confunden con Hércules, penetra en el palacio de Pluton, precisamente cuando todo el infierno se halla conmovido por una terrible disputa entre Esquilo y Eurípides, á causa de pretender éste ocupar el trono de la tragedia. Baco es elegido juez, y ambos rivales, en una larga escena interesantísima bajo el punto de vista de crítica literaria, se echan en cara todos los vicios y defectos de sus obras. Cansado Esquilo de las sutilezas y argucias de su adversario, propone la prueba decisiva de pesar los versos de uno y otro en una balanza, y consigue un triunfo completo. En vista de lo cual, Baco se lo lleva á la tierra, desentendiéndose del compromiso contraido con Eurípides; y Esquilo, al partir, entrega el cetro trágico á Sófocles, que ha presenciado la discusion con un silencio lleno de modestia.

El objeto principal de *Las Ranas*, como de la breve exposicion de su argumento se deduce, es atacar el sistema dramático de Eurípides, en el cual veia Aristófanes iniciarse la decadencia de la tragedia. Los más perspicaces críticos modernos no han podido ménos de reconocer lo justificado de sus censuras, que en esta comedia rara vez se apartan de aquella decencia y miramiento poco frecuentes en otras del mismo autor. Fuera, en efecto, de alguna que otra maligna alusion al oficio de la madre de Eurípides y á las relaciones de Cefisofon con su esposa, y de cierta violencia en la censura, natural en boca de Esquilo, á quien se pinta terriblemente irritado, cuanto se dice respecto al rebajamiento de los caracteres, del estilo y de los asuntos, á la inmoralidad de muchas de las fábulas y sentencias, al alambicamiento y sutileza de los pensamientos, á las sofísticas y antitrágicas discusiones y á la poca habilidad y verosimilitud en la exposicion y desarrollo de la accion, es indudablemente cierto, y como tal ha sido reconocido por los más entusiastas admiradores de Eurípides.

Otra de las cosas que llaman la atencion en *Las Ranas* de Aristófanes es la burla que en ella se hace de várias divinidades del Olimpo, y muy especialmente de Baco, cuya fiesta se solemnizaba con la representacion de esta comedia. El dios tutelar del arte dramático aparece cobarde y fanfarron, y sujeto á las contingencias del más débil de los mortales; y su hermano, el esforzado Alcídes, da muestras de aquella glotonería, por la cual ya le vimos caracterizado en *Las Aves*.

A pesar de que el objeto de Aristófanes bien claro está, como queda dicho, que no es otro que satirizar á dioses y poetas, algunos han querido encontrar una intencion política más profunda y trascendental en *Las Ranas*, creyendo que su fin era censurar al Gobierno ateniense porque abria demasiado la mano en la cuestion de admitir en su seno esclavos y extranjeros. Mas aunque es cierto que el poeta toca repetidas veces este punto

en su comedia, no lo es ménos que lo hace sólo de pasada, sin manifestar que su intencion principal sea esa.

Las Ranas se representaron, segun indican sus prologuistas griegos y se desprende de diferentes pasajes (1) de la misma, el año 406 ántes de Jesucristo, corrrespondiente al vigésimosexto de la guerra. Agradó tanto á los espectadores, que, no contentos con darle la preferencia sobre otras dos de Platon y Frínico, le concedieron el honor raro y singular de pedir una segunda representacion.

(1) Tales son los versos 48, 192 y 705, que mencionan como recientemente ocurrida la batalla de los Arginusas, ganada á los Lacedemonios el año vigésimosexto de la guerra; el verso 418, en que el coro ataca á Arquedemo como jefe del partido popular, lo cual sucedia en el mismo año. El verso 76, que habla de la muerte de Sófocles, acaecida en 406 ántes de Jesucristo, y otros que se harán observar en las notas.

PERSONAJES.

JÁNTIAS.
BACO.
HÉRCULES.
UN MUERTO.
CARONTE.
CORO DE RANAS.
CORO DE INICIADOS.
EACO.
UNA CRIADA DE PROSERPINA.
DOS TABERNERAS.
EURÍPIDES.
ESQUILO.
PLUTON.

La escena pasa al principio en el camino de Aténas á los Infiernos; despues en los Infiernos mismos.

LAS RANAS.

JÁNTIAS.

¿Diré, dueño mio, alguno de esos chistes de cajon que siempre hacen reir á los espectadores?

BACO.

Dí lo que se te antoje, excepto el consabido: «No puedo más» (1). Pues estoy harto de oirlo.

JÁNTIAS.

¿Y algun otro más gracioso?

BACO.

Con tal que no sea el, «estoy hecho pedazos.»

JÁNTIAS.

¿Entónces no he de decir ninguna agudeza?

BACO.

Sí por cierto, y sin ningun temor. Sólo te prohibo...

(1) Alusion á los poetas de poca *vis cómica*, que usaban chistes triviales y gastados.

JÁNTIAS.

¿Qué?

BACO.

Decir, al cambiar el hato de hombro, que no puedes aguantar cierta necesidad (1).

JÁNTIAS.

¿Tampoco que si alguno no me alivia de este enorme peso, tendré que dar suelta á algun gas? (2).

BACO.

Nada de eso, te lo suplico: á no ser cuando tenga que vomitar.

JÁNTIAS.

No sé entónces qué necesidad habia de echarme al hombro esta carga, para no poder hacer ninguna de aquellas cosas tan frecuentes en Frínico (3), Lícis (4) y Amípsias (5), que siempre introducen en sus comedias mozos de cordel.

BACO.

No hagas tal; porque cuando yo me siento en-

(1) *Ut cacaturias.*
(2) *Pedam.*
(3) Frínico era un poeta cómico que concurrió con Aristófanes al premio cuando hizo representar *Las Ranas.* Su poca inventiva, el abuso de palabras inusitadas, y los defectos de su versificacion le hicieron pasar por extranjero. No debe confundirse este Frínico con el autor de tragedias.
(4) Poeta cómico contemporáneo de Aristófanes. Su principal defecto era la frialdad.
(5) Otro autor de comedias, que ganó dos veces el premio en concurrencia con Aristófanes. Su *Connos* fué preferido á *Las Nubes.*

tre los espectadores y miro invenciones tan vulgares, envejezco más de un año.

JÁNTIAS.

¡Desdichado hombre mio! Sufres y no se te permite hacer reir.

BACO.

¿No es esto el colmo de la insolencia y de la flojedad? Yo, Baco, hijo del ánfora (1), voy á pié y me fatigo, miéntras le cedo á ese sibarita mi asno para que vaya á su gusto y no tenga nada que llevar.

JÁNTIAS.

Pues qué, ¿no llevo yo nada?

BACO.

¿Cómo has de llevar si eres llevado?

JÁNTIAS.

Sí, con este equipaje encima.

BACO.

¿Cómo?

JÁNTIAS.

Que pesa mucho.

BACO.

¿Pero dejará de llevar el asno lo que tú llevas?

JÁNTIAS.

Por Júpiter, lo que yo llevo no lo lleva él.

BACO.

Pero ¿cómo puedes llevar nada, siendo llevado por otro?

(1) Como dios del vino.

JÁNTIAS.

No lo sé; pero lo cierto es que mi hombro no puede resistir más.

BACO.

Pues aseguras que el asno no te sirve de nada, cárgate el asno y llévalo á tu vez.

JÁNTIAS.

¡Triste de mí! ¿Por qué no estuve en la última batalla naval? (1). Ya me hubieras pagado esa bromita.

BACO.

Apéate, bribon; voy á llamar á esta puerta, donde tengo que hacer mi primera parada. ¡Esclavo! ¡Eh! ¡Esclavo! (2)

HÉRCULES.

¿Quieres derribar la puerta? Quienquiera que sea, llama como un centauro (3). Vamos ¿qué ocurre?

BACO.

¡Jántias!

(1) Fué las de las Arginusas ganada á los Lacedemonios el mismo año de la representacion de *Las Ranas*. Algunos esclavos que pelearon entónces denodadamente recibieron la libertad en recompensa de su valor. Por consiguiente, si Jántias hubiese estado en aquella batalla podria exigir á su amo una satisfaccion como emancipado de su potestad.

(2) Llama á la puerta del templo de Hércules, que estaba cerca de Aténas, en el demo de Melito.

(3) Monstruo fabuloso, mitad hombre y mitad caballo. Sus procederes eran sumamente brutales, y en la célebre lucha con los Lapitas dejaron de ello buena memoria.

JÁNTIAS.

¿Qué?

BACO.

¿No has advertido?

JÁNTIAS.

¿El qué?

BACO.

El miedo que le he dado.

JÁNTIAS.

¡Bah! tú estás loco.

HÉRCULES.

Por Céres, no puedo contener la risa; por más que me muerdo los labios, sin embargo me rio.

BACO.

Acércate, amigo mio; te necesito.

HÉRCULES.

¡Oh! me es imposible no soltar la carcajada, al ver una piel de leon debajo de una túnica amarilla (1). ¿Qué intentas? ¿qué tienen que ver la maza y los coturnos? ¿por qué país has viajado?

BACO.

Me embarqué en el Clístenes (2).

HÉRCULES.

¿Y diste una batalla naval?

(1) Baco traia sobre un vestido de mujer la piel de leon y la maza que constituian el atavío característico de Hércules.

(2) Habla de Clístenes como de un navío. Hay una alusion á las costumbres disolutas de Clístenes.

BACO.

Ya lo creo, y echamos á pique doce ó trece naves enemigas.

HÉRCULES.

¿Vosotros?

BACO.

Por Apolo te lo juro.

HÉRCULES.

Y entónces me desperté (1).

BACO.

Estaba yo en la nave, leyendo para mí la *Andrómeda* (2), cuando de repente se apodera de mi corazon un vivo deseo...

HÉRCULES.

¿Un deseo? ¿De qué especie?

BACO.

Pequeñito, como Molon (3).

HÉRCULES.

¿De una mujer?

BACO.

No.

HÉRCULES.

¿De un muchacho?

(1) Con esta frase, que es la que ordinariamente se emplea para concluir la narracion de un sueño, da á entender Hércules que no cree una palabra de cuanto le ha dicho Baco. — Otras ediciones (la de Boissonade) la ponen en boca de Jántias, y áun del mismo Baco.

(2) Tragedia de Eurípides, de la cual sólo se conservan fragmentos, citada y parodiada en *Las Fiestas de Céres*.

(3) Habia dos personas de este nombre, uno autor y otro ladron, pero ambos de agigantada estatura.

BACO.

Ni por pienso.

HÉRCULES.

¿Entónces de un hombre?

BACO.

Eso es.

HÉRCULES.

Como estabas con Clístenes...

BACO.

No te burles, hermano mio; me siento mal de veras; el tal deseo me martiriza.

HÉRCULES.

Pero, hermanito, sepamos cuál es.

BACO.

No puedo revelártelo, pero te lo daré á entender por medio de un enigma. Dí, ¿no te ha asaltado alguna vez un repentino deseo de comer puches?

HÉRCULES.

¿De puches? Ya lo creo: mil veces en mi vida (1).

BACO.

¿Comprendes bien? ¿ó me explico más?

HÉRCULES.

Lo que es de los puches, no tienes que decir más; lo entiendo perfectamente.

BACO.

Pues bien, tal es el deseo que me devora por Eurípides...

(1) La glotonería de Hércules era proverbial, y ya la ridiculizó Aristófanes en *Las Aves*.

HÉRCULES.

¿Por un muerto? (1).

BACO.

Y ningun hombre me disuadirá de que vaya á buscarle.

HÉRCULES.

¿A los profundos infiernos?

BACO.

Y más abajo, si es preciso.

HÉRCULES.

Pero, ¿para qué lo necesitas?

BACO.

Me hace falta un buen poeta (2), y no hay ninguno, pues los vivos todos son detestables.

HÉRCULES.

¡Cómo! ¿Ha muerto Iofon? (3)

BACO.

Ese es el único bueno que resta; si es que él es el bueno, pues tengo mis dudas sobre el particular.

---

(1) Eurípides habia muerto un año ántes de representarse *Las Ranas*, en la corte de Arquelao, rey de Macedonia, despedazado por una jauría de perros, que se echaron sobre él en un lugar solitario.

(2) El interes de Baco se explica, porque las tragedias se representaban en sus fiestas y habian nacido con ocasion de las mismas.

(3) Hijo de Sófocles, que en vida de su padre, muerto poco tiempo ántes de ponerse en escena *Las Ranas*, habia ganado una vez el premio en un certámen trágico. Habia sospechas de que la obra laureada no era suya, sino de su padre; y por eso Baco se reserva para juzgarle á que presente una nueva tragedia.

HÉRCULES.

Ya que tienes absoluta necesidad de sacar algun poeta de los infiernos, ¿por qué no te llevas á Sófocles, que es superior á Eurípides?

BACO.

No, ántes quiero probar á Iofon y ver lo que puede hacer sin Sófocles. Además, como Eurípides es muy astuto, desplegará todos sus ardides para escaparse conmigo, miéntras que el otro es tan sencillote allí como aquí (1).

HÉRCULES.

Y Agaton (2), ¿dónde está?

BACO.

Aquel buen poeta y amigo querido me abandonó y partió.

HÉRCULES.

¿Adónde se fué el mísero?

BACO.

Al banquete de los bienaventurados (3).

HÉRCULES.

¿Y Jenócles? (4).

BACO.

¡Qué el cielo le confunda!

---

(1) Aristófanes hace justicia á la modestia de Sófocles, virtud rarísima en los poetas.

(2) Poeta trágico y cómico, uno de los personajes de *Las Fiestas de Céres*.

(3) A la corte de Arquelao, gran protector de los literatos y artistas de su época. Otros entienden que Agaton habia muerto.

(4) Poeta trágico, hijo de Carcino, repetidas veces citado.

HÉRCULES.

¿Y Pitángelo? (1).

JÁNTIAS.

¡De mí ni una palabra! y se me está hundiendo el hombro (2).

HÉRCULES.

¿Pero no componen tambien tragedias otros diez mil mozalvetes infinitamente más habladores que Eurípides?

BACO.

Esos son ramillos sin savia, verdaderos poetas-golondrinas, gárrulos é insustanciales, peste del arte, que en cuanto la Musa trágica les concede el más pequeño favor lanzan de una vez todo su talento, y caen extenuados de fatiga. ¡Oh! por mucho que busques, no hallarás uno de esos vates fecundos que seducen con sus magníficas palabras.

HÉRCULES.

¿Cómo fecundos?

BACO.

Sí, fecundos y capaces de inventar estas atrevidas expresiones: «el éter, habitacioncita de Júpiter» (3) «el pié del tiempo» (4), «el corazon no

(1) Poeta trágico desconocido.
(2) Jántias se queja de que Baco y Hércules se entretengan en charlar, sin ocuparse para nada de la fatiga que le causa su hato.
(3) Tomado de la *Melanipe* de Eurípides, tragedia de la cual sólo quedan fragmentos.
(4) Parodia del *Alejandro* de Eurípides, tragedia perdida.

quiere jurar (1), pero la lengua perjura sin la complicidad del corazon.»

HÉRCULES.

¿Y eso te gusta?

BACO.

Estoy más que loco por ellas.

HÉRCULES.

Si son necedades, tú mismo lo conoces.

BACO.

«No habites en mi espíritu: ya tienes tú tu casa» (2).

HÉRCULES.

Pues todo eso es lo más detestable.

BACO.

En comer me podrás dar lecciones (3).

JÁNTIAS.

¡De mí ni una palabra! (4)

BACO.

Escucha ahora la razon de haberme vestido como tú. Es para que me digas, por si tengo necesidad, los huéspedes que te acogieron cuando fuiste á buscar al Cerbero. Indícamelos, y tambien los puertos, panaderías, lupanares, paradores, posadas, fuentes, caminos, ciudades, figones, y las tabernas donde haya ménos chinches.

(1) Verso 612 del *Hipólito* de Eurípides, muchas veces criticado y parodiado.
(2) Parodia de un verso de la *Andrómaca* de Eurípides.
(3) Como gloton, debia ser maestro en gastronomia.
(4) Jántias repite su lamentacion.

JÁNTIAS (1).

¡De mí ni una palabra!

HÉRCULES.

¿Te atreverás á ir, temerario?

BACO.

No hables una palabra en contra de mi proyecto; indícame solamente el camino más corto para ir al infierno: un camino que ni sea demasiado caliente, ni demasiado frio.

HÉRCULES.

¿Cuál camino te indicaré el primero? ¿Cuál? ¡Ah! este: coges un banquillo y una soga, y te cuelgas.

BACO.

¡Otro! ese es asfixiante.

HÉRCULES.

Hay otro camino muy corto y muy trillado; el del mortero (2).

BACO.

¿Te refieres á la cicuta?

HÉRCULES.

Precisamente.

BACO.

Ese es frio y glacial: en seguida se hielan las piernas (3).

HÉRCULES.

¿Quieres que te diga uno muy rápido y pendiente?

---

(1) Cada vez más impaciente por la interminable charla de su amo.
(2) En que se majaba la cicuta.
(3) Alusion á los efectos de la cicuta. Véase el *Fedon* de Platon.

BACO.

Sí, sí por cierto; pues no soy muy andarin.

HÉRCULES.

Véte al Cerámico (1).

BACO.

¿Y despues?

HÉRCULES.

Sube á lo alto de la torre...

BACO.

¿Para qué?

HÉRCULES.

Ten fijos los ojos en la antorcha, hasta que se dé la señal; y cuando los espectadores te manden que la tires, te arrojas tú mismo.

BACO.

¿Adónde?

HÉRCULES.

Abajo.

BACO.

Y me romperé las dos membranas del cerebro. No me gusta ese camino.

HÉRCULES.

¿Pues cuál?

---

(1) Barrio de Aténas donde se celebraban las *Lampadoforias*, fiestas en honor de Minerva, Vulcano y Prometeo, por haber dado á los mortales el aceite, las lámparas y el fuego respectivamente. La parte principal de estas solemnidades, á la que se refiere el texto, consistia en correr con antorchas encendidas, procurando que no se apagasen hasta llegar al fin de la carrera. La señal de partida se daba arrojando una antorcha desde lo alto de la torre, de que habla luégo Hércules.

BACO.

Aquel por donde tú fuiste.

HÉRCULES.

Pero es sumamente largo. Lo primero que encontrarás será una laguna inmensa y profundísima.

BACO.

¿Cómo la atravesaré?

HÉRCULES.

Un barquero viejo te pasará en un botecillo, mediante el pago de dos óbolos.

BACO.

¡Oh qué poder tienen en todas partes los dos óbolos! (1). ¿Cómo han llegado hasta allí?

HÉRCULES.

Teseo (2) los llevó. Despues verás una multitud de serpientes y monstruos horrendos.

BACO.

No trates de meterme miedo y aterrarme; no me disuadirás.

HÉRCULES.

Luégo un vasto cenagal, lleno de inmundicias, y sumergidos en él todos los que faltaron á los deberes de la hospitalidad, los que negaron el salario

(1) El barquero Caronte, segun los mitógrafos, sólo exigia un óbolo; pero Aristófanes eleva sus derechos á dos, para aludir al salario que entónces cobraban los jueces, y que osciló de uno ó tres óbolos, como hemos visto en *Los Caballeros* y *Las Avispas*.

(2) Teseo bajó al infierno, acompañado de Piritoo, para robar Proserpina.

á su bardaje, y los que maltrataron á su madre, abofetearon á su padre, ó copiaron algun pasaje de Morsimo (1).

BACO.

A esos deberian agregarse todos los que aprendieron la danza pírrica de Cinésias (2).

HÉRCULES.

Más léjos encantará tus oidos el dulce sonido de las flautas; verás bosquecillos de mirtos iluminados por una luz purísima como la de aquí; encontrarás grupos bienaventurados de hombres y mujeres, y escucharás alegres palmoteos.

BACO.

Y esos, ¿quiénes son?

HÉRCULES.

Los iniciados... (3)

JÁNTIAS.

Y yo el asno portador de los misterios (4); pero, por Júpiter, no los llevaré más.

(1) Detestable poeta trágico, ya satirizado en *Los Caballeros*, 401; y en *La Paz*, 803. Segun el Escoliasta, era mejor oculista que poeta.

(2) Autor de ditirambos, repetidas veces citado y puesto en escena. Aquí alude á sus gesticulaciones al ensayar los coros que habian de ejecutar sus cantos, pues la danza pírrica era sumamente rápida.

(3) Los iniciados en los misterios de Céres se creia que gozaban despues de morir de una vida bienaventurada.

(4) Un asno trasportaba de Aténas á Eléusis los útiles necesarios para celebrar los misterios. Parece que este rito tenía su orígen en la circunstancia de haber huido Tifon sobre un asno, despues de su derrota, por lo cual este animal era odiado en Egipto, de donde se introdujo en el Ática el culto de Céres eleusinia.

HÉRCULES.

Que te dirán todo cuanto necesites, pues habitan en el mismo camino, junto á la puerta del palacio de Pluton. Conque, hermano mio, feliz viaje.

BACO.

¡Adios! y que Júpiter te oiga. *(A Jántias.)* Vuelve á cargarte el hato.

JÁNTIAS.

¿Antes de habérmelo descargado?

BACO.

Y á escape.

JÁNTIAS.

No, no, te lo suplico: más vale que te ajustes con algun muerto de los que necesariamente tienen que recorrer este camino.

BACO.

¿Y si no lo encuentro?

JÁNTIAS.

Entónces llévame.

BACO.

Tienes razon. Ahí traen precisamente á un muerto. ¡Eh, tú, á tí te digo, el muerto! ¿Quieres llevar un hatillo á los infiernos?

UN MUERTO.

¿Es pesado?

BACO.

Míralo.

EL MUERTO.

¿Me pagarás dos dracmas?

BACO.

¡Oh, no! ménos.

EL MUERTO.

Adelante, sepultureros.

BACO.

Espera un poco, amigo mio, para ver si podemos arreglarnos.

EL MUERTO.

Si no me das dos dracmas, excusas de hablar.

BACO.

Toma nueve óbolos (1).

EL MUERTO.

¡Antes resucitar!

JÁNTIAS.

¡Qué soberbio es el maldito! ¿Y no se le castigará? Iré yo mismo.

BACO.

Eres un buen muchacho. Dirijámonos á la barca.

CARONTE.

¡Hoop! Aborda.

JÁNTIAS.

¿Qué es eso?

(1) Recuérdese que cada dracma valía seis óbolos; de suerte que Baco ofrece al muerto una tercera parte ménos.

BACO.

Es la laguna de que nos ha hablado Hércules; ya veo la barca.

JÁNTIAS.

Por Neptuno, ese es Caronte.

BACO.

¡Salud, Caronte! ¡Salud, Caronte! ¡Salud, Caronte! (1).

CARONTE.

¿Quién viene del país de las miserias y cuidados á los campos del reposo y del Leteo, á trasquilar la lana de los asnos (2), á la morada de los Cerberios (3), á los infiernos y al Ténaro? (4).

BACO.

Yo.

CARONTE.

Entra al punto.

BACO.

¿Adónde nos vas á llevar? ¿al infierno, de veras?

---

(1) Boissonade, apoyado en un escolio, reparte el triple saludo entre Baco, Jántias y el Muerto. Sin embargo, segun indica otro escolio, puesto solamente en boca de Baco tiene más intencion, porque es parodia de una repeticion análoga en una pieza de Aqueo.

(2) Con esta frase da á entender Aristófanes que no cree una palabra de las fábulas inventadas por los poetas respecto al infierno.

(3) Es decir, al pueblo de Cerbero, perro trifauce, que guardaba la entrada del infierno.

(4) Promontorio de la Laconia, en el cual habia una caverna tenida por una de las bocas del infierno.

Tænarias etiam fauces, alta ostia Ditis.

(Virg., *Georg.*, iv, 467.)

CARONTE.

Sí, por Júpiter, para servirte. Vamos, entra.

BACO.

Ven acá, muchacho.

CARONTE.

No paso al esclavo si no ha combatido en alguna batalla naval por salvar el pellejo (1).

JÁNTIAS.

No pude, porque tenía entónces los ojos malos.

CARONTE.

Pues tienes que dar la vuelta á la laguna.

JÁNTIAS.

¿Y dónde me detengo?

CARONTE.

En la piedra de Aveno (2), junto á las posadas.

BACO.

¿Has entendido?

JÁNTIAS.

Perfectamente. ¡Qué desgraciado soy! Sin duda al salir de casa tuve algun encuentro de mal agüero.

(*Vase.*)

CARONTE.

(*A Baco.*) Siéntate al remo.—Si hay algun otro

---

(1) Alusion á la reciente batalla de las Arginusas, ya citada.

(2) Lugar imaginario, inventado por Aristófanes para indicar el sitio donde se secan los muertos (de αὐαίνεσθαι).

que desee pasar, que se apresure.—¡Eh, tú! ¿Qué haces? (1).

BACO.

¿Qué he de hacer? Me he sentado sobre el remo como me has dicho.

CARONTE.

Colócate ahí, panzon.

BACO.

Ya estoy.

CARONTE.

Adelanta los brazos; extiéndelos.

BACO.

Ya están.

CARONTE.

¡Basta de tonterías! Rema vigorosamente.

BACO.

¿Cómo he de poder remar si no conozco este oficio, ni he estado nunca en Salamina?

CARONTE.

Facilísimamente; porque en cuanto cojas el remo vas á oir bellísimos cánticos.

BACO.

¿De quién?

CARONTE.

De las ranas, émulas de los cisnes; ¡son deliciosos!

BACO.

Ea, manda la maniobra.

---

(1) A Baco que se ha sentado sobre el remo en vez de echar mano á él.

CARONTE.

¡Hoop, op! ¡Hoop, op!

LAS RANAS (1).

Brekekekex, coax, coax; brekekekex, coax, coax. Húmedas hijas de los pantanos, mezclemos nuestro cántico sonoro á los dulces sonidos de las flautas, coax, coax; repitamos los himnos que en honor de Baco Niseo (2), hijo de Júpiter, entonamos en la sagrada fiesta de las ollas (3), cuando la multitud embriagada se dirige á nuestro templo del pantano (4). Brekekekex, coax, coax.

BACO.

Principian á dolerme las nalgas, carísima coax, coax.—Pero á vosotras no se os importa nada.

LAS RANAS.

Brekekekex, coax, coax.

---

(1) Este coro da nombre á la comedia, aunque es puramente episódico. Las Ranas, segun el Escoliasta, no aparecian en escena, aunque en una sábia Memoria de M. Rossignol, citada por Artaud, se pretende probar lo contrario.

(2) Sobrenombre de Baco, que entra en la composicion de Dionisio, nombre con que generalmente le designaron los Griegos.

(3) El tercer dia de las *Antesterias*, fiestas de que se habló en *Los Acarnienses*, nota, se cocian legumbres de todas clases en ollas que se ofrecian á Baco y Minerva.

(4) Baco tenía cerca de Aténas un templo junto á un pantano.

BACO.

¡Así reventeis con vuestro coax! ¡Siempre coax, coax!

LAS RANAS.

Y con razon, imbécil. Porque yo soy la favorita de las Musas, hábiles tañedoras de la lira, y del cornípedo Pan, diestro en el caramillo. Me ama tambien el citarista Apolo, porque hago crecer en los pantanos cañas para los puentes de sus liras. Brekekekex, coax, coax.

BACO.

Ya se me han levantado ampollas; tengo el trasero inundado de sudor, y pienso que pronto empezaré á decir, brekekekex, coax, coax. Pero callad, raza graznadora.

LAS RANAS.

¡Callar! al contrario, cantaremos más fuerte. Porque á nosotras nos deleita en los dias apacibles saltar entre el fleos (1) y la juncia, entonando los himnos que solemos cantar cuando nadamos; ó bien, cuando Júpiter vierte la lluvia, sumergidas en el fondo de nuestras moradas, unir nuestras ágiles voces al ruido de las gotas. Brekekekex, coax, coax.

BACO.

Os prohibo cantar.

LAS RANAS.

El silencio es para nosotras insoportable.

(1) Planta que crece en los pantanos y prados húmedos.

BACO.

Más insoportable es para mí el destrozarme remando.

LAS RANAS.

Brekekekex, coax, coax.

BACO.

¡Ojalá reventeis! poco me importaría.

LAS RANAS.

Pues nosotras graznaremos á toda voz, desde la mañana hasta la noche, brekekekex, coax, coax.

BACO.

En eso no me ganaréis.

LAS RANAS.

Ni tú á nosotras.

BACO.

Ni vosotras á mí. Graznaré, si es preciso, todo el dia hasta dominar vuestro coax. Brekekekex, coax, coax. Ya sabía yo que os habia de hacer callar.

CARONTE.

¡Eh! pára, pára. Empuja el bote á la orilla con el remo. Desembarca, y paga.

BACO.

Ahí tienes dos óbolos. — ¡Jántias! ¿Dónde está Jántias? ¡Eh, Jántias!

JÁNTIAS.

¡Eh!

BACO.

Ven acá.

JÁNTIAS.

Salud, amo mio.

BACO.

¿Qué es lo que hay ahí?

JÁNTIAS.

Tinieblas y cieno.

BACO.

¿Has visto en algun lugar á los parricidas y perjuros de que aquél nos habló?

JÁNTIAS.

¿No los has visto tú?

BACO.

Por Neptuno, ahora los veo (1). Ea, ¿qué hacemos?

JÁNTIAS.

Lo mejor será ir más adelante, porque este es el sitio donde nos dijo que estaban los monstruos horrendos.

BACO.

¡Cómo se va á fastidiar! nos contaba fábulas para meterme miedo; fué pura envidia. ¡Como sabe que yo soy lo más bravo...! Hércules es muy arrogante. Yo quisiera tener algun encuentro, alguna ocasion de hacer famoso mi viaje.

JÁNTIAS.

Por Júpiter, siento no sé qué ruido.

BACO *(asustado)*.

¿Dónde? ¿dónde?

(1) Mirando á los espectadores.

JÁNTIAS.

Detras.

BACO.

Anda detras.

JÁNTIAS.

No, es delante.

BACO.

Pues anda delante.

JÁNTIAS.

Por Júpiter, veo un monstruo gigantesco.

BACO.

¿Cómo es?

JÁNTIAS.

¡Horrendo! Toma toda clase de formas: ya es un buey, ya es un mico, ya una mujer muy hermosa.

BACO.

¿Dónde está? ¡Oh! voy á salirle al encuentro.

JÁNTIAS.

Ya no es mujer; ahora es un perro.

BACO.

Entónces es Empusa (1).

JÁNTIAS.

Todo su rostro está lleno de fuego.

BACO.

Tiene una pierna de bronce.

JÁNTIAS.

Y otra de asno (2). Tenlo por seguro.

(1) Espectro que Hécate enviaba á los hombres para aterrorizarlos. Tomaba diferentes formas, todas horribles.

(2) Lit. de *basura*, pues tal es el significado de βολίτινον. Sin embargo, el Escoliasta dice que este adjetivo

BACO.

¿Adónde me escapo?

JÁNTIAS.

¿Y yo?

BACO.

¡Oh sacerdote! (1), sálvame para que pueda beber contigo.

JÁNTIAS.

¡Estamos perdidos, Hércules poderoso!

BACO.

No lo mientes, querido mio; no pronuncies su nombre.

JÁNTIAS.

Entónces diré. ¡Oh Baco!

BACO.

Ménos aún.

JÁNTIAS.

Sigue todo derecho.—Aquí, aquí, amo mio.

BACO.

¿Qué pasa?

JÁNTIAS.

Tranquilízate: la cosa va bien; ya podemos decir como Hegéloco: «Despues de la tempestad veo la calma (2).» Empusa ha desaparecido.

frase [illegible] de Eurípides

era equivalente á ὀνοχώλους, *pata de asno*, y así lo traducimos, porque hace sentido mejor.

(1) Se dirige al sacerdote de Baco, que ocupaba en las fiestas dramáticas un lugar preferente.

(2) Alusion á la mala manera con que el actor Hegéloco pronunció la frase citada, que es del verso 269 del *Orestes* de Eurípides, dándole un sentido ridículo, que estuvo á punto de hacer fracasar la tragedia; pues en vez de

BACO.

Júramelo.

JÁNTIAS.

Lo juro por Júpiter.

BACO.

Júralo otra vez.

JÁNTIAS.

Lo juro por Júpiter.

BACO.

Vuélmelo á jurar.

JÁNTIAS.

Lo juro por Júpiter.

BACO.

¡Oh, cómo he palidecido al ver esa fantasma!

JÁNTIAS.

Pues ese otro se ha puesto rojo de miedo (1).

BACO.

¡Ay! ¿Cuál es la causa de todos estos males? ¿A qué dios acusaré de mi desgraciada suerte? «¿Al Eter, habitacioncita de Júpiter, ó al pié del Tiempo?» (2). Expresión de Eurípides.

JÁNTIAS.

¡Eh, tú!

BACO.

¿Qué hay?

decir γαλήν (oxítono), que significa *calma*, pronuncio γαλῆν (perispómeno), esto es, «despues de la tempestad veo el gato.»

(1) El sacerdote de Baco, que sin duda honraba á su dios más de lo debido.

(2) Expresiones de Eurípides ya citadas.

JÁNTIAS.

¿No has oido?

BACO.

¿Qué?

JÁNTIAS.

Las flautas.

BACO.

Es verdad, tambien ha llegado hasta mí el perfume místico de las antorchas. Cállate y escuchémoslos escondidos.

CORO (1).

¡Iaco, oh Iaco! ¡Iaco, oh Iaco! (2).

JÁNTIAS.

Eso mismo es, dueño mio; son los juegos de los iniciados de que nos hablaba; pues cantan á Iaco, como Diágoras (3).

BACO.

Tambien á mí me lo parece. Por lo cual, lo mejor es guardar silencio, hasta enterarnos bien de lo que sea.

CORO.

Iaco, veneradísimo Iaco, oye la voz de los que adoran tus misterios, y acude á este prado, tu man-

(1) Este es el verdadero coro de la comedia, y está compuesto de iniciados en los misterios de Eléusis.
(2) Sobrenombre de Baco en los misterios Eleusinios, en los cuales su culto iba unido al de Céres.
(3) Diágoras de Mélos, filósofo acusado de ateismo, habia sido en su juventud poeta lírico y habia compuesto ditirambos.

sion favorita, para dirigir sus coros; ven, y haciendo retemblar sobre tu cabeza la corona de mirto cuajado de bayas, ejecuta con atrevido pié aquella suelta y regocijada danza llena de gracias, solemne y mística, puro encanto de los iniciados.

JÁNTIAS.

Augusta y veneranda Céres, ¡qué delicioso olor á carne de cerdo ha acariciado mis narices! (1).

BACO.

Vamos, ¿será necesario darte un pedazo para que calles?

CORO.

Reanima la luz de las flameantes antorchas, blandiéndolas en tus manos. ¡Iaco, oh Iaco, fúlgida estrella de la iniciacion nocturna! El prado deslumbra lleno de luces: vigorízanse las rodillas del anciano; disípanse sus penas, y aligérasele la carga de los años para poder formar parte de los sagrados coros. Guía tú, deidad resplandeciente, sobre esta fresca y florida alfombra las danzas de la garrida juventud. ¡Silencio! léjos de aquí, profanos, almas impuras, nunca admitidos á las fiestas y danzas de las nobles Piérides, ni iniciados en el misterioso lenguaje ditirámbico del taurófago Cratino (2), apasionados de los versos chocarreros é inoportunos chistes. Léjos de aquí todo el que, en

(1) A Céres se le ofrecian cerdos en sacrificio.
(2) Poeta cómico y ditirámbico, citado ya. Alude aquí Aristófanes á su voracidad, dándole irónicamente el epíteto de *taurófago*, que se encuentra aplicado á Baco en una tragedia de Sófocles titulada *Tiro*.

vez de reprimir una sedicion funesta y mirar por el bien de sus conciudadanos, atiza y exacerba las discordias, atento sólo á saciar la propia avaricia. Léjos de aquí el que, estando al frente de una ciudad agobiada por la desgracia, se deja sobornar y entrega una fortaleza ó las naves; ó el que, como ese infame Toricion (1), cobrador de vigésimas, exporta de Egina (2) á Epidauro (3) cueros, lino, pez y demas mercancías prohibidas. Léjos de aquí todo el que aconseja á cualquiera que preste á nuestros enemigos dinero para la construccion de naves (4), ó mancha de inmundicia las imágenes de Hécate, miéntras entona ditirambos (5). Léjos de aquí todo orador que cercena el salario á los poetas (6) porque le pusieron en escena en las fiestas nacionales de Baco. A todos esos les digo, una y cien veces, que dejen libre el campo á los rústicos

(1) Cobrador de contribuciones en Egina, que se aprovechaba de su cargo para ejercer el contrabando de que habla el texto, defraudando al Estado en la percepcion de los derechos de aduana, digámoslo así, que subian á una vigésima.
(2) Isla próxima al Ática, de floreciente comercio. Los Atenienses se habian apoderado de ella al principio de la guerra.
(3) Ciudad del Peloponeso, situada en la costa oriental, cerca de la Argólida.
(4) Alusion á Alcibiádes, que se decia habia conseguido que Ciro el jóven prestase á Lisandro una respetable suma para equipar la flota lacedemonia.
(5) Alusion al poeta Cinésias, acusado de haber profanado *(concacavisse)* el pedestal de una estatua de Hécate.
(6) En *Las Junteras* se cita como uno de estos oradores á Agirrio.

coros. Vosotros, elevad vuestros cantos y los himnos nocturnos propios de estas fiestas.

Adelántese cada cual osadamente por los prados floridos de esta profunda mansion, dando rienda suelta á los chistes, burlas y dicterios. ¡Basta de festines! ¡Adelante! Celebrad á nuestra divina protectora (1), que ha prometido defender siempre este país, á pesar de Toricion.

Ea, principiad ahora otros himnos en honor de la frugífera Céres; celebradla en religiosos cantos.

Oh Céres, reina de los puros misterios, sénos propicia y protege á tu coro; permíteme entregarme en todo tiempo á los juegos y á las danzas, y que mezclando mil donaires y discretas razones, llegue á merecer con obra digna de tus fiestas ser ceñido por las bandas triunfales.

Ea, invoca ahora en tus cantos al númen jovial, eterno compañero de estas danzas.

Veneradísimo Iaco, inventor de las suavísimas melodías que en estas fiestas se cantan, ven á acompañarnos al templo de la diosa, y prueba que puedes recorrer sin fatigarte un largo camino (2). Iaco, amigo del baile, guia mis pasos; tú has desgarrado mis sandalias y pobres vestidos, para que causen risa y me permitan danzar con más desenfado.

Iaco, amigo del baile, guia mis pasos. Mirando

(1) Minerva.
(2) Del Cerámico, barrio de Aténas, á Eleúsis habia próximamente cien estadios (18 kilómetros). Este era el trayecto que recorria la procesion de los iniciados.

de reojo, acabo de ver una hermosísima doncella, por cuya túnica desgarrada asomaba indiscretamente parte de su seno (1); Iaco, amigo del baile, guia mis pasos.

BACO.

Sí, á mí me gusta unirme á esos coros, y deseo bailar con ella.

JÁNTIAS.

Yo tambien.

CORO.

¿Quereis que nos burlemos juntos de Arquedemo? (2). A los siete años no era todavía ciudadano, y ahora es jefe de los muertos de la tierra (3), y ejerce allí el principado de la bribonería. He oido que Clístenes se arranca sobre los sepulcros los pelos de las nalgas y se araña las mejillas (4): tendido sobre las tumbas gime, llora y llama desolado á Sebine de Anaflisto (5). Tambien cuentan que

---

(1) Esto parece ser una alusion á la tacañería de los coregas, que no habian hecho trajes nuevos á los coristas.

(2) Extranjero que habia conseguido ponerse al frente del partido popular en Aténas. Los niños eran inscritos á los siete años de su edad en el registro de la tribu á que su padre pertenecia, circunstancia que probaba su cualilidad de ciudadanos.

(3) Los Atenienses.

(4) Las mujeres en los funerales se arrancaban los cabellos y hacian las demas demostraciones de dolor que el poeta atribuye burlescamente al bardaje Clístenes.

(5) Nombre forjado por Aristófanes, que contiene alusiones obscenas: *Sebino*, de βινεῖν, *coire; Anaflisto*, demo del Ática que tiene la radical parecida á ἀναφλᾶν.

Cálias, el hijo de Hipobino (1), cubierto de una piel de leon (2), se entrega sobre sus naves á un combate amoroso.

BACO.

¿Podrías decirnos dónde está la morada de Pluton? Somos unos extranjeros recien llegados.

CORO.

No vayas más léjos, ni repitas la pregunta: sabed que estais en su misma puerta.

BACO.

Muchacho, coge de nuevo el hato.

JÁNTIAS.

La eterna muletilla de «la Corinto de Júpiter» (3) se repite con el hato.

CORO.

Sobre el césped de este florido bosque bailad en rueda en honor de la diosa (4) los admitidos á esta piadosa fiesta.

BACO.

Yo voy á ir con las doncellas y matronas al

---

(1) Cálias era hijo de Hipónico, cuyo nombre parodia obscenamente Aristófanes en *Hipobino (qui coit cum equo)*, aludiendo á la disolucion de sus costumbres. En su casa se dió el *banquete*, asunto de una de las obras de Jenofonte.

(2) Esto equivale á llamarle nuevo Hércules, aludiendo á la aventura de este semidios, que triunfó en una sola noche de cincuenta vírgenes.

(3) Los Corintios enviaron á Megara un embajador, que para ponderar la grandeza de su ciudad repetia constantemente: *la Corinto de Júpiter*. La frase se hizo proverbial, y se aplicó á todos los que decian muchas veces una misma cosa.

(4) Céres.

sitio donde se celebra la velada de las diosas, llevando la sagrada antorcha (1).

CORO.

Vamos á los prados floridos, esmaltados de rosas, á recrearnos, segun costumbre, en esas brillantes danzas presididas por las bienaventuradas Parcas. El sol y la luna sólo lucen para nosotros los iniciados, que durante la vida fuimos benéficos con propios y extraños (2).

BACO.

¿Cómo llamaré á esta puerta? ¿Cómo? ¿De qué manera acostumbran á llamar las gentes de este país?

JÁNTIAS.

No pierdas el tiempo; llama con la fuerza de Hércules, para no estar en contradiccion con tu disfraz.

BACO.

¡Esclavo! ¡Esclavo!

EACO.

¿Quién va?

BACO.

Hércules el valeroso.

EACO.

¡Ah infame, atrevido, sin vergüenza, canalla,

(1) En el templo de Céres, en Aténas, habia una estatua de Baco llevando una antorcha.
(2) Sólo los iniciados se creia que gozaban de la bienaventuranza despues de la muerte.

más canalla que todos los canallas juntos, tú nos llevaste nuestro perro Cerbero retorciéndole el pescuezo, y escapaste con él estando yo encargado de su guarda. Pero ya has caido en mi poder: las negras rocas de la Estigia, y el peñasco ensangrentado del Aqueron te cierran el paso; los perros vagabundos del Cocito, y la Hidra de cien cabezas, te desgarrarán las entrañas; la murena Tartesia (1) devorará tus pulmones; y las Gorgonias Titrasias (2) se llevarán entre las uñas, revueltos con los intestinos, tus sanguinolentos riñones (3). ¡Ah! corro á llamarlas.

JÁNTIAS.

¡Puf! ¿Qué has hecho?

BACO.

Una libacion (4); invoca al dios (5).

JÁNTIAS.

¡Qué ridiculez! levántate pronto, ántes de que algun extraño te vea.

(1) Se suponia nacida de la union de las víboras y las murenas. Su mordedura era mortal.
(2) Titrasio era un lugar de la Lidia habitado por las Gorgonas; otros creen que era un demo del Atica.
(3) Todo este lujo de sangrientas amenazas es una parodia de la poesía de Eurípides. Para demostrarlo, el Escoliasta cita tres versos del *Teseo*, tragedia perdida.
(4) *Cacavi*; de miedo á las amenazas de Eaco.
(5) Fórmula usada despues de las libaciones. *Comice his verbis significat Bacchus se omnem ventris proluviem effudisse.*

BACO.

Me siento desfallecer; ponme una esponja sobre el corazon (1).

JÁNTIAS.

Toma.

BACO.

Acércate.

JÁNTIAS.

¿Dónde está? ¡Santos dioses! ¿Aquí tienes el corazon?

BACO.

De miedo se me ha caido al bajo vientre (2).

JÁNTIAS.

Eres el más cobarde de los dioses y los hombres.

BACO.

¡Yo cobarde! ¡y te he pedido una esponja! Nadie en mi lugar hubiera hecho otro tanto.

JÁNTIAS.

¿Pues qué?

BACO.

Un cobarde hubiera quedado tendido sobre su propia inmundicia, y yo me he levantado y me he limpiado.

JÁNTIAS.

¡Gran hazaña, por Neptuno!

---

(1) Se acostumbraba á hacer esto con las personas desmayadas para que recobrasen el sentido.
(2) *Istud dicens famuli manum, spongiam tenentem, sibi ad culum adducit.*

BACO.

Ya lo creo, por Júpiter. ¿No has temblado tú al oir sus gritos y formidables amenazas?

JÁNTIAS.

No se me importó de ellas ni un comino.

BACO.

Ea, si eres tan valiente y animoso, haz mi papel, y puesto que nada te hace temblar, toma la clava y la piel de leon; yo á mi vez llevaré el hato.

JÁNTIAS.

Venga al momento; es necesario obedecer. Contempla á Hércules-Jántias, y mira si soy un cobarde y si me parezco á tí.

BACO.

A mí en nada; eres el vivo retrato del bribon Melitense (1). Ea, voy á cargarme el equipaje.

UNA CRIADA.

¿Eres tú, querido Hércules? Entra, entra. En cuanto la diosa (2) ha sabido tu venida ha mandado amasar pan, cocer dos ó tres ollas de legumbres y puches, asar un buey entero, y preparar tortas y pasteles (3); vamos, entra.

JÁNTIAS.

Gracias. Es mucho honor.

---

(1) Melito era un demo del Ática donde habia un magnífico templo de Hércules. El bribon Melitense es Hércules representado por Jántias.
(2) Proserpina.
(3) Lit., *colabos*, pasteles llamados así porque se les daba la forma de una clavija de templar la lira.

LA CRIADA.

¡Ah, por Apolo! No te dejaré marchar. Ha cocido aves; ha frito deliciosas confituras y preparado un vino exquisito. Vamos, entra conmigo.

JÁNTIAS.

Mil gracias.

LA CRIADA.

¿Estás loco? No te he de soltar. Tiene tambien á tu disposicion una bellísima tañedora de flauta y dos ó tres bailarinas.

JÁNTIAS.

¿Qué dices? ¿Bailarinas?

LA CRIADA.

En la flor de la juventud, y recien salidas del tocador. Pero entra; el cocinero iba ya á sacar del fuego los peces, y á llevarlos á la mesa.

JÁNTIAS.

Sea; véte á decir á esas bailarinas que entro al instante. Tú, muchacho, sígueme con el hato al hombro.

BACO.

¡Eh, tú, alto! Sin duda has tomado en serio el papel de Hércules que yo te he dado en broma. Basta de sandeces, Jántias; vuelve á cargarte el hato.

JÁNTIAS.

¿Qué es esto? Creo que no pensarás quitarme lo que me has dado.

BACO.

Es más, lo hago, y al momento. ¡Pronto! Venga esa piel.

JÁNTIAS.

Pongo á los dioses por testigos y les encomiendo mi venganza.

BACO.

¿A qué dioses? ¿Habrá necedad é insensatez como la tuya? ¡Un esclavo, un mortal querer pasar por hijo de Alcmena!

JÁNTIAS.

¡Bien! ¡Bien! Toma tu traje. Quizá me necesites algun dia, si Dios quiere.

CORO.

Todo hombre cuerdo, sensato y experimentado sabe buscar el costado de la nave que se sumerge ménos, en vez de estarse como una figura pintada, siempre en la misma actitud; pero sólo un hombre hábil, como Terámenes (1), sabe cambiar á medida de su conveniencia.

BACO.

¿No sería ridículo ver á Jántias, á un esclavo tendido sobre tapices de Mileto, acariciar á una bailarina y pedirme el orinal, miéntras yo le mi-

(1) Uno de los treinta tiranos, famoso por su versatilidad Para caracterizar su habilidad en los cambios políticos, le llamaron *coturno*, calzado que por ser muy holgado servia para todos los piés. Cuando se representaron *Las Ranas*, estaba en el apogeo de su poder, pero despues fué condenado á la pena capital y ejecutado por la acusacion de Crítias, otro de los treinta.

raba arrascándome (1), expuesto á que ese bribon me saltase de un puñetazo los dientes de delante?

TABERNERA PRIMERA.

¡Platana! ¡Platana! (2) ven acá. Ese es aquel canalla que entró un dia en nuestra taberna y se nos comió diez y seis panes.

TABERNERA SEGUNDA.

Justamente. El mismo.

JÁNTIAS.

Esto va mal para alguno.

TABERNERA PRIMERA.

Y además veinte tajadas de carne cocida, de á medio óbolo cada una.

JÁNTIAS.

Alguno lo va á pagar.

TABERNERA PRIMERA.

Y ajos sin cuento.

BACO.

Tú deliras, mujer; no sabes lo que te dices.

TABERNERA PRIMERA.

¿Creias que no te iba á conocer porque te has puesto coturnos? (3). Pues áun no he dicho nada de aquella enormidad de pescados.

TABERNERA SEGUNDA.

Ni de aquel queso fresco que se me tragó, ¡pobre

(1) Τοὐρεβίνθου 'δραττόμεν.
(2) Nombre de la tabernera segunda.
(3) El coturno era el calzado de Baco, y no el de Hércules.

de mí! con cesto y todo; y cuando le exigí el pago me lanzó una mirada feroz y empezó á mugir.

JÁNTIAS.

Esas son cosas suyas; en todas partes hace lo mismo.

TABERNERA SEGUNDA.

Y desenvainó su espada como un energúmeno.

TABERNERA PRIMERA.

¡Ay! sí.

TABERNERA SEGUNDA.

Nosotras espantadas nos subimos de un salto al sobradillo, y él se escapó llevándosenos las cestas.

JÁNTIAS.

Eso es muy propio de él. Pero no debiais de haberlo dejado así.

TABERNERA PPIMERA.

Anda, llama á Cleon, nuestro protector.

TABERNERA SEGUNDA.

Y tú trata de hallar á Hipérbolo (1), para que nos las pague todas juntas ese bribon.

TABERNERA PRIMERA.

¡Maldito gaznate! ¡Mi mayor placer sería majarte con un canto esas muelas con que devoraste mis provisiones.

TABERNERA SEGUNDA.

Yo quisiera arrojarte al Báratro (2).

TABERNERA PRIMERA.

Y yo segarte con una hoz esa condenada gar-

(1) Cleon é Hipérbolo habian muerto, y Aristófanes les conserva en el infierno el mismo carácter y aficiones que en vida.
(2) Precipicio al cual eran arrojados los criminales.

ganta, por donde pasaron mis ricos tripacallos. Voy en busca de Cleon para que te cite hoy mismo á juicio y desenrede este embrollo.

(Vanse.)

BACO.

Que me muera, si no es verdad que quiero á Jántias como á las niñas de mis ojos.

JÁNTIAS.

Te veo, te veo. Excusas de hablar más. No quiero hacer de Hércules.

BACO.

¡Oh, no digas eso, Jántias mio!

JÁNTIAS.

¿Pero cómo he de poder pasar por el hijo de Alcmena, yo, un esclavo, un mortal?

BACO.

Vamos, ya sé que estás enfadado y no te falta razon: aunque me pegases no te replicaría. Mira, si en adelante vuelvo á quitarte estos atavíos, haga el cielo que seamos exterminados yo, mi mujer, mis hijos, toda mi casta, y el legañoso Arquedemo (1).

JÁNTIAS.

Recibo tu juramento, y acepto el papel de Hércules con esa condicion.

CORO.

Ahora, despues de haber vestido de nuevo tu traje de Hércules, tienes que aparentar juveniles

(1) Antes citado.

bríos y lanzar torbas miradas á ejemplo del dios que representas; pues si representas mal tu papel y te muestras flojo ó cobarde, volverás á cargar con el hato.

JÁNTIAS.

Os agradezco el consejo, amigos mios; pero eso ya lo tenía yo pensado. Si la cosa va bien, ya vereis cómo quiere volver á desnudarme; lo tengo previsto; sin embargo, no por eso dejaré de manifestarme fuerte y arrogante, y de mirar con el gesto avinagrado del que mastica orégano. Llegó á lo que parece el momento de obrar, pues oigo rechinar la puerta.

EACO. *(A sus esclavos.)*

Atadme pronto á ese ladron de perros (1), para castigarle; despachad.

BACO.

Esto va mal para alguno.

JÁNTIAS.

¡Ay del que se acerque!

EACO.

¡Cómo! ¿te resistes? ¡Eh, Ditílas, Escéblias, Párdocas (2), avanzad y combatid con él!

BACO.

¿No es insufrible que despues de robar á otros trate todavía de maltratarles?

(1) Hércules habia robado el Cerbero.
(2) Nombres de esclavos de Tracia.

JÁNTIAS.

Eso pasa ya de la raya.

EACO.

Sí, es insufrible é intolerable.

JÁNTIAS.

Aniquíleme Júpiter si jamás he venido aquí ó te he robado el valor de un cabello. Quiero darte una prueba de generosidad; apodérate de ese esclavo; sométclo al tormento (1), y si llegas á averiguar algo contra mí, dáme la muerte.

EACO.

¿A qué tormento le someteré?

JÁNTIAS.

A todos; átalo á una escalera, dále de palos, desuéllalo, tortúralo, échale vinagre en las narices, cárgale de ladrillos; en fin, emplea todos los medios, menos el de azotarle con ajos ó puerros verdes (2).

EACO.

Muy bien dicho; mas si estropeo á tu esclavo, ¿me exigirás los daños y perjuicios?

JÁNTIAS.

No lo temas; puedes llevártelo y someterlo á la tortura.

---

(1) Era costumbre en el procedimiento ateniense someter al tormento á los esclavos para que declarasen contra sus señores.

(2) Menciona las torturas más crueles. Las madres griegas solian azotar á sus hijos con tallos de ajos y cebollas para amedrentarles sin hacerles daño.

EACO.

Lo haré aquí mismo, para que hable delante de tí.—Tú, deja la carga, y cuidado con mentir.

BACO.

Prohibo que nadie me atormente; yo soy inmortal; si lo haces, todo el mal caerá sobre tí.

EACO.

¿Qué dices?

BACO.

Digo que yo soy un inmortal, Baco, hijo de Júpiter, y que ése es un esclavo.

EACO. *(A Jántias.)*

¿Has oido?

JÁNTIAS.

Perfectamente; por lo mismo hay que azotarle más fuerte; si es un dios, no sentirá los golpes.

BACO.

¿Por qué, pues, ya que pretendes pasar por un inmortal, no has de someterte tambien á la fustigacion?

JÁNTIAS.

Tienes razon. Aquel que llore ántes, ó se muestre sensible á los palos, es señal de que no es dios.

EACO.

Eres indudablemente un hombre generoso: no rehuyes nada de lo que es justo. Ea, desnudaos.

JÁNTIAS.

¿Cómo nos darás tormento conforme á justicia?

EACO.

Nada más fácil; se os distribuirán los golpes alternativamente.

JÁNTIAS.

¡Feliz idea!

EACO.

¡Toma! *(Pega á Jántias.)*

JÁNTIAS.

Observa si me muevo.

EACO.

Pues ya te he pegado.

JANTIAS.

No por cierto.

EACO.

Parece que no los has sentido. Ahora voy á sacudirle á este otro.

BACO.

¿Cuándo?

EACO.

Sí, ya te he pegado.

BACO.

¿Cómo? ¿si ni siquiera me has hecho estornudar? (1)

EACO.

Lo ignoro; repetiré con el otro.

JANTIAS.

Anda listo. ¡Ay! ¡ay! ¡ay!

EACO.

¡Hola! ¿Qué significa ese ay, ay, ay! Duele, ¿eh?

(1) Es decir, «ni siquiera me ha producido tu golpe el ligero cosquilleo que hace estornudar.»

JANTIAS.

¡Ca! estaba pensando en la fiesta de Hércules, que se celebra en Diomea (1).

EACO.

¡Qué hombre tan piadoso! Volvamos al otro.

BACO.

¡Oh, oh!

EACO.

¿Qué te pasa?

BACO.

Veo caballeros (2).

EACO.

¿Y eso te hace llorar?

BACO.

No, es que he olido cebollas.

EACO.

¿No se te importan nada los palos?

BACO.

Nada absolutamente.

EACO.

Volvamos á éste.

JÁNTIAS.

¡Ay de mí!

EACO.

¿Qué te pasa?

JÁNTIAS.

Sácame esta espina.

(1) Demo del Ática donde habia un templo dedicado á Hércules. Los que concurrian á la fiesta lanzaban en honor del dios el grito que el dolor arranca á Jántias.
(2) Finge que su grito no es de dolor, sino de asombro.

BACO.

¿Qué significa eso? Ahora al otro.

BACO.

«¡Apolo adorado en Délos y Délfos!» (1)

JÁNTIAS.

Ya le duele. ¿No has oido?

BACO.

No, es que me he acordado de un verso de Hipónax.

JÁNTIAS.

No adelantas nada; pega en los costados.

BACO.

Es verdad; vamos, presenta el vientre.

BACO.

¡Oh Neptuno!...

JÁNTIAS.

Alguien se lamenta.

BACO.

«... Que reina sobre los promontorios del Egeo ó sobre el salado abismo del cerúleo mar» (2).

BACO.

Por Céres, no puedo conocer cuál de vosotros es dios. Entrad; mi amo y Proserpina, que son tambien dioses, os podrán reconocer.

---

(1) Este verso es atribuido á Ananio, poeta con el cual se ha confundido frecuentemente á Hipónax. El Escoliasta dice que Baco se equivoca por el dolor que le ha causado el latigazo.

(2) Fragmento del *Laocoonte* de Sófocles.

BACO.

Tienes razon. Pero eso debia de habérsete ocurrido ántes de azotarme.

CORO (1).

Musa, asiste á nuestros sagrados coros; ven á deleitarte con mis versos y á contemplar esa infinita muchedumbre, entre la cual hallarás muchos hábiles ciudadanos más noblemente ambiciosos que ese Cleofon (2), de cuyos gárrulos labios se escapa incesantemente un sonido ingrato, como el de la golondrina de Tracia, posada sobre un ramo en aquella bárbara region: ahora grazna ya los lamentables cantos del ruiseñor, porque va á morir, áun cuando en la votacion resulte empate (3).

Justo es que el sagrado coro dé á la República consejos y enseñanzas. Nuestra primera atencion debe ser establecer la igualdad entre los ciudadanos y librarlos de temores; despues, si alguno faltó, engañado por los artificios de Frínico (4), creo que debe permitírsele defenderse y justificarse, pues

---

(1) Parábasis.

(2) Orador de mala reputacion, ya citado. Véanse *Las fiestas de Céres*, 805, nota.) Se le acusaba de ser originario de Tracia. La prediccion burlesca de Aristófanes se cumplió pronto, pues murió en una sedicion el año 406 ántes de J. C.

(3) Cuando habia empate el acusado quedaba absuelto.

(4) General que se opuso á la vuelta de Alcibiádes (Tucíd., VIII, 50). Contribuyó al establecimiento del gobierno oligárquico de los Cuatrocientos, y fué asesinado en la plaza pública.

es vergonzoso que á los que tomaron parte una vez en una batalla naval (1) los equiparéis á los Plateenses, convirtiéndolos de esclavos en señores. No es que yo halle esto censurable; al contrario, lo aplaudo y pienso que es lo único en que estuvisteis acertados; pero entiendo que sería igualmente justo que los que tantas veces, lo mismo ellos que sus padres, pelearon en el mar con nosotros y nos están unidos por su nacimiento, obtuvieran el perdon de su única falta (2). Aplacad, pues, un poco vuestra indignacion, discretísimos Atenienses, y procuremos que cuantos combatieron en nuestras galeras formen una sola familia, y alcancen con su rehabilitacion el pleno goce de los derechos de ciudadanos: el mostrarnos tan altivos y soberbios en la concesion de la ciudadanía, sobre todo ahora que fluctuamos á merced de las olas (3), es una imprudencia de que en el porvenir nos arrepentiremos. Si soy hábil en conocer la vida y costumbres de los que habrán de arrepentirse de su conducta, me parece que no está léjos la hora del castigo del pequeño Clígenes (4), ese mico revoltoso que es el

(1) La de las Arginusas. Los esclavos que en ella tomaron parte fueron declarados ciudadanos.—Los Plateenses gozaban de este derecho en Aténas.

(2) Se cree que Aristófanes intercede aquí por alguno de los generales condenados con motivo de la batalla de las Arginusas.

(3) Los negocios de la República iban empeorando cada dia. Dos años despues de la representacion de *Las Ranas*, Lisandro se apoderó de Aténas.

(4) Demagogo, de quien no se tienen más noticias que las que da Aristófanes.

peor de cuantos bañeros mezclan á la ceniza falso nitro y tierra de Cimolia (1). Él ya lo conoce; y por eso va armado siempre de un grueso garrote, receloso de que, al encontrarle ebrio, le despojen de sus vestidos.

Muchas veces he notado que en nuestra ciudad sucede con los buenos y malos ciudadanos lo mismo que con las piezas de oro antiguas y modernas. Las primeras no falsificadas, y las mejores sin disputa, por su buen cuño y excelente sonido, son corrientes en todas partes entre Griegos y Bárbaros, y sin embargo no las usamos para nada, prefiriendo esas detestables piezas de cobre, recientemente acuñadas, cuya mala ley es notoria (2). Del mismo modo despreciamos y ultrajamos á cuantos ciudadanos sabemos que son nobles, modestos, justos, buenos, honrados, hábiles en la palestra, en las danzas y en la música, y preferimos para todos los cargos á hombres sin vergüenza extranjeros, esclavos, bribones de mala ralea, advenedizos, que ántes la República no hubiera admitido ni para víctimas expiatorias. Ahora, pues, insensatos, mudad de costumbres y utilizad de nuevo á las gentes honradas, pues de esta suerte, si os va bien, sereis elogiados, y si algun mal os resulta, al ménos dirán los sabios que habeis caido con honra.

(1) Materias empleadas para blanquear la ropa. Címolos era una de las Cícladas.

(1) Alusion á una reciente acuñacion de moneda hecha durante el arcontado de Antígenes.

EACO.

¡Por Júpiter salvador, tu amo es todo un excelente sujeto!

JÁNTIAS.

¿Un excelente sujeto? Ya lo creo, no sabe más que beber y amar.

EACO.

Lo que me asombra es que no te haya castigado por haberte fingido el amo siendo el siervo.

JÁNTIAS.

Es que se hubiera arrepentido.

EACO.

En eso obraste como buen esclavo; á mí me gusta hacer lo mismo.

JÁNTIAS.

Te gusta hacer eso, ¿eh?

EACO.

Yo soy feliz cuando digo pestes de mi dueño sin que él me oiga.

JÁNTIAS.

¿Y cuando te marchas gruñendo despues de haber recibido una paliza?

EACO.

Tambien estoy satisfecho.

JÁNTIAS.

¿Y si te metes en lo que no te importa?

EACO.

No conozco nada más grato.

JÁNTIAS.

¡Oh Júpiter! ¿Y si escuchas la conversacion de los amos?

EACO.

Me vuelvo loco de júbilo.

JÁNTIAS.

¿Y cuando se la cuentas á los vecinos?

EACO.

¡Oh, con eso no hay placer comparable! (1)

JÁNTIAS.

¡Oh Apolo! dáme tu mano, amigo, y permíteme que te abrace. Ahora, en nombre de Júpiter vapuleado (2), díme qué significan ese estruendo, ese griterío y esas disputas que se oyen allá dentro.

EACO.

Son Esquilo y Eurípides.

JANTIAS.

¿Cómo?

EACO.

Se ha promovido una contienda, una gran contienda entre los muertos, una verdadera sedicion.

JÁNTIAS.

¿Por qué motivo?

EACO.

Hay aquí establecida una ley, en virtud de la cual todo hombre superior á sus émulos en las artes más nobles é importantes, tiene derecho á ser alimentado en el Pritáneo y á sentarse junto á Pluton...

(1) La frase griega tiene una energía intraducible: κἀκμιαίνομαι.

(2) Invocacion burlesca. Así como los extranjeros suplicaban á Júpiter hospitalario, Jántias, que era apaleado á menudo, se dirige al padre de los dioses bajo la advocacion de *vapuleado*.

JÁNTIAS.

Entiendo.

EACO.

Hasta que venga otro más hábil en el mismo arte: entónces el primero debe cederle el puesto.

JÁNTIAS.

¿Y eso por qué le alborota á Esquilo?

EACO.

Porque, como príncipe en el género, ocupaba el trono de la tragedia.

JÁNTIAS.

Y ahora ¿quién?

EACO.

Cuando Eurípides descendió á estos lugares, dió una muestra de sus versos á los rateros, cortadores de bolsas, parricidas y horadadores de paredes que pululan en el infierno: toda esta canalla en cuanto oyeron sus dimes y diretes, sus discreteos y sutilezas, enloquecieron por él, y le proclamaron el sabio de los sabios. Entónces Eurípides, hinchado de orgullo, se apoderó del trono que ocupaba Esquilo.

JÁNTIAS.

¿Y no le han apedreado?

EACO.

Al contrario, la multitud clamaba por un juicio en que se decidiese cuál de los dos era el mejor poeta.

JÁNTIAS.

¿Aquella multitud de bribones?

EACO.

¿Y con qué gritos? Llegaban hasta el cielo.

JÁNTIAS.

¿Pero Esquilo no tenía defensores?

EACO.

Aquí como ahí (1), el número de los buenos es muy exiguo.

JÁNTIAS.

¿Qué piensa hacer Pluton?

EACO.

Abrir cuanto ántes un certámen, para probar y decidir sobre el mérito de cada uno.

JÁNTIAS.

¿Y cómo es que Sófocles no ha reclamado el trono?

EACO.

¡Oh! ése es muy distinto. En cuanto llegó abrazó á Esquilo y le tendió la mano, dejándole en posesion pacífica del trono. Ahora, como dice Clidémides (2), está de reserva; si vence Esquilo, permanecerá en su puesto; pero si es vencido, disputará con Eurípides.

JÁNTIAS.

¿Cuándo va á ser eso?

EACO.

Dentro de muy poco va á principiar aquí mismo el gran combate. Su ingenio poético va á ser pesado en una balanza.

JÁNTIAS.

¡Cómo! ¿Se pesan las tragedias?

(1) Señalando á los espectadores.
(2) Hijo de Sófocles. Otros sostienen que era uno de los actores que representaban sus tragedias.

EACO.

Traerán reglas, y varas de medir versos, y moldes cuadriláteros, como los de los ladrillos, diámetros y cuñas. Pues Eurípides dice que ha de examinar las tragedias verso por verso.

JÁNTIAS

Esquilo, á mi ver, llevará todo eso muy á mal.

EACO.

Bajaba la cabeza y lanzaba miradas furiosas.

JÁNTIAS.

¿Y quién será juez?

EACO.

Ahí estaba la dificultad, porque hay gran carestía de hombres sensatos. A Esquilo no le agradaban los Atenienses.

JÁNTIAS.

Quizá porque veía entre ellos muchos ladrones.

EACO.

Y además no les creía muy aptos para apreciar el ingenio de los poetas. Por fin, encomendaron el asunto á tu señor, como perito en la materia. Pero entremos; pues cuando los amos tienen gran interes por alguna cosa, suelen pagarlo nuestras costillas.

CORO.

¡Oh, qué horrenda cólera hervirá en el pecho del grandilocuente poeta, cuando vea á su facundo enemigo aguzar provocativamente sus dientes! ¡Qué terribles miradas le hará lanzar el furor! ¡Qué

lucha entre las palabras de penachudo casco y ondulante cimera y las sutilezas artificiosas! ¡Qué combate de gigantescos períodos con frases atrevidas y pigmeas! Veráse al titan erizando las crines de su espesa melena y frunciendo espantosamente el entrecejo, rugir con poderoso aliento versos compactos como la tablazon de un navío; miéntras el otro, tascando el freno de la envidia, pondrá en movimiento su ágil y afilada lengua, y arrojándose sobre las palabras de su rival, desmenuzará su estilo, y reducirá á polvo el producto de su inspiracion vigorosa (1).

EURÍPIDES.

No te empeñes; no he de ceder el trono, porque le soy superior en la poesía.

BACO.

¿Por qué te callas, Esquilo? Ya entiendes lo que ha dicho.

EURÍPIDES.

Primero se estará callando con gravedad; es una especie de charlatanería peculiar á sus tragedias.

BACO.

No tanta arrogancia, amigo mio.

EURÍPIDES.

¡Sí, le conozco hace tiempo! ¡y conozco tambien sus caracteres feroces, y su lenguaje altivo, des-

(1) Este pasaje caracteriza la grandeza y majestad del lenguaje de Esquilo, aunque parodiándolo un poco.

enfrenado, desmedido, sin regla, enfático y cuajado de palabras hinchadas y vacías!

ESQUILO.

¿Y eres tú, hijo de una rústica diosa (1), tú, colector de necedades, fabricante de mendigos y remendon de andrajos, quien se atreve á decirme...? Pero tu audacia no ha de quedar impune.

BACO.

Basta, Esquilo; no te dejes arrebatar por la ira.

ESQUILO.

No callaré sin haber demostrado hasta la evidencia lo que vale ese insolente con todos sus cojos (2).

BACO.

¡Esclavos, traed una oveja, una oveja negra (3), pues la tempestad va á estallar!

ESQUILO.

¿No te avergüenzas de tus monólogos cretenses y de los incestuosos himeneos que has introducido en el arte trágico? (4).

BACO.

Modérate, venerable Esquilo.—Tú, mi pobre Eurípides, déjate de temeridades y escapa de esta granizada, no te acierte en la sien con alguna de

(1) La madre de Eurípides era verdulera.
(2) Belerofonte, Telefo y Filoctétes.
(3) Virgilio hace mencion de la costumbre de sacrificar una oveja negra para conjurar las tempestades.

Nigram hiemi pecudem, Zephyris felicibus albam.
(ÆN., III, 120.)

(4) Alusion á *Fedra*, natural de Creta, y al *Eolo*, en que Macario viola á su hermana.

esas grandiosas palabras que haga saltar á tu Telefo.—Vamos, Esquilo, calma; no discutas con esa furia. Los poetas no deben injuriarse como si fuesen panaderas; tú gritas desde el principio, como una encina á la que se prende fuego.

EURÍPIDES.

Estoy dispuesto á luchar; yo no retrocedo: lo mismo me da atacar, que ser atacado; admito discusion sobre cuanto quiera; sobre los versos, el diálogo, los coros, el nervio trágico, el *Peleo*, el *Eolo*, el *Meleagro*, y hasta sobre el mismo *Telefo* (1).

BACO.

¿Y tú, Esquilo, qué piensas hacer?

ESQUILO.

Yo no hubiera querido combatir aquí; pues entre los dos la lucha es desigual.

BACO.

¿Por qué?

ESQUILO.

Porque mis tragedias me han sobrevivido (2), y las suyas murieron con él; de suerte que puede utilizarlas contra mí. Sin embargo, ya que lo deseas, hay que obedecerte.

BACO.

Ea, traedme fuego é incienso; ántes de la contienda, quiero suplicar á los dioses que me inspi-

(1) Títulos de tragedias.
(2) Los Atenienses decretaron que se suministrase un coro al que quisiera poner en escena las tragedias de Esquilo, despues de la muerte de este poetas.

ren una decision acertada sobre este certámen. Vosotros, entonad un himno á las Musas.

CORO.

Hijas de Júpiter, castas Musas, que leeis en la mente ingeniosa y sutil de los forjadores de sentencias, cuando, aguzando su talento y desplegando todos sus artificiosos recursos, descienden á combatir sobre la arena de la discusion, venid á contemplar la fuerza de estos dos robustos atletas, y otorgad al uno grandiosas frases, y al otro limaduras de versos. El gran certámen de ingenio va á principiar.

BACO.

Orad tambien vosotros, ántes de recitar vuestros versos.

ESQUILO.

¡Oh Céres, que has formado mi inteligencia, hazme digno de tus misterios! (1).

BACO. *(A Eurípides.)*

Quema tú tambien incienso.

EURÍPIDES.

Gracias, yo dirijo mis oraciones á otros dioses.

BACO.

¿Dioses particulares tuyos y recien acuñados?

EURÍPIDES.

Precisamente.

BACO.

Invoca, pues, á esos dioses tuyos.

(1) Esquilo era natural de Eleusis; por eso invoca á la diosa titular de aquella comarca.

EURÍPIDES.

Éter, de que me alimento, volubilidad de la lengua, ingenio sutil, olfato finísimo, haced que triture los argumentos de mi adversario.

CORO.

Deseosos estamos de saber, doctos poetas, qué terreno vais á elegir para principiar la lucha. Vuestra lengua empieza ya á desencadenarse, y ni á vuestro pecho le falta valor, ni energía á vuestra mente. Debemos, pues, esperar que el uno atacará con lenguaje limado y pulido; y que el otro, lanzándole inmensas palabras, pulverizará sus infinitas triquiñuelas.

BACO.

Vamos, principiad cuanto ántes, pero en estilo elegante, sin figuras ni vulgaridades.

EURÍPIDES.

Hablaré en último término de mí y del carácter de mi poesía; pues lo primero que me propongo demostrar es que ese es un charlatan y un impostor, que engañaba á su grosero auditorio con recursos pobres, aprendidos en la escuela de Frínico (1). Por ejemplo, presentando en escena un personaje velado, como Aquíles ó Níobe (2), que se

(1) Uno de los más antiguos poetas trágicos, que floreció á fines del siglo VI, cuando el arte estaba todavía en su infancia. Esquilo le imitó en *Los Persas*.

(2) El autor griego de la vida de Esquilo cita entre sus tragedias la *Níobe* y las *Frigias* ó el *Rescate de Héctor*, en las cuales aparecian los personajes mudos de que habla Eurípides.

pavoneaban sin mostrar el rostro ni pronunciar una palabra...

BACO.

Es verdad, por Júpiter.

EURÍPIDES.

El coro endilgaba en tanto cuatro tiradas de versos, y ellos se estaban sin decir esta boca es mia.

BACO.

A mí me agradaba más aquel silencio que la charla que hoy emplean.

EURÍPIDES.

Porque eres un estúpido; tenlo por cierto.

BACO.

Así lo creo; pero ¿por qué lo hacía?

EURÍPIDES.

Por charlatanismo; así, el espectador esperaba sin moverse á que Níobe hablase algo, y miéntras, el drama iba adelante.

BACO.

¡Malvado! ¡Cómo me engañaba! *(A Esquilo.)* ¿Por qué te agitas é impacientas?

EURÍPIDES.

Porque le confundo. Despues de haberse pasado la mitad de la tragedia con estas vaciedades, soltaba una docena de palabrotas campanudas, muy fruncidas de entrecejo y empenachadas, verdaderos espantajos que aterraban á los espectadores asombrados.

ESQUILO.

¡Oh rabia!

BACO. *(A Esquilo.)*

¡Silencio!

EURÍPIDES.

Y no decía nada inteligible...

BACO. *(A Esquilo.)*

No rechines los dientes.

EURÍPIDES.

Pues todo se volvian Escamandros, y fosos, y enseñas de escudos, y águilas-grifos de bronce, y palabras ampulosas, difíciles de comprender.

BACO.

Es verdad; yo me pasé en claro toda una noche tratando de averiguar qué pájaro era su gran gallo amarillo (1).

ESQUILO.

¡Ignoranton! es la figura que se pone en la popa de las naves.

BACO.

Pues yo creía que era Eríxis (2), hijo de Filóxeno.

EURÍPIDES.

¿Qué necesidad habia de gallos en las tragedias?

ESQUILO.

Y tú, enemigo de los dioses, ¿qué has hecho?

EURÍPIDES.

No he presentado en mis dramas grandes gallos ni hircociervos como los que se ven en los tapices de

(1) Ξουθὸν ἱππαλεκτρυόνα, expresion empleada por Esquilo en los *Mirmídones*, tragedia perdida.
(2) Famoso por su fealdad.

Persia. Yo habia recibido de tus manos la tragedia cargada de inútil y pomposo fárrago, y principié por aliviarla de su molesto peso, y curar su hinchazon por medio de versitos, digresiones sutiles, cocimientos de acelgas blancas (1), y jugos perfectamente filtrados de filosóficas vaciedades; despues la alimenté de monólogos, mezclados con algo de Cefisofon (2); y jamás dije á la ventura cuanto se me ocurria, ni lo revolví todo sin distincion: el primer personaje que se presentaba en escena explicaba el carácter y el nacimiento del drama.

ESQUILO.

Mejor era eso que decir el tuyo (3).

EURÍPIDES.

Despues, desde los primeros versos, cada personaje desempeñaba su papel; y hablaban todos, la mujer, el esclavo, el dueño, la jóven y la vieja (4).

ESQUILO.

¿No mereceria la muerte tal atrevimiento?

EURÍPIDES.

Al contrario, mi objeto era agradar al pueblo.

BACO.

Déjate de eso, amigo; ese es tu punto flaco.

---

(1) Con esto quiere indicar Aristófanes la insipidez de algunas sentencias de Eurípides.

(2) Amigo, criado ó actor de Eurípides. Se dice que le ayudaba en sus obras, y que todo era comun entre ellos, hasta el tálamo conyugal.

(3) Alusion á la humilde cuna de Eurípides.

(4) Censura Aristófanes el haber introducido Eurípides en la tragedia personajes de todas clases, rebajando su majestad.

EURÍPIDES.

Luégo enseñé á los espectadores el arte de hablar.

ESQUILO.

Lo reconozco; ¡ojalá hubieras reventado ántes!

EURÍPIDES.

Y el modo de usar las palabras en línea recta, ó en ángulo, y el arte de discurrir, ver, entender, engañar, amar, intrigar, sospechar, pensar en todo...

ESQUILO.

Lo reconozco tambien.

EURÍPIDES.

Puse en escena la vida de familia y las cosas más usuales y comunes, lo cual es atrevido, pues todo el mundo puede emitir sobre ellas su opinion; no aturdí á los espectadores con incomprensible y fastuosa palabreria; ni los aterré con Cicnos (1) y Memnones (2), guiando corceles llenos de campanillas y penachos. Ved sus discípulos y los mios. Los suyos son Formisio y Megenétes (3), de Magnesia, armados de lanzas, cascos, barbas y sarcásticas sonrisas; los mios, Clitofon, y el elegante Teraménes.

BACO.

¿Teraménes? ¿Ese hombre astuto y bueno para

---

(1) No se sabe en qué tragedia de Esquilo intervenia Cicno.

(2) En la lista de las tragedias de Esquilo hay una titulada *Memnon*.

(3) Formisio y Megenétes no eran poetas, y sí notables por su desaseo y grosería.—En el texto hay palabras colosales, parodia de las empleadas por Esquilo.

todo, que cuando cae en algun mal negocio y le ve las orejas al lobo, suele escurrir el bulto, diciendo que no es de Quíos, sino de Ceos? (1).

EURÍPIDES.

Así he conseguido perfeccionar la inteligencia de los hombres, introduciendo en mis dramas el raciocinio y la meditacion; de suerte que ahora todo lo comprenden y penetran, y han llegado á administrar mejor que ántes sus casas, inspeccionándolo todo, y diciendo: «¿En qué anda tal asunto? ¿Dónde está tal cosa? ¿Quién ha cogido esta otra?»

BACO.

Es verdad; ya en cuanto un Ateniense entra en su casa llama á sus esclavos y les pregunta: «¿Dónde está la olla? ¿Quién se ha comido la cabeza de sardina? El plato que compré el año pasado ¿ha fenecido? ¿Dónde está el ajo de ayer? ¿Quién ha mordisqueado la aceituna?» (2). Y ántes se estaban hechos unos bobos, con la boca abierta, como imbéciles papanatas.

CORO.

«Tú lo ves, ínclito Aquíles» (3). Vamos, ¿qué dices tú á todo eso? Procura que la ira no te arrastre más allá de la meta, pues te ha dicho cosas terribles. Noble Esquilo, no le respondas con fero-

(1) Frase proverbial que se aplicaba á las personas versátiles.
(2) Crítica de los detalles familiares á que Eurípides hizo descender la tragedia.
(3) Verso de los *Mirmídones* de Esquilo.

cidad, recoge tus velas y deja sólo algunos cabos á merced de los vientos; dirige con circunspeccion tu nave, y no avances hasta conseguir una brisa leda y apacible. Vamos, tú que fuiste el primero de los Griegos en dar pompa (1) y elevacion al estilo exornando la Musa trágica, abre atrevidamente tus esclusas.

ESQUILO.

Esta lucha me enfurece; sólo al considerar que tengo que disputar con él, hierve mi bílis. ¡Mas que no crea haberme vencido! Respóndeme: ¿qué es lo que se admira en un poeta?

EURÍPIDES.

Los hábiles consejos que hacen mejor á los ciudadanos.

ESQUILO.

Y si tú, léjos de obrar así, los has hecho malísimos, de nobles y buenos que eran ántes, ¿cuál castigo merecerás?

BACO.

La muerte; no lo preguntes.

ESQUILO.

Pues bien, mira cómo te los dejé yo: valientes, de elevada estatura (2), sin rehuir las públicas car-

(1) La frase griega equivalente es muy pintoresca, aunque intraducible á la letra: πυργώσας, *edificando torres*.— Antípatro de Tesalónica, en un epigrama á Esquilo, la adopta para caracterizar la elocucion magnífica del gran poeta.
(2) Lit., de *cuatro codos*. El codo tenia cuarenta y cinco centímetros.

gas (1), no holgazanes, charlatanes y bribones como los de hoy, sino apasionados por las lanzas, las picas, los cascos de blancas cimeras, las grevas y corazas, verdaderos corazones de hierro, defendidos por el septuple escudo de Ayax (2).

EURÍPIDES.

El mal va en aumento: me va á aplastar bajo el peso de tantas armas.

BACO.

¿Y cómo conseguiste hacerlos tan valientes? Responde, Esquilo, y modera tu arrogante jactancia.

ESQUILO.

Componiendo un drama lleno del espíritu de Marte.

BACO.

¿Cuál?

ESQUILO.

Los Siete sobre Tébas (3). Todos los espectadores salian llenos de bélico furor.

BACO.

En eso obraste mal; pues hiciste que los Tebanos fueran mucho más atrevidos para la guerra, lo cual merece castigo.

ESQUILO.

Vosotros podiais tambien haberos dedicado á

(1) Alusion á los contemporáneos de Aristófanes, que no querian encargarse de más magistraturas que las que producian algun lucro, rehuyendo aquellas en que podian ser útiles al Estado.

(2) Véase HOMERO, *Iliada*, VII.

(3) Tragedia de Esquilo.

ello, pero no quisisteis. Despues con *Los Persas*, mi obra maestra, os inspiré un ardiente deseo de vencer siempre á los enemigos.

BACO.

Es verdad; me alegré mucho á la noticia de la muerte de Darío (1); y el coro palmoteó al punto, exclamando: ¡Victoria!

ESQUILO.

Estos son los asuntos que deben tratar los poetas: «Considerad, si no, qué servicios prestaron los más ilustres desde la antigüedad más remota: Orfeo (2) nos enseñó las iniciaciones y el horror al homicidio; Museo (3), los remedios de las enfermedades y los oráculos; Hesiodo la agricultura y el tiempo de las sementeras y recolecciones (4); y al divino Homero, ¿de dónde le ha venido tanta gloria, sino de haber enseñado cosas útiles, la estrategia, las virtudes bélicas y la profesion de las armas?

(1) En la tragedia de Esquilo no se da tal noticia, por lo cual este pasaje ha preocupado mucho á los comentadores. Para explicarlo, han supuesto unos que Esquilo compuso otros *Persas*, cuyo asunto era la batalla de Platea, y otros que en vez de Darío debia entenderse Jerjes.

(2) *Silvestres homines sacer interpresque deorum,*
Cædibus et victu fœdo deterruit Orpheus.
(HORACIO, *Art. Poet.*, 391.)

(3) Discípulo de Orfeo, tracio de nacion, cuya existencia es dudosa, pues más bien parece un mito que un personaje histórico. El Escoliasta dice que compuso un poema *sobre los misterios*.

(4) En su poema *Las obras y los dias*.

BACO.

Sin embargo, no ha podido instruir en nada al architonto de Pantácles (1); hace poco debia de ir al frente de una procesion, y despues de haberse atado el casco, se acordó de que no le habia puesto la cimera.

ESQUILO.

En cambio ha educado á otros mil valientes, entre ellos el héroe Lámaco (2). Inspirándose en él mi fantasía, representó las hazañas de los Patroclos (3) y los Teucros (4), bravos como leones, para excitar á imitarlos á todos los ciudadanos en cuanto resuena el bélico clarin. Nunca puse en escena Fedras ni impúdicas Estenobeas (5); y nadie podrá decir que he pintado en mis versos una mujer enamorada (6).

(1) El Escoliasta dice que era un hombre completamente inepto, y cita una frase de la *Edad de Oro* de Eupólis, en que le llama σκαιός, *torpe*.

(2) Nótese el cambio de Aristófanes respecto á Lámaco. En *Los Acarnienses* le ridiculizó terriblemente, y ya en *Las fiestas de Céres* le tributó elogios, merecidos por cierto, pues Lámaco era un valiente y entendido general.

(3) Amigo de Aquiles, cuya muerte á manos de Héctor sacó aquel héroe de su retraimiento para combatir en el asedio de Troya (Vid. HOMERO, *Iliada*, *passim*.)

(4) Hijo de Telamon, rey de Salamina y hermano de Ayax.

(5) Mujer de Preto, rey de Argos. Enamorada ciegamente de Belerofonte, que se habia refugiado en su corte, y viendo despreciada su pasion, le acusó de haber atentado á su honor, y procuró que su marido le diese muerte. Habiendo huido Belerofonte, se suicidó Estenobea.

(6) Esto no es del todo exacto, pues en el *Agamenon* de Esquilo, Clitemnestra aparece enamorada de Egisto.

EURÍPIDES.

Es verdad, jamás has conocido á Vénus.

ESQUILO.

Ni la quiero conocer; en cambio, por tu mal, tú y los tuyos la conoceis demasiado.

BACO.

Cierto, cierto; los delitos que imputaste á las mujeres de otros los viste en la tuya propia (1).

EURÍPIDES.

Pero, importuno, ¿qué mal hacen á la república mis Estenobeas?

ESQUILO.

Las nobles esposas de los ciudadanos nobles han bebido la cicuta arrastradas por la vergüenza que les han causado tus Belerofontes (2).

EURÍPIDES.

¿He cambiado en lo más mínimo la historia de Fedra?

ESQUILO.

Es verdad, no la has cambiado; pero un buen poeta debe ocultar el vicio y no sacarlo á luz y ponerlo en escena (3); pues ha de ser para los adultos lo que para los niños los maestros. Nuestra obligacion es enseñar sólo el bien.

EURÍPIDES.

¿Y cuando tú hablas de los Licabetos y de las

(1) Las dos mujeres con quienes estuvo casado Eurípidas no fueron modelo de castidad conyugal.

(2) Es decir, que han imitado á Estenobea, sintiendo amores adúlteros y envenenándose como aquella princesa.

(3) Precepto digno de tenerse en cuenta.

altas cumbres del Parnaso (1), nos enseñas el bien? ¿Por qué no empleas un lenguaje humano?

ESQUILO.

Pero, desdichado, las expresiones deben ser proporcionadas á la elevacion de las sentencias y pensamientos. El lenguaje de los semidioses debe ser sublime, lo mismo que sus vestiduras deben ser más ostentosas que las nuestras. Lo que yo ennoblecí, tú lo has degradado.

EURÍPIDES.

¿Cómo?

ESQUILO.

En primer lugar, vistiendo de harapos á los reyes para que inspirasen más profunda compasion.

EURÍPIDES.

¿Qué mal hay en eso?

ESQUILO.

Por culpa tuya ningun rico quiere armar ya á su costa una galera; pues para librarse del compromiso se cubre de andrajos, llora y dice que es pobre.

BACO.

Es verdad, por Céres; y debajo lleva una túnica de lana fina; y despues de habernos engañado se le ve aparecer en la pescadería... (2)

---

(1) Montañas del Ática y la Fócida. Alusion al pomposo lenguaje de Esquilo.

(2) Sólo los ricos podian regalarse con pescado fresco. Ya hemos visto la estimacion y alto precio á que se vendian las anguilas del Cópais.

ESQUILO.

En segundo lugar, tú has inspirado tal aficion á la charlatanería y las argucias, que las palestras están abandonadas, los jóvenes corrompidos (1), y los marineros se atreven á contradecir á sus comandantes; en mis tiempos no sabian más que pedir su racion de pan y gritar «¡Rippape!» (2).

BACO.

¡Oh! pues ahora, ya saben lanzar un flato (3) á la boca del remero del banco inferior y embrear á sus compañeros; y cuando desembarcan, robar los vestidos al primer transeunte, y pasarse el tiempo en discusiones, sin cuidarse de remar, dejando que la nave bogue á la ventura.

ESQUILO.

¿De qué crímenes no es autor? ¿No ha puesto en escena alcahuetas, mujeres que paren en sagrado (4), hermanas incestuosas (5), y otras que dicen que la vida no es la vida (6)? Así es que nuestra ciudad se ha plagado de escribanos y bufones, especie de monos que tienen al pueblo constantemente engañado; miéntras que ya nadie sabe

---

(1) Aristófanes acusa de pederastia á los oradores y maestros de retórica.

(2) Grito de los marineros.

(3) *Commensalem concare.*

(4) Auge, seducida por Hércules, dió á luz un hijo en el templo de Minerva. Se ignora en qué tragedia de Eurípides tenía lugar este hecho.

(5) Las hijas de Eolo.

(6) Es decir, se entretienen en discusiones filosóficas. La frase parodiada se encontraba en el *Frixo*.

llevar una antorcha (1), por falta de ejercicio.

BACO.

Nadie, es verdad; así es que en las Panateneas me faltó poco para morir de risa viendo á un hombre blanco, gordo y pesado que corria encorvado y con un trabajo infinito, mucho más atrás que los otros. En la puerta del Cerámico, los espectadores le pegaron en el vientre, en el pecho, en los costados y en las nalgas, hasta que, en vista de aquella lluvia de palmadas, mi hombre soltó un flato (2) con el cual apagó la antorcha y se escapó.

CORO.

El negocio es importante; la disputa vehemente; grave la guerra. Difícil será el formar opinion, pues si el uno ataca vigorosamente, el otro huye el cuerpo con agilidad y responde con destreza. No permanezcais siempre en el mismo terreno: teneis abiertos muchos caminos é infinitas argucias. Decid, exponed, manifestad todos vuestros recursos viejos y nuevos; aventurad algunos argumentos alambicados é ingeniosos. No temais que la ignorancia de los espectadores no pueda comprender vuestras sutilezas; léjos de ser gente ruda, todos se han ejercitado, y cada cual tiene su libro donde aprende sábias lecciones; además su natural ingenio está hoy más aguzado que nunca. Nada temais, emplead todos los medios, pues estais ante un público ilustrado.

---

(1) Alusion á *Las Lampadodromias* (Véase la nota al verso 129 de esta comedia.)

(2) *Pedendo.*

EURÍPIDES.

Empecemos por sus prólogos; siendo lo primero que se encuentra en una tragedia, es natural que principiemos por ellos el estudio de este hábil poeta. Era oscuro en la exposicion de sus asuntos.

BACO.

¿Cuál de sus prólogos vas á examinar?

EURÍPIDES.

Muchos. Recítame por de pronto el de la Orestiada (1).

BACO.

Silencio todos. Recita tú, Esquilo.

ESQUILO.

«Subterráneo Mercurio, que vigilas
Sobre el paterno reino, dáme ayuda;
Vengo al fin á mi patria y entro en ella» (2).

BACO.

¿Hallas alguna falta en esos versos?

EURÍPIDES.

Más de doce.

BACO.

Pero si no son más que tres versos.

EURÍPIDES.

Es que cada uno tiene veinte faltas.

---

(1) Tetralogia compuesta de tres tragedias: *Agamenon*, *Las Coéforas* y *Las Euménides*, y de un drama satírico, el *Proteo*.

(2) Palabras que Oréstes pronuncia ante el sepulcro de su padre, al volver á su patria, en el principio de *Las Coéforas*.

BACO.

Esquilo, te aconsejo que te calles: si no, además, de esos tres yambos, te censuraré otros muchos.

ESQUILO.

¿Yo callarme delante de ése?

BACO.

Si me haces caso.

EURÍPIDES.

En el principio ha cometido ya una falta enorme.

ESQUILO. *(A Baco.)*

¿No ves que no tienes razon?

BACO.

Sea. A mí poco me importa.

ESQUILO. *(A Eurípides.)*

¿Dónde dices que está la falta?

EURÍPIDES.

Repite desde el principio.

ESQUILO.

Mercurio subterráneo, que vigilas
Sobre el paterno reino...

EURÍPIDES.

Eso lo dice Oréstes ante la tumba de su padre, ¿verdad?

ESQUILO.

No lo niego.

EURÍPIDES.

¿De suerte que quiere decir que Mercurio velaba por su padre, para que cayendo en un pérfido lazo fuese vilmente asesinado por su mujer?

ESQUILO.

No es al dios de la astucia, sino al Mercurio benéfico al que llama subterráneo; y lo prueba diciendo que recibió esa mision de su padre.

EURÍPIDES.

Entónces el yerro es más grande de lo que yo pretendia; pues si recibió de su padre aquella mision subterránea...

BACO.

Es que su padre le habia nombrado enterrador.

ESQUILO.

¡Ay Baco! tu vino no está perfumado (1).

BACO.

Recita el otro verso; y tú acecha sus faltas.

ESQUILO.

«..... dáme ayuda;
Vengo al fin á mi patria y entro en ella.»

EURÍPIDES.

El sabio Esquilo nos dice dos veces la misma cosa.

BACO.

¿Cómo dos veces?

EURÍPIDES.

Examina esa frase y te haré ver la repeticion. «Vengo al fin á mi patria,» dice, y entro en ella.» *Vengo* es enteramente lo mismo que *entro*.

BACO.

Entiendo; es como si uno dijera á su vecino: «Préstame la artesa, ó si quieres el arca de amasar.»

---

(1) Esto es: tus chistes son de muy mal gusto.

ESQUILO.

No es lo mismo, charlatan; mi verso es inmejorable.

BACO.

¿Cómo? pruébamelo.

ESQUILO.

Todo el que goza de los derechos de ciudadanía puede *venir* á su patria, porque *viene* sin haber experimentado ántes ningun infortunio; pero el desterrado *viene* y *entra* (1).

BACO.

¡Muy bien, por Apolo! ¿Qué dices á eso, Eurípides?

EURÍPIDES.

Digo que Orestes no *entró* en su patria, porque vino secretamente, sin haber obtenido la competente autorizacion de los que entónces ejercian el mando.

BACO.

¡Muy bien, por Mercurio! Pero no te comprendo.

EURÍPIDES.

Recita, pues, otro.

BACO.

Vamos, Esquilo, recítalo pronto. Tú acecha las faltas.

(1) El verbo κατέρχομαι se decia con especialidad de la vuelta de los desterrados. Como se ve, todas estas discusiones se quiebran de puro sutiles y sirven para poner de relieve los vicios capitales que Aristófanes encuentra en el estilo de Eurípides, y en nada perjudican al de Esquilo.

ESQUILO.

Invocando los manes de mi padre
Sobre su propia tumba, que se digne
Oirme y escucharme le suplico (1).

EURÍPIDES.

Otra repeticion; *oir* y *escuchar* son dos cosas idénticas.

BACO.

Pero, desdichado, ¿no ves que estaba hablando con los muertos, á los que no basta invocar tres veces? (2).

ESQUILO.

Y tú, ¿cómo hacías los prólogos?

EURÍPIDES.

Te lo voy á decir; y si encuentras una sola repeticion, ó un solo ripio, me doy por vencido.

BACO.

Empieza ya: mi deber es escucharte; veamos qué hermosos son los versos de tus prólogos.

EURÍPIDES.

«Edipo, que al principio era dichoso» (3).

ESQUILO.

De ningun modo; su sino era la desgracia, pues ya ántes de ser engendrado, Apolo predijo que mataria á su padre, y áun no habia nacido. ¿Cómo, pues, al principio era dichoso?

(1) *Las Coéforas*, 4 y 5.
(2) En las invocaciones á los muertos se les llamaba tres veces por su nombre.
(3) Principio de la *Antígona* de Eurípides, tragedia perdida.

EURÍPIDES.

«¡Mortal infelicísimo fué luego.»

ESQUILO.

De ningun modo, repito. No dejo de ser lo que era. Además esa felicidad fué imposible. Apénas nació ya le expusieron metido en una olla (1) en el rigor del invierno, para que no llegase á ser el asesino de su padre; despues, por desgracia suya, llegó al palacio de Pólibo, con los piés hinchados (2); luégo, jóven todavía, se casó con una vieja, que por añadidura era su madre (3), y por último se sacó los ojos.

BACO.

¡Feliz él si hubiera mandado la escuadra con Erasínides (4).

EURÍPIDES.

Desbarras, mis prólogos son buenos.

ESQUILO.

Por Júpiter, no pienso ir desmenuzando tus versos palabra por palabra, sino con la ayuda de los dioses aniquilar tus prólogos sin más que con una pequeña alcuza.

(1) Cuando se exponia un niño en Aténas se le metia en una olla ó especie de cuna de barro que empleaban las clases pobres.

(2) Esta es la etimología de *Edipo*.

(3) Yocasta, viuda de Layo, rey de Tébas.

(4) Uno de los generales que mandaban la flota ateniense en la batalla de las Arginusas; fué condenado á muerte con sus colegas, por no haber dado sepultura á los soldados muertos en el combate.

EURÍPIDES.

¿Con una alcuza?

ESQUILO.

Sí, con una sola; pues tus yambos son de tal naturaleza que se les puede añadir lo que se quiera, un pellejito, una alcucita, un saquito, como te lo demostraré en seguida.

EURÍPIDES.

¿Tú demostrarme eso?

ESQUILO.

Sí, yo.

BACO.

Vamos, recita.

EURÍPIDES.

Cuando, segun la fama más creida,
Con sus cincuenta hijas llegó Egipto
De Argos á la region... (1).

ESQUILO.

Perdió su alcuza (2).

EURÍPIDES.

¿Qué alcuza? ¡Así te mueras!

BACO.

Recita otro prólogo, y veamos.

EURÍPIDES.

Baco, que armado del pomposo tirso

(1) Principio del *Arquelao*, tragedia de Eurípides que se ha perdido.

(2) Ληκύθιον ἀπώλεσα, frase ánáloga á la latina *oleum perdidit (trabajo perdido)*, con cuya adicion á los versos que recita Eurípides da á entender su ningun valor, y que ha perdido lastimosamente el tiempo y el trabajo que le ha costado el componerlos...

Y cubierto de pieles de cervato,
Danza en las cumbres del Parnaso agreste
De antorchas al fulgor... (1).

ESQUILO.

Perdió su alcuza.

BACO.

De nuevo nos sacude con su alcuza.

EURÍPIDES.

No nos fastidiará más, pues á este prólogo no le podrá colgar la alcuza.

No existe, no, felicidad completa;
Tal de ilustre familia, es pobre; y otro
De modesta extraccion... (2).

ESQUILO.

Perdió su alcuza.

BACO.

¡Eurípides!

EURÍPIDES.

¿Qué hay?

BACO.

Recoge velas; pues esta alcuza va á convertirse en huracan.

EURÍPIDES.

Poco se me importa, por Céres; ya verás cómo se hago soltar de las manos.

BACO.

Continúa recitando, y mucho ojo con la alcuza.

(1) Prólogo de la *Hipsipile*, tragedia de Eurípides que se ha perdido.
(2) Prólogo de la *Estenobea*.

EURÍPIDES.

La ciudad de Sidon abandonando
Cadmo, hijo de Agenor... (1).

ESQUILO.

Perdió su alcuza.

BACO.

¡Ay, amigo mio! Cómprale esa bendita alcuza, pues, si no, nos va á echar á pique todos los prólogos.

EURÍPIDES.

¡Cómo! ¿yo comprársela?

BACO.

Si me haces caso.

EURÍPIDES.

No por cierto. Puedo citarle una porcion de prólogos, á los que no podrá aplicarles la alcuza.

Pélope, hijo de Tántalo, partiendo
Para Pisa, animando los corceles
De su carro veloz... (2).

ESQUILO.

Perdió su alcuza.

BACO.

¿Lo ves? de nuevo le ha colgado su alcuza. Vamos, Esquilo, véndesela á cualquier precio; que tú por un óbolo podrás comprar otra hermosísima.

EURÍPIDES.

Te digo que no; áun me quedan muchos.

Eneo en su heredad... (3).

(1) Prólogo del *Frixo*.
(2) Prólogo de la *Ifigenia en Táuride*.
(3) Prólogo del *Meleagro*.

ESQUILO.

Perdió su alcuza.

EURÍPIDES.

Déjame acabar el primer verso.

Eneo en su heredad, habiendo un dia
Pingüe cosecha recogido y de ella
Ofrecido á los dioses las primicias
En piadosa oblacion...

ESQUILO.

Perdió su alcuza.

BACO.

¡Durante el sacrificio! ¿Quién se la quitó?

EURÍPIDES.

Permíteme, amigo mio, que pruebe con este verso:

Jove (la verdad misma lo asegura) (1).

BACO.

Estás perdido; en seguida va á añadir: «Perdió su alcuza.» Porque la tal alcuza se adhiere á tus prólogos como el orzuelo á los párpados. Pero, por todos los dioses, pasa ya á ocuparte de la parte lírica de sus dramas.

EURÍPIDES.

Puedo demostrar hasta la evidencia que sus cantos son perversos y llenos de las mismas repeticiones.

CORO.

¿En qué parará esto? Ansioso estoy de saber qué censuras se atreverá á presentar contra sus infinitos y bellísisimos cantos, tan superiores á los de los poetas del dia; no acierto á comprender en qué podrá motejar á este rey de las fiestas de Baco (1), y lo auguro una derrota.

(1) Prólogo de la *Melanipe*.

EURÍPIDES.

¡Sí! ¡admirables cantos líricos! Ahora se verá, pues voy á reunirlos todos en uno.

BACO.

Y yo á llevar la cuenta con estas piedrecitas.

EURÍPIDES.

Aquíles (2), rey de Ftia, ¿por qué, si oyes
El estruendo feral de la matanza,
A aliviar sus trabajos, dí, no vuelas? (3)
Nosotros, habitantes de este lago,
Culto rendimos al sagaz Mercurio,
Egregio fundador de nuestra raza,
Y á aliviar sus trabajos tú no corres (4).

BACO.

Ya tienes dos *trabajos*, Esquilo.

EURÍPIDES.

¡Oh, el más ilustre aqueo, ínclito Atrida,
Jefe de muchos pueblos poderosos (5),
¿A aliviar sus trabajos tú no corres?

(1) Es decir, de la tragedia. Véase cómo Aristófanes hace justicia al mérito de Esquilo.

(2) Reunion de fragmentos que no forman sentido citados por Eurípides para demostrar que su adversario incurre en muchas repeticiones.

(3) Versos de *Los Mirmídones* de Esquilo.

(4) Tomado de *Los Psicagogos (conductores de las almas)*.

(5) No se sabe si este fragmento pertenecia al *Telefo* ó á la *Ifigenia*, tragedias de Esquilo.

BACO.

Va el tercer *trabajo*, Esquilo.

EURÍPIDES.

Silencio: las proféticas Melisas (1)
De Diana van á abrir el templo augusto,
¿Y á aliviar sus trabajos tú no vuelas?
Yo puedo proclamar que los guerreros (2)
Partieron con auspicios la victoria,
A aliviar sus trabajos tú no corres.

BACO.

¡Soberano Júpiter! ¡qué infinidad de *trabajos*! Quiero ir á bañarme; pues con tantos *trabajos*, se me han inflamado los riñones.

EURÍPIDES.

Por favor, no te vayas antes de oir este canto arreglado para cítara.

BACO.

Sea; pero pronto y sin *trabajos*.

EURÍPIDES (3).

¿Por qué los dos monarcas que comandan
La ardiente juventud de los Aqueos,
Flatotrato-flatotrat,

(1) Sacerdotisas de Diana. Dábase este nombre á todas las mujeres inspiradas, dedicadas al cuidado de los templos.

(2) Verso 104 del *Agamenon* de Esquilo.

(3) La tirada de versos que recita Eurípides está compuesta de fragmentos tomados de diversas obras de Esquilo, como la *Esfinge*, el *Agamenon* y los *Tracios*. El ridículo estribillo *flatotrato-flatotrat* es para imitar el traqueteo de algunas frases de Esquilo, cuyo sentido no se penetra con facilidad.

La aterradora Esfinge han enviado,
Perro factor de negros infortunios?
Flatotrato-flatotrat,
Vibrando el asta en la potente garra
El ave que impetuosa y vengadora,
Flatotrato-flatotrat.
Entrega al crudo diente de los perros,
Osados vagabundos de los aires,
Flatotrato-flatotrat,
Los que se inclinan al partido de Ayax,
Flatotrato-flatotrat.

BACO.

¿Qué es ese flatotrat? ¿En Maraton, ó dónde has recogido ese canto de aguadores?

ESQUILO.

No; yo di á lo que era ya bueno una forma igualmente bella, para que no se dijese que cogía en el jardin sagrado de las Musas las mismas flores que Frínico (1). Pero Eurípides, para tomar sus cantos, acude á los de todas las meretrices, y á los escolios de Meleto (2), á los aires de la flauta caria, á los acentos doloridos, y á los himnos coreográficos, como os lo voy á demostrar sobre la marcha. Traedme una lira. ¿Pero qué necesidad hay de lira para este? ¿Dónde está la mujer que toca las castañuelas? Ven, oh Musa de Eurípides. Tú eres la única digna de modular sus canciones.

(1) Parece natural que sea el poeta trágico; pero el Escoliasta dice que Esquilo se refiere al lírico.

(2) Poeta trágico y lírico de ningun mérito. Se cree que es el mismo que sostuvo la acusacion contra Sócrates.

BACO.

¿No ha imitado nunca esa Musa á las Lesbenses? (1).

ESQUILO (2).

Alciones que gorjeais sobre las olas
Infinitas del piélago salado,
Con gotas titilantes
De rocío menudas y cambiantes
El nítido plumaje salpicado;
Arañas que en los lóbregos rincones
De las habitaciones
Hi-i-i-lais (3) la trama prodigiosa
Con la pata ligera,
Y con la resonante lanzadera.
El delfin cautivado
Por el són de las flautas delicadas,
Augurando un buen viaje,
Salta regocijado
En torno de las proas azuladas.
Adorno de la vid, crespo follaje,
Sostén lozano del racimo bello,

(1) En sus nefandas torpezas.
(2) Centon de versos tomados de la *Hipsípile*, el *Meleagro*, la *Ifigenia en Tauride*, y la *Electra* de Eurípides, sin enlace ninguno y citados sin más objeto que demostrar defectos de ritmo que no podemos apreciar los modernos.
(3) Esta repeticion de una misma vocal es una burla que el poeta hace de la costumbre de cantar varias notas sobre una misma sílaba que iba introduciéndose en la melopea; tal vez serian una especie de *grupetti* ó *fioriturí*.

Enlaza, hijo, tus brazos á mi cuello.
¿Ves tú el ritmo?

BACO.

Lo veo.

ESQUILO.

¡Cómo! ¿Lo ves?

BACO.

Lo veo.

ESQUILO.

¿Y tú, autor de semejantes versos; tú que imitas al componerlos las doce posturas de Cirene (1), te atreves á censurar los mios? Tales son sus cantos líricos: examinemos ahora sus monólogos (2):

Oscuridad profunda de la noche,
Del fondo de tu abismo tenebroso
¿Qué ensueño pavoroso
Envías á mi mente conturbada?
Sin duda es un aborto del averno,
Un alma inanimada,
De horrible aspecto y de letal mirada,
Un hijo de la noche y del infierno,
De uñas de acero y veste rozagante.
La lámpara brillante,
Esclavas, encended, y al cristalino
Rio hurtadle la linfa en vuestras urnas;
Calentadla y podré de este divino

(1) Famosa cortesana *quæ duodecim venereas staturat profitebatur*. Esquilo increpa de nuevo á Eurípides sobre la inmoralidad de sus dramas.
(2) Parodia del monólogo de Hécuba, en la tragedia de este título, y de otros pasajes desconocidos para nosotros.

Sueño purificarme,
Que en las horas nocturnas
Ha venido espantoso á atormentarme.
¡Oh Neptuno! ¿Qué es esto?
El prodigio funesto
Ved, mis consortes en destino impío,
¡Ah! Glice sin entrañas
Huye, huye, y se lleva el gallo mio!
¡Ninfas de las montañas,
Y tú, Mánia, prended, prended á Glice!
Yo que estaba ¡infelice!
A mi labor atenta
El blanco lino hi-i-i-i ilando
Que mi rueca cubría,
Y el ovillo formando
Que al despuntar el dia
En la plaza pensaba
A buen precio vender; mas él volaba
¡Ay! volaba (1) y con alas incansables
Por el éter cruzaba;
Y penas, penas ¡ay! interminables,
Me dejó solamente,
Y tristezas y enojos,
Y convertidos en perenne fuente
De lágrimas, de lágrimas mis ojos!
Cretenses, acudid; hijos del Ida,
Con el arco homicida

(1) Esta repeticion y las siguientes se encuentran en el texto original, y son parodia del estilo de Eurípides, en que eran muy frecuentes.

En mi auxilio volad, cercad la casa;
Divina cazadora,
Diana gentil, acude con tus canes
Y registra los últimos desvanes.
Hécate, hija de Júpiter, enciende
Dos antorchas, y guía
A la mansion de la ladrona Glice;
Quizá, quizá á su luz, ¡ay infelice!
Pueda encontrar la pobre hacienda mia.

BACO.

Basta de coros.

ESQUILO.

Sí, basta. Ahora quiero traer una balanza, pues es el único medio de aquilatar el valor de nuestra poesía, y calcular el peso de nuestras palabras.

BACO.

Vamos, venid. Me veo reducido á vender por libras el númen de los poetas, como si fuese queso (1).

CORO.

Las gentes de talento son muy ingeniosas. Hé ahí una idea peregrina, admirable y extraña que ántes á nadie se le habia ocurrido. Yo, si alguno me lo hubiese contado, no le hubiera dado crédito pensando que deliraba.

BACO.

Ea, acercaos á los platillos...

ESQUILO Y EURÍPIDES.

Ya estamos.

(1) Se acerca á una gran balanza que acaban de traer á la escena.

BACO.

Recitad teniéndolos cogidos, cada uno un verso, y no los solteis hasta que yo diga: ¡Cucú!

ESQUILO Y EURÍPIDES.

Ya están cogidos.

BACO.

Decid ya un verso sobre la balanza.

EURÍPIDES.

«¡Oh, si el *Argos* jamás volado hubiera!...» (1)

ESQUILO.

«¡Oh rio Esperquio! ¡oh pastos de los toros!...» (2).

BACO.

¡Cucú! Soltad. ¡Oh! el verso de Esquilo baja mucho más.

EURÍPIDES.

¿Por qué?

BACO.

Porque, á ejemplo de los vendedores de lana, ha mojado su verso, poniendo en él un rio, y tú le has aligerado poniéndole alas.

EURÍPIDES.

Que recite otro y lo pese.

BACO.

Coged de nuevo los platillos.

ESQUILO Y EURÍPIDES.

Ya están.

(1) Verso primero de la *Medea* de Eurípides. El *Argos* es el navío en el cual hicieron los héroes griegos su expedicion á la Cólquide.

(2) Verso del *Filoctétes* de Esquilo. El Esperquio era un rio de Tesalia que nacía en el Pindo y desembocaba en el golfo Maliaco.

BACO. *(A Eurípides.)*

Dí.

EURÍPIDES.

«De la Persuasion dulce es la elocuencia
El único santuario...» (1).

ESQUILO.

«Sólo la muerte es la deidad que no ama
Las oblaciones pías...» (2).

BACO.

Soltad, soltad. De nuevo la balanza cae hácia el lado de Esquilo; y es porque ha echado en el plato la Muerte, que es el más pesado de los males.

EURÍPIDES.

Y yo la Persuasion; mi verso es inmejorable.

BACO.

Pero la Persuasion es cosa ligera y de poco peso. Vamos, busca entre tus versos más pesados uno muy robusto y vigoroso que incline la balanza á tu favor.

EURÍPIDES.

¿Pero dónde encontrarlo? ¿dónde?

BACO.

Yo te lo diré: «Aquíles ha sacado dos y cuatro» (3). Recitad; esta es la última prueba.

(1) Verso de la *Antígona* de Eurípides. El sentido es que para persuadir no es preciso decir la verdad, sino hablar bien.

(2) Verso de la *Níobe* de Esquilo.

(3) Verso del *Telefo* de Eurípides. Aquíles jugaba en esta tragedia á los dados, cuya circunstancia hubo de suprimirse en otra representacion, por haber sido silbada.

EURÍPIDES.

«Se apoderó de una ferrada maza...» (1).

ESQUILO.

«El carro sobre el carro, y el cadáver
Sobre el cadáver...» (2)

BACO. *(A Eurípides).*

Otra vez te ha vencido.

EURÍPIDES.

¿Cómo?

BACO.

Ha puesto dos carros y dos cadáveres, cuyo peso no podrian levantar ni cien Egipcios (3).

ESQUILO.

Dejémonos de disputar verso por verso: póngase Eurípides en un plato de la balanza, con sus hijos, su mujer, Cefisofon (4) y todos sus libros, y yo pondré solamente dos versos en el otro.

BACO.

Ambos poetas son amigos mios, y no quiero decidir la cuestion, pues sentiria enemistarme con uno de ellos. El uno me parece muy diestro; el otro me encanta.

PLUTON.

Entónces no has logrado el objeto de tu viaje.

(1) Verso del *Meleagro* de Eurípides.
(2) Verso del *Glauco* de Esquilo.
(3) Muchos de los mozos de cordel y cargadores de Aténas eran Egipcios.
(4) Amigo de Eurípides ya citado.

BACO.

¿Y si sentencio?

PLUTON.

Te llevarás al que prefieras; y no habrás hecho en balde el viaje.

BACO.

Gracias, Pluton. Ahora, escuchadme: yo he bajado aquí en busca de un poeta...

EURÍPIDES.

¿Para qué?

BACO.

Para que la ciudad, una vez libre de peligros (1), haga representar sus tragedias. Estoy resuelto á llevarme aquel de vosotros que me dé un buen consejo para la república. Decidme: ¿qué pensais de Alcibiádes? Esta es cuestion que ha puesto á parir á Aténas (2).

EURÍPIDES.

¿Y qué piensa de él?

BACO.

¿Qué piensa? Le desea, le aborrece y no puede pasarse sin él. Vamos, decid vuestra opinion.

EURÍPIDES.

Detesto al ciudadano lento en ayudar á su patria, pronto en hacerla daño, hábil para el propio interés, torpe para los del Estado.

(1) La situacion de Aténas era al representarse *Las Ranas* sumamente crítica.
(2) Alcibiádes estaba entónces fugitivo de Aténas, y muchas personas trabajaban para que volviese.

BACO.

¡Bien, por Neptuno! Sepamos ahora tu parecer.

ESQUILO.

No conviene criar en la ciudad al cachorro del leon. Lo mejor es esto; pero una vez criado, es necesario someterse á sus caprichos.

BACO.

Por Júpiter salvador, quedo en la misma indecision; el uno habló con ingenio y el otro con claridad. Decidme ambos vuestra opinion sobre los medios de salvar la república.

EURÍPIDES.

Poniendo á Cinésias, á modo de alas, sobre Cleócrito (1), de suerte que el viento se llevase á ambos sobre las olas del mar...

BACO.

La idea es chistosa, pero ¿á dónde vas á parar?

EURÍPIDES.

Cuando hubiera una batalla naval podrian echar vinagre á los ojos de nuestros enemigos. Pero voy á deciros otra cosa.

BACO.

Dí.

EURÍPIDES.

Si confiamos en lo que ahora desconfiamos, y desconfiamos en lo que ahora confiamos...

(1) Cinésias era sumamente flaco, y Cleócrito muy alto y grueso. A éste le llamaban *el avestruz*, por su elevada estatura.

BACO.

¿Cómo? No entiendo. Dílo más llana y comprensiblemente.

EURÍPIDES.

Si desconfiamos de los ciudadanos en que hoy confiamos, y empleamos á los que tenemos en olvido, quizá nos salvaremos. Pues si con aquéllos somos infelices, ¿no conseguiremos ser felices empleando á sus contrarios?

BACO.

¡Admirable! Eres el hombre más ingenioso, un verdadero Palamédes (1). Díme, ¿esa idea es tuya ó de Cefisofon? (2).

EURÍPIDES.

Es mia; la del vinagre es ~~de Cefisofon~~.

alusión a la participación que se decía tenía Cefisofon en Eurípides

BACO.

¿Qué dices tú?

ESQUILO.

Díme ántes á quiénes emplea la república. ¿A los hombres de bien?

BACO.

No; los aborrece de muerte.

ESQUILO.

¿Le agradan los malos?

(1) Tenía talento inventivo. Se le atribuyen la invencion de los pesos, las medidas, los juegos de dados y de las cuatro letras θ, φ, ψ, χ.

(2) Alusion á la participacion que se decia tenía Cefisofon en las tragedias de Eurípides.

BACO.

Tampoco; pero la necesidad le obliga á echar mano de ellos.

ESQUILO.

¿Qué medios de salvacion puede haber para una ciudad que no quiere paño fino ni burdo? (1).

BACO.

Por favor, Esquilo, discurre alguno que nos saque del abismo.

ESQUILO.

En la tierra te lo diré; aquí no quiero.

BACO.

De ningun modo; envíales desde aquí la felicidad.

ESQUILO.

Se salvarán cuando crean que la tierra de sus enemigos es suya, y la suya de sus enemigos; y que sus naves son sus riquezas, y sus riquezas su ruina (2).

BACO.

Muy bien; pero los jueces lo devoran todo. (3).

PLUTON. *(A Baco.)*

Sentencia.

---

(1) Es decir, que no le agrada ni el partido aristocrático ni el democrático.

(2) Aristófanes reproduce el sabio consejo de Perícles, que consideraba que la verdadera fuerza de Aténas estaba en la marina, y que nada importaba fuese devastado su territorio.

(3) Alusion á su salario, que, al representar *Las Ranas*, era de dos óbolos, y que absorbia grandes sumas que podian ser destinadas al mantenimiento de la flota.

BACO.

Sentenciad vosotros. Yo elijo al predilecto de mi corazon.

EURÍPIDES.

Tomaste á los dioses por testigos de que me llevarias. Sé fiel á tu juramento y elige á tus amigos.

BACO.

«La lengua ha jurado» (1), pero escojo á Esquilo.

EURÍPIDES.

¿Qué has hecho, miserable?

BACO.

¿Yo? Declarar vencedor á Esquilo. ¿Por qué no?

EURÍPIDES.

¿Y áun te atreves á mirarme á la cara despues de tu vergonzosa felonía?

BACO.

¿Hay algo vergonzoso miéntras el auditorio no lo tenga por tal?

EURÍPIDES.

Cruel, ¿me vas á dejar entre los muertos?

BACO.

¿Quién sabe si el vivir es morir, si el respirar es comer, si el sueño es un vellon? (2).

PLUTON.

Entrad. Baco, ven conmigo.

BACO.

¿Para qué?

---

(1) Frase del *Hipólito* de Eurípides, muchas veces citada.

(2) Parodia de varios pasajes de Eurípides.

PLUTON.

Para que os dé hospitalidad ántes de que partais.

BACO.

Bien dicho, por Júpiter; eso me agrada más.

CORO.

¡Feliz el poseedor de toda la sabiduría! Mil pruebas lo demuestran. Esquilo, gracias á su ingenio y habilidad, vuelve á su casa para dicha de sus conciudadanos, amigos y parientes. Guardémonos de charlar con Sócrates, despreciando la música y demas accesorios importantes de las Musas trágicas. El pasarse la vida en discursos enfáticos y vanas sutilezas, es haber perdido el juicio.

PLUTON.

Parte gozoso, Esquilo; salva nuestra ciudad con tus buenos consejos y castiga á los tontos: ¡hay tantos! Entrega esta cuerda (1) á Cleofon (2), esta á los recaudadores Mirmex y Nicómaco (3), y ésta á Arquénomo (4), y díles que se vengan por aquí pronto y sin tardar. Pues si no bajan en seguida, los agarro, los marco á fuego (5), y atándolos de piés

(1) Para que se ahorquen.
(2) Extranjero influyente, enemigo de la paz.
(3) Recaudadores concusionarios. Contra Nicómaco se ha conservado un alegato de Lísias.
(4) Desconocido.
(5) Como á los esclavos fugitivos.

y manos con Adimante (1), hijo de Leucólofo, los precipito, hechos un fardo, á los infiernos.

ESQUILO.

Cumpliré tus órdenes: coloca tú en mi trono á Sófocles para que me lo conserve y guarde, por si acaso vuelvo; porque despues de mí, le creo el más hábil. En cuanto á ese intrigante, impostor y chocarrero, haz que jamás ocupe mi puesto, áun cuando quieran dárselo contra su voluntad.

PLUTON. *(Al Coro.)*

Alumbradle con vuestras sagradas antorchas, y acompañadle cantando sus propios himnos y coros.

CORO.

Dioses infernales, conceded un buen viaje al poeta que retorna á la luz, y á nuestra ciudad grandes y sensatos pensamientos. De esta suerte nos libraréis de los grandes males y del horrible estruendo de las armas. Cleofon y los que como él piensan, váyanse á pelear á su patria (2).

(1) General ateniense que mandaba parte de la flota.
(2) Da á entender que son extranjeros.

FIN DE LAS RANAS.

LAS JUNTERAS.

NOTICIA PRELIMINAR.

Protágoras, y despues Platon, en sus tratados de *República*, habian sentado teorías peligrosas, que el mágico estilo del segundo hacía más de temer. Aparte de mil innovaciones en lo relativo al gobierno y administracion de los Estados, las ideas más repugnantes á la naturaleza humana, que descuellan en la república del fundador de la Academia, son las relativas á la comunidad de bienes, y sobre todo á la de hijos y mujeres, reglamentada con detalles dignos de una ley para el fomento de la cria caballar (1). Aristófanes, que ya habia combatido enérgicamente á los filósofos en *Las Nubes*, vuelve á la carga contra ellos en *Las Junteras* (2), cubriendo de ridículo sus hipótesis y quimeras so-

(1) V. *La República*, lib. v.

(2) Esta nos parece la traduccion más breve y exacta del Ἐκκλησιάζουσαι. Otros traducen *Las Arengadoras* (Rubió y Ors: *Apuntes para una Hist. de la Sat.*, p. 27), ó el *Congreso de las Mujeres*. (Camús, *Estudios de lit. griega*, ya citados.)

bre los dos puntos principales que acabamos de indicar; y mostrando con una serie de cuadros y de escenas, llenas de colorido y de verdad, los extremos á que conduciria el planteamiento de un comunismo absurdo.

El poeta se vale en *Las Junteras* como en *La Lisistrata* del sexo femenino para lograr su objeto, presentándonos una nueva conspiracion mujeril. Las Atenienses, capitaneadas por Praxágora, resuelven introducir cambios fundamentales en la constitucion de la República. Disfrazadas de hombres, armadas de bastones lacedemonios, envueltas en los mantos de sus maridos, y oculto el rostro en sendas barbas postizas, invaden el Pnix ántes de amanecer, no sin haber tenido un ensayo de oratoria. Aprovechándose de la pereza de los ciudadanos y de lo que les retrasa el no hallar sus vestidos, hacen aprobar una ley estableciendo la comunidad más completa en los bienes y en los goces del amor. Síguese una admirable escena del mismo corte de la del *Justo* y el *Injusto* en *Las Nubes*, en la cual Aristófanes pinta de mano maestra esos dos eternos tipos del bueno y del mal ciudadano, del hombre amante de la justicia y del que sólo atiende á su particular interes. Vienen despues otras en que varias viejas y una muchacha se disputan, con arreglo á las disposiciones recientes, el amor de un hermoso jóven, descendiendo en ellas la Musa aristofánica, como lo resbaladizo del asunto hace suponer, á su acostumbrada licencia y obscenidad.

En esta comedia no hay que buscar el desarrollo de la accion, nudo, intriga ni desenlace, pues no es, como casi todas las de Aristófanes, especialmente *Las Ranas* y *La Paz*, más que una serie de cuadros y animadas pinturas llenas de alegría, de chistes, de sales cómicas y de verdad. Entre los especiales méritos de *Las Junteras*, es de notar la elevacion y gracia de su estilo, que en casi todas sus escenas tiene, al decir de Brumoy (1), un aire trágico, parodia del de *La Menalipe* de Eurípides, en que éste delineaba el tipo de la mujer-filósofo, y que en las arengas preparatorias presenta burlescas imitaciones de los discursos que solian pronunciarse en el Pnix.

Las Junteras, segun el dato nada más que probable que su verso 194 nos proporciona, debieron representarse el año 393 ántes de Jesucristo, pues la alianza de que dicho pasaje hace mencion, se cree fuera la de los Atenienses con los de Corinto, Beocia y Argólida, en contra de Esparta, la cual se pactó en el referido año.

En esta comedia falta la parábasis, sin duda porque, despues de la toma de Aténas por Lisandro, el gobierno de los Treinta prohibió á los poetas cómicos hacer alusiones personales y atacar la política, reduciéndoles á los límites de la sátira general.

(1) *Le Théatre des Grecs*, t. VI, pág. 313.

PERSONAJES.

PRAXÁGORA.
VARIAS MUJERES.
CORO DE MUJERES.
BLÉPIRO.
UN HOMBRE.
CRÉMES.
CIUDADANO 1.º, que aporta sus bienes al comun.
CIUDADANO 2.º, que no los aporta.
UN HERALDO.
VARIAS VIEJAS.
UNA JÓVEN.
UN JÓVEN.
UNA CRIADA.
EL DUEÑO.

La accion pasa en la plaza pública de Aténas.

LAS JUNTERAS.

PRAXÁGORA. *(Adelantándose con una lámpara en la mano.)*

¡Brillante resplandor de mi lámpara de arcilla (1), que desde esta altura atraes todas las miradas; tú, cuyo nacimiento y aventuras quiero celebrar, hija de la rápida rueda del alfarero, émula del sol por el fulgor radiante de tu pábilo, haz con los movimientos de tu llama la convenida señal! Tú eres la única confidente de nuestros secretos, y lo eres con motivo, pues cuando en nuestros dormitorios ensayamos las diferentes posiciones del amor, sola nos asistes, y nadie te rechaza por testigo de sus voluptuosos movimientos. Tú sola, al abrasar su vegetacion feraz, iluminas nuestros recónditos encantos (2). Tú sola nos acompañas

(1) Parodia de algunos prólogos de tragedia.
(2) *In arcanos usque feminum recessus deustulans pullulantes pilos.* Sobre esta costumbre véase *Las Fiestas de Céres*, 216, 242, 291; *Lisístrata*, 821.

cuando furtivamente penetramos en las despensas llenas de báquicos néctares y sazonadas frutas; y, aunque cómplice de nuestras fechorías, jamás se las revelas á la vecindad. Justo es, por tanto, que sepas tambien los actuales proyectos aprobados por las mujeres mis amigas en las fiestas de los Esciros (1). Pero ninguna de las que deben acudir se presenta, y empieza ya á clarear el dia y de un momento á otro dará principio la asamblea. Es necesario apoderarnos de nuestros puestos, que, como yo recordaréis, dijo el otro dia Firómaco (2), deben ser *los otros* (3), y una vez sentadas, mantenernos ocultas. ¿Qué les ocurrirá? ¿Quizá no habrán podido ponerse las barbas postizas como quedó acordado? ¿Les será difícil apoderarse de los trajes de sus maridos? — ¡Ah! allí veo una luz que se aproxima. Voy á retirarme un poco, no sea un hombre.

MUJER PRIMERA.

Ya es hora de marchar: cuando salíamos de

(1) Estas fiestas se celebraban en el mes Esciroförion, que de ellas tomaba nombre, correspondiente á nuestro Junio. Paseábanse en ellas las estatuas de los dioses bajo doseles ó palios llamados σκίρος.

(2) Desconocido.

(3) Sin duda Firómaco, despues de hablar de los asientos que las mujeres debian ocupar en los espectáculos, llamó á los de los hombres τὰς ἑτέρας, *los otros*. Praxágora trata, pues, de apoderarse de éstos para realizar sus planes. Este pasaje ha suscitado muchas dificultades para su inteligencia, por haberse leido por muchos editores τὰς ἑταίρας, *las cortesanas*.

casa, el heraldo ha cantado por segunda vez (1).

PRAXÁGORA.

Yo he pasado toda la noche en vela esperándoos. Aguardad, voy á llamar á esta vecina arañando suavemente su puerta; porque es preciso que su marido nada note.

MUJER SEGUNDA.

Ya he oido, al ponerme los zapatos, el ruido de tus dedos, pues no estaba dormida; pero mi esposo, que es un marinero de Salamina, no me ha dejado descansar en toda la noche; en este mismo momento he podido por fin apoderarme de sus vestidos.

MUJER PRIMERA.

Ya vienen Clináreta, Sóstrata y su vecina Filéneta.

PRAXÁGORA.

¡Apresuraos! Glice ha jurado que la que llegue la última pagará en castigo tres congios de vino y un quénice de garbanzos.

MUJER PRIMERA.

¿Ves á Melística, la mujer de Esmicition, que viene con los zapatos de su marido? Esa es la única, á mi parecer, que se ha separado sin dificultad de su esposo.

MUJER SEGUNDA.

Mirad á Gensístrata, la mujer del tabernero, con su lámpara en la mano, acompañada de las esposas de Filodoreto y Querétades.

(1) Este heraldo es un gallo.

PRAXÁGORA.

Veo tambien á otras muchas, flor y nata de la ciudad, que se dirigen hácia nosotras.

MUJER TERCERA.

Querida mia, me ha costado un trabajo infinito el poder escaparme de casa sin que me vieran. Mi marido ha estado tosiendo toda la noche (1) por haber cenado demasiadas sardinas.

PRAXÁGORA.

Sentaos; y ya que estais reunidas, decidme si habeis cumplido ó no lo que acordamos en la fiesta de los Esciros.

MUJER CUARTA.

Yo sí. Lo primero que hice, como convinimos, fué ponerme los sobacos más hirsutos que un matorral. Despues, cuando mi marido se iba á la plaza, me untaba con aceite de piés á cabeza, y me tostaba al sol durante todo el dia (2).

MUJER QUINTA.

Yo tambien he suprimido el uso de la navaja (3) para estar completamente velluda, y no parecer mujer en nada absolutamente.

PRAXÁGORA.

¿Traeis las barbas con que acordamos presentarnos todas en la asamblea?

MUJER CUARTA.

¡Por Hécate! yo tengo una hermosísima.

---

(1) *Tota me nocte usque, et usque agitavit en stragulis.*
(2) Para tener el cutis más moreno y varonil.
(3) Para afeitarse. Otras veces empleaban una lámpara con el mismo objeto.

MUJER QUINTA.

Y yo otra más bella que la de Epícrates (1).

PRAXÁGORA.

Y vosotras ¿qué decís?

MUJER CUARTA.

Hacen señas afirmativas.

PRAXÁGORA.

Tambien veo que os habeis provisto de lo demas; pues traeis calzado lacedemonio, bastones y trajes de hombre, como dijimos.

MUJER SEXTA.

Yo traigo el baston de Lámia, á quien se lo he quitado miéntras dormia.

PRAXÁGORA.

Es uno de aquellos bastones bajo cuyo peso se doblega (2).

MUJER SEXTA.

¡Por Júpiter salvador! si ese hombre se pusiera la piel de Argos (3), sería el único para administrar la cosa pública.

PRAXÁGORA.

Ea, miéntras hay todavía estrellas en el cielo

---

(1) Orador demagogo. Su barba era tan espesa y crecida que le bajaba hasta la cintura, cubriéndole todo el pecho á guisa de escudo, por lo cual se le llamaba σακέσφορος.
(2) *Pedit.*
(3) Pasaje difícil de comprender por aludir á alguna circunstancia que nos es desconocida. La conjetura más probable es la de que, si Lamia tuviera ingenio y perspicacia, como audacia y fuerza, sería un demagogo muy influyente.

dispongamos lo que debemos hacer; pues la asamblea, para la cual venimos dispuestas, principiará con la aurora.

MUJER PRIMERA.

¡Por Júpiter! tú debes tomar asiento al lado de la tribuna, frente á los Pritáneos.

MUJER SÉTIMA.

Yo me he traido esta lana para carmenarla durante la asamblea.

PRAXÁGORA.

¿Durante la asamblea? ¡desdichada!

MUJER SÉTIMA.

Sin género de duda. ¿Dejaré de oir porque esté cardando? Tengo á mis hijitos desnudos.

PRAXÁGORA.

¡Esta quiere cardar cuando es preciso no dejar ver á los asistentes ninguna parte de nuestro cuerpo! ¡Estaria bonito que en medio de la multitud una de nosotras se lanzase á la tribuna, y se dejase ver al natural! (1). Por el contrario, si envueltas en nuestros mantos ocupamos los primeros puestos, nadie nos reconocerá; y si además sacamos fuera del embozo nuestras soberbias barbas y las dejamos extenderse sobre el pecho, ¿quién será capaz de no tomarnos por hombres? Agirrio (2),

(1) *Ostenderet Phornissium.* Este general era muy velludo: *significat inde Praxigora pudendum muliebre.*
(2) General ateniense, de costumbres depravadas que, sin duda para aparecer más respetable se dejaba crecer la barba. Fué objeto de muchos ataques de los poetas cómicos, cuyos derechos suprimió. (Véase JENOFONTE, *Helén.*, v, 8, 31.)

gracias á la barba de Prónomo (1), engañó á todo el mundo: ántes era mujer, y ahora, como sabeis, ocupa el primer puesto en la ciudad. Por tanto, yo os conjuro por el dia que va á nacer, á que acometamos esta audaz y grande empresa para ver si logramos apoderarnos del gobierno en pro de la república; porque al presente ni á remo ni á vela se mueve la nave del Estado.

MUJER SÉTIMA.

¿Pero cómo podrán encontrarse oradores en una junta de mujeres?

PRAXÁGORA.

Nada más fácil. Es cosa corriente que los jóvenes más disolutos sean en general los de mejor palabra; y, por fortuna, esta condicion no nos falta á nosotras.

MUJER SÉTIMA.

No sé, no sé; la inexperiencia es peligrosa.

PRAXÁGORA.

Por eso mismo nos hemos reunido aquí, para preparar nuestros discursos. Vamos, poneos pronto las barbas, tú y todas las que se han ejercitado en hablar.

MUJER OCTAVA.

Pero, loca, ¿quién de nosotras no sabe hablar?

PRAXÁGORA.

Ea, ponte la barba y conviértete cuanto ántes en hombre. Aquí dejo las coronas (2); ahora me voy á

(1) Flautista notable por su hermosa barba.
(2) Que se ponian los que hablaban en público.

plantar yo tambien la barba, por si acaso tengo necesidad de decir algo.

MUJER SEGUNDA.

Querida Praxágora, ¡mira, mira qué ridiculez!

PRAXÁGORA.

¿Cómo ridiculez?

MUJER SEGUNDA.

Nuestras barbas parecen una sarta de calamares asados.

PRAXÁGORA.

Purificador, da vuelta con el gato (1): adelante: silencio. Arifrádes (2), pasa y ocupa tu puesto. ¿Quién quiere usar de la palabra?

MUJER OCTAVA.

Yo.

PRAXÁGORA.

Ponte esa corona (3), y buena suert

MUJER OCTAVA.

Ya está.

PRAXAGORA.

Principia, pues.

MUJER OCTAVA.

¿Antes de beber?

PRAXÁGORA.

¿Cómo beber?

---

(1) En vez del cochinillo, con cuya sangre se purificaba el recinto de la asamblea. (Véase *Los Acarnienses.*)

(2) Sus impurezas fueron anatematizadas en *Los Caballeros*. Aquí lo mezcla entre las mujeres por sus costumbres afeminadas.

(3) Estas coronas eran generalmente de olivo verde.

MUJER OCTAVA.

Pues si no, necia, ¿para qué necesito la corona?

PRAXÁGORA.

Véte; quizá allí nos hubieras hecho lo mismo.

MUJER OCTAVA.

¿Pero suelen beber los hombres en la asamblea?

PRAXÁGORA.

¡Vuelta al beber!

MUJER OCTAVA.

Sí, por Diana, y de lo más puro. Por eso, á los que los examinan y estudian detenidamente les parecen sus insensatos decretos resoluciones de borrachos. Además, si no hubiese vino, ¿cómo harian las libaciones á Júpiter, y demas ceremonias? Por otra parte, suelen maltratarse como personas que han bebido demasiado, y los arqueros se ven obligados á llevarse de la asamblea á más de un borracho revoltoso.

PRAXÁGORA.

Véte y siéntate; no sirves para nada.

MUJER OCTAVA.

Para eso, maldita la falta que me hacía el haberme puesto la barba: la sed me abrasa las entrañas.

PRAXAGORA.

¿Hay alguna otra que quiera hablar?

MUJER NOVENA.

Yo.

PRAXÁGORA.

Pues ponte la corona: la cosa marcha. Procura pronunciar un discurso bello y vigoroso, apoyándote con majestad sobre tu báculo.

MUJER NOVENA.

«Hubiera deseado ciertamente que cualquiera de los que están avezados á las lides oratorias me hubiera permitido con lo excelente de sus proposiciones permanecer tranquilo en mi lugar; mas no puedo consentir, por lo que á mí respecta, que en las tabernas se construyan aljibes (1). ¡No, por las dos diosas!...»

PRAXÁGORA.

¡Por las dos diosas! (2) ¿En qué estás pensando, desdichada?

MUJER NOVENA.

¿Qué hay? todavía no te he pedido de beber.

PRAXÁGORA.

Es verdad; pero, siendo hombre, has jurado por las dos diosas: lo demas ha estado bien.

MUJER NOVENA.

Tienes razon, por Apolo.

PRAXÁGORA.

¡Basta! no doy un paso para ir á la asamblea sin que todo quede perfectamente arreglado.

MUJER NOVENA.

Dáme la corona: voy á arengar de nuevo. Ahora ya creo que lo he pensado bien. «En cuanto á mí, oh mujeres aquí reunidas.....»

PRAXÁGORA.

¡Desdichada! ahora dices «mujeres» en vez de hombres.

(1) Donde los antiguos conservaban el vino.
(2) Era un juramento peculiar á las mujeres.

MUJER NOVENA.

Epígono (1) tiene la culpa. Le estaba mirando, y he creido que hablaba delante de mujeres.

PRAXÁGORA.

Retírate á tu asiento. Yo misma hablaré por vosotras y me ceñiré la corona, pidiendo ántes á los dioses que concedan un éxito feliz á nuestra empresa.

«La felicidad de este país me interesa tanto como á vosotros, y me conduelen y lastiman los desórdenes de nuestra ciudad. Véola, en efecto, siempre gobernada por perversos jefes; y considero que si uno llega á ser bueno un solo dia, luégo es malo otros diez. ¿Quereis encomendar á otro el gobierno? de seguro que será peor. Difícil es, ciudadanos, corregir ese vuestro descontentadizo humor, que os hace temer á los que os aman, y suplicar incesantemente á los que os detestan. Hubo un tiempo en que no teníamos asambleas, y pensábamos que Agirrio (2) era un bribon; hoy que las tenemos, el que recibe dinero no tiene boca para ponderarlas; mas el que nada recibe, juzga dignos de pena capital á los que trafican con las públicas deliberaciones.»

MUJER PRIMERA.

¡Muy bien dicho, por Vénus!

PRAXÁGORA.

¡Infeliz, has nombrado á Vénus! Nos dejarás lucidas si sales con esa pata de gallo en la asamblea.

(1) Bardaje desconocido.
(2) Citado poco ántes.

MUJER PRIMERA.

Pero no lo diré.

PRAXÁGORA.

Bueno es que no te acostumbres.

«Cuando deliberábamos sobre la alianza (1), todo el mundo decia que era inminente la perdicion de la república si no se llegaba á hacer: hízose por fin, y todo el mundo lo llevó tan á mal, que el orador que la habia aconsejado huyó y no ha vuelto á parecer (2). Es necesario armar naves—sostienen los pobres.—No es necesario—opinan los labradores y los ricos.—¿Os indisponeis con los Corintios? Ellos os pagan en la misma moneda. Ahora, pues, que los teneis amigos, sedlo vosotros tambien. El argivo es ignorante; pero Hierónimo es un sabio (3). ¿Asoma una ligera esperanza de salvacion? (4) en seguida la rechazais... Ni el mismo Trasíbulo (5) si fuese llamado (6). . . . .
. . . . »

(1) Esta alianza es la de los Atenienses con los Corintios, Beocios y Argivos, contra Lacedemonia. (Véase la Noticia preliminar, nota.)

(2) Este orador fué Conon probablemente. Habiendo pasado al Asia menor, fué hecho prisionero y encarcelado en Sárdes por Teribázes, sátrapa persa. (Véase CORNELIO NEPOTE, *Vida de Conon.*)

(3) General al cual encomendó Conon el mando de la flota, al partir á Persia. (Véase DIODORO SÍCULO, XIV, 81.) El Escoliasta toma 'αργεῖος por nombre propio. El elogio á Hierónimo es irónico.

(4) Aristófanes alude á la batalla naval de Cnido, ganada por Conon á los Lacedemonios.

(5) Éste, que libertó á Aténas en 401, estaba alejado con un pretexto honroso.

(6) Falta la conclusion del discurso de Praxágora.

MUJER PRIMERA.

¡Qué hombre tan hábil!

PRAXÁGORA.

Ese elogio ya está en regla. «¡Tú, oh pueblo, eres la causa de todos estos males! Pues te haces pagar un sueldo de los fondos del Estado, con lo cual cada uno mira sólo á su particular provecho, y la cosa pública anda cojeando como Esimo (1). Pero si me atendeis, aún podeis salvaros. Mi opinion es que debe entregarse á las mujeres el gobierno de la ciudad, ya que son intendentes y administradores de nuestras casas.»

MUJER SEGUNDA.

¡Bravo! ¡bravo! ¡bravo! Prosigue, amigo mio, prosigue.

PRAXÁGORA.

«Os demostraré que son infinitamente más sensatas que nosotros. En primer lugar, todas, segun la antigua costumbre, lavan la lana en agua caliente, y jamás se las ve intentar temerarias novedades. Si la ciudad de Aténas imitase esta conducta y se dejase de innovaciones peligrosas, ¿no tendria asegurada su salvacion? Se sientan para freir las viandas, como ántes; llevan la carga en la cabeza, como ántes; celebran las Tesmoforias, como ántes; amasan las tortas, como ántes; hacen rabiar á sus maridos, como ántes; ocultan en casa á los galanes, como ántes; sisan, como ántes; les gusta

(1) Personaje desconocido, que además de ser cojo era ignorante.

el vino puro, como ántes; y se complacen en el amor, como ántes. Entregándoles, oh ciudadanos, las riendas del gobierno, no nos cansemos en inútiles disputas, ni les preguntemos lo que van á hacer; dejémoslas en plena libertad de accion, considerando solamente que, como son madres, pondrán todo su empeño en economizar soldados. Además, ¿quién les suministrará con más celo las provisiones que la que les parió? La mujer es ingeniosísima, como nadie, para reunir riquezas; y si llegan á mandar, no se las engañará fácilmente, por cuanto ya están acostumbradas á hacerlo. No enumeraré las demas ventajas; seguid mis consejos, y sereis felices toda la vida.»

MUJER PRIMERA.

¡Divina, admirable, dulcísima Praxágora! ¿Dónde has aprendido á hablar tan bien, amiga mia?

PRAXÁGORA.

En el tiempo de la fuga (1) habité con mi esposo en el Pnix, y, á fuerza de oir á los oradores, he aprendido á arengar.

MUJER PRIMERA.

Ya no me extraña que seas tan hábil y elocuente. Tú serás nuestro jefe: procura poner en práctica tus proyectos. Pero si Céfalo (2) se lanza sobre tí para injuriarte, ¿cómo le replicarás en la asamblea?

---

(1) Al principio de la guerra del Peloponeso, cuando los habitantes del campo se refugiaron en Aténas.
(2) Demagogo.

PRAXÁGORA.

Le diré que delira.

MUJER PRIMERA.

Eso lo sabe todo el mundo.

PRAXÁGORA.

Que es un atrabiliario.

MUJER PRIMERA.

Tambien eso se sabe.

PRAXÁGORA.

Que es tan buen político como mal alfarero (1).

MUJER PRIMERA.

¿Y si te insulta el legañoso Neóclides? (2).

PRAXÁGORA.

A ese le diré que vaya á mirar por el trasero de un perro (3).

MUJER PRIMERA.

¿Y si te empujan? (4).

PRAXÁGORA.

Les empujaré yo; en ese ejercicio pocos me ganarán.

MUJER PRIMERA.

En una cosa no hemos pensado: si se te llevan los arqueros, ¿qué harás?

---

(1) El padre de Céfalo ejercia este oficio.
(2) Aristófanes vuelve á ocuparse de Neóclides en el *Pluto*.
(3) Frase proverbial que se decia á los que tenian los ojos malos.
(4) Esta palabra tiene además un sentido obsceno.

PRAXÁGORA.

Me defenderé poniéndome así, en jarras, y no me dejaré coger por medio del cuerpo.

MUJER PRIMERA.

Si te sujetan, nosotras les diremos que te suelten.

MUJER SEGUNDA.

Todo eso está perfectamente dispuesto; pero de lo que no nos hemos ocupado es de la manera de levantar las manos (1) en la junta: nosotras que sólo estamos acostumbradas á levantar las piernas (2).

PRAXÁGORA.

Eso es lo difícil; y sin embargo no hay más remedio que alzar las manos, descubriendo el brazo hasta el hombro. Vamos, levantaos las túnicas, y poneos pronto los zapatos lacedemonios como habeis visto que lo hacen nuestros maridos todos los dias al salir ó al dirigirse á la asamblea. En cuanto os hayais calzado perfectamente, sujetaos las barbas; despues de atadas éstas con todo esmero, envolveos en los mantos sustraidos á vuestros esposos, y marchad, apoyándoos en los bastones, y entonando alguna vieja cancion á imitacion de los campesinos.

MUJER SEGUNDA.

Bien dicho; pero cojámosles la delantera, pues creo que otras mujeres vendrán del campo al Pnix.

(1) Se votaba levantando las manos.
(2) *Obsceno sensu.*

PRAXÁGORA.

Apresuraos; ya sabeis que los que no están en el Pnix desde el amanecer, vuelven sin recibir el menor regalo.

CORO.

Llegó el momento de partir, ¡oh hombres! (esta palabra no debe caérsenos nunca de la boca por temor á un descuido, porque á la verdad no lo pasaríamos muy bien, si se nos sorprendiera fraguando esta conspiracion en las tinieblas). Hombres, vamos á la asamblea.

El Tesmóteta (1) ha dicho que todo el que á primera hora y ántes de disiparse las tinieblas de la noche no se haya presentado cubierto de polvo, contento con su provisioncilla de ajos, y mirando severamente, se quedará sin el trióbolo. Caritímides, Esmícito, Dráces, apresuraos y procurad no olvidar nada de lo que es necesario hacer. Cuando hayamos recibido nuestro salario, sentémonos juntos para votar decretos favorables á nuestras amigas. ¿Qué estoy hablando? queria decir nuestros amigos.

Procuremos expulsar á los que vengan de la ciudad; ántes, cuando sólo recibian un óbolo (2) por asistir á la asamblea, se estaban de sobremesa charlando con sus convidados; pero ahora la con-

(1) Nombre de los seis últimos arcontes, entre cuyas funciones estaba la de recoger los votos en la asamblea.
(2) Pasaje que sirve para probar que el salario de los asistentes á la asamblea, como el de los jueces, varió durante el trascurso de la guerra.

currencia es extraordinaria. En el arcontado del valiente Mirónides (1) nadie se hubiera atrevido á cobrar sueldo por su intervencion en los negocios públicos, sino que todo el mundo acudia trayéndose su botita de vino con un pedazo de pan, dos cebollas y tres ó cuatro aceitunas. Hoy, en cuanto se hace algo por la república, en seguida se reclama el trióbolo, como un mercenario albañil.

(Vanse.)

BLÉPIRO.

¿Qué es esto? ¿Adónde se ha marchado mi mujer? La aurora despunta ya y no parece por ninguna parte. Largo rato hace que, atormentado por una perentoria necesidad (2), ando á oscuras buscando mi manto y mis zapatos; pero, á pesar de mi empeño, no he podido encontrarlos á tientas; y como el ciudadano excremento llama impaciente á mi puerta, me he visto obligado á coger este chal de mi mujer y á calzarme los borceguíes pérsicos. ¿Mas dónde encontraré un lugar limpio en que poder hacer del cuerpo? ¡Eh! de noche todos los sitios son buenos, y nadie me verá. ¡Pobre de mí! ¡qué desgraciado soy por haberme casado en la vejez! ¡Oh! ¡bien merezco ser majado á golpes! De seguro

(1) General muy estimado. Tucídides (I, 105, 108) refiere muchas victorias ganadas por él. Fué contemporáneo de Pericles.
(2) *Cacaturiens.*

que no habrá salido para nada bueno. Pero sea lo que sea, desahoguémonos (1).

UN HOMBRE.

¿Quién va? ¿no es mi vecino Blépiro? ¡Por Júpiter! el mismo. Díme, ¿qué es eso de color rojo? ¿Cinésias (2) te ha llenado quizá de inmundicia?

BLÉPIRO.

No, he salido de casa con el vestido de color de azafran que suele ponerse mi mujer.

EL HOMBRE.

¿Pues dónde está tu manto?

BLÉPIRO.

No lo sé: lo he estado buscando mucho tiempo sobre la cama, y no lo he podido hallar.

EL HOMBRE.

¿Y por qué no has dicho á tu mujer que te lo buscase?

BLÉPIRO.

¡Si no está en casa! ¡si se ha escurrido yo no sé cómo! Por lo cual temo no me esté jugando alguna mala partida.

EL HOMBRE.

Por Neptuno, entónces te pasa lo mismo que á mí. Tambien mi mujer ha desaparecido llevándoseme el manto que suelo usar; y no es eso lo peor, sino que tambien me ha cogido los zapatos, pues no he podido encontrarlos en ninguna parte.

(1) *Cacandum est tamen.*
(2) En *Las Ranas* vimos que se acusaba á Cinésias de haber profanado las estatuas de Hécate, llenándolas de inmundicia.

BLÉPIRO.

Por Baco, ni yo mi calzado lacedemonio; y como apremiaba la necesidad, me he puesto á toda prisa sus coturnos, por no ensuciar la colcha, que está recienlavada

EL HOMBRE.

¿Qué podrá ser esto? ¿Le habrá convidado á comer alguna de sus amigas?

BLÉPIRO.

Eso creo yo; porque no es mala, que yo sepa.

EL HOMBRE.

¿Pero estás haciendo sogas? (1). Ya es hora de ir á la asamblea; pero tengo que hallar mi manto, pues no tengo más que uno.

BLÉPIRO.

Yo tambien, en cuanto acabe. Una maldita pera silvestre me obstruye la salida.

EL HOMBRE.

Será la misma que se le atravesó á Trasíbulo (2) con motivo de los Lacedemonios.

BLÉPIRO.

¡Por Baco, no hay quien la arranque! ¿Qué haré? porque no es sólo el mal presente lo que me aflige, sino el pensar por dónde habrá de salir lo que coma. Este maldito Acradusio (3) ha cerrado la

(1) *At tu funem cacas.*
(2) Este Trasíbulo, distinto del restaurador de la democracia en Aténas, habiendo prometido hablar contra los Lacedemonios que proponian una tregua, se disculpó diciendo que estaba ronco por haber comido peras silvestres.
(3) Nombre formado de ἀχράς, *pera silvestre.*

puerta á cal y canto. ¿Quién me traerá un médico? ¿y cuál? ¿Cuál es el más entendido en esta especialidad de la obstetricia? ¿Quizá Aminon? (1); pero no querrá venir. Buscadme á Antístenes (2) á toda costa: á juzgar por sus suspiros debe ser práctico en esto de extreñimientos. ¡Augusta Lucina (3), no me dejes morir de esta obstruccion para ser despues juguete de los cómicos! (4).

CRÉMES.

¡Eh, tú! ¿qué haces? ¿Tus necesidades?

BLÉPIRO.

¿Yo? no; me levanto: ya he concluido.

CRÉMES.

¿Te has puesto el vestido de tu mujer?

BLÉPIRO.

Lo he cogido sin saber, en la oscuridad. ¿De dónde vienes tú?

CRÉMES.

De la asamblea.

BLÉPIRO.

Pues qué ¿se ha concluido?

CRÉMES.

Ya lo creo, al amanecer. Por Júpiter, no me he

(1) Era un orador de los que Aristófanes designa en *Las Nubes* con el dicterio de εὐρυπρωκτοί, por lo cual invoca su auxilio Blépiro.
(2) Bardaje inmundo.
(3) Diosa protectora de los alumbramientos.
(4) Si llega alguno á sorprenderle en tan ridícula posicion.

reido poco viendo la pintura roja (1) extendida con profusion por todo el recinto.

BLÉPIRO.

¿Habrás recibido el trióbolo?

CRÉMES.

¡Ojalá! llegué tarde: eso es lo que siento: volverme á casa con el zurron vacío (2).

BLÉPIRO.

¿Cómo ha sido eso?

CRÉMES.

Ha habido en el Pnix una concurrencia de hombres como no hay memoria. Al verles, les tomamos á todos por zapateros (3), pues sólo se veian rostros blancos en aquella muchedumbre que llenaba la asamblea; por eso no he cobrado el trióbolo, y como yo, otros muchos.

BLÉPIRO.

¿De suerte que yo tampoco lo cobraria aunque fuera?

CRÉMES.

No por cierto; aunque hubieses ido al segundo canto del gallo.

BLÉPIRO.

¡Infeliz de mí! «¡Oh Antíloco! llórame más vivo

(1) Se refiere á la cuerda teñida de rojo, que servia para manchar á los morosos y no pagarles el trióbolo como á los puntuales. (Véase *Los Acarnienses.*)

(2) En el cual pensaba traer las provisiones compradas con el trióbolo.

(3) Porque trabajando dentro de sus talleres no tenian el cútis tan moreno como los de otros oficios.

sin el trióbolo que muerto con él: perdido soy (1).» ¿Pero por qué acudió esa multitud tan temprano?

CRÉMES.

Los Pritáneos habian resuelto abrir un debate sobre el medio de salvar la república. Al instante se plantó el primero en la tribuna el legañoso Neóclides (2); y al punto gritó el pueblo en masa (ya puedes figurarte con qué fuerza): «¿No es una indignidad que, tratándose de la salvacion de la república, se atreva á arengarnos ese que ni siquiera ha podido salvar sus pestañas?» Entónces Neóclides, replicando y mirando en derredor: «¿Pues qué debia hacer?» (3) ha dicho.

BLÉPIRO.

«Machacar ajos, con jugo de laserpicio y euforbio de Lacedemonia y untarte con ello los párpados á la noche», le contesto yo, si estoy presente.

CRÉMES.

Despues de Neóclides, el ingenioso Eveon (4) se ha presentado desnudo, segun creian los más (5), aunque él aseguraba que llevaba manto, y ha pronunciado un discurso lleno de espíritu popular. «Ya veis, decia, que yo mismo tengo necesidad de ser salvado, y que me hacen falta precisa diez y seis

(1) Parodia de un verso de *Los Mirmídones* de Esquilo.

(2) Citado en el verso 254.

(3) Parodia del verso 551 del *Oréstes* de Eurípides.

(4) Ciudadano sumamente pobre á quien se daba ese nombre por antífrasis. (εὖ αἰών, *buena vida*)

(5) Perífrasis para indicar el deplorable estado de su vestido.

dracmas (1); sin embargo, no por eso dejaré de hablar de los medios de salvar á la república y á los ciudadanos. En efecto, si al principiar el invierno los bataneros suministrasen mantos de abrigo á los necesitados, ninguno de nosotros sería atacado nunca por la pleuresía. Además, propongo que los que carezcan de camas y de colchas, se vayan despues del baño á dormir á casa de un curtidor, el cual, si se niega á abrir la puerta en invierno, debe ser condenado á pagar tres pieles de multa.»

BLÉPIRO.

¡Excelente idea! pero hubiera debido añadir (y de seguro que nadie le contradice) que los vendedores de harina tendrán obligacion de dar tres quénices á los indigentes bajo las más severas penas; así, al ménos, Nausícides (2) podria ser útil al pueblo.

CRÉMES.

Luégo ha subido á la tribuna un hermoso jóven (3), muy blanco y parecido á Nícias (4), y ha principiado por decir que convenia entregar á las mujeres el gobierno de la república. Entónces la muchedumbre de zapateros (5) empezó á alborotarse y á gritar que tenía razon; pero los habitantes del campo se opusieron vivamente.

(1) Sin duda para comprarse un manto.
(2) Rico comerciante en harinas.
(3) Praxágora.
(4) Se cree que este Nícias sea un nieto del ilustre general del mismo nombre, que murió en la expedicion á Sicilia, doce años ántes de representarse *Las Junteras*.
(5) Es decir, las gentes de cútis blanco.

BLÉPIRO.

Y les sobraban motivos, ¡por Júpiter!

CRÉMES.

Pero eran ménos. En tanto el orador continuaba vociferando más y mejor, haciendo mil elogios de las mujeres y diciendo tempestades de tí.

BLÉPIRO.

¿Pues qué dijo?

CRÉMES.

Primero, que eras un bribon.

BLÉPIRO.

¿Y tú?

CRÉMES.

No me preguntes todavía... Despues, un ladron.

BLÉPIRO.

¿Yo sólo?

CRÉMES.

Sí, por cierto; y un delator.

BLÉPIRO.

¿Yo sólo?

CRÉMES.

Tú, y toda esa turba.

BLÉPIRO.

¿Quién dirá lo contrario?

CRÉMES.

«Las mujeres, proseguia, están llenas de discrecion y dotadas de especial aptitud para atesorar: las mujeres no divulgan jamás los secretos de las Tesmoforias; al paso que tú y yo (añadia)

revelamos siempre las decisiones del Senado.»

BLÉPIRO.

Y no mentia, ¡por Mercurio!

CRÉMES.

«Las mujeres, continuaba, se prestan unas á otras vestidos, alhajas, plata, vasos, á solas, sin testigos, y se lo devuelven todo religiosameute, sin engañarse nunca, lo cual no hacemos la mayor parte de los hombres.»

BLÉPIRO.

¡Por Neptuno! es cierto; y aunque haya habido testigos.

CRÉMES.

«Las mujeres jamás delatan ni persiguen á nadie en justicia, ni conspiran contra el gobierno democrático.» En fin, concluyó concediéndoles todas las buenas prendas imaginables.

BLÉPIRO.

¿Y qué se resolvió por último?

CRÉMES.

Encomendarlas la direccion del Estado: es la única novedad que no se habia ensayado en Aténas.

BLÉPIRO.

¿Eso se decretó?

CRÉMES.

Yo te lo aseguro.

BLÉPIRO.

¿De modo que quedan á cargo de las mujeres todas las cosas que ántes estaban al nuestro?

CRÉMES.

Eso es.

BLÉPIRO.

¿Y en vez de ir yo, será mi mujer la que vaya al tribunal?

CRÉMES.

Y tu mujer y no tú será la que en adelante alimente á los hijos.

BLÉPIRO.

¿Y no tendré que bostezar desde el amanecer?

CRÉMES.

No por cierto, todo es ya cuidado de las mujeres; tú te quedarás en casa con entera comodidad.

BLÉPIRO.

Sólo una cosa es de temer para las personas de nuestra edad, y es que en cuanto se apoderen de las riendas del gobierno, no nos obliguen...

CRÉMES.

¿A qué?

BLÉPIRO.

A pagarles el débito.

CRÉMES.

¿Y si no podemos?

BLÉPIRO.

No nos darán de comer.

CRÉMES.

Pues bien, arréglatelas de modo que comas y pagues.

BLÉPIRO.

Siempre es odioso lo que se hace por fuerza.

CRÉMES.

Pero cuando el bien de la república lo exige, debemos resignarnos: ya sabes que de antiguo se dice

que nuestros más insensatos y descabellados decretos son los que suelen darnos resultados mejores. ¡Augusta Pálas y demas diosas, haced que así sea.—Yo me voy. Pásalo bien.

BLÉPIRO.

Igualmente, Crémes.

(Vanse.)

CORO.

En marcha, adelante. ¿Nos sigue algun hombre? Vuélvete y mira; ten mucho cuidado, porque hay una multitud de redomados bribones, que espian por detras nuestro talante. Haz al andar el mayor ruido posible. Sería para todas la mayor vergüenza el ser sorprendidas por los hombres. Envuélvete bien, mira á todas partes, á la derecha, á la izquierda, no fracase nuestra empresa. Apretemos el paso: ya estamos cerca del lugar de donde partimos para la asamblea; ya se ve la casa de nuestra generala, la atrevida autora del decreto aprobado por los ciudadanos. Vamos, no hay que retrasarse y dar tiempo á que alguno nos sorprenda con barbas postizas y nos denuncie. Retirémonos á la sombra, detras de esa pared, y, mirando con precaucion, cambiémonos de traje y vistámonos con el ordinario. No hay que tardar. Mirad, ya viene de la asamblea nuestra generala. Apresuraos todas; es ridículo el tener aún puestas estas barbas, mucho más cuando aquellas compañeras vuelven ya con su habitual vestido.

PRAXÁGORA.

¡Oh mujeres! todos nuestros proyectos se han visto coronados por el éxito más favorable. Antes de que ningun hombre os vea, arrojad los mantos, quitaos ese calzado, desatad las correas lacedemonias y dejad los bastones. Encárgate tú del tocado de esas mujeres; yo voy á entrar con precaucion en casa ántes de que me vea mi marido, y á poner el manto y demas prendas en el sitio de donde las cogí.

CORO.

Ya están cumplidas todas las órdenes; sólo falta que ahora nos digas lo que debemos hacer para demostrarte nuestra sumision, pues nunca he visto mujer más hábil y enérgica que tú.

PRAXÁGORA.

Quedaos para que me aconsejeis sobre el ejercicio de la autoridad de que acabo de ser investida. Ya en medio del tumulto he tenido ocasion de observar vuestra energía para los más arduos negocios.

BLÉPIRO.

¡Eh, Praxágora! ¿de dónde vienes?

PRAXÁGORA.

¿Qué se te importa, querido mio?

BLÉPIRO.

¿Qué se me importa? ¡vaya una pregunta!

PRAXÁGORA.

Al ménos no dirás que vengo de los brazos de un amante.

BLÉPIRO.

No de uno solo, quizá.

PRAXÁGORA.

Puedes averiguarlo.

BLÉPIRO.

¿Cómo?

PRAXÁGORA.

Mira si mi cabeza huele á perfumes.

BLÉPIRO.

¿Pues qué, los perfumes son indispensables para esas cosas?

PRAXÁGORA.

Para mí sí lo son.

BLÉPIRO.

¿Adónde has ido tan temprano y tan callandito llevándote mi manto?

PRAXÁGORA.

Me ha enviado á llamar una de mis amigas, que estaba con dolores de parto.

BLÉPIRO.

¿Y no podias habérmelo dicho ántes de marcharte?

PRAXÁGORA.

Pero, marido mio, ¿habia de dejarla sin asistencia en una necesidad tan urgente?

BLÉPIRO.

Bastaba una palabra. Aquí hay gato encerrado.

PRAXÁGORA.

¡No, por las dos diosas! fuí como estaba, porque me decia que acudiera á toda prisa.

BLÉPIRO.

¿Y por qué no llevaste tus vestidos? Léjos de eso te apoderas de los mios, me echas encima la túnica, y te largas dejándome como á un cadáver, salvo las coronas y los perfumes.

PRAXÁGORA.

Hacía frio y yo soy débil y delicada, y te cogí el manto por llevar más abrigo: además, marido mio, te dejé bien calentito bajo las colchas.

BLÉPIRO.

¿Y los zapatos lacedemonios y el baston, para qué te los llevaste?

PRAXÁGORA.

Para defender el manto, cambié mis zapatos por los tuyos, y me fuí á imitacion tuya pisando con gran fuerza y golpeando las piedras con el baston.

BLÉPIRO.

¿Sabes que te has perdido un sextario de trigo, que me hubieran dado en la asamblea?

PRAXÁGORA.

No te apures; ha tenido un niño.

BLÉPIRO.

¿La asamblea?

PRAXÁGORA.

No, hombre, la mujer que me ha llamado. ¿Pero de veras ha habido asamblea?

BLÉPIRO.

Sí por cierto; ¿no te acuerdas que te lo dije ayer?

PRAXÁGORA.

Sí, ahora recuerdo.

BLÉPIRO.

¿Sabes lo que se ha resuelto en ella?

PRAXÁGORA.

No.

BLÉPIRO.

Pues, hija mia, en adelante ya puedes tratarte á cuerpo de rey. Dicen que se os ha encomendado la república.

PRAXÁGORA.

¿Para qué? ¿para hilar?

BLÉPIRO.

No, para administrar...

PRAXÁGORA.

¿El qué?

BLÉPIRO.

Todos los asuntos del Estado.

PRAXÁGORA.

¡Por Vénus! la república será feliz en adelante.

BLÉPIRO.

¿Por qué?

PRAXÁGORA.

Por mil razones. No se permitirá á los atrevidos mancharla con torpes atentados, ni levantar falsos testimonios, ni hacer calumniosas delaciones...

BLÉPIRO.

De ningun modo hagas eso, por todos los dioses; ¿no veis que os vais á quitar los medios de vivir? (1)

CORO.

Querido mio, deja hablar á tu mujer.

(1) En Aténas vivian muchos del producto de las delaciones.

PRAXÁGORA.

Ni robar, ni envidiar á los vecinos, ni estar desnudo, ni ser pobre, ni injuriar, ni tomar prendas á los deudores.

CORO.

¡Por Neptuno! grandes promesas, si no son mentira.

PRAXÁGORA.

Yo las realizaré; tú (*Al Coro*) me harás justicia; y tú (*A Blépiro*) tendrás que callar.

CORO.

Ahora es la ocasion de poner en juego los recursos de tu ingenio, y de probar tu amor al pueblo y lo que sabes hacer en favor de tus amigas. Ahora es la ocasion de desplegar en provecho de todos esa hábil inteligencia que colme de infinitas prosperidades la vida de un pueblo culto, demostrando su inagotable poder. Ahora es sí la ocasion, porque nuestra república necesita de un plan sábiamente combinado. Pero tengamos cuidado de hacer cosas nunca hechas ni dichas; porque nuestros hombres aborrecen lo que están acostumbrados á ver. No tardes; pon en seguida manos á la obra. La prontitud es singularmente grata á los espectadores.

PRAXÁGORA.

Yo confio en la bondad de mis consejos; pero mucho temo que los espectadores no quieran aceptar mis novedades, y se aferren á las antiguas y

acostumbradas prácticas: esto es lo que me inquieta.

BLÉPIRO.

No temas por tus innovaciones; al contrario, el apetecerlas y aceptarlas es nuestro flaco, así como el despreciar lo antiguo.

PRAXÁGORA.

Pues bien, que nadie me contradiga ni interrumpa ántes de conocer mi sistema y de haberme oido. Quiero que todos los bienes sean comunes, y que todos tengan igual parte en ellos y vivan de los mismos; que no sea este rico y aquel pobre; que no cultive uno un inmenso campo y otro no tenga donde sepultar su cadáver; que no haya quien lleve cien esclavos, y quien carezca de un solo servicio; en una palabra, establezco una vida comun é igual para todos.

BLÉPIRO.

¿Cómo ha de ser comun?

PRAXÁGORA.

Comiendo tú estiércol ántes que yo (1).

BLÉPIRO.

¿Tambien será comun el estiércol?

PRAXÁGORA.

¡No por cierto! Pero me has interumpido. Iba á decir que haré primero comunes los campos, el dinero y las demas propiedades. Y despues, con

(1) *Comedes stercus* era una frase análoga á nuestro *vaya usted al demonio*, que se decia á los que interrumpian intempestivamente.

todo este acervo de bienes os alimentaremos, administrándolos económica y cuidadosamente.

BLÉPIRO.

¿Y el que no posee tierras, sino dinero, dáricos (1) y otras riquezas que no están á la vista?

PRAXÁGORA.

Las aportará al acervo comun, y si no, será reo de perjurio.

BLÉPIRO.

Como que por ese medio las ha ganado.

PRAXÁGORA.

Pero no le servirán absolutamente de nada.

BLÉPIRO.

¿Por qué?

PRAXÁGORA.

Porque la pobreza no obligará á trabajar á nadie. Todo será de todos; panes, pescados, pasteles, túnicas, vinos, coronas, garbanzos. ¿Qué provecho obtendria por tanto de no aportar á la comunidad sus bienes? Dínos tu opinion sobre esto.

BLÉPIRO.

¿Los que disfrutan de todas esas cosas no son los ladrones más grandes?

PRAXÁGORA.

Antes sí, amigo mio, bajo el antiguo régimen; mas ahora que todo será comun, ¿qué provecho podrá haber en no traer su parte?

(1) Moneda de oro que recibió este nombre por haber sido acuñada primeramente por Darío. Pasó despues á Grecia. Valia veinte dracmas de plata.

BLÉPIRO.

Si alguno ve á una linda muchacha y se le antoja gozar de sus encantos, con los bienes reservados podrá hacerla un obsequio, y de este modo obtener su amor, sin dejar de percibir su parte de los bienes comunes.

PRAXÁGORA.

Es que lo podrá obtener grátis. Pues yo haré que las mujeres sean tambien comunes y den hijos al que los quiera.

BLÉPIRO.

¿Pero no ves que todos se dirigirán á la más hermosa?

PRAXÁGORA.

Las más feas é imperfectas estarán junto á las más lindas, y todo el que solicite á una de éstas, deberá ántes consumir un turno con las primeras.

BLÉPIRO.

¿Pero no ves que, conforme á tu sistema, los ya machuchos estaremos exánimes (1) cuando lleguemos á las hermosas?

PRAXÁGORA.

Tampoco se resistirán.

BLÉPIRO.

¿A qué?

PRAXÁGORA.

Tranquilízate, no se resistirán.

BLÉPIRO.

Pero ¿á qué, te digo?

(1) *Nonne deficiet penis?*

PRAXÁGORA.

Al amor. Esto por lo que á vosotros respecta.

BLÉPIRO.

En cuanto á vosotras está muy bien entendido; pues habeis tomado todas las precauciones para que ninguna carezca de galan (1) Pero. ¿y los hombres? ¿Qué haremos? Pues las mujeres rechazarán á los feos y se entregarán á los hermosos.

PRAXÁGORA.

Los hombres feos acecharán á los hermosos al salir de los banquetes y en los sitios públicos; y no se permitirá tampoco á las mujeres cohabitar con los buenos mozos sin haber cedido ántes á las instancias de los deformes y chiquituelos.

BLÉPIRO.

De suerte que ahora la nariz de Lisícrates (2) hará la competencia á los más gallardos mancebos.

PRAXÁGORA.

¡Eso es, por Apolo! Esta decision es eminentemente popular. ¡Mira que será mortificacion para uno de esos vanitontos que llevan los dedos cargados de sortijas, cuando un viejo calzado con gruesos zapatones le diga: «Amigo mio, paso al más anciano; espera á que yo haya concluido; resígnate á ser plato de segunda mesa!»

BLÉPIRO.

Pero si vivimos de esa manera, ¿cómo podrá cada cual reconocer á sus hijos?

(1) *Ne cujus feminæ foramen vacuum sit?*
(2) Segun el Escoliasta y Suidas, Lisícrates era romo.

PRAXÁGORA.

¿Y qué necesidad hay? Los jóvenes creerán que son sus padres todas las personas de más edad.

BLÉPIRO.

¿Pero entónces, so color de ignorarlo, no estrangularán sin ningun empacho á todo viejo (1), cuando ahora lo hacen, sabiendo á ciencia cierta que son sus padres.

PRAXÁGORA.

Los presentes no lo permitirán. Antes á nadie le importaba que apaleasen á los padres ajenos; pero ahora todo el mundo, en cuanto oiga que ha sido maltratado un anciano, le defenderá en la duda de si será su propio padre.

BLÉPIRO.

En eso no andas descaminada. Pero te aseguro que pasaria un mal rato si Epicuro ó Leucólofas (2) se me acercasen llamándome papá.

PRAXÁGORA.

Peor rato pasarias...

BLÉPIRO.

¿Cómo?

PRAXÁGORA.

Si Arístilo (3) te diese un beso llamándote su padre.

BLÉPIRO.

¡Pobre de él, si se atrevia!

(1) *Non tunc eum ultro concacabunt?*
(2) Ciudadanos de malas costumbres.
(3) Bardaje que usaba muchos perfumes, pero ordinarios.

PRAXÁGORA.

Pero tú olerias á calamento (1). Además, como ha nacido ántes del decreto, no tienes que temer sus ósculos.

BLÉPIRO.

No podria aguantarlo. ¿Pero quién cultivará la tierra?

PRAXÁGORA.

Los esclavos. Tú no tendrás más que hacer que acudir limpio y perfumado al banquete cuando sea de diez piés la sombra del cuadrante solar (2).

BLÉPIRO.

¿Quién nos proporcionará los vestidos? Quisiera saber esto.

PRAXÁGORA.

Usad por de pronto los que teneis; despues ya os haremos otros.

BLÉPIRO.

Una sola pregunta: Si los magistrados condenan á uno á una multa, ¿de dónde tomará el dinero para pagarla? No es justo que sea del tesoro comun.

PRAXÁGORA.

Pero no habrá ya procesos.

BLÉPIRO.

¡Cuánto les pesará á muchos!

(1) Especie de menta de olor muy fuerte y desagradable.
(2) Este cuadrante se componia de una ancha piedra en la cual estaba clavada verticalmente una barra de hierro, que proyectaba una sombra mayor ó menor, segun la altura del sol sobre el horizonte. Como se ve, este reloj no podia ser más sencillo é imperfecto.

PRAXÁGORA.

Así lo he decidido. Además, amigo mio, ¿para qué habia de haberlos?

BLÉPIRO.

¡Para mil cosas, por Apolo! En primer lugar, para el caso de negarse una deuda.

PRAXÁGORA.

Siendo todos los bienes comunes, ¿de dónde habia de sacar dinero el prestamista? Sería un ladron manifiesto.

BLEPIRO.

¡Muy bien, por Céres! A otra cosa. Los que despues de bien bebidos maltratan á los transeuntes, ¿con qué pagarán la indemnizacion correspondiente? Esto sí que no lo resuelves.

PRAXÁGORA.

Con su ordinaria pitanza: con este castigo de estómago no volverán á excederse así como quiera.

BLÉPIRO.

¿No habrá ya ladrones?

PRAXÁGORA.

¿Quién ha de robar siendo comunes los bienes?

BLÉPIRO.

¿No despojarán á la noche á los transeuntes?

PRAXÁGORA.

No por cierto. Lo mismo si duermes en tu casa, que si duermes fuera de ella, como sucedia ántes, todo el mundo tendrá con que vivir. Si alguno quiere despojar de sus vestidos á otro, éste se los cederá de buen grado; ¿á qué ha de oponerse? Ya sabe que ha de recibir del Estado otros mejores.

BLÉPIRO.

¿No habrá juegos de azar?

PRAXÁGORA.

¿Qué se ha de ganar jugando?

BLÉPIRO.

¿Qué género de vida vas á establecer?

PRAXÁGORA.

Un comunismo perfecto. Aténas será como una sola casa, en que todo pertenecerá á todos, hasta el punto de que se podrá pasar libremente de una habitacion á otra.

BLÉPIRO.

¿Dónde se darán las comidas?

PRAXÁGORA.

Todos los pórticos y tribunales se convertirán en comedores.

BLÉPIRO.

¿Y la tribuna para qué servirá?

PRAXÁGORA.

Para colocar las crateras y los cántaros de agua; un coro de niños celebrará desde ella la gloria de los valientes y el oprobio de los cobardes; así, si hay alguno de éstos, se retirará de la mesa avergonzado.

BLÉPIRO.

¡Buena idea, por Apolo! ¿Y dónde colocarás las urnas de los sorteos?

PRAXÁGORA.

Las pondré en la plaza pública y junto á la estatua de Harmodio (1); iré sacando de ellas los

(1) Estaba en el centro de la Agora.

nombres de los ciudadanos, hasta que todos se vayan contentos, sabiendo la letra á que les ha tocado ir á comer (1); así, el heraldo pregonará que los de la letra *Beta* vayan á comer al pórtico Basílico; los de la *Zeta*, al de Teséo, y los de la *Kappa*, al mercado de las harinas.

BLÉPIRO.

¿Para atracarse de trigo?

PRAXÁGORA.

No, para cenar.

BLÉPIRO.

Y al que no le toque en suerte ninguna letra para cenar, se le arrojará de todas partes.

PRAXÁGORA.

Eso no sucederá; porque tendremos especial cuidado en dar copiosamente de todo á todos; de manera, que cada cual se retirará del banquete, ebrio con su corona y su antorcha. Entónces las mujeres os saldrán al encuentro, cuando volvais del festin, diciéndoos: «Ven acá, tenemos una hermosa muchacha.» Aquí hay una hermosa y blanca como la nieve, os gritará otra desde un piso alto, pero ántes es preciso que compartas mi tálamo.» Los hombres feos seguireis á los jóvenes gallardos, exclamando: «¡Eh, tú! ¿á qué tanta prisa? No has de conseguir nada por mucho que corras; la ley nos ha concedido á los feos el derecho de prela-

(1) Alusion á la costumbre de sacar todos los años por suerte los nombres de los ciudadanos que habian de ejercer la judicatura.

cion; y en tanto podeis entreteneros en el vestíbulo, jugando con las hojas de higuera» (1). Vamos, dime, ¿no te agrada este sistema?

BLÉPIRO.

Muchísimo.

PRAXÁGORA.

Ahora tengo que ir á la plaza á recibir los bienes que vayan depositándose, y á escoger por heraldo una mujer de buena voz. Es un deber ineludible que me impone mi cualidad de jefe y la necesidad de proveer á la mesa comun, si he de daros hoy, como pienso, el primer banquete.

BLÉPIRO.

¿Desde hoy ya?

PRAXÁGORA.

Sin duda. En seguida voy á suprimir las cortesanas.

BLÉPIRO.

¿Por qué?

PRAXÁGORA.

A la vista está: para que no se nos lleven la flor de la juventud. No es justo que unas esclavas bien adornadas roben sus placeres á las mujeres libres. Cohabitarán sólo con los esclavos, y sólo para ellos emplearán sus deleites (2).

BLÉPIRO.

Anda, yo te acompañaré, para que me miren

(1) *Obscœno sensu.*
(2) *Cunno Catonacœ depilato. La Catonace* era el vestido de los esclavos.

los transeuntes y digan: mirad el marido de nuestra generala.

(Vanse Blépiro y Praxágora.)

(Falta el Coro.)

CIUDADANO PRIMERO.

Voy á preparar mis enseres para llevarlos á la plaza, y á hacer inventario de toda mi hacienda. Ven, hermosa zaranda, tú eres mi bien más precioso; ven, llena aún de la harina de la cual has cernido tantos sacos, á servir de Canéfora (1) en la procesion de mis muebles. ¿Dónde está la porta-sombrilla? (2). Esta olla hará sus veces: ¡qué negra está, justo cielo! no lo estaria más si en ella se hubiesen cocido las drogas con que Lisícrates (3) se tiñe las canas. Ponte á su lado, lindo tocador; y tú, trípode, desempeña las funciones de hidriáfora (4); á tí, oh gallo, cuyo canto matinal me ha despertado tantas veces para ir á la asamblea, te reservo el papel de citarista. Adelántate, escacéfora (5),

(1) Para Canéforas se elegian las jóvenes más hermosas y de mejores familias. Por eso escoge la zaranda, que es el mejor de sus utensilios.

(2) Detras de la Canéfora iba un esclavo con un quitasol.

(3) Citado poco ántes, y en *Las Aves*, 513.

(4) Llamábanse así las mujeres de los extranjeros domiciliados, porque tenian obligacion de llevar cántaros llenos de agua en la procesion de las Canéforas (ὑδρία, *cántaro*, φερω, *llevar*).

(5) Dabase este nombre á la mujer que llevaba una vasija con miel para los sacrificios.

con el gran cuenco de la miel cubierto por entrelazadas ramas de olivo, y tráete tambien los dos trípodes y la alcuza (1). Los pucheros y demas menudencias que se queden ahí.

CIUDADANO SEGUNDO.

¿Yo entregar mis bienes? ¡Qué insensatez! ¡qué locura! Jamás lo haré, por Neptuno. Veamos ántes lo que pasa, y despues meditemos mucho sobre la tal medida. Pues qué, ¿he de sacrificar sin más ni más el fruto de mis sudores y economías ántes de saber á fondo todo lo que hay?—¡Eh, tú! ¿qué significan esos muebles? ¿con qué objeto los has sacado? ¿vas á mudarte de casa, ó los llevas á empeñar?

CIUDADANO PRIMERO.

No.

CIUDADANO SEGUNDO.

¿Pues para qué has puesto en fila todo tu ajuar? ¿Envias una procesion á Ieron el pregonero?

CIUDADANO PRIMERO.

No, por Júpiter; voy á depositarlo en la plaza pública conforme á la última ley.

CIUDADANO SEGUNDO.

¿A depositarlo?

CIUDADANO PRIMERO.

Sí.

CIUDADANO SEGUNDO.

¡Por Júpiter salvador, tú estás loco!

(1) Todo esto recuerda las ceremonias de los Panateneas.

CIUDADANO PRIMERO.

¿Cómo?

CIUDADANO SEGUNDO.

¿Cómo? á la vista está.

CIUDADANO PRIMERO.

Pues qué ¿no debo cumplir las leyes?

CIUDADANO SEGUNDO.

¿Cuáles? ¡Desdichado!

CIUDADANO PRIMERO.

Las promulgadas.

CIUDADANO SEGUNDO.

¿Las promulgadas? ¡Qué imbécil eres!

CIUDADANO PRIMERO.

¿Imbécil?

CIUDADANO SEGUNDO.

Sí, amigo; y el más tonto de todos los tontos habidos y por haber.

CIUDADANO PRIMERO.

¿Porque cumplo las prescripciones legales?

CIUDADANO SEGUNDO.

¿Pues qué, un hombre honrado tiene ese deber?

CIUDADANO PRIMERO.

Es el principal.

CIUDADANO SEGUNDO.

¡Estúpido rematado!

CIUDADANO PRIMERO.

¿Pero tú no piensas depositar tus bienes?

CIUDADANO SEGUNDO.

Me guardaré muy bien, ántes de ver la resolucion que adopta la mayoría.

CIUDADANO PRIMERO.

¿Puede ser otra que la de llevar al acervo comun todos los bienes?

CIUDADANO SEGUNDO.

Cuando lo vea, lo creeré.

CIUDADANO PRIMERO.

Por las calles no se habla de otra cosa.

CIUDADANO SEGUNDO.

Se hablará.

CIUDADANO PRIMERO.

Todos dicen que van á llevar su parte.

CIUDADANO SEGUNDO.

Se dirá.

CIUDADANO PRIMERO.

Me matas con tu desconfianza.

CIUDADANO SEGUNDO.

Se desconfiará.

CIUDADANO PRIMERO.

¡Que Júpiter te confunda!

CIUDADANO SEGUNDO.

Se te confundirá. ¿Crees que todo ciudadano que tenga un átomo de juicio ha de llevar nada? No estamos acostumbrados á dar: sólo nos gusta recibir, en lo cual imitamos á los dioses. Para convencerte, no tienes más que mirarles á las manos: sus imágenes, cuando les pedimos dones y mercedes, nos alargan las manos vueltas hácia arriba; no en actitud de dar, sino de recibir.

CIUDADANO PRIMERO.

¡Miserable! déjame cumplir con mi deber. ¿Dónde está mi correa?

CIUDADANO SEGUNDO.

¿Pero de véras lo vas á llevar?

CIUDADANO PRIMERO.

Sí, por cierto; mira, ya he atado este par de trípodes.

CIUDADANO SEGUNDO.

¡Qué locura! ¿por qué no esperas á ver lo que hacen los demas, y despues...?

CIUDADANO PRIMERO.

Despues, ¿qué?

CIUDADANO SEGUNDO.

Esperar de nuevo y dar tiempo.

CIUDADANO PRIMERO.

¿A qué?

CIUDADANO SEGUNDO.

A que haya un terremoto ó un relámpago de mal agüero, ó á que pase una comadreja, y verás, imbécil, cómo nadie lleva nada al depósito (1).

CIUDADANO PRIMERO.

Tendria gracia que por estar esperando no encontrase dónde depositar mis cosas.

CIUDADANO SEGUNDO.

No te apures por eso, y sí de cómo las has de recuperar. Aunque tardes un mes, hallarás sitio de sobra.

CIUDADANO PRIMERO.

¿Cómo?

(1) Aprovechándose del pretexto que les da el mal agüero.

CIUDADANO SEGUNDO.

Yo los conozco perfectamente. En seguida dan un decreto, y despues no lo cumplen.

CIUDADANO PRIMERO.

Todos aportarán sus bienes, amigo.

CIUDADANO SEGUNDO.

¿Y si no los aportan?

CIUDADANO PRIMERO.

No te quepa duda, los aportarán.

CIUDADANO SEGUNDO.

¿Y si no los aportan, qué?

CIUDADANO PRIMERO.

Les obligaremos.

CIUDADANO SEGUNDO.

¿Y si son más fuertes?

CIUDADANO PRIMERO.

Dejaré mis muebles y me iré.

CIUDADADO SEGUNDO.

¿Y si te los venden, qué?

CIUDADANO PRIMERO.

¡Ojalá revientes!

CIUDADANO SEGUNDO.

¿Y si reviento, qué?

CIUDADANO PRIMERO.

Harás perfectamente.

CIUDADANO SEGUNDO.

¿De modo que persistes en llevarlos?

CIUDADANO PRIMERO.

Sí, por cierto; pues ya veo á mis vecinos que se disponen á llevar los suyos.

CIUDADANO SEGUNDO.

¿Quién? ¿Antístenes? (1) Preferiria mil veces el estarse treinta dias seguidos sentado en un bacin.

CIUDADANO PRIMERO.

¡Véte al infierno!

CIUDADANO SEGUNDO.

Y Calímaco (2) el maestro de coros, ¿qué llevará á la comunidad?

CIUDADANO PRIMERO.

Más que Cálias (3).

CIUDADANO SEGUNDO.

¡Este hombre quiere arruinarse!

CIUDADANO PRIMERO.

¡Maldiciente!

CIUDADANO SEGUNDO.

¿Maldiciente? ¿Pues no estamos viendo todos los dias decretos semejantes? ¿No te acuerdas de aquel que se dió sobre la sal? (4)

CIUDADANO PRIMERO.

Me acuerdo.

CIUDADANO SEGUNDO.

¿Y de aquel otro sobre las monedas de cobre? ¿Te acuerdas?

CIUDADANO PRIMERO.

Ya lo creo, ¡como que me causó poco perjuicio aquella maldita moneda! Con la venta de mis uvas

(1) Avaro, que además, segun dice Bothe, *durum cacabat.*
(2) Era extremadamente pobre.
(3) Ya citado. Sus prodigalidades le habian arruinado.
(4) Alusion á un decreto bajando el precio de la sal, que no fué llevado á efecto.

me habia llenado la boca de monedas de cobre, y me dirigí al mercado á comprar harina: tenía ya abierto el saco, para recibirla, cuando, héte aquí que el pregonero grita: «Nadie debe recibir en adelante la moneda de cobre; sólo será corriente la de plata» (1).

CIUDADANO SEGUNDO.

Y hace poco ¿no jurábamos todos que el impuesto de la cuadragésima, ideado por Eurípides (2), proporcionaria quinientos talentos al Estado? No habia quien no pusiese en las nubes al inventor; pero cuando, vista la cosa con detenimiento, se comprendió que era, como suele decirse: «la Corinto de Júpiter» (3), y que no producia nada, todo el mundo se desató contra Eurípides.

CIUDADANO PRIMERO.

Las circunstancias han variado. Entónces gobernábamos nosotros, y ahora las mujeres.

CIUDADANO SEGUNDO.

¡Por Neptuno, ya tendré buen cuidado de que no se orinen en mis barbas!

(1) Se refiere á la moneda acuñada durante el arcontado de Antígenes, catorce años ántes de representarse *Las Junteras*. Se la llamó de cobre, aunque era de oro, por la mucha liga que en ella entraba. Por esto mismo, sin duda, se prohibió su circulacion hácia el año 406, con grave perjuicio de muchos ciudadanos.
(2) Este Eurípides era hijo ó hermano menor del célebre poeta. La contribucion de que habla Aristófanes consistia en entregar cada ciudadano al tesoro público la cuadragésima parte de sus bienes.
(3) Como si dijéramos: «música celestial.» Sobre el orígen de la frase proverbial del texto, véase lo dicho ántes.

CIUDADANO PRIMERO.

No sé qué sandeces dices.—Esclavo, cárgate ese fardo.

EL HERALDO (1).

Ciudadanos, acudid todos, pues principia á plantearse la nueva ley; presentaos á nuestra generala, para que la suerte designe el lugar donde cada uno debe comer; ya están las mesas dispuestas y cargadas de manjares exquisitos, y los lechos adornados de colchas y tapices; ya el agua y el vino se mezclan en las crateras junto á la fila de las mujeres encargadas de los perfumes; ya se asan pescados, se clavan liebres en los asadores, se tejen coronas y se frien pastelillos; las jóvenes cuidan los puches de habas que hierven en las ollas, y entre ellas Esmeo (2), con su uniforme de caballería, friega los platos de las mujeres; Geron (3), con una hermosa túnica y finos zapatos (4), se presenta riendo con otro jovencito; ya se ha desprendido de su manto y grueso calzado. Venid, el panadero os espera; ejercitad bien vuestras mandíbulas.

(1) Es una mujer.
(2) Bardaje del peor género. Las palabras que á él se refieren tienen un doble sentido repugnante.
(3) Viejo elegante que queria pasar por jóven.
(4) Era costumbre dejarlos á la puerta de la sala del festin.

CIUDADANO SEGUNDO.

Sí, iré. ¿Por qué me habia de retrasar cuando la república lo manda?

CIUDADANO PRIMERO.

¿Adónde vas sin haber depositado tus bienes?

CIUDADANO SEGUNDO.

Al banquete.

CIUDADANO PRIMERO.

Si las mujeres tienen un átomo de juicio, no lo consentirán ántes de que hagas el depósito.

CIUDADANO SEGUNDO.

Ya lo haré.

CIUDADANO PRIMERO.

¿Cuándo?

CIUDADANO SEGUNDO.

Te aseguro que habrá otros ménos solícitos que yo.

CIUDADANO PRIMERO.

Y miéntras tanto, ¿vas á comer?

CIUDADANO SEGUNDO.

¿Pues qué he de hacer? Todo hombre sensato debe prestar su apoyo á la república.

CIUDADANO PRIMERO.

¿Y si te prohiben entrar?

CIUDADANO SEGUNDO.

Bajaré la cabeza y entraré.

CIUDADANO PRIMERO.

¿Y si te apalean?

CIUDADANO SEGUNDO.

Las citaré á juicio.

CIUDADANO PRIMERO.

¿Y si se rien de tí?

CIUDADANO SEGUNDO.

Me apostaré á la puerta...

CIUDADANO PRIMERO.

¿Y qué harás?

CIUDADANO SEGUNDO.

Y arrebataré al paso los manjares.

CIUDADANO PRIMERO.

Anda, pues; pero detrás de mí. Vosotros, Sicon y Parmenon (1), cargad con mis enseres.

CIUDADANO SEGUNDO.

Vamos, yo te ayudaré á llevarlos.

CIUDADANO PRIMERO.

¿Tú? de ningun modo. Me temo que ante nuestra generala digas que son tuyos los muebles que yo deposito.

CIUDADANO SEGUNDO.

¡Por Júpiter! yo necesito hallar un medio de conservar mis bienes y participar de la comida comun.—¡Ah, excelente idea! ¡Pronto, pronto, á comer!

(Vase.)

(A las ventanas de dos casas próximas se asoman una vieja y una jóven.)

VIEJA PRIMERA.

¿Cómo no vendrá ningun hombre? Pues ya es hora pasada. Yo me estoy aquí llena de albayalde, vestida de amarillo, cantando entre dientes, loqueando, y dispuesta á arrojarme en brazos del primer transeunte. ¡Oh Musas! descended á mis labios é inspiradme una voluptuosa cancion al modo jonio (1).

UNA JÓVEN.

¿Te has asomado á la ventana ántes que yo, vieja podrida? Creias, sin duda, que estando yo ausente ibas á vendimiar la viña abandonada y á atraer alguno con las canciones. Si tú haces eso, yo tambien cantaré; pues aunque á los espectadores les parecerá gastado y fastidioso el procedimiento, no dejarán de encontrarlo algo cómico y divertido.

VIEJA PRIMERA.

Habla con ese carcamal y llévatelo.—Tú, mi jóven flautista, coge tus instrumentos y toca una melodía digna de tí y de mí. Quien ame el placer, debe buscarlo en mis brazos. Las jovencitas carecen de la experiencia, dote de las ya maduras. Ninguna sabe querer como yo á mi amigo; á todas les gusta volar de flor en flor.

LA JÓVEN.

No hables mal de las jóvenes: el placer reside en su cuerpo delicado y florece en su blanco seno. Tú, vejestorio, estás expuesta y embalsamada; sólo la muerte te llamará: «amor mio.»

VIEJA PRIMERA.

¡Ojalá pierdas la sensibilidad! ¡Ojalá no encuen-

(1) Esclavos.

(1) Los cantos de Jonia participaban de la voluptuosidad de sus habitantes.

tres el lecho cuando quieras entregarte á un hombre! (1) ¡Ojalá al ir á besarle estreches una víbora contra tu corazon!

LA JÓVEN.

¡Ay! ¡ay! ¿qué haré? No viene mi amigo: estoy sola; mi madre ha salido, y de las demas me importa poco. — Nodriza mia (2), llama á Ortágoras (3), para que goces de los derechos de tu edad.

VIEJA PRIMERA.

Pobrecilla, eres apasionada como una Jonia (4), y no me pareces novicia en los placeres de Lesbos (5). Pero no podrás arrebatarme mis placeres, ni robarme un solo instante de las deliciosas horas que me pertenecen.

LA JÓVEN.

Canta cuanto quieras y alarga el hocico por la ventana como una gata; á pesar de todo, nadie entrará en tu casa ántes que en la mia.

VIEJA PRIMERA.

Si entran, será para llevarte á enterrar.

LA JÓVEN.

Sería una cosa nueva, vieja podrida.

VIEJA PRIMERA.

No, por cierto.

LA JÓVEN.

Claro, ¿qué puede decirse de nuevo á una vieja?

(1) Las expresiones griegas tienen una crudeza intraducible.
(2) Designa así irónicamente á la vieja.
(3) *Inde significatur mentula arrecta.*
(4) *Pruris ionico more.*
(5) *Videris et λαμβδα secundum Lesbios.*

VIEJA PRIMERA.

Mi vejez no te causará perjuicio.

LA JÓVEN.

¿Pues qué? ¿tu colorete ó tu albayalde?

VIEJA PRIMERA.

¿Por qué me hablas?

LA JÓVEN.

¿Por qué miras?

VIEJA PRIMERA.

¿Yo? le canto á solas á Epígenes, mi amante.

LA JÓVEN.

¿Tienes más amante que Géres? (1).

VIEJA PRIMERA.

El mismo Epígenes te lo probará: va á venir dentro de poco. Míralo, ahí está.

LA JÓVEN.

Pero no piensa en tí, vieja bribona.

VIEJA PRIMERA.

Sí, por cierto, apestada.

LA JÓVEN.

Él mismo nos lo probará: yo me retiro de la ventana.

VIEJA PRIMERA.

Y yo tambien, para que veas que no me engaño.

EL JÓVEN.

¡Oh, si pudiese estrechar entre mis brazos á la jóven, sin sufrir ántes las caricias de la vieja! Esto es intolerable para un hombre libre.

(1) El viejo ántes citado.

VIEJA PRIMERA.

¡Por Júpiter! las sufrirás, mal que te pese. No creas que esta es una vejez caída en desuso (1). La ley ha de cumplirse, pues vivimos bajo un régimen democrático. Me retiro para observar sus movimientos.

EL JÓVEN.

¡Ojalá, oh dioses, encuentre sola á aquella linda muchacha! El vino, que me enardece, me hace venir á buscarla.

LA JÓVEN.

He engañado á la maldita vieja. Se retiró, creyendo que yo me iba á estar en casa.

VIEJA PRIMERA.

Es el mismo, el mismo de quien hablamos.—Ven acá, dueño mio, ven á pasar la noche entre mis brazos. Los bucles de tus cabellos me tienen loca de amor; una pasion frenética arde en mi pecho y me consume. Oye mis súplicas, Cupido, y haz que venga á compartir mi tálamo.

EL JÓVEN.

Ven acá, ven acá, baja á abrir la puerta, si no quieres verme morir en su dintel. ¡Oh amada mia! quiero embriagarme con tus caricias (2) ¡Oh Vénus! ¿Por qué me inspiras este frenético deseo?—Oye mis súplicas, Cupido, y haz que venga á compartir mi tálamo. ¡Qué impotente es la palabra para

(1) Lit.: «esto no es del tiempo de Caríxena,» que es como si dijéramos «de cuando el rey que rabió.»
(2) *In tuo sinu volo lascivire cum tuis natibus.*

pintar mi pasion! Abre la puerta, dulce amiga: estréchame entre tus brazos; pon fin á mi tormento. Idolo mio, hija de Vénus, abeja de las Musas, alumna de la gracia, vivo retrato del placer (1), abre la puerta, estréchame entre tus brazos; pon fin á mi tormento.

VIEJA PRIMERA.

¡Eh, tú! ¿por qué llamas? ¿me buscas?

EL JÓVEN.

No.

VIEJA PRIMERA.

Sin embargo, llamabas.

EL JÓVEN.

¡Antes morir!

VIEJA PRIMERA.

¿Por qué vienes con esa antorcha?

EL JÓVEN.

Busco á un hombre de Anaflisto (2).

VIEJA PRIMERA.

¿Cuál?

EL JÓVEN.

No es Sebino (3), á quien tal vez esperas.

VIEJA PRIMERA.

¡Sí, por Vénus! quieras ó no.

EL JÓVEN.

No entendemos de lo que cuenta sesenta años, y

(1) Piropos desusados.
(2) Demo del Ática, cuya etimología da lugar á un equívoco obsceno (de ἀναφλᾶν.) (V. *Las Ranas*, 428.)
(3) Equívoco del mismo género que el anterior. **Τον Σεβῖνον**, *eum qui te ineat.*

lo dejamos para más adelante; sólo juzgamos de lo que tiene ménos de veinte (1).

VIEJA PRIMERA.

Eso era bajo el antiguo régimen, querido mio; pero ahora es preciso que nos juzgueis á nosotras primero.

EL JÓVEN.

Si quiero, segun la ley del juego de damas.

VIEJA PRIMERA.

Cuando comes no es la ley segun el juego de damas (2).

EL JÓVEN.

No te entiendo; voy á llamar á esa puerta.

VIEJA PRIMERA.

Despues de haber llamado á la mia.

EL JÓVEN.

Por ahora, no tengo necesidad de criba.

(La vieja baja y sale de la casa.)

VIEJA PRIMERA.

Sé que me amas; sólo que estás asombrado de verme fuera; vamos, dáme un beso.

EL JÓVEN.

Pero, amiga mia, tengo miedo á tu amante.

VIEJA PRIMERA.

¿A cuál?

---

(1) Alusion á la lentitud en administrar justicia. La frase tiene doble sentido.

(2) Quiere decir que la ley debe cumplirse en todas sus partes.

EL JÓVEN.

A aquel excelente pintor (1).

VIEJA PRIMERA.

¿Quién es?

EL JÓVEN.

Uno que pinta vasos sobre los féretros. Entra pronto, no vaya á verte en la puerta.

VIEJA PRIMERA.

Ya sé, ya sé, lo que tú quieres.

EL JÓVEN.

Tambien se yó lo que quieres tú.

VIEJA PRIMERA.

Mas te juro por Vénus, que me ha favorecido, que no te he de soltar.

EL JÓVEN.

Chocheas, viejecita mia.

VIEJA PRIMERA.

Y tú te chanceas; pero tendrás que compartir mi lecho.

EL JÓVEN.

¿Qué necesidad hay de comprar ganchos para sacar los cubos de los pozos? Con echar esta vieja, se conseguirá el mismo objeto.

VIEJA PRIMERA.

Déjate de burlas, pobre muchacho, y sígueme.

EL JÓVEN.

Ninguna obligacion tengo, á no ser que hayas

---

(1) Elogio irónico. Porque los pintores del jaez de los que habla eran, como diríamos hoy, de panderetas.

pagado á la república la quingentésima (1) de tus años.

VIEJA PRIMERA.

Por Vénus, sígueme: á mí nada me complace tanto como el amor de los muchachos de tu edad.

EL JÓVEN.

Pues á mí nada me desagrada tanto como el amor de tus coetáneas; jamás podré quererlas.

VIEJA PRIMERA.

¡Por Júpiter! esto te obligará.

EL JÓVEN.

¿Qué es eso?

VIEJA PRIMERA.

Un decreto con arreglo al cual tienes que entrar en mi casa.

EL JÓVEN.

Dilo y veamos.

VIEJA PRIMERA.

Escucha: «Han resuelto las mujeres que cuando un jóven ame á una doncella no podrá gozar de sus favores sin haber otorgado préviamente los suyos á una anciana: si atento sólo á su pasion por la jóven se negase á cumplimentar el precitado requisito, las mujeres de avanzada edad tendrán derecho á prenderle y á arrastrarle impunemente por donde más lo sienta» (2).

(1) Parece que este impuesto lo pagaban los amos respecto al valor de sus esclavos.
(2) *Mentula prehensum.*

EL JÓVEN.

¡Ay de mí! voy á ser un nuevo Procusto (1).

VIEJA PRIMERA.

Es necesario obedecer nuestras leyes.

EL JÓVEN.

¿Y si alguno de mis amigos ó conciudadanos viniese á rescatarme?

VIEJA PRIMERA.

Ningun hombre puede disponer de cosa alguna cuyo valor exceda al de una medimna.

EL JÓVEN.

¿No puedo oponerme?

VIEJA PRIMERA.

Todos los rodeos están prohibidos.

EL JÓVEN.

Alegaré que soy comerciante (2).

VIEJA PRIMERA.

Y yo haré que te arrepientas de haberlo alegado.

EL JÓVEN.

¿Qué debo hacer?

VIEJA PRIMERA.

Entrar en mi casa.

EL JÓVEN.

¿Indispensablemente?

VIEJA PRIMERA.

Como si Diomédes (3) lo ordenase.

(1) Los comerciantes estaban exentos del servicio militar.
(2) Célebre bandido. (V. Plutarco, *Vida de Teseo.*)
(3) Bandido de Tracia, en los tiempos heroicos, que obligaba á los viajeros á compartir el tálamo con sus hi-

EL JÓVEN.

Pues bien, extiende una capa de orégano sobre cuatro ramas; cíñete de bandas la cabeza, y coloca junto á tí los vasos de perfumes, y en la puerta el cántaro de agua lustral (1).

VIEJA PRIMERA.

Tambien me comprarás una corona.

EL JÓVEN.

¡Sí, por Júpiter! con tal que sea de cirios (2), pues creo que espirarás en cuanto entres en tu casa.

LA JÓVEN.

¿Adónde arrastras á ese jóven?

VIEJA PRIMERA.

A mi casa; porque es mio.

LA JÓVEN.

Es una locura. Es demasiado jóven para tí; mejor puedes ser su madre que su esposa Con ese sistema vais á llenar el mundo de Edipos (3).

VIEJA PRIMERA.

Calla, sierpe. La envidia te hace hablar así; pero la has de pagar.

jas, bajo pena de ser devorados por sus caballos. Lo mató Hércules.

(1) Aparato con que se exponian los cadáveres. El jóven le manda preparar, en vez de tálamo nupcial, el lecho mortuorio.

(2) Se hacian con juncos recubiertos de cera.

(3) Que se casó con su madre Yocasta, sin conocerla.

LA JÓVEN.

¡Por Júpiter salvador! ¡qué gran servicio me has prestado librándome de esa vieja. ¡Esta noche te probaré mi ardiente gratitud (1).

VIEJA SEGUNDA.

¡Eh, eh! ¿adónde te llevas á ese? Segun la ley, mi derecho á sus abrazos es preferente.

EL JÓVEN.

¡Oh desdicha! ¿De dónde sales, vieja condenada? Esta es mil veces peor que la primera.

VIEJA SEGUNDA.

Ven acá.

EL JÓVEN. *(A la joven.)*

¡Por todos los dioses! no dejes que esa vieja me obligue á seguirla.

VIEJA SEGUNDA.

La ley te obliga, yo no.

EL JÓVEN.

Dí más bien una Empusa (2) con todo el cuerpo plagado de úlceras hediondas.

VIEJA SEGUNDA.

Sígueme, corazoncito mio, y déjate de charla.

EL JÓVEN.

Déjame ir á hacer una necesidad, para que pueda recobrarme un poco; si no, el miedo me obligará á pintar de rojo el dintel de esa puerta.

(1) *Gratiam tibi magnam et crassam referam.*

(2) Fantasma infernal. (V. *Las Ranas*, 294.)

VIEJA SEGUNDA.

Ven, no temas; en casa lo harás (1).

EL JÓVEN.

¡Oh! temo hacer más de lo que quiero; déjame, te daré dos buenos fiadores.

VIEJA SEGUNDA.

No los admito.

VIEJA TERCERA.

¡Eh tú! ¿adónde vas con esa vieja?

EL JÓVEN.

No voy, me llevan. Quienquiera que seas, ojalá te colme el cielo de bendiciones, por venir á ayudarme en este apuro (2). ¡Oh Hércules! ¡oh Panes! ¡oh Coribantes! ¡oh Dióscuros! ese monstruo es infinitamente más horrible. ¿Pero qué es, Júpiter poderoso? ¿Es una mona rebozada en albayalde, ó el espectro de una vieja vuelta de los infiernos?

VIEJA TERCERA.

No te burles, y sígueme por aquí.

VIEJA SEGUNDA.

No, por aquí.

VIEJA TERCERA.

Nunca te soltaré.

VIEJA SEGUNDA.

Yo tampoco.

(1) *Cacabis.*
(2) Al decir esto, vuelve la cabeza y ve á una tercera vieja más horrible que las dos primeras.

EL JÓVEN.

Me vais á descuartizar, viejas malditas.

VIEJA SEGUNDA.

La ley manda que me sigas.

VIEJA TERCERA.

Como no se presente otra vieja más fea.

EL JÓVEN.

Pero si me matais así, ¿cómo he de poder acercarme á aquella hermosa?

VIEJA TERCERA.

Arréglatelas como puedas; por de pronto obedéceme.

EL JÓVEN.

¿Con cuál de vosotras debo cumplir primero?

VIEJA SEGUNDA.

¿No lo sabes? Ven conmigo.

EL JÓVEN.

Pues que me suelte esta otra.

VIEJA TERCERA.

No, ven conmigo.

EL JÓVEN.

Iré, si ésta me suelta.

VIEJA SEGUNDA.

Pues yo no te suelto.

VIEJA TERCERA.

Ni yo.

EL JÓVEN.

Sois muy malas barqueras.

VIEJA SEGUNDA.

¿Por qué?

EL JÓVEN.

Porque hareis pedazos á los pasajeros tirando á un lado y á otro.

VIEJA SEGUNDA.

Calla, y ven por aquí.

VIEJA TERCERA.

No, por aquí.

EL JÓVEN.

Estamos en el caso del decreto de Cannónos (1), pues tengo que partirme en dos para daros gusto. ¿Pero cómo he de poder manejar dos remos á un mismo tiempo?

VIEJA SEGUNDA.

Muy fácilmente, comiéndote un puchero de cebollas (2).

EL JÓVEN.

¡Ay de mí! ¡ya estoy junto á la puerta!

VIEJA TERCERA. *(A la vieja segunda.)*

Nada conseguirás, porque entraré contigo.

EL JÓVEN.

No, por todos los dioses: mejor es un mal que dos.

VIEJA TERCERA.

Por Hécate, quieras ó no, así ha de ser.

EL JÓVEN.

¡Negro infortunio! ¡Permanecer todo el dia y toda la noche en brazos de una vieja hedionda, y

(1) Este decreto mandaba que cuando hubiera varias personas acusadas del mismo crímen, se formase pieza separada de lo relativo á cada una de ellas.
(2) Como afrodisiaco.

para fin de fiesta caer de nuevo entre los de esa rana cuyas mejillas parecen dos alcuzas (1). ¿Hay desgracia como la mia? Sin duda nací con mal sino, pues tengo que nadar entre estos monstruos. Si algun mal me sucede al navegar sobre estas fétidas letrinas, acordaos de sepultarme bajo el mismo dintel de la puerta; y á la que me sobreviva untadle todo el cuerpo de hirviente pez. Cubridla hasta el tobillo de fundido plomo, y colocadla sobre mi tumba, á guisa de lámpara funeraria (2).

UNA CRIADA (3).

¡Qué felicidad la del pueblo ateniense! ¡Qué felicidad la mia! ¡y sobre todo qué felicidad la de mi señora!

¡Felices todos vosotros, vecinos y conciudadanos, y cuantos estais á nuestras puertas; y feliz con ellos yo, simple sirvienta, que he llenado mi cabellera de perfumes! ¡Y qué exquisitos, Júpiter soberano! Pero el perfume de las ánforas llenas de vino de Tásos es más exquisito todavía; este aroma se conserva largo tiempo, los otros se desvanecen en seguida. ¡Sí, excelsos dioses, el perfume de las ánforas es mil y mil veces preferible! ¡Echadme vino! Echadme; pues alegra toda la noche á la

(1) El λήκυθος del texto, solia estar pintado de negro sobre fondo rojo.
(2) Hay en esta lamentacion del jóven muchas palabras de doble sentido.
(3) Saliendo del festin.

que ha sabido elegirlo.—Pero, amigas, decidme dónde está mi dueño, el marido de mi señora.

CORO.

Si te quedas ahí, me parece que lo encontrarás.

LA CRIADA.

Teneis razon; ya viene á cenar. ¡Oh dueño mio! ¡Hombre feliz! ¡Hombre mil veces feliz!

EL DUEÑO.

¿Yo?

LA CRIADA.

Sí, tú, y más feliz que ninguno, por Júpiter. ¿Puede haber nadie más dichoso que tú, que en una poblacion de más de treinta mil ciudadanos eres el único que no ha cenado.

CORO.

Es verderamente un hombre feliz.

LA CRIADA.

¿Adónde, adónde vas?

EL DUEÑO.

A cenar.

LA CRIADA.

Serás el último, por Vénus. Sin embargo, mi señora me ha dicho que te lleve, y contigo á esas muchachas. Aun queda mucho vino de Quíos y otras mil cosas buenas.—¡Ea, no tardemos! Los espectadores que nos favorecen, y los jueces imparciales, pueden venir tambien: les daremos de todo. Así, pues, dí generosamente á todo el mundo, sin omitir á nadie, invitando á viejos, jóvenes y niños, que tendrán cena dispuesta para todos... si van á sus casas.

CORO.

Corro al festin, llevando mi antorcha con gracia. ¿Qué esperas tú? ¿Por qué no vienes con esas muchachas? Miéntras bajas con ellas, yo entonaré un canto á propósito para abrir el apetito. Pero ántes quiero dar al jurado un pequeño consejo. Que los sabios me juzguen por lo que en esta comedia hay de sabio, y los que gusten de chistes por los muchos chistes que en ella he derramado. Así, si no me engaño, me someto al parecer de todos. No me perjudique el haberme tocado en suerte ser el primero (1); no lo olvideis; y fieles á vuestro juramento, juzgad siempre con rectitud á los coros; no seais como esas viles cortesanas que sólo se acuerdan de lo último que han recibido.

SEMI-CORO.

¡Ya es hora, amigas mias! Ya es hora, si queremos concluir, de dirigirnos al banquete danzando. Partid y ajustad vuestros pasos al ritmo cretense.

SEMI-CORO.

Así lo hago.

CORO.

Marchad vosotras, ligera y acompasadamente. Pronto se van á servir ostras, cecina, rayas, lampreas, pedazos de sesos en salsa picante, silfio, puerros empapados en miel, tordos, mirlos, palominos torcaces, palomas, crestas de gallo asadas,

(1) Como cada dia se representaban varias piezas, se sorteaba el órden en que habia de verificarse. Era ventajoso ser de los últimos, porque la impresion era más viva, como más reciente.

chochas, pichones, liebres cocidas en arrope, y sustancia de alones (1). Ya lo sabeis; pronto, amigas mias, coged un plato, y en seguida un vaso, y á comer.

SEMI-CORO.

Las otras devoran ya.

CORO.

¡Saltemos! ¡bailemos! ¡Ea! ¡ea! ¡Al festin! ¡Ea! ¡ea! ¡victoria! ¡victoria!

---

(1) Esta enumeracion de manjares constituye en el original un enorme vocablo de setenta y cuatro sílabas, que puede dar una idea de la maravillosa flexibilidad del griego para formar palabras compuestas. Voss lo tradujo al aleman en otro de setenta y nueve, cuya pronunciabilidad, si así puede decirse, nos parece dudosa. Por lo demas, el pasaje de Aristófanes es una parodia del *Banquete* de Filóxeno de Citera, poeta lírico de alguna fama por aquel entónces,

FIN DE LAS JUNTERAS.

PLUTO.

NOTICIA PRELIMINAR.

Despues de haber combatido en *Las Junteras* los absurdos de ciertas teorías comunistas, vuelve Aristófanes en el *Pluto* á tratar por medio de una ingeniosa alegoría la gran cuestion del pauperismo y de la desigual é injusta distribucion de las riquezas.

Pluto, el dios del oro, está ciego y distribuye sus bienes al azar, enriqueciendo á todos los bribones é intrigantes, y dejando en la miseria á los hombres virtuosos y trabajadores. Cremilo, honrado labrador, le encuentra en tan lastimoso estado, y, obedeciendo á un oráculo de Apolo, trata de devolverle la vista venciendo la resistencia del dios, á quien tiene atemorizado una amenaza de Júpiter. Despues de sostener Cremilo una violenta discusion con la Pobreza, en que ésta se presenta como la causa de todos los bienes y la fuente de toda felicidad, lleva á Pluto al templo de Esculapio, donde recobra la vista. Una multitud inmensa

se agolpa en derredor del dios, deseosa de conseguir sus favores, pero él los reserva para los hombres de bien, hasta entónces desdeñados. Un delator, una vieja verde, Mercurio y el sacerdote de Júpiter aparecen sucesivamente lamentando la situacion á que les ha reducido la curacion de Pluto, y la comedia acaba con una procesion para instalar al dios en su antiguo puesto, detrás del templo de Minerva.

Aunque velado por la multitud de sofismas, alegorías, narraciones burlescas, alusiones satíricas y discusiones y chistosos incidentes que constituyen la trama de esta comedia, se ve que el remedio eficaz, en concepto de Aristófanes, para la pobreza pública no era el dejar á todos los ciudadanos en una holgazanería llena de abundancia, ideal de los pueblos antiguos, sino el trabajo, condicion necesaria de nuestra naturaleza y cuya conveniente utilidad sostiene la Pobreza para llegar al *quod satis est* y á la *aurea mediocritas*, que constituyen nuestra felicidad relativa, demostrando que el oro por sí mismo no constituye la riqueza.

Lo que más llama la atencion en el *Pluto* y le distingue de las otras comedias de Aristófanes, es su lenguaje comedido y casi limpio de las obscenidades y bufonadas que afean el de otras piezas; la sátira es además mucho ménos cáustica y mordad, y el sangriento sarcasmo está sustituido casi siempre por una agradable ironía. El coro desempeña un papel ménos importante, y las alusiones personales escasean: falta además la *Parábasis*, característica, como hemos visto, de la comedia antigua, por lo cual muchos escritores consideran el *Pluto* como perteneciente á la llamada *media*. Por esto mismo, hallándose desprovista del interés político, el poeta puso sin duda mayor cuidado en el desarrollo de su plan, desenvolviéndolo con un arte parecido al de *Las Nubes*, y embelleciéndole con chistes espirituales y de buen gusto.

El *Pluto* se representó en dos épocas distintas: la primera vez en el año 408 ó el 409 ántes de Jesucristo; y la segunda en 390, aunque entónces con el nombre de Aráros, hijo de nuestro poeta.

La edicion que hasta nosotros ha llegado no es, segun todas las apariencias, ni la primera ni la segunda, sino una refundicion de ambas, hecha quizá por algun gramático, tomando trozos de una y otra. Pues la falta de *Parábasis* y diferentes alusiones á sucesos políticos posteriores al 409 demuestran que no puede ser la representada en esta fecha, al paso que aquellos pasajes en que se ataca personalmente á varios ciudadanos influyentes no pertenecen á la de 390, en cuya época los Treinta habian prohibido á los cómicos el satirizar á nadie por su nombre.

PERSONAJES.

CARION.
CREMILO.
PLUTO.
CORO DE LABRADORES.
BLEPSIDEMO.
LA POBREZA.
LA MUJER DE CREMILO.
UN HOMBRE HONRADO.
UN DELATOR.
UNA VIEJA.
UN JÓVEN.
MERCURIO.
UN SACERDOTE DE JÚPITER.

(La accion pasa delante de la casa de Cremilo.)

PLUTO.

CARION.

¿Oh Júpiter! ¡Oh dioses! ¡qué terrible cosa es servir á un amo demente! Si el esclavo da los mejores consejos y al dueño no se le antoja seguirlos, no por eso deja de participar de su desgracia. Porque la fortuna no nos permite disponer de este cuerpo que es nuestro y muy nuestro, y se lo da al que lo ha comprado. ¡Así anda el mundo! Tengo que dirigir á Apolo, al dios cuya pitonisa profetiza desde el áureo trípode, una justa acusacion: siendo médico y hábil adivino, segun se asegura, ha dejado salir de su templo á mi amo loco, obstinado en seguir á un ciego y empeñado en oponerse al buen sentido, segun el cual quien tiene buenos ojos debe guiar al que carece de ellos; pero á mi señor no hay medio de hacérselo comprender, y se va detrás del ciego, y por añadidura me obliga á ir tambien, sin responder á mis preguntas. No, dueño mio, yo no puedo callar si no me dices por qué se-

guimos á ese hombre; te atormentaré, ya que gracias á mi corona (1) no puedes castigarme.

CREMILO.

Pero si me fastidias mucho, te quitaré la corona y te sacudiré de lo lindo.

CARION.

¡Como si callaras! No pienso dejarte en paz hasta que me digas quién es ese. Ten presente que te lo pregunto por tu propio interes.

CREMILO.

Bueno, no te lo ocultaré, aunque sólo sea porque eres el más fiel y el más ladron de mis criados (2). Yo, siendo piadoso y justo, era pobre y desgraciado.

CARION.

Lo sé.

CREMILO.

Y otros, sacrílegos, oradores, delatores (3) y malvados, se enriquecian.

(1) Los que volvian, como Carion, de consultar el oráculo de Apolo en Délfos traian una corona de laurel, que les daba una especie de inviolabilidad.

(2) Contraste chistoso.

(3) Sicofantas. Sobre el orígen de este nombre, que segun su etimología quiere decir denunciadores de higos (συκῆ, *higo*, φαίνω, *denunciar)*, se dan distintas explicaciones. PLUTARCO *(Vida de Solon)*, supone que una antigua ley prohibia la exportacion de higos, y á los que delataban á los contraventores se les llamaba *sicofantas*, habiéndose despues generalizado esta denominacion á cualquier denunciador. El ESCOLIASTA de Aristófanes (*Pluto*, 31) dice que en tiempo de hambre ésta obligó á algunos á robar el fruto de las higueras consagradas á los dioses, concitándose la ira de éstos y siendo denunciados los sacrílegos. Ya hemos visto en otra ocasion que muchas gentes no vivian en Aténas de otra cosa que del producto de sus denuncias contra malos é inocentes.

CARION.

Lo creo.

CREMILO.

En vista de esto fuí á consultar al dios, no por mí, que veo ya agotarse mi triste vida, sino por mi único hijo, si convendria que, cambiando de conducta, se hiciese canalla, injusto y malvado, puesto que éste parece ser el camino de la fortuna.

CARION.

¿Y qué ha respondido Apolo en medio de sus coronas?

CREMILO.

Vas á saberlo. En términos claros y precisos me mandó seguir al primero que me encontrase al salir del templo, y que no me separase de él hasta llevarlo á mi casa.

CARION.

¿Quién fué el primero que encontraste?

CREMILO.

Ese.

CARION.

¡Imbécil! ¿no has comprendido el espíritu del oraculo que te ordena educar á tu hijo á la usanza del país?

CREMILO.

¿De qué lo infieres?

CARION.

Está claro, hasta para un ciego, que hoy dia lo

más provechoso es prescindir de todo honrado pensamiento.

CREMILO.

No puede ser ese el espíritu del oráculo, sino otro más noble y elevado. Si ese hombre nos dijera quién es y por qué ha venido, quizá pudiéramos comprender el sentido misterioso del oráculo en cuestion.

CARION. *(A Pluto.)*

¡Eh, tú! dínos quién eres, ántes de que el efecto siga á la amenaza. ¡Vamos, pronto, pronto!

PLUTO.

¡Véte al infierno!

CARION.

¿Has oido cómo te dice quién es?

CREMILO.

Eso va contigo y no conmigo, porque le preguntas de un modo grosero y brutal.—Amigo mio, si te agrada la conversacion de los hombres honrados, respóndeme.

PLUTO.

¡Ahórcate!

CARION.

¡Vaya un hombre y un agüero que te envia el dios!

CREMILO. *(A Pluto.)*

¡Por Céres, no has de seguir burlándote!

CARION.

Si no declaras tu nombre, te hago añicos.

PLUTO.

Amigos, dejadme en paz.

CREMILO.

Nunca.

CARION.

No hay medio mejor, dueño mio; voy á matar á ese tunante. Lo llevaré al borde de un abismo, y lo abandonaré allí, para que se precipite y se rompa la cabeza.

CREMILO.

Llévatelo cuanto ántes.

PLUTO.

¡No! ¡no!

CREMILO.

¿Responderás?

PLUTO.

Pero cuando os diga quién soy, sé muy bien que me maltrataréis; no me dejaréis marchar.

CREMILO.

¡Por los dioses! en cuanto quieras.

PLUTO.

Principiad por soltarme.

CREMILO.

Ya estás suelto.

PLUTO.

Oid, pues, ya que es preciso revelaros lo que habia resuelto ocultar.—Yo soy Pluto (1).

CREMILO.

¡Grandísimo bribon! ¿Eres Pluto y lo callabas?

CARION.

¡Tú Pluto en tan miserable estado!

(1) Dios de las riquezas.

CREMILO.

¡Oh Apolo! ¡Oh dioses! ¡Oh genios! ¡Oh Júpiter! ¿Qué dices? ¿Es verdad que eres tú?

PLUTO.

Sí.

CREMILO.

¿El mismo?

PLUTO.

El mismísimo (1).

CREMILO.

¿Pero de dónde vienes tan puerco?

PLUTO.

De casa de Patroclo (2), que no se ha lavado (3) en toda su vida.

CREMILO.

¿Y tu enfermedad de dónde procede? Responde.

PLUTO.

Me la ha producido Júpiter, por odio á los hombres. Yo, desde jovencito, le habia amenazado con visitar solamente la casa de las personas justas, sábias y modestas, y él me dejó ciego para que no las conociese. ¡Tanto detesta á las gentes honradas!

---

(1) Αὐτότατος, lo mismo que Plauto *ipsissimus (Trinummus*, IV, 2.146).

(2) Ateniense muy rico, pero tan miserable, que la frase «más avaro que Patroclo» se hizo proverbial. Para evitar gastos imitaba á los Lacedemonios, comiendo muy frugalmente, dejándose crecer barba y cabellos, y absteniéndose de bañarse.

(3) Los Atenienses se lavaban muy á menudo las manos y todo el cuerpo.

CREMILO.

Pues la verdad es que sólo los hombres buenos y justos le reverencian.

PLUTO.

Tienes razon.

CREMILO.

Y díme, ¿si recobrases de la vista huirias de los malos?

PLUTO.

Sí por cierto.

CREMILO.

¿Y visitarias á los buenos?

PLUTO.

Seguramente: ¡hace tanto tiempo que no los he visto!

CREMILO.

No tiene nada de particular; yo tengo buenos ojos y tampoco los veo.

PLUTO.

Ahora dejadme; ya os lo he dicho todo.

CREMILO.

No por cierto: ahora te retendremos con más motivo.

PLUTO.

¿No decia yo que habiais de atormentarme?

CREMILO.

Vamos, te lo suplico, déjate convencer y no me abandones. No encontrarás, por mucho que busques, un hombre mejor que yo. No, por Júpiter, no hay otro como yo.

PLUTO.

Lo mismo dicen todos; pero en cuanto me poseen y se hacen ricos, su perversidad no tiene límites.

CREMILO.

Es verdad, pero no todos son malos.

PLUTO.

Todos sin excepcion.

CARION.

Ya te volveré esa palabrita al cuerpo.

CREMILO.

Pero á lo ménos debes saber las ventajas que conseguirás estando con nosotros: préstame atencion. Yo espero, con ayuda de los dioses, curarte la ceguera y devolverte la vista.

PLUTO.

No harás tal; no quiero recobrarla.

CREMILO.

¿Qué dices?

CARION.

Este hombre se complace en su infortunio.

PLUTO.

Júpiter (lo sé muy bien), en cuanto supiese que habias hecho esa locura, me pulverizaria.

CREMILO.

¿No lo hace ya, dejándote ir á tientas expuesto á mil peligros?

PLUTO.

Lo ignoro; pero le tengo un miedo cerval.

CREMILO.

Pero díme, ¡oh el más cobarde de todos los dioses! ¿Crees que el poder de Júpiter y sus rayos valdrian un comino si recobrases la vista, aunque sólo por poco tiempo?

PLUTO.

¡Oh, no digas eso, desdichado!

CREMILO.

Tranquilízate; yo te demostraré que eres mucho más poderoso que Júpiter.

PLUTO.

¿Yo?

CREMILO.

Sí, por el cielo. ¿Quién da á Júpiter su poder sobre los demás dioses?

PLUTO.

El dinero; porque tiene muchísimo.

CREMILO.

Y bien, ¿quién le suministra ese dinero?

CARION.

Pluto.

CREMILO.

Y el mismo Júpiter, ¿á quién debe los sacrificios que se le ofrecen? ¿No es á Pluto?

CARION.

Es verdad, se le pide sin rebozo la riqueza.

CREMILO.

Por tanto, siendo Pluto la causa de esos sacrificios, ¿no pudiera darles tambien fin si se le antojara?

PLUTO.

¿Cómo?

CREMILO.

Ningun hombre podria en adelante ofrecer en

sacrificio ni un buey, ni una torta, ni nada absolutamente contra tu voluntad.

PLUTO.

¿Cómo?

CREMILO.

¿Cómo? Porque nadie podria comprar nada si tú no le dabas el dinero; por consiguiente, en tu mano está el anular el poder de Júpiter el dia en que te incomode.

PLUTO.

¿Qué dices? ¿Por mí le ofrecen sacrificios?

CREMILO.

Y lo repito; cuanto hay de brillante, de gracioso y de bello entre los hombres se te debe á tí; pues todo depende de la riqueza.

CARION.

Yo, por ejemplo, soy esclavo por un poco de dinero; si hubiera sido rico, sería libre.

CREMILO.

¿Y no sabes lo que se cuenta de las cortesanas de Corinto? (1). Cuando se les acerca un pobre, ni siquiera le miran; pero como sea un rico, no le hacen esperar un momento (2).

CARION.

Lo mismo hacen los muchachos; el interes y no el amor les guía.

(1) Las cortesanas de Corinto eran célebres por su belleza y por lo caros que vendian sus favores, de donde vino el proverbio: *Non cuivis homini contigit adire Corinthum.*

(2) *Clunes extemplo eas huic obvertere.*

CREMILO.

No los honrados, sino los que se prostituyen á cualquiera; los primeros no piden dinero.

CARION.

¿Pues qué piden?

CREMILO.

Uno, un buen caballo; otro, perros de caza.

CARION.

Les da vergüenza exigir dinero, y mudan de nombre á su vileza.

CREMILO.

A tí se debe el nacimiento de todas las artes y de las invenciones más ingeniosas de los hombres. Por tí, y sólo por tí, uno corta cueros sentado en su taller; otro forja el bronce; otro trabaja en madera; otro refina el oro que de tí ha recibido; otro roba en las calles; otro horada paredes; otro es batanero; otro lava pieles; otro las curte; otro vende cebollas; otro, sorprendido en adulterio, sufre, por tí tambien, la depilacion (1).

PLUTO.

¡Triste de mí! ¡Cuánto tiempo he estado sin saberlo!

CARION.

¿No es él quien ensoberbece al gran rey? (2). ¿No es él quien convoca á la asamblea á los ciuda-

(1) Sobre el castigo de los adúlteros, que tenía más de ridículo é infamante que de doloroso, véase la nota correspondiente en *Las Nubes*.

(2) Llamábase así al de Persia, dueño de inmensos tesoros.

danos? (1). ¿No es él quien equipa los trirremes? (2). ¿No es él quien mantiene nuestros mercenarios de Corinto? (3). ¿No es él quien hará desesperar á Pánfilo (4), y con Pánfilo al comerciante de agujas? (5). ¿No es él quien da tantos humos á Agirrio? (6). ¿No es él quien incita á Filepsio (7) á recitar sus fábulas? ¿No es él quien envia auxiliares al Egipto? (8). ¿No es por él por quien Lais (9) ama á Filónides? (10). ¿No es él por quien la torre de Timoteo?... (11).

CREMILO. *(A Carion.)*

Que ojalá te aplaste.—*(A Pluto.)* En una palabra,

(1) Para cobrar el trióbolo.

(2) Este encargo se daba á los ciudadanos más ricos nombrándoles trierarcas. La república sólo les proporcionaba el armazon de la nave.

(3) Hicimos mencion en *Las Junteras* de la alianza entre Atenienses, Beocios, Argivos y Corintios. Para socorrer á estos últimos, Aténas habia enviado una guardia de algunos miles de soldados mercenarios.

(4) Usurero famoso; ó, segun creen otros, demagogo que habiendo defraudado al Erario fué desterrado, confiscándosele sus bienes.

(5) Parásito de Pánfilo, ó cómplice de sus concusiones.

(6) Rico insolente.

(7) Se ganaba la vida refiriendo cuentos en las calles. Se parecia en esto algo á los ciegos que cantan y recitan romances y espeluznantes historias en nuestras plazuelas.

(8) Se tiene por problable que el poeta a uda aquí al socorro de doscientos navíos que los Atenienses enviaron á los Egipcios cuando éstos se sublevaron contra Persia proclamando rey á Inaro. (V. Tucídides, i, 104-112, y el Escoliasta.)

(9) Célebre cortesana siciliana establecida en Corinto.

(10) Rico imbécil.

(11) Ostentoso edificio construido por Timoteo, hijo de Conon. Era un general hábil y afortunado y muy jóven al representarse el *Pluto.*

por tí se hace todo. Tú eres la causa de todos nuestros males y de todos nuestros bienes; tenlo entendido.

CARION.

En la guerra la victoria se inclina siempre del lado donde tú pesas.

PLUTO.

¿Yo solo puedo hacer tantas cosas?

CREMILO.

Y otras muchas más, ¡por Júpiter! Así es que nadie se cansa de tí. Todas las demas cosas llegan á saciar: el amor...

CARION.

El pan.

CREMILO.

La música.

CARION.

Las golosinas.

CREMILO.

Los honores.

CARION.

Las tortas.

CREMILO.

La virtud.

CARION.

Los higos.

CREMILO.

La ambicion.

CARION.

Las puches.

CREMILO.

Los grados militares.

CARION.

Las lentejas.

CREMILO.

Pero de tí nunca se ha saciado nadie. Si se tienen trece talentos (1), se desea con mayor afan reunir diez y seis. ¿Se consiguen los diez y seis? pues se apetecen cuarenta, y se dice que no hay con que vivir.

PLUTO.

Me parece muy bien todo lo que decís; sólo me inquieta una cosa.

CREMILO.

¿Cuál?

PLUTO.

El cómo conseguiré hacerme dueño de ese poder que decís que tengo.

CREMILO.

¡Por Júpiter! Con muchísima razon dice todo el mundo que la riqueza es la cosa más cobarde.

PLUTO.

No por cierto; me ha calumniado un ladron. Habiendo penetrado un dia en mi casa, no pudo llevarse nada, porque todo lo encontró cerrado; y en despecho llamó cobardía á mi prevision.

CREMILO.

No tengas ningun cuidado; si estás dispuesto á

(1) El talento valía 5.560 pesetas.

secundar mi empresa, te volveré una vista más penetrante que la de Linceo (1).

PLUTO.

¿Cómo podrás hacer eso siendo un simple mortal?

CREMILO.

Tengo buenas esperanzas por lo que me dijo el mismo Apolo agitando el laurel de la pitonisa.

PLUTO.

¿De modo que tambien aquél lo sabe?

CREMILO.

Seguramente.

PLUTO.

Cuidado no...

CREMILO.

Nada temas, querido mio; yo estoy decidido, tenlo bien presente, á conseguir mi objeto, aunque deba morir en la demanda.

CARION.

Y, si quieres, yo tambien.

CREMILO.

Además nos ayudarán en nuestra empresa todos los hombres honrados, que carecen hasta de un bocado de pan.

PLUTO.

¡Ay, qué pobres son esos auxiliares!

CREMILO.

No lo serán cuando se hagan ricos.—*(A Carion.)* Corre á todo correr...

(1) Veia á través de los cuerpos opacos, y distinguia hasta lo que pasaba en los infiernos. Fué uno de los argonautas. Se le atribuye el descubrimiento de los metales.

CARION.

¿Qué hago? dí.

CREMILO.

Llama á nuestros compañeros los labradores (estoy seguro de que los hallarás en el campo en su penosa faena), para que vengan á participar con nosotros de los dones de Pluto.

CARION.

Voy; pero es preciso que alguno se encargue de llevar á casa este tasajo de carne (1).

CREMILO.

Yo me encargo de eso: corre.—Tú, Pluto, el más poderoso de los dioses, entra conmigo en mi morada. Esa es la casa que hoy has de colmar de riquezas bien ó mal adquiridas.

PLUTO.

Pongo por testigos á los dioses de que nunca he entrado á gusto en ninguna casa extraña; porque jamás lo he pasado bien en ninguna. Pues si por casualidad me alojo en la habitacion de un avaro, en seguida me mete debajo de tierra, y cuando algun honrado amigo le viene á pedir prestado un poquito de dinero, dice que jamás me ha visto. Si, al contrario, es la de un pródigo sin juicio, me entrega al punto á los juegos de azar y á las cortesanas, y en pocos momentos me veo en la puerta de la calle completamente desnudo.

(1) Parte de la víctima que Cremilo habia sacrificado á Apolo. Era costumbre obsequiar con ella á los parientes y amigos.

CREMILO.

Es que nunca has tropezado con un hombre moderado como yo lo soy en todas mis acciones. A mí me gusta como á nadie la economía, pero tambien el gastar, cuando es necesario. Pero entremos, pues quiero que te vean mi mujer y mi único hijo, el sér á quien más amo despues de tí.

PLUTO.

Lo creo.

CREMILO.

¿A qué te habia de ocultar la verdad?

(Entran en la casa.)

CORO.

. . . .

(Falta.)

CARION.

Amigos y paisanos, laboriosos agricultores que tantas veces habeis comido ajos con mi señor, venid, apresuraos, corred, no hay que perder un instante, acudid en nuestro auxilio.

CORO.

¿No ves que ya nos apresuramos cuanto es posible á unos hombres débiles y viejos? ¿Crees tú que debo de correr ántes de haberme dicho por qué nos llama tu amo?

CARION.

¿No te lo he dicho hace un año? Sin duda te has vuelto sordo. Mi dueño quiere anunciaros que en

adelante nadaréis todos en la abundancia, libres de esa vida ruda y miserable.

CORO.

Pero ¿de qué se trata, ó de dónde procede eso que nos dice?

CARION.

Se ha presentado aquí, mis pobres amigos, con un viejo sucio, encorvado, miserable, calvo, lleno de arrugas, sin dientes, y, por Júpiter, creo que hasta circuncidado (1).

CORO.

¡Es una noticia preciosa! ¿Qué nos cuentas? Repítelo. ¿Querrás decir que se ha traido un monton de dinero?

CARION.

Sí, un monton de achaques de la vejez (2).

CORO.

¿Crees que si nos engañas te vas á ir impune, teniendo yo un garrote en la mano?

CARION.

¿Por tan desvergonzado me teneis que me juzgais incapaz de hablaros formalmente?

CORO.

¡Qué impávido es el gran bellaco! Sus piernas gritan ya: ¡ay! ¡ay! y piden á voz en grito, los cepos y las cuñas.

---

(1) Los Griegos despreciaban á los pueblos que practicaban la circuncision.

(2) Plauto *(Mercator*, III, sc. IV, v) dice tambien: ***Non hominem mihi, sed thesaurum nescio quem memoras mali.***

CARION.

La letra (1) que te ha tocado en suerte te designa para ir á juzgar en el ataud; ¿por qué no vas? Caron te dará las insignias (2).

CORO.

¡Así revientes! ¡Qué mal intencionado y fastidioso empeño de burlarnos, y de no acabar de decirnos para qué nos llama tu señor! Habla, ya ves que, aunque rendidos de fatiga y escasos de tiempo, hemos acudido á toda prisa, pasando á través de innumerables ajos (3).

CARION.

No os lo ocultaré más tiempo: mi amo, amigos mios, ha venido con Pluto en persona, que os enriquecerá.

CORO.

¿De veras? ¿Seremos todos ricos?

CARION.

Seguramente; y tambien sereis Mídas (4), si os salen orejas de asno.

---

(1) Vimos en *Las Junteras* que se sorteaban por medio de letras los ciudadanos que debian de formar parte de los tribunales cada año. Carion quiere decir que en vez de pensar en castigarle, el coro debia de pensar en arreglar sus cosas para bien morir.

(2) La insignia del juez era un baston ó vara (σκῆπτρον) que devolvian al Pritáneo al finalizar cada sesion, recibiendo entónces el trióbolo.

(3) Y resistiendo sin duda á la tentacion de arrancar algunas cabezas.

(4) Conocida es la fábula que de Mídas se refiere. Era éste un rey que devolvió á Baco su ayo y pedagogo Sileno; en recompensa de cuyo favor el dios le concedió la

CORO.

¡Qué alegría! ¡qué placer! Voy á bailar de gusto, si es verdad lo que dices.

CARION.

Yo tambien, *trettanelo* (1), quiero, imitando al Cíclope (2), haceros andar á puntapiés. Ea, gritad, hijos mios; dad balidos melodiosos, como las ovejas ó las cabras de penetrante olor, y seguidme á guisa de chivos lujuriosos enardecidos de amor (3).

CORO.

Nosotros tambien *trettanelo* queremos, cuando balando encontremos al Cíclope (4), es decir, á tí mismo, lleno de basura, con una alforja atestada de verdolagas cubiertas de rocío, pastoreando borracho tus ovejas, y dormido en el primer sitio donde el sueño te rinda, coger un inmenso y encendido tizon y dejarte ciego.

---

merced que le pedia, que era convertir en oro cuanto tocase. Midas hubiera muerto de hambre si Baco no hubiera revocado el funesto don. En otra ocasion, habiendo dicho que la flauta de Pan era más armoniosa que la lira de Apolo, éste le castigó haciéndole salir dos soberbias orejas de asno. De suerte que Midas era el prototipo de los avaros y de los *pseudo-dilettanti* mitológicos.

(1) Palabra onomatopéyica para imitar el sonido de la lira.

(2) Alusion, segun el Escoliasta, al *Cíclope* de Filóxeno en el cual Polifemo apacentaba sus rebaños al son de la lira. Se conserva un drama satírico de Eurípides con igual título.—Carion se finge el pastor del Etna, y considera al coro como su rebaño.

(3) *Arrectis veretris, hircorum instar lascivitate.*

(4) Alusion á la aventura de Ulíses y Polifemo. (Véase *Odisea* IX, y EURÍPIDES, el *Cíclope*.)

CARION.

Yo he de imitar en todo á la hechicera Circe, cuyos mágicos brebajes hicieron en Corinto que los compañeros de Filónides se atracasen, como cerdos, de excrementos por ella preparados. Vosotros, gruñendo de alegría, seguid á vuestra madre, marrranillos (1).

CORO.

Nosotros, imitando en nuestro júbilo al hijo de Laertes (2), nos apoderaremos de Circe (3), la de los mágicos brebajes, y mal olientes pomadas, y te colgaremos de donde más te duela (4); te untaremos la narices de estiércol como á un chivo; y al relamerte, cual otro Arístilo (5), los entreabiertos labios, exclamarás: «Seguid á vuestra madre, marranillos.»

CARION.

¡Ea, cesen los jocosos insultos! Entonad otro género de versos. Yo voy á entrar en casa y á coger, á escondidas de mi amo, un poco de pan y carne: en cuanto lo coma volveré al trabajo.

---

(1) Alusion á las orgías de Lais y Filónides, y á las sucias complacencias de éste con aquella cortesana de Corinto, comparada á Circe la hechicera. (V. HOMERO, *Odisea*, y LOPE DE VEGA, *La Circe*.)

(2) Ulíses.

(3) Es decir, de Carion.

(4) *A testiculis.* Castigo dado por Ulíses á Melantio, uno de los procos ó pretendientes de Penélope. (*Odisea*, XXII.)

(5) Bardaje del jaez de Arífrades. (V. *Los Caballeros*.)

CREMILO.

El deciros salud, conciudadanos mios, es una fórmula vieja y muy gastada; prefiero, pues, abrazaros cordialmente por la prontitud y buena voluntad con que habeis acudido. Procurad ayudarme con igual eficacia en todo lo demás, y lograremos entre todos salvar al dios.

CORO.

Pierde cuidado. Verás brillar en mis ojos la mirada de Marte. Sería absurdo, en efecto, que los que por tres óbolos nos estrujamos diariamente en la asamblea, nos dejáramos arrebatar á Pluto en persona.

CREMILO.

Veo á Blepsidemo que se acerca á nosotros. Su andar precipitado me demuestra que ha oido algo de lo que ocurre.

BLEPSIDEMO.

¿Qué sucede? ¿Cómo y cuándo se ha enriquecido Cremilo tan de súbito? Yo no lo creo; sin embargo, los habituales concurrentes á las barberías (1) no hablan de otra cosa que de su repentino enriquecimiento. Pero áun me admira más el que, á pesar de su próspera fortuna, mande llamar á los amigos: esto es apartarse de todos los usos y costumbres.

(1) Eran el punto de reunion de los desocupados.

CREMILO.

Por los dioses, todo lo diré sin rebozo. Sí, Blepsidemo, mi situacion actual es mejor que la de ayer; quiero hacerte partícipe de mi suerte, como á uno de mis amigos.

BLEPSIDEMO.

¿De véras eres rico como dicen?

CREMILO.

Lo seré muy pronto, si Dios quiere. Pero hay todavía un riesgo que correr.

BLEPSIDEMO.

¿Cuál?

CREMILO.

El de que...

BLEPSIDEMO.

Acaba de decir.

CREMILO.

Si logramos nuestro objeto, seremos perpétuamente felices; pero si no lo conseguimos, nuestra ruina será total.

BLEPSIDEMO.

Me parece que te has metido en un mal negocio; esto me da mala espina. Enriquecerse súbitamente, y andarse despues con temores, demuestra que no se ha obrado bien.

CREMILO.

¿Cómo que no he obrado bien?

BLEPSIDEMO.

Tal vez has robado plata ú oro en el templo del dios á quien has consultado, y te arrepientes de tu accion.

CREMILO.

Nunca. ¡Apolo me libre de ello!

BLEPSIDEMO.

Déjate de rodeos, amigo mio; está claro como la luz.

CREMILO.

No sospeches de mí semejante cosa.

BLEPSIDEMO.

¡Ah! ¡no hay un solo hombre honrado! Todos son esclavos del dinero.

CREMILO.

¡Por Céres! ¿Tú has perdido el juicio?

BLEPSIDEMO.

¡Qué cambio de costumbres!

CREMILO.

Pero, amigo mio, tú estás loco.

BLEPSIDEMO.

Su semblante está agitado é intranquilo, prueba evidente de que ha perpetrado algun crímen.

CREMILO.

¡Oh! ya comprendo adónde van á parar tus declamaciones: supones que he hurtado alguna suma para exigirme una parte.

BLEPSIDEMO.

¿Yo una parte? ¿de qué?

CREMILO.

Pero no es eso, sino cosa muy distinta.

BLEPSIDEMO.

¿Acaso en vez de hurto ha sido robo?

CREMILO.

Decididamente estás dejado de la mano de Dios.

BLEPSIDEMO.

¿Pero no has hecho daño á nadie?

CREMILO.

No.

BLEPSIDEMO.

¡Oh Hércules! ¿Qué medio emplearé? Está visto que no quieres confesar la verdad.

CREMILO.

¡Si me acusas ántes de oirme!

BLEPSIDEMO.

Amigo mio, ántes de que el asunto se divulgue, yo lo arreglaré á poca costa, tapando la boca á los oradores con algun dinero.

CREMILO.

Tienes toda la traza, querido mio, de gastar tres minas en el negocio y presentarme una cuenta de doce.

BLEPSIDEMO.

Se me figura ver á alguno (1) sentado al pié del tribunal con su mujer y sus hijos y el ramo de olivo de los suplicantes en la mano, enteramente parecido á los Heráclidas de Pánfilo (2).

CREMILO.

No, pobre hombre, yo enriqueceré solamente á

(1) A Cremilo.

(2) Célebre pintor, maestro de Apéles. Fundó una escuela de pintura en Sicione, donde se hacía pagar honorarios crecidísimos, pues no admitia ménos de diez talentos (56.600 pesetas). En un cuadro expuesto en el Pecilo habia representado á los Heráclidas acudiendo en demanda de auxilio contra Euristeo á los Atenienses.

los hombres honrados, ingeniosos y modestos.

BLEPSIDEMO.

¿Qué dices? ¿tanto has robado?

CREMILO.

¡Oh, me matas con tus injurias!

BLEPSIDEMO.

Tú mismo corres á la muerte, segun creo.

CREMILO.

No por cierto, imbécil: Pluto está en mi casa.

BLEPSIDEMO.

¿Cuál Pluto?

CREMILO.

El mismo dios.

BLEPSIDEMO.

¿Y dónde está?

CREMILO.

Ahí dentro.

BLEPSIDEMO.

¿Dónde?

CREMILO.

En mi casa.

BLEPSIDEMO.

¿En tu casa?

CREMILO.

Sí.

BLEPSIDEMO.

¡Vete al infierno! ¿Pluto en tu casa?

CREMILO.

Te lo juro por los dioses.

BLEPSIDEMO.

¿Pero es verdad?

CREMILO.

Es verdad.

BLEPSIDEMO.

Júralo por Vesta.

CREMILO.

Y por Neptuno.

BLEPSIDEMO.

¿Por el dios del mar?

CREMILO.

Y por otro Neptuno, si hay otro.

BLEPSIDEMO.

¿Y no lo envias á casa de tus buenos amigos?

CREMILO.

Aun no estamos en ese caso.

BLEPSIDEMO.

¿Qué dices? ¿no habrá particion?

CREMILO.

No. Antes es necesario...

BLEPSIDEMO.

¿Qué?

CREMILO.

Devolverle la vista.

BLEPSIDEMO.

¡La vista! ¿A quién?

CREMILO.

A Pluto; es indispensable, sin perdonar medio.

BLESIDEMO.

¡Pero está ciego de veras!

CREMILO.

Sí, por el cielo.

BLEPSIDEMO.

Ya no me admira que nunca haya venido á mi casa.

CREMILO.

Ahora ya irá, si place á los dioses.

BLEPSIDEMO.

¿No convendria llamar á algun médico?

CREMILO.

¿Qué médico hay ahora en la ciudad? Donde no hay recompensa no hay talento (1).

BLEPSIDEMO.

Sin embargo, veamos.

CREMILO.

No hay ninguno.

BLEPSIDEMO.

Lo mismo creo.

CREMILO.

No, por Júpiter; lo mejor será, como yo habia pensado, llevarle á dormir al templo de Esculapio (2).

BLEPSIDEMO.

Ese es, sin duda, el más eficaz remedio. ¡Ea! no tardes; procura concluir pronto.

CREMILO.

Ya voy.

---

(1) Los médicos estaban mal pagados en Aténas, y los de notable ciencia se iban á ejercerla á otros países.

(2) Muchos enfermos eran llevados al templo de Esculapio, donde pasaban la noche, suponiendo que el dios les visitaba en la oscuridad y les ponia en el estado de recobrar la salud.

BLEPSIDEMO.

Corre.

CREMILO.

Eso hago.

LA POBREZA.

¡Atrevidos, miserables, sacrílegos! ¿Qué intentais, débiles y temerarios mortales? ¿Adónde huís? Deteneos.

BLEPSIDEMO.

¡Oh Hércules!

LA POBREZA.

¡Perversos, yo os daré vuestro merecido! Osais llevar á cabo un proyecto intolerable, un proyecto como nunca lo han intentado los hombres ni los dioses; morireis sin remedio.

CREMILO.

¿Pero quién eres? ¡Qué espantosa palidez!

BLEPSIDEMO.

Es quizá una furia de teatro (1); hay en su mirada algo de trágico y feroz.

CREMILO.

Pero no tiene antorchas.

BLEPSIDEMO.

Pues pagará su audacia.

---

(1) Como las que aparecieron en *Las Euménides* de Esquilo llenando de terror á los espectadores, entre los cuales hubo un «sálvese el que pueda» general.

LA POBREZA.

¿Quién pensais que soy?

CREMILO.

Una tabernera ó una vendedora de huevos. De otro modo no te hubieras lanzado con tan destempladas voces sobre nosotros, que en nada te hemos ofendido.

LA POBREZA.

¿De véras, eh? ¿Os parece que todavía es poco el tratar de echarme de todas partes?

CREMILO.

¿No te queda el Báratro? (1) ¿Pero quién eres? Vamos, dínoslo pronto.

LA POBREZA.

Yo soy quien os castigará hoy mismo por haber pretendido expulsarme de aquí.

BLESIPDEMO.

¿Si será esa tabernera de la vecindad que siempre me engaña en la medida?

LA POBREZA.

Yo soy la Pobreza, que vivo con vosotros hace muchos años.

BLEPSIDEMO.

¡Soberano Apolo! ¡Dioses inmortales! ¡Adónde me escapo?

CREMILO.

¿Adónde vas? ¡Cobarde! ¿No te quedarás ahí?

BLEPSIDEMO.

Ni por cuanto hay.

(1) Precipicio al cual eran arrojados los criminales.

CREMILO.

¿No te quedas? ¿Y dos hombres hemos de huir de una mujer?

BLEPSIDEMO.

¡Desventurado! ¡Es la Pobreza! El monstruo más horrendo y pestilente.

CREMILO.

Quédate, por favor; quédate.

BLEPSIDEMO.

No y no.

CREMILO.

Pero, amigo, comprende que cometeremos un crímen infinitamente mayor si huimos, abandonando cobardemente al dios, sin intentar siquiera la lucha.

BLEPSIDEMO.

¿Y con qué armas? ¿Con qué fuerzas? ¿Hay coraza ó escudo que esa maldita no haya llevado á empeñar?

CREMILO.

Tranquilízate; el dios sin más que sus propios recursos la vencerá.

LA POBREZA.

¿Aun os atreveis á chistar, desalmados, despues de haber sido cogidos *in fraganti* del más abominable delito?

CREMILO.

Y tú, mujer que el cielo confunda, ¿por qué nos insultas no habiéndote ofendido en nada?

LA POBREZA.

¿En nada, eh? ¿Se os figura que no me per-

judicais tratando de devolver la vista á Pluto?

CREMILO.

¡Cómo! ¿es perjudicarte el colmar de bienes á todos los hombres?

LA POBREZA.

¿Qué proyectais para su felicidad?

CREMILO.

¿Qué? Por de pronto expulsarte de Grecia.

LA POBREZA.

¿Expulsarme? ¿Pudierais hacer un mal mayor á los hombres?

CREMILO.

¿Un mal mayor? Sí... el no realizar nuestro proyecto.

LA POBREZA.

Ea, consiento en explicaros las razones que sobre el particular me asisten: os demostraré que yo soy la causa única de todos vuestros bienes, y el único sostén de vuestra vida: sino consigo probároslo, podreis hacer lo que querais.

CREMILO.

¿Te atreves á decir eso, desollada?

LA POBREZA.

Déjame hablar; pues creo facilísimo demostrarte que vas por muy errada senda al tratar de enriquecer á los buenos.

CREMILO.

¡Vergas y garrotes! ¿Para cuándo os guardais?

LA POBREZA.

No te quejes y alborotes ántes de escucharme.

CREMILO.

¿Quién puede callar al oir semejantes desatinos?

LA POBREZA.

Todo el que esté en su sano juicio.

CREMILO.

¿Qué multa quieres que te imponga si pierdes tu pleito?

LA POBREZA.

La que te parezca.

CREMILO.

Está bien.

LA POBRBZA.

En cambio, vosotros, si sois vencidos, quedaréis sujetos á las mismas condiciones.

BLEPSIDEMO.

¿Crees que bastarán veinte muertes?

CREMILO.

Para ella, sí; para nosotros, con dos sobra.

LA POBREZA.

Vuestra perdicion es inevitable. ¿Qué podreis oponerme?

CORO.

Buscad ingeniosas razones; aducid sólidos argumentos que la confundan; no hay que cejar un punto.

CREMILO.

Teniendo por verdad evidente y universalmente reconocida la justicia de que todos los hombres de bien vivan prósperamente y sufran la suerte contraria los impíos y malvados, y anhelando ver cumplido nuestro propósito, hemos hallado, por

fin, un bello, generoso y utilísimo modo de realizarlo. En efecto, si Pluto recobra la vista y deja de caminar á tientas, se dirigirá á las personas honradas para no abandonarlas nunca, huyendo siempre de los impíos y malvados. Ahora bien; ¿qué se conseguirá con esto? Se conseguirá que todos los hombres sean buenos, ricos y piadosos. ¿Creeis que pueda encontrarse nada mejor?

BLEPSIDEMO.

Nada; aquí estoy yo para atestiguarlo; no se lo preguntes á esa.

CREMILO.

Estando arreglada de esta suerte la humana vida, ¿quién no creerá que todo es locura, ó más bien frenesí? Los más de los hombres, que son los perversos, nadan en las riquezas injustamente acumuladas; miéntras muchos otros de intachable honradez, arrastran una vida llena de privaciones y miserias, sin tener en casi todo el decurso de su existencia más compañera que tú. Por tanto, si Pluto recobra la vista y abandona este camino, ¿quién duda que podrá seguir otro infinitamente mejor para los hombres?

LA POBREZA.

Estos dos ancianos se dejan alucinar como nadie en el mundo, y deliran y desbarran al unísono con pasmosa unanimidad. Pero yo os aseguro que, si vuestros deseos se realizan, ningun provecho sacaréis. Porque si Pluto recobra la vista y distribuye sus favores con igualdad, nadie querrá dedicarse á las artes ni á las ciencias. Y una vez suprimidas estas dos condiciones de existencia, ¿habrá quien quiera forjar el hierro, construir naves, coser vestidos, hacer ruedas, cortar cueros, fabricar ladrillos, lavar, curtir, arar los campos, segar los dones de Céres, pudiendo todos vivir en la holganza y desdeñar el trabajo?

CREMILO.

¡Necedades! Todos esos oficios que acabas de decir los ejercen los esclavos.

LA POBREZA.

¿Y cómo tendrás esclavos?

CREMILO.

Los compraremos.

LA POBREZA.

¿Y quiénes serán los primeros vendedores si todos tienen dinero?

CREMILO.

Cualquier codicioso comerciante á su vuelta de Tesalia, donde hay muchos traficantes en esclavos.

LA POBREZA.

Es que, segun tu propio sistema, no habrá ningun mercader de esclavos. ¿Qué hombre rico arriesgará su vida en semejante tráfico? Por consiguiente, viéndote obligado á cavar la tierra y á otros trabajos igualmente penosos, pasarás una vida mucho más angustiada.

CREMILO.

¡Ojalá la pases tú!

LA POBREZA.

No podrás dormir sobre una cama, porque no las habrá; ni sobre colchas, ¿quién querrá tejer-

las sobrándole el oro? Cuando te cases con una hermosa jóven, no tendrás ni esencias para perfumarla, ni trajes ricos en colores y bordados con que vestirla. ¿De qué servirá, pues, la riqueza, careciendo de todas estas cosas? Por el contrario, gracias á mí, teneis á mano cuanto os hace falta. Yo soy una adusta señora que con el temor de la indigencia y del hambre obligo al artífice á ganarse la vida.

CREMILO.

¿Qué cosa buena puedes darnos tú, como no sean quemaduras en los baños (1), y turbas de chiquillos, y viejecitas hambrientas, y nubes infinitas de chinches, pulgas y piojos, que pululando con molesto zumbido sobre nuestra cabeza, nos despiertan gritando: «Tendrás hambre, pero levántate» Y además, por vestido unos jirones; por lecho, un jergon de junco, plagado de chinches, enemigas del sueño; por colcha, una estera podrida; por almohada, una piedra grande; por pan, raíces de malvas; por pasteles, hojas de rábanos secos; por escabel, la tapa de una tinaja rota; por artesa, las costillas de una cuba, y para eso rajada. ¿No quedan perfectamente enumerados los bienes que proporcionas á los hombres?

LA POBREZA.

No has descrito mi vida, sino la de los mendigos.

(1) En el invierno se permitia á los pobres entrar á los baños para calentarse. A veces se acercaban tanto al hornillo que se quemaban, como indica el texto.

CREMILO.

La pobreza y la mendicidad son hermanas carnales.

LA POBREZA.

Para vosotros, que teneis por iguales á Dionisio y Trasíbulo (1); pero mi vida ni es ni será nunca así. La vida del mendigo que acabas de pintar consiste en vivir sin poseer nada; la del pobre en vivir con economía, en trabajar, en no tener nada superfluo ni carecer de lo necesario.

CREMILO.

¡Por Céres! ¡deliciosa vida! ¡economizar y trabajar sin descanso para no dejar á nuestra muerte con que pagar el entierro!

LA POBREZA.

Te ríes y te burlas en lugar de hablar formalmente, sin comprender que yo perfecciono el espíritu y el cuerpo de los hombres mucho más que Pluto. Con él son gotosos, ventrudos, pesados, extraordinariamente gruesos; conmigo delgados, esbeltos como avispas, terror de sus adversarios.

CREMILO.

Quizá á fuerza de hambre les das esa esbeltez de avispas.

LA POBREZA.

Ahora os hablaré de la templanza, y os demostraré que la modestia vive conmigo y no con Pluto.

(1) Es decir, las cosas más opuestas. Dionisio era tirano de Siracusa, y Trasíbulo libertador de Aténas.

CREMILO.

Debe ser muy modesto el hurtar y el horadar paredes.

BLEPSIDEMO.

¿Quién lo duda? Todas esas cosas se hacen escondiéndose. ¿Quieres más modestia?

LA POBREZA.

Fíjate en lo que pasa con los oradores: miéntras son pobres, son justos con la república y el pueblo; pero en cuanto se enriquecen á costa del Estado, se hacen injustos, venden á la multitud y atacan al gobierno democrático.

CREMILO.

Tus cargos son exactos, aunque tu lengua sea viperina; pero no te ensoberbezcas por eso, que te has de arrepentir del temerario arrojo con que pretendes probarnos las ventajas de la pobreza.

LA POBREZA.

Como no puedes refutar mis argumentos, alborotas y dices necedades (1).

CREMILO.

¿Cómo, pues, huyen todos de tí?

LA POBREZA.

Porque mejoro sus costumbres. Más claramente vemos lo mismo en los muchachos; huyen de sus padres, que sólo anhelan su dicha. ¡Tan difícil es distinguir lo que es justo!

---

(1) Como decimos nosotros: «Mucho gritas, poca razon tienes.»

CREMILO.

Dirás tambien que Júpiter no sabe distinguir lo que es bueno, porque tiene riquezas (1).

BLEPSIDEMO.

Y nos envia la pobreza.

LA POBREZA.

¡Qué telarañas teneis en los ojos, carcamales del siglo de Saturno! (2) Júpiter tambien es pobre; y voy á probároslo. Si fuese rico, ¿cómo en los juegos Olímpicos por él establecidos, al reunir cada cinco años toda la Grecia habia de contentarse con dar á los vendedores una sencilla corona de olivo? De oro se la daría, si fuese rico.

CREMILO.

Prueba eso mismo la grande estimacion en que tiene las riquezas. Por economía, por evitar gastos, regala á los vencedores coronas de ningun valor, y se guarda las riquezas.

LA POBREZA.

Mil veces más vergonzosa que la pobreza es esa avaricia sórdida é insaciable que le supones.

CREMILO.

¡Que Júpiter te confunda con tu corona de olivo!

LA POBREZA.

¡Atreverse á decir que la pobreza no es el manantial de todos los bienes!

---

(1) Lit.: «por que tiene á Pluto.»
(2) Esto es: «viejos chochos.»

CREMILO.

Preguntemos á Hécate (1) qué es mejor, ser rico, ó indigente: por órden suya, todos los que viven con desahogo ofrecen mensualmente una comida, y los pobres se la arrebatan ántes de haberla servido. Así, véte al infierno y no chistes más palabra, porque no me convencerás, aunque me hayas convencido.

LA POBREZA.

«¿Oís lo que dice, habitantes de Argos?» (2).

CREMILO.

Invoca á Pauson, tu comensal (3).

LA POBREZA.

¡Triste de mí! ¿Qué haré?

CREMILO.

Irte al infierno, y quitarte pronto de delante.

LA POBREZA.

¿Adónde iré?

CREMILO.

A la horca; pero, ¡pronto, pronto!

LA POBREZA.

Algun dia me llamaréis.

(1) En las encrucijadas de tres calles colocaban los Griegos estatuas de Hécate, á causa de la triple advocacion de Febea, Diana y Hécate bajo la cual era adorada. Los ricos ofrecian á la diosa cada novilunio el sacrificio de una comida, compuesta generalmente de huevos y queso, que era dejada al pié de sus imágenes. Los pobres se la comian, colgándole el milagro á la diosa.

(2) Verso del *Telefo* de Eurípides.

(3) Pintor pobrísimo, cuya miseria se habia hecho proverbial.

CREMILO.

Entónces volverás; ahora márchate. Prefiero ser rico, mal que te pese.

BLEPSIDEMO.

Y yo, por Júpiter, en cuanto me enriquezca quiero comer espléndidamente con mi mujer y mis hijos, salir del baño limpio y reluciente, y reirme en las barbas de los trabajadores y la pobreza.

CREMILO.

Por fin se fué esa condenada. Llevemos al dios cuanto ántes al templo de Esculapio, para que se acueste en él.

BLEPSIDEMO.

Sin perder un instante, no venga algun otro á impedirnos hacer todo lo necesario.

CREMILO.

¡Eh! Carion, es preciso traer las colchas, y llevar á Pluto como el ritual prescribe; no se te olvide nada de lo que hay preparado (1).

CORO.

. . . .

(Falta.)

CARION.

¡Ancianos que en las fiestas de Teseo (2) empa-

(1) Los manjares para obsequiar al dios á su regreso del templo.

(2) Se celebraban el 8 de cada mes, en memoria de

pais mendruguillos de pan en la salsa de los pobres, cuán grande es vuestra felicidad! ¡Qué afortunados sois vosotros y todos los hombres de bien!

CORO.

¿Qué ocurre, buen amigo? Pareces portador de una noticia agradable.

CARION.

¡Qué dicha la de mi amo, ó, por mejor decir, la de Pluto! Era ciego y ha recobrado la vista; sus ojos lanzan brillantes destellos, gracias á la solicitud de Esculapio.

CORO.

¡Oh gratísima nueva! ¡Oh colmo de felicidad!

CARION.

Es preciso alegrarse aunque no se quiera.

CORO.

Con resonante voz celebraré al hijo del ilustre Júpiter, á Esculapio, astro que vivifica á los mortales.

LA MUJER DE CREMILO.

¿Qué significan esos gritos? ¿Hay alguna buena noticia? Te esperaba dentro de casa, llena de impaciencia.

---

haber reunido á los habitantes dispersos por el campo en la ciudad. En la comida que en ellas se daba, la mesa de los ancianos de que habla Carion estaba muy mal servida á causa de su pobreza, y se veian obligados, faltos de cucharas y escudillas, á comer la salsa del plato comun en pedazos de pan.

CARION.

Pronto, pronto, saca vino, señora mia; tambien tú beberás: ya sabemos que te gusta. Te traigo en compendio todos los bienes.

LA MUJER.

¿Dónde están?

CARION.

En mis palabras, lo vas á ver.

LA MUJER.

¡Vamos! acaba de explicarte.

CARION.

Escucha, pues: voy á contarte todo el negocio desde los piés á la cabeza.

LA MUJER.

¿A la cabeza? (1). No, cuidado con ella.

CARION.

Luego no aceptas los bienes que se te meten en casa.

LA MUJER.

Lo que no quiero son negocios (2).

CARION.

En cuanto llegamos al templo con el dios entónces tan miserable y ahora dichoso y feliz como ninguno, nuestro primer cuidado fué llevarle al mar y en seguida bañarle (3).

---

(1) Juego de palabras: ἐς τὴν κεφαλήν era una especie de maldicion.
(2) Es decir, barullos, confusiones.
(3) Para purificarle.

LA MUJER.

¡Por Júpiter! ¡Vaya una felicidad! Meter á un viejo en agua fria (1).

CARION.

Luégo volvimos al santuario de Esculapio, y colocamos sobre el altar tortas y otras ofrendas, entregamos harina de flor á la devoradora llama de Vulcano, acostamos á Pluto con las solemnidades de costumbre, y despues cada cual se arregló un lecho de hojas.

LA MUJER.

¿Habia más gente implorando al dios?

CARION.

Un tal Neóclides (2), ciego, pero que en robar aventaja á los de mejor vista, y otros muchos atacados de toda clase de enfermedades. Despues, el sacerdote apagó las lámparas y nos mandó dormir, encargándonos el silencio, aunque oyésemos cualquiera ruido. Todos nos acostamos tranquilamente. Pero yo no podia conciliar el sueño: una olla de puches, colocada á la cabecera de una vieja, me tentaba el apetito, y deseaba ardientemente darle un asalto. En esto, levantando los ojos, veo que el sacerdote despojaba de tortas é higos secos la sagrada mesa. Despues giró una visita de ins-

(1) Los Griegos tenian sin duda la misma idea, vulgar entre nosotros, de no ser conveniente los baños á los viejos. «De cincuenta para arriba, no te mojes la barriga,» dice un refran.

(2) Orador concusionario y sicofanta, ántes citado, y en *Las Junteras*, 255.

peccion á todos los altares, y cuantos panes habian quedado en ellos, se los guardó santamente en un saquito.—Convencido de lo religioso de la ceremonia, depuse ya todo escrúpulo y avancé hácia la olla.

LA MUJER.

¡Ah grandísimo canalla! ¿No temias al dios?

CARION.

Sí, temia que con sus coronas llegase á la olla ántes que yo; su sacerdote me habia abierto los ojos. La viejecita, al oir un ruido, extendia ya la mano para apartar la olla; entónces yo, imitando á la serpiente pareas (1), dí un silbido y la mordí. La vieja retiró vivamente la mano; se acurrucó en su lecho, se tapó con la colcha y lanzó de miedo un flato más pestilente que el de una comadreja. Entónces yo me atraqué de puches, y volví bien repleto á mi cama.

LA MUJER.

Y el dios, ¿no aparecia?

CARION.

Aún no. Luégo hice otra de las mias: al acercarse el mismo Esculapio solté una estrepitosa descarga, pues tenía el vientre lleno de aire.

LA MUJER.

¿Sin duda le darias asco?

CARION.

¡Cá! Iaso (2), que le seguia, fué quien se rubo-

(1) Serpiente no venenosa, consagrada á Esculapio. Habia muchas en el templo de este dios.

(2) Hija de Esculapio, diosa de la curacion. Iaso viene de ἰᾶσθαι, *curarse*.

rizó, y Panacea (1) se apartó tapándose las narices, porque yo no huelo á incienso.

LA MUJER.

¿Y el dios?

CARION.

No hizo caso.

LA MUJER.

De modo que le crees un grosero.

CARION.

No; le creo aficionado á la basura (2) y nada más.

LA MUJER.

¡Ah, bellaco!

CARION.

Despues me metí en el lecho lleno de temor; el dios giró su visita, examinando con órden é interés á todos los enfermos, y luégo un esclavo le trajo un matraz de piedra con su mano correspondiente y una cajita.

LA MUJER.

¿De piedra?

CARION.

¡Por Júpiter! la caja no.

LA MUJER.

Pero, bribon, ¿cómo podias verlo si estabas tapado?

---

(1) Otra hija de Esculapio. Su nombre está compuesto de πᾶν, *todo*, y ἀκεῖσθαι, *curar*.

(2) *Merdivorum*. Alusion á la inspeccion de los excrementos que hacian los médicos para enterarse del estado de los enfermos en ciertas dolencias.

CARION.

Por los agujeros del manto, que no son pocos á fe mia. Lo primero que preparó fué un ungüento para Neóclides; puso en el matraz tres cabezas de ajos de Ténos (1), y las majó mezclándolas goma y cebollas albarranas; humedeció la masa con vinagre de Esfeto (2), y se la aplicó al paciente sobre los ojos, habiéndole vuelto ántes los párpados para que fuese el dolor más vivo. Neóclides grita, aulla, salta del lecho y quiere huir; pero el dios le dijo sonriendo: «Quédate ahí con tu ungüento; así no podrás presentarte en la asamblea y hacerla cómplice de tus perjurios.»

LA MUJER.

¡Qué amante de la república y qué discreto es ese dios!

CARION.

Despues se sentó junto al lecho de Pluto: tocóle primero la cabeza; luégo le limpió los párpados con un lienzo muy fino; Panacea le cubrió el cráneo y toda la cara con un velo de púrpura; por último, Esculapio silbó, y dos inmensas serpientes se lanzaron del fondo del santuario.

LA MUJER.

¡Soberanos dioses!

CARION.

Deslizáronse suavemente bajo el velo de púrpu-

---

(1) Una de las Cícladas. Probablemente sus ajos serían muy cáusticos.

(2) Demo del Ática. El vinagre que en él se fabricaba era sumamente fuerte.

ra, y á lo que me pareció, le lamieron los párpados, y en ménos tiempo que el que tú necesitas para beberte diez cótilas de vino, Pluto, señora mia, se levantó con vista ya. Loco de júbilo, palmoteé y desperté á mi dueño: el dios y las serpientes se escondieron al punto en el interior del santuario. Pero los que tenian sus lechos junto al de Pluto le abrazaron con indescriptible cariño, y estuvieron despiertos toda la noche hasta que amaneció. Yo daba al dios las gracias más expresivas por haber sanado tan pronto á Pluto y aumentado la ceguera de Neóclides.

LA MUJER.

¡Oh Esculapio, qué grande es tu poder! Pero, díme, ¿dónde está Pluto?

CARION.

Ya viene. Pero le rodeaba una inmensa multitud. Los hombres de bien, reducidos hasta ahora á una existencia mezquina, le abrazaban y le saludaban en la efusion del más completo regocijo: los ántes ricos y poseedores de una gran fortuna malamente adquirida, fruncian el ceño y dejaban traslucir su temor en la inquietud de sus miradas. Los primeros le seguian ceñidos de guirnaldas, risueños y decidores, y la tierra resonaba bajo el acompasado andar de los ancianos. Ea, ordenad el baile, saltad, constituid los coros; y nunca volvereis á oir al entrar en vuestra casa la terrible frase: «No hay harina en el saco.»

LA MUJER.

¡Por Hécate! en albricias de tu buena nueva voy á ponerte una corona de pastelillos.

CARION.

No tardes, porque ya se acercan á la puerta.

LA MUJER.

Ea, voy adentro á disponer las oblaciones de costumbre para celebrar la entrada de esos ojos recientemente adquiridos para la luz (1).

CARION.

Y yo á salirles al encuentro.

CORO.

. . . .

(Falta.)

PLUTO.

¡Yo te saludo, oh sol! ¡Yo te saludo tambien, inclita tierra de Pálas, generoso país de Cécrope, que me has dado hospitalidad! Me avergüenzo de mi suerte infeliz. ¡Yo, sin saberlo, haber vivido con semejantes hombres! ¡Yo, ignorante de todo, haber huido de los únicos acreedores á mi amistad! ¡Ay triste! ¡Cuán errados eran mis caminos! Pero cambiaré de conducta, y demostraré á todos los hombres que al entregarme á los perversos lo hice contra mi voluntad.

CREMILO.

¡Idos al infierno! ¡Qué fastidiosos son todos estos

(1) Habla de los ojos de Pluto como si fuesen un esclavo recien comprado que viniese por primera vez á su casa. Entónces era costumbre esparcir en torno del hogar nueces, higos, pasas, etc., emblemas de la abundancia.

amigos que le asedian á uno en cuanto mejora de fortuna! ¡Cómo me codean y me martirizan las piernas á fuerza de querer demostrarme su cariño! ¿Quién ha dejado de saludarme? ¡Qué muchedumbre de ancianos me rodeó en la plaza!

LA MUJER.

¡Salud al más querido de los hombres! ¡Salud tambien á vosotros! ¡Oh Pluto, permíteme, como es costumbre, ofrecerte estos dones de bienvenida!

PLUTO.

No. Esta casa es la primera que visito despues de mi curacion, y de ella nada debo llevarme; al contrario, debo traerla mis dones.

LA MUJER.

¿Rehusas estos regalos?

PLUTO.

Los aceptaré dentro, junto al hogar, como es costumbre. Así evitaremos además una escena ridícula. No está bien que el poeta haga reir á los espectadores arrojándoles golosinas é higos secos (1).

LA MUJER.

Tienes razon. Mira, ya se habia levantado Dexínico (2) para atrapar los higos en el aire.

(Entran todos en la casa.)

(1) Ya censuró esta misma costumbre en *Las Avispas*, 58; y en *La Paz*, 962-965.
(2) Hombre sumamente pobre y gloton.

CORO.

. . . .

(Falta.)

CARION.

¡Qué agradable es, amigos mios, la felicidad, sobre todo cuando nada cuesta! Un monton de bienes se ha colado de rondon en nuestra casa, sin que hayamos hecho mal á nadie! ¡De este modo sí que es buena la abundancia! La artesa está llena de blanca harina, y las tinajas de rojo y perfumado vino; el oro y la plata, ¡parece increible! no caben en los cofres; la cisterna se halla atestada de aceite; los frascos de perfumes, y el frutero de higos. Las vinagreras, las escudillas y las ollas son todas de bronce; de plata, las fuentes semipodridas en que ántes servíamos la pesca; en fin, hasta el sillico (1) se ha hecho de marfil, repentinamente. Los esclavos jugamos á pares ó nones con monedas de oro, y, ¡oh refinamiento de sensualidad! usamos para limpiarnos (2) tallos de ajo, en vez de piedras. En este instante, mi amo, con su correspondiente corona, está sacrificando un cerdo, un carnero y un chivo; el humo me ha obligado á salir; no podia parar dentro de casa. ¡Tanto me picaban los ojos!

(1) Brunck propone que se lea ἶπος, *ratonera*, en el texto, en vez de ἰπνός, leccion seguida por Dindorf, Bergck, Boissonade y otros. Este ἰπνός se traduce generalmente *lámpara* ó *linterna*; pero la interpretacion que le damos es más cómica. (V. *La Paz*, 841, y el escolio al verso 815 del *Pluto*.)
(2) *Nates*.

UN HOMBRE HONRADO.

Sígueme, niño; vamos en busca del dios.

CREMILO.

¡Hola! ¿Quién va?

EL HOMBRE HONRADO.

Un hombre, hace poco infeliz y ahora afortunado.

CREMILO.

Tú eres á lo que veo un hombre de bien.

EL HOMBRE HONRADO.

Seguramente.

CREMILO.

¿Y qué deseas?

EL HOMBRE HONRADO.

Dar gracias al dios por sus inmensos beneficios. Habiendo heredado de mi padre una fortuna bastante regular, me dediqué á aliviar las necesidades de mis amigos, creyendo que esto era lo mejor que puede hacerse en la vida.

CREMILO.

¿Y te arruinaste muy pronto?

EL HOMBRE HONRADO.

Por completo.

CREMILO.

¿Y quedaste en la miseria?

EL HOMBRE HONRADO.

Más completa. Yo pensaba que los amigos necetados á quienes habia socorrido continuarian siéndolo en la desgracia, pero ¡ay! se apartaban de mí, y fingian no verme.

CREMILO.

Y hasta se burlarian de tí; estoy seguro.

EL HOMBRE HONRADO.

Completamente. La pobreza de mi ajuar me ha perdido.

CREMILO.

Pero ya no es así.

EL HOMBRE HONRADO.

Precisamente eso me hace venir á tributar al dios una adoracion merecida.

CREMILO.

¿Y qué tiene que ver con el dios el manto agujereado del esclavo que te acompaña?

EL HOMBRE HONRADO.

Lo traigo con intencion de dedicárselo.

CREMILO.

¿Es el que llevabas cuando te iniciaste en los grandes misterios? (1).

EL HOMBRE HOMRADO.

No; pero me he helado con él durante trece años.

CREMILO.

¿Y esos borceguíes?

EL HOMBRE HONRADO.

Tambien sufrieron conmigo los rigores del invierno.

CREMILO.

¿Los traes para consagrárselos?

(1) Era costumbre consagrar á los dioses despues de haberlos usado los vestidos que se llevaban al ser iniciado en los misterios de Eléusis. Muchos no los ofrecian hasta que no podian gastarlos ya de puro viejos.

EL HOMBRE HONRADO.

Sí por cierto.

CREMILO.

¡Magníficas ofrendas vas á presentar al dios!

UN DELATOR.

¡Ay infeliz! ¡estoy arruinado, perdido! ¡Oh suerte tres y cuatro y cinco y doce y diez mil veces infortunada! ¡Ay, me agobian desdichas sin número!

CREMILO.

¡Oh Apolo preservador! ¡Oh dioses tutelares! ¿qué desgracia le habrá sucedido á ese hombre?

EL DELATOR.

¿No es insoportable lo que me sucede? ¡Todo lo he perdido! Ese dios me ha despojado de todos mis bienes. ¡Oh, ya volverá á quedarse ciego, si hay justicia en el mundo!

EL HOMBRE HONRADO.

Empiezo á comprender; es sin duda un hombre arruinado; no tiene traza de ser de moneda corriente.

CREMILO.

Tienes razon; pero su ruina es justa.

EL DELATOR.

¿Dónde está, dónde está el dios que habia prometido enriquecernos á todos en cuanto recobrase la vista? Lo que ha hecho ha sido arruinar á algunos.

CREMILO.

¿A quién ha maltratado de ese modo?

EL DELATOR.

A mí mismo.

CREMILO.

¿Eras, por tanto, un malhechor, un ladron?

EL DELATOR.

Vosotros lo sereis, ¡por Júpiter! No me cabe duda de que ambos guardais mi dinero.

CARION.

¡Por la venerable Céres, qué insolente se presenta el delator! Debe azuzarle el hambre.

EL DELATOR.

Vas á comparecer sin perder un instante en la plaza pública; la rueda y el tormento te obligarán á confesar tus crímenes.

CARION.

¡Mucho ojo! mala pécora.

EL HOMBRE HONRADO.

¡Oh, por Júpiter salvador, qué agradecidos deberán estar á Pluto todos los Griegos, si les libra de esta peste de delatores!

EL DELATOR.

¡Oh rabia! ¿Tambien tú te burlas? ¡Tú eres cómplice de su robo! Y si no, contesta: ¿de dónde has sacado ese vestido nuevo? Ayer te vi hecho un andrajo.

EL HOMBRE HONRADO.

No te temo, gracias á este anillo que le compré á Eudemo (1) por un dracma.

(1) Hechicero que vendia anillos mágicos, especie de amuletos que se creia preservaban de la mordedura de animales venenosos.

CREMILO.

No hay anillo que valga contra la mordedura de un delator.

EL DELATOR.

¿Puede haber mayor ultraje? Os burlais; pero aún no habeis dicho lo que aquí haceis; seguramente que no es nada bueno.

CREMILO.

Nada bueno para tí; tenlo presente.

EL DELATOR.

Vais á comer á mis expensas, por Júpiter.

CREMILO.

¡Impostor! ¡Ojalá revientes tú y tu testigo sin haberos desayunado!

EL DELATOR.

¿Podeis negarlo, bribones? Hasta aquí llega el olor de los peces y de los asados; ¡hu! ¡hu! ¡hu! ¡hu! ¡hu! ¡hu! *(Olfatea.)*

CREMILO.

¿Hueles algo, canalla?

EL HOMBRE HONRADO.

Es el frío sin duda. ¡Cómo lleva tan raído el manto!

EL DELATOR.

¡Vive Dios! ¡Esto no puede tolerarse! ¡burlarse de mí esa gentuza! ¡Qué indignidad! ¡verse tratado así un hombre honrado, un buen ciudadano!

CREMILO.

¿Tú hombre honrado y buen ciudadano?

EL DELATOR.

Como ninguno.

CREMILO.

¡Pues bien! responde á mis preguntas.

EL DELATOR.

¿Cuáles?

CREMILO.

¿Eres labrador?

EL DELATOR.

¿Por tan loco me tienes?

CREMILO.

¿Comerciante?

EL DELATOR.

Paso por tal, cuando me hace falta (1).

CREMILO.

Por último, ¿has aprendido algun oficio?

EL DELATOR.

No por cierto.

CREMILO.

¿Pues de qué vivias si no hacias nada?

EL DELATOR.

Velo sobre todos los asuntos públicos y privados.

CREMILO.

¿Tú? ¿Y por qué?

EL DELATOR.

Porque quiero.

CREMILO.

¿Cómo has de ser un hombre honrado, grandí-

(1) Cuando le convenia para librarse de ciertos gravámenes de que los comerciantes estaban exentos. En estas exenciones era la más importante la del servicio militar.

simo ladron, haciéndote odioso á todo el mundo por meterte en lo que no se te importa?

EL DELATOR.

¿No ha de importarme, imbécil, el servir á mi patria con todas mis fuerzas?

CREMILO.

¿Pues qué, el meterse en camisa ajena es servir á la patria?

EL DELATOR.

Sí, y el mantener las leyes establecidas y el no permitir que nadie las quebrante.

CREMILO.

¿No tiene para eso la república sus tribunales?

EL DELATOR.

¿Y quién acusa?

CREMILO.

El que quiere (1).

EL DELATOR.

Pues bien, ese soy yo; por eso todos los negocios del Estado son de mi competencia.

CREMILO.

¡Buen magistrado, vive Dios! ¿Pero no preferirias vivir tranquilamente sin hacer nada?

EL DELATOR.

No ocuparse de nada es vivir como un borrego.

CREMILO.

¿No quieres mejorar de vida?

(1) El derecho de acusar era público en asuntos de interes general.

EL DELATOR.

No, áun cuando me des á Pluto en persona y el silfio de Bato (1).

CREMILO.

Quítate el vestido.

CARION.

¡Eh! á tí te dice.

CREMILO.

En seguida, descálzate.

CARION.

Todo eso va contigo.

EL DELATOR.

Acérquese quien se atreva.

CARION.

Yo me acerco.

EL DELATOR.

¡Oh, me desnudan en pleno dia!

CARION.

Consecuencias de meterse en negocios ajenos y comer á costa del prójimo.

EL DELATOR. *(A un testigo.)*

¿No ves lo que me hacen? Sé testigo.

CARION.

Tu testigo ha puesto piés en polvorosa.

EL DELATOR.

¡Ay! ¡estoy solo, y cogido!

CARION.

¿Ahora gritas?

(1) Quiere decir, «la cosa más preciosa.» El silfio era sumamente apreciado y se pagaba á peso de oro. Bato fué el fundador de Cirene, que comerciaba mucho en silfio.

EL DELATOR.

¡Ay de mí! repito.

CARION.

Alárgame ese manto destrozado y se lo pondré á este delator.

EL HOMBRE HONRADO.

No, no, está hace tiempo consagrado á Pluto.

CARION.

¿Dónde podrá estar mejor que sobre los hombros de este infame bandido? A Pluto es necesario dedicarle vestidos mejores.

EL HOMBRE HONRADO.

Y con los zapatos, ¿qué hacemos?

CARION.

Voy á clavárselos en la frente, como si fuese un acebuche sagrado (1).

EL DELATOR.

Me marcho, porque conozco que podeis más que yo; pero como encuentre un auxiliar, siquiera sea débil como una tabla de higuera (2), me he de vengar de ese dios tan poderoso que, por su sola autoridad, sin consultar préviamente ni al Senado ni al pueblo, echa por tierra la democracia.

EL HOMBRE HONRADO.

Ahora que vas cubierto con mi armadura (3),

(1) Era costumbre colgar las ofrendas de los árboles que habia en los *lucus* ó bosques sagrados.
(2) Συκίνον. Menciona esta madera por su poca consistencia y por tener su nombre la misma raíz que el de sicofanta ó delator.
(3) Llama así á su manto y sus zapatos.

corre á los baños, y para calentarte, apodérate del primer puesto, que yo durante tanto tiempo he ocupado (1).

CREMILO.

Pero el bañero, agarrándole por donde más le duela (2), le pondrá bonitamente en la calle; pues á la primera ojeada comprenderá que es un bribon. Entremos nosotros, para que adores al dios.

CORO.

. . . .

(Falta.)

UNA VIEJA.

Buenos ancianos, ¿he llegado á la casa donde habita el nuevo dios, ó he equivocado el camino?

CORO.

Estás á su puerta, hermosa niña (3), tu pregunta es oportunísima.

LA VIEJA.

Voy á llamar á alguno de la casa.

CREMILO.

No es necesario: aquí me tienes; ¿qué es lo que te trae? Habla.

LA VIEJA.

Soy víctima, amigo mio, de la accion más iní-

(1) Véase la nota al verso 535 de esta comedia.
(2) *Prehensum testiculis.*
(3) Piropo irónico.

cua é infame desde que ese dios ha recobrado la vista; mi existencia es insoportable.

CREMILO.

¿Cómo? ¿Serás acaso un delator-hembra?

LA VIEJA.

No por cierto.

CREMILO.

¿Te habrá correspondido mala letra en el sorteo para beber?

LA VIEJA.

Tú te ries, y yo ¡infeliz! muero devorada por una pasion.

CREMILO.

Vamos, acaba de decir cuál es la pasion que te devora

LA VIEJA.

Escucha: yo amaba á un jóven pobre; ¡pero tan hermoso, tan bien formado, tan bueno! Todo cuanto le pedia me lo daba con la mayor solicitud y cariño; yo á mi vez no le negaba nada.

CREMILO.

¿Y qué solia pedirte?

LA VIEJA.

Poca cosa; era conmigo lo más vergonzoso... Unas veces veinte dracmas para comprarse un traje; otras, ocho para unos zapatos; ya me decia que regalase túnicas á sus hermanas y un vestidillo á su madre; ya necesitaba cuatro medimnas de trigo.

CREMILO.

No es mucho á la verdad; su discrecion es admirable.

LA VIEJA.

Y áun eso, segun solia decirme, no me lo pedia por vil interes, sino por pura amistad. Por ejemple, un vestido regalado por mí era un constante recuerdo.

CREMILO.

Ese hombre te queria extraordinariamente.

LA VIEJA.

Pero ahora no es así. ¡Cómo se ha cambiado el pérfido! Hoy le habia enviado este pastel con otras golosinas que ves en este plato, indicándole que á la noche iria...

CREMILO.

¿Y qué ha hecho?

LA VIEJA.

Me ha devuelto mis regalos, y además este otro pastel, con la condicion de que no pusiese los piés en su casa, añadiendo este insulto:

«Eran en otro tiempo los Milesios
Varones esforzados.......» (1).

CREMILO.

Pues no es tan malo el muchacho: ahora que es rico no le gustan las lentejas (2); ántes la necesidad le obligaba comer de todo.

(1) Este verso es atribuido por uno de los Escoliastas á Anacreonte, aunque no se sabe si en boca de este poeta era tambien cita de un oráculo dado á Polícrates, tirano de Sámos. Al aplicárselo á la vieja el jóven, la da á entender que su belleza habia ya caducado.

(2) Proverbio que se aplicaba á los enriquecidos de repente.

LA VIEJA.

Por las dos diosas te lo juro, ántes estaba contínuamente á la puerta de mi casa.

CREMILO.

¿Para llevarte á enterrar?

LA VIEJA.

No, sino por el gusto de escuchar mi voz.

CREMILO.

Ya sería por ver si le dabas algo.

LA VIEJA.

Cuando estaba triste me llamaba con ternura: «patito mio, palomita mia».

CREMILO.

Y despues te pediria dinero para unos zapatos.

LA VIEJA.

Habiendo ido en carro (1) á la celebracion de los grandes misterios, porque me miró por casualidad no sé quién, lo tomó tan á pecho, que me estuvo pegando todo el dia. ¡Tan celoso era el pobre!

CREMILO.

Sin duda deseaba comer solo.

LA VIEJA.

Solia decirme que mis manos eran hermosísimas.

CREMILO.

Cuando le alargaban veinte dracmas.

LA VIEJA.

Que mi cútis exhalaba un olor suavísimo...

CREMILO.

Cuando le servias vino de Tasos.

(1) Las mujeres ricas iban en carruaje á Eléusis.

LA VIEJA.

Ponderaba la ternura y brillantez de mis ojos.

CREMILO.

No era lerdo el mozo. ¡Qué bien sabía explotar á una impúdica vieja!

LA VIEJA.

Creo, por tanto, querido mio, que Pluto obra muy mal al conducirse así, despues de haber prometido su constante ayuda á las víctimas de cualquiera injusticia.

CREMILO.

¿Qué quieres que haga? dílo, cumplirá tu deseo.

LA VIEJA.

Es muy justo, por Júpiter, obligar al que de mí ha recibido tantos favores, á hacérmelos á su vez: de otro modo, no es digno de disfrutar del bien más pequeño.

CREMILO.

¿No te manifestaba su reconocimiento todas las noches?

LA VIEJA.

Pero me prometia no abandonarme jamás miéntras viviera.

CREMILO.

Muy bien; pero creerá que ya no existes.

LA VIEJA.

¡Ay, amigo de mi alma, estoy consumida por el pesar!

CREMILO.

Más aún; me parece que has entrado ya en putrefaccion.

LA VIEJA.

Podria pasar por un anillo (1).

CREMILO.

Con tal que ese anillo fuese el aro de una criba.

LA VIEJA.

¿Qué veo? ahí viene el jóven de quien me estaba quejando: tiene traza de dirigirse á una orgía.

CREMILO.

Está claro: lleva, en efecto, una corona y una tea.

EL JÓVEN.

¡Salud!

LA VIEJA.

¿Qué dice?

EL JÓVEN.

Mi anciana amiga, ¡qué pronto has encanecido! ¡Es asombroso!

LA VIEJA.

¡Triste de mí! ¡Cuántos insultos!

CREMILO.

Sin duda hace mucho tiempo que no te ha visto.

LA VIEJA.

¡Mucho tiempo! ayer estuvo conmigo.

CREMILO.

Le pasa lo contrario que á otros muchos: el vino, segun parece, le aclara la vista.

LA VIEJA.

No; siempre es un desvergonzado.

(1) Tan delgada se supone.

EL JÓVEN.

¡Oh Neptuno, rey del mar! ¡oh vetustas divinidades, cuántas arrugas tiene en la cara!

LA VIEJA.

¡Eh! ¡eh! aparta la antorcha.

CREMILO.

Tiene razon; si le salta una sola chispa, ardera como un tronco de olivo seco.

EL JÓVEN.

¿Quieres jugar un momento conmigo?

LA VIEJA.

¿En dónde, pérfido?

EL JÓVEN.

Aquí, con nueces.

LA VIEJA.

¿A qué juego?

EL JÓVEN.

A adivinar cuántos dientes conservas.

CREMILO.

Yo adivinaré tambien; le quedan tres ó cuatro.

EL JÓVEN.

Has perdido; no tiene más que una muela.

LA VIEJA.

¡Hombre infame! ¿has perdido el juicio para sacarme los trapos á la colada (1) delante de tanta gente?

EL JÓVEN.

No te vendria mal una buena jabonadura.

(1) Lit.: lavarme la cabeza.

CREMILO.

Te equivocas; ahora está perfectamente pintada, y si la lavases se le quitaria el albayalde y se pondrian de manifiesto todas sus arrugas.

LA VIEJA.

Para ser tan viejo, me pareces muy poco formal.

EL JÓVEN.

¡Ah! te hace carantoñas y te abraza la cintura creyendo que nadie le ve.

LA VIEJA.

¡No, por Vénus! ¡no, infame!

CREMILO.

Hécate me preserve de tal locura. Pero, mi jóven amigo, yo no puedo consentir que aborrezcas á esta muchacha.

EL JÓVEN.

Si la idolatro.

CREMILO.

Sin embargo, te acusa...

EL JÓVEN.

¿De qué?

CREMILO.

De que eres un insolente, que le has dicho:

«Eran en otro tiempo los Milesios
Varones esforzados.....»

EL JÓVEN.

Vamos, no quiero disputártela.

CREMILO.

¿Por qué?

EL JÓVEN.

Por respeto á tu edad: á otro nunca se lo hubiera consentido. Véte en paz con la muchacha.

CREMILO.

Entiendo, entiendo: no quieres vivir ya con ella.

LA VIEJA.

¿Y quién lo consentirá?

EL JÓVEN.

Yo no puedo tener relaciones con una vieja que cuenta trece mil años de amoríos.

CREMILO.

Sin embargo, pues no te desdeñaste de beber el vino, justo es que apures la hez.

EL JÓVEN.

Pero esta es sumamente rancia y corrompida.

CREMILO.

Pásala por la manga y se purificará.

EL JÓVEN.

Pero entra: yo te sigo para ofrecer al dios estas coronas.

LA VIEJA.

Yo tambien, porque tengo que decirle una cosa.

EL JÓVEN.

Entónces, no entro.

CREMILO.

Tranquilízate: no te violará.

EL JÓVEN.

Tienes razon: harto tiempo la he manejado á mi antojo (1).

LA VIEJA.

Entra; yo te sigo.

(1) *Satis multo tempore eam sublevi.*

CREMILO.

¡Oh Júpiter! la viejecilla se pega al mozo con la insistencia de una lapa.

(Entran todos.)

CORO.

. . . .

(Falta.)

CARION.

¿Quién va? ¿quién llama? ¿Qué es esto? no distingo á nadie; sin duda la puerta ha rechinado sin que ninguno la toque.

MERCURIO.

¡Hola! Carion: aguarda.

CARION.

¿Eras tú el que tan estrepitosamente golpeaba la puerta?

MERCURIO.

No, pero me disponia á llamar cuando has abierto. Ea, corre y advierte á tu amo que sin perder un instante se me presente con su mujer, sus hijos, sus criados, su perro, tú y su marrano.

CARION.

¿Pues qué ocurre?

MERCURIO.

Júpiter, gran bribon, quiere aderezaros á todos en la misma cazuela y arrojaros al Báratro.

CARION.

¡Cuidado con la lengua, pregonero de desgracias! Mas, ¿por qué piensa tratarnos de ese modo?

MERCURIO.

Porque habeis cometido el crímen más horrendo. Desde que Pluto ha recobrado la vista nadie nos ofrece á los dioses ni incienso, ni laureles, ni tortas, ni víctimas, ni nada, en fin.

CARION.

Ni se os ofrecerán nunca: nos gobernabais muy mal.

MERCURIO.

De los otros dioses poco se me importa; pero yo me siento desfallecer y morir.

CARION.

¡Qué discrecion!

MERCURIO.

Antes, de par de mañana, me ofrecian ya en los figones toda clase de deliciosos manjares, sopa en vino, miel, higos secos, y en fin, cuanto es digno de mi paladar; pero ahora, muerto de inanicion, me estoy echado todo el dia, con los piés en el aire.

CARION.

Y se te está muy bien empleado: ¿por qué dejabas multar á los que te trataban tan á cuerpo de rey? (1).

MERCURIO.

¡Ay triste de mí! ¡Ay torta querida que me amasaban el cuatro de cada mes! (2).

CARION.

«Tu amor está ausente; inútilmente le llamas.»

---

(1) Se imponian frecuentes multas á los taberneros por falta en la medida ó por mala calidad del vino.

(2) Que estaba consagrado á Mercurio.

MERCURIO.

¡Ay sabrosa pierna que yo devoraba!

CARION.

Pues bien; salta sobre un pié en ese odre para distraerte (1).

MERCURIO.

¡Ay intestinos calientes que yo comia!

CARION.

Sin duda los tuyos están atormentados por un cólico.

MERCURIO.

¡Ay deliciosa copa, mitad vino y mitad agua!

CARION.

Bébete eso (2), y lárgate volando.

MERCURIO.

¿Querrás hacerme un favor, amigo mio?

CARION.

Si puedo, con mucho gusto.

MERCURIO.

¿No podrias darme un pan bien cocido, y una gran tajada, de las víctimas que estais sacrificando en casa?

CARION.

Pero es un sacrilegio el sacarlas.

MERCURIO.

Ya sabes que cuando le robabas alguna cosa á tu dueño, yo siempre procuraba que no lo supiese.

---

(1) Juego usado en las fiestas de Baco. El que lograba mantenerse en pié sobre el odre ganaba el premio. Tenía cierta analogía con algunas de nuestras cucañas.

(2) *Hæc dicens, pedit.*

CARION.

Con la condicion de partir los provechos, ladron redomado; porque casi siempre recibias una exquisita torta.

MERCURIO.

Que te la comias tú solo.

CARION.

¿Acaso participabas tú de mis golpes, cuando yo era sorprendido?

MERCURIO.

Olvida los pasados males, ya que has tomado á File (1). En nombre de los dioses, recibidme en vuestra casa.

CARION.

¿Y abandonarás á los dioses por habitar con nosotros?

MERCURIO.

Vuestra vida es mucho mejor.

CARION.

¿Cómo? ¿Crees honrosa semejante desercion?

MERCURIO.

«Patria es todo país donde se vive bien» (2).

CARION.

¿Pero qué ocupacion podemos darte aquí?

---

(1) Cuando los Atenienses, mandados por Trasíbulo, se apoderaron de File, fortaleza que estaba en la frontera del Atica, juraron *no acordarse* del mal y proclamar una amnistia general (V. JENOFONTE, *Helénicas*, II, 4.). La frase μνησικακεῖν se hizo proverbial.

(2) Verso tomado de alguna tragedia perdida.

MERCURIO.

Nombradme portero (1).

CARION.

¿Portero? Maldita falta nos hace la chismografía porteril.

MERCURIO.

Comerciante.

CARION.

Si somos ricos, ¿para qué hemos de mantener un Mercurio revendedor?

MERCURIO.

Agente de intrigas (2).

CARION.

¿Intrigas? quita allá. Sencillez de costumbres es lo que hace falta.

MERCURIO.

Guía.

CARION.

El dios ve perfectamente, y ya no necesita guía.

MERCURIO.

Pues bien, seré presidente de los juegos. ¿Qué dirás ahora? Pluto debe instituir certámenes escénicos y gímnicos (3).

CARION.

¡Qué bueno es tener muchos nombres! Así ha encontrado el medio de ganarse la vida. No sin razon todos los jueces se afanan por ser inscritos en varios tribunales (1).

(1) Mercurio va mencionando los diferentes cargos que se le atribuian.
(2) Δόλιον, *astuto*.
(3) Como hacian los ciudadanos ricos.

MERCURIO.

¿De modo que me admitireis para ese empleo?

CARION.

Véte al pozo á lavar estas entrañas de las víctimas, para que sobre la marcha nos demuestres que entiendes de servir.

UN SACERDOTE DE JÚPITER.

¿Quién podrá decirme dónde está Cremilo?

CREMILO.

¿Qué ocurre, buen amigo?

EL SACERDOTE.

Nada de bueno. Desde que Pluto ha recobrado la vista, me muero de hambre; yo, todo un sacerdote de Júpiter salvador, no tengo que comer.

CREMILO.

Por los dioses, ¿cuál es la causa de tu lacéria?

EL SACERDOTE.

Nadie ofrece el menor sacrificio.

CREMILO.

¿Por qué?

EL SACERDOTE.

Por que todos son ricos. Antes, cuando nada tenian, el mercader que regresaba sano á su casa, y el reo que conseguia la absolucion, nunca dejaban

(1) Fraude muy generalizado para cobrar salario doble ó triple.

de ofrecer alguna víctima. Cuando alguno ofrecia un sacrificio favorable, era de rigor que el sacerdote asistiese al festin; pero ahora nadie sacrifica, nadie entra en el templo, como no sea millares de personas para atestarlo con sus excrementos.

CREMILO.

¿No tomas tambien tu parte de esas ofrendas?

EL SACERDOTE.

De modo que espontáneamente me he despedido de Júpiter salvador, para establecerme aquí.

CREMILO.

Tranquilízate; pues, dios mediante, todo saldrá á pedir de boca. Júpiter salvador está aquí; ha venido tambien espontáneamente.

EL SACERDOTE.

¡Oh, qué buena noticia!

CREMILO.

Aguarda un poco; vamos á colocar á Pluto en el lugar que ántes ocupaba, como guardian perpétuo del tesoro de Minerva (1). ¡Eh! vengan las antorchas encendidas.—Tú las llevarás delante del dios.

EL SACERDOTE.

Está muy bien dispuesto.

CREMILO.

Llamad á Pluto.

---

(1) Detras del templo de Júpiter Poliade habia en la Acrópolis un edificio donde se guardaba el tesoro público. Pluto, ó sea la riqueza, había dejado de habitarle, porque se había agotado con los enormes gastos de la guerra.

LA VIEJA.

Y yo, ¿qué hago?

CREMILO.

Ponte sobre la cabeza esas ollas (1) consagradas, al dios, y llévalas con majestad y decoro; precisamente tienes un vestido de diversos colores (2).

LA VIEJA.

¿Y el asunto que me ha traido?

CREMILO.

Todo se arreglará. El jóven irá á tu casa esta noche.

LA VIEJA.

Si me respondes de que vendrá, llevaré las ollas.

CREMILO.

Sucede en estas ollas lo contrario que en las demas. Ordinariamente la tez arrugada (3) se forma encima; pero en éstas la tez arrugada va debajo.

CORO.

Tampoco nosotros debemos permanecer aquí; preciso es que nos retiremos y marchemos cantando tras la procesion.

---

(1) Era costumbre ofrecer ollas de legumbres cocidas en la inauguracion de la estatua de una divinidad.

(2) Vestido usado en las festividades. La vieja se habia adornado con otro objeto.

(3) La palabra γραῦς significa *vieja*, y esa tez rugosa que se forma sobre la leche y otros comestibles sometidos á la coccion.

FIN DE PLUTO.

ÍNDICE.